

POR EL TERRITORIO DEL USSURI

VLADÍMIR ARSÉNIEV

Sobre la base de un diario de viajes real, *Por el territorio del Ussuri* es el relato que el explorador y etnógrafo Vladímir Arséniev compone de su primer encuentro con un nativo durante una expedición por el Lejano Oriente ruso: el gold Dersú Uzalá. Dersú, no solo se convierte de inmediato en el mejor guía para una expedición, sino que también reorienta la confianza de Arséniev en el género humano: «Cuanto más observaba de cerca a ese hombre, más me gustaba. Cada día descubría en él nuevas cualidades. Anteriormente pensaba que el egoísmo es especialmente característico del hombre salvaje y que el sentido de la humanidad, la filantropía y la atención para con el prójimo solo eran inherentes en los europeos. ¿No estaría equivocado?».

Homenaje a la fascinante figura de este nativo y a un medio ambiente que se sabe ya amenazado, *Por el territorio del Ussuri* antecede a *Dersú Uzalá* —publicado también en esta colección— como primera parte de la preciosa amistad que cultivaron el ruso Arséniev y el gold Dersú en condiciones casi siempre azarosas.



Vladímir Arséniev

POR EL TERRITORIO DEL USSURI

ePub r1.0
Titivillus 01.04.2020

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *По Уссурийскому краю*
Vladímir Arséniev, 1921
Traducción: Sergio Hernández-Ranera
Revisión científica: Rubén Sanz Redondo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Edición digital: ePubLibre, 2020
Conversión: FS, 2020



Nota del traductor

Es importante entender el sentido actual del título de esta magnífica obra. Sobre todo, habida cuenta de que existen otras traducciones en las que se habla de «taiga» o «país» en lugar de «territorio». Esto es debido a la existencia de diferentes ediciones originales de las mejores obras de Vladímir Arséniev, que bajo diversos títulos engloban los relatos *Por el territorio del Ussuri* y *Dersú Uzalá*.

En el Imperio ruso, durante la Unión Soviética y ahora en la Federación Rusa, la palabra «territorio» (*kray*[1]), entre otros significados, indica una unidad territorial administrativa dentro de un Estado. «Territorio» fue el nombre que se dio al principio a las tierras situadas en los confines del Estado ruso. Es una división territorial también existente en Georgia, Chequia y Eslovaquia. En el Imperio ruso, un territorio englobaba a varias provincias. En la República Socialista Federativa Soviética Rusa, integraba provincias autónomas (que devinieron en repúblicas) y, a veces, distritos nacionales (es decir, étnicos). Y en la actual Federación Rusa, de las 83 entidades territoriales[2], nueve cuentan con el estatus de territorio.

Así pues, el territorio del Ussuri durante el Imperio ruso comprendía las tierras entre los ríos Ussuri, Sungacha y el lago Janka de una parte, y la costa del golfo de Tatarski y el mar del Japón por otra. En la actualidad, es el espacio más o menos comprendido entre el territorio de Primorie y una

parte del de Jabárovsk, ambos pertenecientes a la Federación Rusa. La superficie histórica del antiguo *kray* del Ussuri era de 201 440 km² (un poco menos de la mitad que la península Ibérica, por ejemplo) y sus tierras son parte de Rusia desde 1858 mediante el tratado de Aygunsk, por el que se estableció la frontera ruso-china a lo largo del río Amur.

En esencia, *Por el territorio del Ussuri* cuenta hechos reales, fruto de la experiencia vital de su autor, el genio polifacético ruso Vladímir Arséniev. Geógrafo, etnógrafo, explorador, militar y escritor, Vladímir Klávdievich Arséniev (San Petersburgo, 1872-Vladivostok, 1930) comandó diversas expediciones entre 1902 y 1907 por el Lejano Oriente ruso para confeccionar nuevos mapas y rutas de la zona, muy necesarios para una Rusia que viene de perder la guerra en 1905 contra el Japón y necesita asimilar nuevas riquezas y fuentes naturales. Durante su periplo, conoció de manera fortuita a un hombre irrepetible, de personalidad descollante, con quien trabó una profunda amistad y que de inmediato fue su guía: el gold Dersú Uzalá. De modo que esta obra relata el primer encuentro entre Arséniev y Dersú, acontecido en 1902, así como los resultados y peripecias de las expediciones, incluidas las que no contaron con la presencia del gold. La magia que desprende Dersú y su conocimiento del medio natural son tales, que resulta muy interesante leer cómo se las apañó Arséniev y su destacamento de cosacos y fusileros sin los expertos consejos de su admirado guía nativo cuando este no estaba presente. Atención al bello recuerdo que traza el autor en su «Prólogo a la primera edición» unas páginas más adelante.

Es muy conveniente recordar la existencia de la otra gran obra de Vladímir Arséniev —*Dersú Uzalá*, también publicada por Akal en esta misma colección de bolsillo—. Si *Por el territorio del Ussuri* testimonia el primer encuentro de

Arséniev con Dersú y sus primeros viajes juntos en 1902 y 1906, en *Dersú Uzalá* la acción transcurre en 1907 y sus protagonistas no se separan hasta, literalmente, casi la muerte. En realidad, ambas obras son inseparables. Pero, sobre todo, juntas o por separado suponen un inmenso canto a la ecología, la fraternidad y la humanidad. No en vano, al poco de conocer a Dersú, Arséniev recompone sus consideraciones respecto a la naturaleza humana, entendiendo que la humanidad y los buenos sentimientos son inherentes a los hombres en estado puro, en estado «salvaje» y no cuando están «civilizados». Si Dersú Uzalá personifica la sabiduría de la naturaleza, el capitán Vladímir Arséniev rinde admiración a unas personas y parajes cuya presencia, en tanto que avanzadilla de la «civilización», amenaza. En suma, una obra imprescindible, de gran calado histórico y humanista, que posteriormente también trascendió a otras artes, como es el caso de sus grandes adaptaciones cinematográficas en 1961 (*Dersú Uzalá*, Agasi Babayán) y en 1975 (*Dersú Uzalá*, Akira Kurosawa).

Sergio Hernández-Ranera Sánchez

Prólogo a la primera edición

Este libro es un estudio divulgativo de conjunto de los viajes que emprendí a la región montañosa de la cordillera Sijoté-Alín entre 1906 y 1907.

En él, el lector encontrará impresiones de la naturaleza del país y su población, muchas de las cuales ya adquirieron en el pasado un interés histórico. El territorio del Ussuri ha cambiado mucho en los últimos quince años. Los primitivos y vírgenes bosques han ardido en su mayor parte y en su lugar han surgido bosques compuestos de alerces, abedules y álamos temblones[3]. Allá donde antes rugía el tigre, actualmente silban las locomotoras; donde había pequeñas *fansás*[4] de cazadores profesionales chinos, han aparecido grandes asentamientos rusos. Los nativos se han retirado al norte y la cantidad de fieras que habita la taiga se ha reducido de forma considerable. El territorio ha comenzado a sufrir la transformación que inevitablemente conlleva la civilización.

Los cambios han tenido lugar, principalmente, en la parte meridional del país y en el curso bajo de los afluentes que el río Ussuri recibe por su margen derecha. La región montañosa de la Sijoté-Alín, a 44º de latitud norte, sigue siendo hasta ahora la misma zona silvestre salvaje que hace más de medio siglo (de 1857 a 1859).

Considero mi deber mostrar gratitud a aquellas personas que, de uno u otro modo, han posibilitado que yo pudiera

iniciar mis actividades de exploración del territorio del Ussuri.

Durante los viajes, comandantes de navíos, militares, maestros, médicos y muchos particulares a menudo me prestaron diversos servicios y más de una vez me ayudaron con sus consejos y acciones, aliviando mis empresas. Les mando un amigable saludo y les doy gracias por su cordialidad y hospitalidad.

Gran parte de mi éxito lo atribuyo a la ejemplar abnegación de los compañeros (fusileros y cosacos) que marcharon conmigo. Pese a las privaciones, aguantaron pacientemente las cargas de la vida de campaña y nunca se quejaron. Muchos de ellos murieron en la guerra de 1914 a 1917. Con el resto, continúo carteándome.

Cada vez que miró atrás y recuerdo el pasado, ante mí aparece la figura del gold del Alto Ussuri Dersú Uzalá, actualmente fallecido. La tristeza oprime mi corazón apenas rememoro su existencia y también la vida viajera que llevamos juntos.

La peculiaridad distintiva de los golds era su pasión por la caza, a la que dirigían toda su atención por vivir en lugares en los que la pesca era escasa y la taiga abundante en fieras. Persiguiendo a martas cebellinas, cazando preciadas cercetas y buscando ginseng de alto poder curativo, los golds se adentraban en el norte y en más de una ocasión penetraron en los rincones más alejados de la región montañosa de la Sijoté-Alín. Eran cazadores excepcionales y asombrosos rastreadores. Al viajar con Dersú y observar sus procedimientos, más de una vez quedé asombrado del grado en que tenía desarrolladas estas capacidades. El gold leía resueltamente las huellas como si fueran un libro y restablecía todos los acontecimientos con rigurosa coherencia.

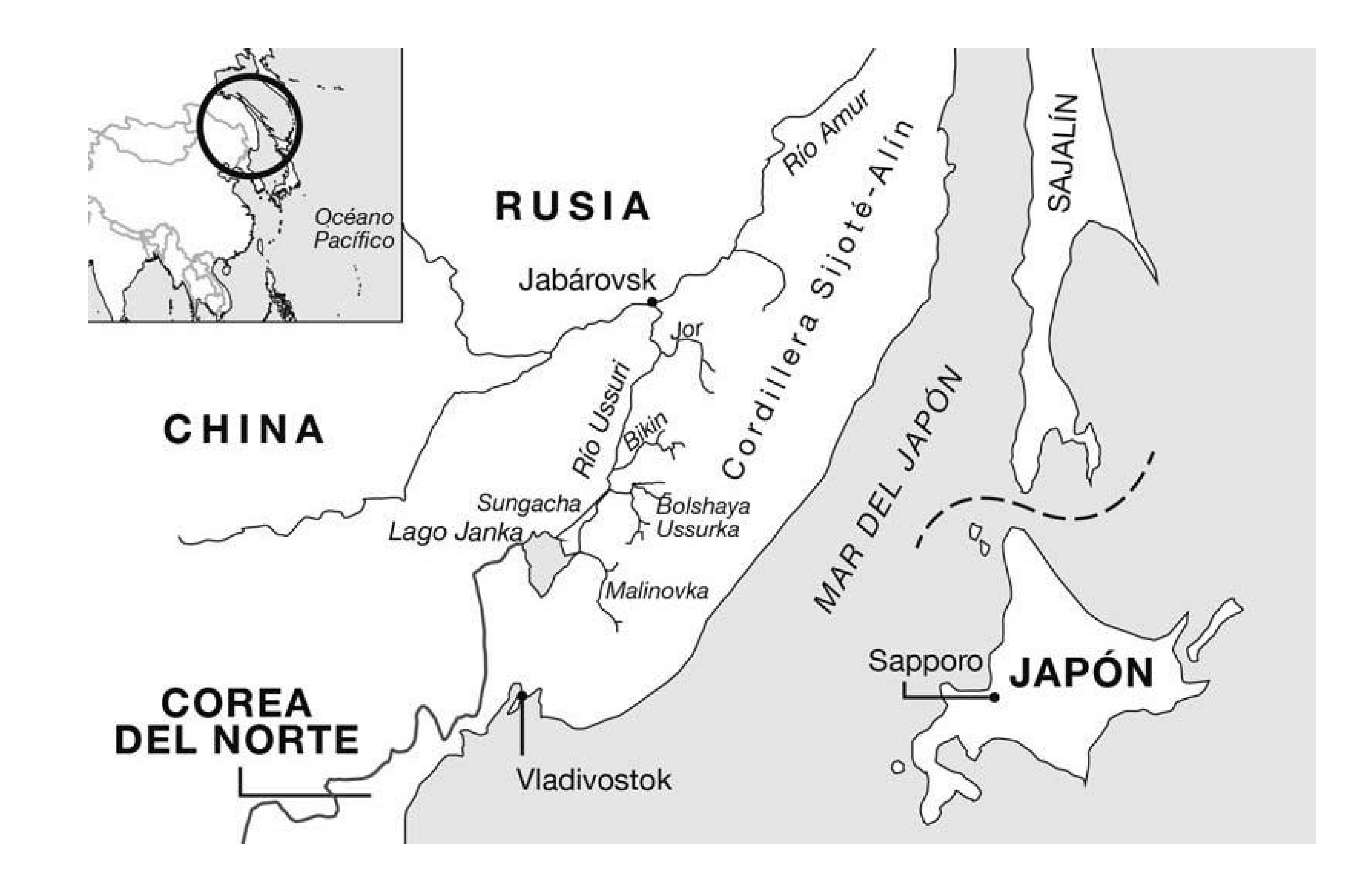
Es difícil contabilizar todos los favores que esta persona nos prestó a mí y a mis compañeros de viaje. En más de una ocasión, arriesgando su propia vida, se lanzó valientemente en socorro del que iba a perecer. Muchos le deben la vida, incluido yo mismo. En 1895, durante unas terribles inundaciones en un pantano en Anuchino, Dersú salvó de la muerte a muchos de mis fusileros y a varias familias.

Debido al prominente papel jugado por Dersú en mis viajes, describiré primeramente la ruta de 1902 por los ríos Tsimuje y Lefu, cuando tuvo lugar mi primer encuentro con él, para luego pasar a las expediciones de 1906 y 1907.

V. Arséniev

Vladivostok, enero de 1926

Mapa del territorio del Ussuri


Océano Pacífico
RUSIA
CHINA
Jabárovsk
Río Amur
Cordillera Sijoté-Alín
SAJALÍN
Jor
Río Ussuri
Bikin
Sungacha
Lago Janka
Bolshaya Ussurka
Malinovka
MAR DEL JAPÓN
COREA DEL NORTE
Vladivostok
Sapporo
JAPÓN

POR EL TERRITORIO DEL USSURI

Capítulo I

El Barranco de Cristal

La bahía Taytún. La aldea de Shkótovo. El río Beytsa. Encuentro con una pantera. Da-Dian-Shan. Ciervos siberianos[5].

En 1902, durante uno de mis viajes en comisión de servicio con un equipo de cazadores, ascendí por el río Tsimuje[6], cuyas aguas van a dar al golfo de Ussuri, cerca de la aldea de Shkótovo. Mi destacamento estaba compuesto por seis fusileros siberianos y cuatro caballos con albardas. El objetivo de mi viaje era la exploración de la comarca de Shkótovo en el sentido militar y el estudio de los puertos en la cadena montañosa Da-Dian-Shan[7], desde donde toman su curso cuatro ríos: el Tsimu, el Mayje, el Daubije[8] y el Lefu. Posteriormente tenía que examinar todas las sendas que se hallaran junto al lago Janka y que estuvieran próximas a la vía férrea del Ussuri.

La cadena montañosa de la que aquí estoy hablando comienza cerca del Imán y se extiende hacia el sur en paralelo al Ussuri en dirección NNE a SSO, de tal modo que por el oeste le quedan el Sungacha y el lago Janka, y por el este el Daubije. Más adelante se bifurca. Un ramal fluye hacia el sudoeste formando la sierra Bogataya Grivá[9], que se extiende a lo largo de toda la península Muraviev-Amurski, y el otro enfila hacia el sur, donde confluye con la alta sierra, que hace

las veces de línea divisoria de aguas entre el Daubije y el Suchan[10].

La parte superior del golfo de Ussuri se llama la bahía de Maytún, la cual anteriormente penetraba muy profundamente en el subsuelo. Es algo que salta a la vista desde el primer momento. Los actuales acantilados costeros han retrocedido unos 5 kilómetros hacia el interior. La desembocadura del Tangouzi antes estaba en el lugar de los actuales lagos San[11] y El-Pouza[12], mientras que la del Mayje[13] se hallaba en un sitio un poco más elevado que el punto donde ahora se cruza con la línea férrea. Toda esta superficie de 22 kilómetros cuadrados presenta una depresión pantanosa sedimentada por el Mayje y el Tangouzi[14]. En algún punto entre los pantanos se mantienen charcas de agua, que muestran dónde se hallaban anteriormente los lugares más profundos. Este lento proceso de retroceso del mar y de aumento de la tierra firme también está teniendo lugar ahora. La bahía de Maytún pronto correrá la misma suerte. Actualmente ya tiene bastante poca profundidad. Las orillas occidentales se componen de porfiditas y las orientales de sedimentos terciarios. En el valle del Mayje se han formado granitos y sienitas. Y por su parte oriental, basaltos.

La aldea de Shkótovo se halla cerca del delta del Tsimuje, en su margen derecha. Su fundación data sobre 1864. Los *honguzhis*[15] la quemaron en 1868, pero al año siguiente fue de nuevo reconstruida. En 1870 Przhevalski contabilizó allí seis haciendas y 34 almas de ambos sexos[16]. Yo encontré Shkótovo convertida ya en un pueblo bastante grande[17].

Pasamos dos días en aquel lugar, examinando sus inmediaciones y pertrechándonos para nuestro largo viaje. El río Tsimuje, de 30 kilómetros de longitud, fluye en dirección latitudinal y en su margen derecha solo cuenta con un

afluente: el Beyjú. Los colonos locales llaman al valle por el que discurre este río «Barranco de Cristal». Recibió tal nombre por una *fansá* china de ganaderos en cuya ventana se puso un pequeño trozo de cristal. Cabe señalar que en aquel entonces no había ni una fábrica de cristal en todo el territorio del Ussuri, por lo que este material era especialmente apreciado en lugares tan remotos. En lo profundo de las montañas y los bosques era un objeto de trueque. Una botella vacía podía cambiarse por harina, sal, almorejo[18] e incluso trigo. Los antiguos habitantes cuentan que, durante las riñas, los enemistados trataban de penetrar en casa ajena y hacer trizas las vajillas de cristal. Cosa no extraña, pues un trocito en la ventana de una *fansá*[19] china era un lujo. Esta circunstancia atrajo la atención de los primeros colonos, que llamaron «de Cristal» no solo a la *fansá* y al riachuelo, sino también a toda la zona colindante.

Desde Shkótovo, por el valle del Tsimuje, asciende primeramente un camino vecinal que, tras dejar atrás la aldea de Novorossiysk se transforma de golpe en una senda. Siguiéndola, en dirección al pueblo de Novonezhin, puede alcanzarse tanto el Suchan como el Kangouzu[20]. El camino pasa varias veces de una orilla a otra, razón por la cual durante las riadas se pierde su rastro.

Partimos de Shkótovo temprano y el mismo día llegamos al Barranco de Cristal, adonde entramos. El río Beytsa fluye en dirección OSO de manera casi rectilínea y solo cerca de su desembocadura gira hacia el oeste. La anchura del Barranco de Cristal no es igual en todos sus puntos; unas veces se estrecha hasta unos 100 metros, otras se ensancha en más de un kilómetro. Como la mayoría de los valles en el territorio del Ussuri, se distingue por ser asombrosamente plano. Las lomas de las montañas que lo bordean, cubiertas de nudosos robledales, son muy escarpadas. Muy rara vez quedan

jalonados los lindes donde la llanura toma contacto con las montañas, cosa que atestigua que allí tuvieron lugar grandes procesos de denudación. Anteriormente el valle fue mucho más profundo y solo después se fue rellenando con los sedimentos fluviales.

Según íbamos adentrándonos en las montañas, la vegetación mejoraba. Espesos bosques mixtos, entre los que había muchos cedros, sustituían a los robledales poco frondosos. Un pequeño sendero abierto por los cazadores y buscadores de ginseng chinos nos hacía las veces de hilo de Ariadna. Al cabo de un par de días alcanzamos el lugar donde se hallaba la «Fansá de Cristal», pero solo encontramos sus ruinas. La senda se complicaba cada día. Se veía que el hombre no caminaba por ella desde hacía mucho tiempo. Estaba cubierta de hierba y en muchos sitios estaba obstruida por troncos. Pronto la perdimos por completo. Pero vimos sendas de animales, que utilizamos mientras nos condujeron por la dirección deseada, aunque en su mayor parte discurrían por tierra virgen. Al tercer día, al atardecer, nos aproximamos a la sierra de Da-Dian-Shan, que se abre en ese punto en dirección meridional y tiene una altura media de cerca de 700 metros. Tras dejar a los hombres abajo, Olentiev y yo ascendimos a una de las cumbres vecinas para ver desde allí si faltaba mucho para llegar al puerto. Desde arriba se veían bien todas las montañas. Resultó que la línea divisoria de aguas se hallaba a 2 o 3 kilómetros de nosotros. Quedaba claro que no llegaríamos al puerto al atardecer. Si lo hubiéramos conseguido, nos habríamos arriesgado a pasar la noche sin agua, porque en esa época del año las fuentes de los manantiales alpinos están casi secas. Decidí hacer vivac donde habíamos dejado los caballos y marchar al puerto al día siguiente con fuerzas renovadas.

Normalmente nunca alargaba nuestra ruta hasta el anochecer; nos deteníamos para poder armar el vivac, plantar las tiendas y recoger leña para la noche antes de que oscureciera. Mientras los fusileros estaban atareados con el montaje del campamento, yo utilizaba ese tiempo libre y me iba a examinar las inmediaciones. Mi acompañante permanente en este tipo de excursiones era Polikarp Olentiev, excelente persona y estupendo cazador que contaba entonces con veintiséis años. Era de estatura media, bien proporcionado y sus cabellos de color castaño claro, rasgos marcados y bigote pequeño darán al lector cierta idea sobre su apariencia. Olentiev era un optimista. Incluso en las ocasiones en las que nos veíamos en una situación desagradable, no perdía el buen humor y se esforzaba por convencerme de que «todo iría a mejor en el mejor de estos mundos[21]». Tras dar las indicaciones necesarias, agarrábamos el fusil y nos marchábamos a explorar.

El sol apenas se había ocultado por el horizonte, cuando sus rayos comenzaron a dorar las cumbres de las montañas y en los valles surgieron las sombras del crepúsculo. Con un cielo pálido de fondo, el perfil de las copas de los árboles y sus hojas amarillentas quedaba muy contrastado. En los pájaros, los insectos y la hierba seca —en una palabra, por todas partes e incluso en el aire— ya se percibía la proximidad del otoño.

Al cruzar aquella pequeña cordillera, fuimos a dar al valle contiguo, cubierto por un espeso bosque que el lecho seco de un gran arroyo alpino atravesaba. En ese punto nos separamos. Yo marché por un banco de guijarros y Olentiev por la derecha. No habían pasado ni dos minutos cuando de su lado retumbó un disparo. Me giré y en ese instante vi brillar en el aire algo ágil y colorido. Corrí adónde se hallaba. Estaba cargando la carabina a toda prisa, pero, como a

propósito, un cartucho se había atascado en el cargador y la tapa no se abría.

—¿A quién has disparado? —le pregunté.

—Creo que a un tigre —contestó—. Había una fiera en un árbol. Apunté bien y seguramente le he dado.

Finalmente sacamos el cartucho atascado. Olentiev cargó otra vez el arma y avanzamos con cautela hacia el lugar donde se escondía el animal. La sangre sobre la hierba seca indicaba que, en efecto, estaba herido. Olentiev se detuvo de repente y se puso a aguzar el oído. Un poco más adelante, a nuestra derecha, se oían unos resoplidos. No se podía ver nada a través de la maleza, formada por helechos. Un árbol grande caído al suelo nos obstaculizaba el camino. Olentiev estaba ya a punto de saltar sobre sus ramas, cuando el animal se anticipó y se lanzó impetuosamente al encuentro. Olentiev disparó a toda prisa, a bocajarro, sin ni siquiera apoyar la culata sobre el hombro. Pero lo hizo con mucho tino; la bala dio justo en la cabeza de la fiera. Cayó sobre el árbol y quedó pendida sobre él de tal modo que la cabeza y las patas delanteras quedaron colgando por un lado y la parte trasera del cuerpo por el otro. El animal herido hizo unos movimientos convulsivos más y empezó a hocicar. En ese instante su centro de gravedad cambió de lugar, avanzó lentamente y cayó pesadamente a los pies del cazador.

A primera vista reconocí en él a una pantera manchuriana[22], que los habitantes locales llaman leopardo de las nieves. Este magnífico representante de los felinos era de grandes dimensiones. La longitud de su cuerpo, desde el hocico a la raíz de su cola, era de 1,4 metros. La piel de la pantera, de color amarillo y de herrumbre por los lados y el lomo y blanca por la barriga, estaba cubierta de manchas negras dispuestas en filas, como las rayas de un tigre. Por los

costados, en las patas y en la cabeza eran continuas y pequeñas. Y por el cuello, el lomo y el rabo, a grandes lunares. En el territorio del Ussuri, la pantera solo sigue habitando en la parte meridional; principalmente, en los distritos de Suyfún, Posiest y Barabash. Los ciervos *sica*[23], las cabras salvajes y los faisanes le sirven de alimento. Es un animal extremadamente astuto y cauteloso. Cuando huye del hombre, la pantera trepa a los árboles y escoge ramas que estén en sentido contrario a sus huellas en la tierra; en consecuencia, fuera del campo visual del cazador. Se estira a lo largo de la rama, apoya la cabeza sobre sus patas delanteras y se queda inmóvil en esta posición. La pantera entiende perfectamente que cuando estrecha su cuerpo contra una rama, si se mira de frente, es menos visible que de lado.

Nos llevó más de una hora quitar la piel al animal abatido. Cuando emprendimos el camino de regreso, ya era noche cerrada. Anduvimos durante largo rato y finalmente vimos la hoguera del vivac. Pronto pudimos distinguir las siluetas de personas moviéndose entre los árboles, que el fuego tapaba una y otra vez. Los perros nos recibieron en el campamento con ladridos amigables. Los fusileros rodearon a la pantera, la examinaron y emitieron sus juicios en voz alta. Las conversaciones se alargaron hasta bien entrada la noche.

Al día siguiente proseguimos nuestra ruta. El valle se estrechaba y resultaba más difícil caminar por él. Atravesábamos tierra virgen y solo nos preocupaba dar los menores rodeos posibles.

Al mediodía llegamos justo a la cresta de la montaña. La ascensión resultó difícil, muy empinada. Los caballos se encaramaron por la pendiente con todas sus fuerzas; les temblaban las patas por la tensión, se caían y, con las fosas nasales bien abiertas, respiraban con dificultad, de manera

entrecortada. Para aliviarles el camino, tuvimos que ir en zigzag, deteniéndonos con frecuencia para poner bien las albardas. Finalmente pudimos llegar a la cima, donde nos tomamos un descanso de media hora. Por una sierra cubierta de bosque siempre hay que ir con cuidado. Hay que detenerse a menudo y orientarse, pues de otro modo se pierde fácilmente el camino, sobre todo cuando hay niebla. Recuerdo haberme extraviado varias veces justo de esta forma. Con tal de no repetir errores, escalamos a la mismísima cumbre.

Desde arriba se veía toda la cordillera Da-Dian-Shan como si la tuviera en la palma de la mano. Discurría hacia el norte con un leve viraje hacia el este, donde presentaba un relieve difuso. Pero más al este (quizá en las fuentes del Daubije y el Ulaje[24]) resurgía alta y majestuosa. Sus vertientes occidentales parecían estar cubiertas de bosque y ser muy escarpadas, mientras que las orientales parecían ser de pendiente más suave. Por la izquierda, se divisaban a lo lejos los ríos Mayje y Tsimuje. Por la derecha, la intricada cuenca del Suchan. Desde esa parte el terreno resultaba tan accidentado, que durante largo rato no pude comprender adónde fluían los ríos y a qué cuenca pertenecían. Más adelante, a unos 5 kilómetros, se alzaba una montaña con forma de cúpula, así que la fijé como un punto de referencia.

En las cumbres de la cordillera Da-Dian-Shan crece un bosque grande y limpio, por lo que avanzamos con bastante rapidez aun con las albardas. En un punto espantamos a dos ciervos: un macho y una hembra. Salieron corriendo y luego se quedaron como clavados, con la cabeza vuelta hacia nosotros. Uno de los cosacos iba ya a disparar, pero le detuve. Me dio pena matar a aquellos formidables animales. Disponíamos de bastantes víveres y los caballos iban tan cargados, que de todos modos no hubiéramos podido

llevárnoslos. Me quedé por unos instantes mirando maravillado a aquellos ciervos. Finalmente el macho no se contuvo, dio un pequeño mugido y, tras tocarse el lomo con la cornamenta, salió corriendo por la montaña a grandes saltos en zigzag.

Este ciervo noble que habita en el territorio de Primorie se denomina ciervo común siberiano. Es un animal esbelto y bello de 1,9 metros de largo y 1,4 metros de alto. Su peso corporal llega a alcanzar 197 kilogramos. Su vellón en verano es de color marrón claro y en invierno gris pardo con reflejos blanco amarillentos por detrás. Una crin adorna el largo y poderoso cuello de los machos, mientras que su hermosa cabeza cuenta con grandes orejas tubulares y móviles. Sus cuernos divergentes, en forma de horquilla, tienen en su parte delantera dos puntas rectas y varios apéndices superiores. Estos cuernos se caen en invierno y vuelven a repuntar en primavera. En cada ocasión con un apéndice más, por lo que se puede determinar por su cantidad la edad del ciervo, contándose un año de más por la época en que no tiene cornamenta. Sin embargo, hay un límite para la cantidad de apéndices. Habitualmente, un macho adulto no tiene más de siete. En adelante ya solo aumenta el peso de la cornamenta, su tamaño y su grosor. Los primerizos cuernos primaverales, rellenos de sangre y aún no endurecidos, se denominan pitones.

En el territorio del Ussuri, el ciervo noble habita en la parte meridional, por todo el valle del Ussuri y sus afluentes, sin traspasar la frontera de las plantaciones de coníferas de la región de la cordillera Sijoté-Alín. En la costa se le puede ver hasta el cabo de Olimpiada.

En verano, el ciervo común siberiano se mantiene en las vertientes umbrías de las montañas selvosas y, en invierno, en

las solanas y en los valles, en las planicies de la taiga donde los claros alternan con los bosquetes. El alimento preferido en verano del ciervo común siberiano son las lespedezas[25]. Y en invierno, los primeros brotes de álamos, álamos temblones y abedules enanos.

A mediodía hicimos una parada larga. Según mis cálculos, debíamos de hallarnos cerca de la montaña con forma de cúpula.

Para la marcha había que atender no tanto a las fuerzas de los hombres como a las de los animales de carga, pues llevaban fardos verdaderamente pesados y, por esta razón, a cada alto más o menos largo había que aligerarles el lomo.

En cuanto desensillamos los caballos, les dejamos sueltos. Bajo las hojas, la hierba todavía estaba verde, lo cual daba la posibilidad de utilizarla como pasto.

Capítulo II

El encuentro con Dersú

Vivac en el bosque. Un visitante nocturno. Noche insomne. El amanecer.

Tras el descanso, el destacamento se puso de nuevo en camino. En esta ocasión nos topamos con árboles derribados por el viento, por lo que avanzábamos muy lentamente. A eso de las cuatro, nos aproximamos a la cima de una montaña. Después de dejar a los hombres y los caballos en un sitio, ascendí a ella para orientarme de nuevo.

Era yo el que tenía que trepar a un árbol, no se lo podía encargar a los fusileros. Necesitaba mis observaciones personales. Por muy bien que me relataran lo observado, luego tendría difícil orientarme a partir de sus palabras.

Lo que vi desde arriba, disipó mis dudas de inmediato. La montaña con forma de cúpula en la que en ese momento nos hallábamos, era justo el nudo alpino que estábamos buscando. De él partía hacia el oeste una elevada cadena montañosa que discurría hacia el norte en forma de precipicios escarpados. En la divisoria de aguas, la dirección común que tomaban los valles era la noroeste. Probablemente, se trataba de las fuentes del Lefu.

Bajé del árbol y me uní al destacamento. El sol ya estaba posado sobre el horizonte y había que darse prisa en buscar agua, que tanta falta hacía a los hombres y a los caballos. El descenso de la montaña cupuliforme era suave, pero luego se

hacía empinado. Los caballos descendieron apoyándose en las patas traseras. Sus albardas se deslizaban hacia adelante y de no ser por las retrancas de las sillas, habrían acabado sobre sus cabezas. Hubo que efectuar largos zigzag, algo que, teniendo en cuenta la gran cantidad de troncos caídos que había por allí, no era cosa fácil.

Tras dejar atrás el puerto, dimos con un barranco. El terreno era muy irregular. Quebradas profundas anegadas de arroyos retorcidos y rocas cubiertas de musgo. Todo aquello creaba una impresión que me recordaba vívidamente al cuadro de *La noche de Walpurgis*. Es difícil imaginar un terreno más salvaje y hostil que este desfiladero.

A veces ocurre que las montañas y el bosque tienen un aspecto atrayente y radiante. Tal es así, que creo que me quedaría allí para siempre. Y otras, por el contrario, las montañas parecen sombrías y salvajes. ¡Y qué cosa más rara! Esta sensación no suele ser personal y subjetiva; siempre es común en todas las personas del destacamento. He comprobado muchas veces que siempre es así. Y lo mismo me sucedía en ese momento; en el ambiente que nos rodeaba, se percibía cierta melancolía. Había algo tremendo y desagradable. Y todos percibían de igual modo ese algo tremendo y melancólico.

—No importa —dijeron los fusileros—. Pasaremos la noche de algún modo. No vamos a tirarnos un año aquí. Mañana encontraremos algo más alegre.

No tenía ganas de detenernos en aquel lugar, pero no se podía hacer nada. La noche se echaba encima y había que apresurarse. En el fondo del desfiladero se oía el susurro de un torrente. Me dirigí a él y, tras escoger un terreno más llano, ordené plantar allí las tiendas.

La calma majestuosa del bosque quedó de inmediato ahogada por el ruido de las hachas y las voces de los hombres. Los fusileros habían comenzado a recoger leña, a desensillar los caballos y a preparar la cena. ¡Pobres caballos! Entre tanta piedra y tanto tronco, debían estar hambrientos. Al día siguiente, si lográbamos llegar a las *fansás* de agricultores, les daríamos de comer como es debido.

En el bosque siempre anochece temprano. Por algún punto del oeste aún se divisaban trocitos de un cielo pálido a través del frondoso follaje de las coníferas. Pero abajo, las sombras de la noche ya yacían sobre la tierra. A medida que la hoguera iba prendiendo, los arbustos y los troncos de los árboles surgían de la oscuridad e iban quedando más claramente perfilados. Un pájaro arañero[26], despierto ya sobre un talud, iba ya a emitir un agudo graznido, cuando, de repente, se asustó por algún motivo y se escondió rápidamente en su cubil, de donde ya no salió más.

Al fin, poco a poco, todo empezó a quedar en calma en nuestro vivac. Tras tomar té, todos empezaron a ocuparse de sus cosas. Unos limpiaban el fusil, otros arreglaban su silla de montar o remendaban su ropa descosida. Siempre hay muchos quehaceres de este tipo. Los fusileros se echaron a dormir cuando hubieron acabado sus asuntos. Se estrecharon los unos contra los otros y, arropándose con sus capas, se durmieron como benditos. Al no hallar alimento en el bosque, los caballos regresaron al vivac y, agachando la cabeza se quedaron amodorrados. Solo Olentiev y yo permanecimos despiertos. Mientras él arreglaba su calzado, yo anoté en mi diario la ruta recorrida. Cerré la libreta a eso de las diez de la noche y, envolviéndome en la *burka*[27], me arrimé al fuego. Debido al calor, que subía con el humo, las ramas oscilantes del viejo abeto a cuyo pie nos habíamos acomodado, unas veces descubrían un cielo oscuro sembrado de estrellas, otras

lo cubrían. Los troncos de los árboles se asemejaban a una alargada columnata que se adentraba en las profundidades del bosque, donde se fundía imperceptiblemente con la oscuridad de la noche.

De repente, los caballos alzaron la cabeza y aguzaron el oído. Luego se calmaron y se pusieron de nuevo a dormitar. Al principio no le dimos mucha importancia y proseguimos conversando. Transcurrieron varios minutos. Le pregunté algo a Olentiev y, al no recibir contestación, me di la vuelta. Se había puesto de pie, en actitud de espera. Estaba mirando hacia un punto, intentando mitigar con una mano la luz de la hoguera.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Alguien está bajando de la montaña —me respondió con un susurro.

Ambos comenzamos a prestar oído, pero alrededor todo estaba en calma. Una calma como solo la puede haber en un bosque en una fría noche de otoño. De pronto, unas piedrecitas cayeron desde arriba.

—Seguramente es un oso —dijo Olentiev, empezando a cargar el fusil.

—¡No dispara! ¡Mía soy gente!… —se oyó decir a una voz en la oscuridad. Al cabo de unos instantes, un hombre se acercó a nuestro fuego.

Vestía una pelliza de piel de ciervo curtida y unos pantalones del mismo género. Iba tocado con una cinta y calzaba unos *untis*[28]. A la espalda llevaba un morral y en las manos un bípode y una vieja carabina Berdan, de las largas.

—Hola, capitán —dijo el visitante, dirigiéndose a mí.

Después puso su arma junto a un árbol, se quitó el morral y, tras secarse el sudor de la cara con la manga de la camisa, se

sentó junto al fuego. Entonces pude verle bien. Aparentaba tener unos cuarenta y cinco años. Se trataba de un hombre de baja estatura, achaparrado y, por lo que se veía, con bastante fuerza física. Su pecho era protuberante, sus manos fuertes y musculosas, y sus piernas un tanto torcidas. Su rostro bronceado era el típico de los nativos de la región: pómulos prominentes, nariz pequeña, ojos con párpados de pliegue mongoloide, boca ancha y dientes fuertes. Un pequeño bigote de color castaño oscuro orlaba su labio superior y una pequeña perilla pelirroja adornaba su barbilla. Pero lo más notable eran sus ojos. De color gris oscuro, no castaños, parecían calmosos y un tanto ingenuos. Desprendían decisión, un carácter sincero y bondad.

Aquel desconocido no nos observaba de igual manera que nosotros a él. Sacó del pecho una bolsa de tabaco, rellenó una pipa y comenzó a fumársela en silencio. Sin preguntarle quién era y de dónde venía, le ofrecí algo de comer. Esto es lo acostumbrado en la taiga.

—Gracias, capitán —dijo—. Mía mucho quiero comer, mía hoy nada come.

Mientras comía, continué observándole. Un cuchillo de caza colgaba de su cinturón. Era evidente que se trataba de un cazador. Sus manos estaban encallecidas, llenas de arañazos. Su rostro también tenía rasguños, aún más profundos: uno en la frente y otro más en la mejilla, junto a una oreja. El desconocido se quitó la cinta y vi que su cabeza estaba poblada de espesos cabellos de color castaño claro que crecían desordenadamente, alborotándose a los lados en forma de mechones.

Nuestro huésped era taciturno. Olentiev no se pudo contener y preguntó directamente al visitante:

—¿Qué eres? ¿Chino o coreano?

—Mía soy gold —respondió sucintamente.

—Eres un cazador, ¿no? —le pregunté yo.

—Sí —contestó—. Mía todo el rato va a caza, otro trabajo no hay. Pesca pez, comprende, tampoco hay. Solo caza, comprende.

—¿Y dónde vives? —prosiguió interrogándole Olentiev.

—Mía no tengo casa. Mía todo el rato vivo en cerro. Fuego hace, tienda monta. Duerme. Todo el rato va a caza. ¿Cómo vive en casa?

Después relató que ese día había estado cazando ciervos siberianos. Había herido a una hembra, pero de manera leve. Al ir a por el animal herido, se había topado con nuestro rastro, que le condujo al barranco. Cuando oscureció, vio un fuego y marchó directamente hacia él.

—Mía camina sin ruido —dijo—. Piensa: ¿qué gente camina lejos en cerros? Mira. Hay capitán, hay soldados. Mía entonces directo va.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al desconocido.

—Dersú Uzalá —respondió.

Me interesó aquel hombre. Había algo en él de especial y original. Hablaba de manera sencilla y con calma. Se comportaba con modestia, pero su tono no era servicial. Trabamos conversación. Me estuvo contando durante largo rato cosas de su vida y, cuanto más hablaba, más atrayente me parecía. Ante mí tenía a un cazador primitivo que había pasado toda su vida en la taiga. Por sus palabras supe que obtenía su sustento con la escopeta, que canjeaba con los chinos las piezas cazadas por tabaco, plomo y pólvora, y que había heredado la carabina de su padre. Luego me contó que tenía cincuenta y tres años, que nunca había tenido una casa, que había vivido siempre al raso y que solo en invierno se

fabricaba por un tiempo una *yurta*[29] a base de cortezas de abedul u otro árbol. Los destellos de sus primeros recuerdos de infancia eran un río, una cabaña, un fuego, su padre, su madre y una hermanita.

—Hace tiempo que todos muere —dijo, poniendo fin a su relato y quedándose pensativo. Guardó silencio por unos instantes y continuó de nuevo—. Antes también tenía mujer, hijo y muchacha. Viruela toda gente mata. Ahora mía solo queda…

Su rostro se entristeció a causa de los recuerdos sobrevenidos. Iba a tratar ya de consolarle, pero… ¿qué significaban mis consuelos para aquella persona solitaria al que la muerte le había arrebatado su familia, el único consuelo que hay en la vejez? No dijo nada e inclinó aún más la cabeza. Quise expresarle de algún modo mi compasión, hacer algo por él, pero no sabía concretamente qué. Al final, tuve una idea: le propuse cambiar su vieja escopeta por una nueva. Pero se negó, diciendo que tenía aprecio a su carabina Berdan porque era un recuerdo de su padre, que estaba acostumbrado a ella y que disparaba muy bien. Se estiró hacia el árbol, cogió la escopeta y se puso a acariciarla.

Las estrellas del firmamento habían cambiado de posición e indicaban que ya era más tarde de la media noche. Las horas pasaron volando y nosotros seguíamos sentados junto a la hoguera, conversando. Dersú habló más que yo, pero le escuchaba con gusto. Me contó todo lo referente a su actividad de cazador y cómo en una ocasión cayó prisionero de los *honghuzis*, de los que logró escapar. Relató sus encuentros con los tigres, habló de que no hay que dispararles, porque son dioses que guardan el ginseng del alcance del hombre y también de los malos espíritus, de las inundaciones, etcétera.

Una vez le atacó un tigre y quedó muy malherido. Su esposa estuvo varios días seguidos buscándole, caminó más de 200 kilómetros y le encontró por el rastro de sangre que había ido dejando. Mientras él estuvo convaleciente, ella iba de caza.

Después le pregunté sobre el lugar donde nos hallábamos. Me dijo que se trataba de las fuentes del Lefu y que al día siguiente llegaríamos hasta la primera *fansá* de ganaderos.

Uno de los fusileros durmientes se despertó, nos miró sorprendido, farfulló algo para sus adentros, sonrió y volvió a dormirse. La tierra y el cielo todavía seguían oscuros. Solo se podía percibir la proximidad del amanecer allá donde surgían estrellas nuevas. Un abundante rocío caía sobre la tierra; el seguro indicio de que al día siguiente haría buen tiempo. Alrededor reinaba un silencio solemne. Parecía que la naturaleza también estaba descansando.

Al cabo de una hora el este comenzó a ponerse rojo. Miré mi reloj: las seis de la mañana, hora de despertar al siguiente centinela, al que empecé a sacudir por el hombro. El fusilero se sentó y comenzó a estirarse. La brillante luz de la hoguera le hería la vista. Frunció el ceño. Después, tras ver a Dersú, sonrió maliciosamente y espetó:

—¡Qué prodigio! ¡Vaya hombre!… —dijo, calzándose.

El cielo había pasado de negro a azul y luego se hizo gris y nuboso. Las sombras de la noche comenzaron a estrecharse contra los arbustos y el barranco, de donde salían, al estar el sol ya agazapado tras el horizonte. Nuestro vivac pronto cobró vida: los hombres comenzaron a hablar, los caballos se despabilaron, un pájaro arañero empezó a cantar y otro más hizo lo propio en la parte inferior del barranco. Se escuchó el canto de un pájaro carpintero y la música de chicharra del pico negro. La taiga se despertaba. A cada instante había más

luz y, de repente, los brillantes rayos de sol asomaron formando haces por detrás de las montañas, iluminando todo el bosque. Nuestro campamento tomaba otro aspecto. En lugar de la luminosa hoguera, había una pila de ceniza. El fuego apenas se veía. Había latas de conserva vacías tiradas por el suelo. Allá donde habían plantado una tienda de campaña, solo quedaban los mástiles y la hierba aplastada.

Capítulo III

A la caza de jabalíes

El estudio de las huellas. Preocupación por un caminante. Una fansá *de ganaderos. La montaña Tudinzá y las fuentes del río Lefu. Jabalíes. Animismo. Dersú. Un sueño.*

Después de tomar té, los fusileros comenzaron a cargar los caballos. Dersú también empezó a prepararse. Se puso su morral y agarró la carabina y el bípode. Al cabo de unos minutos, el destacamento se puso en camino. Dersú marchó con nosotros.

El desfiladero por el que íbamos era largo y sinuoso. Otros desfiladeros, iguales, iban a dar a él a derecha e izquierda. El *raspadok*[30] se hacía más ancho y paulatinamente se convertía en un valle. Allí los árboles tenían viejas marcas que nos sirvieron de guía para el camino. El gold marchaba en cabeza, mirando todo el rato bajo sus pies. A veces se inclinaba hacia el suelo y removía con las manos la hojarasca.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Dersú se detuvo y dijo que la senda no era para caballos, sino para caminantes; discurría entre trampas para martas cebellinas y algunos días atrás una persona había estado andando por ella. Con toda probabilidad, se trataba de un chino.

Las palabras del gold sorprendieron a todos. Al notar que nos mostrábamos incrédulos, exclamó:

—¿Cómo vuestra no comprende? ¡Mira tú mismo!

Entonces mostró unas pruebas tales, que mis dudas quedaron disipadas de golpe. Estaba todo tan claro y todo era tan sencillo, que me sorprendí de no haberlo advertido antes. En primer lugar, en la senda no se veían huellas de caballos por ninguna parte. Segundo, no la habían limpiado de ramas por los lados; nuestros caballos avanzaban dificultosamente por ella, enganchándose todo el rato sus albardas con los árboles. Luego sus virajes eran tan pronunciados que los caballos no podían girar, teniendo entonces que hacer rodeos. El rastro discurría por troncos cuando cruzaba los torrentes y no bajaba al agua en ningún punto. Los troncos caídos que obstaculizaban el camino no habían sido cortados a hachazos ni retirados. Los hombres caminaban a sus anchas, mientras que los caballos efectuaban movimientos de contorno. Todo aquello indicaba que la senda no había sido adaptada para un trayecto con fardos.

—Hace tiempo una gente va —dijo Dersú, como si estuviera hablando consigo mismo—. Gente termina va, hay lluvia —prosiguió diciendo, y se puso a calcular cuándo había sido la última vez que había llovido.

Anduvimos unas dos horas por aquella senda. Un bosque mixto iba poco a poco sustituyendo al de coníferas. Cada vez eran más frecuentes los álamos, arces, chopos temblones, abedules y tilos. Iba ya a hacer otro alto, pero Dersú aconsejó avanzar un poco más.

—Nuestra pronto barraca encuentra —dijo, señalando a unos árboles que les habían quitado la corteza.

Enseguida le comprendí. Es decir, el objeto para el que se había destinado esa corteza debía de estar cerca. Apresuramos el paso y al cabo de diez minutos vimos junto al arroyo una pequeña barraca de una sola pieza, hecha por cazadores o por

buscadores de ginseng. Tras examinarla por fuera, nuestro nuevo amigo volvió a confirmar que varios días atrás un chino había estado caminando por la senda y que había pernoctado en ella. Lo atestiguaban la ceniza claveteada por las gotas de lluvia, un solitario lecho de hierba y unas viejas rodilleras de *daba*[31] tiradas en el suelo.

En ese instante comprendí que Dersú no era una persona normal. Tenía ante mí a un rastreador que me recordaba sin querer a los personajes de Cooper[32] y Mayne-Reid[33].

Había que dar de comer a los caballos. Decidí aprovechar el momento para tumbarme a la sombra de un cedro, donde enseguida caí dormido. Cuando Olentiev me despertó al cabo de un par de horas, vi que Dersú había partido leña, recogido cortezas de abedul y que lo había colocado todo en la cabaña.

Pensé que quería quemar aquellas cosas y comencé a disuadirle de tal idea. Pero en vez de eso, me pidió una pizca de sal y un puñado de arroz. Sentí curiosidad por lo que quería hacer con eso y ordené que le dieran lo que pedía. El gold envolvió cuidadosamente unas cerillas en un trozo de corteza de abedul, la sal y el arroz en otro y lo dejó todo en la cabaña. Después arregló por fuera las cortezas del habitáculo y se puso a recoger sus cosas.

—Seguramente crees que volverán aquí, ¿no? —pregunté al gold.

Me respondió negativamente con la cabeza. Entonces le pregunté para quién había dejado el arroz, la sal y las cerillas.

—Otra gente diferente viene —contestó Dersú—, cabaña encuentra, cerillas encuentra, come encuentra. ¡No muere!

Recuerdo que aquello me asombró profundamente. Me quedé pensativo… El gold se preocupaba por una persona que no conocía y a quien nunca vería, alguien que tampoco sabría quién le dejó preparada la leña y los comestibles. Me

acordé de que mis hombres, al abandonar el vivac, siempre quemaban cortezas en la hoguera. No era una barrabasada; lo hacían simplemente para divertirse. Y yo nunca les detenía. Aquel montaraz era bastante más filantrópico que yo. ¡Preocuparse por un caminante!… ¿Por qué causa ese buen sentimiento, esa atención para con el prójimo, se habían extinguido en las personas que viven en las ciudades? Porque es indudable que anteriormente lo tuvieron.

—¡Los caballos están listos! Habría que partir ya —dijo Olentiev, acercándose a mí.

Volví en sí.

—Sí, hay que partir…

—¡En marcha! —dije a los fusileros, poniéndome en cabeza por la senda.

Hacia el atardecer llegamos a un punto donde dos riachuelos confluían y desde donde comenzaba el Lefu[34] propiamente dicho. Contaba allí con una anchura de 6 u 8 metros y una corriente de 120 o 140 metros por minuto. Su profundidad era irregular y oscilaba entre 30 y 60 centímetros.

Después de cenar, me acosté temprano y enseguida caí dormido.

Al día siguiente, cuando me desperté, todos estaban ya en pie. En ese mismo momento di orden de ensillar los caballos. Mientras los fusileros estaban ocupados colocando las albardas, tuve tiempo de preparar el portaplanos y marchar delante junto con el gold.

Desde el lugar donde habíamos pernoctado, el valle comenzaba a doblar un poco hacia el oeste. Las vertientes de su margen izquierda eran pronunciadas y las de su derecha, más suaves. A cada kilómetro, la senda mejoraba y se hacía

más ancha. En un punto yacía un árbol talado. Dersú se aproximó, lo examinó y dijo:

—Talaron en primavera. Dos gentes trabajaron. Una gente alto, su hacha sin filo. Otra gente pequeño, su hacha afilada.

Para aquel asombroso hombre no existía ningún secreto. En tanto que persona sagaz, sabía todo lo que ocurría allí. Fue entonces cuando decidí poner más atención e intentar interpretar las huellas por mí mismo. Enseguida me percaté de otro tocón talado. Había muchas astillas esparcidas alrededor e impregnadas de resina. Comprendí que alguien estaba produciendo encendajas.

—*Fansá* está cerca —dijo Dersú, como respondiendo a mis pensamientos.

Efectivamente, pronto volvimos a ver árboles desprovistos de su corteza (ya sabía lo que significaba). A unos 200 metros, en la misma orilla del río, se alzaba una *fansá* de ganaderos en medio de un pequeño claro. Se trataba de una pequeña construcción con paredes de arcilla y cubierta de cortezas de árbol. Resultó estar vacía, cosa que se podía deducir por hallarse su entrada obstruida por un palo. Junto a la *fansá* había un pequeño huerto removido por cerdos salvajes y, a su izquierda, una pequeña cripta de madera emplazada, como siempre, de cara al sur.

Su mobiliario era rústico. Componían todos sus enseres un perol de hierro fijado a un horno a ras del suelo del que partían las salidas de humo, los *kan*[35] para calentar el ambiente, dos o tres artesas horadadas, un cucharón de madera para el agua, una cuchilla de cocina de hierro, una cuchara de metal, un cepillo para lavar el perol, dos botellas cubiertas de polvo, unos trapos tirados, dos banquillos, una lámpara de aceite y trozos de piel animal esparcidos por el suelo.

Desde allí y subiendo por el Lefu partían tres senderos. Uno era por el que habíamos llegado, otro llevaba al este, a las montañas, y el tercero conducía hacia el oeste. Por este último habían andado mucho, era ecuestre. Avanzamos por él. Los fusileros echaron las bridas al cuello de los caballos y dejaron que estos eligieran el camino. Los inteligentes animales marchaban bien, afanándose en que sus fardos no se engancharan con los árboles. En los terrenos pantanosos y en los pedregosos no saltan, sino que pisan con cuidado, siempre tanteando el suelo con la pezuña, antes de ponerla como es debido. Los caballos locales se caracterizan por poseer esta destreza y por estar acostumbrados a viajar por la taiga cargados de fardos.

A partir de la *fansá*, el Lefu comenzaba a doblar un poco hacia el nordeste. Pasados otros 6 kilómetros, nos aproximamos a unas *fansás* de agricultores situadas en la margen derecha del río, junto a las faldas de una gran montaña que los chinos llaman Tudinzá[36].

La inesperada presencia de un destacamento militar turbó a los chinos. Ordené a Dersú decirles que no nos tuvieran miedo y que continuaran con sus labores. Quería ver cómo vivían los chinos en la taiga y a qué se dedicaban.

Pieles de animales tendidas a secar, cuernos de ciervo siberiano amontonados en el granero, cornamentas, saquitos de hiel de oso[37] colgados también a secar, pieles de crías de ciervo abortadas[38], pieles de lince, garduña, marta y ardilla, y los utensilios para hacer sus trampas… Todo esto indicaba que los chinos de aquel lugar no se dedicaban tanto a la agricultura como a la captura de animales y a la caza profesional. Cerca de las *fansás* había unas pequeñas parcelas de tierra labrada. Los chinos habían plantado trigo, almorejo y maíz. Se quejaban de los jabalíes y dijeron que,

recientemente, manadas enteras habían bajado de las montañas al valle. Habían comenzado a poner veneno en los campos, por lo que tenían que recoger las verduras sin tiempo de madurar. Las bellotas habían caído ya al suelo y los cerdos salvajes se alejaban hacia los robledales.

El sol todavía estaba alto y decidí ascender al monte Tudinzá para examinar desde allí los alrededores. Dersú vino conmigo. Íbamos ligeros de equipo; solo cogimos un fusil.

El Tudinzá es un macizo cuyas abruptas vertientes dan al valle del Lefu. Profundos barrancos lo atraviesan por su parte norte. El follaje amarillento de los árboles había comenzado a caer a la tierra. El bosque empezaba a dejar pasar la luz por todas partes y únicamente los robledales seguían contando con su ornamento, marchito y medio seco.

El monte era empinado. Nos sentamos un par de veces a descansar, para retomar a continuación la ascensión.

La tierra estaba por todas partes removida. Dersú se detenía a menudo para examinar las huellas. De su estudio averiguó la edad de los animales y su sexo. Vio huellas de un jabalí cojo, descubrió un lugar donde dos de ellos se habían peleado y uno había perseguido al otro. Yo lo veía todo claro a partir de sus palabras. Me parecía raro no haber advertido antes las huellas. Y si las había visto, no me decían nada, aparte de la dirección en la que marchaban los animales.

Alcanzamos la cumbre al cabo de una hora. Estaba sajada por los pedregales. Nos sentamos allí sobre una piedra y empezamos a orientarnos.

Al este pendía la alta línea divisoria de aguas entre la cuenca del Lefu y las aguas que corren por el Daubije. Otra cordillera que se extendía de este a oeste hacía las veces de frontera entre el Lefu y el Mayje. Al sudeste, allá donde ambas

cordilleras confluían, se alzaba el monte cupuliforme Da-Dian-Shan.

Desde ese punto, en la cima del Tudinzá, pudimos ver bien toda la cuenca del curso alto del Lefu, que se compone de tres riachuelos de iguales dimensiones. Dos de ellos confluyen antes y discurren en dirección ENO. El tercero, el que seguíamos, lleva rumbo meridional. Las fuentes de cada uno de ellos se componen de varios arroyos alpinos que se funden en un mismo lugar. Desde el punto de vista topográfico, las montañas del curso alto del Lefu presentan alturas llanas con vertientes extraordinariamente abruptas y cubiertas de espesos bosques mixtos con predominio de las coníferas.

Cerca de las *fansás* de agricultores, el Lefu forma un pequeño meandro, provocado por el puntal que sobresale del macizo sureño. Después se inclina hacia el sur y, tras doblar el monte Tudinzá, vuelve a torcer hacia el nordeste, dirección que ya mantiene hasta su desembocadura en el lago Janka. Justo frente al Tudinzá, el Lefu recibe un afluente más: el Otradnaya[39], por el que discurre una senda hacia el Mayje por la que se puede ir cargado de fardos.

—Mira, capitán —me dijo Dersú, señalando la vertiente del barranco de enfrente— ¿Qué es eso?

Miré hacia la dirección indicada y vi una mancha oscura. Pensé que se trataba de la sombra de una nube y expresé a Dersú tal suposición. Este se echó a reír y me señaló al cielo. Miré hacia arriba. No había ni una sola nube; ni una sola en toda su azul infinitud. Al cabo de unos momentos la sombra cambió de forma y se movió un poco a un lado.

—¿Qué es eso? —le pregunté a su vez al gold.

—Tú comprende nada —respondió—. Hay que ir, ver.

Comenzamos a bajar. Pronto me di cuenta de que la mancha también se movía a nuestro encuentro. Al cabo de

unos diez minutos, el gold se detuvo. Se sentó sobre una piedra y me hizo una seña para que hiciera lo mismo.

—Nuestra aquí hay que esperar —dijo—. Sienta en silencio, no rompe nada, tampoco habla.

Nos pusimos a esperar. Enseguida volví a ver la mancha. Había aumentado mucho de tamaño y ya podía distinguir las partes que la integraban. Se trataba de unos seres vivos que se movían todo el rato de un sitio a otro.

—¡Jabalíes! —exclamé.

En efecto, se trataba de cerdos salvajes. Eran más de un centenar. Algunos se adelantaban, pero enseguida regresaban al grupo. Pronto pudimos distinguir a cada animal por separado.

—Una gente mucho grande —articuló Dersú en voz baja.

No comprendí de qué «gente» estaba hablando y le miré con aire perplejo.

En medio de la manada, como si fuera un gran montículo, sobresalía el lomo de un enorme jabalí. Sus dimensiones superaban a las de todos los demás y es probable que pesara cerca de 250 kilogramos. La manada se aproximaba hacia nosotros a ojos vista. Ya se oía con claridad el sonido seco de la hojarasca pisoteada por cientos de patas, el crujido de las ramas, el ruido bronco producido por los machos, sus gruñidos de cerdos y los gañidos de los jabatos.

—No va cerca de gente grande —dijo Dersú.

Nuevamente, no le comprendí.

El jabalí más grande de todos estaba en el centro de la manada. Muchos de los animales deambulaban por los lados y algunos se alejaban bastante del grupo, de modo que cuando aquellos cerdos aislados se aproximaron casi de lleno a nosotros, el jabalí grande ya estaba fuera de tiro.

Permanecimos sentados, sin movernos. De repente, uno de los jabalíes que se acercaban levantó el hocico. Estaba mascando algo. Recuerdo su gran cabeza como si lo estuviese viendo ahora. Sus orejas aguzadas, sus feroces ojos y su ágil morro con sus dos fosas nasales y colmillos blancos. El animal adoptó una pose inmóvil, cesó de comer y nos clavó sus rabiosos ojos interrogativos. Finalmente, comprendió que había peligro y emitió un agudo gruñido. En un periquete, ruidosamente y entre resoplidos, toda la manada se lanzó hacia un lado. Justo en ese instante retumbó un disparo. Uno de los animales cayó al suelo con estrépito. La carabina aún humeaba en las manos de Dersú. El crujido de ramas rotas se pudo oír en el bosque durante unos segundos más. Luego todo quedó en calma.

El jabalí que habita en el territorio del Ussuri es una especie cercana al cerdo salvaje japonés. Alcanza 295 kilogramos de peso y es de dimensiones enormes: 2 metros de longitud y 1 de altura. La tonalidad común de este animal es el color pardo. Su lomo y sus patas son negros. Los lechones siempre tienen estrías longitudinales. Su cuerpo es ovalado, un tanto comprimido por los costados, y se apoya en cuatro patas fuertes. El cuello es corto y muy poderoso. La cabeza, cuneiforme. El morro termina en un sólido hocico «ágil» con el que el cerdo salvaje hurga en la tierra. El jabalí es un animal de dientes torcidos. Aparte de los molares, los machos están provistos de colmillos muy afilados que con la edad aumentan de tamaño, se doblan hacia atrás y alcanzan una longitud de 20 centímetros. Dado que el jabalí gusta de restregarse contra el tronco de los abetos, cedros y píceas, sus barbas de pelo duro a menudo están manchadas de resina. En el otoño, durante las heladas, deambula por el fango, por lo que el agua se le queda pegada a las barbas congelada; los carámbanos se

hacen cada vez más grandes y, a veces, forman una capa tan gruesa de hielo, que obstaculiza sus movimientos.

El hábitat natural de los cerdos salvajes en el territorio del Ussuri está estrechamente ligado a la del cedro, el nogal, el avellano y el roble. La frontera norteña de este ámbito discurre desde la cuenca baja del Jungari, a través del curso medio del Aniui y del superior del Jor, y las fuentes del Bikin, desde donde se extiende a través de la cordillera Sijoté-Alín hacia el norte, hacia el cabo de Uspenie[40]. También se pueden ver jabalíes aislados en los ríos Kopi, Jadi y Tumnin. Este animal es extraordinariamente ágil y fuerte. Tiene una visión excepcional, un oído excelente y un buen olfato. Cuando está herido, el jabalí se vuelve muy peligroso y es una desgracia para los cazadores poco juiciosos que deciden acercarse a él sin tomar antes precauciones. En tales casos, el jabalí se echa al suelo dirigiendo la cabeza a su perseguidor. Tras divisar al hombre, se lanza contra él con tanto ímpetu, que este a menudo ni siquiera tiene tiempo de apoyar en el hombro la culata del fusil y disparar.

El jabalí que mató el gold resultó tener dos años. Le pregunté al viejo por qué no había disparado al macho.

—Él gente vieja —dijo sobre el jabalí de los colmillos—. Malo come él, carne huele poquito.

Me sorprendió que Dersú calificara a los jabalíes de gente. Se lo pregunté.

—Él de todos modos gente —aseveró—. Solo otro camisa. Engañas, comprende. Enfadas, comprende. ¡Todo comprende! Igual que gente.

Me quedó claro. El criterio que aquel primitivo hombre aplicaba a la naturaleza era animista, por lo que personificaba todo lo que había alrededor. Estuvimos bastante tiempo en la montaña. El día se acababa sin darnos cuenta. Los bordes de

las nubes apelotonadas en el oeste relucían como si estuvieran hechos de metal fundido. Los rayos solares las atravesaban, dispersándose por el cielo en forma de abanico.

Dersú desolló a toda prisa el animal abatido, se lo echó al hombro y marchamos hacia el campamento. Al cabo de una hora ya estábamos en el vivac.

En las *fansás* chinas estaba oscuro y había humo, por lo que decidí echarme a dormir al raso con Dersú.

—Mía piensa —dijo, mirando hacia el cielo— noche hará calor, mañana por la tarde lluvia…

Estuve un largo rato sin poder dormirme. Durante toda la noche creí ver el morro del jabalí con sus fosas nasales infladas. Aparte de ellas, no veía nada más. Primero me parecían ser pequeños puntos, que luego aumentaban de tamaño. No era una cabeza de jabalí, sino la montaña. Las fosas nasales eran unas cuevas. Era como si en esas cuevas también hubiera jabalíes con los mismos hocicos agujereados.

El cerebro humano está organizado de manera extraña. De las impresiones de un día entero, de multitud de fenómenos diversos y de miles de objetos a la vista por todas partes, hay cosas que ni siquiera son las principales, sino fortuitas y secundarias, de las cuales se tiene un recuerdo más vivo que de todas las demás. Recuerdo mucho mejor algunos lugares en los que nunca he vivido aventura alguna, que aquellos en los que me han pasado cosas. Por algún motivo recordaba un árbol que en nada se diferenciaba a otros, un hormiguero, una hoja amarilleada, un tipo de musgo, etc. Creo que podría dibujar estas cosas con todo detalle.

Capítulo IV

Suceso en una aldea coreana

Los signos de Dersú sobre el tiempo. Tiroteo. La indiferencia de los coreanos. La aldea de Kazakevichevo. Excursión a las terrazas fluviales. Dersú se instala para pasar la noche. Una senda hasta la aldea de Lialichi.

Por la mañana, me desperté más tarde que el resto. Lo primero que me sorprendió fue la ausencia de sol. Todo el cielo estaba cubierto de nubes. Al advertir que los fusileros estaban recogiendo las cosas para que no se mojaran con la lluvia, Dersú dijo:

—No hay que darse prisa. Nuestra por el día camina bien, por la tarde habrá lluvia.

Le pregunté por qué pensaba que no iba a llover por el día.

—Tú mismo mira —contestó el gold—. ¿Ves? Pájaros pequeños va aquí y allí, juega, come. Lluvia pronto, entonces sienta en silencio, duerme igual.

En efecto, recordé que antes de llover siempre hay calma y todo está sombrío. Pero en ese momento estaba pasando todo lo contrario; el bosque estaba pleno de vida. Los pájaros carpinteros, los arrendajos euroasiáticos[41] y los cascanueces moteados[42] se llamaban unos a otros por todas partes y los bulliciosos trepadores azules[43] silbaban alegremente.

Tras preguntar a los chinos por el camino, nos pusimos en marcha.

Pasado el monte Tudinzá, el valle del Lefu se ensancha de golpe de 1 a 3 metros, punto desde el que empiezan las zonas habitables. A eso de las dos llegamos hasta la aldea de Nikolaevka, que contaba entonces con 36 casas. Tras descansar un poco, ordené a Olentiev que comprara avena y cebara bien a los caballos, mientras que Dersú y yo proseguimos el camino. Quería llegar cuanto antes a la aldea coreana de Kazakevichevo y alojar bajo techo a mis compañeros de viaje para pasar la noche.

En los días de otoño desapacibles siempre anochece temprano. A eso de las cinco comenzó a gotear. Apretamos el paso. El camino pronto se dividió en dos. Una senda seguía por el río y la otra parecía llevar a las montañas. Escogimos esta última. Luego empezaron a surgir otros senderos, que se cruzaban con el nuestro por distintas direcciones. Ya estaba completamente oscuro cuando llegamos a la aldea coreana.

En ese momento los fusileros llegaron a un cruce de caminos y, sin saber adónde ir, efectuaron dos disparos. Temiendo que se pudieran extraviar, les respondí del mismo modo. De repente, sonó un grito en la *fansá* más próxima. Acto seguido retumbó un disparo desde la ventana. Luego otro y también un tercero. Al cabo de unos instantes se organizó un tiroteo por toda la aldea. No podía comprender nada: lluvia, gritos, disparos… ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué se había armado semejante jaleo? Entonces se vio luz en una de las *fansás*. Era un coreano con una lámpara de keroseno en una mano y una carabina en la otra que corría y gritaba alguna cosa en su lengua. Nos lanzamos a su encuentro. La desigual luz rojiza de la antorcha saltaba entre los charcos, iluminando su rostro, descompuesto por el miedo. Al vernos, el coreano tiró la antorcha al suelo, disparó a quemarropa a Dersú y salió huyendo. El queroseno

derramado por la tierra se inflamó y ardió con humeantes llamas.

—¿No estás herido? —pregunté a Dersú.

—No —dijo, levantando la antorcha.

Vi que le habían disparado, pero Dersú permanecía totalmente erguido. Hizo un gesto con la mano y gritó algo a los coreanos.

Al oír el tiroteo, Olentiev resolvió que estábamos siendo atacados por los *honguzhis*. Dejó a dos soldados a las riendas de los caballos y se lanzó con el resto de fusileros a socorrernos. Finalmente cesaron los tiros provenientes de la *fansá* más cercana, momento en el que Dersú entabló una negociación con los coreanos. No querían abrir sus puertas por nada del mundo. Ninguna exhortación sirvió de ayuda. Los coreanos maldecían y amenazaban con reanudar el tiroteo.

Había que hacer vivac, no se podía hacer otra cosa. Encendimos las hogueras en la orilla del río y comenzamos a montar las tiendas. Cerca había una *fansá* vieja y en ruinas. Al lado había unas pilas de leña que los coreanos habían preparado para el invierno. Los tiros aún continuaron un rato en la aldea. Desde las *fansás* más apartadas estuvieron disparando toda la noche… ¿Para defenderse de quién? No lo sabían ni los propios coreanos. Los fusileros maldecían y se reían.

Fijamos un alto para el día siguiente. Ordené revisar las sillas de montar, secar lo que estuviera mojado y limpiar los fusiles. Cesó de llover. Un viento fresco del noroeste disipó las nubes y el sol se asomó.

Me vestí y fui a inspeccionar la aldea.

Pudiera parecer que tras el tiroteo del día anterior, los coreanos tendrían que acercarse a nuestro vivac y ver a las

personas contra las que habían disparado. Nada de eso. De la *fansá* de al lado salieron dos hombres. Iban ataviados con unas zamarras blancas de mangas anchas, pantalones bombachos blancos de algodón y calzado de cordel trenzado. Ni siquiera nos miraron y pasaron de largo. Junto a la otra *fansá* había un viejo sentado enrollando un cordel. Cuando me acerqué a él, alzó la cabeza y me miró con unos ojos en los que no se podía percibir ni curiosidad ni asombro. Una mujer marchaba de frente por el camino. Vestía falda y chaqueta blancas e iba escotada. Portaba sobre la cabeza un cántaro de agua y caminaba recta, con paso regular y mirando al suelo. Al pasar por nuestro lado, la coreana no se apartó y pasó de largo sin alzar la vista. Por donde quiera que pasáramos, veíamos esa asombrosa indiferencia que distingue a los coreanos. Recordé el nombre que daban a Corea: «el país de la calma matinal». Los coreanos viven en granjas. Sus *fansás* se hallan diseminadas a considerable distancia entre sí y cada una de ellas se encuentra en mitad de sus campos y huertos. Esta es la razón por la que muy a menudo una pequeña aldea coreana ocupa una extensión de varios kilómetros cuadrados.

De regreso al vivac, entré en una de las *fansás*. Sus delgadas paredes estaban recubiertas de arcilla por dentro y por fuera. La construcción contaba con tres ventanas enrejadas forradas de papel. Una red de hierba seca trenzada cubría el tejado de paja, de cuatro vertientes.

Las *fansás* coreanas son todas iguales. Cuentan en su interior con un *kan* de barro que ocupa más de la mitad de la estancia. Por debajo discurre el tiro del horno, que calienta el suelo de las habitaciones y distribuye el calor por toda la casa. La salida de humos se saca afuera por medio de un árbol grande ahuecado que hace las veces de conducto. Las personas se alojan en la parte donde el suelo es de madera rugosa. En la otra mitad, donde es de tierra, lo hacen los

pollos, los caballos y el ganado de cuerna. Tabiques hechos con tablas dividen la parte habitable en habitaciones separadas, que se cubren pulcramente con esteras. En un cuarto se alojan las mujeres con los niños. En los otros, los hombres con los huéspedes.

Vi en la *fansá* a la mujer que nos habíamos cruzado en el camino portando un cántaro sobre su cabeza. Estaba sentada en cuclillas, llenando de agua un perol con un cucharón de madera. Lo hacía despacio, subía muy alto el cucharón y vertía el agua de manera un tanto extraña, torciendo el brazo hacia la derecha. Me miró con indiferencia y continuó en silencio con su faena. Había un hombre de unos cincuenta años fumándose una pipa, sentado sobre el *kan*. No se movía y no respondió a mi saludo. Me senté por un momento, después salí afuera y fui a ver a mis compañeros de viaje.

Después de comer, marché de excursión por los alrededores. Tras cruzar al otro lado del río, subí a una colina. Se trataba de una antigua terraza fluvial de 20 metros de altura. Las capas bajas están compuestas de areniscas y las altas de lava esponjosa. Las grandes oquedades de la lava certificaban que en el momento de la erupción estuvo saturada de gases. Muchas oquedades habían quedado rellenas de un mineral de color negro y azul grisáceo.

Desde lo alto de la terraza se abría una maravillosa vista sobre el valle del Lefu. La orilla derecha, donde estaba situada la aldea coreana, era baja. En estos parajes, el Lefu toma cuatro afluentes: el Málaya Lefu y el Pichinzá por su izquierda, y el Ivanovka y el Lubianka por la derecha. Entre las desembocaduras de estos dos últimos, sobre la misma antigua terraza fluvial, se sitúa la aldea rusa de Ivánovsk, que cuenta con cerca de 200 casas[44]. Más adelante, el valle del Lefu se torna irregular. Los cerros de pendiente suave, que se

elevan a poca altura sobre el nivel general, están cubiertos de un bosque ralo de robles y abedules negros.

Estuve vagando un par de horas por los alrededores y, finalmente, me acerqué de nuevo al precipicio.

El día declinaba. Unas nubecillas levemente rosadas se deslizaban lentamente por el cielo. Las montañas lejanas, iluminadas por los últimos rayos del sol poniente, parecían ser de color violeta. La defoliación de los árboles adoptaba una tonalidad gris monocroma. En la aldea coreana seguía reinando una calma total. De las alargadas chimeneas de las *fansás* salía un humillo blanco de manera trenzada que quedaba rápidamente disipado en el fresco aire vespertino. Por los caminillos brillaban las blancas siluetas de los coreanos. Abajo, en el río, ardía una hoguera. Era nuestro vivac.

Ya estaba oscureciendo a mi regreso. El agua del río parecía negra y sobre su superficie en calma se reflejaban las llamas de la hoguera y las centelleantes estrellas del firmamento. Los fusileros estaban sentados junto al fuego. Uno estaba contando algo y los otros se reían.

—¡A cenar! —gritó el cambucero[45].

La risa y las bromas cesaron de inmediato.

Después de tomar el té, me senté junto al fuego y empecé a anotar mis observaciones en el diario. Dersú deshizo su morral y arregló la hoguera.

—Poquito frío —dijo, encogiendo los hombros.

—¡Ve a dormir a la *fansá*! —le aconsejé.

—No quiero —contestó—. Mía siempre así duerme.

Después prendió tras de sí varios mimbres y los ajustó con la lona de la tienda. Luego extendió sobre el suelo una piel de cabra, se sentó sobre ella y, echándose sobre los hombros una

zamarra de piel, comenzó a fumarse una pipa. Al cabo de unos minutos oí unos suaves ronquidos. Estaba durmiendo. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos caídos. La pipa, ya apagada, se le había desprendido de la boca y yacía sobre sus rodillas… «Y así toda su vida —pensé— ¡Con cuánto trabajo y a qué precio, a base de privaciones, se ha procurado este hombre el sustento!» Pero enseguida pensé otra cosa: «Aunque es poco probable que este auténtico cazador conviniera en cambiar su libertad».

Al lado, el río emitía un ruido sordo. Un perro ladraba por detrás de la aldea. En una de las *fansás* más apartadas lloraba un bebé. Me envolví en la *burka*, me tumbé boca arriba de cara a la hoguera y me quedé plácidamente dormido.

Al día siguiente, apenas había clareado, ya estábamos todos en pie. Por la noche, nuestros caballos, al no hallar alimento en los campos labrados coreanos, se fueron al monte en busca de retallos[46]. Mientras los buscaban, el cambucero preparó el té y cocinó gachas. Me dio tiempo a concluir mis trabajos antes de que los fusileros regresaran con los caballos. Nos pusimos en marcha a las ocho de la mañana.

Desde el pueblo coreano de Kazakevichevo[47] parten dos caminos hacia el valle del Lefu. Uno de ellos, torcido, conduce a la aldea de Ivánovsk. El otro, poco transitado y en algunos puntos cenagoso, discurre por la orilla izquierda del río. Elegimos este último.

Cuanto más avanzábamos, el valle adquiría un aspecto cada vez más pratense.

Según todos los indicios, era evidente que las montañas acababan. Quedaban desplazadas a un lado y en su lugar aparecían anchas lomas de pendiente suave, cubiertas de verdasca. Los robles y tilos de carácter leñoso y copa helada crecen en ese lugar tanto en grupos como aislados.

Cerca del propio río a menudo se ven salcedas, alisos y cerezos alisos.

Nuestra senda comenzó a torcer a la izquierda, hacia las montañas. Nos alejó del río unos 4 kilómetros.

Ese día nos faltó poco para llegar a la aldea de Lialichi[48] y pasamos la noche a 6 kilómetros de ella, a la orilla de un pequeño y sinuoso arroyo.

Por la tarde me senté a la hoguera con Dersú, con quien conversé sobre la posterior ruta por el Lefu.

Tenía muchas ganas de echar un vistazo al lago Janka, ensalzado por N. M. Przhevalski. El gold decía que más adelante había extensos pantanos y unos caminos intransitables. Me aconsejó ir en barca y dejar a los caballos y parte del destacamento en Lialichi.

Su consejo era totalmente razonable y lo seguí. Únicamente cambié el lugar donde habría de quedarse el destacamento.

Capítulo V

El curso bajo del río Lefu

Pernoctación junto a la aldea de Lialichi. Un mar de hierba. Migración otoñal de aves. Tiro con Dersú. La aldea de Jalkidón. Agua viva y fuego vivo. La «población» alada enferma. Un segmento oscuro de terreno. Pesadez después de un sueño. Cambio del tiempo.

A la mañana siguiente me llevé a Olentiev y al fusilero Marchenko, y mandé a los demás que se dirigieran a la aldea de Chernigovka con la orden de esperar allí a que regresáramos. Con la colaboración del alcalde pedáneo, muy pronto logramos obtener una batea bastante aceptable. Pagamos por ella doce rublos y dos botellas de vodka. Empleamos todo el día en equipar aquella barca. El propio Dersú le adaptó unos remos, hizo unos escálamos a partir de unas estacas, ajustó un asiento y preparó una garrocha. Me quedé prendado de cómo, en sus manos, el trabajo bullía y salía a pedir de boca. Nunca se agitaba; todas sus acciones eran premeditadas, consecuentes. No se demoraba en nada. Era evidente que había pasado por una escuela de la vida que le había enseñado a ser enérgico, activo y a no gastar el tiempo en balde. En una de las isbas[49] encontramos pan tostado por casualidad. No necesitamos nada más. Teníamos suficiente cantidad de todo lo demás (té, azúcar, sal, grano y conservas). Por consejo del gold, esa misma tarde llevamos

todas las cosas a la barca y nos quedamos a pasar la noche en la orilla.

La noche cayó ventosa y fría. No pudimos prender un gran fuego debido a la escasez de leña, por lo que todos tuvieron frío y apenas durmieron. Por mucho que me esforzaba en envolverme en la *burka*, el viento hallaba algún hueco, produciéndome escalofríos bien en el hombro, bien en el costado o en la espalda. La leña era mala; crepitaba y arrojaba chispas por todas partes. A Dersú se le chamuscó la manta. Entre sueños oí cómo reñía a un leño, al que a su manera llamaba «gente flaco».

—Él todo el rato arde así, igual grita —le decía a alguien, imaginando además una voz para el crepitar de la leña—. Hay que echar.

Después oí un chapoteo en el agua y el chisporroteo de un tizón. Evidentemente, el viejo lo había tirado al agua. Luego logré entrar un poco en calor y me dormí.

Por la noche me desperté y vi a Dersú sentado junto a la hoguera. Estaba atizando el fuego. El viento avivaba las llamas en todas direcciones. Por encima de mi *burka* tenía la manta del gold. Es decir, me había cubierto con ella y por eso él se estaba calentando. La lona de su tienda también cubría las capas de los fusileros. Ofrecí a Dersú tumbarse en mi lugar, pero se negó.

—No, capitán —dijo—. Tú duerme, mía voy a guardar fuego. Es mucho malo —explicó, señalado a la leña.

Cuanto más observaba de cerca a ese hombre, más me gustaba. Cada día descubría en él nuevas cualidades. Antes pensaba que el egoísmo es especialmente característico del hombre salvaje y que el sentido de la humanidad, la filantropía y la atención para con el prójimo solo era inherente en los europeos. ¿No estaría equivocado? Ocupado

en tales pensamientos, me adormecí y no me desperté hasta por la mañana. Cuando ya hubo amanecido del todo, Dersú nos despertó. Recalentó el té y asó carne. Tras el desayuno, envié al equipo con los caballos a Chernigovka. Después botamos la barca y emprendimos la travesía.

Con la ayuda de las garrochas, nuestra barca navegaba bien por la corriente. Pasados unos 5 kilómetros, alcanzamos un puente por el que pasaba la vía férrea y nos detuvimos a descansar. Dersú contó que ya de niño frecuentaba junto con su padre esos lugares para cazar cabras salvajes. Había oído hablar a los chinos de la vía del tren, pero nunca la había visto.

Tras descansar un poco, proseguimos. Las montañas acababan cerca del puente de la vía férrea. Salí de la barca y ascendí al cerro más cercano para mirar alrededor, en todas direcciones, por última vez y orientarme. Un bello panorama se desplegaba ante mis ojos. Detrás, al este, las montañas se apelotonaban. Al sur había colinas de suave pendiente cubiertas de bosques de frondosas poco tupidos. Al norte, por lo que me alcanzaba la vista, se extendían unas infinitas tierras bajas cubiertas de hierba. Por mucho que me esforzaba, no podía ver el final de aquella depresión. Continuaba a lo lejos, quedando oculta en algún punto tras el horizonte. A veces el viento la recorría y la hierba se agitaba y hacía ondas, como el mar. En un punto, tanto en grupo como de manera aislada, crecían abedules jóvenes marchitos, alerces ralos y otros árboles más. Desde la montaña en la que yo estaba, se podía seguir al río Lefu por los alisares y las salcedas, que crecían en abundancia en sus orillas. Al principio mantiene su dirección nordeste, pero antes de llegar a las colinas que se divisan a unos 8 kilómetros al oeste, tuerce al norte y dobla un poco hacia el este. Una incontable multitud de afluentes, mangas ciegas, ensenadas y lagunas lo

acompaña por ambas márgenes. Aquella depresión parecía inanimada y desierta. Las brillantes charcas al sol en distintos lugares atestiguaban que el valle del Lefu se inundaba con facilidad durante la temporada anual de lluvias.

En toda esa extensión, el Lefu recibe por su lado izquierdo dos afluentes: el Sandugán[50] y el Junujezú[51]. Este último fluye por el mismo valle bajo y pantanoso que el Lefu.

Hacia el mediodía arribamos a otra colina, situada justo en la orilla izquierda. El cerro tenía una altura de unos 120 o 140 metros y se hallaba cubierto de un bosque ralo formado por robles, abedules, tilos, arces, avellanos y acacias. Desde ese punto partía una senda que probablemente llevaba a la aldea de Voznesenski, situada a unos 12 kilómetros al oeste.

Por la tarde recorrimos la misma distancia y acampamos bastante temprano.

El estar mucho tiempo sentados en la barca nos había aborregado, por lo que todos tenían ganas de salir y desentumecer el cuerpo. Me apeteció ir al campo. Olentiev y Marchenko se pusieron a montar el vivac, y Dersú y yo fuimos a cazar. La exuberante hierba nos cubrió por todos lados desde el primer paso. Era tan alta y espesa, que uno parecía hundirse en ella. Abajo, hierba a nuestros pies. Hierba por delante y por detrás, hierba también por los lados. Y solo arriba, el cielo azul. Parecía que caminábamos por el fondo de un mar de hierba. Esta impresión se hizo aún más fuerte cuando, al encaramarme a un mogote[52], vi cómo la estepa hacía ondas. Vacilante y con cautela, me sumí de nuevo en la hierba y continué el camino. En lugares así, resulta igual de fácil perderse que en un bosque. Nos salimos del camino varias veces, pero de inmediato nos apresurábamos a corregir el error. Cuando encontraba algún mogote, me subía a él y me afanaba en distinguir lo que había delante. Dersú agarró

un *veynik*[53] y un ajenjo[54] con las manos y los dobló hacia el suelo. Miré adelante, a los lados… Por todas partes se extendía un mar infinito de hierba ondulante.

Los habitantes de estas estepas pantanosas son, principalmente, las aves. Quien no haya estado en el curso bajo del Lefu durante su migración, no se puede imaginar lo que allí tiene lugar. Miles y miles de aves volaban al sur en bandadas grandes y pequeñas. Algunas lo hacían en la dirección contraria y otras al sesgo, en la oblicua. Las hileras que formaban, unas veces ascendían, otras descendían. Y todas, ya fueran las próximas o las lejanas, se proyectaban al mismo tiempo del cielo, sobre todo en la parte inferior, cerca del horizonte, el cual parecía en consecuencia una alargada tela de araña. Contemplé aquello con fascinación. Las águilas iban arriba del todo. Planeaban con sus poderosas alas extendidas, describiendo grandes círculos. ¡¿Qué significaba para ellas la distancia?! Algunas lo hacían tan alto, que apenas eran perceptibles. Los gansos volaban más abajo, pero igualmente a una altura considerable del suelo. Estas cautelosas aves marchaban en bandadas regulares, pesadamente, batiendo sus alas en desorden, inundando el aire de sus fuertes graznidos. Junto a ellos volaban ánsares caretos[55] y cisnes. Debajo, cerca del suelo, marchaban ruidosamente los apresurados patos. Allí había bandadas de torpes patos salvajes, a los que se podía distinguir con claridad por el susurro silbante producido por sus alas. Las cercetas[56] volaban a ras del agua, al igual que otros pequeños patos. Aquí y allá se divisaban en el aire busardos[57] y cernícalos[58]. Estos representantes de los halcones describían bonitos círculos, deteniéndose por largo rato en un mismo sitio. Y, agitando las alas, examinaban vigilantes a su presa en la tierra. A veces se desplazaban a un lado, describiendo nuevos círculos, para, de repente, con las alas plegadas,

precipitarse hacia abajo. Pero apenas rozaban la hierba, volvían a remontar el vuelo rápidamente. Las graciosas y ágiles gaviotas y unos elegantes y veloces charrancitos[59] blancos como la nieve fulguraban en el azul celeste del cielo. Los zarapitos[60] volaban con facilidad y suavidad, efectuando virajes asombrosamente bellos. Las serretas picudas[61] miraban a ambos lados durante su vuelo, como si buscaran un lugar donde pudieran detenerse. Los chorlitos[62] volaban por los bajíos pantanosos. Los charcos de agua estancada parecían servirles de jalones mediante los cuales poder mantener la dirección. Y toda aquella masa de aves se desplazaba hacia el sur. ¡Qué cuadro tan majestuoso!

De repente, totalmente de sopetón, aparecieron dos corzas. Estaban a unos 60 metros de nosotros. Apenas se las veía entre la espesa hierba. Tan solo sus cabezas con las orejas tiesas y sus manchas blancas cerca de las patas traseras aparecían con intermitencia. Tras alejarse unos 150 metros, las corzas se detuvieron. Disparé mi escopeta y fallé. Un estrepitoso eco acompañó al sonido del disparo, propagándolo por el río. Miles de pájaros alzaron el vuelo desde el agua, volando a todas partes mientras graznaban. Las corzas, asustadas, escaparon del lugar, de nuevo a grandes saltos. Entonces apuntó Dersú. Y en ese momento, cuando la cabeza de una de ellas surgió sobre la hierba, apretó el gatillo. Cuando el humo se hubo disipado, ya no se veía a los animales. El gold volvió a cargar su carabina y, sin prisas, avanzó. Yo le seguí sin decir nada. Dersú miró hacia atrás, luego dio media vuelta, se hizo a un lado y de nuevo avanzó. Era evidente que estaba buscando algo.

—¿Qué buscas? —le pregunté.

—Una corza —respondió.

—Pero si ya se ha ido…

—No —dijo con seguridad—. Mía da en cabeza.

Aunque no creí al gold, yo también me puse a buscar al animal abatido. Me pareció que se equivocaba. Al cabo de unos diez minutos, la encontramos. Su cabeza, en efecto, estaba atravesada por un balazo. Dersú se la echó al hombro y regresamos despacio. Ya había anochecido cuando llegamos de vuelta al vivac.

El crepúsculo vespertino aún intentaba luchar contra una oscuridad móvil, pero no la pudo vencer; cedió y desapareció tras el horizonte. Enseguida, las estrellas comenzaron a fulgurar en el cielo, como si se alegraran de que por fin el sol les hubiera dado la libertad. Cerca de un ramal del río, se divisaba un bosquecillo negro. Ya no se podían distinguir sus árboles; todos empezaban a asemejarse entre sí. La luz de nuestra hoguera se distinguía entre ellos. La tarde era silenciosa y fresca. Se oía cómo en algún lugar cercano una bandada de patos bajaba al agua ruidosamente. Por su vuelo se podía averiguar que se trataba de cercetas.

Después de la cena, Dersú y Olentiev se pusieron a desollar la corza, mientras que yo me ocupé de mi trabajo. Tras acabar con mi diario, me tumbé, aunque estuve largo rato sin poder dormir. Apenas cerré los ojos, surgió ante mí una tela de araña que se balanceaba. Se trataba del mar de hierba ondulante e incontables bandadas de patos y gansos. Finalmente, hacia la madrugada, me dormí.

Al día siguiente nos levantamos bastante temprano, tomamos el té a toda prisa, colocamos nuestros bártulos en la barca y empezamos a navegar por el Lefu. Cuanto más avanzábamos, más sinuoso se tornaba el río. Sus *krivuni* (así llaman los lugareños a los meandros), describen circunferencias casi enteras para, de repente, dar media vuelta

y doblarse de nuevo. No hay lugares en los que el río fluya al menos un poco de manera recta.

En su curso bajo, el Lefu recibe por su derecha dos pequeños afluentes: el Monastyrka y el Chernigovka. Un montón de ramales y largas mangas ciegas discurren perpendicularmente al río, al través y en paralelo a él, formando un sistema fluvial muy complicado. Unos 8 kilómetros Monastyrka abajo, las montañas se acercan al Lefu y terminan en este punto formando un cerro sin nombre de 290 metros de altura. La aldea de Jalkidón se halla al pie. Se trataba del último poblado ruso. Más adelante, hacia el norte, no hay poblaciones hasta el lago Janka.

Las provisiones que llevábamos estaban a punto de acabarse. Había que reponerlas. Sacamos la barca a la orilla y marchamos hacia la aldea. Una calle ancha la atravesaba por el medio y sus casas se hallaban lejos la una de la otra. Casi todos los campesinos habitaban allí desde antaño y poseían parcelas de 100 *desiatinas*[63]. Entré en la primera isba que encontré. No podía decirse que el patio estuviera muy limpio. Y lo mismo de la casa.

Cuando entramos en el patio, una mujer con un niño entre los brazos salió a nuestro encuentro.

Sin querer, me fijé en las ventanas. Eran de marco doble y cuatro cristales. El espacio entre ellos, casi hasta la mitad de los cristales interiores, estaba relleno de algo grisáceo y amarillento. Al principio pensé que se trataba de serrín y le pregunté a la dueña para qué lo habían vertido allí.

—¡Qué va a ser serrín! —dijo la mujer—. Son mosquitos.

Me acerqué más. En efecto, eran mosquitos secos. Como mínimo, había más de medio kilo.

—Solo nos podemos librar de ellos con el doble marco de las ventanas —continuó diciendo—. Se cuelan entre los

cristales y ahí se quedan. En la isba hacemos un pequeño fuego que humee y dormimos con mosquiteras.

—¿Y no han probado a quemar la hierba de los pantanos? —le preguntó el fusilero Marchenko.

—La quemamos, pero fue todo inútil. Los mosquitos salen del agua. ¡Qué es el fuego para ellos! Y en verano la hierba está húmeda, no arde.

En ese momento se acercó Olentiev e informó de que ya habían comprado pan. Tras dar una vuelta por la aldea, regresamos a la barca. Mientras tanto, Dersú había asado al fuego carne de cabra y preparado té. Los chavales de la aldea corrieron detrás de nosotros hasta la orilla. Estaban de pie a un lado, observándonos con curiosidad.

Al cabo de media hora, nos pusimos en marcha. Me di la vuelta. Los muchachos estaban apelotonados en la orilla y nos acompañaban con la mirada. El río torció y la aldea desapareció de nuestra vista.

Resultaba difícil seguir el curso del Lefu a través del laberinto que formaban sus afluentes. La anchura del río oscila en este lugar entre 15 y 80 metros. Además, desplaza a un lado grandes mangas ciegas, de las cuales parten unas zanjas alargadas, estrechas y profundas que comunican con lagos y pantanos o con los ríos que también van a dar al Lefu bastante más abajo. Según íbamos avanzando hacia el lago Janka, la corriente se volvía más lenta. Las garrochas con las que los fusileros empujaban la barca hacia adelante apoyándolas en el fondo del río, a menudo se quedaban trabadas. Y lo hacían de manera tan fuerte, que se soltaban de las manos. La profundidad del Lefu en esos puntos es muy irregular. Nuestra barca o bien topaba con bancos de arena, o bien iba por lugares profundos, de modo que las garrochas quedaban casi totalmente sumergidas en el agua.

El terreno cerca de la orilla era más o menos duro, pero bastaba alejarse un poco para caer enseguida en terreno pantanoso. La maleza ocultaba unas alargadas lagunas. Estas lagunas, junto con las salcedas y alisares, que crecían en hileras, atestiguaban que el Lefu anteriormente había fluido por otros cauces y variado su curso varias veces. Hacia el atardecer, aún nos faltaba un poco para llegar al río Chernigovka, así que acampamos en el estrecho istmo existente entre él y un pequeño afluente.

La migración de aves de aquel día resultó ser particularmente numerosa. Olentiev mató a varios patos, que nos sirvieron de excelente cena. Cuando anocheció, todas las aves cesaron de volar. De golpe, el silencio se hizo por doquier. Podía pensarse que aquellas estepas estaban totalmente carentes de vida, pero, sin embargo, no había ninguna laguna, ni una ensenada y ningún afluente donde los gansos, las serretas, los patos y demás aves acuáticas no estuvieran pernoctando.

Por la noche, Marchenko y Olentiev se acostaron antes que nosotros, mientras que Dersú y yo, según nuestra costumbre, nos sentamos a conversar. La tetera, olvidada en el fuego, se hacía sentir insistentemente con sus silbidos. Dersú la retiró un poco, pero seguía dando pitidos, de modo que la dejó fuera del fuego aún más tiempo. Entonces la tetera empezó a emitir un fino cántico.

—¡Cómo él grita! —dijo Dersú—. ¡Malo gente!

Se levantó de un salto y escanció agua caliente por la tierra.

—¿Cómo que «gente»? —le pregunté, sorprendido.

—Agua —contestó sencillamente—. Él puedo grita, puedo llorar, también puedo juega.

Aquel hombre primitivo estuvo largo rato contándome su concepción del mundo. Él veía en el agua una fuerza vital,

veía su corriente mansa y oía su rugido durante las inundaciones.

—Mira —me dijo Dersú, señalando al fuego—. Él también de todos modos es gente.

Eché un vistazo a la hoguera. La leña echaba chispas y crepitaba. El fuego ardía a llamaradas unas alargadas, otras cortas; unas veces brillantes, otras deslucidas. Las brasas formaban castillos y grutas, para después destruirse por completo y volver a formarse. Dersú guardaba silencio, pero yo aún permanecí sentado, contemplando aquel «fuego vivo».

Los peces chapoteaban en el río ruidosamente. Me estremecí y miré a Dersú. Estaba sentado y dormitaba. La estepa seguía en calma. Las estrellas del cielo indicaban que era medianoche. Tras echar más leña a la hoguera, desperté al gold y nos acostamos.

Al día siguiente, todos nos levantamos muy temprano. Resultó así, sin más, de manera casual.

Apenas comenzó a amanecer, el reino de las aves empezó a ascender y con estruendo volvió a enfilar hacia el sur. Los primeros en levantar el vuelo fueron los gansos. Detrás iban los cisnes, luego los patos y, ya por último, el resto de aves migratorias. Al principio volaban cerca del suelo, pero a medida que iba clareando, ascendieron más y más.

Antes de que amaneciera logramos alejarnos del lugar de acampada unos 8 kilómetros y llegar a la montaña Chaydinzá[64], cubierta de olmos y álamos temblones. En sus faldas fluía un pequeño río, el Siaojeza[65].

Aparte del Siaojeza, otros dos riachuelos vierten sus aguas en el Lefu: el Liuganka por su derecha y el Seuzgú[66] por la izquierda. En adelante y hasta el lago Janka, no hay ningún afluente más.

Navegábamos por el curso principal y solo en caso de extrema necesidad virábamos por algún ramal para volver a salir al río a la primera posibilidad. Estos ramales, cubiertos de mimbreras y juncares, tapaban por completo nuestra barca. Navegábamos despacio y raramente nos aproximábamos a las aves más cerca de la distancia de tiro. A veces nos demorábamos a propósito para contemplarlas durante un buen rato.

Sobre todo, advertí la presencia de una garza blanca[67] de patas negras y pico verde y amarillo. Se paseaba con solemnidad de un lado a otro en las proximidades de la orilla, meciendo rítmicamente la cabeza y observando con atención el fondo del río. Al advertir nuestra barca, el pájaro dio dos saltitos, echó a volar con dificultad y, tras haberse alejado un poco, volvió a descender al ramal contiguo. Después vimos un avetoro[68]. El color grisáceo-amarillo de sus alas, su pico amarillo y sucio, los ojos amarillos y unas patas también del mismo color hacen que esta ave sea muy poco vistosa. Aquel sombrío pájaro andaba por la arena corcovado, persiguiendo todo el rato a un ágil y ajetreado ostrero[69]. Este echaba a volar y se alejaba un poco, pero en cuanto se posaba sobre el suelo, el avetoro enseguida se plantaba allí dando pasitos y, cuando se hallaba lo suficientemente cerca, se lanzaba a la carrera e intentaba darle un picotazo. Al reparar en la barca, el avetoro se agazapó entre la hierba, alargó el cuello y, con la cabeza estirada, se quedó quieto en el sitio. Cuando la barca pasó por su lado, Marchenko le disparó. No acertó, aunque la bala pasó muy cerca y fue a dar junto a los juncos. El avetoro ni se meneó. Dersú se echó a reír.

—Él mucho gente astuto. Todo el rato así engaña —dijo.

En efecto, ya no se podía distinguir al avetoro. El color de su plumaje y su pico levantado hacia arriba se perdían por

completo entre la hierba.

Más adelante vimos un panorama diferente. Muy cerca del agua, junto a la orilla, un martín pescador[70] estaba posado, solitario, sobre la rama de una salceda. Parecía que aquel pequeño pajarito de cabeza y pico abultados estaba dormitando. De repente, se lanzó al agua, se zambulló y de nuevo salió a la superficie, sosteniendo en su pico un pequeño pez. Tras engullir su presa, el martín pescador se posó en una rama y volvió a quedar sumido en un estado de somnolencia. Pero al oír el ruido de una barca que se aproximaba, salió volando a lo largo del río emitiendo graznidos. El azul brillante de su plumaje refulgía. Tras alejarse un poco, se plantó sobre un arbusto, después se alejó aún más y, finalmente, se ocultó por completo tras un recodo.

Nos topamos un par de veces con fochas comunes[71], unos pájaros negros buceadores de grandes patas que se mueven con facilidad entre las hojas de las plantas acuáticas. Pero en el aire parecían impotentes. Se veía que aquel no era su elemento natural. Durante el vuelo, agitan las patas de manera un tanto extraña. Daba la impresión de que habían salido del nido hacía poco y aún no habían aprendido a volar como es debido.

En las aguas estancadas había somormujos[72], cuyas aurículas sobresalían hacia un lado y tenían el cuello lleno de plumas de colores. No salieron volando, sino que se escondieron a toda prisa en la hierba o bien se zambulleron en el agua.

El tiempo nos favorecía. Era uno de esos cálidos días de otoño que se dan tan a menudo en octubre en el territorio del Ussuri del sur. El cielo estaba absolutamente despejado, límpido. El viento del oeste soplaba ligeramente. Este tiempo es con frecuencia engañoso y, tras él, no es rara la vez en que

comienzan a soplar los fríos vientos del noroeste. Y cuanto más dura esta calma, más abruptos son los cambios.

A eso de las once de la mañana hicimos un largo alto junto al Liuganka. Después de almorzar, los hombres se tumbaron a descansar y yo marché a deambular por la orilla. Por donde quiera que tendiera la mirada, solo veía hierba y aguas pantanosas. Lejos, al oeste, apenas se divisaban unas montañas brumosas. Por algunas zonas de unas llanuras sin bosque, como si fueran oasis, negreaban a la manera de manchas una maleza y verdasca menudas.

Al penetrar en ellas, espanté a un gran búho campestre[73], «el ave nocturna de los espacios abiertos», que se oculta en la hierba durante el día. Se apartó asustado y, tras alejarse un poco volando, volvió a descender al pantano. Tomé asiento cerca de unos arbustos para descansar y, de pronto, escuché un leve murmullo. Me estremecí y me di la vuelta. Pero mi temor resultó fútil. Se trataba de carriceros[74]. Estaban revoloteando por los juncos, contrayendo su rabito a cada instante. Luego vi a dos chochines[75]. Estos graciosos y abigarrados pajaritos rojizos se escondían todo el rato entre la maleza, para después surgir de repente por otra parte y volver a esconderse en la hierba seca. Junto a ellos había un escribano palustre[76] que se encaramaba constantemente en los juncos, inclinaba la cabeza a un lado y me miraba curioso. Allí también vi a otros muchos pájaros pequeños, cuyos nombres desconocía.

Regresé al campamento al cabo de una hora. Marchenko ya había preparado té y estaba esperando a que volviera. Tras aplacar la sed, nos montamos en la barca y continuamos avanzando. Como deseaba completar mi diario, le pregunté a Dersú cuáles eran los animales cuyas huellas había visto en el valle del Lefu desde que saliéramos de las montañas y

comenzaran los pantanos. Dijo que en esos lugares había corzas, perros mapache[77], tejones, lobos, zorros, liebres, hurones, nutrias, ratas toperas[78], ratones y musarañas.

En la segunda mitad del día recorrimos otros 12 kilómetros e hicimos vivac en uno de los numerosos islotes.

Ese día tuvimos ocasión de observar en el este el lado oscuro de la Tierra. El crepúsculo vespertino adquirió tonalidades especialmente brillantes. Al principio era pálido, luego de color verde esmeralda y con ese fondo, como columnas divergentes, dos luminosos rayos ascendieron por el horizonte. Desaparecieron al cabo de unos minutos. La luz verde del crepúsculo se tornó naranja y luego roja. Este último fenómeno consistía en que el rojo horizonte purpúreo había oscurecido como por causa del humo. Mientras se ponía el sol, por el este apareció el lado oscuro de la Tierra. Por un extremo tocaba el horizonte norte y por el otro, el sur. El borde exterior de aquella sombra era púrpura y cuanto más bajo estaba el sol, más alto ascendía el lado oscuro. La franja púrpura pronto se fusionó con el ocaso rojizo en el oeste. En ese momento entró la noche oscura.

Contemplé aquello y quedé arrobado, pero en ese instante escuché a Dersú rezongar:

—¡Comprende nada!

Me imaginé que aquella objeción se refería a mí, así que le pregunté qué pasaba.

—Malo —dijo, indicando al cielo—. Mía piensa habrá gran viento.

Por la noche estuvimos poco rato sentados junto al fuego, pues debíamos levantarnos temprano. Nos habíamos fatigado durante el día, por lo que apenas terminamos de cenar, nos acostamos enseguida. Mi sueño crepuscular fue un tanto pesado. Sentía languidez y debilidad en todo el cuerpo, mis

movimientos eran apáticos. Dado que todos sentían lo mismo, me asusté y pensé que habíamos enfermado de fiebres o que nos habíamos envenenado con alguna cosa. Pero Dersú me tranquilizó al contarme que esto siempre ocurría cuando cambiaba el tiempo. Comimos sin apetito y de mala gana continuamos avanzando.

El tiempo era cálido; no hacía viento en absoluto y los juncos permanecían erguidos inmóviles, como si estuvieran dormitando. Las lejanas montañas, hasta entonces claramente visibles, quedaban ahora totalmente sumidas en la bruma. Unas finas y alargadas nubes discurrían por el pálido cielo. Unos halos surgieron cerca del sol. Advertí que alrededor ya no había la vida que había observado el día anterior. Los gansos, los patos y todas las aves pequeñas habían desaparecido. Solo unas águilas marinas[79] planeaban por el cielo. Probablemente, se hallaban fuera de los cambios atmosféricos que provocaban apatía general y somnolencia entre todos los animales en tierra.

—¡No importa! —dijo Dersú—. Mía piensa, mitad del sol acaba, otro viento encuentra.

Le pregunté por qué los pájaros habían cesado de volar y me dio una larga lección sobre las migraciones.

Según él, a los pájaros les gusta moverse con el viento en contra. Cuando la bonanza es total y el tiempo es cálido, se posan sobre los pantanos. Si el viento les sopla de cola, sienten frío porque el aire frío penetra por su plumaje. Entonces los pájaros se esconden en la hierba. Únicamente una nevada inesperada puede forzar a las aves a seguir volando, aunque haga viento y un frío que pele.

Cuanto más nos aproximábamos al lago Janka, más pantanosa se tornaba la planicie. Los árboles de las orillas de los ramales desaparecían y su lugar lo ocupaban arbustos

ralos. La ralentización de la corriente del río enseguida se reflejaba en la vegetación. Aparecían azucenas, nenúfares, hierba centella[80], castañas de agua[81], etc. A veces la maleza era tan espesa, que la barca no podía atravesarla, por lo que tuvimos que efectuar grandes rodeos. Hubo un momento en que nos extraviamos y fuimos a dar a un punto sin salida. Olentiev iba ya a salir de la barca, pero apenas plantó el pie en la orilla, se hundió y quedó atascado hasta la rodilla. Entonces dimos media vuelta y entramos en un lago, donde dimos con nuestro ramal de casualidad. El laberinto cubierto de hierba quedaba ya atrás, por lo que pudimos alegrarnos de haber salido tan bien librados. Cada día nos resultaba más difícil orientarnos.

Antes, siguiendo los árboles, podíamos seguir el curso del río hasta bien lejos. Pero ahora no había por ninguna parte siquiera matorrales. En consecuencia, no se podía decir dónde torcía el ramal unos metros más allá, si a la izquierda o a la derecha.

La predicción de Dersú se cumplió. A mediodía comenzó a soplar el viento del sur, que paulatinamente adquiría fuerza mientras cambiaba su dirección hacia el oeste. Los gansos y los patos volvieron a emprender el vuelo a baja altura.

En una zona determinada había muchos maderos flotantes que habían ido a parar allí durante unas inundaciones. Aquello no se podía menospreciar en el Lefu, pues de otro modo te arriesgas a pasar la noche sin leña. Los fusileros descargaron la barca en unos minutos. Mientras tanto, Dersú encendió el fuego y plantó la tienda.

Quedaba poco para llegar al lago Janka. Yo sabía que el río tuerce en ese punto hacia el noreste y que va a dar al extremo oriental del golfo de Lebiazhi[82], llamado así porque durante las migraciones allí siempre hay muchos cisnes. Se trata de un

golfo de una longitud entre 6 y 8 kilómetros, y casi otro más de ancho. Es poco profundo y se comunica con el lago gracias a un estrecho ramal. De esta forma, para llegar al Janka en barca, había que recorrer otra quincena de kilómetros, mientras que todo recto y por tierra virgen no estaba a más de dos y medio o tres.

Decidí que al día siguiente iría allá a pie con Dersú y que estaríamos de vuelta al atardecer. Olentiev y Marchenko debían quedarse en el vivac y esperar nuestro regreso.

Por la tarde, todos tuvieron mucho tiempo libre. Sentados junto al fuego, tomamos té y conversamos.

La leña seca ardía con llamas brillantes. Los juncos oscilaban ruidosamente y, a causa de este ruido, el viento parecía más fuerte de lo que realmente era. La bruma cubría el cielo y a través de ella solo se divisaban levemente las estrellas grandes. El ruido del oleaje del lago llegó hasta nosotros. Por la mañana, el cielo quedó cubierto de estratos.

El viento soplaba en ese momento del noroeste. El tiempo empeoró un poco, pero no tanto como para impedir nuestra excursión.

Capítulo VI

Ventisca en el lago Janka

Datos históricos y geográficos sobre el lago Janka. La apresurada migración de las aves. Nos extraviamos. Ventisca. Una cabaña de hierba. Regreso al vivac. El camino hasta Dmitrovka. Dersú se preocupa de la barca. El vivac del gold detrás de la aldea. Los planes de Dersú. Despedida. Vuelta a Vladivostok.

El lago Janka (Jenka en gold) tiene una forma un tanto ovalada. Está situado de tal manera (entre los 44º 36' y los 45º 2' de latitud norte) que su óvalo más redondeado se halla en el norte y su extremo más afilado, en el sur. Por los lados, el óvalo es un poco estrecho. La anchura máxima del lago es de 60 kilómetros. La mínima, de 30. Su circunferencia es de unos 260 kilómetros y su longitud de 85, lo cual equivale a una superficie de 2400 kilómetros cuadrados.

Al norte, el Janka tiene otro apéndice más: el lago Málaya Janka[83] (en chino, el Siao-hu, en gold, el Dabuku). Tiene una longitud de 15 kilómetros, una anchura de 25 y está separado del lago principal solo por una lengua de arena, por la que antiguamente discurría un camino desde Manchuria hasta el territorio del Ussuri. La parte superior del lago Janka (aproximadamente un cuarto) pertenece a China. La frontera entre ambos Estados discurre aquí en línea recta desde la desembocadura del Tur (en chino, el Bay-min-he[84]) hacia el Sungache (en chino, el Sun-Achan[85]), que toma su curso en

un punto del lago Janka que tiene las siguientes coordenadas geográficas: 45º 27' de latitud norte y 150º 10' de longitud este respecto a Ferro y a una altura de 86 metros sobre el nivel del mar.

Durante la dinastía Liao, el lago Janka se llamó Beitsinhai y, en la actualidad, Janka, Jinkai y Sinkai-hu, que significa «Lago del Florecimiento y la Prosperidad». Hay que suponer que el nombre del lago Janka se generó a partir de otra palabra, «jankai», que significa justamente «hoyo». Los chinos nombran así a cualquier tierra baja, ya sea una cuenca seca o llena de agua. Así denominan, por ejemplo, a la parte occidental del desierto del Takla-Makan. El lago Janka y sus pantanos de los alrededores presentan efectivamente una cavidad, por lo que el nombre de Jankai concuerda con la realidad. Posteriormente, los rusos transformaron esta palabra en Janka, mientras que los lugareños fueron aún más allá en su alteración y dicen Jankán. Los continuos cenagales y pantanos al norte, oeste y sur del lago certifican que antes fue mucho más grande. La desembocadura del Lefu se hallaba en un punto cercano al Jalkidón, tal vez todavía más al sur. Es probable que el río Sungacha[86] tampoco existiera y que el lago se uniera directamente al Ussuri gracias a un ramal. En la actualidad, el lago Janka no está a más de 50 metros de altura sobre el nivel del mar. La altura media de la cordillera que separa la cuenca del Suyfún[87] del lago, equivale a unos 180 metros. Esto se explica por la abundancia de pantanos y cenagales en los valles de los ríos de la cuenca interior. La orilla más antigua del lago es la occidental. En la zona de las denudaciones se ve arcilla de formación terciaria. Las poblaciones de mayor antigüedad en el lago son: Turii Rog y Kamen-Rybolov. Esta última la llaman los chinos Jontu-Hayza. El Janka, como todos los lagos atravesados por un río, se halla en fase de rellenamiento con arena. Su profundidad

máxima es de 10 metros. Este lento proceso de inserción del lago con arena y limo prosigue también ahora. A consecuencia del estiaje, es muy turbulento. Un pequeño oleaje alcanza ya al fondo, por lo que la marejada se forma no solo en las orillas, sino también en el centro.

Al día siguiente, a eso de las diez de la mañana, tras dar las órdenes pertinentes, Dersú y yo nos pusimos en camino. Pensábamos regresar al atardecer, por lo que dejamos todo lo sobrante en el vivac y marchamos ligeros de equipo. Por si acaso, yo llevaba un jersey debajo de la cazadora, mientras que Dersú cogió el toldo de la tienda y dos pares de medias de piel.

Por el camino, Dersú a menudo echaba miradas al cielo y hablaba consigo mismo. Luego se dirigió a mí y me preguntó:

—¿Cómo, capitán? ¿Nuestra pronto vuelve o no? Mía piensa, por la noche será mal.

Le contesté que faltaba poco para llegar al Janka y que no íbamos a demorarnos allí.

Dersú se mostró complaciente. Siempre resultaba fácil convencerlo. Consideraba su deber advertir de los peligros que nos podían amenazar y si veía que no le hacían caso, se resignaba, caminaba en silencio y no discutía en ningún momento.

—Está bien, capitán —me dijo como respuesta—. Tú mismo mira, mía está de acuerdo, pues de acuerdo —dijo. Esta última frase era su forma habitual de expresar su conformidad.

Solo se podía caminar por las riberas de los ramales y las charcas, donde el terreno era un poco más seco. Marchábamos por la margen izquierda de un ramal cerca del cual se situaba nuestro vivac. El ramal discurrió largo rato en la dirección que nos convenía, pero luego, de repente, torció

abruptamente hacia atrás. Lo dejamos y al cruzar el regajo, salimos a otro ramal, más estrecho, pero más profundo. Tras saltarlo, fuimos a parar de nuevo a unos juncos. Recuerdo que después apareció otro ramal más a nuestra izquierda y que fuimos por su lado derecho. Tras advertir que torcía hacia el sur, lo abandonamos y durante un rato caminamos por tierra virgen, esquivando los charcos de agua estancada y saltando sobre los mogotes. Seguramente avanzamos así unos 3 kilómetros. Al final me detuve para orientarme. El viento soplaba en ese momento del norte, justo desde la parte del lago. Las cañas se bamboleaban, emitiendo un fuerte ruido. El viento a veces las doblaba hasta el suelo y entonces surgía la posibilidad de distinguir lo que había delante. El horizonte del norte estaba cubierto por una bruma similar al humo. El sol se traslucía vagamente a través de los nubarrones, cosa que me pareció un buen augurio. Finalmente, vimos el Janka. Era de aguas turbulentas y espumosas.

Dersú dirigió mi atención hacia unos pájaros. Se dio cuenta de que había algo en ellos que le inquietaba. No era una migración tranquila; como dicen los cazadores, era una desbandada apresurada y en desorden. Los gansos volaban a baja altura, casi a ras del suelo. Su aspecto resultaba extraño cuando avanzaban de frente hacia nosotros y se hallaban en nuestra línea visual. En esos instantes se asemejaban a los antiguos pangolines[88] voladores. No se distinguían ni sus patas ni su cola; se veía algo rabicorto que batía las alas y se acercaba a increíble velocidad. Al detectarnos, los gansos remontaron el vuelo de golpe, pero al rodear el peligroso lugar, volvieron a alinearse del modo anterior y descendieron otra vez a tierra.

Dersú y yo llegamos al Janka cerca del mediodía. Aquel mar de agua dulce tenía en ese momento un aspecto terrible; sus aguas bullían como si estuvieran en un caldero. Tras

haber caminado largo rato por pantanos de hierba, la vista del elemento líquido producía gran satisfacción. Me senté sobre la arena y me puse a contemplar el agua. Hay algo especialmente atractivo en el oleaje; uno puede contemplar cómo el agua golpea la orilla durante horas enteras.

El lago estaba vacío. No había por ninguna parte vela o barca algunas. Anduvimos cerca de una hora por la ribera, disparando a los pájaros.

—Pato termina de ir —dijo Dersú en voz alta.

En efecto, la migración de las aves había cesado de golpe.

La bruma negra que hasta entonces había permanecido junto al horizonte, de pronto comenzó a ascender. En ese momento, el sol ya casi no se podía ver. Por el oscuro cielo, cubierto de nubarrones, unas aisladas nubes blanquecinas se movían como a porfía. De sus bordes desgarrados colgaban unos jirones de algodón sucio.

—Capitán, nuestra tiene pronto regresa —dijo Dersú—. Mía tiene un poquito miedo.

En realidad, era hora de ir pensando en volver al vivac. Nos cambiamos de calzado y dimos media vuelta. Al llegar a una zona de maleza, me detuve para echar una última mirada al lago. Cual enfurecida fiera enjaulada, se agitaba por sus orillas, levantando una espuma amarillenta.

—Agua pone —dijo Dersú, observando el ramal.

Tenía razón. Un fuerte viento batía la desembocadura del Lefu, a consecuencia de lo cual el río se salía de su cauce, inundando poco a poco la llanura. En breve llegamos a un ramal grande que nos obstruía el camino. Aquel lugar me parecía desconocido. Dersú tampoco lo reconoció. Se detuvo, pensó un poco y tiró por la izquierda. El ramal torcía y llevaba a una zona aislada. Dejamos su curso y caminamos en línea recta hacia el sur. Al cabo de unos minutos fuimos a dar a un

cenagal, por lo que tuvimos que regresar al ramal. Entonces giramos a la derecha y topamos con otro, que vadeamos. Desde allí marchamos hacia el este, pero llegamos a una ciénaga. En un punto hallamos una franja de tierra seca que, a la manera de un puente, discurría a través del pantano. Tanteando el terreno con los pies, avanzamos con cautela y, recorrido un kilómetro y medio, fuimos a parar a un lugar seco y cubierto de hierba. El cenagal había quedado atrás.

Miré mi reloj. Eran cerca de las cuatro de la tarde, pero el crepúsculo parecía haber llegado ya. Unos pesados nubarrones habían descendido y se desplazaban hacia el sur con rapidez. Según mis cálculos, para llegar al río faltaban no más de 2,5 kilómetros. Un solitario cerro a lo lejos, frente al cual estaba nuestro vivac, nos sirvió de punto de referencia. No podíamos extraviarnos, solo demorarnos. De repente y de manera completamente inesperada, un gran lago apareció ante nosotros. Decidimos dar un rodeo, que resultó ser largo. Entonces resolvimos torcer a la izquierda. Al cabo de unos 150 pasos, surgió un nuevo ramal, que discurría hacia el lago en ángulo recto. Nos cambiamos al otro lado y al poco volvimos a aproximarnos al mismo pantano movedizo. Entonces decidí probar fortuna otra vez por el lado derecho. El agua pronto comenzó a chapotear bajo nuestros pies; más adelante se divisaban unas grandes charcas. Estaba claro que nos habíamos perdido. El asunto adquiría un cariz grave. Propuse al gold regresar y encontrar el istmo que nos había conducido a aquella isla. Dersú se mostró de acuerdo. Emprendimos la vuelta, pero tampoco pudimos dar con aquel istmo.

De repente, el viento cesó. Hasta nosotros llegaba el rumor del lago Janka. Empezaba a anochecer y, al mismo tiempo, había copos de nieve que daban vueltas por el aire. Aquella

bonanza continuó solo unos minutos más. Después se levantó un torbellino y empezó a nevar con más fuerza.

«Habrá que pasar la noche aquí» —pensé, recordando de repente que en aquella isla no había leña, ni un solo arbolito, ni una sola mata. Nada, excepto agua y hierba. Me asusté.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté a Dersú.

—Mía mucho tiene miedo —respondió.

Solo en ese instante comprendí todo el horror que entrañaba nuestra situación. Por la noche, durante la ventisca, íbamos a tener que permanecer entre los pantanos sin fuego ni ropa de abrigo. Mi única esperanza era Dersú. Mi salvación únicamente la veía en él.

—¡Escucha, capitán! —dijo Dersú—. ¡Escucha bien! Nuestra rápido tiene que trabajar. No trabaja bien, nuestra muere. Tiene rápido que cortar hierba.

No le pregunté la necesidad de hacerlo. Yo solo comprendía una cosa: «Tiene rápido que cortar hierba». Nos quitamos rápidamente todos los aperos y nos pusimos manos a la obra con febril premura. Mientras yo recogía un manojo de hierba que cabía en una sola mano, a Dersú le daba tiempo a cortar tanta que apenas la podía abarcar con los brazos. El viento soplaba a rachas y lo hacía con tal fuerza que prácticamente resultaba imposible permanecer de pie. Mi ropa comenzó a congelarse. Apenas hubimos colocado en el suelo la hierba cortada, se puso a nevar de inmediato. Dersú me ordenó que no cortara hierba en determinadas zonas. Se enfadó mucho cuando vio que no le hacía caso.

—¡Tú no comprende nada! —gritó—. Tiene que escuchar y trabajar. ¡Mía comprende!

Dersú agarró las correas de su escopeta y cinturón. Yo encontré un cordel en mi bolsillo. Enrolló todo y se lo puso bajo el brazo. Cada vez estaba más oscuro y hacía más frío.

Gracias a la nieve caída, se podía distinguir más o menos el suelo. Dersú se movía con sorprendente energía. En cuanto terminé el trabajo, me gritó que había que darse prisa. En su voz se percibían notas de miedo e indignación. Entonces volví a coger el cuchillo y trabajar hasta la extenuación. Me había caído mucha nieve sobre la camisa. Empezó a derretirse y sentí cómo los fríos hilos de agua resbalaban por mi espalda. Creo que estuvimos recogiendo hierba durante más de una hora. El penetrante viento y la punzante nieve me cortaban la cara de manera insoportable. Se me helaron las manos. Comencé a calentarlas con el aliento y, en ese momento, se me cayó el cuchillo. Al darse cuenta de que había dejado de trabajar, Dersú volvió a gritarme:

—¡Capitán, trabaja! ¡Mía mucho tiene miedo! ¡Pronto muere!

Le dije que había perdido el cuchillo.

—Arranca la hierba con manos —me gritó, esforzándose por sobreponerse al ruido del viento.

Automáticamente, de manera casi inconsciente, comencé a quebrar juncos y me corté las manos, pero temía dejar de hacerlo, por lo que continué arrancando hierba hasta que quedé extenuado. La vista se me empezó a ir y mis dientes se pusieron a rechinar, como si tuviera fiebres. La ropa, mojada, se encogía y chirriaba. La somnolencia se apoderaba de mí. «Así se perece por congelación», se me ocurrió pensar, para caer a continuación en la modorra. Desconozco cuánto tiempo duró ese estado sincopal. De repente, sentí que alguien me zarandeaba el hombro. Me desperté. Inclinado sobre mí, se alzaba Dersú.

—Pon de rodillas —me dijo.

Obedecí y apoyé las manos en el suelo. Me tapó con su tienda, que luego empezó a cubrir de hierba. Enseguida hizo

más calor. El agua goteaba. Dersú estuvo largo rato andando por al lado, rastrillando la nieve y apisonándola a mis pies.

Empecé a entrar en calor y después me sumí en un pesado estado de somnolencia. De pronto, oí la voz de Dersú:

—¡Capitán, muévete!…

Hice un esfuerzo y me arrimé a un lado. El gold entró en la tienda reptando, se echó junto a mí y nos tapó con su pelliza. Alargué el brazo y palpé en mis pies un calzado de piel que me resultaba familiar.

—Gracias, Dersú —le dije—. Tápate tú también.

—Nada, nada, capitán —contestó—. Ahora no hay que tener miedo. Mía fuertemente ata hierba. El viento rompe no puede.

Cuanto más nos cubría la nieve, más caliente se estaba en nuestra improvisada choza. Cesó de gotear. De fuera llegaba el aullido del viento, como si en algún lugar zumbaran unas bocinas, tocaran campanas y cantaran misa de difuntos. Luego soñé con unos bailes y que caía lentamente por algún sitio, más y más abajo. Al final me sumí en un largo y profundo sueño… Y de tal manera, dormimos probablemente unas doce horas. Cuando me desperté, todo estaba oscuro y en calma. De repente advertí que yacía solo.

—¡Dersú! —grité asustado.

—¡Osos! —oí su voz por fuera—. ¡Osos! ¡Sal! Tiene que ir a su guarida. Duerme mucho, igual que en otra guarida.

Me apresuré en salir, tapándome involuntariamente la vista con el brazo. Alrededor todo blanqueaba debido a la nieve. El aire era fresco, límpido. Helaba. Unas nubes desgajadas se deslizaban por el cielo, cuyo azul se divisaba por algunos puntos. Aunque alrededor aún estaba nublado y oscuro, ya se notaba que pronto iba a asomar el sol. Acamada por la nieve,

la hierba se disponía a franjas. Dersú cogió unos cuantos trapos viejos, encendió una pequeña hoguera y secó mi calzado al fuego.

Entonces comprendí por qué Dersú me había ordenado no cortar hierba en ciertos lugares. La enrollaba y, ayudándose de una correa y una cuerda, la tendía por encima de la choza para que el viento no la desbaratara. Lo primero que hice fue darle las gracias por salvarme.

—Nuestra va juntos, juntos trabaja. No hace falta gracias.

Y como deseando pasar a otro tema de conversación, dijo:

—Hoy por la noche mucha gente desaparece.

Comprendí que la «gente» de la que hablaba Dersú, eran los pájaros.

Después hicimos una techumbre con hierba, agarramos nuestras escopetas y marchamos a buscar el istmo. Resultó que nuestro vivac estaba muy cerca de él. Al atravesar el pantano, caminamos un poco en dirección al lago Janka, para después torcer al este, hacia el Lefu.

Tras la ventisca, la estepa parecía deshabitada, sin vida. Los gansos, los patos, las gaviotas y las serretas habían desaparecido. Sobre un fondo amarillo oscuro, los pantanos blanqueaban como grandes manchas cubiertas de nieve. Se caminaba estupendamente; la tierra, húmeda, se había congelado un poco y aguantaba bien las pisadas de una persona. Pronto llegamos al río y, al cabo de una hora, ya estábamos de vuelta en el campamento.

Olentiev y Marchenko no se habían intranquilizado por nosotros. Pensaban que habíamos encontrado un lugar para pasar la noche y que nos habíamos quedado allí. Me cambié de calzado, tomé bien de té, me acosté junto a la hoguera y caí profundamente dormido. Soñé otra vez que me metía en un pantano y que alrededor zumbaba una tormenta de nieve.

Lancé un grito y me quité la manta de encima. Era de noche. En el cielo fulguraban estrellas brillantes. La Vía Láctea se extendía describiendo una alargada franja. El viento, que se había levantado de noche, estaba avivando las llamas de la hoguera y esparciendo las chispas por el suelo. Dersú dormía al otro lado del fuego. Marchenko había preparado la cena y nos despertó.

A la mañana siguiente cayó una fuerte helada. El agua estaba congelada por doquier y un hielo friable discurría por el río. Nos llevó todo el día vadear un ramal del Lefu. Casi siempre íbamos a dar a mangas ciegas, por lo que teníamos que dar media vuelta. Tras recorrer un par de kilómetros de nuestro ramal, nos desviamos por el contiguo, que era estrecho y sinuoso. Allá donde confluía con el cauce principal, se alzaba aislado un cerro cónico, cubierto de un robledal joven. Pasamos la noche en ese lugar, que fue nuestro último vivac. Desde aquel punto debíamos marchar a Chernigovka, donde nos esperaba el resto de fusileros con los caballos. Al levantar el campamento, Dersú le pidió ayuda a Olentiev para sacar la barca a la orilla. La había limpiado de arena concienzudamente y secado frotando hierba. Luego la volteó y la colocó sobre unos rodillos. Yo ya sabía que aquello lo hacía para que cualquier «gente» pudiera utilizarla en caso de necesidad.

Nos despedimos del Lefu por la mañana y en la misma jornada, pasado mediodía, llegamos a la aldea de Dmitrovka, situada al lado de la vía férrea del Ussuri. Al cruzar, Dersú se detuvo, tocó los raíles con la mano, miró a ambos lados y dijo:

—¡Mmm! Mía oyó esto. Gente hablaba siempre de esto. Ahora comprende.

En la aldea nos distribuimos por las casas, pero el gold no quiso pasar a una isba. Según su costumbre, se quedó a pasar

la noche al raso. Por la noche le eché de menos y fui a buscarle.

Aunque la noche era oscura, gracias a la nieve caída se podía distinguir algo. Los fogones estaban encendidos en todas las isbas. Un humo blanquecino salía de las chimeneas, formando hilos y ascendiendo lentamente. Toda la aldea humeaba. La luz salía a la calle por las ventanas e iluminaba los montones de nieve. En el otro lado, en el «traspatio», cerca del arroyo se divisaba un fuego. Adiviné que se trataba del vivac de Dersú y me dirigí directamente allá. El gold estaba sentado junto a la hoguera, pensando.

—Vayamos a la isba a tomar el té —le dije.

No me contestó, pero me hizo una pregunta:

—¿Adónde mañana va?

Le respondí que iríamos a Chernigovka y desde allí a Vladivostok, así que le invité a venir conmigo. Le prometí volver pronto a la taiga y le propuse una paga… Ambos quedamos pensativos. No sé qué pensó él, pero yo sentí que la tristeza se colaba en mi corazón. Me puse a contarle de nuevo las comodidades y ventajas de la vida en la ciudad. Dersú me escuchaba en silencio. Finalmente, suspiró y habló:

—Gracias, capitán. No. Mía Vladivostok no puedo ir. ¿Qué mía allí trabaja? Caza no va, persigue martas tampoco puedo. Vive ciudad, Mía pronto muere.

«En realidad, pensé, un habitante de los bosques no sobreviviría en una ciudad. ¿No estaría haciendo mal si le aparto del camino en el que está desde su infancia?»

Dersú permanecía callado. Al parecer, estaba reflexionando sobre qué hacer en los próximos días. Luego, como dando respuesta a mis pensamientos, dijo:

—Mañana mía va directo —dijo, señalando con la mano hacia el este—. Cuatro soles va, Daubije encuentra. Luego Ujale va, luego Fudzin, Dzub-Guin[89] y el mar. Mía oído al lado del mar hay mucho cosas. Y martas, y también ciervos.

Aun permanecí largo rato sentado con él junto al fuego, conversando. La noche era tranquila y helaba. Muy de vez en cuando, el vientecillo que soplaba hacía susurrar un poco a las hojas de los robles, que aún no habían caído al suelo. En la aldea hacía ya rato que todos dormían. Tan solo en la casa en la que estaba alojado con mis compañeros de viaje lucía una pequeña luz. La constelación de Orión mostraba que era medianoche. Finalmente, me incorporé, me despedí del gold y fui a la isba a echarme a dormir.

Una desagradable tristeza se había apoderado de mí. Había tomado tanto afecto por Dersú en aquel corto espacio de tiempo que me daba pena separarme de él. Ocupado en estos pensamientos, comencé a dormitar.

A la mañana siguiente, lo primero que recordé era que Dersú nos tenía que dejar. Tras tomar el té, di las gracias a nuestros anfitriones y salí afuera. Los fusileros ya estaban listos para partir y Dersú también se hallaba con ellos.

Vi al instante que se había pertrechado para un largo viaje. Su morral estaba repleto, su cinturón ajustado y los *untis* bien calzados.

Cuando ya se hubo alejado cerca de un kilómetro de Dmitrovka, Dersú se detuvo. Había llegado el difícil momento de la despedida.

—¡Adiós, Dersú! —le dije, estrechándole la mano—. Que Dios te guarde. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. ¡Adiós! Puede que nos veamos otra vez.

Dersú se despidió de los fusileros, luego me saludó con la cabeza y marchó por la izquierda, hacia unos arbustos.

Nosotros nos quedamos allí, siguiéndole con la mirada. Unos 200 metros más allá se levantaba un montículo cubierto de pequeños matorrales. Al cabo de unos cinco minutos, llegó hasta ellos.

Su figura, morral a la espalda, bípodes y carabina en la mano, se perfilaba con precisión frente al cielo claro. En ese momento, el brillante sol ascendió por detrás de las montañas e iluminó al gold.

Tras subir a la loma, se detuvo, volvió su cara hacia nosotros, agitó la mano y desapareció tras la cresta. Fue como si me lo arrancaran del pecho. Sentí que perdía una persona muy cercana.

—Un buen hombre —dijo Marchenko.

—Sí, hay pocos así —le respondió Olentiev.

«Adiós, Dersú, pensé. Me salvaste la vida. Nunca lo olvidaré.»

Llegamos a Chernigovka con el crepúsculo y nos unimos al destacamento. Esa misma noche salí para Vladivostok, el lugar de mi servicio permanente.

Capítulo VII

Los preparativos para el viaje y los pertrechos de la expedición

Nueva expedición. La composición del destacamento. El convoy de carga. Los equipos científicos. Ropa y calzado. Comestibles. El trabajo del viajero. La partida. El río Ussuri. La vegetación cerca de la estación de Shmakovka. Reptiles. Roedores. Aves. Orden del día para la marcha. La aldea de Uspenka. El Daubije y el Ulaje. Pantanos. Siguiendo abejas. Lucha entre abejas y hormigas.

Transcurrieron cuatro años. Durante ese tiempo hubo algunos cambios en mi posición profesional. Me mudé a Jabárovsk, donde la Sección de la región del río Amur de la Sociedad Geográfica Rusa me propuso organizar una expedición para explorar, lo que me permitiera el tiempo, la cordillera Sijoté-Alín y las franjas costeras en el territorio del Transussuri, al norte del golfo de Olga, y también los cursos superiores de los ríos Ussuri e Imán. Designaron como mis ayudantes a G. I. Granatman, Anofríev y a A. I. Merzliakov. Además, en el plantel de mi destacamento incluyeron a seis fusileros siberianos (Diakov, Egorov, Zagurski, Melián, Turtyguin y Bochkariov) y a cuatro cosacos del Ussuri (Belonozhkin, Epov, Murzin y Kozhevnikov).

Aparte de las personas citadas, en la expedición también participaron: el entonces jefe del cuartel general del distrito, teniente-general P. K. Putkovski, y, en calidad de experto en

flora, el inspector forestal N. A. Palchevski. El objetivo de la expedición era naturalista e histórico. Se trazaron las rutas por el Ussuri, el Ulaje y el Fudzinu en un mapa a escala 1:10 *verstas*[90] y en la zona litoral en otro a escala 1:40 confeccionado en 1889. En aquel tiempo todos los datos sobre la parte central de la cordillera Sijoté-Alín eran muy escasos y no pasaban de ser reconocimientos fortuitos. Y por lo que respecta a la costa situada al norte del golfo de Olga, de ella solo teníamos datos incompletos a través de oficiales de la marina que muy de cuando en cuando visitaban esos lugares para sondear las bahías y los golfos.

Comenzamos a hacer los preparativos de la expedición a mediados de marzo, unos preparativos que duraron cerca de dos meses. Se me concedió el derecho de escoger a los fusileros de entre todos los destacamentos del distrito, excepto del cuerpo de ingenieros y tropas de artillería de plaza y sitio. Gracias a esto, al destacamento expedicionario fueron a parar los mejores hombres, en especial los siberianos de las provincias de Tobol y Yeniséi. La verdad es que se trataba de unas personas un tanto sombrías y poco habladoras, pero, a cambio, estaban acostumbradas desde su infancia a soportar cualquier adversidad.

Muchos hombres pidieron ir al viaje. Apunté a todos y luego llevé las peticiones a los comandantes de las compañías. Excluí a los habitantes de ciudades y a los comerciantes. Al final, en el destacamento solo quedaron cazadores y pescadores. Durante la elección, concedí mucha atención a que todos supiesen nadar y algún oficio.

Aparte de los fusileros, a una expedición siempre pide ir mucha gente extraña. Todos estos «señores» se figuran que un viaje es un paseo fácil y alegre, pero no pueden entender que se trata de un trabajo duro. En su imaginación se presentan

caravanas, tiendas de campaña, hogueras, buena comida y un tiempo excelente.

Pero se olvidan de la lluvia, de los *gnus*[91], del hambre y de otras muchas privaciones a las que constantemente se expone todo viajero apenas abandona las poblaciones y se adentra en zonas selváticas inhóspitas.

Siempre son muchos los que planean viajar, pero solo dos o tres personas salen del punto de reunión. Ya la víspera de la partida comienzas a recibir cartas, por ejemplo, con este contenido: «A consecuencia de un cambio en las circunstancias, no puedo viajar. Le deseo un feliz viaje…, y etcétera, etcétera». En el punto de encuentro siempre recibes este tipo de telegramas. Al final, solo llegan dos personas. Una de ellas tiene aspecto de cazador de domingo y la otra el de una persona modesta, seria y que observa todo. El primero habla mucho, critica todos los males y, con aire de experto, marcha orgullosamente al frente del destacamento mientras el tiempo acompañe y no se canse de la ociosidad. Pero en cuanto remojan un poco las gotas de lluvia o surgen los mosquitos, enseguida da media vuelta, maldiciendo el día y la hora en que tuvo la idea de apuntarse al viaje. El segundo participante de la expedición, al que califico de «modesto», camina en silencio y trabaja. Pronto todos se acostumbran a él. Estas personas siempre dejan buen recuerdo. Y así sucedió en el caso dado: muchos se propusieron viajar, pero solo lo hicieron aquellos que he enumerado más arriba.

Ahora es necesario decir unas palabras sobre cómo se organizó el convoy de carga para la expedición. En el destacamento había 12 caballos. Era muy importante que los hombres los estudiaran para que, por su parte, los equinos se acostumbraran a las personas. Había que dar a conocer con antelación a los fusileros el cuidado de los caballos, las

ensilladuras y los aperos caballares, habituar a los animales al porte de las cargas, etc. Para ello, se reunió al equipo 30 días antes de la partida.

Las sillas de los fardos con las pecheras y las retrancas fueron ajustadas fuertemente a los caballos y adaptadas tanto para el traslado de grandes pesos como para la monta. Sin embargo, todos los participantes de la expedición marcharon a pie y nadie utilizó los caballos. Se dedicó especial atención a los armazones de las sillas. Las asas se pusieron bien altas y se enderezaron correctamente las cimbrias. Los sudaderos eran del mejor fieltro: gruesos y blandos. En tales casos, nunca hay que escatimar en gastos. Conviene recordar que lo que se olvida en el lugar de preparación, ya no se podrá corregir en el camino. Completaban los aperos caballares unos ronzales fuertes con anillas de hierro, alforjas y apeas, un instrumento para herrar, clavos, herraduras de repuesto (tres pares para cada caballo) y una campanilla para el animal que abriera la marcha, que llevaría tras de sí a toda la manada en los pastizales. Además, para cada equino se cosieron unos velos con orejeras. Sin estos enseres, sufrirían mucho a causa de los mosquitos, pues estos se introducirían en sus oídos y les picarían hasta hacerles sangre.

Los fardos eran sacos de lona impermeabilizada y cajones de viaje forrados de piel y pintados con tinte oleoso. Estos cajones resultan cómodos de transportar en las albardas y se colocan con facilidad en barcas y trineos. También nos sirvieron como asientos y mesas. Si no se mezclan los objetos en los cajones y no se llevan de un sitio a otro, muy pronto se memoriza dónde está cada cosa. Y en caso de necesidad, se desensilla el caballo que porta esa mercancía imprescindible.

Aparte de los caballos, en el destacamento también había dos perros: mi perra, Alpa, y otro perteneciente al equipo:

Leshi. Un perro de aspecto fiero, dado que por su complexión y color recordaba a un lobo.

El equipo científico de la expedición se componía de los siguientes instrumentos[92]: una brújula Schmalcalder, un podómetro, un cronómetro, dos barómetros aneroides, dos termobarómetros, dos termómetros para medir la temperatura del aire y del agua, un anemómetro, un cateador, una brújula alpina, cinta métrica, una máquina fotográfica, libretas, lápices y papel. También había cajas para guardar insectos, instrumentos de disecación, una prensa, papel para disecar plantas, latas de formol, etcétera.

Aparte de los instrumentos citados, el destacamento reunió mucho material de viaje, como calderos, teteras, hachas, un tronzador, una pala de zapador, un soldador, una garlopa, limas, etcétera.

Todos los fusileros iban armados con fusiles de tres líneas (sin bayoneta) modelo de caballería, adaptados para ser portados en bandolera. Se cogieron 300 cartuchos para cada uno, de los cuales 50 se llevaban encima. El resto fue enviado a los puntos de aprovisionamiento montados en la costa. Además de estas armas, la expedición contaba con dos fusiles de sistema Mauser y Winchester, una escopeta de calibre corto Francotte y otra de perdigones Sauer, de dos cañones.

El equipo de los fusileros constaba de los siguientes objetos: navajas finlandesas, cartucheras que llevaban en lugar de cinturones, rollos de cuerda con lazo y pequeñas bolsas de piel para menudencias diversas (agujas, hilos, ganchos, clavos, etc.). Los fusileros adaptaron unos sacos de lienzo con la ropa blanca para su porte a la espalda, para lo cual les cosieron unas cinchas. El peso de la carga para cada expedicionario era entre 12 y 15 kilogramos. La vestimenta de verano de los fusileros se componía de camisas, zaragüelles de color caqui y

gorras ligeras. Los manguitos que ciñen las mangas a la altura de las muñecas, en verano sirven para protegerse de los mosquitos y en invierno para que el viento frío no penetre en la ropa. En vez de botas, cosimos unos *untis* a la manera nativa. Es un calzado que resulta mucho más apropiado, si bien es verdad que se empapa pronto. A cambio, se seca rápidamente. De la rodilla hasta la planta del pie, las piernas nos las envolvemos con cintas de paño. Al principio no quedaba bien; las cintas se nos caían de las piernas y las teníamos que ajustar con mayor fuerza, por lo que nos apretaban las pantorrillas. Pero luego el paño daba de sí, los hombres se acostumbraban y ya se podía andar todo el camino sin tener que ajustarlas de nuevo. Para el invierno nos abastecimos de capas, zamarras, jerseys, medias de lana, capuchones, manoplas y *papajas*[93]. Como calzado de invierno teníamos los *untis*, pero de mayor talla, para así poder rellenarlos de hierba seca y llevarlos con calcetas gruesas.

Por experiencia de años anteriores, tenía claro que solo es posible trabajar bien cuando por la noche se duerme como es debido. Por el día aún se puede hallar una defensa contra los mosquitos, pero por la tarde ya no te libras de ellos. Estos repugnantes insectos no dejan pegar ojo en toda la noche. Los hombres se ponen nerviosos y aguardan con impaciencia a que amanezca. La única defensa es una mosquitera, al que se le practica un agujero con un berbiquí por el que el aire penetra fácilmente. Está confeccionado de tal modo que cuando se le pone un madero del través y se ata a los árboles con las anillas, se obtiene una especie de funda en la que uno se puede acostar, sentar y trabajar. En caso de lluvia, se extiende por encima una tienda a dos aguas. En vez de camas, cada uno dispone de finos fieltros forrados por un lado de lona impermeable, bajo los cuales se doblan hacia adentro las

colgaduras de la cama. De esta forma, las mosquiteras salvan al destacamento de la lluvia, del viento frío y de los molestos insectos. Los expedicionarios que realizan el trabajo científico disponían cada uno de una mosquitera especial, mientras que los fusileros solo tenían una por pareja. Por este motivo, sus colgaduras se confeccionaron más grandes. En otoño, cuando desaparecen los insectos y las noches se hacen más frías, con las mosquiteras se hacen tiendas de tejado a un agua. Enfrente se encienden grandes hogueras, que dan mucho calor y luz.

Y ahora, veamos lo relativo a los comestibles. Las provisiones estaban calculadas para seis meses y se componían de harina, galletas, arroz, almorejo, mantequilla salada, verduras secas prensadas, sal, pimienta, guisantes, garbanzos en polvo, extracto de arándanos, azúcar y té.

Las cajas con los comestibles se enviaron a los puntos de aprovisionamiento con antelación y fueron descargadas en las desembocaduras del Tadushu y del Tetiuje, en el golfo de Dzhiguit y en la bahía de Terney. Allá donde en las cercanías vivieran chinos, las cajas se dejaban en sus *fansás*. Y allí donde la ribera estuviese despoblada, simplemente se amontonaban y cubrían con lona impermeable, marcando el lugar con un jalón.

Los picatostes de pan los cogimos solo para cuando hiciera un tiempo seco, en otoño e invierno. En verano absorben con avidez la humedad del aire y cuanto más los cubras con la lona impermeabilizada, antes se estropean. Y lo mismo ocurre con el caldo de carne en polvo. Al cabo de 24 horas de abrir una lata, ya se forman pelotillas y pasado otro día más, comienza a cubrirse de verdín y a despedir olor. Secamos la carne tras cortarla en finas tiras, si bien es cierto que esto no la salvaba del moho y se necesitaba mucho espacio para hacerlo. De todos modos, podía utilizarse como alimento.

Antes de poner la carne en el caldero, hay que chamuscarla un poco al fuego, pues así el verdín se quema y la carne se pone más tierna, comestible. Llevábamos en cajitas especiales de cinc clara de huevo en polvo y chocolate, destinados a utilizarse en caso de escasez, como ración de reserva. La harina blanca era mucho más fácil de conservar. Para ello había que mojar por fuera los saquitos de harina. El agua, al penetrar por el lienzo, forma una capa de masa de un dedo de grosor. De este modo se obtiene una corteza totalmente impermeable a la humedad. Además, el costal se vuelve más duro y no se rompe durante el camino.

El destacamento se había provisto de una farmacia de viaje bien seleccionada, un juego de instrumentos quirúrgicos (una cuchilla, tijeras, pinzas, lancetas, agujas, seda, un portaagujas, una pera para el oído, un lavaojos y una jeringuilla Pravaz) y abundante material de vendaje.

El 14 de mayo todo estaba preparado. El 15 se mandó en tren a un equipo con los caballos y el 16 salieron de Jabárovsk el resto de integrantes de la expedición.

Como punto de reunión se fijó la estación de Shmakovka, que se halla un poco más al sur del lugar donde la vía férrea corta al Ussuri.

Al viajero se le exige lo siguiente: debe saber organizar la expedición y realizar todos los preparativos en el lugar con mucha antelación a la partida; debe saber reunir muestras; debe saber llevar un diario y saber a lo que prestar atención; distinguir entre lo valioso y los cachivaches; saber enviar muestras y tratar los materiales compilados.

¿Qué significa un viaje? ¿En qué consiste el trabajo de un explorador? Por desgracia, no hay ningún manual para esto. Depende mucho de la personalidad del propio viajero y de cuán preparado está para semejante actividad.

Ya habíamos pasado la primera fase, la de preparación. Solo quedaba emprender el viaje. La víspera de la partida uno siempre tiene muchas preocupaciones y quehaceres. Hay que sopesarlo todo, ver si no se ha olvidado algo, hay que enviar telegramas, hacer el equipaje, informar por teléfono a una u otra persona, etc. Te pasas todo el día corriendo por la ciudad, te presentas a tu superior y ejecutas las últimas órdenes. La tarde se pasa escribiendo cartas. Por la noche, casi no duermes. Una y otra vez te atormenta el mismo pensamiento: ¿está todo atado y bien atado? Al día siguiente, apenas despunta el sol, ya estás en pie. Los últimos preparativos surgen en la estación, junto a la taquilla. Por fin suena la campana, el silbato del jefe de estación y el tren se pone en marcha. En ese momento sientes como si te quitaras un peso de encima inmenso. Todo el desasosiego queda entonces atrás. La consciencia de que vas a estar un año entero fuera de la esfera de los cuarteles, direcciones y cancillerías, y de que no te van a molestar con órdenes y llamadas por teléfono durante todo un año, genera un equilibrio espiritual. Te sientes libre. Te pones a trabajar con gusto y te asombras de dónde sacas esa energía.

Disponíamos de un vagón aparte, enganchado al final del tren. Nadie nos cohibía, por lo que nos acomodamos como si estuviéramos en casa. Pasamos el día conversando amistosamente, examinando los mapas y haciendo planes para el futuro.

El tiempo era desapacible. Llovía sin cesar. A ambos lados de la vía férrea se extendían unos grandes pantanos aterronados, anegados de agua y bordeados de vegetación marchita. Por la ventana fulguraban árboles aislados, postes telegráficos y excavaciones. Todo era monótono. El día se alargó de manera melancólica. Finalmente, empezó a anochecer y en el vagón se encendieron las luces.

Fatigados por las ocupaciones de los últimos días, adormecidos por el balanceo del vagón y por el rítmico golpeteo de las ruedas, pronto caímos todos dormidos.

Al día siguiente llegamos a la estación de Shmakovka, nuestro punto de reunión. Nuestro viaje debía comenzar allí. Por la noche dejó de llover y el cielo se despejó un poco. El sol lucía vivamente, el follaje mojado brillaba como si fuera de laca, el vapor ascendía del suelo… Los fusileros acudieron a recibirnos y nos mostraron la vivienda.

Pasé el resto del día organizando las pertenencias y embalando la carga.

Concedí la jornada siguiente, 18 de mayo, a discreción personal de los fusileros. Arreglaron sus *untis*, se cosieron unas rodilleras, prepararon sus cartucheras… En general, se aprovisionaron por última vez para el camino. Al principio, no lo ves a la primera. En estos casos, lo que más cuenta es la experiencia personal. Lo importante es que no se olviden cosas esenciales, pues las menudencias se arreglan por sí solas.

Haciendo uso de nuestro tiempo libre, P. K. Rutkovski y yo marchamos a inspeccionar los alrededores.

En aquel lugar, el cauce del Ussuri se mostraba muy sinuoso. Si se tendiera sobre un mapa, es probable que ocupara el doble de sitio. No puede decirse que este río tenga muchos afluentes, pero sus meandros le confieren un aspecto como de encaje.

Casi todos los ríos del territorio del Ussuri tienen un curso bastante recto mientras fluyen por valles longitudinales intercalados. Pero en cuanto dejan las montañas y entran en las depresiones, comienzan a formar meandros. Cosa asombrosa, por cuanto la composición de las riberas es idéntica en todas partes: bajo el césped yace una pequeña capa de *chernozem*[94]. Más abajo se encuentra franco arenoso y aún

más abajo, grandes masas de limo alternando con guijarros. Creo que esto puede explicarse de la siguiente forma: mientras el río fluye por las montañas, su curso puede desviarse solo hasta los límites conocidos. Gracias a la pendiente aguda de la vaguada, el agua del río avanza con rapidez, erosionando todo lo que encuentra a su paso y enderezando su cauce. El río actúa al mismo tiempo como sierra y como lima. En la planicie, ya es otro asunto. Ahí la velocidad de la corriente se reduce bastante, la profundidad se hace más regular y las riberas más uniformes. En estas condiciones se necesita obligar un poco al río a cambiar su dirección; por ejemplo, en un mismo sitio se da una acumulación casual de arcillas o guijarros, mientras que al lado se encuentran arenas granulosas. He aquí el porqué de la inestabilidad de estos «curvones»: cambian después de cada inundación y el río forma nuevos nudos, llevando arena a los lugares de su lecho anterior. Muy a menudo, las entradas a los antiguos cauces quedan taponadas, formándose largas mangas ciegas, como las que en este caso vemos en el Ussuri. Entre los sedimentos del río hay muchas arcillas. Esto explica el carácter pantanoso del valle.

El verano de 1906 resultó lluvioso. En las depresiones había agua por todas partes. De no ser por los árboles que sobresalían de entre las charcas, estas podían ser tomadas por pantanos. Desde el pueblo de Nizhne-Mijaylovski hasta el río Kabarga[95], los pantanos se extendían por la margen derecha del Ussuri. Más arriba, hacia la aldea de Nizhne-Romanovski (Uspenka), lo hacían por ambas orillas, pero más por la izquierda. En ese punto, en medio de unas planicies, se elevan dos colinas con viejos signos trigonométricos: la del norte (de una altura de 370 metros) se llama la montaña Medvezhiaya[96] y la del sur (250 metros) aún mantiene su nombre chino de Hando-Dinza-Sicho[97]. Entre estas dos

colinas se hallan los manantiales minerales de Shmakov. Al noreste, la montaña Medvezhiaya parece fundirse antes con la cordillera de Tyrydynzá[98], pero posteriormente las separa el Ussuri.

Entre los pantanos de este río hay muchas *relkas*[99] con tierra fértil, que también son utilizadas por los campesinos para su labranza. Las montañas comienzan a 5 kilómetros del río, hacia el este. Hace unos diez años estaban cubiertas de bosque, del que ahora ya no queda ni rastro. No se puede llamar bosque a la vegetación arbórea que ahora puebla el valle del Ussuri. Esta triste verdasca se compone principalmente de tilos, abedules negros[100] y blancos[101], alisos que no llegan a más que medio arbustos, salcedas y, por último, matorrales ramosos similares a las lespedezas.

Los troncos ennegrecidos de los árboles, los tocones carbonizados y la ausencia de bosque joven, indicaban que los incendios eran frecuentes, como no puede ser de otro modo junto a una vía férrea.

Las plantas antofitas presentaban aquí tal monotonía, que parecía no haber conformada ninguna familia. Se encuentran superficies enteras cubiertas bien solo por absintios, bien por tréboles blancos[102], bien por cañas, bien por iris[103], bien por muguetes[104], etcétera.

Gracias a que alrededor hay mucha humedad, las *relkas* se convierten en refugio de diversas especies de animales pequeños. En una de ellas vi a dos culebras y a una serpiente mocasín de cabeza lanceolada[105]. En otra, como si se hubieran puesto de acuerdo, se habían juntado roedores e insectívoros: campañoles rojos[106], ratones y musarañas del Ussuri[107].

A un lado del camino se hallaba una gran charca. Varios estorninos grises[108] estaban posados junto a él. En ese

momento, estos ruidosos pájaros estaban en silencio; posados sobre el charco, se estaban bañando, tratando de salpicarse agua con las alas. Había escribanos de capucha gris[109] junto a unos campos sembrados. Daban saltitos por la senda y permitían que el hombre se les acercara. Pero cuando lo hacían los perros, levantaban el vuelo ruidosamente y se posaban en las matas y árboles cercanos. También vi en el lindero del bosque a un pajarito de color gris. P. K. Rutkovski lo mató de un tiro con la escopeta. Se trataba de un búho chico[110], el mismo al que los chinos llaman «li-u» y que, supuestamente, distrae a los buscadores de ginseng para que no encuentren el lugar donde se oculta la preciada raíz.

Varios esmerejones[111] de color gris azulado perseguían a unos insectos, efectuando en el aire agudos virajes. Había otros pájaros posados sobre unos mogotes, que contemplaban con indiferencia a los hombres que pasaban por su lado.

Cuando volvimos a la estación, ya era de noche. El cálido aire primaveral portaba una incesante algarabía. En la parte de los pantanos se oían coros de ranas, en la aldea ladraban los perros y en algún lugar del campo sonaba una campanilla.

Al día siguiente nos poníamos en marcha. ¡Qué era lo que nos aguardaba!

El trabajo entre los expedicionarios se repartió del siguiente modo. Se delegó en G. I. Granatman la administración del utillaje y el avituallamiento de pienso para los caballos. Aparte del viaje en sí, a A. I. Merzliakov se le hicieron otros encargos. Yo asumí las investigaciones etnográficas y el levantamiento de planos durante la ruta. N. A. Palchevski se dirigió directamente al golfo de Olga, donde, en espera del destacamento, decidió ocuparse de compilar plantas y ya después unirse a la expedición, con la que seguir avanzando por la costa.

Durante la marcha, el orden del día se distribuía de la siguiente forma: el cambucero de turno, escogido para dos semanas, se levantaba antes que el resto. Preparaba algunas gachas, el té y cuando el desayuno estaba listo, despertaba a todos los demás. Los preparativos matinales nos llevaban cerca de una hora. Nos poníamos en marcha aproximadamente entre las siete y las ocho. Hacíamos un pequeño alto en el camino cerca del mediodía. Desenalbardábamos los caballos y les soltábamos para que fueran a pastar. Preparábamos comida caliente dos veces al día; por la mañana y por la tarde. En los altos del mediodía tomábamos té con picatostes o comíamos tortas de harina horneadas la víspera. A la una proseguíamos la marcha, caminando hasta más o menos las cuatro de la tarde.

En una jornada nos daba tiempo a recorrer de 15 a 25 kilómetros, dependiendo del terreno, el tiempo atmosférico y el trabajo que se estuviera llevando a cabo durante el camino. El lugar para acampar siempre lo elegíamos en algún sitio junto al río. Mientras se cocinaba la comida y armaban las tiendas, me daba tiempo a trazar nuestra ruta. En ese rato los compañeros secaban plantas, disecaban aves, colocaban insectos en cajitas y numeraban el material geológico. A eso de las cinco almorzábamos y cenábamos al mismo tiempo. Luego, escopeta en mano, yo marchaba a inspeccionar los alrededores y a veces llegaba tan lejos, que no siempre me daba tiempo a regresar antes de oscurecer. La oscuridad me sorprendía entonces por el camino y aquellos paseos por el bosque a la luz de la luna me dejaban un recuerdo imborrable. A eso de las nueve de la noche tomábamos el último té y luego los fusileros se dedicaban a sus cosas: limpiaban los fusiles, se arreglaban la ropa y el calzado, enderezaban las sillas de montar… Esos momentos me servían para anotar mis observaciones en el diario.

Durante un viaje, uno no se puede aburrir. Acabas tan derrengado al término de la jornada, que a duras penas llegas al vivac. La tienda de campaña, la hoguera y una cálida manta resultan entonces los mejores bienes que se puedan conceder a las personas en la Tierra; ningún hotel de ciudad puede compararse. Tomas aprisa el té caliente, te metes en tu saco de dormir y caes en un sueño tan profundo como solo pueden hacerlo los que están de veras fatigados.

Emprendíamos la marcha a diario. Los días de alto solo eran esporádicos. Por ejemplo, porque enfermaba algún caballo, por romperse alguna silla, etc. Si los alrededores eran interesantes, nos quedábamos dos días, puede que incluso más. Por experiencia tenía claro que cuando llovía con fuerza, no convenía estar en camino, pues se avanza poco, los hombres y los caballos se cansan pronto, las sillas se estropean, el portaplanos se moja, etc. El resultado es que puedes caminar en medio de la intemperie, pero el día que hace sol te quedas en la tienda, ordenas tus levantamientos de planos, terminas el diario, haces cálculos… En una palabra, cumples con el trabajo que no pudiste hacer antes.

El día de la partida, el 19 de mayo, todos nos levantamos temprano, pero nos pusimos en marcha tarde. Es algo absolutamente normal. Los primeros preparativos siempre se alargan. Ya en camino, todos se acostumbran al orden conocido; cada uno sabe cuál es su caballo, cuál es su fardo, qué cosas debe tener, qué hace falta colocar en primer lugar, qué es lo que va después, qué objetos son necesarios para el camino y cuáles para el vivac. El primer día, todos los expedicionarios emprendieron la marcha alegres y animados.

El día resultó caluroso y soleado. No había ni una sola nube en el cielo, pero en el aire se percibía un exceso de humedad.

El polvoriento camino vecinal entre las aldeas de Shmakovka y Uspenka discurría por las lomas de la montaña Jando-Dinza-Sy. Todos sus puentes habían sido destruidos por los incendios de primavera, por lo que vadear los ríos que salen al paso, convertidos ahora en impetuosos torrentes, no era ni mucho menos cosa fácil.

En las zonas elevadas, el tipo de vegetación era el mismo que en las cercanías de la vía férrea: un bosque ralo de tilos, robles y abedules que, al lado de los páramos circundantes, parecía un bosque espeso.

Nuestro destacamento comenzó a aproximarse al Ussuri hacia las tres de la tarde. Un ojo clínico enseguida se daba cuenta de que se trataba de la primera marcha. Los caballos nos causaban gran demora; constantemente se les desajustaban las sillas y se les desabrochaban las cinchas, los hombres a menudo se detenían y se cambiaban de calzado. Quien ha viajado mucho sabe que esto es algo habitual. Estas paradas se efectúan cada día con menor frecuencia, paulatinamente todo se va arreglando y los traslados posteriores tienen lugar de manera ya regular y sin interrupciones. También aquí se necesita la experiencia de cada persona por separado.

Cuando emprendes un largo viaje, nunca hay que realizar grandes marchas en los primeros días. Al contrario, hay que avanzar poco a poco y descansar a menudo. Cuando todos se habitúan, los hombres y los caballos van más aprisa, sin necesidad de arres.

La llegada de la expedición a la aldea de Uspenka resultó un verdadero acontecimiento para la vida local. Los muchachos dejaron sus juegos y salieron en masa a las puertas; asustados rostros femeninos se asomaban a las ventanas; los campesinos

dejaron sus trabajos y contemplaron largo rato al destacamento que pasaba por su lado.

La aldea de Uspenka está situada en las altas terrazas fluviales de la ribera izquierda del Ussuri. Fundada en 1881, tiene ahora cerca de 180 casas.

Era tiempo de vacaciones, por lo que nos alojaron en la escuela y dejaron a los caballos en el patio. Todas las pertenencias y las sillas fueron colocadas bajo el tejadillo.

Por la tarde llegaron los habitantes más antiguos, que eran campesinos. Nos contaron cosas de su vida en aquel lugar. Hablaron del camino y nos dieron consejos.

Al día siguiente continuamos nuestro camino que, pasada la aldea, llevaba hacia el Ussuri. Todo el valle estaba anegado de agua. Los lugares elevados parecían islotes. Entre esta masa de agua, el cauce del río se distinguía por la rapidez de su corriente y por los árboles que crecían en ambas orillas. En su nivel acostumbrado, el Ussuri tiene cerca de 200 metros de ancho y cerca de cuatro de profundidad. La velocidad de su corriente es de 3,5 kilómetros por hora. Los campesinos que nos acompañaban decían que, durante las inundaciones, la comunicación con las aldeas vecinas que hay por el camino, quedaba totalmente cortada. Entonces, solo se puede acceder a ellas en barca. Y a duras penas.

Tras pedir consejo, decidimos ascender por el río hasta el lugar donde fluye con un único lecho y, una vez allí, probar a cruzarlo a nado con los caballos.

Al amanecer parecía que el día sería desapacible y lluvioso, pero a eso de las diez el tiempo mejoró. Entonces vimos lo que estábamos buscando. A unos 5 kilómetros de donde nos hallábamos, el río reunía a todos sus afluentes. Como la mayoría de las *relkas* estaban secas, había posibilidad de

aproximarse mucho. Pero, para ello, había que rodear los pantanos y bajar al valle, cerca del monte Kabarga.

Los caballos ya formaban juntos, no coceaban y no se mordían los unos a los otros. Solo había que llevar de las riendas al primer caballo; el resto le seguiría por sí solo. Los fusileros se turnaron para ir detrás, apremiando a los equinos que se desviaban o quedaban rezagados.

Una vez alcanzado el monte Kabarga, doblamos al este en dirección a la *fansá* de Jaudiyén[112], situada al otro lado del Ussuri, cerca de la desembocadura del Situje. Al pasar de una *relka* a otra y sorteando los pantanos, llegamos enseguida a un bosque que crecía a orillas del río. Por fortuna, los chinos tenían una barca. Hacía aguas como un tamiz, pero al menos era un cascarón que, en buena medida, nos aliviaba el vadeo. Nos llevó casi una hora repararla. Calafateamos con mucho esfuerzo las grietas de la barca, quitamos los clavos de las tablas y en vez de los toletes metimos jalones de madera, que atamos con cuerdas. Cuando todo estuvo listo, iniciamos el vadeo. Primero trasladamos las monturas y luego a los hombres. Llegó el turno de los caballos, que no querían meterse en el agua. Alguien tenía que hacerlo con ellos. El cosaco Kozhevnikov se ofreció voluntario para esta peligrosa tarea. Se quedó en porretas, se montó en el mejor caballo blanco trotón y entró en el río valientemente. Tras él, los fusileros enseguida arrearon al resto de animales hacia el agua. En cuanto el caballo de Kozhevnikov dejó de hacer pie, este enseguida se desmontó de un salto y, asiendo con una mano la crin, comenzó a nadar a su lado. Tras él lo hicieron los otros caballos. Desde la orilla se veía que cómo Kozhevnikov animaba al animal y le acariciaba el cuello. Los equinos nadaban resollando, inflando las fosas nasales y enseñando los dientes. Pese a que la corriente se los llevaba, avanzaban con bastante rapidez.

¿Conseguiría Kozhevnikov llegar a nado con los caballos al punto fijado?

Más abajo crecían arbustos y árboles, la orilla era escarpada y estaba atestada de troncos. Al cabo de diez minutos, su caballo tocó fondo. Su pecho asomó sobre el agua y luego su lomo, grupa y patas. El agua le chorreaba desde la crin hasta el rabo. El cosaco se montó en él de inmediato y salió a la orilla sobre sus lomos.

Dado que unos caballos eran más fuertes y otros más débiles y nadaban más lentamente, la caballada se alargó por completo. Cuando el caballo de Kozhevnikov alcanzó la orilla contraria, el último animal todavía estaba en medio del río. Estaba claro que se lo estaba llevando la corriente. Se estaba empleando con todas sus fuerzas y aguantaba frente al agua, tratando de vencer la corriente, pero esta se lo estaba llevando más y más lejos. Kozhevnikov lo vio. Tras aguardar al resto de caballos, corrió a lo largo de la orilla hacia abajo, siguiendo la corriente. Tras escoger un lugar donde no había troncos, el cosaco se abrió paso entre los arbustos hacia el río, se detuvo en un punto en el que el caballo le pudiera ver desde el agua y comenzó a llamarle a gritos, pero el ruido del río ahogaba su voz. El caballo blanco que había montado Kozhevnikov, aguzó el oído y, alzando un poco la cabeza, miró al agua. De repente, un sonoro relincho retumbó por el río. El caballo que estaba aún nadando lo escuchó y comenzó a cambiar la dirección. Al cabo de unos momentos salió del agua. Después de dejar que recobrara el aliento, el cosaco le puso el ronzal y lo llevó con la caballada. Mientras tanto, la barca había trasladado al resto de la expedición y sus fardos.

Tras cruzar el río a la altura de la *fansá* de Jaudiyén, la expedición remontó el Situje[113], tratando de esquivar los pantanos y llegar cuanto antes a las montañas.

El río Situje fluye latitudinalmente y tiene una longitud de unos 50 kilómetros. La mayoría de sus afluentes se halla en su margen izquierda. En sí, el Situje es un río pequeño, pero a falta de 3 kilómetros para llegar al Ussuri, se transforma en un canal ancho y profundo.

En ese punto tiene lugar la confluencia del Dubije y el Ulaje (a 44º 58’ de latitud norte y 133º 34’ de longitud oeste respecto al meridiano de Greenwich, por la península de Gamov. El Ussuri comienza realmente allí. Y en ese terreno, hasta el Sungacha, recibe por su derecha dos pequeños ríos: el Guirmabiru y el Kurma-biru.

El río Ulaje discurre durante un trecho en dirección norte. Sus fuentes se encuentran en las montañas Da-Dian-Shan con sus puertos sobre el Suchan y el Lefu. En su curso alto se compone de tres ríos: el Tuda-gou[114], el Erldagou[115] y el Sandagou[116]. Luego toma sus afluentes: por la derecha, el Sydagou[117], el Janijezú[118], el Iantzingou[119] y el Chutangouzú[120]; y por la izquierda al Jamajezú[121], el Daubijezú[122], el Shituje y el Uguidinzú[123]. El Daubije tiene una longitud de más de 250 kilómetros y una profundidad de 1,5 a 1,8 metros con un caudal de cerca de 5 kilómetros a la hora.

A la altura de la *fansá* de Linda-Pau, el Ulaje tuerce de manera brusca y repentina hacia el oeste. Allí sus aguas confluyen con las del Daubije con tal fuerza, que le embiste por la orilla izquierda. En consecuencia, justo frente a la desembocadura del Ulaje se forma una ensenada alargada. Esta y los ríos Daubije, Ussuri y Ulaje están situados de tal modo, que forman una figura cruciforme. Durante las inundaciones se acumula mucha agua en ese punto, a partir del cual comienza realmente a inundarse el valle del Ussuri. Desde este lugar, donde el Ulaje vira hacia el oeste en paralelo

al Ussuri, entre unos pantanos que surgen en cadena uno tras otro, se extiende una larga línea de lagunas que termina cerca del canal del Situje, mencionado más arriba. Estos lagos y el canal del Situje muestran el lugar del antiguo lecho del Ulaje, cuya confluencia con el Daubije anteriormente acontecía mucho más abajo de lo que lo hace ahora.

Tras pisar terreno firme, los hombres y los caballos avanzaron con más ánimo. Hacia el mediodía pasamos por la aldea de Podgornaya[124], compuesta de 25 casas y habitada por antiguos creyentes[125]. Aún era temprano, por lo que decidimos no demorarnos en aquel lugar. El camino ascendía por el Situje. A la izquierda había un bosque y a la derecha una depresión pratense anegada de agua. Por el camino tuvimos que volver a vadear un pequeño riachuelo que fluía por un valle angosto, aunque extraordinariamente pantanoso. Los hombres lo atravesaron pasando de mogote en mogote, pero a los caballos les resultó más complicado. Daba lástima verlos: se hundían hasta la panza y a menudo se caían. Algunos de ellos quedaban tan atascados, que ya no podían reincorporarse sin nuestra ayuda. Hubo que desensillarlos y portar los fardos con las manos. Cuando el último caballo hubo cruzado el pantano, el día ya estaba declinando. Caminamos un poco más y acampamos cerca de un arroyo de agua viva y cristalina.

Por la tarde, los fusileros y los cosacos se sentaron junto a la hoguera, sacaron una armónica y se pusieron a cantar. Contemplando sus despreocupados rostros, nadie creería que tan solo dos horas antes estuvieran bregando en un pantano, agotados. Se veía que en absoluto pensaban en el día de mañana y solo vivían el presente. Aparte, junto a otra hoguera, otro grupo analizaba unos mapas y discutía sobre las siguientes rutas.

Decidimos hacer un alto al día siguiente. Teníamos que secar nuestros enseres, limpiar las sillas de los caballos y darles descanso. Los fusileros se pusieron en faena desde temprano. Cada uno de ellos sabía a quién le iba algo mal y qué era lo que había que arreglar.

Ese día tuvimos ocasión de observar cómo los cosacos siguieron a unas abejas. Cuando estábamos tomando el té, uno de ellos cogió una taza en la que había restos de miel. De inmediato, unas abejas aparecieron en el vivac: una, dos, tres y así hasta varias más. Unas venían y otras se iban con la carga, apresurándose por volver y recoger de nuevo la miel, que el cosaco Murzin comenzó a buscar. Tras observar la dirección en que volaban las abejas, se encaminó hacia ese lado, sosteniendo en sus manos la taza con miel. Al cabo de un instante apareció una abeja. Cuando se alejó, Murzin la siguió hasta donde le alcanzó la vista. Entonces se puso en otro sitio, aguardó a una segunda abeja, pasó a otro punto, siguió con la mirada a una tercera, etc. De esta forma, de manera lenta pero segura, dio con la colmena. Las propias abejas le habían indicado el camino. Hace falta armarse de paciencia para semejante caza.

Al cabo de más o menos una hora y media, Murzin regresó y nos informó de que había hallado unas abejas, cerca de cuya colmena había visto tal panorama, que se había dado prisa en volver para contárselo a sus compañeros: las abejas estaban entablando una guerra con las hormigas. Momentos después estábamos ya en camino, llevando una sierra, un hacha, calderos y cerillas. Murzin marchaba delante, mostrando el camino. Pronto vimos un tilo de grandes dimensiones que crecía formando un ángulo de 45º. Las abejas se arremolinaban a su alrededor. Casi todo el enjambre se encontraba por fuera. La entrada a la colmena (la piquera) se hallaba abajo, cerca de las raíces. En la parte soleada, las

abejas, embrolladas, formaban una leve pendiente y se apiñaban densamente junto al orificio de entrada a la colmena. Justo enfrente, también formando una densa masa, había una marabunta de hormigas negras. Era interesante ver cómo estos dos ejércitos hostiles estaban plantados uno frente al otro sin decidirse a atacar. Las hormigas exploradoras corrían por los flancos y las abejas las atacaban desde arriba. Entonces las hormigas se sentaban sobre su abdomen, abrían ampliamente las mandíbulas y se defendían con fiereza. A veces efectuaban movimientos envolventes y trataban de atacar a las abejas por detrás, pero las exploradoras volantes las descubrían y parte de las otras abejas acudía al lugar, cerrándolas otra vez el paso.

Observamos esta lucha con interés. ¿Quién vencería a quién? ¿Lograrían las hormigas penetrar en la colmena? ¿Quién cedería primero? Tal vez con la puesta de sol los enemigos se fueran cada uno por su sitio para volver a iniciar la lucha por la mañana, tal vez el asedio de la colmena durara ya más de un día.

No se sabe cómo habría acabado el combate de no ser por los cosacos que llegaron en ayuda de las abejas, que se hallaban muy agitadas. En ese momento, por error, alguien echó un poco de agua caliente a las abejas. En un instante, todo el enjambre levantó el vuelo. Había que ver cómo echaron a correr los cosacos. Las abejas les dieron alcance y les picaron en el cogote y el cuello. Pasado un momento, no quedaba nadie cerca del árbol. A los hombres se les puso cara de susto, comenzaron a espantar con las manos a los insectos y salieron corriendo aún más lejos.

Decidimos dejar que las abejas se tranquilizasen. Antes de que atardeciera, dos cosacos volvieron a aproximarse a la colmena, pero ya no hallaron ni la miel ni las abejas. La

colmena había sido destrozada por un oso. Con tan poca fortuna acabó nuestra excursión para conseguir miel salvaje.

En la noche del 25 al 26 de junio llovió mucho y solo cesó hacia el amanecer. Por la mañana, el cielo apareció nublado; grandes nubarrones cargados de lluvia se deslizaban sobre la tierra, envolviendo cual manto las cumbres de las montañas. Nuevamente cabía esperar lluvia.

Cuando estás de larga travesía, ya no te preocupas del tiempo. Hoy te mojas, mañana te secas, luego te vuelves a mojar, y así sucesivamente. En realidad, si permaneces quieto durante los días lluviosos, quizá no llegues muy lejos en todo el verano. Decidimos probar fortuna e hicimos bien. A eso de las diez de la mañana vimos que el día se despejaba. En efecto, durante el día el tiempo estuvo muy cambiante; brillaba el sol un rato, llovía otro. El camino, que casi ya estaba seco, se mojó y de nuevo aparecieron los charcos.

Cruzado el Situje, nos acercamos a la aldea de Krylovka, compuesta de 66 casas. La siguiente aldea, Mezhgornaya (17 casas), era tan pobre, que apenas pudimos comprar allí cuatro kilos de pan. Entre suspiros, los campesinos se quejaban de su destino. Las últimas inundaciones les habían dado un buen susto.

Capítulo VIII

Ascendiendo por el Ussuri

La liebre manchú[126]*. Los golds de la tribu Yukomik. Bruma seca. Tiempo cambiante. Una serpiente ratonera*[127]*. Tormenta. El río Vangou. La aldea de Zagornaya. El antiguo creyente Panachev.*

La siguiente ruta de nuestra expedición discurría a través de las montañas. En ese trayecto aún tuvimos que pasar por una prueba: franquear cinco *raspadoks*[128] empantanados. El primero se encontraba justo después de una aldea y el último, el más grande, cerca del Ulaje. El camino que habían abierto los propios campesinos no tenía ni cunetas, ni puentes, ni diques. El barro lo hacía intransitable. Los cosacos intentaron meter a los caballos por tierra virgen, pero resultó aún peor. Para endurecer este terreno pantanoso, los fusileros cortaron una salceda y la tendieron a los pies de los caballos. La verdad es que alivió un poco el trasiego de los hombres, pero casi nada el paso de los animales. Aquel frágil dique solo les engañaba; trastabillaban y se caían. Hubo que volver a desensillarlos y portar a mano los fardos. Finalmente también atravesamos aquellos pantanos.

Según los datos que nos proporcionaron los campesinos, el camino discurría más adelante por un bosque. Al entrar en terreno firme, el destacamento se detuvo para descansar.

En ese momento, una liebre saltó de entre los arbustos de sopetón. Al instante, los hombres se lanzaron en su

persecución. Había que ver el barullo que se armó en el destacamento. Unos silbaban, otros daban alaridos y hubo quien se echó a correr tras la liebre con palos, piedras y todo lo que tenía a mano. El infortunado animalito corría haciendo zigzag y quiso ocultarse entre unos matorrales, cosa que probablemente habría conseguido de no ser por que Zagurski disparó su fusil. La bala dio en el suelo justo al lado de su cabeza y la dejó aturdida. Entonces otro fusilero llegó corriendo y la agarró con las manos. La liebre trató de zafarse, empezó a chillar y, encogiendo las orejas sobre el lomo, quedó agazapada. El pobre animalito estaba terriblemente asustado. Movía con rapidez su labio superior, bifurcado, y su corazón latía de manera intensa. Sentado sobre las manos de Turtyguin, aguzaba el oído y miraba a todos lados.

La liebre capturada era pequeña y de color gris pardo, un matiz que conserva siempre, tanto en verano como en invierno. El hábitat natural de este animal en la región de Priamur es el valle del Ussuri, sus afluentes y la costa hasta el cabo de Belkin. Aparte de esta especie, en el territorio del Ussuri se da también la liebre montañesa[129] y la liebre negra, una especie hasta ahora no descrita. Es de color completamente negro y se ve muy pocas veces. Tal vez sea simplemente una desviación melanística de la liebre montañesa, dado que también hay zorros plateados, lobos negros e incluso liebres comunes negras.

La liebre animó mucho al destacamento. La lluvia, los pantanos, el cansancio… Todo había quedado olvidado. Los fusileros trataban a porfía de contarse quién y cómo había visto al animalito, cómo habían corrido y de qué forma lo habían atrapado. Ningún otro animal les habría dado tantos temas de conversación. Los hombres se agolparon en torno a Turtyguin. De alguna forma, todos querían mostrar atención hacia el animalito; unos le acariciaba el lomo, otros le tiraban

del rabito, había quien le daba con el emboquillado en la naricita y le cogían de la oreja… ¡Solo les faltó bautizarla, bromear con ella y relatarse por décima vez cómo la capturaron! La palabra «liebre», no solo entre los rusos, sino también entre los chinos y los nativos del Amur, denota burla sobre una persona cobarde que hace cualquier tontería por miedo.

La orden de ensillar a los caballos obligó a los fusileros a ponerse manos a la obra. Tras deliberar un poco, decidimos soltar a la liebre. Apenas la pusimos en tierra, echó de inmediato a correr, seguida de silbidos y gritos. El ruido y las risas la acompañaron hasta que desapareció de la vista.

Una vez los caballos estuvieron ensillados, el destacamento continuó el camino. La senda discurría ahora por pendientes, dando un rodeo por los manantiales alpinos y ascendiendo lentamente el puerto. El robledal ralo quedaba sustituido por repoblaciones forestales de arces, tilos y abedules negros. En algunas zonas destacaban cedros solitarios y también abetos y píceas[130] de afilada copa.

Alcanzamos el puerto al cabo de más o menos hora y media. Allí, al pie de un gran pino, había un pequeño templo pagano hecho con losas. Lo habían construido cazadores chinos y buscadores de ginseng. La fachada había sido adornada con un trapo rojo con una inscripción jeroglífica: «Sanlinch-zhichu». Es decir, «Para el señor de las montañas y los bosques» (el tigre).

Desde la cima del puerto se abrió ante nosotros una espléndida vista sobre el Ulaje. El sol se acababa de ocultar por el horizonte. Los cúmulos en el cielo y sobre las lejanas montañas habían adquirido un suave tono púrpura. A la derecha del camino serpenteaba un riachuelo de curso luminoso y a lo lejos se divisaban unas *fansás*. El humo que

despedían no ascendía, sino que se extendía por la tierra, pareciendo inmóvil. A un lado se distinguía una pequeña laguna, en cuyas cercanías acampamos.

Como siempre, al principio hubo animación junto al fuego: conversaciones, risas y bromas. Luego todo comenzó a quedar en calma. Tras la cena, los fusileros se acostaron, pero nosotros aún permanecimos un buen rato junto a la hoguera, compartiendo las impresiones de los últimos días y haciendo planes para el futuro.

La noche resultó sorprendentemente tranquila. Se oía a los caballos pastar por el prado. En alguna parte, en las montañas, un búho ululaba y el canto de las ranas llegaba desde los pantanos con incesante algarabía.

Al día siguiente nos levantamos temprano y temprano nos pusimos en camino. Las *fansás* que el día anterior habíamos divisado desde el puerto, resultaron ser de unos golds. El terreno se llamaba Chzhumtaizá[131]. Los golds que vivían allí pertenecían a la tribu Yukomik, actualmente casi aniquilada por completo a causa de las epidemias de viruela. Sus campamentos nómadas se establecían en el Amur, en el lugar donde ahora se alza Jabárovsk.

Agobiados por los rusos, marcharon al Ussuri y de allí, bajo presión de los cosacos, migraron al Ulaje. En ese momento solo quedaban 12 personas: tres hombres, cinco mujeres y cuatro niños.

Los hombres vestían a la manera china. Llevaban pellizas cosidas con tejido atornasolado azul y pantalones del mismo género. El vestido de las mujeres conservaba mejor su carácter nacional. Su ropa resaltaba por los bordados en las orillas y bordes de los dobladillos, y por llevar enganchados una especie de sonajeros. Los chiquillos, sucios, salieron corriendo de las *fansás* y nos miraron asustados. Es difícil

decir de qué color era su piel; estaba bronceada, sucia y hollinada. Estos golds aún sabían hablar su lengua, pero preferían expresarse en chino. Los niños no entendían ni una palabra de gold.

Una vez examinadas las *fansás*, el destacamento prosiguió su camino. La senda comenzaba a pegarse a las montañas. Y lo hacía justo en el lugar en que el Ulaje empieza a cambiar su dirección latitudinal por otra noroeste. En ese punto su anchura es de 170 metros y tiene de media una velocidad de unos 5 kilómetros a la hora. De sus afluentes hay que destacar: por su margen derecha, al ya conocido Situje y luego el Chumtayza, el Tiapigou[132], el Noto[133], el Vambajeza[134] y el Fudzin[135]; y por la izquierda, el Huanijeza[136] y el Vangou.

Desde las *fansás* de los golds partían dos caminos. Uno discurría dando rodeos por la orilla derecha del Ulaje y llevaba al Noto. El otro iba en dirección sudeste, junto a los montes Huanijeza e Iguidinza. Optamos por este último. Decidimos mandar todos los fardos en barca con los golds río Ulaje arriba. Nosotros atravesaríamos el río y, pasando por el valle del Huanijeza, saldríamos al pueblo de Zatorni, de donde marcharíamos todo recto hacia la aldea de Koksharovka.

Ya desde el mediodía se pudo prever que el día siguiente resultaría lluvioso. En el territorio del Ussuri, la llamada bruma seca a menudo presagia mal tiempo. Los primeros signos los observamos ya en la víspera, por la tarde. A la mañana siguiente, la bruma se hizo bastante más densa y hacia el mediodía se podía percibir incluso de cerca. Entonces, pudimos distinguir el contorno de las montañas lejanas, habida cuenta de que quien las observa, conoce de antemano su perfil. Parecía como si todo el aire estuviera lleno de humo. El cielo se había tornado blanquecino.

Alrededor del amarillo sol surgió un halo; una fina tela de araña de estratos adquiría un matiz turbio y gris. Luego, de repente, el aire quedó limpio y diáfano. Las montañas lejanas tomaron un color azul oscuro y se volvieron tétricas. Solo por la proximidad del crepúsculo nos enteramos de que el sol se había puesto. En la naturaleza todo quedó petrificado, agazapado. Únicamente las ranas parecían estar contentas por el mal tiempo y se afanaban por llamarse a cada cual más ruidosa. Por la noche llovió.

Cruzando el río Ussuri, caminamos un rato Situje arriba y luego viramos abruptamente hacia el Ulaje. Es desde el lugar de la confluencia de este último con el Daubije, donde el Ussuri comienza su curso propiamente dicho.

Pensamos que cesaría de llover de madrugada, pero nos equivocamos. Al amanecer llovía incluso con más fuerza. Hubo que echar a la hoguera más leña, para que el agua no apagase el fuego. La leña ardía mal y humeaba mucho. Los hombres estaban acurrucados en sus mosquiteras y no salían afuera. El tiempo transcurría de manera lenta y cansina.

En el territorio del Ussuri llueve de golpe en una superficie muy grande y lo hace con asombrosa constancia. Las lluvias abarcan al mismo tiempo varias cuencas, a veces incluso toda la región. Esta es justamente la explicación de las grandes inundaciones.

Dersú tenía la siguiente superstición: si durante la lluvia surgía en las montañas la niebla y esta permanecía inmóvil, significaba que pronto dejaría de llover. Pero si la niebla se movía con rapidez, aquello era señal de lluvia prolongada y, quizá, de tifón[137].

Por la mañana, antes de que saliera el sol, dejó de llover. Pero el caudal del río empezaba a crecer, por lo que tuvimos que darnos prisa en cruzarlo. En esta ocasión, los golds nos

prestaron una ayuda importante. Con rapidez y sin demoras, trasladaron a la otra orilla todos nuestros fardos. Un caballo más débil fue llevado de la brida junto con la barca. El resto cruzó solo.

A eso de las ocho de la mañana, los rayos de sol traspasaron los nubarrones y empezaron a hacer de niebla, iluminándonos con su luz dorada. Contemplando este panorama, mentalmente regresé a la prehistoria, cuando sobre la caliente superficie de la Tierra todavía flotaban las vaporizaciones.

Finalmente comenzó a despejar. La naturaleza, aletargada por el mal tiempo, empezó a revivir; se escuchaba el canto de las alondras[138] y en el aire surgieron los insectos.

Nos pusimos en camino cuando la barca hubo soltado amarras. Las montañas quedaban ahora a la derecha y el río a la izquierda. Los pantanos se acabaron, cosa que no nos libró de la humedad. Debido a las últimas lluvias, la tierra había quedado empapada. Los arroyos estaban desbordados y se desparramaban por el valle.

A consecuencia de cierta demora, los caballos se rezagaron. En cambio, nosotros seguimos avanzando. En el lindero del bosque se alzaba una *fansá* vieja y en ruinas. Nos pusimos a esperar a los caballos allí, sentados sobre una piedra. De pronto, una oscura y alargada línea fulguró a un lado. Los fusileros corrieron allá. Se trataba de un gran reptil que se deslizaba por la hierba con rapidez, en dirección a unos arbustos. Los fusileros corrían por los lados, sin decidirse a aproximarse. El tamaño de la serpiente les asustó. En un momento se arrastró hasta un árbol caído sobre la tierra y se escondió en él. Era ya un trozo de leña con el duramen podrido de unos 4 metros de longitud y 15 centímetros de diámetro. A. I. Merzliakov agarró un palo y se puso a meterlo

por el orificio. En respuesta, se oyó un zumbido en el hueco, de donde después salieron unos abejorros. Es decir, tenían su nido en el interior del árbol. Pero, entonces, ¿adónde había ido la serpiente? ¿De veras había reptado hacia los abejorros? En tal caso, ¿por qué estos no se habían alarmado de igual manera que cuando metimos el palo en el hueco? A todos les parecía curioso. Los fusileros comenzaron a cortar el árbol. Estaba podrido y se deshizo en trozos con facilidad. En cuanto quedó al descubierto, vimos a la serpiente. Se retorcía lentamente, tratando de ocultarse en la marga. Pero no le sirvió de ayuda. El cosaco Belonozhkin golpeó al reptil con un hacha y le seccionó la cabeza. Después, la sacamos afuera. Se trataba de una serpiente ratonera[139]. Medía 1,9 metros de longitud y 6 centímetros de anchura.

En el interior del tronco, el hueco al principio era estrecho, pero luego se ensanchaba en la parte inferior. Plumón de ave, mechones de pelo, hierba fina seca y piel arrojada durante la muda atestiguaban que su nido se encontraba allí. Cerca de la entrada, un poco de costado, se hallaba el de los abejorros.

Cuando la serpiente salía del árbol o entraba en él, siempre pasaba al lado de los abejorros. Evidentemente, estaban bien avenidos y no se molestaban.

Los fusileros observaron a la culebra con gran interés.

—¡Tiene algo dentro! —dijo Belonozhkin.

En efecto, su vientre estaba hinchado. Era interesante ver de qué se alimentaban estos grandes reptiles.

Grande fue nuestro asombro cuando en el estómago de la serpiente resultó haber un chorlito bastante grande y de pico largo. ¡¿Cómo pudo haberse tragado ese pájaro y no atragantarse?!

Los golds cuentan que las culebras del Ussuri son grandes cazadoras de aves. Según ellos, trepan a lo alto de los árboles y

atacan a los pájaros cuando se posan en sus nidos. En particular lo logran cuando estos se hallan en los huecos de los troncos. Es comprensible. Pero ¿cómo se las ingenió para capturar a ese pájaro, que corre y vuela? ¿¡Y cómo pudo tragarse el chorlito, cuyo largo pico, al parecer, debiera ser un gran obstáculo?!

—Hay que darse prisa, va a haber tormenta —dijo A. I. Merzliakov, mirando luego al cielo.

Como confirmación a sus palabras, el ruido seco de un trueno nos llegó desde la lejanía.

Mientras estábamos atrapando a la culebra, no nos percatamos del nubarrón que había aparecido. De repente, se hizo más oscuro, lo cual obligó a los hombres a volver con los caballos, que pastaban tranquilamente en la hierba junto al camino. Los golds que nos acompañaban decían que había dos *fansás* chinas próximas donde podíamos guarecernos del mal tiempo.

El nubarrón se movía con rapidez. Su parte delantera era blanquecina y gris, y parecía arremolinarse. Otras nubes se deslizaban por los lados; parecían competir con el nubarrón en velocidad.

No logramos esquivar la tormenta. Apenas nos pusimos en camino, empezó a llover. Al principio cayeron unos goterones, pero luego siguió un verdadero aguacero.

Normalmente, tales aguaceros son pasajeros, pero en el territorio del Ussuri acontecen de otro modo. Las lluvias prolongadas a menudo comienzan con una tormenta, justo como ocurría en ese momento. La tormenta pasó, pero el sol no aparecía. Por doquier, hasta el mismo horizonte, el cielo quedó cubierto de estratos, que vertían por la tierra una fina y densa lluvia. Ya no tenía sentido darse prisa por llegar a las *fansás*, cosa que comprendían los hombres y los caballos.

Las *fansás* chinas se hallaban al otro lado del ramal. Para llegar allí, era necesario efectuar un gran rodeo. Por esta razón, decidimos ir directamente a ver a los *staroobriadtsi*[140].

Las pequeñas montañas que bordean el valle de Vangou poseen en su mayor parte forma cónica. Entre ellas se han formado profundos *raspadoks*[141]. Probablemente, a la luz del día este terreno sea muy pintoresco, pero en aquel momento tenía un aspecto poco amable.

No podíamos confiar en que el tiempo mejorara. A la lluvia se le unió el viento y surgió la niebla, que unas veces cubría las cumbres de las montañas, otras bajaba al valle o ascendía de repente, momento en el que la lluvia se hacía aún más intensa.

El río Vangou es pequeño. Tiene una anchura de 4 a 6 metros, y una profundidad de 40 a 60 centímetros, pero se hallaba desbordado y tenía un aspecto amenazante. El agua corría a través del bosque. La expedición cruzó aquellos lugares inundados sin especial dificultad. Hubo que volver a arrear a los caballos, pues marchaban al azar y caían en profundos fosos.

El bosque terminaba en ese punto y ante nosotros se abría una gran pradera. Al otro extremo, cerca de unas montañas, se situaba el aldeorrio de Zatornaya. Pero era difícil llegar allá. El puente sobre el río, construido por los antiguos creyentes, estaba derruido y nos llevó más de dos horas repararlo. A nadie le importó ya la lluvia. Todos se calaron a base de bien.

Finalmente superamos este obstáculo y llegamos a la aldea. La componían ocho casas y tenían un aspecto limpio y aseado. Las isbas estaban construidas de manera sólida. Se veía que los antiguos creyentes las habían hecho sin prisas. Como se dice, trabajando a conciencia. Un rostro femenino asomó por una de las ventanas y, a continuación, un hombre apareció en el umbral. Se trataba del alcalde pedáneo. Tras

averiguar quiénes éramos y adónde íbamos, nos invitó a entrar en su casa y nos propuso quedarnos allí. Los hombres estaban empapados, por lo que nos afanamos en desensillar aprisa los caballos y resguardarnos bajo techo.

Nuestro anfitrión era un hombre de mediana edad, de unos cuarenta y cinco años. Sus ojos castaños parecían inteligentes. Llevaba barba y cabellos largos cortados a tazón, tanto el flequillo como a nivel del cogote. Su vestimenta se componía de una ancha camisola de percal, un cordón levemente trenzado que hacía las veces de cinto, pantalones de terciopelo y botas de tacón bajo.

La isba tenía dos habitaciones. En una de ellas había un gran horno ruso. Junto a él, varias estanterías con vajilla, unas cortinas corridas y un lustroso aguamanil de cobre. A lo largo de la pared se disponían dos largas banquetas. En la esquina, una mesa de madera vestida con un mantel blanco, sobre la que había un pequeño santuario con imágenes antiguas que representaban santos de cabeza grande, rostros oscuros y finas y largas manos.

La familia del antiguo creyente estaba compuesta por su esposa y dos niños pequeños. La mujer vestía una chaqueta blanca y un vestido muy colorido, ceñido más arriba del talle y sostenido en los hombros con dos estrechas sisas cruzadas sobre la espalda. En la cabeza llevaba un pañuelo liado cual *kokoshnik*[142]. Cuando entramos, nos hizo una gran reverencia, a la manera antigua.

La otra habitación era más espaciosa. Junto a la pared había una cama grande tapada por una cortina de indiana. Nuevamente vimos banquetas bajo las ventanas. En la esquina, al igual que en la primera habitación, había una mesa con un mantel tejido a mano. Un reloj colgaba entre las ventanas y, junto a él, una estantería con libros voluminosos

antiguos, encuadernados en piel. En la otra esquina había una máquina de coser manual Singer y al lado de la puerta colgaban de un clavo un fusil Mauser de pequeño calibre y unos prismáticos Zeiss. El suelo de toda la casa estaba pulcro, los techos estaban bien limpios y las paredes habían sido calafateadas como es debido.

Al empezar a desvestirnos, ensuciamos, cosa que nos turbó.

—No importa, no importa —dijo el dueño—. Las mujeres lo limpiarán. ¡Hay que ver el tiempo que hace! Uno no puede llegar limpio de la taiga…

Al cabo de unos instantes, en la mesa aparecieron pan caliente, miel, huevos y leche. Nos lanzamos sobre la comida con apetito, por no decir con avidez.

El resto del día pasó preguntándoles por el camino a Koksharovka. Resultó que no había ningún otro camino más y que de todos los antiguos creyentes locales, solo uno, Panachev, podía llevarnos allá, por tierra virgen y atravesando las montañas.

El alcalde pedáneo mandó a alguien en su busca. Panachev se presentó inmediatamente. Parecía tener más de cuarenta años. También llevaba barba, pero dado que nunca se la había cortado, le crecía de manera irregular, a mechones. Daba la impresión de acabarse de levantar y no haber aún tenido tiempo de acicalarse. Se veía que era un hombre bueno, inofensivo. Al entrar en la isba, Panachev se santiguó tres veces ante la imagen y efectuó tres reverencias de tal modo, que tocó el suelo con la mano. Sus largos cabellos se le metían en los ojos, por lo que a cada instante sacudía la cabeza para apartárselos.

—¡Buenas! —dijo en voz baja, antes de retirarse a la puerta y ponerse a estrujar su gorro.

Convino de buena gana con la propuesta de que nos acompañara hasta Koksharovka.

—Está bien, iré —dijo con sencillez.

En ese «iré» se percibía su disposición a hacer un favor, humildad y la consciencia de saber que solo él conocía el camino.

Decidimos marchar al día siguiente si cesaba de llover. Panachev se fue y nos pusimos a conversar con el dueño de la casa. Merzliakov se interesó por los libros antiguos.

—¿Puedo verlos? —preguntó al alcalde pedáneo.

—Lea, por favor. Solo si usted sabe eslavo —contestó el antiguo creyente y se puso a procurarle un libro tras otro.

Afuera el mal tiempo estaba desatado. La lluvia y el viento fustigaban las ventanas. De la oscuridad llegaban sonidos lastimeros, como si un perro estuviera aullando o alguien gimiendo en el desván. Y con ese ruido, caímos en un dulce sueño.

Capítulo IX

La ruta a través de las montañas hacia la aldea de Koksharovka

La taiga del Ussuri. Levantamiento de planos en el bosque. Nos extraviamos. Monte bajo. Productos contra los mosquitos y las mosquitas. La aldea de Koksharovka. El pueblo chino de Notojouza. El río Ulaje. Calor y bochorno.

Al día siguiente, 31 de mayo, apenas empezó a clarear, me acerqué a la ventana. Había dejado de llover, pero el tiempo estaba nublado y húmedo. La niebla, cual manto, envolvía las montañas y a duras penas se distinguía el valle, el bosque o alguna construcción junto a la orilla del río.

Dado que no llovía, significaba que podíamos continuar nuestro camino. Pero una circunstancia nos obligó a demorarnos: el pan no estaba preparado.

A eso de las ocho de la mañana, todos los gallos empezaron a cantar de repente y al unísono.

—El tiempo se está despejando, hará buen día. ¡Hay que ver cómo cantan los gallos! Todo un augurio —decían los cosacos, hablando entre sí.

Es sabido que los pollos de corral son muy sensibles a los cambios atmosféricos, aunque a menudo se equivocan. A veces, basta con que el cielo se aclare un poco para que los gallos empiecen inmediatamente a llamarse unos a otros. Pero en esa ocasión, no se confundieron. En efecto, al poco, la

niebla ascendió y en un punto apareció el cielo azul. Y tras él, el sol.

Nuestro destacamento, encabezado por Panachev, partió de la aldea sobre las diez de la mañana y marchó río Vangou arriba. Teníamos que atravesar la cordillera que dividía el Daubije del Ulaje y salir a la desembocadura del Fudzin por un río que no tenía nombre.

Justo pasada la aldea, el camino se convertía en una senda que conducía al colmenar de Panachev.

—Venid alguno conmigo, muchachos —dijo el antiguo creyente, dirigiéndose a los cosacos.

Después pasó por encima de una cerca, abrió una tina y les dio miel de panal. Las abejas se arremolinaron a su alrededor, posándose sobre sus hombros y metiéndose en la barba. Panachev hablaba con ellas dándoles nombres cariñosos. Las sacó de su barba y las soltó. Al cabo de unos instantes regresó y continuamos el camino.

Poco a poco, el día se despejó por completo: la niebla desapareció, el agua corría a chorros por toda la tierra, las flores empapadas alzaron sus capullos y en el aire volvieron a refulgir las plumas de las aves.

Panachev nos llevó por tierra virgen «siguiendo las muescas». En cuanto penetramos en el bosque, enseguida hubo que recurrir a las hachas.

El lector se confunde si se imagina que la taiga es una especie de boscaje. La taiga del territorio del Ussuri es un bosque virgen y primitivo compuesto de cedros, abedules negros, abetos blancos siberianos, olmos, álamos, píceas coreanas[143], tilos de Manchuria[144], alerces dahúricos[145], fresnos, robles de Mongolia[146], *Kalopanax ricinifolia*, alcornoques con un follaje que recuerda al de los fresnos y con una hermosa corteza de corcho aterciopelada al tacto,

nogales de Manchuria[147] de espeso follaje alojado en los extremos de los nudos con forma de palmera, y muchas otras especies. El monte bajo se compone de matorrales y maleza espesa, entre los que saltan a la vista el ginseng siberiano[148], grosellas de Manchuria[149], el sauquillo silvestre[150] de flores blancas, una madreselva[151] de ramas nudosas y corteza arrugada, una filipéndula silvestre[152] de hojas dentadas afiladas y cortas, y una dulcamara[153] trepadora. Y todo esto mezclado con viñas, lianas y *actinidias kolomikta*. El tallo de esta última alcanza a veces el grosor de un brazo.

Panachev nos contó que él había recorrido ligero de equipaje la distancia que hay entre Zagornaya y Koksharovka en un día. La verdad es que por un día él entendía de sol a sol. Dado que nosotros marchábamos con los fardos con bastante lentitud, calculé cubrir el camino en dos jornadas con solo una pernoctación en el bosque.

Cerca del mediodía realizamos una larga parada. Los hombres se pusieron enseguida a despojarse de la ropa y a quitarse unos a otros las garrapatas del cuerpo. Panachev lo pasó mal, estuvo todo el tiempo rascándose. Las garrapatas se le habían metido en la barba y en el cuello. Una vez quitadas, los cosacos se pusieron a extraérselas a los perros. Los inteligentes animales comprendían a la perfección qué pasaba y aguantaron pacientemente la operación. No ocurrió lo mismo con los caballos: sacudían la cabeza y se meneaban con brío. Hubo que dedicar muchos esfuerzos para librarlos de los parásitos que se les habían metido en el morro y los párpados.

Después de tomar el té, Panachev se puso de nuevo en cabeza y tras él marcharon los fusileros con las hachas. Cuarto de hora después, la carga arrancó.

—Pues va a llover otra vez —dijo Murzin.

—¡Por poco tiempo! —replicó Panachev—. Si Dios quiere, parará por la tarde.

Según él, si después de una corta fase de mal tiempo no hay viento y enseguida aparece el sol, ese día cabe de nuevo esperar una pequeña lluvia. De la tierra húmeda, recalentada por los rayos del sol, comienzan a ascender abundantes vaporizaciones. Al alcanzar las capas superiores de la atmósfera, el vapor se condensa y cae a la tierra en forma de llovizna.

Panachev resultó estar en lo cierto. A eso de las cinco de la tarde comenzó a helar, poco antes del crepúsculo cesó de llover y los nubarrones se dispersaron. Una luz especialmente suave cubrió todo el bosque. Se trataba de la última sonrisa del sol. La vida del bosque, que estaba a punto de caer dormida, se animó: las ardillas listadas[154] empezaron a correr y se escucharon los graznidos de las oropéndolas[155] y las abubillas[156]. Pero la luz del cielo empezó a languidecer y de los viejos abetos y de los arbustos surgieron las sombras de la noche. Las llamas de la hoguera se hicieron más luminosas y los hombres se agolparon a su alrededor… Panachev estaba sentado a un lado, comiendo pan en silencio y seleccionando las migajas. Los cosacos descargaron los fardos, plantaron las mosquiteras y prepararon la cena. Algunos de ellos se pusieron en porretas, quitaron las garrapatas de la ropa y maldijeron con rabia.

—¿Y qué, hombre, cuántas *verstas* quedan hasta Koksharovka? —preguntó Belonozhkin al antiguo creyente.

—¡Vete a saber! ¿Acaso hay alguien que haya medido la taiga? ¡Así es la taiga! Tendríamos que llegar mañana —respondió.

En ese «tendríamos que llegar» se percibía inseguridad.

—¿Conoces bien estos lugares? —prosiguió preguntándole el cosaco.

—Pues no muy bien. He venido dos veces y no me he perdido. No pasa nada, Dios mediante, avanzaremos poquito a poco.

Tras acabar de cenar, Panachev, sin turbarse por la presencia de personas extrañas, se puso a rezar. Luego cogió su hacha y se puso a afilarla sobre una piedra.

El día siguiente era primero de junio. Por la mañana, una vez hubo salido el sol, de la niebla de la noche no quedaba ni rastro. El primero en ponerse en movimiento fue Panachev. Se quitó el gorro, se santiguó y marchó adelante, examinando los puntos desbastados. Dos fusileros le ayudaron a despejar el camino.

Un viaje por la taiga siempre resulta bastante monótono. Hoy bosque, mañana bosque y pasado mañana también bosque. Torrentes de agua clara y cristalina llenos de arbustos y atorados de piedras que hay que vadear, matorrales secos, frasca cubierta de musgo y helechos asombrosamente parecidos entre sí. Debido a que se está obligado a ver todo el rato árboles muy de cerca, el ojo se fatiga y busca vastas extensiones. Se percibe cierta incomodidad en la vista y aparece un irresistible deseo de mirar a lo lejos.

De vez en cuando, entre la oscuridad del bosque surge de repente un claro. El caminante inexperto se afana por ir allí y acaba en una zona llena de troncos caídos. En la mayoría de los casos, un claro en el bosque significa la presencia de un pantano o de un lugar en el que ha habido un incendio, un rompevientos. No siempre se pueden esquivar los troncos derribados.

Si los árboles caídos son pequeños, se les despedaza a hachazos. Y si lo que obstaculiza el camino es un árbol

grande, se le desbasta por los lados y por arriba, para que los caballos puedan así saltar por encima. Todo esto hace que la carga se retrase, por lo que desplazarse por la taiga a caballo siempre resulta muy lento.

Si se camina por el bosque sin trabajo, pronto te hartas del viaje.

Solo se puede errar por la taiga a condición de que el día entero se ocupe en trabajos. Entonces no te das cuenta de cómo vuela el tiempo, te olvidas de las adversidades y te resignas a las privaciones.

Las notas del viaje hay que tomarlas sin demora en cada lugar de observación. Si no se hace así, las nuevas impresiones tapan a las imágenes viejas y lo ya visto se olvida. Estas observaciones pueden hacerse en los bordes del portaplanos o en un cuaderno especial de notas que siempre debe de estar a mano. Por la tarde, los apuntes resumidos se trasladan en detalle a los diarios. Esto tampoco cabe nunca dejarlo para el día siguiente, pues el día siguiente entrañará otros trabajos.

Dado que la senda en el bosque a menudo tuerce y efectúa pequeños virajes que, por su escala, no pueden ser trasladados al portaplanos, es recomendable que la persona encargada del levantamiento de planos vaya por detrás a una distancia que pueda ver la cola del destacamento entre los árboles. La dirección se toma con el último caballo como referencia. Y si el destacamento marcha más rápidamente de lo que conviene a la persona que está levantando el plano, entonces, para no retrasar a los caballos con los fardos, hay que dejar que sigan adelante y tomar consigo un fusilero a quien se encarga ir tras las huellas de los caballos y estar a una distancia tal, que el levantador de planos pueda verle permanentemente. En la espesura, donde no se ve nada, hay que tomar la dirección siguiendo el sonido de, por ejemplo, el tintineo de una

campanilla, el golpe de un palo contra un árbol, gritos de llamada, silbidos, etcétera.

Por el camino, nuestro destacamento se dividió en tres partes. Una vanguardia de trabajo bajo el mando de Granatman y encabezada por Panachev marchaba delante seguida de la carga, que estaba a las órdenes de Merzliakov. El resto de los integrantes de la expedición caminaban detrás. Avanzábamos con mucha lentitud. A menudo había que detenerse y esperar a que el grupo de trabajo delantero abriera camino. Cerca del mediodía, de repente, los caballos se pararon por completo.

—¡Arrea! —gritaron desde atrás, impacientes.

—¡Espérate! El viejo creyente no encuentra las muescas —contestaron los de delante.

—Pero ¿dónde está?

—Se ha adelantado para buscar el camino.

Transcurrieron unos veinte minutos. Finalmente, Panachev volvió. Bastaba echarle una ojeada para adivinar lo que pasaba. Tenía el rostro sudoroso, cansado, con la mirada dispersa y los cabellos desaliñados.

—Bueno, ¿qué? ¿Hay muescas? —le preguntó Granatman.

—¡No! —respondió—. Deben quedar más a la izquierda. Tenemos que ir así —dijo, indicando con la mano hacia el nordeste.

Continuamos. Panachev ya no marchaba con tanta seguridad como antes; unas veces torcía a la izquierda, otras se lanzaba al otro lado. O bien, daba de súbito media vuelta de tal forma que el sol, que hasta entonces nos daba de cara, lo dejábamos de espalda… Era evidente que caminaba al azar. Intenté detenerle y preguntarle, pero se desanimó aún más por las preguntas. Convocamos un pequeño consejo, en el

que P. K. Putkovski se pronunció por regresar hasta los puntos desbastados. Pero Panachev dijo que avanzaría incluso sin camino y que en cuanto subiera al puerto y se orientase, tomaría la dirección correcta.

Teníamos que dar descanso a los caballos. Los desensillamos y dejamos que pastaran. Los cosacos se pusieron a preparar té, mientras que Panachev y Granatman ascendieron al cerro contiguo. Al cabo de media hora estuvieron de vuelta. Granatman informó de que, aparte de montañas cubiertas de bosque, no había visto nada. Panachev tenía aspecto turbado y, pese a asegurarnos que conocía aquel lugar, en su voz se percibía la duda.

Apenas volvimos a ponernos en camino, fuimos a dar a un barranco tan grande, que no pudimos salir de él hasta entrada la tarde. Panachev nos conducía de manera un tanto extraña. Bien subíamos un monte, bien descendíamos, bien bajábamos de nuevo al valle… Lo normal cuando te extravías: caminas sin ningún tipo de cálculo.

Estuvimos el día entero andando y paramos donde nos sorprendió la noche. El mal humor reinaba en el vivac. A todos nos abatió saber que nos habíamos perdido. Panachev estaba especialmente triste. Daba suspiros, miraba al cielo, se despeinaba y se daba manotazos en los costados de su *armiak*[157].

—Quítate las garrapatas de la barba —le dijeron los fusileros.

—¡Qué desgracia! —se decía a sí mismo—. ¡He perdido las mellas como a propósito!

Había que determinar cuáles eran nuestras provisiones. Al partir de Zagornaya, habíamos cogido pan para tres días. Es decir, aún quedaba alimento para el día siguiente. Pero ¿qué pasaría si entonces no llegábamos a Koksharovka? En una

reunión por la tarde decidimos mantener rigurosamente una dirección hacia el este y no hacer más caso a Panachev.

Al día siguiente, apenas clareaba, ya estábamos en pie. En la situación en la que nos encontrábamos, era necesario darse prisa.

Tras recorrer unos 2,5 kilómetros desde el lugar donde habíamos acampado, de pronto, de manera totalmente inesperada, dimos con unas mellas. Eran antiguas; estaban hinchadas.

—¿Quién haría estas muescas? —preguntó Merzliakov.

—Los chinos —contestó Panachev.

—¿Es que también tenéis chinos en la taiga? —le preguntaron los cosacos.

—¿Y dónde no los hay? —respondió el antiguo creyente—. En la taiga hay chinos en todas partes. Por donde quiera que vayas, allá los encuentras.

Había muchas mellas y marcaban una dirección que nos venía bien, por lo que decidimos seguirlas en la medida de lo posible. Por eso se había perdido Panachev; él había dejado menos señales y las perdió de vista. Con el tiempo desaparecerían y, a gran distancia, se veían mal.

Siguiendo la línea que marcaban las mellas, pronto hallamos trampas para martas cebellinas. Algunas eran viejas y otras nuevas; se veía que acababan de ser puestas. Una de ellas obstaculizaba el camino. Kozhevnikov levantó el tronco y lo arrojó a un lado. Había algo debajo. Resultó ser los huesos de una marta. Por lo visto, al poco de que el animalito cayera en la trampa, quedó anegado por la nieve. Extrañamente, por alguna razón, el chino no había revisado sus trampas antes de abandonar la taiga. Quizá se había dado una vuelta por ellas, pero una tormenta que entonces se estaba desencadenando, le impidió llegar a las mellas más

alejadas. O se puso enfermo y no pudo ir ya más de caza. La marta atrapada estuvo esperando largo tiempo a su dueño y en primavera, cuando la nieve comenzó a derretirse, los cuervos deshicieron a picotazos al preciado depredador, del que ya solo quedaban mechones de su piel y unos huesecillos.

Me acordé de Dersú. De haber estado con nosotros, habríamos averiguado por qué la marta cebellina quedó en la trampa. Seguramente, el gold habría encontrado el camino y nos habría sacado de esta embarazosa situación.

Hacia el mediodía ascendimos a una sierra boscosa que se extendía con dirección de NNE a SSO y tenía de media una altura de cerca de medio kilómetro. A través de los árboles podía verse otro puerto igual y, tras él, unas montañas. Arriba, la cresta parecía el borde de una enorme taza. Y el valle, un profundo foso cuyo fondo se perdía en la niebla.

Tras discutir nuestra posición, decidimos descender al valle y marchar siguiendo la corriente del agua. La ladera oriental de la cordillera era escarpada, abarrotada de troncos caídos y cubierta de tajos producidos por los corrimientos de tierras. Hubo que bajar haciendo zigzag, lo cual nos ocupó mucho tiempo. El arroyo que nos servía de referencia pronto comenzó a torcer al sur. Entonces nos adentramos por tierra virgen y cruzamos unas cuantas estribaciones.

Panachev trabajaba en silencio. Seguía marchando en cabeza y los demás íbamos a la zaga. Ya daba todo igual. No podíamos enmendar el error y solo restaba hacer una cosa: seguir la corriente hasta que nos llevara al Ulaje. Durante un largo alto que hicimos, volví a comprobar nuestra reserva de comestibles. Resultó que el pan tostado solo nos llegaba para la cena de ese día, por lo que aconsejé reducir la ración diaria.

El espeso bosque mixto de coníferas por el que caminábamos tenía un aspecto bonito y decorativo. Algunos

árboles sorprendían por sus dimensiones. Eran auténticos gigantes del bosque: de 20 a 30 metros de alto y de 2 a 3 metros de circunferencia. En la tierra, entre una maleza de filipéndulas, avellanos y lespedezas había desperdigados numerosos troncos huecos ya podridos, cubiertos de líquenes y musgos. En los lugares húmedos, espigaban a miles exuberantes helechos, cuyas palmas alcanzaban 0,9 metros de longitud. Por su aspecto exterior, estas plantas se asemejan a lirios verdes gigantes.

En la taiga del Ussuri hay muchas plantas antofitas. Sobre todo saltan a la vista un eléboro[158] venenoso de toscas hojas puntiagudas a capas y con flores blancas. Luego, un ilicio de hojas ovaladas y lanceoladas con flores de rosa intenso que segregaban aceites esenciales copiosamente. Un acónito de hojas dentadas destacaba entre el herbazal por sus flores azules. Junto a él, cipripedios de grandes hojas lanceoladas, delicadas rudas con sus características flores brillantes, grandes melandrios[159] de vivo rojo de hojas sésiles ovaladas y lanceoladas, y un grupo de ranúnculos anaranjados[160].

Pese a la mala suerte que teníamos, no podíamos permanecer indiferentes ante las bellezas de la naturaleza. Pintores, botánicos o, simplemente, amantes de la naturaleza hallarían aquí un material inagotable para sus observaciones.

Las mosquitas aparecieron por primera vez al atardecer. Los lugareños les llaman *gnus*. La mosquita del Ussuri[161] es la verdadera plaga de la taiga. Cuando te pica, enseguida se forma una herida sangrante que fastidia muchísimo. Cuanto más te rascas, mayor es la comezón. La mosquita te ciega, se mete en los cabellos, en los oídos, penetra por las mangas y te pica por el cuello de manera insufrible. La cara se abotarga, al igual que cuando se padece la erisipela. Al cabo de dos o tres días, el organismo se hace inmune y la hinchazón disminuye.

Los hombres pudieron protegerse del *gnus* con bolsas de malla, pero los caballos lo pasaron mal: los mosquitos les acribillaron el morro y los párpados. Los pobres animales sacudían la cabeza, pero no podían hacer nada contra sus pequeños torturadores.

La defensa más racional frente a las mosquitas es una malla. No hay que ponerse las metálicas, pues se calientan bastante. Es mejor que te hagan sufrir a quedar sofocado con el aire caliente, encima cargado con tus propias vaporizaciones. La malla de muselina es frágil; se engancha constantemente con los nudos de las ramas y se desgarra. Los insectos penetran por el agujero formado y ya solo es posible librarse de ellos quitándose el tocado. La mejor malla son las redecillas para el pelo; son bastante consistentes y no se calientan tanto al sol como las metálicas. Algunos recomiendan untarse vaselina. Yo lo he probado y puedo decir que este método nunca viene bien. En primer lugar, los insectos se quedan pegados. Se quedan pululando por la cara y hacen cosquillas. Otra incomodidad consiste en que la vaselina se derrite y se mezcla con el sudor. Aceites aromáticos diversos, como el de clavo, son aún peores; penetran por los poros abiertos y te queman como una ortiga. El mejor remedio es la paciencia. A una persona impaciente, el *gnus* puede hacerle llorar.

Y armados de paciencia, avanzamos hasta que el sol se ocultó por completo tras el horizonte. Panachev enseguida marchó a reconocer el terreno. Ya estaba totalmente oscuro cuando regresó al vivac y nos comunicó que desde la montaña se veía el valle del Ulaje y que al día siguiente, hacia el mediodía, dejaríamos atrás el bosque. Los hombres se animaron; comenzaron a bromear y a reírse.

Nuestra cena resultó frugal; las migajas de pan seco que quedaban las repartimos a partes iguales.

A eso de las ocho de la tarde un relámpago refulgió por el oeste y se oyó un trueno lejano. Con aquella luz parecía que estuvieran iluminando el cielo. Se distinguía perfectamente cada nube por separado. A veces los relámpagos resplandecían en un punto e inmediatamente se producían descargas eléctricas en otro. Después todo quedó de nuevo sumido en una profunda oscuridad. Los fusileros estaban ya empezando a plantar las tiendas y a cubrir las sillas de los caballos con lona impermeabilizada, pero la alarma resultó vana: la tormenta pasó de largo. Por la noche, las fulguraciones aún estuvieron largo rato jugueteando sobre el horizonte.

Por la mañana, apenas dejamos el vivac, dimos con la senda. Resultó ser un camino de tramperos que conducía a las montañas. Panachev nos llevó por ella. Empezábamos ya a intranquilizarnos, pero en esta ocasión resultó tener razón. El sendero nos condujo a una *fansá* de ganaderos. Un bosque de frondosas sustituía al mixto. Oliéndose el final del camino, los caballos apretaron el paso. Finalmente apareció un espacio claro, tras el que salimos al lindero de un bosque. Ante nosotros se hallaba el valle del Ulaje. La mayoría de los indicios mostraban que la aldea estaba cerca.

Al cabo de unos minutos nos aproximamos al río, en cuya otra orilla vimos la aldea de Koksharovka. Los *staroobriadtsi* nos tendieron unas barcas, en las que trasladamos las sillas y los fardos. No hubo que arrear a los caballos. Los inteligentes animales entendían perfectamente que en la otra orilla les esperaba pienso abundante. Ellos mismos entraron en el agua y pasaron a la otra parte del río.

Los hombres acabaron cansados tras efectuar el paso. Los caballos también necesitaban descansar. Decidimos permanecer tres días en Koksharovka.

Aprovechando este espacio de tiempo, me dirigí a la aldea china de Notojouza, situada cerca de la desembocadura del Notoje. El pueblo recibía su nombre de la palabra china «nautu» (noto), que significa «mapache». Los chinos llamaban así al río porque otrora muchos de estos animales habitaron allí.

La aldea de Notojouza es una de las poblaciones más antiguas en el territorio del Ussuri. En tiempos de Veniukov (1857), de todas partes llegaron buscadores de oro y de ginseng, cazadores y tramperos. La antigua vía con la que los chinos del Ussuri se comunicaban con Post Olgui, estaba precisamente en este punto. Sus caravanas de mercancías pasaban junto al Noto por el Fudzin hacia el mar a través de la cordillera Sijoté-Alín. El mismo camino nos esperaba ahora a nosotros.

La expresión «reká Ula-je» se compone de tres palabras: la primera es rusa, la segunda manchú y la tercera china. Además, cada una significa lo mismo: río. La traducción resulta un poco extraña: «río Río-río».

El Ulaje fluye en dirección NNO a lo largo de un valle con pliegues intermedios. Tiene una anchura de cerca de 120 metros y una profundidad media de 18. La continuación de su valle tectónico es la cuenca del bajo Noto y su afluente Sebuchara[162], que fluyen a su encuentro.

De los afluentes del Ulaje, los más grandes son los que toma por su izquierda: el Tabajeza[163] y el Sinantsa. El nombre de este último indica la dirección de su corriente (si: «oeste», nan: «sur» y tsa: «ramal»; es decir, afluente suroccidental). Por la margen derecha toma muchos

riachuelos: el Yanmutjouza[164], el Tudagou, el Erldagou, el Sandagou y el Sydagou. Luego, más adelante, están el Fudzin y el Notoje, del que he hablado más arriba. Todos estos ríos nacen en la cordillera Sijoté-Alín[165]. El afluente más grande del Ulaje es, sin duda alguna, el Yanmutjouza. En realidad, cabe considerarlo el principio del Ussuri. Siguiéndolo puede salirse a la costa, a las bahías de Vanchín y Valentín. Las sierras que bordean el valle a derecha e izquierda producen largas estribaciones cubiertas de espesos bosques mixtos y terminan cerca del río con pequeños cerros de 400 a 500 metros de altura.

El valle del Ulaje es uno de los terrenos más fértiles de la región. En él crecen aislados grandes y viejos olmos, tilos y robles. Los chinos les quitan la corteza a la altura de las raíces para que no les tapen el sol en sus huertos. Los árboles se secan y después sirven de leña.

El día resultó extremadamente caluroso. La bóveda celeste se asemejaba a un plato de cristal azul que parecía estar cubriendo a propósito la tierra, exactamente igual que se cubre a los brotes jóvenes para que crezcan más rápido. De ahí que hiciese un calor tan sofocante. El viento no soplaba por abajo y no había ninguna nube en el cielo. Un aire ardiente planeaba sobre el camino. Los árboles y los arbustos quedaron entumecidos por el calor y sus hojas se marchitaron. El río fluía despacio, sin hacer ruido. El sol se reflejaba en el agua y parecía lucir por partida doble: arriba y abajo. Todos los animalitos se habían escondido en sus madrigueras. Solo los pájaros daban señales de vida. Una alondra manchú aún tenía fuerzas para describir círculos por el aire y saludar con su sonoro canto al caluroso verano. En un claro cerca del camino reparé en dos rabilargos asiáticos[166]. Estos cautelosos y astutos pájaros iban saltando de rama en rama, deslizándose con agilidad por el follaje y

mirando temerosamente a todos lados. En otro lugar, en un viejo ramal cenagoso, espanté a una lavandera, un pequeño pajarito gris verdoso de abdomen y cuello amarillos. Levantó el vuelo para marcharse, pero vio a una libélula y, sin turbarse en absoluto por mi presencia, emprendió su caza.

Después del mediodía volvieron a surgir muchos *gnus*. Paré de trabajar y fui a la aldea. Por el camino me alcanzó una manada de caballos de granja. Coceaban, sacudían la cabeza y se golpeaban con la cola. Los tábanos y los moscardones les seguían en bandadas. Tras ver en un lado unos arbustos, toda la manada se lanzó para allá. Las ramas fustigaban a los animales en las patas y en la panza. Era el único medio de espantar a aquellas sanguijuelas aladas. En la aldea ya estaban esperando a los caballos; unas fogatas humeaban cerca de las casas. Al llegar hasta las hogueras, los caballos metieron el hocico poco menos que hasta el mismo fuego. Daba lástima verlos. Con las fosas nasales bien abiertas, respiraban de manera entrecortada y con dificultad. Tenían todo el cuerpo lleno de gotas de sangre, especialmente la grupa, el morro, el cuello y la crin; es decir, aquellas partes a las que un caballo no puede llegar ni con el rabo ni con los dientes.

El día siguiente resultó aún más fatigoso y caluroso. No fuimos a ninguna parte; nos quedamos en las isbas, preguntando a los antiguos creyentes cosas sobre la aldea y sus alrededores. Nos contaron que Koksharovka había sido fundada en 1903, que contaba con 22 casas y que se trataba de la última población rusa. Más allá del Fudzin solo vivían chinos, que se dedicaban a la caza y a la búsqueda de ginseng y martas cebellinas.

Capítulo X

El valle de Fudzin

Una fansá *china de agricultores. La cocción de cornamentas. Anofriev en el papel de jefe del destacamento. La pérdida de la barca. El monte bajo de la taiga. Los pájaros del bosque. Encuentro con un cazador profesional.*

El 6 de junio nos marchamos de Koksharovka. Nuestros caballos estaban descansados y ya marchaban con mucho más ánimo, pese a que había tantos tábanos y mosquitas como el día anterior. Caminar en las últimas posiciones resultaba especialmente complicado: la masa principal de mosquitas se concentraba en la cola del destacamento. En tales casos, es recomendable cambiar por turnos las posiciones de los hombres y los caballos. A partir de la aldea de Koksharovka, el camino discurría por la ribera derecha del Ulaje y solo en un punto, donde unas peñas se alzan sobre el río, este se aleja hacia las montañas, pero pronto vuelve a salir al valle. La corriente del río Fudzin tiene una dirección latitudinal, pero en su curso bajo vira paulatinamente hacia el norte y confluye con el Ulaje unos 2 kilómetros más abajo de la ladera izquierda de su valle. Los rododendros estaban en pleno florecimiento y, por esta causa, las rocas en las que crecían parecían ser de color púrpura y violeta. El valle del Fudzin puede calificarse de prado. Robles viejos, tilos frondosos y álamos mongoles[167] nudosos crecen en él de manera aislada.

Las altas montañas de ambos lados están cubiertas de bosques mixtos con predominación de píceas y abetos.

La salvaje belleza del valle quedaba suavizada por la presencia de las personas. Igual que cuando las codornices se ocultan de un cazador, entre los árboles, aquí y allá, se divisaban una *fansás* chinas de color gris. Tenían un aspecto acogedor. Todo alrededor estaba revestido de paz, calma y laboriosidad. Cerca de las *fansás* se extendían amplios campos de cereal y unos huertos. No faltaba de nada: trigo, maíz, almorejo, avena, adormidera, legumbres, tabaco y muchas otras plantas que desconozco. Aún más cerca crecían: judías, patatas, rábanos, calabazas, melones, coles, lechugas, nabos, pepinos, tomates, cebollas de varios tipos y guisantes. En los campos, se veían por todas partes las azules figuras de los chinos. Habían dejado de trabajar y llevaban largo rato siguiéndonos con la mirada. Por lo visto, la aparición de un destacamento militar les había turbado bastante, mientras que la presencia de caballos de carga les indicaba que el grupo iba y venía de lejos.

Me dirigí a una *fansá*, en cuyo huerto se hallaba trabajando un anciano. Junto a él trabajaba otro viejo, pero más joven. Estaba tratando de dar a las verduras un aspecto bonito, arreglando sus hojas y recortando aquellas que habían espigado y destacaban entre las demás. Cuando nos acercamos, ambos viejos nos saludaron a su manera y después, tras secarse el rostro con un trapo sucio, nos siguieron cansinamente durante unos metros.

La *fansá* a la que nos aproximamos constaba de tres construcciones dispuestas «como un cubículo»: una vivienda en medio y dos cobertizos a los lados. Una elevada empalizada a la altura de los cobertizos cercaba al patio que quedaba entre ellas, pulcramente barrido y recogido. Al

olfatear la presencia de extraños, unos perros comenzaron a ladrar de forma frenética y se lanzaron a nuestro encuentro. Ante el ruido provocado, salió el dueño de la *fansá*, quien enseguida dispuso que los trabajadores nos ayudaran a desensillar los caballos.

La *fansá* china es una construcción peculiar. Sus muros están hechos de arcilla. El tejado a dos aguas es de cañas. Las ventanas, enrejadas y empapeladas, ocupan casi toda la fachada delantera. En cambio, no hay ninguna ventana ni detrás ni por los lados. Los marcos están puestos de tal manera que salen hacia arriba y pueden perfectamente quedar sueltos de sus muescas. Nadie tiene cerraduras. La puerta se atranca no por la gente, sino por si a los perros les da por entrar.

Dentro de la *fansá*, a ambos lados de la puerta, se hallan dos pequeñas estufas hechas de piedra y con dos calderas de hierro sujetas a ellas. Sus tiros van por la pared, por debajo del *kan*, al que calientan. El *kan* está hecho con piedras de losa y sirve para dormir. Tiene una anchura de cerca de 2 metros y se cubre con esteras de paja. El tiro sale afuera por un lado mediante una larga tubería, también de piedra, sin superar el caballete del tejado. Los chinos siempre duermen desnudos, con la cabeza en el centro y los pies hacia la pared.

Un tabique de madera divide la *fansá* en dos mitades. En la más pequeña se aloja el dueño y su asociado. En la mayor, los trabajadores. En el medio se pone un caldero lleno de arena y ceniza en un trípode. Es el brasero, donde se ponen las brasas candentes del horno cuando la comida ya ha sido preparada y el *kan* está suficientemente caliente. Si hay que calentar la comida, los chinos encienden fuego directamente en el brasero, a consecuencia de lo cual en la estancia siempre hay mucho humo y polvo. En la *fansá* no hay techo; el tejado se

monta directamente sobre las paredes. Las vigas de madera, la corteza de cedro e incluso la paja se llenan tanto de hollín, que ennegrecen y brillan. Todos los objetos que se encuentran a una altura mayor que la de una persona, también están ahumados y cubiertos por una espesa capa de polvo.

El dueño de la *fansá* nos invitó a pasar a la estancia, que estaba un poco más limpia que la de los trabajadores. Junto a las paredes había unos grandes baúles a los que habían pegado unos papelitos rojos con caracteres antiguos del Año Nuevo. Justo enfrente de la puerta habían puesto una especie de santuario pagano, junto al cual había una mesa con candelabros y velas rojas, unas cajitas amarillas y botellitas cubiertas de polvo. Al lado de las paredes colgaban unos cuadros pintarrajeados característicos del arte chino, dada su ausencia de perspectiva y por reflejar escenas teatrales históricas, fácilmente reconocibles por los trajes, las poses estudiadas de los actores y las siluetas iluminadas.

El dueño extendió sobre el *kan* un edredón nuevo, puso una mesita y nos sirvió a cada uno una jarra de té. El té chino produce una bebida de color amarillo pálido, suave, pero increíblemente aromática. Se bebe sin azúcar, pues dulce es desagradable.

Las primeras preguntas que me dirigieron los chinos fueron estas:

—¿Vienen más hombres por detrás? ¿Cuántos son?

Al principio me irrité con tales preguntas, al ver en ellas mala intención, pero pronto me convencí de que necesitaban esa información únicamente a fin de saber para cuántas personas había que preparar cena.

Nos acomodamos en la *fansá* como en casa. Los chinos trataban de anticiparse a todos nuestros deseos y tan solo nos pidieron no dejar los caballos sueltos para que no hollaran los

campos. Les dieron avena y tanta hierba, que a un destacamento el doble de grande que el nuestro le habría bastado hasta el amanecer.

Todo se realizaba con rapidez, amigablemente y sin ninguna demora.

Tras una suculenta comida hecha con pollo hervido, huevos, patatas fritas y tortas de pan horneadas con aceite de semillas, fui a inspeccionar los cobertizos.

La mitad de la construcción estaba destinada a la destilación de alcohol. Había dos fosos para el fermento, un alambique y vajilla. En los estantes bajo el tejado había ladrillos «del *suli*[168]». A medida que es necesario, se vuelven a colocar en el foso y se humedecen, por lo que se hinchan y deshacen. Dejan que la mezcla fermente por un tiempo y luego, con palas, lo vierten en la caldera, sobre la que ponen una tina de madera sin fondo y, por encima de esta, otra caldera con agua fría. Los vapores del vino se posan en el fondo frío de la caldera exterior y salen por el recipiente hacia afuera.

En la otra mitad se aloja el molino, compuesto de dos piedras molares, de las que la inferior estaba fija. El molino se pone en funcionamiento con la fuerza de un caballo que, con los ojos vendados, gira alrededor y hace que la piedra de arriba de vueltas. La harina se separa del salvado con ayuda de un cedazo, que se instala en un armario especial y que una persona, que vigila al caballo y vierte el grano sobre las piedras, pone en funcionamiento con los pies.

Junto al molino había una despensa, donde se guardaban cereales y, en general, aperos diversos. Allí había pellejos de animales, cornamentas de ciervo, hiel de oso, pieles de martas cebellinas y ardillas, velas de papel, paquetes de té, hachas nuevas, utensilios de carpintería y cultivo, arcos y lanzas de

caza, escopetas de mecha, ajustes para el porte de fardos a la espalda, ropa, vajilla, *daba* china azul, tejidos de color blanco y negro, mantas, *uli*[169] nuevos, hierba seca para el calzado, cuerdas y *tuluzis*[170] de aceite. En estos mismos *tuluzis*, pero más pequeños, los chinos transportan aceite de semillas en sus viajes. El troncho del maíz, envuelto con un trapo, normalmente hace las veces de tapón. La fabricación de estos pequeños envases es consecuencia de la falta de vajilla de cristal o barro.

La construcción del lado derecho del patio servía de establo para los caballos y de redil para el ganado de cuerna. Una pila desgastada y unos postes roídos atestiguaban que en invierno a los caballos se les daba poco heno. Los chinos les alimentan con paja dura mezclada con habas. Aun así, sus caballos siempre tienen buenas hechuras.

Un pequeño sendero partía desde la *fansá*. Marché por él y me llevó hasta una cripta armada a base de tablas y un tallado engalanado. Dentro colgaba un cuadro que representaba al dios de los elementos, Lun-van-e, rodeado de otras deidades, de rostro colorido e iracundo. Ante los dioses estaban colocadas unas tacitas de porcelana en las que, probablemente, se vertía aguardiente durante las ofrendas. Delante de la cripta se alzaban dos postes labrados con adornos. Detrás, a un lado, en una pila redonda de aspecto semejante a una hacina de heno había un gran montón de leña cuidadosamente partida y aún con mayor cuidado recogida.

En la *fansá* de al lado estaban hirviendo una cornamenta. Me acerqué a ver cómo se realizaba tal operación. La cocción se hacía al aire libre. Había un caldero lleno de agua al fuego, sobre tres piedras. El chino encargado de cocer las cornamentas vigilaba atentamente que el agua estuviese

caliente, pero que no hirviera. Tenía en sus manos una espumadera de madera, a la que estaba atada con bramante una cornamenta de ciervo joven. Tras mojarla en el agua, dejaba que se enfriara un poco, quitando el vapor de un soplido. Luego volvía a sumergirla en el caldero y de nuevo la entibiaba soplando. Las cornamentas se cuecen cada día hasta que oscurecen y endurecen. De esta manera pueden conservarse muchos años. Si se les tiene demasiado tiempo en el agua caliente, más de dos o tres segundos cada vez, se resquebrajan y pierden su valor.

Cuando regresé, el sol ya se había puesto. Apenas rozó el horizonte, todos los chinos, cual equipo, cesaron de trabajar y de inmediato, sin premura, se fueron a casa. Nadie quedó en los campos.

Una vez en la *fansá*, me puse con mi diario. Enseguida se sentaron a mi lado dos chinos. Observaban mi mano, asombrados por mi rápida escritura. En ese momento se me ocurrió escribir algo de forma maquinal, sin mirar al papel. Una exclamación de admiración salió de sus labios. Varias personas saltaron entonces rápidamente del *kan*. Al cabo de cinco minutos tenía alrededor a todos los habitantes de la *fansá* pidiéndome que hiciera lo mismo una y otra vez, de manera interminable.

Unas gachas líquidas de maíz, unas pocas verduras marinadas y dos panecillos de harina oscura de maíz era el ágape vespertino de aquellos trabajadores chinos. Sentados en cuclillas en torno a una mesita, comían en silencio. Tras la cena, los chinos se dispersaron y se acostaron sobre el *kan*. Algunos fumaban tabaco, otros tomaban té. En ese momento, todos conversaban. En la *fansá* había dos visitantes que habían llegado del Noto. Relataban alguna historia, enardecidos, y, de cuando en cuando, sus oyentes expresaban

su asombro con exclamaciones como «aiya-jap». La conversación duró cerca de una hora. Finalmente, la charla cesó poco a poco e, imperceptiblemente, quedó convertida en ronquidos. Solo una lámpara de aceite en un rincón ardió aún durante largo rato. Se trataba de un viejo chino que fumaba opio.

Verme sentado, trabajando mientras los demás dormían, era una cosa que los chinos se explicaban a su modo. Resolvieron que yo no era más que un escribiente y que el jefe principal era Anofriev. Llegaron a tal conclusión porque este último constantemente les gritaba, reñía y echaba de la parte pulcra de la estancia a la otra, a la destinada a los trabajadores. Recordé que en las otras *fansás* sucedía lo mismo. Los chinos le temían como al fuego. Cuando alguien del destacamento no conseguía algo de los chinos, solo tenía que dirigirse a Anofriev y enseguida obedecían, cumpliendo sus órdenes sin rechistar. Por lo visto, la noticia de quién era el jefe en el destacamento se había transmitido de *fansá* en *fansá*. Y no se podía hacer nada. Cuando a la mañana siguiente me desperté y pedí a los chinos un té, me indicaron que Anofriev estaba durmiendo y me susurraron que había que esperar a que el «propio capitán se levantara». Desperté a Anofriev y le rogué que diera la orden. Este levantó la voz a los chinos, quienes comenzaron a trajinar de golpe y enseguida me sirvieron un té y unos bollos horneados al vapor.

Tras pagar al dueño de la *fansá*, seguimos ascendiendo por el Fudzin.

Las montañas de la ladera derecha del valle se componen de lava basáltica, que en sus denudaciones adopta una tonalidad rojizo-parda debido a los agentes atmosféricos. En las cumbres y en algún punto de las vertientes se divisan

pedregales, que desde lejos parecen calvas grises. Estos cerros están cortados por *raspadoks* y cubiertos por robledales ralos.

A la derecha del Fudzin se extiende un macizo alpino de montañas bajas, cubierto por bosques de coníferas y mixtos.

Nuestro destacamento llegó sobre el mediodía al lugar donde el valle dobla abruptamente hacia el norte. Tras discurrir en esta dirección unos 3 kilómetros, vuelve a torcer hacia el este.

En la otra parte del río se divisaban unas *fansás*. Dos chinos vivían allí. Uno de ellos era cojo y el otro ciego.

El río estaba de crecida, por lo que no se podía vadear. Pero los chinos tenían una barca pequeña. Transportamos en ella las monturas y los fardos, mientras que los caballos pasaron a nado.

Los caballos habían adelgazado mucho durante los últimos días. Por el día estaban en faena y por la noche sufrían a causa de los mosquitos. No querían pastar en la hierba y se estrechaban todo el rato en torno a las humeantes hogueras prendidas para espantar a los mosquitos. Para aliviarles su trabajo, decidí poner parte de la carga con dos fusileros en la barca, que los chinos nos cedieron de buena gana por un precio barato. Pero su sino no era realizar el porte. Apenas cruzó la mitad del río, uno de sus tripulantes perdió el equilibrio y se cayó. La barca volcó inmediatamente. Los fusileros sabían nadar y ganaron la orilla sin dificultad, pero los fusiles, las hachas, las herraduras de repuesto, la sierra y los utensilios para herrar, se hundieron.

Agarraron la barca enseguida, pero con las prisas perdieron detalle del lugar donde había acontecido la zozobra.

En el equipo había dos personas (Murzin y Melián) que sabían bucear. Estuvieron en el agua hasta que oscureció,

tanteando con garrochas y tirando cuerdas con ganchos, pero todo resultó en vano.

Empleamos el día siguiente, 8 de junio, en buscar en el agua los fusiles. Confiábamos en que al sol, el fondo del río se vería mejor, pero el tiempo, como a propósito, volvió a estropearse. Unos nubarrones cubrieron el cielo y comenzó a helar. No obstante, después de mediodía, Melián consiguió encontrar dos fusiles, los utensilios para herrar, las herraduras y los clavos. Satisfechos por la recuperación, ordené prepararnos para el camino.

No hay mal que por bien no venga. Ocurrió que durante las dos últimas noches había habido pocos mosquitos y los caballos pudieron descansar y alimentarse bien. Devolvimos la siniestrada barca a los chinos y nos pusimos en camino.

El tiempo acompañaba. Hacía fresco y mareaba[171]. Grandes cúmulos cruzaban con rapidez el cielo, tapando el sol.

Más adelante, el Fudzin presentaba una sinuosidad con la forma de la letra «П[172]». Desde ese punto, la senda tuerce hacia la derecha, hacia las montañas, cosa que acorta el camino de manera significativa. Cruza dos pequeñas cadenas montañosas de poca altura y un manantial de abundante agua. Ordené parar a mediodía junto a un arroyo. Después de tomar té, no aguardé a que cargaran los caballos y, tras dar las órdenes pertinentes, avancé por el sendero.

El tiempo no cambió en la segunda mitad del día. El ambiente seguía siendo lóbrego, pero se percibía que no iba a llover. Siempre hay que sacar provecho de un tiempo así, cuando se pueden hacer muchas cosas y recorrer mucho camino. Recargas energía de alguna parte y, lo principal, no te cansas en absoluto. Los mosquitos también habían desaparecido. Cuando hace viento, las mosquitas no pueden

mantenerse en el aire. En cambio, si el día es soleado y calmoso, surgen muchísimas. No necesitan tanto el sol como el aire cálido y saturado de vapor. He aquí el porqué de que los mosquitos siempre aparecen tras la lluvia y en el crepúsculo.

En el segundo puerto, a través de una estribación alpina, el sendero se bifurcaba. Uno iba a la izquierda y el otro directamente hacia el bosque. El primero me pareció poco transitado y el segundo algo más. Elegí este último.

En estos lugares, entre las aves, vi durante el día al *Dryobates japonicus tscherskii*. Este pájaro ágil y travieso de plumas blancas, negras y rojas estuvo todo el tiempo revoloteando de un árbol a otro, golpeteando a menudo con el pico sobre la corteza, al parecer aguzando el oído y tratando de adivinar por el sonido si estaba hueco o no. Al verme, el pájaro carpintero se ocultó tras un árbol y enseguida se mostró por el otro lado. Se asomaba con cautela, ojeando. Tras advertir que me aproximaba, salió volando entre graznidos y poco después se ocultó en el bosque por completo.

En otro lado cantaba sonoramente un cuco. Cauteloso y asustadizo, no se estaba quieto; saltaba a cada instante de rama en rama, meneando la cabeza rítmicamente mientras elevaba el rabito. Al no percibir peligro alguno, el cuco revoloteó sin hacer ruido muy cerca de mí, se posó en un árbol y ya comenzaba de nuevo a piar, cuando se asustó de repente, interrumpió su canto a la mitad y voló de vuelta a toda prisa.

Espanté a una chocha perdiz[173] entre los arbustos que había al lado. Me dejó acercarme mucho, pero luego, de repente, escapó del lugar volando a ras de tierra, maniobrando hábilmente entre los árboles. Había alcaudones

reales[174] en los sitios donde la maleza era más espesa. Advirtiendo la presencia de un humano que se acercaba, elevaron su chirriante canto. Estos pequeños pájaros de mirada enojada y pico como las rapaces, a cada momento echaban a volar a las ramas de los árboles o descendían a tierra como si picotearan algo por el suelo, para luego retomar el vuelo y esconderse hábilmente entre el follaje. Cerca del agua, por el lindero, había oropéndolas chinas y ruiseñores siberianos[175]. Les delataba su canto. Las oropéndolas, unos bellos pájaros de color amarillo anaranjado del tamaño de una paloma, estaban posadas en los árboles altos. Pese a su plumaje abundante y vivo, siempre resulta difícil verlas. Los segundos, unos pajaritos grises de cuello rojo, también prefirieron mantenerse cerca del agua, en la maleza. El canto del ruiseñor siberiano no es tan variado como el del que habita en Europa. Al poco de cantar, empieza a piar y a traquetear. Por su canto, al principio ni siquiera lo tomé por un ruiseñor, pero después me fijé bien y reconocí en él al músico alado.

Mi senda viraba cada vez más al sur. Volví a cruzar otro arroyo y ascendí de nuevo por la montaña. En un punto vi los restos de un vivac. Después de examinar el lugar atentamente, me convencí de que unas personas habían pasado la noche allí mucho tiempo atrás. Con toda probabilidad, se trataba de cazadores chinos.

El bosque se hacía más espeso y grande; por algún punto refulgían las frondosas copas de los cedros y los puntiagudos abetos, que siempre confieren al bosque un aspecto sombrío. Había cruzado sin darme cuenta otra pequeña cima y estaba bajando por el valle contiguo, por cuyo fondo discurría un ruidoso torrente.

Fatigado, me senté a descansar bajo un gran cedro y me puse a examinar el monte bajo donde crecían aladiernos de Dahuria[176] de afiladas hojas ovaladas y pequeñas flores blancas, escaramujos[177], pequeños arbustos de ramas punzantes y acacias siberianas[178] de corola dorada y brillante. Entre los arbustos, se alzaban por doquier: angélicas umbelíferas, un parís[179] de pequeñas hojas lanceoladas que divergen hacia todos los lados y un tipo especial de helecho con hojas que recuerdan a las alas desplegadas del águila, a consecuencia de lo cual comúnmente se le llama águila[180].

De pronto me llegaron desde lo lejos unos monótonos y melancólicos sonidos. Cada vez sonaban más cerca y tras ellos, ya muy cerca de mi cabeza, pude percibir el ruido de un ave al volar y un sordo arrullo. Lentamente, alcé la mirada y vi a una tórtola oriental[181]. Por descuido se me cayó una cosa de las manos y la tórtola se asustó, escondiéndose precipitadamente en la espesura. Después vi a un carpintero de cabeza gris[182]. Este pájaro trepador de plumaje gris verdoso y con una mancha roja en la cabeza, vivo e inquieto, expresaba una especial intranquilidad, al parecer porque yo permanecía sentado e inmóvil. Voló de un sitio a otro y, de igual manera que el primer pájaro, se ocultó tras los árboles. Reconocí a un cascanueces moteado por su agudo graznar. Al poco, lo vi con mis propios ojos: cabeza grande, de vivos colores y torpe. Trepaba ágilmente por los árboles, cascando piñas de abeto y graznando de modo muy chillón, como queriendo informar a todo el bosque de que allí había un humano.

Finalmente, me aburrí de estar sentado en el mismo lugar. Decidí regresar e ir al encuentro de mi destacamento. En ese instante me llegó hasta el oído un susurro. Se oía como si alguien estuviera caminando sigilosamente por la espesura.

«Debe ser una fiera», pensé, y preparé mi carabina. El susurro se aproximaba.

Conteniendo la respiración, me esforcé por distinguir entre la espesura del bosque al animal que se acercaba. De repente, mi corazón se encogió: era un cazador furtivo. Por experiencia de años anteriores, sabía cuán peligrosos son los encuentros con esta gente.

En la taiga del territorio del Ussuri siempre hay que contar con la posibilidad de encontrarse con fieras salvajes. Pero lo más desagradable es el encuentro con el hombre. Una fiera se salva del hombre dándose a la fuga, si es que no se lanza contra él, cosa que solo ocurre cuando es perseguida. En tales casos, tanto el cazador como el animal saben qué hacer. El hombre es otra cosa. En la taiga solo Dios es testigo y por esta razón lo habitual es desarrollar una maña especial. Una persona que divisa a otra, ante todo debe ocultarse y preparar su fusil.

En la taiga todos vagan con un arma en las manos: los nativos, los chinos, los coreanos y los tramperos. El trampero es una persona que vive casi exclusivamente de la caza. En la mayoría de los casos, su hacienda es administrada por su padre, su hermano o alguno de sus parientes próximos. Es muy interesante ir con él de caza, pues dispone de muchas habilidades curiosas: sabe dónde está la fiera, cómo rodearla y dónde buscar al animal herido. La capacidad de orientarse, prepararse para pasar la noche haga el tiempo que haga, la destreza para descubrir rápida y sigilosamente a un animal e imitar sus aullidos, son rasgos distintivos del cazador trampero.

Pero hay que distinguir entre un trampero y un cazador furtivo. Si el primero, en la mayoría de los casos, se distingue por su honradez, con el segundo hay que temer encontrarse.

El cazador furtivo va a la taiga no para cazar, sino «al oficio». Aparte de la escopeta, lleva consigo una pala de zapador y una bolsita con ácidos. Busca oro, pero, si se da el caso, no se muestra en contra de cazar «gallos» (chinos) y «cisnes» (coreanos), o de robar una barca ajena, matar una vaca y vender su carne como si fuera de ciervo.

Encontrarse con tales «cazadores profesionales» es más peligroso que hacerlo con una fiera. Siempre hay que estar preparado para defenderse. La menor equivocación, y el cazador inexperto muere. Los viejos cazadores comprenden a la primera con quién se las están gastando: con una persona honrada o con un bandido.

Lo que había ante mí, era precisamente un cazador furtivo. Iba ataviado con un ropaje extraño, medio chino, medio ruso. Pasó por mi lado al través, encorvado, mirando todo el rato a ambos lados. De repente, se detuvo. Se quitó rápidamente la escopeta del hombro y también se ocultó tras un árbol. Comprendí que me había visto. Permanecimos varios minutos en esa posición. Finalmente, decidí ceder. Sin hacer ruido, me deslicé de vuelta entre los arbustos y al cabo de un momento llegué hasta otro árbol grande. El cazador profesional también retrocedió y se escondió tras unos matorrales.

Entonces entendí que me temía. No podía asumir que pudiera estar solo y pensó que en las inmediaciones había mucha gente. Yo sabía que si disparaba mi fusil, la bala traspasaría la mata tras la que aquel vagamundo se ocultaba y le mataría. Pero enseguida tuve otro pensamiento: se estaba yendo, tenía miedo y si le disparaba, cometería un asesinato. Reculé un poco más y me di la vuelta. Su ropaje azul refulgía un tanto entre unos árboles. Quedé francamente aliviado.

Con cautela, de árbol en árbol y piedra a piedra, comencé a alejarme de aquel peligroso lugar. Cuando me sentí fuera del alcance de disparo, salí al sendero y regresé aprisa adonde se encontraba mi destacamento.

Al cabo de media hora me hallaba en el punto donde los caminos divergían. Recordé las lecciones de Dersú y me puse a examinar las dos sendas. Las huellas frescas de caballo estaban en la de la izquierda.

Marché deprisa y media hora después ya estaba cerca del Fudzin. Al otro lado del río vi una *fansá* china rodeada de una empalizada. Al lado, descansando, estaba el destacamento.

El terreno se llamaba Iolayzá. Se trataba de la última *fansá* de agricultores. Más adelante, la taiga: salvaje e inhóspita, solo revivía en invierno, durante la temporada de caza de martas cebellinas.

El destacamento estaba esperando mi vuelta. Ordené desensillar a los caballos y plantar las tiendas. Allí teníamos que reponer las provisiones de comestibles por última vez.

Capítulo XI

A través de la taiga

Los tazás. Pescadores de perlas. El carácter reservado de los chinos. Una senda forestal. El tazá cazador. El crepúsculo en el bosque. Una pica[183]*. Un gris. Encuentro con un oso. El* gnus.

Tras un breve descanso, fui a inspeccionar las *fansás* de los tazás, situadas al lado de las chinas. Los aborígenes del territorio del Ussuri que habitan en la parte central de la región montañosa de la cordillera Sijoté-Alín y la costa septentrional hasta el cabo de Uspenie[184], se llaman «*udeje*[185]». Los que vivían en la parte sureña del país, con el tiempo se achinaron y resultaba ya absolutamente imposible diferenciarlos de los chinos, quienes les llaman «*da-tzi*», que significa «*inorodets*[186]» (ni ruso, ni coreano, ni chino). De ahí resulta la palabra «*tazá*», alterada por los rusos. La pobreza y el desaseo son característicos en estos nativos asimilados: pobreza en la *fansá*, pobreza en la ropa, pobreza en la comida.

Cuando me acerqué a sus viviendas, un tazá salió a mi encuentro. Vestía harapos, sus ojos estaban enfermos y tenía sarna en la cabeza. Me saludó. En su voz se percibía miedo y timidez. No lejos de la *fansá*, unos muchachos jugaban con un perro. No llevaban encima ropa alguna. La construcción era vieja, desvencijada. El estucado de barro se desprendía de sus paredes. El papel viejo remachado a las ventanas, que con el paso del tiempo había amarilleado, en muchas partes se

había desgarrado. Había trozos de esteras sobre los *kan*, polvorientos. Y de la pared colgaban unos trapos desteñidos y cubiertos de hollín. Había abandono, suciedad y miseria por doquier.

Anteriormente yo creía que se debía a la pereza, pero después me convencí de que el empobrecimiento de los tazás tiene lugar por otras causas; en concreto, por la situación a la que han ido a parar entre la población china. Por nuestras indagaciones, quedó claro que un chino, el propietario de la *fansá* Iolayzá era un *tsaydún*[187] (amo del río). Todos los nativos que viven en el Fudzin obtienen de él a crédito opio, alcohol, comestibles y género para la ropa. A cambio, quedan obligados a darle todo lo que consigan cazando: martas, cornamentas, ginseng, etc. En consecuencia, los tazás contraen deudas eternas. En más de una ocasión sucedía que, a causa de las deudas, les arrebataban las mujeres y las hijas, o a menudo las vendían ellos mismos a otra gente y luego a terceros, etc. Aquellos *inorodets*, tras asimilar la cultura china, no podían dominarla y caían bajo la influencia de los propios chinos. No sabían llevar una vida de agricultores y se habían quedado rezagados, llevando entonces una vida de tramperos y cazadores furtivos. Los chinos se aprovechaban de su pobreza moral y sabían hacerse imprescindibles para ellos. Desde entonces, los tazás han agotado su posibilidad de independencia y se han convertido en esclavos.

De regreso, me desvié del camino y fui a dar al Fudzin. Allí, en sus aguas, vi a dos chinos ocupados en la extracción de perlas. Uno de ellos estaba en la orilla y apoyaba con todas sus fuerzas una garrocha en el fondo del río, mientras que el otro se metía en el agua descendiendo por ella. Con la mano derecha recogía conchas y con la izquierda se agarraba al palo. La rápida corriente del río provocaba la necesidad de trabajar con una garrocha. El buceador pasa bajo el agua no

más de medio minuto. La respiración contenida le permitiría permanecer más tiempo, pero la baja temperatura del agua obliga a emerger deprisa. Por esta razón, los chinos se zambullen vestidos.

Me senté en la orilla y me puse a observar cómo trabajaban. Tras permanecer un breve espacio de tiempo en el agua, el buceador se calentaba al sol unos cinco minutos. Dado que se turnaban, resultaba que cada uno de ellos se metía en el agua no más de diez veces. Durante este tiempo, únicamente pudieron conseguir ocho conchas, de las cuales ninguna contenía perla alguna. Ante las preguntas que les formulé, los chinos me explicaron que de cada cincuentena de conchas, una contiene la perla. En el verano sacaban cerca de 200 por un valor entre 500 y 600 rublos. Los chinos no se limitaban a buscar solo en el Fudzin, van por todo el territorio buscando ramales cenagosos. El Vaku está considerado como el mejor lugar para buscar perlas.

Al poco, los chinos cesaron de trabajar, se pusieron ropa seca y tomaron un poco de vodka caliente. Luego se sentaron en la orilla, comenzaron a romper las conchas con unos martillitos y a buscar en ellas las perlas. Recordé que anteriormente, por las riberas, había tenido ocasión de toparme con unos montones de conchas rotas. En aquel momento no pude hallar una explicación. Ahora lo comprendía todo. Naturalmente, la búsqueda de perlas se realiza con rapacidad. Rompen las conchas y las arrojan en el mismo lugar. De 80 que cogieron, los chinos apartaron dos que tenían gran valor. Por mucho que las examiné, no vi la perla hasta que me la mostraron. Se trataba de unas pequeñas excrecencias de brillante color gris, un poco sucio. La capa de nácar era mucho más brillante y bonita que la propia perla.

Cuando las conchas quedaron secas, los chinos separaron cuidadosamente las perlas de las valvas con unos cuchillos y las metieron en unos pequeños saquitos de piel. Mientras estaba con los tazás mirando cómo los chinos buscaban perlas, la tarde cayó de manera imperceptible. En nuestra *fansá* habían encendido un fuego.

Después de cenar, pregunté a los chinos por el camino hacia el mar. O bien no querían indicarme los lugares donde se hallaban las *fansás* de ganaderos, o bien tenían otros motivos para ocultarme la verdad. Lo único que noté es que daban respuestas evasivas. Decían que hacía ya mucho tiempo que nadie iba al mar por el río Li-Fudzin[188], que la senda estaba cubierta de hierba y obstruida por troncos. Los chinos confiaban en que daríamos media vuelta, pero al ver nuestro insistente deseo de continuar el camino, comenzaron a contarnos todas las fábulas posibles: nos metieron miedo con osos y tigres, nos hablaron de *honguzhis*, etc. Por la tarde, Granatman fue a ver a los tazás. Quería contratar a un guía entre ellos, pero los chinos les avisaron y les prohibieron mostrarnos el camino. No había nada que hacer. Tuvimos que confiar en nuestras propias fuerzas y guiarnos solo con los datos obtenidos por nuestras indagaciones, en los que tampoco podíamos confiar especialmente.

Al día siguiente partimos de Iolayzá bastante temprano. Un pequeño sendero nos sirvió de hilo de Ariadna. Al principio discurría por las montañas del margen izquierdo del Fudzin, pero luego, tras rodear un pequeño bosque pantanoso, de nuevo descendía por el valle. Un terreno denudado, un banco de arena y guijarros, unos fosos con sosa… Todo indicaba que el río se desbordaba con frecuencia, inundando el valle.

El día resultó de un caluroso agotador. Se percibía languidez en todo; no había ni el menor soplo de viento. El

aire bochornoso literalmente te dejaba pasmado. Todo lo vivo había quedado oculto y agazapado. A un lado del camino había un ave de rapiña con el pico abierto. Se veía que también tenía calor.

A medida que nos alejábamos de la *fansá*, la senda empeoraba más y más. Cerca de un bosque se bifurcaba. Un sendero, el más transitado, discurría en línea recta. Pero el otro, menos marcado, se dirigía hacia la taiga. Nos quedamos perplejos. ¿Adónde ir?

De repente, un chino salió de entre la espesura del bosque. Tendría unos cuarenta años. Su bronceado rostro, su ropa hecha jirones y el calzado desgastado atestiguaban que venía de lejos. Llevaba un pesado morral a la espalda. En un hombro portaba un fusil y en las manos sostenía un palo adaptado para disparar sobre él, a modo de apoyo. Al vernos, el chino se asustó y estuvo a punto de echar a correr, pero los cosacos le gritaron que se detuviera. El hombre se acercó con cautela a ellos. Pronto se tranquilizó y comenzó a responder a las preguntas que le formulamos. De sus palabras conseguimos averiguar que por la senda más trillada se podía ir al Tadushu, que va a dar al mar, mucho más al norte del golfo de Olga, y que la senda por la que marchábamos primero discurría por el río Chau-Sun[189], para luego cruzar una sierra alta y salir al Sinantsa, que va a dar al Fudzin en su curso alto. En el Sinantsa, la senda volvía a dividirse en dos. El camino de herradura iba hacia el Ianmutjouzú (un afluente del Ulaje), y la senda vieja, tras el sexto esguazo, subía por la izquierda a las montañas. Ese era nuestro camino. Había que fijarse bien en ese punto para no dejarla de lado.

Tras dar las gracias al chino por la información, avanzamos con decisión. Las *fansás* habitadas, los prados, los campos labrados y los valles abiertos… todo quedaba ya atrás.

Cada vez que te metes en un bosque que se extiende a lo largo de varios centenares de kilómetros, involuntariamente experimentas una sensación similar a la timidez. Semejante bosque virgen es un elemento *sui generis*.

Cuanto más nos adentrábamos, más obstruido estaba el bosque por troncos derribados por el viento. En las montañas, la capa fértil del suelo era bastante insignificante. Por esta razón las raíces de los árboles no profundizaban en la tierra, sino que se extendían por su superficie. En consecuencia, los árboles se alzan de manera poco sólida y pueden ser tumbados fácilmente por los vientos. Esta es la razón de que la taiga del territorio del Ussuri esté abarrotada de troncos. Un árbol que cae, levanta sus raíces junto con la tierra y también las piedras trabadas entre ellas. Muy a menudo, semejantes barricadas alcanzan una altura de 4 a 6 metros. He aquí el porqué de que las sendas forestales sean tan sinuosas, constantemente hay que rodear árboles caídos, uno tras otro. Siempre hay que prestar atención a estos virajes y calcular que la distancia es una vez y media mayor que lo indicado en los mapas. Los árboles que crecen abajo, en el valle, enraízan más fuertemente en los espesos terrenos de aluvión.

En ese lugar se pueden ver verdaderos gigantes selváticos, que alcanzan de 25 a 35 metros de altura y tienen un perímetro de 3,7 a 4,5 metros. Con frecuencia, los álamos viejos sirven de cubiles para los osos. A veces, los cazadores encuentran en un mismo hueco dos o tres lechos suyos.

En ocasiones el bosque del valle es tan frondoso, que sus ramas tapan el cielo por completo. Abajo siempre reina la semioscuridad, siempre hace fresco y humedad. El alba y el crepúsculo en el bosque y en los lugares abiertos no coinciden en el tiempo. Apenas una nubecilla tapa el sol, el bosque se ensombrece de inmediato y el tiempo parece desapacible. En

cambio, en un día claro, los troncos de los árboles, su brillante follaje verde, las pinochas resplandecientes, las flores, el musgo y los coloridos líquenes que el sol ilumina, adoptan un aspecto decorativo.

Por desgracia, el *gnus* echa a perder todo lo que trae el buen tiempo. Es difícil transmitir el tormento que una persona experimenta en la taiga en verano. No se puede describir; hay que sentirlo.

Caminamos sin descansar unas tres horas hasta que a un lado oímos el ruido del agua. Probablemente, se trataba del mismo río Chau-Sun del que nos había hablado el cazador chino. El sol había alcanzado su cénit y abrasaba al máximo. Los caballos marchaban respirando con dificultad y con la cabeza gacha. En el aire había tal bochorno, que ni siquiera a la sombra de los poderosos cedros se podía hallar frescor. No se oía ni a animales ni a pájaros; solo a los insectos que pululaban por el aire. Y cuanto más calentaba el sol, más activos se mostraban.

Tenía pensado hacer un alto, pero los caballos rechazaron el forraje y se estrecharon junto a las humeantes hogueras prendidas para espantar a los mosquitos. En tales casos, un alto en un sitio así resulta más duro que la propia marcha. Ordené de nuevo ensillar los caballos y continuar avanzando.

A eso de las dos de la tarde, la senda nos llevó hacia unas montañas cubiertas de pedregales. Desde ese punto comenzaba la ascensión a la sierra. Todo era tal como nos había contado el cazador chino.

Justo en el puerto había un pequeño templo pagano. Puede que el lector piense que se trate de una gran construcción de piedra. Pero de no haber trapos rojos colgando de los árboles colindantes, uno podría pasar por su lado sin darse cuenta. Imagínense dos piedras llanas puestas de canto y una tercera,

también plana, cubriéndolas. ¡Y ahí tienen ustedes el templo pagano! En el fondo se colocan xilografías con imágenes de dioses y, a veces, tablillas de madera con inscripciones de contenido religioso. Si se echa un vistazo con atención, junto a las piedras pueden observarse cabos de velas de papel, ceniza, una pizca de arroz, un trocito de azúcar, etc. Son ofrendas al «espíritu de las montañas y los bosques que vela por el aumento de la riqueza».

Por el otro lado de la cordillera, la senda nos condujo hacia una *fansá* de ganaderos situada en la ribera izquierda del Sinantsa. Su dueño se hallaba ausente. Decidí aguardar a que regresara y, mientras, ordené al destacamento montar el vivac.

El dueño se presentó a eso de las cinco de la tarde. Al ver a los fusileros, se asustó y también quiso echar a correr, pero los cosacos le detuvieron y le llevaron a verme. Pronto se convenció de que no queríamos causarle ningún daño y empezó a contestar a nuestras preguntas de buena gana. Se trataba de un tazá de unos treinta años, con el rostro fuertemente picado de viruelas. Por sus palabras entendí que trabajaba para el dueño de una *fansá* de Iolayzá, con quien tenía deudas. Naturalmente, desconocía su montante, pero sentía que le estaban agraviando. Rechazó la propuesta de llevarnos hasta la cordillera Sijoté-Alín, fundamentándose en que si los chinos se enteraban, le matarían. Yo no le insistí y, a cambio, averiguamos que íbamos en la dirección correcta. Le entregué 25 cartuchos de carabina Berdan para predisponerle a nuestro favor. Quedó tan contento con el regalo, que se puso a cantar y bailar. Y luego nos dijo que nos mostraría el camino hasta la siguiente *fansá*, donde vivían dos cazadores chinos.

Aún quedaba mucho para el crepúsculo. Agarré el fusil y marché a inspeccionar los alrededores. Tras alejarme del vivac algo más de un kilómetro, me senté sobre un tocón y me puse a escuchar. A la hora del atardecer, las aves que habitaban la taiga siempre se muestran más vívidos que por el día. Pequeños pájaros se encaraman en lo alto de los árboles para ojear desde allí al astro mortecino y enviarle un último «adiós». Me enfrasqué por completo en la contemplación de la naturaleza y me olvidé absolutamente de que me encontraba solo, lejos del vivac. De repente, escuché un crujido a un lado. En medio de aquel profundo silencio, me pareció fuerte. Pensé que se trataba de un animal grande y me dispuse a defenderme, pero resultó ser un tejón[190]. Se movía a pequeños trotes, deteniéndose de vez en cuando y buscando alguna cosa en la hierba. Pasó tan cerca de mí, que pude haberlo tocado con la punta del fusil. El tejón se dirigió hacia un arroyo, bebió un poco de agua a lengüetadas y siguió avanzando, renqueante. De nuevo se hizo el silencio.

De repente, un fuerte chillido, penetrante y entrecortado, que sonaba como un chasquido de cuchillos, resonó por detrás. Me giré y vi una pica. Es un animalito muy extendido por todo el este y nordeste de Siberia. Parece un conejo pequeño, solo que sin las orejas largas. En general, es de color gris pardo. El lugar preferido de las picas son las zonas pedregosas de los corrimientos de tierras en las laderas de las montañas y los aluviones de los valles ligeramente cubiertos de líquenes. Es un animal diurno, pero extremadamente cauteloso y asustadizo. Es muy difícil cazarlo sin estropear su piel, pues se destroza de un solo perdigonazo.

Mi movimiento asustó al animalito y le forzó a ocultarse rápidamente en su madriguera. Por el modo en que lo hizo, era evidente que el peligro le había enseñado a estar siempre en guardia y no fiarse del traicionero silencio del bosque.

Después vi a un gris. Esta colorida ardilla de tierra, vivaz y juguetona, corría velozmente por los troncos caídos, trepaba a los árboles, bajaba y volvía a esconderse en la hierba. El matiz del gris es abigarrado, amarillo. Por su lomo y costados discurren cinco rayas negras.

Este animal se extiende de manera regular por todo el territorio del Ussuri. Igualmente se le puede ver tanto en los tupidos bosques mixtos, como en los campos cercanos a los bosques ralos. Cuando sale huyendo, emite un chillido agudo, que le delata. Los chinos a veces utilizan su piel como complemento bordado a sus tocados.

Advertí que el gris volvía una y otra vez al mismo sitio, portando en cada ocasión alguna cosa. Cuando se fue, tenía la carrillada hinchada. Pero cuando volvió a aparecer por la superficie de la tierra, su boca estaba vacía. Aquello me interesó mucho. Me acerqué un poco más y me puse a observar. Sobre los troncos caídos había setas secas, raicitas y piñones de ciprés. Dado que en el bosque no había ni setas ni piñones, era evidente que el gris los había sacado de su madriguera. Pero ¿para qué? Entonces me acordé de lo que me había contado Dersú sobre que el gris hace grandes provisiones de alimento, a veces suficientes para dos años. Para que estos comestibles no se estropeen, de cuando en cuando los saca afuera y los seca sobre la frasca, para por la tarde meterlos de vuelta en la madriguera.

Tras sentarme un poco, seguí avanzando. Todo el rato me topaba en el camino con troncos recién caídos. Reconocí en ellos el trabajo de un oso, pues es su ocupación preferida. En su deambular por la taiga, van levantando troncos y recogiendo lo que hay debajo. Los chinos dicen de broma que los osos secan la frasca, al ponerla al sol bien de un lado, bien del otro.

De regreso, sucedió que fui a dar con el rastro anterior. Volví a ver el enorme cedro bajo el que me había detenido, crucé un arroyo pasando por un árbol tumbado que me resultó familiar, esquivé un pedregal y, sin darme cuenta, me aproximé al tronco sobre el que el gris estaba secando sus provisiones. En lugar de una madriguera, había un hoyo profundo. Los piñones y las setas estaban diseminados a ambos lados y sobre la tierra recién revuelta se distinguían las huellas de un oso. Todo quedaba claro: el plantígrado había devastado el nido del gris, se había comido sus provisiones y, tal vez, a su propio dueño.

Entre tanto, había atardecido. El crepúsculo se había extinguido, había oscurecido y los árboles, cercanos y lejanos, habían adquirido un generalizado matiz monótono que no se podía calificar ni de verde, gris o negro. Alrededor estaba todo tan silencioso, que los oídos parecían zumbar. Un grillo cantaba a mi lado en medio de la oscuridad. Yo caminaba con cautela, tratando de no tropezarme. De pronto, un fuerte ruido se oyó a un lado. Delante había un animal grande que resoplaba. Iba ya a disparar, pero mudé de parecer. La fiera, asustada, podía huir, pero también podía lanzarse sobre mí. Aquel momento me pareció una eternidad. Reconocí a un oso; olfateaba reiteradamente el aire. Permanecí largo rato en el mismo sitio, sin decidirme a menearme. Finalmente, no me aguanté y me moví con precaución hacia la izquierda. No di ni dos pasos, cuando oí a la fiera berrear y un crujido de ramas rotas. Mi corazón se encogió del miedo. Alcé la escopeta instintivamente y disparé hacia su lado. Un ruido que se alejaba me indicó que el animal huía. Al cabo de un momento, se escuchó un disparo de respuesta desde el vivac.

Entonces volví sobre mis pasos y marché por la dirección anterior. Media hora después, ya veía las luces del vivac. Una brillante llama iluminaba la tierra, los arbustos y los troncos

de los árboles. Los hombres trajinaban alrededor de las hogueras. Los caballos de carga pastaban en la hierba; junto a ellos se habían dispuesto unas hogueras humeantes para espantar a los mosquitos. Ante mi cercanía, los perros empezaron a ladrar y se lanzaron a mi encuentro. Pero, tras reconocerme, se quedaron desconcertados y, confusos, dieron media vuelta. Con la puesta de sol, las mosquitas grandes habían desaparecido, pero en su lugar surgieron los «*mokrets*[191]», unos insectos pequeñísimos, casi invisibles para el ojo humano. Cuando los oídos empiezan a picar, es la primera señal de que han aparecido estas pequeñas mosquitas. Luego parece como si tuvieras en la cara una espinosa tela de araña. La sensación de comezón es especialmente fuerte en la frente. El *mokrets* se aglomera en los cabellos, se mete en el oído, nariz y boca. La gente empieza a blasfemar, escupir y a restregarse una y otra vez la cara con las manos. Los fusileros se pusieron bajo la gorra unos pañuelos, para al menos proteger un poco el cuello y el cogote. Me atormentaba la sed, por lo que pedí beber té.

—No se puede beber —dijo el cosaco Epov, dándome una jarrita. Me la llevé a los labios y vi que toda la superficie del té estaba recubierta de una especie de polvo.

—¿Qué es esto? —le pregunté al cosaco.

—*Gnus* —me respondió—. Los ha escaldado el vapor y han caído en el agua caliente.

Al principio traté de quitarlo soplando con la boca, después me puse a retirarlo con una cuchara… Pero cada vez que paraba, el *gnus* volvía a colmar la jarrita. El cosaco resultó tener razón, así que no conseguí tomarme el té. Lo derramé por el suelo y me metí en mi mosquitera.

Tras la cena, los hombres comenzaron a prepararse para pasar la noche. Algunos se mostraron remolones para plantar

sus mosquiteras y se tumbaron al raso, tapándose con mantas. Estuvieron largo tiempo dando vueltas, gimiendo, lanzando quejidos, arrebujándose… Pero esto no les salvó del *gnus*: los pequeños insectos se metían por cada pequeño pliegue. Finalmente, uno de ellos no se aguantó.

—¡Venga, comedme! ¡Que el diablo os lleve! —gritó, poniéndose al descubierto y extendiendo los brazos.

La carcajada fue general. Resultó que él no era el único que no dormía; nadie lo hacía. Pero ninguno quería ser el primero en levantarse y prender las hogueras para ahuyentar a los mosquitos. Al cabo de dos minutos ya ardía una. Los fusileros se reían unos de otros, gimiendo y maldiciendo de nuevo. Poco a poco el silencio fue instalándose en el vivac. Millones de mosquitos y mosquitas cubrían mi mosquitera. Empecé a dormitar bajo su zumbido y pronto caí en un profundo sueño.

Capítulo XII

Un gran bosque

El consejo del tazá. Aves de la taiga. La geología del Sinantsa. Una noche en el bosque. Los habitantes chinos de la taiga. Una plantación de ginseng. El regreso del destacamento. Un guía. Un viejo chino. El camino viejo hacia Post Olgui. El bosque en las zonas premontañosas de la región de la Sijoté-Alín. Fatiga y escasez de comestibles.

Serían sobre las cinco de la madrugada cuando el murmullo de los hombres me despertó. Por los resoplidos de los caballos, por el ruido que producían al sacudirse con el rabo y por los improperios de los cosacos, adiviné que había mucho *gnus*. Me vestí aprisa y salí de la mosquitera. Un interesante panorama se abrió ante mis ojos. Innumerables nubes de mosquitas revoloteaban sobre nuestro vivac. Los desgraciados caballos, con el hocico embozado sobre las hogueras, sacudían la cabeza e intentaban ahuyentarlas con el rabo.

En los sitios donde estaban las hogueras, la ceniza se hallaba cubierta por una capa de insectos. Habían caído sobre el fuego en cantidad incontable, hasta apagarlo.

Solo hay dos formas de salvarse del *gnus*: grandes hogueras humeantes y moverse con rapidez. No es recomendable permanecer en un mismo sitio. Tras dar la orden de cargar los caballos, me acerqué a un árbol para agarrar el fusil y no lo

reconocí. Estaba recubierto de una espesa capa de color gris ceniza. Se trataba de mosquitas que habían quedado pegadas a la grasa. Tras recoger todos los utensilios a toda prisa y sin esperar a que terminaran de cargar los caballos, marché por la senda, que se bifurcaba apenas recorrido un kilómetro desde la *fansá*. El sendero de la derecha iba al Ulaje y el de la izquierda hacia la cordillera Sijoté-Alín. En ese punto el tazá se detuvo, mostró la senda que debíamos seguir y, dirigiéndose hacia mí, dijo:

—¡Capitán! Camino mira bien: caballos van, tú vas. Caballos no van, tú no vas.

Para un oído desacostumbrado, tales frases parecerían un ininteligible juego de palabras, pero yo lo comprendí inmediatamente. Dijo que era necesario seguir el camino de herradura y evitar el sendero.

Cuando llegaron los caballos, el tazá regresó sobre sus pasos y nosotros marchamos por el nuevo camino que subía por el Sinantsá.

En esos lugares crece un espeso bosque mixto con predominancia de cedros. Las orillas fuertemente derrubiadas, los troncos caídos llevados por el agua, hoyos, fosas, árboles tumbados y trozos de hierba seca trabados en los arbustos… Todo atestiguaba que recientemente habían tenido lugar fuertes inundaciones.

Los ríos del territorio del Ussuri poseen la cualidad de desplazar sus cauces de un lugar a otro después de cada inundación. No era ni mucho menos fácil encontrar la senda, difuminada. Envié a varios hombres en su busca, por varias direcciones. Finalmente, la encontraron y continuamos el camino con alegría.

Por el camino dimos con huellas de animales, de las que muchas eran de tigre. En dos ocasiones espantamos a ciervos

y jabalíes. Les disparamos, pero no pudimos matar ninguno; los hombres se precipitaron y se estorbaron unos a otros.

Los bosques del Ussuri parecen inhóspitos. Tal impresión se crea debido a la falta de aves canoras. Por el camino, en algún punto vi a arrendajos del Ussuri[192]. Estos audaces e inquietos pájaros estuvieron todo el rato yendo y viniendo de una rama a otra, acompañándonos con sus agudos graznidos. Como deseaba examinarlos, probé a acercarme a ellos un poco. Primero los arrendajos trataron de ocultarse entre el follaje y luego, cuando notaron que les seguía con insistencia, salieron huyendo. Durante el vuelo parecían más hermosos de lo que realmente son, gracias a su plumaje azul con reflejos blancos.

De cuando en cuando se oían en el bosque unos sonidos extraños, similares a tambores de guerra. Pronto vimos al culpable de tales ruidos: un pico negro[193]. Desconfiado y asustadizo, de color negro y cabecita roja, de lejos se asemeja a una corneja[194]. Volaba de un sitio a otro dando agudos graznidos y, como todos los pájaros carpinteros, se escondía detrás de los árboles.

Las ortegas[195] anidaban en la húmeda espesura cerca del río. Asustadas por la proximidad de los perros, se alejaron volando hacia la profundidad del bosque, donde comenzaron a silbar. Diakov y Melián quisieron darles caza, pero las ortegas no les dejaron arrimarse.

Convencí a los fusileros de que no gastaran su tiempo en vano y siguieran avanzando.

Una gran ave rapaz se descolgó de un árbol. Se trataba del rey de la noche: un búho del Ussuri[196]. Se posó sobre un abeto seco y comenzó a otear con susto en todas direcciones. En cuanto nos aproximamos a él, echó a volar a un lado. No le volvimos a ver.

La geología del valle del Sinantsá es muy simple. Se trata de un valle tectónico, que primero discurre por el sudoeste y luego tuerce al norte a lo largo de la cordillera Sijoté-Alín. En el curso medio del río, por su margen izquierda, en la zona del Idagouzá[197] se dan pedregales de granito microgranulado, aplitas microgranuladas y, más abajo, porfiritas de petrosílex y diabasa amigdalácea con calcitas y calcedonias.

Cuanto más nos adentrábamos en las montañas, más rápidos presentaba el río. La senda empezaba a pasar con frecuencia de una ribera a otra. Los árboles caídos sobre la tierra nos sirvieron de puentes naturales. Aquello nos indicó que se trataba de un sendero. Recordando las palabras del tazá acerca de que había que mantenerse en el camino de herradura, redoblé mi atención. Pronto reparé en que cada vez virábamos más hacia el sur. Era indudable que nos habíamos equivocado y que marchábamos por el camino incorrecto. Probablemente, nuestra senda torcía a un lado. Y este camino, más asendereado, sin duda alguna llevaba a las fuentes del Ulaje.

Hacia el atardecer, llegamos a una *fansá* de ganaderos. Sus dueños no estaban allí y no había a quién preguntar. De común consejo, decidimos dejar los caballos en el vivac e ir a explorar tomando direcciones distintas. G. I. Granatman marchó en línea recta. A. I. Merzliakov se dirigió al este y yo tuve que volver y tratar de encontrar la senda perdida.

Por la tarde, apenas el viento empezó a amainar, de nuevo aparecieron las cochinillas, unos pequeños chupadores de sangre que se lanzaron con saña contra nosotros y los caballos.

El día había acabado. Los últimos destellos en el cielo del crepúsculo vespertino se estaban extinguiendo, pero no hacía fresco. La tierra templada todavía continuaba irradiando calor

por la noche. Las hierbas del bosque expelían un agradable aroma. Espesos efluvios ascendían del río. En torno al vivac, a modo de anillo, los cosacos prendieron hogueras humeantes para ahuyentar a los insectos. Los hombres y los caballos se estrecharon en torno al humo, apartándose del aire fresco. Cuando todos los trabajos necesarios de acampada estuvieron concluidos, ordené armar mi mosquitera y me guarecí bajo la cortina salvadora. Al cabo de una hora, oscureció por completo. La luna salió e iluminó al bosque con su suave luz fosfórica. Al poco de cenar, todo el vivac quedó sumido en un profundo sueño. Los únicos que no dormían eran los perros, los caballos y los centinelas de turno.

Al día siguiente, cuando junto con el cosaco Belonozhkin salí del vivac, estaba aún más oscuro. Pronto comenzó a clarear; la luz de la luna se empañó, las sombras de la noche desaparecieron y surgieron tonalidades más suaves. En las copas de los árboles corría un vientecillo matutino que despertaba a las aves que habitaban el bosque. El sol ascendía lentamente por el cielo, cada vez más arriba. De pronto, sus vivificantes rayos brotaron allende las montañas y alumbraron de golpe todo el bosque, los arbustos y la hierba, copiosamente mojados por el rocío.

En efecto, cerca de la primera *fansá* de ganaderos hallamos una pequeña senda, que se desviaba hacia un lado y nos condujo a otra cabaña de las mismas características, donde sorprendimos a dos chinos. Uno de ellos era joven y el otro viejo. El primero se dedicaba a la caza y el segundo era un buscador de ginseng. El joven tendría unos veinticinco años y era de fuerte complexión física. Por su cara se veía que estaba disfrutando de la vida, que era feliz y estaba satisfecho con su destino. A menudo se reía y una y otra vez se distraía con graciosas ocurrencias infantiles. El viejo era de estatura elevada, enjuto y más parecido a una momia que a una

persona viva. Su rostro bronceado con arrugas marcadas y sus cabellos canos indicaban que ya pasaba de los setenta años. Ambos chinos iban ataviados con chaquetas y pantalones azules, rodilleras y *uli*. Pero la ropa del joven era nueva, de elegancia afectada. Y la del viejo, más vieja y remendada. Ambos iban tocados con sombreros; el primero lucía uno de paja, comprado, mientras que el segundo llevaba uno de corteza de abedul, improvisado.

Al principio, los chinos se asustaron. Pero después, cuando averiguaron de qué iba el asunto, se tranquilizaron. Nos dieron de comer gachas de almorejo y té. Por las preguntas que les hicimos, quedó claro que nos hallábamos al pie de la cordillera Sijoté-Alín, que más adelante, hacia el mar, ya no había camino alguno y que la senda por la que marchaba nuestro destacamento conducía al Chiudiamagou[198], que va a dar a la cuenca del curso alto del Ulaje.

Entonces trepé a un árbol grande y lo que vi desde arriba coincidía totalmente con el plano que el viejo había trazado para mí con un palo en el suelo. Al este se divisaba la cordillera Sijoté-Alín. Según mis cálculos, aún quedaban un par de días para llegar hasta ella. Hacia el norte, por cuanto alcanzaba la vista, se extendía una depresión poco accidentada, cubierta de enormes bosques vírgenes. En los grandes bosques siempre hay algo misterioso, siniestro. El hombre parece pequeño, se pierde. Al sur y más hacia el oeste, el relieve del terreno era otra vez montañoso. Otra cordillera discurría paralelamente a la Sijoté-Alín, tras la cual, es probable que se hallara el Ulaje, aunque no se le veía.

Esta topografía del terreno me asombró bastante. Parecía que cuanto más próxima estaba la divisoria de aguas, el relieve montañoso de la zona quedaba perfilado con más fuerza. Yo esperaba ver altas montañas y caprichosas cumbres

afiladas. Resultó al contrario; cerca de la cordillera Sijoté-Alín había unas colinas de pendiente suave, sajadas por pequeños arroyos. Aquello era producto de la erosión.

Tras orientarme, bajé y envié de inmediato a Belonozhkin de vuelta, al encuentro de P. K. Rutkovski, a que le diera la noticia de que habíamos encontrado el camino. Mientras tanto, yo me quedaría con los chinos. Cuando se enteraron de que nuestro destacamento llegaría al atardecer, los chinos se dispusieron para marchar a trabajar. No quise quedarme solo en la *fansá*, así que me fui con ellos.

El viejo chino aguantaba con gran dignidad y hablaba poco. En cambio, el joven resultó ser muy locuaz. Me contó que en la taiga tenían plantaciones de ginseng y que era precisamente allí adónde nos dirigíamos. Quedé tan atraído por sus relatos, que perdí la dirección de nuestra ruta y probablemente no habría encontrado el camino de vuelta sin su ayuda. Anduvimos cerca de una hora por pendientes, salvamos una roca y luego bajamos a un valle. A nuestro paso salieron arroyos de montaña formando cascadas y profundos barrancos en cuyo fondo aún había nieve. Finalmente, llegamos al objetivo de nuestra marcha. Se trataba de la vertiente montañosa del norte, que estaba cubierta de un espeso bosque.

El lector se confundirá si se imagina una plantación de ginseng con aspecto de pradera en la que han sembrado plantas. Se considera que un lugar apto es aquel donde en épocas diversas se hallaron raíces de ginseng. Es allí donde trasladan las otras raíces. Lo primero que vi fueron los tejadillos de corteza de cedro para proteger al ginseng de los abrasadores rayos del sol. Había plantados unos helechos a ambos lados para que la tierra no se calentara. Y de un arroyo

contiguo salía una estrecha acanaladura por la que rezumaba el agua.

Al llegar al lugar, el viejo se puso de rodillas, tendió las manos con las palmas vueltas, se las llevó a la frente e hizo dos reverencias. Dijo algo para sus adentros, quizá un rezo. Luego se incorporó y volvió a poner las manos sobre su cabeza, tras lo cual se puso a trabajar. Mientras tanto, el chino joven colgó en un árbol unos trapos rojos con ideogramas.

¡Ginseng! ¡De modo que es así!

No hay otra planta en el mundo en torno a la cual hayan circulado tantas historias y leyendas. Por influencia de la literatura o de los relatos de los chinos, no sé por qué, pero yo también sentí veneración por este poco atrayente representante de las aralias. Me arrodillé para examinarlo de cerca. El viejo se lo explicó a su manera: pensó que yo estaba rezando. Desde ese instante, lo predispuse a mi favor.

Los dos chinos se pusieron a la faena. Retiraron las ramas secas caídas de los árboles y trasplantaron un par de arbustos, que regaron. Al advertir que al vivero llegaba poco agua, hicieron que corriera un poco más abundantemente. Después comenzaron a escardar la maleza, pero no eliminaron toda, sino solo una parte. Se mostraron muy insatisfechos cuando en las inmediaciones hallaron eleuterococos.

Tras concederles que se dedicaran a sus cosas, marché a deambular por la taiga. Temiendo extraviarme, avancé siguiendo la corriente para así regresar por el mismo arroyo. Cuando volví a la plantación de ginseng, los chinos ya habían acabado su trabajo y estaban esperándome. Llegamos a la *fansá* por otro lado, de lo cual deduje que habíamos regresado por otro camino.

El destacamento llegó a la cabañita poco antes del crepúsculo. Los chinos nos hicieron un poco de hueco,

aunque a ellos no les sobraba. Por la tarde logré convencerles para que nos condujeran más allá de la cordillera Sijoté-Alín, hacia las fuentes del Vay-Fudzin. El viejo acordó hacer de guía, pero debido a su debilidad solo podía llegar hasta la línea divisoria de aguas. De ahí en adelante, el chino joven prometió relevarle. Él necesitaba llegar hasta las *fansás* de agricultores y comprar allí harina y almorejo. El viejo puso la condición de que no gritáramos ni entráramos con él en disputas. Del primer punto ni hablar, pero accedimos de buena gana al segundo.

Apenas anocheció, surgió de nuevo el *gnus*. Los chinos prendieron fuegos humeantes dentro de la *fansá*, mientras que nosotros nos resguardamos en las mosquiteras. Tranquilizados por el pensamiento de que cruzaríamos la Sijoté-Alín con ayuda de los guías, pronto caímos dormidos. Ya solo había una preocupación: ¿bastarían las provisiones?

A las ocho de la mañana del día siguiente, ya estábamos listos para partir. El viejo marchó delante, seguido del chino joven y dos fusileros provistos de hachas. Detrás, el resto de los hombres y los caballos de carga. El viejo llevaba en la mano un cayado largo. No decía nada y únicamente mostraba en silencio la dirección que había que mantener y la frasca que había que retirar del camino. Pese a los constantes parones, nuestro destacamento avanzaba con bastante rapidez. Los chinos mantuvieron durante largo rato la dirección sudoeste y solo después de mediodía doblaron hacia el sur.

La zona premontañosa cercana a la cordillera Sijoté-Alín se compone de porfiroides y toba porfídica. Las rocas se habían descompuesto a la luz del día en fragmentos, formando pedregales, a su vez cubiertos de musgos y matorrales.

En el territorio del Ussuri apenas pueden verse bosques de coníferas secos; es decir, bosques bajo cuyos árboles la tierra esté sembrada de pinochas desprendidas y donde no crezca la hierba. Aquí hay humedad por doquier y por todas partes hay musgos, helechos y espargancios.

Ese día ordené por primera vez reducir la ración a la mitad y, aun así, las provisiones solo alcanzaban para dos días más. Si en aquella parte de la región montañosa de la Sijoté-Alín no encontrábamos de inmediato un lugar habitable, pasaríamos hambre. Según los chinos, antes, en las fuentes del Vay-Fudzin había una *fansá* de ganaderos. Pero en ese momento desconocían si seguía existiendo o no. Iba ya a detenerme y ponerme a cazar, pero el viejo insistió en que no me entretuviera y siguiera avanzando. Recordando mi promesa, me sometí a sus exigencias. Para ser justos con el anciano, hay que decir que nos guió muy bien. Se detuvo en un lugar y señaló una vieja senda cubierta de hierba y arbustos. Era un antiguo camino por el que los chinos del Ussuri en el pasado comunicaban con el golfo de Olga. Budíschev[199] y Maxímovich recorrieron ese camino en los años sesenta del siglo XIX. Sus figuras y las descripciones que efectuaron, se me aparecieron de golpe. A juzgar por cuán asendereado se hallaba el camino, se veía que allí antes había discurrido un gran trasiego. Cuando el puerto militar fue trasladado de Nikolaevsk a Vladivostok, los cazadores chinos cesaron de utilizar aquel camino, quedando la senda cubierta de vegetación y totalmente desprovista de su sentido.

En los últimos días, los hombres habían desgastado mucho su vestimenta: la ropa estaba llena de remiendos, las deshilachadas redecillas para el pelo ya no eran de ninguna utilidad, las caras estaban llenas de picaduras con sangre y los eczemas habían hecho aparición en sus frentes y junto a las orejas.

Los limitados víveres nos obligaban a darnos prisa. Redujimos el alto principal a treinta minutos y en la jornada de tarde caminamos justo hasta cuando comenzaba a oscurecer.

Al viejo le resultó difícil recorrer un trayecto tan duro. Apenas nos detuvimos para montar el vivac, se dejó caer al suelo con un gemido; ya no podía levantarse sin la ayuda de otro. Encontré en un frasquito unas gotas de ron, que guardaba en caso de que alguien enfermara por el camino. Y ese caso se acababa de presentar. El viejo marchaba por nosotros, al día siguiente tendría que hacerlo de nuevo y, luego, regresar. Vertí ron en una jarrita y se la pasé. Leí en sus ojos una expresión de agradecimiento. No quiso beber solo y señaló a mis compañeros de viaje. Entonces, todos juntos, le convencimos, después de lo cual el viejo se tomó el ron, se recogió en su mosquitera y se echó a dormir. Seguí su ejemplo.

Al prestar oído al zumbido de las mosquitas y los mosquitos, recordé la leyenda bíblica sobre los tormentos en Egipto: «Surgieron multitud de moscas, que picaron intolerablemente a los egipcios». En un país donde el ambiente es seco y no hay mosquitos, su aparición espontánea les parecía un tormento horroroso. Pero aquí, en el territorio del Priamur, los mosquitos eran un fenómeno habitual.

Apenas despuntó el sol, el viejo chino me despertó.

—¡Hay que marcharse! —dijo, lacónicamente.

Tras tomar un poco de gachas frías que quedaba de la cena del día anterior, nos pusimos en camino. Nuestro guía chino giraba ahora abruptamente hacia el este. Del vivac fuimos directamente a parar a una región de montes derrubiados que precedían a la de la Sijoté-Alín. Se trataba de unas pequeñas

colinas de pendiente suave. Un montón de arroyos fluían en distintas direcciones, de modo que en un primer momento resultaba difícil orientarse e indicar la dirección adónde el agua trataba de fluir.

Cuanto más nos acercábamos a la cordillera, más tupido se volvía el bosque y más se atestaba de troncos caídos. Allí vimos por primera vez un tejo[200], un representante relicto de la flora subtropical que en algún tiempo proliferó por todo el territorio del Priamur. Tiene la corteza roja, su madera es rojiza, sus frutos también rojos y se parece a un abeto, aunque sus ramas están dispuestas como si se tratara de un árbol foliáceo.

El monte bajo local se compone en su mayor parte de actinidias (que por alguna razón los emigrados rusos llaman *kishmish*[201]), madreselva del Amur[202], berberís[203], nogales de Manchuria de hojas desigualmente dentadas y mirtos musgosos con escamas blancas en las hojas y flores también blancas. De las plantas antofitas, muy a menudo se ven peonías híbridas[204], que los curanderos chinos colectan con fines medicinales. Luego están unas clemátides[205] de hojas palmeado-dentadas y flores violetas, y unas clintonias[206] de grandes hojas carnosas dispuestas como un rosetón.

Llegamos a la línea divisoria de aguas hacia el atardecer. Los hombres estaban hambrientos y los caballos también necesitaban descansar; habían marchado todo el día sin comer y sin hacer un alto. En las inmediaciones del vivac no había hierba por ninguna parte. Los equinos estaban tan fatigados, que cuando les retiramos los fardos, se tumbaron en el suelo. Nadie reconocía en ellos a los caballos fuertes y bien cebados con los que salimos de la estación de Shmakovka. Ahora eran animales demacrados y atormentados por el *gnus* y la falta de forraje.

Los chinos compartieron con los fusileros un brebaje que prepararon con hojas de helecho y restos de almorejo. Tras la frugal cena y con tal de que el hambre no les torturase, todos se echaron a dormir. E hicieron bien, pues al día siguiente habríamos de partir aún más temprano de lo que lo hicimos ese día.

Capítulo XIII

Hacia el mar a través de la cordillera Sijoté-Alín

El puerto de Maxímovich. Un trozo de azúcar. El bosque en las vertientes orientales de la cordillera Sijoté-Alín. Insectos y aves. La Sijoté-Alín como frontera climática. El valle del Vay-Fudzin y sus afluentes. El goral del Amur[207]*. Insectos luminiscentes. Aves del litoral. La hospitalidad de los chinos. La montaña Tazá. La aldea de Fudzin y la alquería de Permskoe. Las calamidades de los primeros emigrados de Rusia. Cazadores. Un coto para ciervos. El valor de una cornamenta. Kashlev. La muerte del tigre. Dunas. El ratón listado de Manchuria*[208]*. Fin del viaje.*

El día siguiente era 16 de junio. Levantamos el campamento a las cinco de la mañana y comenzamos a subir la cordillera Sijoté-Alín de inmediato. La ascensión fue lenta y gradual. En la medida de lo posible, nuestro guía mantenía una dirección recta, pero allá donde el terreno se empinaba, hacíamos zigzag.

Cuanto más ascendíamos, más secos eran los arroyos. Finalmente, desaparecieron por completo. Sin embargo, un ruido sordo bajo las piedras indicaba que esas fuentes aún llevaban abundante agua. Poco a poco, este ruido también comenzó a quedar mitigado. Se oía cómo bajo la tierra, el agua corría a pequeños chorros, como si la vertieran de una

tetera. Luego, estos chorros se convirtieron en gotas y después todo quedó en silencio.

Al cabo de una hora alcanzamos la cima. En ese punto, la ascensión se empinó de golpe, pero no por mucho tiempo.

En el mismo puerto, al pie de un gran cedro, había un pequeño templo pagano hecho a base de cortezas. El chino viejo se detuvo ante él e hizo una profunda reverencia. Luego se incorporó e, indicando al este con la mano, solo dijo dos palabras:

—Río Vay-Fudzin[209].

Aquello significaba que nos hallábamos en la divisoria de aguas. Después el viejo se sentó en el suelo y con una seña nos dio a entender que había que descansar.

Aprovechando la ocasión, avancé un poco por la cima hacia el sur, me subí a uno de los bloques de piedra que, en abundancia, sobresalían de la tierra y me puse a mirar.

La parte adyacente de la cordillera Sijoté-Alín está compuesta de pórfido de cuarzo. La cordillera que dividía las aguas discurre en ese punto de sudoeste a nordeste. Sus picos más altos tienen cerca de 1100 metros de altura sobre el nivel del mar. Hacia el norte, la Sijoté-Alín disminuye un poco. Su ladera occidental discurre en suave declive, mientras que la oriental es significativamente más escarpada. Toda la cordillera está cubierta de un espeso bosque mixto de coníferas. Únicamente se hallan picos pelados en cumbres aisladas y en los puntos donde hay pedregales. En los antiguos mapas chinos, esta línea divisoria de aguas se llama Sijoté-Alín. Los chinos del lugar la denominan Sijoté-Lin y, más frecuentemente, Lao-Lin; es decir, puerto viejo (en el sentido de «grande», «antiguo»). Según las mediciones hipsométricas, la altura del puerto en el que nos encontrábamos equivalía a

980 metros. Le puse el nombre de K. I. Maxímovich, uno de los primeros exploradores del territorio del Ussuri.

Al este de la divisoria de aguas, por cuanto alcanzaba la vista, la niebla lo cubría todo. Las cumbres de las montañas vecinas parecían islas aisladas. Las olas de la niebla se aproximaban a la sierra y, apenas traspasaban la ensillada, se hacían de nuevo invisibles. Al oeste de la divisoria de aguas, el aire era limpio y diáfano. Según los chinos, era un fenómeno habitual. Posteriormente tuve muchas ocasiones de convencerme de que la Sijoté-Alín es una importante frontera climática entre la zona litoral y la cuenca de los afluentes que el Ussuri toma por su derecha.

Probablemente permanecí ausente por largo rato, pues empezaron a llamarme a gritos desde el destacamento. Los cosacos habían preparado té y estaban esperando a que regresara. Tras remojar un poco el estómago con el agüita caliente, proseguimos la marcha.

Como ya he dicho, el descenso de la cima por la parte del Vay-Fudzin era empinado. Ante nosotros se abría un profundo desfiladero, abarrotado de piedras y troncos. El agua, que fluía formando cascadas, en muchos lugares caía sobre las numerosas fosas, que los helechos camuflaban y representaban verdaderas trampas. Granatman tiró un bloque de piedra, que durante su caída arrastró otras piedras, produciendo un pedrisco total.

Resulta muy difícil descender por estos barrancos. Los caballos lo tuvieron especialmente complicado. De imaginar gráficamente nuestro descenso de la Sijoté-Alín, este tendría la forma de una pequeña línea sinuosa con dirección hacia el este. La bajada duró dos horas. Un arroyo fluía al fondo de la cañada. Apenas se le veía entre la maleza. El agua corría valle abajo produciendo un alegre ruido, como alegrándose de que

al fin hubiera brotado libremente de debajo de la tierra. El curso bajo del arroyo ya era más tranquilo.

Pero he aquí que un barranco igualmente profundo se abría a nuestra derecha. El desfiladero quedaba ahora convertido en un angosto valle, al que la población china local llama Sin-Kvandagou[210]. Tras el puerto, el bosque mixto de coníferas se sustituía con rapidez por otro de frondosas. El roble mongol crecía sobre todo por las laderas soleadas de las montañas. En el valle, los bosques eran más variados y ricos. Allí podían advertirse tilos de hoja pequeña, amantes de los linderos y los claros, arces de monte[211] de pálidas hojas marcadamente aserradas, y sauces grises[212] (medio arbusto, medio árbol, con bonetero alado que tiene aspecto de matorral con flancos de corcho por el tallo y las ramas). De los arbustos de verdad podría destacar la espirea de hoja de sauce[213] con flores de color rosa brillante, un tipo especial de espino con escasas y pequeñas espinas y hojas blanquecinas en la parte inferior, la madreselva del Amur de más de 4 metros de altura con numerosas hojas rosadas y el serpol[214], con sus tallos caídos en tierra, pequeñas hojas lanceoladas y flores de color purpúreo-violáceo brillante. A un lado de la senda había otros arbustos. Quise examinarlos, pero el hambre me obligaba a darme prisa. La abundancia de flores en los campos sorprendía al observador. Allí había lirios de los matices más variados (de color azul pálido hasta violeta oscuro), toda una serie de orquídeas de diferentes tonos, hierba centella[215], campanillas[216], muguetes, violetas silvestres, las modestas florecillas de las fresas, brillantes clavelinas[217] y azucenas naranjas y amarillas[218]. El paso de un espeso bosque de coníferas a otro más ralo de robles y a praderas con flores, fue tan abrupto que, involuntariamente, provocó exclamaciones de asombro. Lo que habíamos visto al oeste, a tres o cuatro jornadas de distancia de la región

montañosa de la Sijoté-Alín, ahora lo teníamos a su pie. Además, advertí otra peculiaridad más: las plantas que en el oeste ya estaban marchitas, aquí ni siquiera habían empezado a florecer.

En la cuenca del Li-Fudzin había mucho *gnus* y pocos insectos lepidópteros. Aquí, por el contrario, fulguraban por todas partes mariposas de ortiga[219] de color ladrillo rojizo y alegres visos, y mariposas Apolo[220] blanquiamarillas con manchas negras y rojas de gran macaón de color azul oscuro. Estas últimas se posaban en el agua a menudo y, con las alas extendidas, se daban a la corriente del río. Podía pensarse que estas mariposas habían caído al agua de manera casual y no podían emprender el vuelo. Varias veces estuve a punto de atraparlas, pero apenas alargaba la mano, se elevaban con absoluta libertad y, tras alejarse un poco, volvían a descender al agua. Las abejas y las avispas revoloteaban sobre las flores por todas partes. Abejorros vellosos de abdomen negro, anaranjado y blando lo hacían ruidosamente. Abajo, en la hierba, los cárabos[221] correteaban veloces. Por su carácter depredador, a estos escarabajos se les podría calificar de tigres entre los insectos. Por la senda se arrastraban escarabajos enterradores negros y escarabajos tigre. Estos últimos se movían un tanto a trompicones y no se comprendía bien si era que estaban saltando o volando. En las plantas umbelíferas había, sobre todo, gorgojos y chinches verdes. Y cerca del agua y por los caminos donde estaba un poco más húmedo, volaban libélulas de alas transparentes y grandes ojos azules.

Tras quedar maravillado con los insectos, me puse a examinar los pájaros. Vi, sobre todo, acentores[222], que saltaban bajo los árboles y pululaban por la hojarasca. Cuando me aproximé a ellos, se alejaron volando un poco a un lado, para luego bajar de nuevo a la hierba. Por las orillas de los

arroyos alpinos, meneando la colita, correteaban de piedra en piedra los aguzanieves[223]. Estos pajaritos se confiaron, dejaron que me aproximara a ellos y solo cuando estuve ya muy cerca, salieron volando sin demasiada premura. Había unos pintadillos[224] cerca de unos rosales silvestres. Trepaban con habilidad por las ramas de los arbustos, evitando los espacios abiertos. En otro lugar advertí la presencia de paros de cola larga, que trajinaban en el follaje de los árboles y prestaban poca atención a sus vecinos. Junto a ellos, trajinaban ágilmente los carboneros de capucha negra[225], unos pajaritos muy pequeños de pico diminuto y rabito corto.

De los mamíferos, a juzgar por las numerosas huellas, allí habitaban cabras salvajes, ciervos, jabalíes, osos y tigres.

Pese al cansancio y la falta de víveres, todos marchaban con bastante ánimo. La acertada ruta a través de la cordillera Sijoté-Alín, el tan abrupto paso de la taiga inanimada al bosque animado y, finalmente, el sendero con el que topamos, habían animado un poco a todos. Al atardecer llegamos hasta una *fansá* de ganaderos que estaba vacía. Junto a ella había un pequeño huerto en el que crecían nabos, lechugas y cebollas.

En comparación con las verduras que habíamos visto en el Fudzin, el crecimiento de estas plantas hortícolas también iba retrasado. En una palabra, en todo cuanto veíamos había una gran diferencia entre las vertientes occidental y oriental de la Sijoté-Alín. Era evidente que en el territorio del Transussuri el periodo vegetativo comenzaba mucho más tarde que en la cuenca del Ussuri.

No avanzamos más y plantamos el vivac allí mismo, cerca de la *fansá*.

Los chinos llevan a la taiga comestibles en fardos desde principios de agosto. En las *fansás* más alejadas, la sal, la harina y el almorejo se transportan en alforjas. Las

provisiones se almacenan en tinajas horadadas de madera de tilo, tapadas por arriba con corteza. No se ponen cierres en ningún lugar, cubriéndose las tinas solo para que los ratones y los grises no penetren en ellas.

En la taiga no se pueden tocar los comestibles ajenos. Solo en caso extremo de hambre se puede disponer de ellos, pero con la condición indispensable de que lo que se tome de esas *fansás* sea devuelto al mismo lugar. Quien no cumple esta norma, es considerado un saqueador y queda expuesto a un duro castigo. Por eso el robo de comestibles en una *fansá* de ganaderos puede obligar a un cazador de martas cebellinas a abandonar la taiga antes de tiempo y quedar en una situación desesperada.

Por la tarde, el viejo nos comunicó que ya no podía seguir caminando y que se quedaba allí a esperar el regreso de su compañero.

Al día siguiente, 17 de junio, nos despedimos del viejo. Le regalé mi cuchillo de caza y A. I. Merzliakov, una bolsita de piel. Las hachas ya no nos hacían falta. Desde la *fansá* partía río abajo un sendero, que mejoraba según íbamos avanzando por él. Finalmente llegamos al lugar donde el Sin-Kvandagou confluía con el Tudagou. Este último fluye en dirección latitudinal, en ángulo agudo con la cordillera Sijoté-Alín. Es un río significativamente mayor que el Sin-Kvandagou y, en justicia, podría atribuirse el nombre de Vay-Fudzin. Budíschev bajó por este río en 1860. Según se rumoreaba, en sus fuentes había varias *fansás* chinas, cuyos habitantes se dedicaban a la captura de animales salvajes. El Vay-Fudzin, al que los emigrados rusos llaman el Avvakumovka[226], nace de la confluencia de los dos ríos antes citados.

El bosque se había acabado y ante nosotros, inesperadamente, se abría un majestuoso panorama alpino.

Las alturas del margen izquierdo del valle estaban cubiertas de robledales ralos mezclados con tilos y abedules negros. Por las laderas y en dirección vertical había pedregales, cubiertos de hierba y verdasca formada por pequeños arbustos.

El valle del Vay-Fudzin es rico en terrazas, que discurren formando rellanos, a modo de gigantescos escalones. Son las llamadas penillanuras. Durante los antiguos periodos geológicos aquí hubo fuertes procesos de denudación. Después tuvo lugar la elevación de todo el sistema alpino, para luego volver a derrubiarse. En los ríos, el agua actuó al mismo tiempo como sierra y como lima.

Frente al Tudagou, el Taniugouz[227], un río con rápidos, va a dar al Vay-Fudzin por la derecha. Más abajo, a una distancia aproximadamente igual el uno del otro, hay otros cuatro pequeños riachuelos del mismo tamaño: el Jarchinkina, el Jemutagou[228], el Kuandinza[229] y el Vorotnaya. Por el primero de ellos discurre el camino al Li-Fudzin, hacia las tierras del Siaen-Laza[230]. En el Jemutagou los emigrados rusos hallaron una tumba cristiana, por lo que al río le pusieron el nombre de Krestovaya[231]. Según los chinos, el Kuandinza fluye por un lecho muy sinuoso; es muy torrencial, con muchos rápidos. El valle del Vorotnaya está bordeado por altas montañas rocosas y se considera un buen lugar para la caza.

Los gorales, que por su aspecto tienen la apariencia de cabras, habitan entre el barranco del Jarchinkina y el río Sin-Kvandagou, en medio de rocas y pedregales. Estos animales pertenecen a la familia de los antílopes; sus dimensiones son de cerca de 2 metros de largo por 0,8 metros de ancho. Su pelo es de un deslucido color amarillo-grisáceo. Su hocico, la grupa y el rabo son de un tono pardo oscuro. Y el cuello y la panza, blanquecinos. El pelo de su cuello es un poco más

largo y forma una especie de crin. Su cabeza está coronada por dos pequeños cuernos doblados hacia atrás. En el territorio del Ussuri, el hábitat natural del goral llega hasta el Imán inclusive y en la franja litoral hasta la bahía de Terney (el río Kudiaje). Viven en pequeñas manadas en lugares donde, por una parte, hay bosques de coníferas mixtos y, por otra, rocas inaccesibles. El goral pasa el día en el bosque, pero por la noche desciende al valle para aplacar su sed. Al menor indicio de peligro, sale inmediatamente corriendo hacia la parte rocosa del cerro. Sabiendo de tal circunstancia, los cazadores se dividen en dos grupos; uno de ellos entra en el bosque y el otro acecha a los animales en las piedras. Debido a que los gorales muestran apego por determinados sitios que los cazadores profesionales conocen bien, cabe considerar que se hallan en vías de su completa extinción.

A eso de las diez de la mañana, vimos en la senda huellas de ruedas. Pensé que pronto saldríamos a un camino, pero el chino que nos acompañaba explicó que los rusos solo entraban en aquel lugar en otoño e invierno para cazar y que el verdadero camino de carruajes comenzaba solo a partir de la desembocadura del Erdlagou.

Los caballos estaban muy fatigados; avanzaban a duras penas y se tambaleaban como si estuviesen ebrios. Tuvimos que hacer un alto. Aprovechando la ocasión, subí a una pequeña colina para orientarme.

La dirección del Vay-Fudzin era, principalmente, sudoriental. En un punto concreto efectuaba un viraje hacia el sur, para luego volver a enderezarse y ya conservar esta dirección hasta el mismo mar. Al oeste se divisaba claramente la cordillera Sijoté-Alín. Esperaba ver una mole de montañas y caprichosas cumbres puntiagudas, pero ante mí se alzaba una cordillera plana con crestas llanas y una transición

gradual de cumbres cupuliformes a amplias ensilladas. El tiempo y el agua habían hecho su trabajo.

El valle del Vay-Fudzin tenía que ser longitudinal, aunque a juzgar por las direcciones de sus afluentes, que fluían en paralelo a la costa y a la cordillera Sijoté-Alín, parecían observarse pequeños signos de los procesos de denudación.

La zona oriental premontañosa de la cordillera Sijoté-Alín se compone de granito, sienitas y pórfido de cuarzo. Este último mineral, que ya habíamos visto al otro lado de la línea divisoria de aguas, se extendía también hasta aquí. Por el margen izquierdo del Vay-Fudzin había antiguas y altas terrazas fluviales de base sólida (también de pórfido de cuarzo), que sobresalían de manera especialmente abrupta en las cercanías de la boca del barranco del Jarchinkiná.

Al cabo de más o menos hora y media regresé y me puse a despertar a mis compañeros de viaje. Los fusileros y los cosacos se despertaron cansados; el sueño no les había reconfortado. Se calzaron y fueron por los caballos. Estos no les huyeron y permitieron dócilmente que les pusieran los ronzales, siguiéndoles acto seguido con aspecto impasible.

El chino decía que si caminábamos todo el día, hacia el crepúsculo llegaríamos hasta las *fansás* de agricultores. En efecto, al atardecer llegamos a la desembocadura del Erldagou («segundo gran precipicio»), que era un río extraordinariamente lleno de rápidos y fluía del sudoeste al noreste, atravesando a su paso enormes estratos porfídicos. Algunos de sus rápidos tienen el aspecto de verdaderas cascadas. Las montañas de los alrededores estaban compuestas de horsteno y cuarcita. Desde ese punto hasta el mar, los chinos calculan que hay 150 *li*, que en la conversión a nuestras medidas equivale a 78 kilómetros.

Al otro lado del río, a la sombra de enormes olmos, había una *fansá* china. Nos alegramos tanto, que parecíamos haber visto un hotel de primera clase. Al enterarse de que no habíamos comido nada durante los dos últimos días, los hospitalarios chinos prepararon la cena con premura. Las tortas hechas con aceite de semillas de leguminosas y unas gachas de almorejo con verduras en salmuera nos parecieron más sabrosas que el más delicado plato de la ciudad. Por acuerdo tácito, decidimos pasar la noche allí. Los chinos recogieron sus camas y nos dejaron libre gran parte de los *kan*, que estaban bastante calientes. Sin embargo, preferíamos sufrir el calor antes que el tormento del *gnus*.

Debido a la multitud de personas apelotonadas, en la *fansá* hacía un calor sofocante que aumentaba todavía más a causa de que todas sus ventanas se hallaban tapadas con mantas. Me vestí y salí afuera.

La noche era tranquila, cálida, justo la que gusta a los insectos nocturnos. Lo que vi me sorprendió tanto, que me olvidé por completo de las mosquitas y me puse a mirar fascinado. El aire estaba repleto de centelleantes chispas azuladas. Eran luciérnagas. La luz que emitían era intermitente, durando cada vez no más de un segundo. Siguiendo a una de aquellas chispas, se podía observar el vuelo de cada insecto por separado. Las luciérnagas surgen no de golpe, sino gradualmente, de una en una. Cuentan que los emigrados rusos, cuando vieron por primera vez estas luces intermitentes, dispararon contra ellas con escopetas y salieron corriendo, espantados. Ahora no se trataba de insectos aislados; los había a miles, a millones. Volaban por la hierba, casi a ras del suelo, planeando sobre los arbustos y también suspendiéndose por encima de los árboles. Los insectos centelleaban y las estrellas fulguraban. Era una especie de danza de la luz. De repente, un brillante rayo resplandeció,

iluminando de golpe toda la tierra. Un enorme meteorito con una larga cola cruzaba el cielo. Instantes después, el bólido se deshizo en miles de chispas y cayó en algún lugar detrás de las montañas. La luz se extinguió. Como por encanto, los insectos fosforescentes desaparecieron. Pasaron dos o tres minutos y, de repente, entre los arbustos relumbró una luz, luego otra, diez. Al cabo de treinta segundos, los elfos luminiscentes estaban otra vez dando vueltas por el aire.

Por muy hermosa que fuera la noche, por muy majestuosa que fuera la aparición de los insectos luminiscentes y la caída del meteoro, yo no podía permanecer mucho tiempo fuera. Los mosquitos se me habían pegado al cuello, las manos y la cara. También estaban aglomerándose en mis cabellos. Regresé a la *fansá* y me tumbé en el *kan*. El cansancio se cobró su parte y me dormí.

El día siguiente lo habíamos marcado como jornada de descanso. Había que dar un respiro tanto a los caballos como a los hombres. En los últimos días todo el mundo había quedado derrengado, por lo que necesitaban un descanso más prolongado que el sueño nocturno. El chino joven que nos había acompañado a través de la Sijoté-Alín, compró lo que necesitaba y emprendió el camino de vuelta por la mañana temprano.

El día anterior nos habíamos fatigado tanto, que ni siquiera nos habíamos orientado como es debido. No estábamos para observaciones. Tras poder tomar un desayuno opíparo, decidí dar un paseo por los alrededores. En su parte media, el valle del Avvakumovka tenía una anchura de cerca de un kilómetro y medio. Por su derecha se extendían terrazas dobles y, por la izquierda, colinas rocosas compuestas de traquitas, conglomerados y brechas. Cerca de las terrazas se podía divisar un pantano alargado. Era el punto donde antes

fluía un río, que durante alguna gran inundación había trazado un nuevo curso.

Entre las aves, vi allí alondras siberianas. En la costa aún era primavera, por lo que su sonoro canto llegaba de todas partes. Unas veces descendían a tierra, otras volvían a levantar bien alto el vuelo. Un pequeño pájaro carpintero[232] revoloteaba junto a unas salcedas. Era realmente pequeño, pero de color tan abigarrado como el resto de sus congéneres. Entre el follaje, aparecían y desaparecían unos inquietos mosquiteros de patas pálidas[233]. Se movían todo el rato, divirtiéndose y cazando insectos al mismo tiempo. A ambos lados del camino, en los arbustos, revoloteaban unos pájaros tontos verdes. En compañía de unos gorriones molineros[234], picoteaban entre las boñigas de los caballos, bañándose en el polvo. Además, en la zona litoral se da la codorniz[235] y el faisán[236]. La primera es muy parecida a la perdiz y habita en los valles, en lugares llanos. Mi perra espantó a dos de ellas, que levantaron el vuelo dando graznidos delante de sus propias narices. Tras alejarse unos doscientos pasos, las codornices volvieron a descender a la hierba. Por el camino de vuelta vi a dos faisanes. Cuando este gallo sale de los matorrales, primero se eleva volando unos 3 metros, graznando, además, con frenesí. Su graznido se parece un poco al del gallo común cuando este último se asusta por algo. En otro sitio, mi perra ahuyentó a una gallina con sus pollitos. Con los faisanes, un perro rara vez hace muestra clara; se tumba y comienza a reptar sobre su panza, a veces ralentizando el paso, a veces apretándolo. La asustada ave trata ante todo de salvarse dándose a la fuga. Trapacea, embrolla las huellas y a menudo vuelve sobre sus pasos. Cuando pierde el rastro, el perro comienza a lanzarse a los lados, momento que el faisán aprovecha para emprender el vuelo. Las gallinas siempre se elevan silenciosamente. Y

vuelan más lejos que los gallos. Pero en este caso, esta se comportaba de otro modo; volaba de manera perezosa, lentamente y a baja altura, no en línea recta, sino en círculos. Tal es así que la perra estuvo a punto de agarrarla con los dientes por el rabo. Enseguida comprendí qué pasaba. Era una hembra y tenía pollitos, a los que trataba de mantener lejos de la perra. Cogí a Alpa de la correa y regresé. Los chinos ya habían preparado la comida y estaban esperando mi vuelta. Cuando nos hallábamos tomando el té, otro chino entró en la *fansá*. Llevaba a la espalda un pesado morral. Tenía el rostro bronceado. Su calzado desgastado, la ropa desgarrada y un caldero hollinado atestiguaban que había realizado un largo viaje. El recién llegado se quitó el morral y se sentó sobre el *kan*. El dueño enseguida comenzó a agasajarle. Antes que nada, le entregó su bolsa de tabaco.

—¿Quién es? —pregunté al dueño.

—Un visitante —respondió.

—¿Le conoces?

—No —contestó y acto seguido se dirigió al cocinero, al que ordenó preparar un almuerzo para el caminante.

Mientras el recién aparecido fumaba tabaco, los chinos le preguntaron por las novedades. Y él de buena gana les relató lo que había pasado en los lugares de donde venía y lo que había visto durante el camino. Resultó que el chino venía del Noto y estaba siguiendo una ruta hacia el río Psujun.

Por la tarde, durante la cena, los chinos invitaron al huésped a sentarse a la mesa justo antes de hacerlo ellos mismos. Todos, a cual más, se esforzaron por servirle. Apenas su platillo quedaba vacío, de inmediato volvían a llenárselo. Luego le llevaron al mejor sitio del *kan* y le dieron dos mantas: una para su lecho y la otra para ponerla debajo de la

cabeza, como una almohada. El visitante se quedó en la *fansá* todo el día siguiente, para descansar.

En la población local china está muy cultivada la atención para con el viajero. Cualquier caminante puede albergarse gratis en una *fansá* ajena durante tres días, pero si se queda más tiempo, debe trabajar o pagar dinero a todos por la comida.

Al día siguiente, 19 de junio, nos despedimos de los hospitalarios chinos y continuamos nuestra marcha. Desde ese punto comenzaba un camino de carruajes. Adquirí dos telegas[237] para aliviar el lomo de los caballos.

En su curso bajo, el valle del Vay-Fudzin es muy pintoresco. Los peñones situados en la parte derecha poseen un caprichoso contorno y presentan formas similares a personas, castillos, minaretes, etc. En la parte izquierda, de nuevo se extendían elevadas terrazas dobles compuestas de esquistos arcillosos, que, al norte, se transformaban gradualmente en montañas.

Aquí solo hay un pequeño afluente: el barranco de Kasafunov, al que los chinos del lugar llaman el Chamigouzoy[238]. Tiene una longitud de unos 15 metros y fluye primeramente hacia el sudeste y luego hacia el sur. El extremo derecho del valle del Kasafunov es montañoso. Y el izquierdo, de pendiente suave y ligeramente montuoso. Se trata de un valle angosto que solo se ensancha en su curso medio, allá donde va a dar el río Grushevaya[239]. Si se remonta, en su margen derecho se ven unas cornisas que, más adelante, se transforman en amplias terrazas. Las montañas cercanas están cubiertas de bosques foliáceos ralos de carácter lignario. A unos 18 kilómetros del mar se divisaban afloramientos de rocas calizas.

Un poco más abajo del barranco del Kasafunov, dos ríos van a dar a la ribera derecha del Vay-Fudzin: el Sandagour y el Lisiagou[240]. Este último nace de la montaña Tazá, de la que más adelante hablaré. El curso alto del río Sandagou se compone de numerosos arroyos alpinos que bajan por valles estrechos. Aquí había antes grandes bosques en los que los animales abundaban, pero los incendios forestales en gran medida desvalorizaron este El Dorado cinegético.

El camino de carruajes tendido por los chinos en el valle del Vay-Fudzin vadea el río dos veces, lo que supone un gran obstáculo para las comunicaciones cuando hay inundaciones. Para evitar estos vados, hay que seguir una senda que empieza cerca de las terrazas, asciende a la montaña por la parte izquierda del valle y discurre por su cornisa. En este punto, durante 300 metros, la senda literalmente pende sobre un precipicio.

Hace unos cuarenta años, los tazá-udejéis vivían en las terrazas cercanas a la desembocadura del Kasafunov. Posteriormente, los chinos les arrinconaron, aunque la mayor parte falleció durante la epidemia de viruela de 1881.

Estos udejéis siempre iban de caza a la montaña Tazá, que domina sobre todas las alturas colindantes. De ahí debe su nombre.

Por todo el valle del Vay-Fudzin, desde la desembocadura del Erldagou hasta la montaña Tazá, se hallan diseminadas numerosas *fansás* chinas. Sus habitantes se dedican en verano a la agricultura y a la pesca, y, en invierno, a la captura de martas cebellinas mediante trampas, y a la caza.

El Arzamasovka es el afluente más grande del Vay-Fudzin, al que va a dar por su izquierda. Un poco más arriba de la desembocadura del Arzamasovka, en un terreno elevado, se emplazó el pequeño poblado ruso de Fudzin (en la actualidad

ha cambiado su nombre por el de Vetkino). En 1906, en total vivían en este pueblo cuatro familias. Eran los primeros emigrados de Rusia. Este poblacho arrastraba consigo una impronta especial. Las viejas, pero pulcras casitas parecían cómodas. Los campesinos eran alegres y bondadosos. Nos recibieron afablemente y nos alojaron en sus viviendas. Por la tarde se reunieron los viejos, quienes relataron cuántos infortunios hubieron de pasar en tierra ajena durante los primeros años de la migración. Los habían llevado allá en 1859, cuando les desembarcaron en el golfo de Olga, dándoles permiso para establecerse de la forma que mejor les pareciese. Al principio se establecieron a un kilómetro de la bahía, fundando el pequeño poblado de Novinka. Pronto notaron los campesinos que cuanto más lejos del mar, menos nubarrones había. Entonces emigraron al valle del Vay-Fudzin. En 1906 solo había una persona en Novinka. Todavía pueden verse los lugares donde antes se hallaban las casas de los campesinos. Pero en las nuevas tierras también les esperaban las adversidades. Por inexperiencia, plantaron cereales abajo, en el valle. La primera inundación se los llevó por delante. La segunda, todo el heno. Los tigres se comieron todo el ganado y empezaron también a atacar a las personas. Los campesinos solo tenían una escopeta. Encima, era de pistones. Para no morir de hambre, se emplearon con los chinos por un jornal de 400 gramos de almorejo. El pago se realizaba una vez al mes y el almorejo lo tenían que cargar en el morral durante 70 kilómetros. Los viejos estuvieron largo tiempo sin poder acostumbrarse a los nuevos lugares; todavía tenían frescos los recuerdos de la patria. En cambio, los jóvenes se adaptaron rápidamente. Salieron forjados como fenomenales tiradores y excelentes cazadores. No les asustaba la corriente rápida de los ríos y pronto comenzaron a nadar en el mar. En la Rusia europea, que una sola persona cace un

oso, se considera una hazaña heroica. Aquí todos los jóvenes cazan osos por su cuenta. Nekrásov[241] dedicó una oda a un campesino que mató a cuarenta osos. Y he aquí los hermanos Piatyshkin y los Miakishev, que habían cazado cada uno a más de setenta. Luego estaban los Silin y los Borov, que habían matado varios tigres y ya perdieron la cuenta de los osos abatidos. En una ocasión se les ocurrió atar a un oso como divertimento y por poco lo pagaron con la vida. Todos estos cazadores portaban la huella de dientes de tigres y colmillos de jabalí. Todos habían visto varias veces la muerte de cara y solo la casualidad les había salvado de morir.

Los campesinos del Fudzin tratan la caza con mucha seriedad. No solo matan a la fiera; también se preocupan de que quede en buen estado. Es un hecho significativo. Tras acordarlo en reunión, decidieron no tocar a las hembras, cachorros, ni tampoco golpear a los machos durante la persecución. Además, ellos mismos asignaban los cotos, ellos mismos establecían sus límites, prometiéndose no cazar allí. De nuevo, el elemento llegado de Rusia no deseaba hacer caso de tal circunstancia y comenzó a mostrarse depredador. Dado que el coto surgió por iniciativa personal y se hallaba en tierras del Estado, no podían hacer responsables a los culpables. Esta circunstancia era aprovechada por los cazadores furtivos y el bienintencionado comienzo de los campesinos del Fudzin quedó en nada.

El valor de unas cornamentas en la región de Olga llega hasta los 1200 rublos el par. En la alquería de Permskoe, vi que el campesino Piatyshkin tenía unos de 52 centímetros de altura y 22 de grosor (la distancia entre los cuernos en su base era de 86 de centímetros). Justo en los extremos empezaban a ramificarse y su peso era de 4,4 kilogramos. Aquellas cornamentas se vendieron por un precio muy bajo: por 870

rublos. Según los hermanos Piatyshkin, en 1905 sacaron 2200 rublos por la venta de cuatro pares.

En el transcurso de estos relatos un hombre entró en la isba. Aparentaba unos cuarenta y cinco años. Era de estatura mediana, enjuto, con barbita y cabellos largos. El visitante hizo una reverencia, sonrió con culpabilidad y tomó asiento en una esquina sobre un cajón.

—¿Quién es? —preguntó Granatman.

—Kashlev, la «Muerte del Tigre» —respondieron varias voces.

Comenzamos a hacerle preguntas, pero resultó ser poco hablador. Tras permanecer sentado un rato, Kashlev se levantó.

—No es difícil matar una fiera, no hay nada de astucia en ello. La astucia es verla —dijo. Después se puso el gorro y salió afuera.

Supimos de algunas cosas acerca de Kashlev a través de los otros campesinos. Había recibido el apodo de «Muerte del Tigre» por haber matado más tigres que nadie. Nadie mejor que él podía seguir el rastro a una fiera. Kashlev siempre deambulaba solo por la taiga, dormía al raso y, a menudo, sin encender un fuego. Nadie sabía adónde marchaba ni cuándo regresaría. Era un auténtico vagabundo forestal. En el río Sandagou había encontrado una roca cerca de la cual siempre pasaban tigres. Desde allí los acechaba.

Entre los campesinos también había quien capturaba tigres vivos. Y, además, sin poner ningún cepo o jaula. Los atrapaban con las manos y los ataban con cuerdas. Cuando encontraban el rastro reciente de una tigresa con sus cachorros, lanzaban los perros y comenzaban a disparar al aire al tiempo que gritaban. Debido a tal ruido, los tigres salían corriendo por diferentes direcciones, momento en el

que empezaban a acecharles de uno en uno. Para una caza así se necesita audacia, habilidad y arrojo.

Nuestras conversaciones se prolongaron durante un buen rato. Eran tan interesantes, que estábamos dispuestos a escuchar esas historias hasta la madrugada. A medianoche, los campesinos se marcharon a sus casas.

Al día siguiente nos dirigimos a la alquería de Permskoe, situada 4 kilómetros más abajo de la aldea de Fudzin.

El bienestar económico de los campesinos de Permskoe era envidiable. Era una alquería que se podía calificar de modélica en todos los aspectos. Habían construido una escuela con donativos. Los muchachos disponían de muchos libros de ciencias naturales y geografía de Rusia. Todos los campesinos eran bastante leídos e instruidos. Algunos se interesaban por la técnica, que aplicaban en sus haciendas. En la alquería de Permskoe no había ninguna taberna. Un nuevo inquilino se permitió en nuestra presencia proferir un improperio chabacano. Había que ver la bronca que le echaron los antiguos habitantes. Todos los labriegos de Permskoe eran cazadores tan juiciosos como los de Fudzin.

La tierra del valle del Vay-Fudzin es muy fértil. Los campesinos no recordaban ningún año de malas cosechas, pese a que durante cuarenta años habían labrado la misma tierra sin echar abono.

En el periodo de las lluvias de verano, el agua que baja por las montañas colindantes rellena el río y se derrama por el valle. Las inundaciones más grandes tienen lugar en el curso bajo del Vay-Fudzin, allá donde el río recibe de golpe dos afluentes: el Sydagou, por la derecha y el Arzamasovka, por la izquierda. Según los habitantes de Permskoe, las inundaciones moderadas no solo no causan daños, sino que, por el contrario, incluso resultan provechosas, dado que una

vez acaban, en la tierra queda un limo fértil. Pero las inundaciones grandes se llevan por delante los campos labrados y ocasionan un daño irreparable.

El valle del Vay-Fudzin se ensancha de golpe a partir de la desembocadura del Sydagou, desde donde ya se divisa el mar.

El camino desde la alquería de Permskoe discurre al principio cerca del margen izquierdo del valle, al pie de la terraza, para luego desviarse a la derecha y aproximarse paulatinamente al río. Allí crece un bosque ralo de carácter lignario, compuesto de abedules negros enanos, alisos japoneses[242] de tronco retorcido en espiral y alerces de Olga[243]. El terreno arenoso de la parte de arriba estaba cubierto por una fina capa de limo de aluvión, que la hierba tapaba. Por donde quiera que la capa de césped esté expuesta a la erosión, la arena queda al descubierto. En consecuencia, el camino entre la aldea de Primorskoe y la costa era complicado.

Mientras salíamos a la ruta del correo, terminé de levantar un plano. Le di el portaplanos al fusilero que me acompañaba y cogí el fusil. Pese al largo camino ya recorrido, mi perra correteaba todo el rato por los matorrales, buscando pájaros. Una vez hizo muestra de oído. Me acerqué. La perra saltó entre la maleza, agarró algo con los dientes, lo sacudió con la cabeza y lo arrojó a un lado. Se trataba de un ratón listado, muy extendido por toda la región. Su tamaño es el de un ratón doméstico común, pero con tono amarillo parduzco y patas blancas. No es un ratón tan ágil como uno doméstico y por tal razón es presa fácil de aves depredadoras. Semillas de diversas plantas, bellotas de roble y raíces de hierbajos le sirven de alimento. Tras recoger el ratón como botín de caza, continuamos nuestro camino.

A mitad de trayecto entre la alquería de Permskoe y Post Olgui[244], a la izquierda, cuelga una roca a la que los lugareños llaman Chertov Utiós[245]. Quince minutos más de marcha y ya se sale al mar. El lector comprenderá el estado de alegría que se apoderó de nosotros. Nos sentamos sobre unas piedras y nos pusimos a contemplar con disfrute cómo las olas golpeaban la orilla.

La arena del mar había formado dunas, cubiertas por rosales silvestres, hierbas y robles enanos que más bien parecían arbustos antes que árboles. Allá donde el manto exterior de las dunas se deterioraba, llegaba la arena y sepultaba todo lo que se le ponía por delante.

Nuestro camino prácticamente había acabado.

Llegamos a Post Olgui el 21 de junio a las dos de la tarde y nos alojamos en sus viviendas. Todos nuestros cargamentos marchaban por el mar en un vapor. Mientras esperábamos, decidí ocuparme de inspeccionar los alrededores.

Capítulo XIV

El golfo de Olga

La historia del golfo. Tíjaya Pristán. El poblado chino de Shi-Min. Post Olgui. I. A. Piatyshin. La partida de P. K. Rutkovski. El monte Krestovaya. B. N. Bunin. La geología del golfo de Olga. Un buscador de oro chino. Aves. Un tigre en una cima. Picos pelados. Líquenes y musgos. Mabita. Búsquedas. Hielo subterráneo. Las fuentes del Sandagou. Ciervos sica.

El golfo de Olga (a 43º de latitud norte y 152º 57’ de longitud este respecto a la isla de Ferro) fue descubierto por el navegante francés La Pérouse[246] en 1787, que le puso de nombre Puerto Seymour. Durante la campaña de Crimea varias naves inglesas persiguieron a un buque de guerra ruso. Aprovechando la niebla, el barco se ocultó en una bahía. Los ingleses lo perdieron de vista y se fueron con las manos vacías. Dado que esto sucedió un 11 de julio, el día de Santa Olga, los rusos pusieron este nombre al golfo de su salvación. En recuerdo de haberse librado de su enemigo, colocaron una cruz en una alta montaña, que desde entonces pasó a llamarse el monte Krestovaya. A la entrada del golfo de Olga, a la derecha, se alza una roca solitaria a la que los marineros llaman la isla Chijachev. En esta roca se emplazó una torre de señalización que indicaba a las naves el lugar de entrada. Pero dado que en el verano la niebla envuelve casi todo el tiempo esta parte de la costa, la torre resulta absolutamente inútil, ya que, de todos modos, no es visible desde el mar.

El golfo de Olga está cerrado por tres partes. Tiene unos 3 kilómetros de longitud, la misma anchura y una profundidad de unos 25 metros. En invierno se hiela durante tres meses solo por su cara norteña. La parte nordeste del golfo forma otra bahía singular a la que los habitantes locales denominan Tíjaya Pristán[247]. Esta bahía conecta con el gran golfo a través de un estrecho paso y queda congelada durante largos periodos. Los sedimentos del río Olga rellenan gradualmente a Tíjaya Pristán, que tiene una profundidad media entre 10 y 12 metros, un kilómetro de profundidad y 500 metros de anchura.

En la orilla oriental del golfo se halla el poblado chino de Shi-Myn[248], al que los rusos llaman Koshka[249]. Anteriormente había sido el principal punto comercial chino en el territorio del Ussuri. Cada año llegaban aquí hasta un centenar de chalanas con mercancías desde Junchún. Los cazadores del Ussuri llevaban a Shi-Myn pieles de marta cebellina, valiosas cornamentas y el preciado ginseng. Las riquezas de la taiga se intercambiaban por los productos del mar. La larga hilera de barracones para el almacenamiento de mercancías y materias primas diversas que había situados en la costa, daban una idea de la envergadura de las operaciones comerciales de los chinos en el golfo de Olga.

En el extremo del golfo se encuentra un pueblo ruso que antes se llamaba Post Olgui. La primera construcción que surgió aquí, en 1854, fue un pabellón para marineros. En 1878 llegaron un inspector forestal y un practicante. Antes de su llegada, era el comisario de policía local quien cumplía con estas obligaciones; era el maestro, el médico y quien administraba justicia.

En 1906 había en Post Olgui una pequeña iglesia de madera, un hospital de migración, una estación de correos y

telégrafos, y varias tiendas al por menor. En la actualidad, Post Olgui no es ni un pueblo ni una aldea. En su mayor parte, sus habitantes eran *raznochintsi*[250] y soldados de reemplazo que habían arrendado la tierra al fisco. Nadie se dedicaba a la horticultura o al cultivo de cereales; nadie sembraba, segaba o armaba graneros. Pero todos construían casas, aunque fuera incurriendo en deudas. Todos confiaban en que Post Olgui se convertiría en una ciudad y que la tierra de la que se habían apropiado pasaría a ser de su propiedad, tras lo cual podrían venderla a buen precio.

La guerra ruso-japonesa tuvo duras consecuencias para este pequeño pueblo ruso, aislado de otros lugares habitados del territorio del Ussuri debido a la falta de caminos practicables. Artículos de primera necesidad como el petróleo, velas, jabón, té o azúcar no se podían conseguir a ningún precio. E incluso en la actualidad su población todavía pasa los días a pan y cebolla[251] a la espera de tiempos mejores. Algunos habitantes ya no están en Post Olgui; se marcharon a Vladivostok. Muchas de las casas están abandonadas y sus puertas y ventanas se hallan tapiadas con tablas. Sus dueños estarían contentísimos no solo de dar a alguien sus casas en alquiler, sino de darlas en usufructo sin ningún coste solo con tal de que otro vigile que no roben en ellas.

Cerca de Post Olgui hay un antiguo cementerio que está absolutamente abandonado. Dentro de unos pocos años se perderá por completo. Los primeros en ser enterrados allí, en 1860, fueron unos marineros que habían muerto de escorbuto.

Otra cosa notable del pueblo era un pequeño cañón de hierro colado emplazado sobre una cureña fija de madera. Lo vi en la plaza, cerca de la casa del inspector forestal. Estaba totalmente descuidado. Según relataban los habitantes más

antiguos, el cañón había sido llevado a Post Olgui para hacer señales a los barcos que se encontraran en mar abierto durante la niebla.

Como conclusión, aún me quedan unas palabras acerca de un habitante local que contribuyó muchísimo a la prosperidad de este rincón de las lejanas poblaciones rusas. Estoy hablando del campesino A. Piatyshin. Al cargo de una familia muy grande, este asombroso trabajador se hallaba ocupado en todo momento, siempre tenía algún quehacer. Primero, Piatyshin abrió un comercio en Post Olgui, pero al ser una persona de carácter bondadoso y crédulo, repartió a crédito todas sus mercancías y se había arruinado. Después se dedicó a la pesca, pero el agua se llevó su red. Entonces comenzó a recoger berza marina. Pero los trabajadores chinos, habiendo cobrado por adelantado un anticipo, huyeron a la desbandada. Posteriormente se dedicó a la explotación maderera, pero una inundación se llevó por delante el bosque que explotaba. Piatyshin reunió todo lo que le quedaba y comenzó a construir una fábrica de ladrillos, pero estos no tenían salida comercial. La extracción de mármol corrió la misma suerte y tampoco marchó bien la obtención de cal.

La última ocupación a la que se había dedicado sin éxito Piatyshin, era la construcción de casas por contrato y el trazado de calles en Post Olgui. Cualquier otro en lugar de I. A. Piatyshin haría tiempo que hubiera bajado los brazos y caído en la desesperación, pero él no se desanimó y volvió a dedicarse a la pesca. No se quejaba de nadie, solo culpaba a su destino, contra el que seguía luchando. Muchos emigrados necesitados encontraban trabajo remunerado con Piatyshin, quien aplicó mucho esfuerzo personal y dinero en el emplazamiento de Post Olgui. Por desgracia, en su tiempo no

recibió apoyo de ningún lado, abandonó todo y emigró al río Nelmú.

Los primeros dos días estuvimos descansando y no hicimos nada. Durante ese espacio de tiempo vino el destructor *Beshumniy*[252] de Vladivostok para recoger a P. K. Rutkovski. Por la tarde, P. K. Rutkovski se despidió de nosotros y montó en la nave. Al día siguiente, al amanecer, el buque partió a la mar. P. K. Rutkovski dejó los mejores recuerdos en el destacamento y estuvimos mucho tiempo sin poder acostumbrarnos a su ausencia.

Mi primera excursión por los alrededores del golfo de Olga la hice al monte Krestovaya.

La cruz que cité anteriormente seguía en su sitio, pero ya se había ladeado. Ya no estaba la placa metálica con una inscripción grabada. Solo quedaba la muesca y las huellas de los clavos.

Desde el monte Krestovaya se podían observar bien todos los alrededores. Por una parte discurría el ancho valle del Vay-Fudzin. Debido a que cerca del Sandagou efectuaba un viraje, su fondo no era visible. Otras montañas tapaban allí a la cordillera Sijoté-Alín. El Arzamasovka se extendía hacia el noroeste, torcía al norte y se perdía entre las montañas. La continuación de la bahía de Tíjaya Pristán es el pintoresco valle del río Olga, que fluye paralelamente a la costa.

Las montañas de las inmediaciones del golfo no son altas, pero sí muy abruptas. En su mayor parte, están compuestas de granito gris, pórfido de cuarzo, areniscas, roca hornsfels, arcosa y jaspe verde, en el que finas vetas de cuarzo están trazadas en diferentes direcciones. En los alrededores encontré muchas menas de hierro, cobre y argentoplúmbeas.

La mayoría de las colinas están cubiertas de pedregales, que son el resultado de la destrucción de las rocas minerales

debido a la acción de los agentes atmosféricos. Su formación puede seguirse desde el momento en que surgen grietas en las rocas, hasta su vertimiento en pequeños trozos. Si se golpea con un martillo estos bloques o se los arroja con fuerza contra el suelo, se rompen por las grietas en las que el agua penetró. Y por mucho que rompas estas piedras en trozos cada vez más pequeños, nunca presentarán puntos de rotura nuevos.

En Post Olgui conocí a B. N. Bunin, conocedor del territorio del Ussuri del Sur, que había recorrido de cabo a rabo. En 1901 los *honguzhis* le hirieron gravemente con una escopeta Falconet, tras lo cual quedó cojo de una pierna.

Un día se dirigió a las montañas para resolver unos asuntos y me invitó a ir con él. El 24 de junio, temprano por la mañana, salimos en una barca. Tras cruzar el cabo Mramorni[253], desembarcamos en la orilla frente a la isla de Chijachev. Esta excursión me dio la posibilidad de familiarizarme bien con el golfo de Olga y la desembocadura del Vay-Fudzin.

A lo largo de la costa y en paralelo se extienden, formando hileras, unos pantanos y lagunas alargadas, separados entre sí por terraplenes de arena. Cuanto más se acerca uno a la costa, más recientes y marcados están estos terraplenes. En ellos, formando bancales, crecen los alisos[254] con ramas de hoja pequeña y las espireas[255], un pequeño arbusto con flores blanquirrosas. En muchos puntos ya no quedaba ni rastro de los terraplenes; tan solo la vegetación indicaba su emplazamiento anterior. Las excavaciones realizadas en algunos lugares habían hecho aflorar trozos de conchas marinas. El río y el mar han trabajado en el aumento de tierra firme de manera simultánea. El primero portó materia compactada y el segundo la acumuló en los terraplenes. En la actualidad, en el curso bajo del río se han formado muchas

islas. Acaban de aflorar a la superficie y están compuestas de arena limpia que la hierba todavía no ha tenido tiempo de cubrir.

Al geólogo se le presenta un panorama de pasado remoto. El golfo de Olga tenía un aspecto totalmente diferente del que tiene ahora. Era tres veces más grande y penetraba a lo lejos en tierra firme, en la vertiente occidental. Desde el mar se veían claramente los límites del antiguo golfo, al que iban a dar de manera independiente el Vay-Fudzin, el Sydagou y el Arzamasovka. El terreno pantanoso de la parte inferior del valle del Avvakumovka, los ramales, las lagunas y las mangas ciegas que se fusionaban con el mar, así lo indicaban. Cerca de la desembocadura, la corriente del río es casi imperceptible. E incluso al contrario; con viento fresco del este y durante la marea ascendente, se observa el movimiento inverso del agua. En el peñón Chertov se podía ver la huella de la marea marina. Este callado testigo nos dice que en algún tiempo también fue bañado por las olas del Gran Océano.

¡Cuántos siglos se han necesitado para erosionar las duras rocas y convertirlas en arena! ¡Cuánto tiempo ha sido necesario para llenar el golfo de arena grano a grano y desalojar al agua del mar! Los bosques con troncos caídos también han participado de manera importante en el llenado del valle. Miles de grandes astillas y tocones atascaban el lecho del río y la isla. La arena se lleva los troncos y en la superficie solo quedan ramas y raíces que sobresalen y poco a poco también quedan sepultadas. Cada nueva inundación trae consigo nuevos troncos, que coloca por encima. Luego vuelve a aparecer la arena y así sucesivamente. Así es como retrocede el océano y aumenta la tierra firme. Llegará un tiempo en que el Vay-Fudzin vaya a dar no al golfo de Olga, sino directamente al mar.

Desembarcamos en la orilla sur del golfo a eso de las diez de la mañana. Dejamos atrás la barca y fuimos a pie hacia las montañas. Por el camino se nos unió un chino: un buscador de oro. Llevaba en el morral una pala de hierro sin mango, un canastillo de madera para lavar la arena y un pico ligero de astil corto. Se trataba de un hombre de mediana edad, delgado, con el rostro picado de viruelas y tocado con un sombrero de paja. Contestó de buena gana a las preguntas que le hicimos, cosa que me dio la posibilidad de familiarizarme con las mañas que empleaban los chinos para buscar oro. Antes que nada, se afanaba por hallar un río frente al cual hubiera una isla en el mar. Era la señal fidedigna de que en el valle había oro. Mientras ascendía por el río, iba buscando un afluente frente a cuya desembocadura hubiese una roca vertical; más aún, que el nuevo valle fuera estrictamente perpendicular respecto al plano de la roca y contara con no menos de 2 kilómetros de longitud. Si la distancia era inferior o si el valle no discurría exactamente en ángulo recto a la roca, no servía. El chino siempre caminaba delante, buscando sin cesar nuevos afluentes, cuya extensión, por cierto, se reducía de 2 kilómetros a 1 luego hasta 1,5, y así sucesivamente. El último manantial tendría unos 200 metros de largo. El chino se detuvo y dijo que había que buscar oro allí. Se puso a examinar los guijarros y la arena del arroyo. Ambas cosas por lo visto le satisficieron y decidió quedarse ahí para iniciar la prospección. Muchas de sus explicaciones me resultaban incomprensibles. Así, por ejemplo, decía que había personas que sentían directamente la presencia del oro en la tierra. Él mismo decía contarse entre ellas. Por lo que respecta a la topografía del terreno por el que íbamos caminando, este presentaba montañas de pendiente suave y fuertemente denudadas. En algún punto sobresalían peñas

que se hallaban en la última fase de erosión. La mayoría de ellas ya se habían transformado en un pedregal.

La vegetación presentaba el mismo carácter que cerca de Post Olgui. Robles, abedules, alcornoques del Amur[256], álamos, fresnos y sauces crecían en grupos o de manera aislada. Los diversos arbustos, en su mayor parte lespedezas, mundillos[257] y filipéndulas enredadas con vides y arvejas silvestres[258], hacían que algunos lugares fuesen impracticables, sobre todo si con ellos se mezclaban las aralias[259]. Es muy difícil andar entre estos arbustos en un día caluroso. El único deleite son los arroyos con agua fría.

A mediodía llegamos a la línea divisoria de aguas. El sol lucía en el cielo e inundaba la tierra con sus abrasadores rayos. El calor era inaguantable. Ni siquiera a la sombra se podía encontrar fresco. Tras descansar un poco en el monte, comenzamos a descender por el arroyo, hacia el oeste. El panorama que se extendía ante nosotros era bastante monótono. Miraras adonde mirases, había colinas por doquier. Y por todas partes se veía la misma vegetación.

Un aire incandescente, cargado de humedad, pendía sobre la tierra. Las hojas de los árboles y los matorrales estaban abatidas, parecían no tener vida.

No vimos ni un solo animal en todo el día, pese a toparnos con huellas de cabras y ciervos. Durante el camino no dejé pasar la ocasión de hacer unas anotaciones sobre aspectos ornitológicos.

Primero de todo citaré al pito real de cabeza roja[260]. Dicen que camina por el suelo bastante bien. Ágil, asustadizo y chillón, por sus maneras se parece a sus abigarrados compañeros. Luego estaban las alondras manchúes cuyos graznidos se oían por todas partes. Algunos pájaros salían volando a nuestros pies y, tras alejarse un poco, volvían a

posarse sobre el suelo. Parecía que el calor no les afectaba en absoluto; ascendían bien alto al cielo e inundaban los alrededores con su sonoro canto. En una depresión, los perros espantaron a varios archibebes[261] de unas ciénagas aterronadas. Maté a uno de ellos. Resultó ser una agachadiza colirrara[262]. De otro lugar de la espesura salió volando una bella y zancuda becada solitaria[263]. En algunos puntos se veían bisbitas de Hodgson[264] sobre los troncos caídos y los tocones. Correteaban velozmente por la tierra y se calentaban al solecito. No emprendían el vuelo cuando se acercaban personas, sino que se ocultaban hábilmente entre los arbustos y volvían a salir cuando se convencían de que el peligro había pasado. A juzgar por la gran cantidad de aves pequeñas que había en ese lugar, podía admitirse la presencia de un pequeño gavilán. Y, efectivamente, espanté a un gavilancito japonés[265] que estaba en la hierba, cosa muy rara, dado que sus patas no están adaptadas para caminar por el suelo. Tal vez estas rapaces supieran por experiencia que, posadas sobre árboles secos, su aspecto asustaba a los pájaros pequeños, mientras que, ocultos, podían confiar en capturar antes a su presa.

El día se acercaba a su fin. El sol declinaba hacia el oeste y los árboles proyectaban sobre la tierra sombras alargadas. Teníamos que parar para pasar la noche. Tras escoger un lugar con agua, nos pusimos a montar el vivac.

Por la noche estuve largo rato sentado con B. N. Bunin junto al fuego. Me estuvo contando cosas acerca de sus viajes, de los *honguzhis*, de la caza, etc. Finalmente sentí que el sueño comenzaba a apoderarse de mí. Me acosté de cara al fuego, me envolví en mi *burka* y pronto caí dormido.

Al día siguiente nos despedimos del buscador de oro. Dio media vuelta, hacia el puerto, y nosotros nos dirigimos al río

Sydagou, desde donde regresamos a Post Olgui.

El descenso del monte Krestovaya resultó más difícil que su ascensión. De regreso me desvié un poco del camino y fui a dar a un pedregal cubierto de matorrales y artemisas pétreas. Cuando entramos en la aldea, en las casas ya había luz. Volviendo en sí, vertí mis observaciones en el diario y me acosté temprano.

El 26 de junio el cielo comenzó a encapotarse. Un viento entrecortado arreaba los nubarrones y la espesa niebla. Era una mala señal. Por la noche llovió e hizo viento, que no cesó durante tres días seguidos. El 28 se desencadenó una fuerte tormenta y una lluvia torrencial. El agua corría por las montañas a impetuosos chorros, los ríos se desbordaron y las comunicaciones de Post Olgui con las aldeas vecinas quedaron cortadas.

Mientras esperábamos al vapor que debía traer nuestros cargamentos, decidí ir a inspeccionar el río Sydagou. Marqué la siguiente ruta: atravesar la línea divisoria de aguas cerca de la montaña Tazá, bajar por el Sandagou y salir de nuevo al Vay-Fudzin. Se necesitaban seis días para ejecutar este trayecto.

Pasamos el 1 de julio recogiendo y preparando cosas. Dejé los caballos en el pueblo, para que descansaran. De los hombres, solo me llevé a Zagurski y Turtyguin. Tuvimos que llevar nuestras cosas a cuestas, en los morrales.

Por la mañana, tras la tormenta, aún cayó un calabobos. A mediodía el viento deshizo la barrera de niebla, el sol se asomó y, de repente, todo cobró vida: el mundo terrestre volvió a ser maravilloso. Las piedras, los árboles, la hierba y el camino adoptaron un aspecto festivo; los pájaros comenzaron a cantar en los arbustos y los insectos surgieron en el aire.

Incluso el ruido del agua, que bajaba formando cascadas espumosas, se tornó jubiloso y alegre.

Cruzamos el Vay-Fudzin a caballo y después marchamos por la ruta postal que unía Post Olgui con la aldea de Vladimiro-Alexandrov, en el Suchan.

El río Sydagou tiene una longitud de 60 kilómetros. En su mitad superior fluye en paralelo al Vay-Fudzin, luego tuerce al este y va a dar a él frente a la alquería de Permskoe. Justamente fuimos a parar al lugar donde el Sydagou forma un recodo. Este río es muy pedregoso, con muchos rápidos. Los habitantes de Permskoe al principio intentaron transportar maderadas por este río, pero estas caían tan fuertemente contra las piedras, que hubo que desechar la idea. La parte baja del valle, donde discurre la ruta postal, es abierta y apta para el cultivo. La del medio es boscosa y la superior, pelada y pedregosa.

El bosque en el Sydagou crece virgen y majestuoso. Aparte de los cedros, un naturalista-botánico señalaría aquí abetos, abedules negros, nogales de Manchuria[266] y también los alerces coreanos, que crecen junto con los robles y los arces pintados[267] («mono» es en realidad el nombre que los oroches[268] dan a este árbol. El académico Maxímovich lo mantuvo como nombre genérico). En medio de filipéndulas, lespedezas, avellanos y mundillos allí crecían el espino chino[269] de corteza gris, escasas espinas y hojas profundamente hendidas, y un pequeño cerezo aliso[270] inclinado sobre la tierra y enredado con un eleuterococo[271]. Normalmente los tallos leñosos sirven de báculo para las plantas trepadoras, que hacen todo lo posible por ascender hacia el sol. Meten a presión sus tallos en la corteza de los árboles con tanta fuerza, que forman en ella profundas muescas.

Entre estas trepadoras puede también señalarse la ya conocida *actinidia kolomikta* y un toronjil de aroma que realmente recuerda al limón. En los lugares húmedos crecían helechos canela[272], con pelusilla roja en los tallos, cosa que otorga a esta planta un aspecto muy efectista, y todo un monte bajo de sombrerera[273]. Sus hojas son grandes, dentadas de manera desigual, por arriba de color verde claro y por abajo mate pálido. En primavera es el plato más sabroso para los osos.

Apenas entramos en el bosque, dimos enseguida con un sendero. Tras las recientes lluvias, el bosque estaba bastante húmedo. En las inmediaciones del río, en el fango y en la arena, nos topábamos por doquier con huellas de jabalíes, venados, ciervos de Manchuria[274], corzas, almizcleros[275], glotones, linces y tigres. Varias veces levantamos a las fieras de su yacer, pero en la espesura no se les podía disparar. En una ocasión, un jabalí pasó corriendo muy cerca de mí. Fue una cosa tan inesperada, que mientras me quitaba el fusil del hombro y montaba el gatillo, desapareció sin dejar rastro.

La senda nos llevó al mediodía hacia una *fansá* china. Un montón de pieles dispuestas en el granero atestiguaba que sus habitantes se dedicaban a la caza con mucho éxito. La *fansá* era nueva, por lo visto de reciente construcción. Sobre el tejado había extendidas dos pieles de ciervo y de un cordel sobre una hoguera hecha para espantar los mosquitos, pendía bilis de oso. Los chinos la utilizan como medicina contra el tracoma. Para ello diluyen en agua la bilis seca y luego humedecen los párpados con un trapo. La bilis de oso se valora entre dos y cinco rublos dependiendo de su volumen.

Ese día pudimos recorrer 22 kilómetros.

El bosque en la ribera izquierda se acababa y comenzaba la quemada[276]. Las montañas que bordeaban el valle,

compuestas de diorita, sienita, cuarzos y porfiditas de feldespato, se hallaban completamente desprovistas de bosque y cubiertas de pedregales por doquier. El curso superior del Sydagou tiene el aspecto de un pequeño arroyo alpino al que a derecha e izquierda van a dar numerosos arroyuelos. Durante las últimas inundaciones, el agua había derrubiado el lecho del río, que tiene una anchura de más de 200 metros. Todo ese espacio estaba anegado de arena y guijarros. A la derecha, allá donde terminaba un banco de arena pedregoso, comenzaba de golpe una orilla escarpada. A ras del suelo se veía que los terrenos del valle se componían de los mismos guijarros, mezclados con limo.

En un punto el río presentaba un meandro; su cauce discurría por la orilla contraria y por la nuestra se extendía otro largo tramo. Allí fue donde montamos el vivac. Plantamos las tiendas al borde de la orilla, cara al río y de espaldas al bosque, y delante prendimos un gran fuego.

Ese día me sentí un poco indispuesto, por lo que no esperé a cenar y me acosté. Soñé que caía en una trampa y me dolieran mucho los pies por ese motivo. Cuando me desperté, ya estaba oscuro.

Tras orientarme, comprendí la razón de mis sueños. Los dos perros estaban tumbados a mis pies, mirando a los hombres con expresión de temor, como si tuvieran miedo de que fueran a pegarles. Les eché fuera y corrieron al otro extremo de la tienda.

—¡Caramba! —dijo Zagurski—. No quieren ir afuera.

El comportamiento de los perros era realmente extraño. En particular, me sorprendía Leshi. Siempre iba a los arbustos y se tumbaba por detrás de la tienda, pero ahora se acurrucaba junto a los hombres. Finalmente echamos a los perros, pero

no por mucho tiempo. Al cabo de unos minutos volvieron a meterse en la tienda y se acomodaron cerca de la cabecera.

En ese momento se oyó un murmullo en el bosque. Los perros alzaron la cabeza y aguzaron el oído. Me puse de pie. El borde de la tienda me llegaba justamente a la barbilla. El bosque estaba en calma y no noté nada sospechoso. Nos sentamos a cenar. Al poco tiempo se produjo el mismo ruido, pero más fuerte y más hacia un lado. Entonces nos pusimos a mirar los tres juntos. Pero, como a propósito, en el bosque volvió a hacerse el silencio. Aquello se repitió varias veces seguidas.

—Probablemente son ratones —dijo Turtyguin.

—O tal vez una liebre —respondió Zagurski.

Finalmente nos tranquilizamos. Tras tomar el té, los fusileros comenzaron a acordar las horas que debía cada uno montar guardia por la noche. Yo había descansado bien, no tenía ganas de dormir, por lo que les propuse acostarse. Mientras, resolví ocuparme de mi diario.

—¡Fuera de aquí! —gritaron los fusileros, echando a los perros de la tienda.

Los perros salieron y se sentaron un poco junto al fuego, pero luego volvieron a entrar. Leshi se pegó a los pies de Turtyguin y Alpa se tumbó en mi sitio.

La noche era tan silenciosa, que incluso los chopos temblones quedaron petrificados y sus hojas no tremolaron. En el viento soñoliento se percibían unos sonidos confusos, como si alguien estuviese suspirando o susurrando. En algún lugar el agua goteaba y apenas se oía a los grillos chirriar. Por el cielo oscuro, sembrado de miles de estrellas, relumbraban relámpagos apenas perceptibles. Los reflejos rojos de la hoguera se dispersaban por el suelo de manera irregular. Más

allá de su alcance, la oscuridad de la noche parecía todavía más negra.

Eché un poco más de leña al fuego y me puse a hacer anotaciones en mi diario. En ese instante los dos perros levantaron la cabeza y empezaron a gruñir sordamente. Me levanté de mi sitio, eché un vistazo alrededor y, aunque no vi nada, sí pude oír un susurro lejano. «Probablemente es un tejón o un castor», pensé y me senté de nuevo para hacer mi trabajo. Transcurrió una media hora. De repente, oí cómo a un lado del vivac, a la izquierda, caían unos guijarros. Alguien estaba bajando del barranco hacia el río. Según mis cálculos, estaba a unos 50 metros de nuestra hoguera, no más. Protegiéndome los ojos de la luz con la mano, empecé a mirar atentamente al río. Los perros expresaban mucho temor. Alpa se acurrucó en el fondo de la tienda. Luego oí cómo alguien se movía con sigilo por el banco de arena. Los guijarros se distribuían a los lados bajo la presión de unos pies. No era un animal ungulado. Los ciervos de Manchuria y los venados golpean con las patas con más fuerza. Tampoco se podía tratar de un animal pequeño porque su peso corporal sería insuficiente para producir tal ruido. Era un animal grande con zarpas grandes y mullidas. El tintineo de los guijarros se alejaba en dirección al río cuando, de pronto, en el borde del banco de arena, junto al agua, vi una sombra alargada. «¡Un tigre!», se me ocurrió pensar. Sin quitar ojo a la fiera, estiré la mano hacia el fusil, pero, como adrede, no resultó estar al alcance. Lo que sucedió posteriormente se asemejó a un tumulto. Di un empujón a Zagurski y agarré un arma. El fusilero, medio dormido, empujó la perra. Alpa se asustó, se echó al otro lado y fue a sentarse sobre la cabeza de Turtyguin. En ese instante disparé. El animal, que estaba en el banco de arena, emitió un sonido corto y entrecortado,

similar a un resoplido, y se lanzó al agua. Después ganó rápidamente la otra orilla y desapareció entre los arbustos.

Se nos quitó el sueño. El vivac se alborotó. Las voces de los hombres se mezclaban con los ladridos de los perros; todos se afanaban por relatar lo que habían visto. Zagurski decía que había visto un jabalí, pero Turtyguin discrepó y demostró que había sido un oso. Los perros se alejaban de la hoguera ladrando, para de inmediato regresar. Solo hacia el amanecer se calmaron un poco.

Al cabo de unas dos horas el cielo comenzó a azularse. Ya se podía distinguir la orilla contraria y los troncos que el agua llevaba. Fuimos al lugar donde habíamos visto a la fiera. Cerca del agua, en la arena, se veían claramente las huellas de una gran zarpa felina. Por lo visto, el tigre había deambulado largo rato cerca del vivac con la intención de atrapar algún animal. Los perros le habían olido y por eso se habían agazapado en la tienda. El tigre que habita en el territorio del Ussuri es más grande que su congénere indio. Tiene un cuerpo de 2,7 a 3 metros de largo, una altura entre 1,2 y 1,5 metros y pesa entre 250 y 300 kilogramos. El tono de su pelaje es igual de abigarrado que el de los tigres sureños, aunque a veces se dan ejemplares de colores más pálidos, con rayas escasas y deslucidas. El tigre es un animal extraordinariamente bello. El color básico de su piel es un amarillo herrumbroso que las rayas negras abigarran. En el pecho, cuello y patas delanteras tiene menos rayas, pero en el lomo y las patas traseras las tiene marcadas de manera muy viva. Su cabeza es abigarrada, no tiene patillas y su panza es blanca. Es un color que le protege perfectamente. Cuando corre por la taiga, entre los arbustos desprovistos de hojas, sus colores negro, amarillo y blanco se funden y la fiera adquiere un monótono matiz gris pardo. En otoño, entre las parras rojizo anaranjadas y los helechos secos amarillentos en los

que hay bastantes hojas marchitas y ennegrecidas, es difícil ver a un tigre incluso a poca distancia. Es posible que si se estudiara más minuciosamente a este tigre de largo pelaje, resultara ser un pariente del tigre de las cavernas que en algún tiempo habitó en Europa. Entonces cabría considerar que el territorio del Ussuri es su patria. A este animal le gusta entrar en las cuevas. En verano a menudo tenía ocasión de ver en ellas huellas de tigre y huesos roídos. A este tigre no le afectan las condiciones climáticas del país. Ni el frío ni la nieve le atemorizan. Se mantiene allá donde la maleza sea más espesa y haya alimento suficiente; principalmente cabras, jabalíes y ciervos. Habita en la parte meridional del territorio del Ussuri. En la costa, su hábitat natural llega hasta el cabo de Guiliak. Más adelante se le puede ver por todo el valle del Ussuri y sus afluentes. Y también por el Mujen, el Pijtse, el Aniui y el Jungari, que van a dar al Amur por su ribera derecha. Ejemplares aislados cruzan aún más lejos, hacia el este y el norte. Si tiene bastante alimento, el tigre no toca al ganado de granja. Solo la necesidad extrema le obliga a aproximarse a las aldeas y atacar al hombre. Los tigres cazan perros con especial afán.

Me acordé de Dersú. Me había dicho que el tigre no tiene miedo del fuego y que se acerca con valentía a un vivac si este está en calma, cosa de la que ese día tuvimos ocasión de comprobar. Tras tomar el té de la mañana, volvimos a hablar de la alarma que se había producido por la noche y luego nos pusimos a preparar los morrales.

Giramos a la derecha nada más abandonar el vivac y marchamos a las montañas siguiendo un pequeño manantial.

La ascensión resultó prolongada y dura. Cuanto más subíamos, más escasa era la vegetación. Los gigantes del bosque quedaban ya atrás. En su lugar aparecían pequeños

robles torcidos, serbales[277] de ramas desnudas y hojas débilmente cubiertas de vello, abedules coreanos[278] de corteza afelpada que cuelga del tronco a jirones, rododendros de hojas coriáceas que a veces resisten al frío y díctamos[279]. Turtyguin se sentó junto a un arbusto y se puso a fumar una pipa. Apenas encendió el fósforo, los óleos etéricos que rodeaban a la planta se inflamaron ruidosamente, produciendo una llama incolora. Aquello gustó a los fusileros, que comenzaron a montar fuegos artificiales cerca de cada matorral. Finalmente, rogándoles que reservaran los fósforos, les detuve. Si una persona poco acostumbrada a los días de calor sin viento se mete en una maleza dominada por estos matorrales, podría sentirse indispuesto, dado que emanan gran cantidad de óleos etéricos.

La subida a la cordillera empezaba desde ese lugar. Tomé la dirección siguiendo una estría cubierta de pedregales. Era interesante observar cómo se adaptaban al medio los árboles que crecían sobre las piedras. Parece como si buscaran conscientemente la tierra, a la que enviaban sus raíces por la dirección más corta. Al cabo de una hora llegamos a una zona donde crecían musgos y líquenes.

¿De dónde sacaban estas criptógamas la humedad? El agua no se mantenía en las piedras, pero los musgos crecían de manera exuberante. Estaban muy húmedos al tacto. Si se les exprimía con la mano, goteaban. La respuesta a esta pregunta nos la daría la niebla, pues es una permanente fuente de humedad. Los musgos obtenían agua no de la tierra, sino del aire. Dado que en el territorio del Ussuri en primavera y verano hay muchos más días de niebla que de sol, se comprende muy bien el exuberante crecimiento de los musgos entre los pedregales.

Pero he aquí que dejamos los musgos atrás y ahora comenzaban los picos pelados, lo cual no significa que las piedras que componen los pedregales en la cima de las montañas estén desnudas; están cubiertas de líquenes que también se nutren de la humedad del aire. Dependiendo de la época del año se tornan o bien secos (por lo que se hacen enseguida polvo cuando los frotas con los dedos), o bien se vuelven suaves y húmedos. Los líquenes atrofiados forman una fina capa de terreno sobre la que crecen los musgos y, ya después, las hierbas y los arbustos.

Cuando subimos a la cima de la sierra, la bruma matutina se había despejado y se abría una vista fenomenal en todas las direcciones. Abajo fluía el río Sydagou y desde arriba se veía bien cómo serpenteaba por el bosque y cómo brillaba al sol. Al norte se alzaba la montaña Tazá, que teníamos que rodear. Al sudoeste se divisaba la cuenca boscosa del Pjusun[280]. Al sudeste, el mar. Al oeste, otras montañas. No todo el mundo podía distinguirlas, para eso hace falta gran experiencia, pues las cumbres ya conocidas cambian sus contornos hasta quedar irreconocibles. Por ejemplo, el monte Stolovaya. Si se le mira en la dirección de un eje longitudinal, parece un pico puntiagudo. La montaña Tazá nos sirvió de excelente punto de observación, cosa que me dio la posibilidad de tomar la dirección correcta.

A mediodía di señal para hacer un alto. Teníamos sed, pero no había agua por ninguna parte. Bajar al valle quedaba lejos, por lo que decidimos aguantarnos la sed, descansar un poco y continuar avanzando. Los fusileros se tumbaron a la sombra de las rocas y pronto quedaron dormidos. Probablemente estuvimos durmiendo durante bastante rato, porque el sol había cruzado el cielo y ya se escapaba tras las rocas. Me desperté y miré el reloj. Eran las tres de la tarde y teníamos que darnos prisa. Todos sabían que solo hacia el crepúsculo

llegaríamos adónde había agua. No había más remedio, solo restaba armarnos de paciencia. La cordillera por la que caminábamos en aquel momento, estaba formada por una serie de cumbres peladas que se elevaban la una sobre la otra en orden ascendente. Más adelante, a unos 20 kilómetros, discurría perpendicularmente otra cordillera de las mismas características. En esta última, por su vertiente derecha, se divisaba la montaña Tazá, que ya conocíamos. Debíamos hallar el macizo donde se fusionaban ambas cordilleras y, desde allí, iniciar la bajada al valle del río Sandagou.

El día, como a propósito, resultó apacible, sin viento; el calor era inaguantable. Probamos una vez a bajar de la cordillera en busca de agua. No la encontramos, pero, en cambio, subiendo de vuelta quedamos tan derrengados, que no volvimos a pasar por tal experiencia. Al encaramarnos en la cima, confiábamos en ver por alguna parte algo que presagiara la cercanía del agua, pero la decepción siempre sustituía a la esperanza. Delante, aparte de pedregales pelados e inhóspitos, no se veía nada. Si no hubiera esos pedregales y esas rocas, igual se podría contar con hallar alguna grieta llena de agua de lluvia. Pero ¿qué puedes encontrar entre los montones desordenados de piedras? Los hombres caminaban en silencio, con la cabeza gacha y la lengua fuera. Los perros iban por detrás, despacio y cruzándose.

En las montañas las distancias son muy engañosas. Anduvimos todo el día, pero la cordillera que servía de divisoria de aguas entre el Sandagou y el Sydagou parecía también alejarse. Tenía muchas ganas de llegar hasta allí, pero pronto me convencí de que no lo lograríamos en esa jornada. El día llegaba a su fin; el sol ya estaba casi sobre el horizonte.

Las piedras recalentadas durante el día desprendían calor. Solo el viento portaba frescor.

Ante nosotros se alzaba otra montaña de gran altura. Teníamos que «tomarla» a toda costa. La sombra del atardecer caía sobre todos los montes cercanos. Solo una de aquellas colinas se hallaba aún alumbrada por los rayos de sol. La última ascensión resultó muy complicada. Paramos a descansar unas tres veces, para luego reanudar la subida y continuar la escalada sacando fuerzas de flaqueza.

Cuando alcanzamos la cumbre, el sol ya se había puesto. Los destellos del crepúsculo vespertino aún estuvieron un tiempo jugueteando entre las nubes, pero pronto comenzaron a quedar engullidos por el humillo de la niebla de la tarde.

El temor a no encontrar agua antes de la noche, nos transmitió energía a todos. Tras la montaña había una profunda ensillada y, junto a ella, una cavidad cubierta por una vegetación lignaria enana. Comenzamos a bajar por la quebrada. Cuanto antes encontráramos agua, menos esfuerzos emplearíamos al día siguiente en la ascensión de vuelta a la cordillera. Por eso todos prestaban oído atentamente mientras bajaban. La quebrada pronto adquirió el aspecto de un barranco. La hierba y los matorrales, que gustan de la humedad, crecían espesamente en su fondo. Ya habíamos descendido de la ensillada unos doscientos metros, pero seguíamos sin ver agua. De repente, mi oído captó un ruido sordo subterráneo. Los fusileros se despojaron de los morrales y se pusieron a examinar las piedras, pero el agua resultó estar lejos. Entonces bajamos más y comenzamos de nuevo a cavar en la tierra. Esta vez el éxito coronó nuestros trabajos: hallamos agua. Lo primero que hicimos fue lanzarnos a aplacar la sed, pero el agua estaba tan fría, que solo se podía beber a pequeños sorbos y a intervalos.

Cuando Turtyguin hubo prendido el fuego, me puse a examinar el torrente. La temperatura del agua era de 0,9 °C.

Introduje la mano en un orificio que se había formado y saqué de allí varias piedras, cubiertas por capas concéntricas de hielo. Había tanto, que las piedras parecían estar sujetas a él. En algunos puntos, el hielo alcanzaba 10 centímetros.

Los fusileros prepararon té varias veces. Lo tomaron antes de plantar la tienda. Luego, una vez esta estuvo armada, tomaron más. Y también antes de dormirse. Tras la cena, todos quedaron dormidos de inmediato. Solo los perros vigilaban el vivac.

El día siguiente resultó tan sofocante y caluroso como el anterior.

En el territorio del Ussuri, los calores veraniegos siempre son muy húmedos. La causa es el monzón, que va cargado de la humedad del mar.

El manto de césped y una enorme cantidad de hojas heladas en el suelo contenían buena parte de la humedad y no dejaban que se desplazara a los valles. Por el día, cuando el sol calienta, esta humedad empezaba a ascender hasta saturar el aire por completo. Esto se explica por el rocío matutino y el relente de la noche, tan abundantes que mojan la vegetación como si hubiera llovido antes. Con una temperatura estival y una abundancia de riego comparativamente altas, el clima del territorio del Ussuri podría ser muy favorable para la horticultura, pero la terrible sequedad y los fuertes vientos del invierno resultan nocivos para los árboles frutales y no les permiten crecer como es debido.

Los calores húmedos fatigan mucho a personas y animales. La humedad se asienta en el rostro, las manos y la ropa, el papel se vuelve *vakjoiu*[281] y deja de hacer frufrú, el azúcar se deshace, la sal y la harina se hacen pegotes dentro del morral, el tabaco no puede fumarse y en el cuerpo a menudo surge una eflorescencia tropical.

Transcurrieron unas dos horas antes de volver a alcanzar la divisoria de aguas. El descenso comenzaba ahí. Las montañas que bordeaban las fuentes del Sandagou también estaban desforestadas a causa de los incendios. Normalmente, tras las primeras quemas, los árboles y los matorrales se quedan secos. Un segundo incendio afecta ya a las raíces; los árboles caen a tierra y arden hasta que les apaga la lluvia. El tercero destruye los últimos restos y solo la maleza cerca de los tocones indica que allí hubo un bosque en algún tiempo. Con la desaparición de los bosques, los rayos de sol obtienen libre acceso a la tierra, cosa que, por su parte, se refleja en el desarrollo de la vegetación herbácea. En los lugares quemados siempre crecen exuberantes hierbas que superan la altura de una persona. Siempre es difícil caminar por un monte bajo así, atestado de troncos.

El descenso de la cordillera no resultó tan fácil como su ascensión. Los hombres se caían a menudo, haciéndose daño contra las piedras y los nudos de la frasca[282]. Bajamos al lecho seco de un arroyo y de nuevo estuvimos largo rato sin poder encontrar agua. Los baches, los fosos, las pilas de piedras, el monte bajo de aralias, los insectos y el calor hicieron que esta parte del camino fuese muy difícil.

Llegamos finalmente al Sandagou después del mediodía. En su lecho no había ni una gota de agua. Tras descansar un poco a la sombra de los arbustos, seguimos avanzando y solo hacia la tarde pudimos aplacar la sed que nos atormentaba. Allí, en una profunda fosa, había muchas truchas alpinas[283]. Zagurski y Turtyguin pescaron tantas como quisieron, cosa que vino muy bien, pues los alimentos que lleváramos consigo nos vendrían bien al final.

En la parte superior del Sandagou confluyen dos ríos: el Mali Sandagou[284], que tiene sus fuentes en la montaña Tazá,

y el río Bolshoi Sandagou[285], que toma su curso en el mismo punto que el Erldagou (afluente del Vay-Fudzin). Fuimos a dar al segundo río casi en sus mismas fuentes. Tras recorrer a su vera 2 o 3 kilómetros, nos detuvimos a pernoctar cerca de una fosa con agua al borde de una terraza derrubiada. Por la noche volvimos a alarmarnos. De nuevo, un animal se había acercado al vivac. Los perros se mostraron muy inquietos. Zagurski disparó un par de veces al aire y ahuyentó a la fiera a gritos.

Al día siguiente, era domingo. Aprovechando que solo había agua en lo hondo del río, caminamos directamente por su lecho. En la parte media del Sandagou crecen bosques tan tupidos como en el Sydagou. Por todas partes, se veían numerosas huellas de animales.

El río efectuaba en un punto un gran meandro. Los fusileros marchaban delante y yo iba un poco más rezagado. Al doblar la sinuosidad, vieron en el ramal a unos ciervos *sica*: un macho joven y una hembra. Zagurski disparó y mató a la madre. El añojo no salió corriendo; se detuvo y miró perplejo lo que aquellas personas hacían con su madre, que no se levantaba del sitio. Ordené tres veces a Turtyguin que lo ahuyentara, pero tres veces regresó. Hubo que espantarlo con los perros.

Acampamos en el lugar de la caza. Decidimos cargar con parte de la carne y entregar el resto a los chinos.

Por la noche el tiempo se estropeó. La mañana amenazó lluvia. Recogimos nuestros morrales a toda prisa y hacia el mediodía llegamos hasta la peña junto a la que Kashlev vigilaba los tigres. El lugar presentaba una vaguada entre la roca y un profundo cauce que no se helaba ni siquiera en invierno. Allí los carnívoros a rayas acechaban

constantemente a los jabalíes y luego Kashlev daba caza a los primeros.

Tras alejarnos unos 5 kilómetros de la roca, finalmente llegamos a la primera *fansá* de agricultores e indicamos a los chinos que allí vivían dónde podían hallar la carne de venado. Llegamos al Vay-Fudzin hacia el atardecer, regresando al cabo de dos días a Post Olgui.

Capítulo XV

Aventura en el río Arzamasovka

Los afluentes del Arzamasovka. El chino Che Fan. Cuevas. Las aves. Las especies lignarias y arbóreas del bosque. Caza de jabalíes. Me extravío. Lluvia. Situación peligrosa. El servicio prestado por Leshi. Una senda. Desfallecimiento. Un fuego. El vivac de otro. Murzin. Regreso.

El tiempo volvió a estropearse a partir del 7 de julio. Llovía y hacía viento todo el rato. Aprovechando la intemperie, me dediqué a trazar rutas y a elaborar mis diarios de viaje, trabajo que me tuvo ocupado durante tres jornadas. Cuando lo hube acabado, me puse a preparar la nueva excursión al río Arzamasovka. Encargué a A. I. Merzliakov que levantara el plano del valle del Kasafunov y del barranco Kabaniya[286], mientras que G. I. Granatman se ocupaba de realizar un reconocimiento en la dirección Arzamasovka-Tadushu.

El 15 de julio, por la mañana temprano, emprendí el camino con tres cosacos que llevé conmigo: Murzin, Epov y Kozhevnikov. Pernoctamos en la alquería de Permskoe y reanudamos la marcha al día siguiente.

En chino, el río Arzamasovka se llama Da-Dungou[287]. Tiene unos 45 kilómetros de largo, su anchura cerca de la desembocadura es de 100 metros y la profundidad de su lecho tiene cerca de dos. Su valle es angosto al principio, pero más arriba, una vez allí confluye el Kabaniya, se ensancha de

manera significativa. En la actualidad, todos los nombres chinos e indígenas ya se han perdido; los campesinos de Permskoe los han rebautizado a su manera. Por la parte del barranco Shirókaya[288] que da al valle del Arzamasovka, sobresalen unas imponentes terrazas fluviales fuertemente derrubiadas en algunos puntos. Allí, en las montañas, hay bastantes pedregales, que merced a su color gris destacan intensamente entre la vegetación que los rodea.

La monotonía de las formas es la interesante peculiaridad de las montañas del Arzamasovka, las cuales se hallan frente al barranco Shirókaya. Que imagine el lector varias pirámides triangulares dispuestas del través una junto a la otra, con su base en el valle y sus cúspides mirando hacia la línea divisoria de aguas. Sus picos triangulares serían los cerros y el ahondamiento entre ellos, las quebradas. Sus bases triangulares en relación al valle forman un ángulo de unos 60 grados.

Las frecuentes y fuertes inundaciones en el valle del Vay-Fudzin obligaron a los campesinos de Permskoe a buscar lugares más aptos para el cultivo en otra parte. Naturalmente, sobre todo dirigieron su atención al Da-dun-gou.

Del golfo de Olga al valle del Arzamasovka parten dos caminos. Uno pasa a través de la alquería de Permskoe y el otro discurre por el río Poddevalovka, llamado así porque, tras las lluvias, en el difuso camino se forman muchas hondonadas-trampa. Este camino va justamente a dar enfrente del barranco Shirókaya, que es en realidad un valle ancho por el que fluye un pequeño río. Más arriba, otros tres barrancos van a dar al valle del Arzamasovka: el Kolybáiskaya, el Uglóvaya y el Listvénnichnaya. Siguiéndolos se puede salir al Juluay, que vierte sus aguas en el golfo de Vladímir. Los puertos que unen estas cordilleras bajas se

componen de toda una serie de colinas cónicas formadas de calizas.

El primer día llegamos hasta la *fansá* del chino Che Fan. Según testimonio unánime de todos los campesinos de Permskoe y del Fudzin, este chino se distinguía por su asombrosa bondad. Cuando las primeras inundaciones derrubiaron sus campos labrados, él llegó en su ayuda y les dio semillas para que sembraran otra vez. Cualquiera que tuviese una necesidad, iba a ver a Che Fan, quien no negaba nada a nadie. De no haber sido por él, los emigrados nunca habrían vuelto a levantar cabeza. A pesar de que muchos explotaban su bondad, Che Fan nunca se presentaba a sus agraviadores en calidad de acreedor.

En el momento presente, Che Fan estaba casi arruinado; pensaba abandonar el territorio del Ussuri y marcharse a su patria.

A la mañana del día siguiente fui a inspeccionar unas cuevas en las montañas calizas de la margen derecha del Arzamasovka, frente a la desembocadura del Uglóvaya. Había dos: una arriba, en la montaña, que era recta, parecida a una mina y de unos 100 metros de longitud y entre 2,4 a 3,6 metros de altura. La otra cueva se hallaba abajo, en la ladera de la montaña. Descendía como un pozo unos 12 metros y luego discurría oblicuamente con un ángulo de 10º. Anteriormente había sido el lecho de un río subterráneo. La longitud de la segunda cueva era de unos 120 metros y presentaba iguales anchura y altura. Unas veces se estrechaba por los lados y se hacía más alta, y al contrario, otras se volvía más baja y ancha. El fondo de la cueva estaba atestado de piedras que habían caído de arriba, por lo que no contaba con estalactitas. Dado que estos desmoronamientos tienen lugar

por todas partes y de forma regular, la cueva parecía avanzar en dirección vertical.

Al igual que en todas las cuevas de este tipo, allí había bastantes murciélagos de grandes orejas[289] y mosquitos zancudos.

Cuando acabamos de inspeccionar las cuevas, ya había caído la noche. En la *fansá* de Che Fan habían encendido el fuego. Estuve a punto de dormir fuera, pero no me atreví por la lluvia. Che Fan me hizo un sitio en su casa, sobre el *kan*. Estuve largo rato conversando con él. Contestaba mis preguntas de buena gana. No charloteaba; hablaba con sinceridad. De aquella conversación extraje la impresión de que realmente era una persona sencilla y bondadosa. Decidí hacer gestiones a mi vuelta en Jabárovsk para que le otorgaran una condecoración por la gran ayuda que en su tiempo había prestado a los emigrados rusos.

Una niebla proveniente del mar se extendió antes del amanecer y, lentamente, se encaramó en las ensilladas de las montañas. Cabía esperar que lloviera. Pero he aquí que apareció el sol y la niebla comenzó a disiparse. Esta conversión del vapor de un estado de condensación a otro templado, imperceptible en el territorio del Ussuri, ocurre siempre de manera muy rápida. Apenas hubimos preparado el té, de la niebla marítima no quedaba ni rastro; solo los matorrales y la hierba húmedas aún atestiguaban su llegada reciente.

El 15 y 16 de julio los dediqué a examinar los ríos Uglóvaya[290] y Listvennichnaya[291]. El Uglóvaya (Nandungou) está formado en su curso alto por tres arroyos alpinos. Siguiéndolo se puede salir al Mokrushu (un afluente del Juluay por su parte inferior derecha). El terreno de aluvión en ese valle es de limo y muy fértil. El bosque cubre las colinas

que lo protegen de los dañinos vientos del mar. Entre las especies foliáceas, en algunas zonas destacan cedros aislados. En cambio, en las laderas batidas por el viento las colinas están desprovistas de vegetación. En el propio valle crecían el roble enano (torcido y más bien parecido a un arbusto que a un árbol), tilos ahuecados y abedules negros. Cerca del río lo hacían mimbreras[292], olmos y alisos. Y en las solanas: lespedezas, filipéndulas, sauquillos, avellanos, artemisas, cañas[293], vides y arvejas silvestres.

Una vez alcanzamos la línea divisoria de aguas, doblamos al norte y marchamos a lo largo de la cordillera hacia las fuentes del Listvénnichnaya. Esta cordillera presenta un lastimoso panorama con su vegetación marchita en las laderas y los picos pelados de su cresta. Justo ahí, tras el puerto, se alza un monte con forma de cúpula al que los habitantes locales llaman Borísova Pleshina[294]. La altura relativa de este monte sobre las fuentes del Listvénnichnaya equivale a 680 metros. El descenso de la línea divisoria de aguas, lenta y en suave declive respecto al Arzamasovka, se empina hacia el lado del Juluay. El curso alto del Listvénnichnaya (Siao-dun-gou) se compone de dos pequeños ríos de iguales dimensiones. Su margen izquierdo está cubierto de un bosque ralo de robles y abedules. Predominan estos últimos y componen más del 70 por 100 de toda la vegetación lignaria.

A juzgar por las huellas que vi en el suelo, de los cuadrúpedos grandes allí había jabalíes, ciervos comunes siberianos, ciervos *sica* y cabras salvajes. Les disparamos dos veces, pero sin éxito.

También había muchas aves. En el cielo, sin hacer ruido, volaban dos águilas ratoneras, que se perseguían todo el rato la una a la otra. Una trataba de golpear a la otra desde arriba, al vuelo, pero la segunda la esquivaba hábilmente. Por inercia,

la de arriba pasó como un relámpago por su lado y la de debajo ascendió, de modo que luego ya resultaba imposible distinguir cuál era la atacante y cuál la que se defendía. Después bajaron a la hierba y, con las alas extendidas, prosiguieron su combate en tierra. Leshi las espantó. Los pájaros emprendieron el vuelo y, en esta ocasión, se fueron volando por direcciones diferentes. Junto a unos pedregales había unos poco sociables roqueros solitarios[295]. Iban dando saltitos por las piedras, escondiéndose en las grietas para, después, surgir inesperadamente por el otro lado. Al menor indicio de peligro, se afanaban por ocultarse apresuradamente entre los arbustos y los montones de piedras. En otro lugar advertí la presencia de papamoscas, los cuales cazan fácilmente insectos al vuelo. Estaban tan ocupados en este menester, que en absoluto habían reparado en las personas y los perros; ni siquiera prestaron atención a los disparos de las escopetas. Constantemente se podían ver escribanos palustres. Era un sitio que les venía bien. Se encaramaban en las cañas, se posaban en los arbustos y correteaban por el suelo. Tenían un cierto temor a los lugares abiertos privados de vegetación. Uno de estos pájaros iba ya a salir volando hacia el camino, pero, de repente, como asustándose por alguna cosa, se echó para atrás y solo cuando se hubo tranquilizado, se posó sobre un junco. Cerca del arroyo alpino, entre dos mogotes secos, mi perra ahuyentó a otro pájaro más. Disparé y le maté. Resultó ser una agachadiza solitaria oriental. Después pude ver una aguzanieves, un gracioso e ingenuo pajarito. No manifestaba miedo ante el hombre; corría junto al agua y picoteaba alguna cosa en la orilla.

Pasamos el 17 de julio explorando el Arzamasovka, cuyas fuentes se hallan justamente frente al curso alto del Sibegou, que va a dar a la cuenca del Tadushu. En la parte superior de

su corriente, el Arzamasovka fluye en dirección meridional y toma de paso al Ménnaya, luego al Listvénnaya[296] y, un poco más abajo y por su margen derecha, a otros dos ríos a los que los campesinos del lugar llaman Fal'i Padi[297] (de la palabra china «falu», que significa «venado»). Desde ese punto, el Arzamasovka vira hacia el sur, dirección que conserva hasta el final. Por el camino, por su ribera derecha, toma agua del Vymoinaya que, por su parte, acoge al Sálnaya, al Klíshnaya y al Sudnóvaya. Los afluentes por la derecha de este último son: el Fórtochkina, el Sújaya y el Komfórkina. Y por la izquierda, el Prostrélnaya. En el valle del Sálnaya pueden observarse formaciones muy interesantes. El agua que baja de las montañas por angostas quebradas, arroja masas de arena y cascajos. Este material forma a la salida del valle grandes conos que, cuanto más grandes, más largo y profundo se hace el desfiladero. Probablemente estos conos aumentan de tamaño periódicamente, durante la época de fuertes lluvias, pues solo una masa de agua en rápido movimiento es capaz de trasladar trozos de rocas tan grandes.

Al llegar a las fuentes del Arzamasovka, subimos a la divisoria de aguas y marchamos durante un rato por los montes de la vertiente sudoccidental. En esa zona las rocas predominantes son calizas. Al contacto con rocas macizas cristalinas, forman minerales ricos en zinc, plomo y plata.

Al atardecer volvió a levantarse una niebla desde el mar. Temí que el tiempo se estropease otra vez, pero, aunque desapacible, para nuestra fortuna el día siguiente resultó seco.

Entre las nuevas especies lignarias de aquellos lugares observé arces coreanos[298], un pequeño y armonioso árbol de corteza marrón rojiza y con hojas dentadas con forma de estrella. Luego vi manzanos manchúes[299], que dan unos frutos muy pequeños, más parecidos a bayas que a manzanas.

A los osos les gusta mucho darse un festín con ellas. Cerca del río crecían álamos de tronco achaparrado y ramas nudosas. Al lado lo hacía el chopo temblón, que tremola eternamente, y en unos guijarrales, como si fuera un bosque de bambú, mimbreras de tallo fino. En unas rocas cerca de un arroyo se cobijaba un guindo[300], medio arbusto-medio árbol, y una *Daphne kamczatica* de corteza gris clara y bayas rojas. Más adelante se divisaban unas lilas[301] (el principal elemento de la flora manchú), arbustos grandes de corteza gris y, por los linderos, boniatos[302] (una planta heterotálica cuyos ejemplares masculinos se distinguen de los femeninos no solo por sus flores, sino también por las hojas).

La senda, terrosa, fuertemente trillada y desprovista de vegetación, nos condujo hacia la cordillera Sijoté-Alín. Pronto se bifurcó. Un camino llevaba a las montañas y el otro encaraba la ribera derecha del Listvénnichnaya. Acampamos allí. Decidimos que dos de nosotros fueran a cazar y que el resto se quedase en el vivac.

En verano solo es posible cazar animales por la mañana, al amanecer, y durante el crepúsculo, hasta que oscurece. Por el día los animales yacen en la espesura y es difícil dar con ellos. Por eso, aprovechando el tiempo libre, nos tumbamos sobre la hierba y nos quedamos dormidos.

Cuando me desperté, noté enseguida la falta de sol; habían surgido en el cielo unos estratos y sobre la tierra parecía haber caído el atardecer. Eran las cuatro de la tarde y ya podíamos prepararnos para ir de caza. Desperté a los cosacos, quienes se levantaron y se pusieron a calentar agua.

Tras tomar el té con Murzin, cogimos nuestros fusiles y partimos por direcciones distintas. Por si acaso, me llevé a Leshi atado con una correa.

Enseguida encontré jabalíes, a los que me puse a seguir. Aquellos cerdos salvajes marchaban sin detenerse y, de paso, hurgaban todo el rato en la tierra con el hocico. A juzgar por el número de huellas, probablemente había más de veinte. En un sitio se veía que habían dejado de hocicar y habían salido en desbandada para, posteriormente, reunirse de nuevo. Estaba ya a punto de apretar el paso, cuando, de repente, vi algo que me obligó a girarme. Cerca de un charco, en el fango, había una huella fresca de zarpa de tigre. Imaginé con claridad cómo habían echado a correr los jabalíes y cómo el tigre se lanzó tras ellos. «¿No sería mejor regresar?», pensé. Sin embargo, enseguida me dominé y seguí avanzando con cautela.

Los cerdos salvajes marcharon entonces al monte y luego descendieron al barranco contiguo, desde donde volvieron a subir por su borde. Pero antes de llegar a la cima, viraron abruptamente a un lado y de nuevo bajaron al valle. Me distraje tanto en su persecución, que me olvidé por completo de que había que reconocer y memorizar el terreno. Los jabalíes y las huellas del tigre habían concitado toda mi atención. Así anduve cerca de una hora más.

Unas pequeñas gotas que cayeron desde arriba me obligaron a detenerme; comenzaba a llover. Al principio solo lloviznó un poco y la cosa paró. Al cabo de unos diez minutos goteó otra vez y volvió a parar. Los intervalos fueron breves, pero la lluvia fue cada vez más fuerte hasta que, al final, descargó como es debido.

«Es hora de regresar al vivac», pensé. Empecé a mirar alrededor, pero no se veía nada tras el bosque. Entonces subí a uno de los cerros cercanos para orientarme.

Por cuanto me alcanzaba la vista, el cielo estaba por todas partes cubierto de nubarrones; la estrechita franja del

crepúsculo vespertino solo se divisaba en el extremo occidental del horizonte. Las nubes se movían hacia el oeste. Es decir, no cabía esperar que el tiempo fuera a despejarse. Las montañas que en ese momento veía, me resultaban desconocidas. ¿Adónde ir? Comprendí mi error. Me había distraído demasiado con los jabalíes y había concedido demasiada poca atención al medio que me rodeaba. Regresar sobre mis pasos era impensable. La noche me sorprendería antes de que pudiera recorrer siquiera la mitad del camino. Entonces recordé que, en tanto que no fumador, no llevaba fósforos. Confiando en que volvería al vivac hacia el atardecer, no los había cogido. Esto era mi segundo error. Disparé dos veces al aire, pero no obtuve ninguna señal de respuesta. Entonces decidí bajar al valle y, mientras fuese posible, marchar siguiendo la corriente del agua. Había una pequeña esperanza de que pudiera salir a la senda antes de que oscureciese. Sin perder tiempo, comencé a descender. Leshi marchaba despacio detrás, dócilmente.

Por muy poco que llueva en el bosque, siempre te calas hasta los huesos. Cada arbusto y cada árbol reúnen en sus hojas agua de lluvia, que con sus grandes gotas mojan al caminante de la cabeza a los pies. Pronto sentí que mi ropa comenzaba a empaparse.

Al cabo de media hora, en el bosque empezó a oscurecer. Ya no se podía distinguir un hoyo de una piedra o un tronco de la tierra. Comencé a tropezarme. La lluvia arreció y se hizo más continua y densa. Tras recorrer otro kilómetro más, me detuve para recobrar el aliento. El perro también estaba empapado. Se sacudió fuertemente y se puso a dar pequeños aullidos. Le solté de la correa; justo lo que Leshi estaba esperando. Tras sacudirse de nuevo, salió corriendo y enseguida le perdí de vista. Una sensación de soledad total se apoderó de mí. Me puse a llamarle a gritos, pero en vano.

Tras permanecer quieto un par de minutos más, fui allá adónde el perro había salido corriendo.

Cuando vas por la taiga de día, esquivas los troncos caídos, los arbustos y la maleza. Pero en la oscuridad, como a propósito, siempre te metes por donde está más espeso. De todas partes salen ramas que tan a tiempo se te enganchan a la ropa, plantas trepadoras que te tiran de la gorra, se extienden hacia tu rostro y te enredan los pies.

Estar en un bosque lleno de fieras salvajes, sin fuego y con mal tiempo es horroroso. La consciencia de mi impotencia me obligaba a caminar con cautela y atender a cada ruido que se producía. Mis nervios estaban a flor de piel. El crujido de una rama caída o el susurro de un ratón que pasaba corriendo por al lado, parecían exagerados y me obligaban a girarme enseguida hacia esa dirección. En varias ocasiones traté de disparar con el fusil allá de donde viniera el ruido.

Finalmente se hizo tan de noche, que ya no necesitaba la vista. Estaba calado hasta los huesos. El agua me caía a chorros de la gorra al cuello. Avanzando a tientas en la oscuridad, me metí en una zona tan atestada de troncos, de la que tampoco habría sido probable que hubiera salido pronto de día. Palpando con las manos los troncos derribados, los tocones arrancados, las piedras y las ramas, de algún modo me las ingenié para salir de aquel laberinto. Estaba fatigado y me senté a descansar, pero enseguida comencé a sentir frío. Los dientes me rechinaban. Estaba tiritando de pies a cabeza, como si tuviera fiebre. Las fatigadas piernas me exigían descanso, pero el frío me obligaba a seguir avanzando.

¡Subirse a un árbol! Este estúpido pensamiento es el primero que le viene a la cabeza a un caminante extraviado. Lo deseché de inmediato. En realidad, en un árbol haría aún más frío y las piernas empezarían a entumecerse debido a la

incómoda postura. ¡Meterme dentro de la hojarasca! Aquello no me salvaría de la lluvia y, además, me resfriaría más fácilmente sobre el suelo mojado. ¡Cómo me maldecía a mí mismo por no haber cogido fósforos! Me prometí mentalmente que, en el futuro, no me alejaría del vivac sin ellos siquiera unos cuantos metros.

Comencé a gatear entre los troncos y fui a dar a algún lugar rodando por un terraplén. De repente, a mi derecha, se oyó el chasquido de unas ramas y la respiración entrecortada de alguien. Iba ya a disparar, pero el cañón del fusil, como adrede, se enganchó con unas lianas. Lancé un grito desgañitado y en ese instante noté que un animal me lamía el rostro… Era Leshi.

En mi fuero interno se mezclaron dos sentimientos: rencor hacia el perro por haberme asustado de esa manera y alegría porque hubiera regresado. Durante unos momentos Leshi dio vueltas en torno a mí, aulló débilmente y volvió a ocultarse en la oscuridad.

Avanzaba con enorme dificultad. Cada paso que daba, me costaba grandes esfuerzos. Al cabo de unos veinte minutos me aproximé a un despeñadero. El agua corría ruidosamente abajo, en lo más profundo. Tras encontrar a tientas una gran piedra, la eché pendiente abajo. La piedra voló. Oí cómo cayó al fondo, al agua. Entonces torcí bruscamente a un lado y tiré por la derecha, esquivando aquel peligroso lugar. En ese instante Leshi se acercó de nuevo. Ya no me asustó y le agarré de la cola. Él me cogió la mano cuidadosamente con los dientes y dio pequeños aullidos, como pidiendo que no le retuviera. Le solté. Una vez se hubo alejado un poco corriendo, el perro regresó otra vez y solo entonces, cuando se convenció de que yo iba detrás, se tranquilizó. Así anduvimos una media hora.

De pronto tropecé en un sitio, resbalé y caí, magullándome dolorosamente la rodilla contra una piedra. Me dejé caer a tierra con un gemido y comencé a frotarme la pierna dolorida. Leshi se acercó al instante y se sentó junto a mí. Yo no le veía en la oscuridad, solo sentía su caliente respiración. Cuando el dolor de la pierna quedó mitigado, me incorporé y fui adonde no estaba tan oscuro. Apenas había dado siquiera diez pasos, cuando volví a resbalar. Luego, otra vez. Y otra más. Entonces me puse a palpar la tierra con las manos. Un grito de alegría salió de mi pecho. Era la senda. Pese al cansancio y el dolor en la pierna, avancé.

«Ahora no me perderé, pensé, la senda me llevará a alguna parte». Decidí marchar por ella toda la noche hasta el amanecer, pero no era tan fácil. Estaba muy oscuro y no veía el camino; solo lo tanteaba con los pies. Por eso mis movimientos eran lentísimos. Allá donde la senda se perdía, me sentaba en el suelo y hurgaba con las manos. Rebuscar en las curvas resultaba especialmente difícil. A veces me detenía y aguardaba a que volviera Leshi, que me indicaba de nuevo la dirección perdida. Al cabo de más o menos hora y media, llegué a un riachuelo. El agua corría ruidosamente entre las piedras. Alargué la mano para averiguar la dirección de la corriente. El río fluía hacia la derecha.

Al vadear aquel arroyo alpino, enseguida di con el sendero. No lo habría encontrado de ninguna manera de no haber sido por Leshi. El perro permanecía sentado justo en el camino, esperándome. Sintiendo que me aproximaba, dio unas pocas vueltas sobre el sitio y nuevamente salió corriendo hacia delante. No se veía nada en aquella oscuridad. Solo se oía el ruido del agua en el río, el de la lluvia y el del viento en el bosque. La senda me llevó a otro camino. En ese instante se me planteó la cuestión de adónde ir: ¿a la derecha o a la izquierda? Después de sopesarlo un poco, aguardé al perro.

Pero pasó un buen rato sin que este volviera. Entonces tiré por la derecha. Leshi apareció al cabo de cinco minutos y corrió a mi encuentro. Me incliné sobre él y, en ese momento, se sacudió, rociándome totalmente de agua. Ya no le reñí; le acaricié y marché tras él.

Ya era un poco más fácil caminar; la senda daba menos vueltas y no estaba tan atestada de troncos. En un sitio tuve que vadear de nuevo un río. Al cruzarlo, resbalé y caí al agua, cosa por la que mi ropa no se mojó más de lo que ya estaba.

Al final no pude más y me senté sobre un tocón. Las manos y las piernas me dolían de tantas espinas y magulladuras, la cabeza se me hacía muy pesada y los párpados se me cerraban ellos solos. Empecé a dormitar. Soñé que en un lugar lejano, entre unos árboles, fulguraba un fuego. Hice un esfuerzo y abrí los ojos. Estaba oscuro: el frío y la humedad me calaban hasta los huesos. Temiendo resfriarme, me incorporé de un salto y empecé a dar pasitos en el mismo sitio, pero en ese momento volví a ver una luz entre los árboles. Resolví que aquello era una alucinación. Pero la luz volvió a surgir. La somnolencia se me pasó de golpe. Abandoné la senda y fui directamente hacia el fuego. Cuando por la noche una luz baila ante tus ojos, no se puede determinar si está lejos o cerca, arriba o abajo.

Al cabo de un cuarto de hora me aproximé tanto al fuego, que pude distinguir todo lo que había en torno a él. Antes que nada, vi que no se trataba de nuestro vivac. Me sorprendió que no hubiera hombres alrededor de la hoguera. No podían haber abandonado el vivac de noche, mientras llovía. Era evidente que se habían ocultado tras los árboles. Sentí miedo. ¿Ir hacia el fuego o no? Estaría bien hacerlo en caso de que fueran cazadores. Pero, ¿y si me había topado con un campamento de *honghuzis*? De repente, Leshi saltó a mis

espaldas de entre la espesura. Corrió con audacia hacia el fuego y se detuvo, mirando a todos lados. Parecía que el perro también estaba sorprendido por la ausencia de personas. Rodeó la hoguera y, meneando la cola, olfateó el suelo. Es decir, allí había estado alguien de los nuestros, pues de otro modo el perro habría expresado cólera o inquietud. Entonces decidí acercarme, pero alguien que estaba escondido se me adelantó. Era Murzin. También él se había extraviado y, tras prender una hoguera, decidió esperar a la mañana. Al escuchar que alguien caminaba por la taiga y no saber exactamente quién era, se escondió tras un árbol. Lo que más le turbó fue la cautela con la que yo me acerqué; en especial, el hecho de que no me hubiera acercado directamente al fuego, sino que me detuviese a cierta distancia.

Enseguida nos pusimos a secarnos. El vapor salía a bocanadas de la ropa empapada. El humo de la hoguera iba de un lugar a otro. Era una señal clara de que pronto cesaría de llover. En efecto, al cabo de media hora se convirtió en un calabobos. Pero aún continuaron cayendo grandes gotas de los árboles.

Bajo un gran abeto, junto al cual ardía el fuego, había un ambiente un poco más seco. Nos desvestimos y comenzamos a secar la ropa. Luego cortamos unas píceas y apoyándonos en el árbol, quedamos sumidos en un profundo sueño. Hacia el amanecer sentí un poco de frío. Una vez despierto, vi que la hoguera se había consumido. El cielo aún estaba gris. En algunos puntos de las montañas había niebla. Desperté al cosaco y marchamos en busca de nuestro vivac. La senda en la que habíamos pasado la noche torcía a un lado, por lo que hubimos de abandonarla. Pasado el río hallamos otra, la cual nos condujo al campamento.

Tras reponer fuerzas con té y pan, a eso de las once de la mañana ascendimos por el Sálnaya, río por el que se podía llegar hasta la cordillera Sijoté-Alín, que en ese punto queda muy cercana al mar. Por la parte del Arzamasovka la subida es escarpada, pero por su vertiente occidental es más suave. Toda la cordillera está cubierta de un espeso bosque mixto. El puerto está en el Li-Fudzin, por el que salimos al Ulaje en dirección al golfo de Olga.

Pasado el mediodía, el tiempo volvió a estropearse. Temiendo que volviera a llover de forma prolongada, aplacé el examen del Li-Fudzin hasta otra ocasión más propicia. Efectivamente, por la noche hubo lluvia, que continuó durante todo el día siguiente. El 21 de julio regresé y, al cabo de dos jornadas, volví a Post Olgui.

Capítulo XVI

El golfo de Vladímir

El río Olga. Pernoctación cerca de una fansá *china. El río Vladimírovka. La geología del golfo. Las industrias marítimas chinas. Un pulpo. El río Juluay.*

Mientras estaba en el río Arzamasovka, llegaron de Vladivostok los cargamentos que esperábamos. Justo a tiempo. Los alrededores del golfo de Olga ya habían sido examinados, teníamos que seguir avanzando. El 24 y 25 de julio los pasamos haciendo preparativos. Durante ese tiempo, los caballos descansaron y se recuperaron. Arreglamos los arneses y la ropa, repusimos las provisiones de comestibles.

El plan de trabajo siguiente fue fijado de esta manera: se encargó a G. I. Granatman marchar a las montañas que hay entre el Arzamasovka y el Sibegou (afluente del Tadushu). Mientras, A. I. Merzliakov habría de rodear el Arzamasovka por el otro lado. Debíamos reunirnos en el curso alto del Tadushu. El resto de los hombres y yo nos marcamos una ruta por la costa, hacia el golfo de Vladímir. Mis camaradas emprendieron la marcha el 26 de julio por la mañana y yo el 28, pasado el mediodía.

Hacía buen día. En el cielo se apilaban masas de cúmulos que los rayos del sol atravesaban formando franjas luminosas en el aire. Se reflejaban en los charcos, jugueteaban sobre las piedras y en el follaje de los alisares, iluminando unas veces

una ladera de la montaña, y otras veces la otra. Desde lejos llegaba ruido de truenos.

El golfo de Vladímir y el de Olga están situados cerca, a una distancia de 50 kilómetros entre sí. Por el medio discurre una cadena baja de montañas, con una altura media de 250 metros y picos de hasta 450, que sirve de línea divisoria de aguas entre el río Olga (13 kilómetros) y el Vladimírovka (9 kilómetros), y va a dar al golfo del mismo nombre. Ambos riachuelos fluyen por anchos valles longitudinales, separados del mar por una cordillera de poca altura que empieza en el cabo de Shkot (golfo de Olga) y se extiende hasta el cabo de Vatovski (golfo de Vladímir). Más al norte también se puede observar la dirección de este pliegue.

El río Olga se compone de dos riachuelos de igual tamaño con multitud de pequeños afluentes, motivo por el cual su valle parece una ancha y derrubiada depresión. Antes, los habitantes de Post Olgui accedían al golfo de Vladímir siguiendo una senda trazada por cazadores chinos. Durante la guerra ruso-japonesa de 1905, el crucero *Izumrud*[303] encalló en el golfo de Vladímir. Para poder trasladar su cargamento hasta Post Olgui, se construyó un camino de carruajes. Desde entonces, se estableció una buena comunicación entre los dos golfos.

La tormenta se alejó y, pasado el mediodía, el cielo quedó limpio. El sol lucía tanto, que todas las cosas sobre la tierra parecían irradiar luz y calor. El día resultó caluroso y sofocante.

El crepúsculo sobrevino antes de que pudiéramos llegar al puerto. El día acababa de llegar a su fin. Desde el este, desde un punto lejano de detrás del mar, la noche parecía aproximarse en forma de niebla azul. Relámpagos brillantes resplandecían en el cielo, iluminando los cúmulos de nubes

agolpados sobre el horizonte. A un lado corría un arroyo y en la hierba los saltamontes traqueteaban de manera tumultuosa e incesante.

Iba ya a dar una señal para hacer un alto, cuando, de pronto, uno de los cosacos dijo ver una luz. En efecto, una pequeña lucecita se divisaba a un lado cerca del bosque, a unos trescientos pasos del camino. Fuimos para allá. Era una *fansá* china. Un perro advirtió con sus ladridos al dueño de que nos aproximábamos y dos chinos salieron a nuestro encuentro. En sus sonrisas y salutaciones se adivinaba temor y sumisión, obsequio y hospitalidad. Los chinos me ofrecieron pasar la noche en su *fansá*, pero hacía una noche tan buena que rechacé su invitación y me acomodé gustosamente con los fusileros junto al fuego.

Tras una larga parada, lo normal es que el primer vivac siempre resulte especialmente animado. Todos están plenos de vigor y energía, se tiene de todo en abundancia. Todos sienten que llega una nueva vida y quieren hacer algo. Entre los fusileros volvió a aparecer una armónica. Las voces alegres, las bromas y las risas se propagaron lejos por el valle.

Aquella pequeña *fansá* china llevaba muchos años lejos del ruido, escuchando solo el que producía el agua del arroyo y, de pronto, todo alrededor se colmaba de canciones y risas alegres. Los chinos salieron de la vivienda, prendieron también una pequeña hoguera a un lado, se sentaron en cuclillas y, en silencio, se pusieron a mirar a esa gente que había llegado de manera tan inesperada, perturbando su tranquilidad. Poco a poco, las canciones de los fusileros comenzaron a cesar. Los cosacos y los fusileros tomaron un último té y empezaron a acomodarse para pasar la noche.

Dormí mal, me desperté un par de veces y vi a los chinos, sentados junto al fuego. Un asombroso silencio reinaba por

doquier. Solo de vez en cuando llegaba del campo el relincho de algún caballo inquieto o el ladrido de un perro. Pero luego todo quedó en silencio. Me envolví en mi *burka* y quedé sumido en un sueño profundo. Antes del amanecer cayó un fuerte rocío. La niebla todavía se extendía por las montañas, como si tuviera miedo del sol y tratara de ocultarse en las profundas cañadas. Me desperté el primero y comencé a hacer lo propio con el equipo.

Tras despedirnos de los chinos, nos pusimos en camino. Les pagué por la leña y las verduras. Salieron a acompañarnos, pero insistí en que regresaran. A eso de las nueve de la mañana cruzamos la línea divisoria de aguas y bajamos al valle del Vladimírovka.

En esa ruta cabe destacar unas muy interesantes formaciones eólicas en forma de pilares lisamente limados, bloques de piedra esféricos que descansan sobre pequeños pedestales en forma de protuberancias con estrechamientos, cavidades ovaladas, etc. Algunas sorprendían por su originalidad. Algunos bloques de piedra se asemejaban a animales, otros a columnas, otros a personas, etc. Estas formaciones merecen además especial atención porque no hay cerca arenas que hayan podido jugar el papel de material pulidor. La alta cordillera que sirve de divisoria de aguas entre el río Olga y el Vladimírovka, baja hacia el mar formando los cabos y se compone de areniscas, conglomerados y rocas *wacke*[304]. El río Vladimírovka tiene el aspecto de ser un vulgar arroyo alpino que fluye por un cenagoso valle bordeado de montañas comparativamente mayores.

Nuestro destacamento llegó a su desembocadura hacia la tarde y montamos el vivac en la costa.

Durante el atardecer, se oyó por el oeste el fragor de unos truenos. Empezamos a plantar las tiendas, pero nuestros

temores resultaron ser injustificados; la tormenta pasó de nuevo de largo. Sin embargo, otro fenómeno nos turbó. En cuanto el crepúsculo vespertino quedó extinguido, las estrellas comenzaron a fulgurar y el cielo empezó a cubrirse bien de nubarrones, bien de niebla. Un viento fresco soplaba de la tierra al mar, mientras que, por arriba, la bruma discurría en dirección contraria. Eran unas brisas. Se pueden observar casi a diario en la costa en agosto y septiembre. Al amanecer, el cielo parece gris y la niebla yace inmóvil sobre la tierra a media montaña. Cuando el sol se alza sobre el horizonte a unos 15º, se pone en movimiento, comienza a elevarse por las nubes y vuelve a deslizarse hacia el mar; primero de manera lenta y luego cada vez más rápido. Es algo que, al principio, nos inquietó. Todo indicaba que iba a llover. Posteriormente nos acostumbramos a este fenómeno, al cual ya no prestamos más atención.

Dedicamos la totalidad del día siguiente a inspeccionar el golfo de Vladímir. Los chinos lo llaman Juluay (de las palabras «*hulu*», que significa «calabaza redonda», «porongo[305]» y «vay»: golfo o bahía).

Algunos rusos, en vez de Juluay dicen Faluay, al sacarlo de la palabra china «*falu*», que significa «ciervo *sica*». Esto es totalmente incorrecto.

El golfo de Vladímir (a 45º de latitud norte y 135º 37' de longitud este de la isla de Ferro, cuyo punto astronómico se encuentra en el cabo de Orejov) presenta una enorme cuenca con una profundidad de hasta doce metros que está rodeada por todas partes de montes graníticos con una altura media de cerca de 230 metros. Es mucho más grande que el golfo de Olga y se compone de tres partes: la noroccidental, grande; la sudoriental, menor; y otra en medio, que es la más pequeña. Por la parte del mar abierto, el golfo está bordeado por dos

penínsulas montañosas: la Valiuzek y la Vatovskaya. Una tercera península, la Rudanovskaya, se halla en mitad del golfo. De las citadas penínsulas, la mayor es la del sur: la Vatovskaya. Es evidente que estuvieron sumergidas hasta hace poco tiempo y ascendieron a la superficie en el periodo actual.

En torno al golfo de Vladímir, cerca de los deltas de los ríos que van a dar a él, se encuentra toda una serie de pequeñas lagunas de agua desalada. Estos lagos y los pantanos que les rodean atestiguan que, anteriormente, el golfo penetraba en el continente de manera más profunda. Después, el agua se retiró por la presión y la tierra firme ganó terreno en algunos puntos. El lago más grande es el del sur. Tiene un tamaño de cerca de 1,5 kilómetros cuadrados y una profundidad de tres a seis metros. Debido a que un río lo atraviesa, se llena de arena con rapidez. Junto con las penínsulas, los lagos de agua salada en los istmos son también vivos testimonios de un pasado reciente en el que las penínsulas eran todavía islas. La marejada se afanó por unirlas al continente, de modo que ya se podía predecir también el futuro del golfo de Vladímir. El mar va retirándose lentamente. Con el tiempo cerrará la entrada al golfo y lo convertirá en una laguna, la cual empezará a colmarse de los sedimentos de los ríos y también de arena, transformándose en un pantano. Un río fluirá por su depresión y todos los riachuelos que van ahora a dar al golfo de manera independiente, se convertirán en sus afluentes.

La vegetación en las inmediaciones del golfo de Vladímir es todavía más escasa que en las cercanías de Post Olgui. Las laderas de las montañas que dan al mar, están completamente peladas. En los valles, los alisos y las mimbreras orlan las riberas como si fueran sus ribetes. En los lugares donde los árboles están expuestos a la influencia de los vientos

marítimos, estos tienen pequeño tamaño y un aspecto lastimoso. En las cañadas que están protegidas del viento, crece una vegetación más exuberante que en las laderas que miran al mar. De esta forma, por la vegetación puede juzgarse cuáles son los vientos predominantes en un terreno dado e indicarse dónde se halla el mar.

En la entrada al golfo de Vladímir, por la parte izquierda y más abajo del cabo de Orejov, puede verse una masa amorfa que sobresale del agua. Es el crucero *Izumrud*, que embarrancó y estalló en 1905. Da pena contemplar el pecio. Lo que se pudo retirar del *Izumrud* fue transportado a Post Olgui y enviado desde allí a Vladivostok. El resto fue saqueado por los honghuzi.

En las costas del golfo encontramos varias *fansás* de comerciantes. Se podía adivinar a qué se dedicaban sus habitantes por los montones que había junto a ellas. En un lugar había hacinadas muchas conchas de gran caparazón. Algunos de aquellos montones estaban cubiertos por una capa de tierra y la hierba ya les cubría. Eran una especie de pequeños «køkkenmødding[306]». De los moluscos, los chinos únicamente cogen aquellos que unen las valvas de las conchas y, desecados, los envían a la ciudad. Este producto es muy apreciado en China como golosina gastronómica.

Cerca de la otra *fansá* había apilados montones de caparazones de cangrejos, secados y enrojecidos al sol. Allí mismo, sobre unas esteras, secaban la carne extraída de las patas y pinzas de estos animales.

La siguiente construcción pertenecía a unos pescadores de algas, que secaban bajo unos tejadillos de hierba que había al lado. Allí había mucha gente. Unos chinos las sacaban del fondo del mar con unos ganchos especiales. Otros las secaban al sol, vigilando que lo hicieran lo justo para que no se

volvieran quebradizas y no perdieran su color pardo verdoso. Por último, un tercer grupo de chinos estaba ocupado en liar manojos de algas y colocarlos bajo el tejadillo.

Cuando caminaba a lo largo de la costa, vi desde lejos cómo en la orilla de enfrente, en la franja del bajío, deambulaban con el agua hasta la rodilla unos chinos que portaban garrochas. Estaban tan inmersos en su ocupación, que solo repararon en nosotros cuando ya nos hubimos acercado de lleno a ellos. Desnudos de cintura para arriba y con los pantalones recogidos hasta la rodilla, los chinos se movían por el agua con cuidado, escudriñando el fondo. A veces se detenían, bajaban despacio sus palos al agua y arrojaban alguna cosa a la orilla. Se trataba de conchas comestibles. Los palos con los que trabajaban, contaban en un extremo con una malla en forma de cucharón y, en el otro, con un gancho de hierro. Cuando veían un bivalvo, lo arrancaban de las piedras con el garfio y luego lo sacaban con la malla. En aquel momento, en la orilla, los chinos estaban poniéndolos en una caldera con agua caliente. Al morir, los mismos moluscos abrían sus conchas. Ayudándose de cuchillos, los chinos extraían su contenido, del que hacían provisión mediante hervores prolongados.

Los chinos se dispersaron por la orilla lejos, de uno en uno o en parejas. Me senté sobre una piedra y me puse a contemplar el mar. De pronto, escuché unos gritos a mi izquierda. Me giré en esa dirección y vi que una lucha estaba teniendo lugar en el agua. Los chinos trataban de lanzar con los palos algo vivo a la orilla. Lo tanteaban, pero, al mismo tiempo, le tenían miedo y no querían dejarlo escapar. Fui corriendo para allá. El animal con el que luchaban resultó ser un gran pulpo que, con sus fuertes tentáculos, se había aferrado a una piedra. A veces agitaba los tentáculos al aire para luego, de repente, lanzarse impetuosamente a un lado

con la intención de salir a mar abierto. En ese momento, otros tres chinos más acudieron en su ayuda.

El enorme pulpo se hallaba tan próximo a la orilla, que pude distinguirlo bien. No sabría decir de qué color era, pues su matiz cambiaba constantemente: azulado, rojo, de fuerte color verde, gris e incluso amarillento. Cuanto más cerca movían los chinos al pulpo hacia el banco de arena, más impotente se veía. Finalmente lo sacaron a la orilla. Era un enorme manto con cabeza, de la que salían unos largos tentáculos, cubiertos de multitud de ventosas. Cuando alzó de golpe dos o tres de ellos, pude ver su gran boca negra. De cuando en cuando se abría impetuosamente y otras veces se retraía, dejando en su lugar solo un gran orificio. Sus ojos eran muy interesantes. Es difícil hallar otro animal cuyos ojos recuerden tanto a los de una persona.

Poco a poco, los movimientos del pulpo se hicieron más lentos. Las convulsiones comenzaron a recorrer su cuerpo, su tono empezó a palidecer y, por fuera, un matiz general pardo y rojizo comenzó a resaltar más y más.

Al final el animal se quedó tan quieto, que resultó posible acercarse sin ningún temor. Lo medí. Este representante de los cefalópodos tenía unas dimensiones extraordinarias. El manto con sus entrañas tenía una longitud de 0,8 metros. El aparato locomotor con ayuda del cual este animal se mueve, se halla delante, cerca de la cabeza, un poco hacia un costado. La cabeza del «molusco» tenía mayores dimensiones de ancho que de largo, equivalentes a 28 centímetros. Su boca córnea, que recordaba muchísimo al pico de un loro, tenía nueve centímetros de curvatura exterior y cinco si se le medía de lado. Los tentáculos del pulpo tenían 1,4 metros de longitud y, cerca de la cabeza, 12 centímetros de circunferencia. Las ventosas neumáticas que cubrían la parte interna de los

tentáculos, cerca de la cabeza eran del tamaño de una moneda de tres kopeks y, en el extremo, del de una de plata de cinco.

Aquel interesante ejemplar de pulpo era digno de exponerse en cualquier museo, pero yo no tenía ni los frascos necesarios ni la cantidad de formol suficiente, por lo que me tuve que limitar solamente a un trozo de tentáculo. Coloqué el pedazo en un frasco junto con las conchas de los cangrejos anacoretas[307]. Por la tarde, cuando me puse a examinar el contenido del frasco, para mi asombro eché en falta dos conchas. Resultó que habían sido fuertemente absorbidas por el trozo de tentáculo del pulpo. Es decir, sus ventosas habían seguido activas un tiempo incluso después de que el tentáculo hubiera sido cortado y puesto en el frasco con formol.

El examen de las técnicas pesqueras de los chinos y la pesca del pulpo me ocuparon casi el día entero. El crepúsculo llegaba de manera imperceptible y ya era hora de ir pensando en pasar la noche. Iba ya a regresar y buscar el vivac, pero me enteré de que mis compañeros de viaje se habían instalado cerca de una *fansá* china, junto a la desembocadura del Juluay.

Por la tarde, los chinos me agasajaron con carne de pulpo, que habían hervido en un caldero con agua de mar. A simple vista era blanca, al tacto resultaba tersa y su sabor me recordó un poco a las setas blancas.

Dediqué el día siguiente a inspeccionar el Juluay, río que tiene unos 20 kilómetros de largo, fluye en dirección meridional y va a dar al golfo de Vladímir por su parte norteña. El valle del Juluay se estrecha cerca de la desembocadura, pero se ensancha más arriba. Las alturas que hay en su margen derecho tienen un marcado carácter alpino. La mayoría están cubiertas de pedregales. En la parte izquierda se extienden amplias terrazas que, más allá del río,

se transforman en unas mesetas que están cubiertas por bosques poco frondosos de tilos, robles y abedules negros. Por esta parte, al Julua y van a dar varios manantiales, los cuales, cuando hay lluvia, arrojan al valle muchos desechos y obstruyen los terrenos fértiles.

De los afluentes del Juluay, el Tiji Kliuch[308] es el que mayor atención merece. Desemboca en su ribera derecha y la senda hacia el Arzamasovka discurre por él. Este manantial justifica plenamente su nombre; en él siempre reina el silencio característico de los terrenos pantanosos. La vegetación en el valle tiene poca altura, es escasa y se compone en su mayor parte de abedules blancos[309] y alisos verdes. Los primeros se hallan dispersos por todo el valle de manera aislada y en pequeños grupos. Los segundos forman espesas arboledas en las riberas.

Allí, un alto cerro peñascoso, llamado por los campesinos más veteranos Petushiy Greben[310], podía servir como punto de orientación. Este monte queda incluido en la divisoria de aguas entre el Tapouza y el Juluay. La ascensión al puerto en las fuentes del Juluay es larga y suave, pero la bajada al Tapouza es abrupta. Aparte de este cerro, había otro monte: el Zarod[311]. En él se halla la cueva Makrushínskaya, la más grande, interesante y, hasta ahora, no explorada en su totalidad.

La entrada a la cueva tiene forma triangular y está situada a bastante altura sobre el suelo (entre 40 y 50 metros).

Al principio, el explorador entra en la primera sala, que tiene una longitud de unos 35 o 40 metros y una altura de hasta 30. Al fondo se encuentra un pozo profundo, en el que es fácil caerse. Antes de llegar al pozo, hay que torcer a la izquierda e ir a un nicho del que parte un largo pasadizo de subida y de bajada. Este pasadizo se estrecha en el punto más

alto de la subida, entre dos estalagmitas. Más adelante, hay que ir a gatas. El trayecto tiene casi 50 metros de largo, tras el cual el explorador sale a un pasaje ancho, que le lleva a una segunda sala, blanca como la nieve. Es pequeña, pero muy bonita. Desde ahí se puede pasar por un angosto conducto a una tercera sala, la más majestuosa. Es mucho más grande que las dos primeras juntas y, en ella, las estalactitas y estalagmitas han formado lujosas columnatas. En las paredes hay cal acumulada por doquier, que produce la impresión de ser cascadas petrificadas.

En algunos puntos de las hondonadas se concentra agua tan limpia y cristalina, que un explorador solo repara en ella cuando ya ha metido un pie. Allí vi otro pozo profundo y más conductos laterales. En esa gran sala, a un observador le sorprenden involuntariamente los asombrosos efectos acústicos; cada palabra dicha en voz alta es contestada por un eco de otras cien. Y si se tira una piedra al pozo, se arma un estruendo similar al de un cañoneo. Parece como si hubiera un derrumbe y la bóveda se viniese abajo.

A 5 kilómetros de la desembocadura, el valle se ensancha y se hace más cómodo para reunirse. Las *fansás* de agricultores chinos están situadas allí. Son pocas, solo cinco. La que está más próxima al mar se llama Siao-chinzá.

Deambulé el día entero por las montañas y hacia la tarde me acerqué a esta *fansá*. Durante el crepúsculo, uno de los cosacos mató a un jabalí. Tenía mucha carne, por lo que la compartimos con los chinos. Por su parte, el dueño de la *fansá* nos trajo verduras frescas y patatas. Me propuso cederme su cama, pero temiendo a las chinches, siempre abundantes en las viviendas chinas, preferí quedarme al raso.

Capítulo XVII

Dersú Uzalá

El río Tadushu. El río Tapouza. El origen del nombre «Tadushu». La cuenca baja del río. Sus afluentes. La fansá *Si-Yan. Los relatos de un viejo manchú. La población. Crepúsculo e intemperie. Un desconocido acampa. El encuentro. Conversación nocturna. Las terrazas fluviales. La* fansá *Ludevaya. Las fuentes del Tadushu. La cordillera Sijoté-Alín. El puerto de Veniukov. Los ríos Li-Fudzin y Dun-bey-tsa.*

La salida del sol nos sorprendió ya en marcha.

Desde el golfo de Vladímir parten dos caminos hacia el río Tadushu. Uno asciende por el Juluay y luego por el Tapouza y el Lisagou (afluente del Tadushu). El otro (próximo al mar) conduce al Tapouza y luego, atravesando los montes, hacia la desembocadura del Tadushu. Escogí este último por ser poco conocido.

Las colinas entre el golfo de Vladímir y el Tapouza se componen de tobas de cuarzo y porfidita con inclusión de cascotes de pórfido de cuarzo y feldespato, y también de vidrio volcánico[312].

El nombre de «Tapouza» es una alteración de la palabra china «Dapao-tzi» (laguna grande). En efecto, el Tapouza no va a dar directamente al mar, sino a un gran lago ribereño de unos 10 kilómetros de circunferencia. Una lengua de arena separa este lago del mar, al cual se une mediante una pequeña

manga. En este punto se observa el mismo proceso de nivelación de la costa y cómo la tierra firme ha reconquistado parte del terreno anteriormente ganado por el mar. Según los nativos, en años anteriores había muchos ciervos *sica* en estos lugares. Los tazá, ayudados por perros, acorralaban a los animales en el lago, donde cazadores destacados a propósito hacían guardia en barcas y disparaban con ballestas a los animales allí ahuyentados, que también lanceaban.

El río Tapouza (Kaiya en lengua tazá), de 25 kilómetros de longitud, fluye paralelamente al Juluay. Hablando con rigor, el río Tapouza, se compone de la confluencia de otros dos ríos: el propio Tapouza y el Chenzagou[313]. La cordillera que sobresale formando un cabo entre estos dos ríos está compuesta de porfidita de cuarzo y de feldespato.

El golfo de Vladímir conecta con el valle del Tadushu a través de un sendero, que también puede ser utilizado para el traslado de convoyes de carga. Este sendero comienza en el Juluay y discurre por el primer manantial que queda más próximo al mar antes de llegar al puerto. Al atravesar las montañas, desciende al valle del Tapouza. La ascensión a la cordillera y su bajada son largas y suaves, y están cubiertas de robledales poco frondosos. Entre los árboles hay muchos que están ahuecados. Los cosacos advirtieron marcas de dientes y garras en la corteza de uno de ellos. Era un oso que buscaba miel. Pero unos cazadores que pasaban cerca le habían ahuyentado, haciéndose luego ellos con la miel de la misma forma rapiñadora.

Pasado el puerto, el camino asciende por el Tapouza durante un tiempo a través de un exuberante robledal, donde también hay unas elevadas terrazas fluviales bien marcadas. Al cabo de 10 kilómetros, la senda pasa al extremo izquierdo del valle y luego sigue por un pequeño manantial, que no

tiene nombre, para de nuevo ascender a las montañas. Este puerto es un poco más elevado que el anterior. La subida por la parte del Tapouza es escarpada, en cambio el descenso hacia el Tadushu es suave. Más adelante, el camino pasa por el riachuelo Siao-Pou-Za[314], casi totalmente despojado de bosque, que va a dar al Tadushu a un par de kilómetros de su desembocadura. En general, el camino que recorrimos ese día equivalió a 28 kilómetros y transcurrió en dirección paralela a la costa.

Había muchas huellas de ciervos sica en el bosque. Pronto vimos a tres de estos animales: un macho, una hembra y un cervatillo. Los cosacos les dispararon, pero fallaron, cosa de la que me alegré infinitamente, dado que teníamos abundantes comestibles y ya se había pasado la época de obtener la cornamenta[315].

¡El Tadushu! Así que este era el río por el que M. Veniukov había sido el primero en transitar. Aquí los chinos le obstruyeron el camino y exigieron que diera media vuelta. En la desembocadura del Tadushu, Veniukov plantó una gran cruz de madera con una inscripción en la que se leía que él había estado allí en 1875. No encontré tal cruz por ninguna parte. Probablemente los chinos la habían destruido tras la marcha de los rusos. Tras Veniukov, el Tadushu fue visitado por Maxímovich, Budíschev y Przhevalski.

Los ríos, montañas y cabos de la costa tienen nombres diferentes en el territorio del Ussuri. Esto ocurre así porque los tazá los llaman a su manera, los chinos a la suya y los rusos, por su parte, también les pusieron sus propios nombres. Por eso, para evitar confusiones, hay que atenerse a los nombres chinos allí donde viven los chinos y, allá donde habiten los tazás, no cabe manejarse con los nombres dados

por los rusos. Estos últimos solo hallan espacio en los mapas y a los lugareños les resultan completamente desconocidos.

Luego de preguntar a los chinos sobre los caminos, me marqué una ruta subiendo por el Tadushu a través de la cordillera Sijoté-Alín, hacia la cuenca del río Li-Fudzin y, desde allí, ir al río Noto. Después pensaba ascender de nuevo por este último hasta la Sijoté-Alín e intentar salir al Tetiuje. En caso de no lograrlo, podría regresar otra vez al Tadushu y aguardar allí la llegada de G. I. Granatman y A. I. Merzliakov.

Por alguna razón, el río Tadushu aparece en algunos mapas con el nombre de Li-Fulé y, en otros, como Lei-fin-he, que significa «trueno». Los tazás (udejéis) lo llaman Uzi. Algunos orientalistas intentan fijar el origen de la palabra «Tadushu» en la palabra «datzi» (tazás). Es algo totalmente erróneo. Los chinos llaman a este río Da-tzo-shu (Gran Roble). Los antiguos habitantes chinos dicen que este roble creció en el curso superior del río, cerca de la cordillera Sijoté-Alín. El árbol estaba hueco y era tan grande que hasta ocho personas cabían dentro con soltura. Unos buscadores de ginseng montaron allí una cripta y todo aquel que pasaba por al lado, rezaba a Dios. Pero en una ocasión, unos buscadores de oro se quedaron allí a pasar la noche. Sacaron afuera el altar, tomaron asiento en el hueco y se pusieron a jugar a las cartas. Entonces Dios les envió una terrible tormenta. Un rayo cayó sobre el árbol, lo hizo trizas y mató a todos los jugadores en el acto. De ahí que haya recibido dos nombres: Lei-fin-he y Da-tzo-shu, posteriormente alterados.

La cuenca baja del Tadushu presenta una gran depresión pantanosa; un golfo pequeño. La desembocadura del río se halla un poco más arriba del lugar donde actualmente se sitúa la aldea de Novotadushínskaya. Las elevadas terrazas costeras y las cornisas por las laderas de las montañas indican un

movimiento negativo de la línea de costa y un retroceso del mar. El propio río ha jugado un importante papel en esto, portando durante muchos siglos material sedimentario y depositándolo en forma de fuertes estratificaciones. Después se formó una gran laguna, separada del mar únicamente por un terraplén. Los lagos que en la actualidad quedan entre los pantanos, son los lugares más profundos de la laguna. Allí, en proximidad directa al agua, vi grandes montes bajos de cierta vegetación blanquecina, como la nieve, que, examinada de cerca, resultó ser Edelweiss[316]. Me resultó un tanto extraño ver esa bella flor alpina justo en la costa.

Durante el otoño, en las ensenadas del Tadushu habitan muchos peces gardíes[317], taimen[318], salvelinos[319], salmones jorobados[320] y salmones *keta*[321]. En los lagos hay carpines[322] y lucios[323].

La longitud total del río es de 67 kilómetros. Fluye por un típico valle denudado que parece estar formado por una serie de vastas hondonadas, cosa especialmente notoria cerca de sus afluentes. En el valle del Tadushu las terrazas fluviales están muy marcadas. Se extienden de manera constante de una a otra parte y llegan casi hasta las mismas fuentes.

Si se marcha río arriba, se verán de forma consecutiva los siguientes afluentes: por la margen izquierda (siguiendo la corriente) el Dungou[324], el Kenjeza[325] y el Tsimuje. La senda al Tetiuje discurre por este último. Luego hay dos pequeños riachuelos: el Libagouza[326] y el Ditagouza[327], con pasos al Dinzaje. Por la derecha, unos pequeños riachuelos: el Kvandagou[328] y el Siuen-lazá. Luego siguen el Siao-lisiagou[329] y el Dalisia-gou, con pasos al Tapouza. Más adelante, el Iushangou[330] con su oculta desembocadura (el paso al Juluay) y el Sibegou[331] (el paso al Arzamasovka). Este último tiene una longitud de 30 kilómetros y consta de dos

riachuelos: el Jaisiazagou[332] y el Tsimensangouza[333]. Todos los tazás del Tadushu están asentados en la zona de su confluencia.

Nuestro camino discurría por la ribera izquierda del río. En los puntos de su antigua desembocadura, la senda ascendía por una montaña y transitaba por la cornisa. Desde allí se abre una vista fenomenal sobre el este (al mar) y el oeste (hacia arriba del valle). Por la izquierda, el carácter alpino del paisaje está muy marcado. Una colina pelada cubierta de pedregales de traquita, a la que los chinos del lugar llaman Ditá-shan[334] y los udejéis Ditá-Kiamoni, tiene un aspecto verdaderamente majestuoso. Según cuentan los tazás, antes allí había muchos ciervos *sica*, pero en la actualidad han sido desalojados casi por completo. Debajo, al pie de la montaña y casi en la misma senda, se divisaban afloramientos de lignito.

De los afluentes que el Tadushu recibe por su derecha, el Lisagou resulta interesante. Tiene 12 kilómetros de largo y la senda al Arzamasovka discurre por él. La subida al puerto por la parte meridional es suave. En cambio, el descenso al valle del Tadu es escarpado y muy pintoresco. La senda transita allí por la cornisa. Es un vestigio del antiguo camino que antaño discurría a lo largo de toda la costa y acababa en algún punto del cabo de Guiliak. El propio nombre del Lisagou muestra que aquí crecen muchos perales. Cerca de la desembocadura del Lisagou, al valle del Tadushu va a dar una ramificación de la cordillera y conecta las montañas colindantes con una profunda ensillada, por lo que esta ramificación parece un cerro aislado. Al pie de la montaña se hallaba la magnífica *fansá* Si-Yan, rodeada de álamos mongoles.

El día tocó a su fin y la sombra de la noche descendió sobre la tierra. Pronto todo debía quedar sumido en la oscuridad.

Cuando nos aproximamos a la *fansá*, el dueño apareció en la entrada. Era un viejo alto, un poco cargado de espaldas, con larga barba cana y facciones nobles. Bastó con echar un vistazo a su ropa, a la casa y sus construcciones anexas para darse cuenta de que el chino vivía allí desde hacía mucho tiempo y con gran holgura. Nos recibió a su manera. Cada uno de sus movimientos y gestos traslucían hospitalidad. Entramos en la *fansá*. En su interior todo estaba igual de ordenado que fuera. No me arrepentí de aceptar la invitación del viejo.

Por la noche, después de cenar, me puse a preguntarle cosas sobre el río Tadushu y el camino al Li-Fudzin. Al principio habló de mala gana, pero luego se animó y, recordando tiempos pasados, relató muchas cosas interesantes. Resultó ser un manchú. Se llamaba Kin Chu y era originario de Ninguta. Había vivido en el Tadushu más de 60 años y ya se estaba preparando para marcharse a su patria, donde habría de enterrar sus huesos. Después me contó cosas sobre los primeros años de su vida en un país salvaje en medio de nativos. De aquel manchú escuché por primera vez una historia interesante sobre el territorio del Ussuri, el cual hacía tiempo que habíamos dejado atrás. Hubo una lucha intestina entre un rey, Kuan Yun, que vivía en el Suchan, y el príncipe Chin Yatai-Tzi, de Ninguta. Más adelante me habló de una batalla en el Daubije y en el monte Kouché-Din-Tza (cerca de Post Olgui). El viejo hablaba prolijamente y de manera muy bella. Escuchándole, me transporté por completo a un pasado lejano y olvidé de que me hallaba en el Tadushu. No solo yo estaba prendado de lo que contaba, pues advertí que, en la *fansá*, todos los chinos se habían calmado y estaban atendiendo al relato del viejo. Luego me habló de una terrible enfermedad que había eliminado a casi toda la

población que quedó tras la guerra. El territorio cayó entonces en la desolación.

Los primeros chinos que surgieron en la taiga del Ussuri fueron los buscadores de ginseng. Con ellos también llegó él, Kin Chu. Enfermó en el Tadushu y se quedó con los udejéis (tazás). Posteriormente se casó con una mujer de su tribu y permaneció con los tazás hasta bien entrada la vejez.

El viejo acabó por fin de hablar. Me desperté y me puse en situación. El ambiente en la *fansá* era sofocante, por lo que salí afuera a respirar aire fresco. El cielo estaba negro; las estrellas brillaban con fuerza y se irisaban. En la tierra también estaba oscuro. Cerca, en el establo, los caballos daban resoplidos. Un avetoro gemía en el pantano colindante, en la hierba traqueteaban los saltamontes… Estuve sentado durante un buen rato en la orilla del río. El imponente silencio de la noche y la calma reinante en toda la naturaleza armonizaban entre sí. Me acordé de Dersú y sentí tristeza. Me levanté, fui a la *fansá* y me tumbé en la cama que me habían hecho, pero estuve largo rato sin poder dormirme. Al día siguiente, tras despedirnos del viejo, ascendimos por el río. El tiempo nos favoreció; pese a que el cielo estaba cubierto de cúmulos, el sol lucía vivamente.

La mitad superior del valle del Tadushu se diferencia un tanto de la inferior. La parte de abajo, como he dicho antes, se compone de toda una serie de pequeñas hondonadas, mientras que la de arriba se asemeja más a un valle longitudinal. En ese punto toma por su derecha a un pequeño riachuelo, el Chingouzu[335], con una senda que conduce a las *fansás* de los tazás en el Sibegou. Por la margen izquierda fluye un gran afluente, el Dinzaje, que es más largo y lleva más agua que el propio Tadushu, por lo que cabría

considerarlo el río principal y, al Tadushu, el afluente. Más adelante hablaré con mayor detalle del río Dinzaje.

En el Tadushu hay muchos chinos. Conté 97 *fansás*. Viven allí con mucho más desahogo que en otros lugares del territorio del Ussuri. Cada construcción tiene una pequeña destilería. Además, advertí que los chinos del Tadushu iban vestidos de manera más pulcra y aseada; tienen un aspecto saludable y bien nutrido. En torno a las *fansás* se ven por todas partes huertos, campos de cereal y vastas plantaciones de amapola, sembrada para recolectar opio.

Los tazás viven en la parte superior del valle. Como siempre, se albergan en pequeñas *fansás* de tipo chino. Los chinos los explotan de manera inmisericorde. La suciedad en la vivienda, en la ropa y en el cuerpo es fuente de todo tipo de enfermedades y es la causa de su extinción. Los chinos llegan al territorio del Ussuri solos y les quitan las mujeres a los nativos por la fuerza. De estas uniones resultan niños que no pueden ser considerados ni de chinos ni de nativos. Gran parte de la población aborigen del territorio de Yuzhnoussuri, también en el Tadushu, la conforman precisamente estos tazás mestizos. Muchísimos de ellos, especialmente las mujeres, fuman opio, circunstancia que también es una de las principales causas de su empobrecimiento.

Todos fuman tabaco, incluso los chavales jóvenes. Varias veces vi a niños que ya fumaban pipas, aunque apenas sabían andar y estaban sin destetar.

Resultó cómico contemplar a un chiquitín a quien su madre acababa retirarle el pecho. Aquello le ofendió tanto, que se puso a llorar amargamente. Luego cogió una pipa, se dirigió a una hoguera y, entre lágrimas, se puso a mover con ella unas pequeñas brasas.

El valle del Tadushu es muy fértil. En él no suelen tener lugar grandes inundaciones, ni siquiera en el punto donde van a dar de golpe tres ríos comparativamente grandes (el Dinzaje, el Sibegou y el Iushangou) a una pequeña extensión. El agua se desborda ligeramente, pero por poco tiempo. El Tadushu, en toda la región del golfo de Olga, es el mejor lugar para una colonización.

Los montes en la parte media del valle, más arriba de la *fansá* tazá de Sia-Inzá[336], se componen de areniscas y esquistos arcillosos con numerosas capas intermedias de cuarzo. El ramal alpino que entra como una afilada cuña entre el Siberou y el Tadushu está compuesto de melafiros, porfiditas y vitrófidos. Por su parte sur, abajo, aparecen obsidianas con escisión prismática.

Pasado el mediodía, el tiempo comenzó a estropearse notablemente. Unos nubarrones aparecieron en el cielo. Se desplazaban a baja altura sobre la tierra, perdiéndose tras las cumbres de las montañas. El panorama cambió de repente y el valle adquirió un aspecto sombrío. Las rocas que tan bonitas resultaban a la luz del sol, ahora parecían lóbregas. El agua del río había oscurecido. Yo sabía lo que significaba aquello, así que ordené plantar las tiendas y preparar más leña para la noche.

Cuando todos los trabajos de acampada hubieron concluido, los fusileros pidieron ir de caza. Les aconsejé no ir muy lejos y volver pronto al vivac. Zagurski fue por el valle del Dinzaje, Turtyguin marchó Tadushu arriba y yo me quedé en el campamento con el resto de los hombres. El sol debió ocultarse por el horizonte, porque, de repente, oscureció. La luz del día aún estuvo riñendo un rato con el crepúsculo, pero se veía que la noche pronto ascendería, apoderándose primero de la tierra y luego del cielo.

Turtyguin regresó al cabo de una hora y me informó de que a un par de kilómetros de nuestro lugar de acampada, al pie de un cerro peñascoso, había encontrado el vivac de un cazador, quien le preguntó quiénes éramos, adónde íbamos y si hacía mucho tiempo que estábamos en camino. Cuando se enteró de mi apellido, se puso a recoger su morral a toda prisa. Esta información me inquietó. ¿Quién podía ser?

El fusilero dijo que no valía la pena ir allí, dado que el desconocido había prometido venir a vernos él mismo. Una extraña sensación se apoderó de mí. Algo incontenible me arrastraba para allá, hacia el encuentro de aquel desconocido. Agarré mi fusil, di un grito al perro y me puse rápidamente en marcha por el sendero.

Justo después de abandonar el fuego, la oscuridad de la noche me pareció aún más negra de lo que en realidad era, pero al cabo de un minuto mis ojos se acostumbraron y comencé a distinguir el sendero. La luna acababa de salir. Negros nubarrones se deslizaban con rapidez por el cielo, tapándolo constantemente. Parecía que la luna corría a su encuentro y que los estuviera atravesando. Todo lo que alrededor tuviera vida estaba en calma; en la hierba apenas se oía el traqueteo de los saltamontes.

Cuando me giré, ya no vi el fuego del vivac. Tras permanecer de pie unos momentos, continué avanzando.

De pronto, mi perro se lanzó adelante y empezó a ladrar con furia. Alcé la cabeza y no lejos de donde me hallaba, vi una figura.

—¿Quién anda ahí? —grité.

Y en respuesta a mi grito escuché una voz que me hizo estremecer.

—¿Cuál gente va?

—¡Dersú, Dersú! —comencé a gritar de alegría, lanzándome a su encuentro.

Si en ese momento hubiera habido un observador externo, habría visto cómo dos personas se estrechaban entre fuertes abrazos, como si quisieran pelear. Al no entender lo que pasaba, Alpa se lanzó fieramente sobre Dersú, pero enseguida le reconoció y cambió sus rabiosos ladridos por cariñosos aullidos.

—¡Buenas, capitán! —dijo el gold, recomponiéndose.

—¿De dónde sales? ¿Cómo has llegado a parar aquí? ¿Dónde has estado? ¿Adónde vas? —dije, abrumándole con preguntas.

No se dio prisa en responder.

Finalmente, ambos nos tranquilizamos y empezamos a hablar como es debido.

—Mía hace poco llegó al Tadushu —dijo—. Mía oyó que hay cuatro capitanes y doce soldados en Shi-Myné (Post Olgui). Mía piensa: hay que ir allí. Hoy mira un gente, entonces todo comprende.

Tras hablar un poco más, regresamos a nuestro vivac. Yo caminaba alegre y contento. Y cómo no alegrarse: ¡Dersú estaba de nuevo conmigo!

Llegamos al vivac al cabo de unos minutos. Los fusileros abrieron paso y se pusieron a examinar al gold con curiosidad.

Dersú no había cambiado ni envejecido ni una pizca. Seguía ataviado con una pelliza de piel y pantalones de piel curtida de ciervo. Llevaba una cinta en la cabeza y, en las manos, la misma carabina Berdan. Tan solo los bípodes parecían ser nuevos.

Los fusileros comprendieron desde el primer instante que Dersú y yo éramos viejos conocidos. El gold colgó su escopeta en un árbol y también se puso a examinarme. Por la expresión de sus ojos, por la sonrisa que jugueteaba en sus labios, vi que estaba satisfecho por nuestro encuentro.

Ordené echar un poco más de leña a la hoguera y preparar té. Mientras, me puse a preguntarle dónde había estado y qué había hecho durante esos tres años. Dersú me contó que, después de despedirse de mí junto al lago Janka, se encaminó al río Noto, donde estuvo cazando martas cebellinas durante todo el invierno. En primavera cruzó al curso superior del Ulaje, donde cazó cercetas y, en verano, se dirigió al Fudzin, hacia los montes del Siaen-Laza. Los chinos que habían llegado aquí provenientes de Post Olgui le informaron de que nuestro destacamento se dirigía hacia el norte por la costa. Entonces se encaminó hacia el Tadushu. Los fusileros estuvieron poco rato sentados junto al fuego. Se acostaron temprano, pero yo me quedé a solas con Dersú y permanecimos sentados toda la noche. Recordé vivamente el río Lefu, cuando llegó por primera vez a nuestro vivac. Y al igual que en aquella ocasión, de nuevo ahora estaba mirándole y escuchando sus relatos.

La sombría noche se acercaba a su fin. El aire comenzó a azulear. Ya se podía distinguir el cielo gris, la niebla en las montañas, los pinos y el sendero, oscurecido debido al rocío. La luz de la hoguera se había extinguido y las rojizas brasas empezaban a palidecer. En la naturaleza se percibía cierta tensión; la niebla estaba cada vez más alta y, al final, empezó a lloviznar copiosamente.

Fue entonces cuando nos echamos a dormir. Ya no tenía miedo de nada. No me daban miedo ni los honguzhis, ni las fieras salvajes, ni la profunda nieve, ni las inundaciones;

Dersú estaba conmigo. Sumido en estos pensamientos, me quedé profundamente dormido.

Me desperté a las nueve de la mañana. Había dejado de llover, pero el cielo seguía oscuro. Con un tiempo así no dan ganas de andar, pero quedarse sentado es todavía peor. Por eso la orden de albardar los caballos fue recibida por todos con gusto. Al cabo de media hora, ya estábamos en camino. Ocurrió que tenía un acuerdo tácito con Dersú: yo sabía que él iría conmigo. Era algo completamente natural; no lo podía haber decidido de otro modo. Por el camino seguimos hasta un cerro peñascoso, donde agarramos las cosas de Dersú, que, como siempre, cabían todas en un morral.

Ahora, por la izquierda, teníamos un río. Y por la derecha, terrazas fluviales de 38 metros de altura. Sobresalían especialmente hacia el valle del Tadushu, pasado el río Dinzaje. Estas terrazas están compuestas de calizas compactas con clivajes de arenisca.

El último afluente del Tadushu es el Vangou[337], por el que se puede salir al Noto atravesando la cordillera Sijoté-Alín. Poco antes de llegar a su desembocadura, dos rocas sobresalen de cara al valle. Una por la izquierda (al pie de la terraza), baja y muy pintoresca, con un ahondamiento similar a un nicho, donde los chinos construyeron un templo pagano; y otra por la derecha, justo frente a la desembocadura del Vangou, que lleva el nombre de Ian-tun-lazá[338]. Cerca de él está el pequeño manantial del Chingouzá[339].

La roca de Ian-tun-lazá tiene una altura de 110 metros. Cuenta con muchas hondonadas, en las cuales anidan palomas salvajes. Justo en la cima, los chinos habían construido con losas algo semejante a un templo pagano. Ellos creen que cuando se sube a una montaña, se está más cerca de Dios.

La senda nos condujo a la *fansá* Ludevaya[340], situada precisamente en un cruce de caminos que llevan al Noto y al Li-Fudzin. Los habitantes de esta *fansá* antes se dedicaban a la caza de ciervos con fosos, de ahí que recibiera tal nombre. En aquel entonces, funcionaba como una posada. Allí siempre se podía encontrar a chinos que marchaban del mar hasta el Ussuri o que regresaban de allá. El dueño de la *fansá* les abastecía de comestibles por el pago de la pensión y, de esta forma, ganaba una importante suma de dinero. La construcción estaba situada al pie de una gran terraza, que sobresale notoriamente hacia el valle y estrecha al Tadushu hacia las montañas por la derecha. La superficie de esta terraza es pantanosa y está cubierta de grupos de finos abedules.

Pasamos junto a la *fansá* Ludevaya y nos dirigimos a la cordillera Sijoté-Alín. El día, nublado desde por la mañana, empezó a despejarse un poco. La niebla que envolvía las montañas comenzó a elevarse creando nubes; la pesada cortina de nubarrones se rasgó, el sol se asomó y la naturaleza sonrió. De golpe, todo cobró vida: del lado de la *fansá* llegó el canto de los gallos y el ajetreo de los pájaros en el bosque. Los insectos aparecieron de nuevo sobre las flores.

En su parte superior, el Tadushu fluye desde el noroeste hacia el sudeste. Sus fuentes se componen de pequeños manantiales alpinos que están situados de esta forma: por la izquierda, el Tsarlgouza[341], el Liudenza-Yangou[342] y el Satengou[343]; y por la derecha, el Bezymianni[344] y el Salingou[345]. En ese punto se halla el puerto más bajo que corta la cordillera Sijoté-Alín. Unas pequeñas colinas de contorno allanado y los lechos fuertemente derrubiados de los arroyos atestiguan la existencia de grandes procesos de denudación.

Desde el río Tadushu y a través de los montes de la Sijoté-Alín hay tres caminos: dos van al Noto y uno al Li-Fudzin. El primero parte de la ya conocida, para nosotros, *fansá* Ludevaya y marcha por el Vangou. Este camino solo lo utilizan aquellos chinos que tienen como destino el curso alto del Danán-tzi (afluente del Noto). El segundo camino comienza cerca de la desembocadura del Liudenza. La senda discurre durante largo tiempo por la cordillera Sijoté-Alín, luego desciende al valle del Dun-bey-tzi (afluente nororiental del Li-Fudzin) y marcha por él hasta sus fuentes. Por el camino cruza otros tres puertos y solo entonces sale al Danantsu. Por esta ruta van los caminantes que tienen que salir a la parte baja del Noto. La tercera vía, la que elegimos, discurre directamente por el arroyo Salingou en dirección al Li-Fudzin.

Los chinos del lugar modificaron la palabra manchú «Sijoté-Alín» a su manera: Si-jo-ta-Lin; es decir, «Puerto de grandes ríos occidentales». Y, en efecto, al oeste de la línea divisoria de aguas fluyen grandes ríos: el Bakú, el Imán, el Bikin, el Jor, etc. Los golds lo llaman Dzub-Guin y los udejéis Ada-Sololi. Además, a su vertiente occidental la llaman Ada-Tsazani y, a la oriental, Ada-Namuzani, de la palabra «namu», que quiere decir «mar».

Hicimos un alto al pie de la cordillera. Pescado en salazón, un par de picatostes y una jarrita de café caliente integraron un almuerzo, que en la taiga, se puede considerar como muy bueno.

La ascensión a la cadena alpina Sijoté-Alín se empina cerca de la cresta. El puerto presenta una amplia ensillada, pantanosa y cubierta de bosque quemado. Su altura absoluta equivale a 480 metros. Cabría darle el nombre de M. Beniukov, quien estuvo aquí en 1857 y tras él, como si de un

caminillo asendereado se tratase, siguieron otros. ¡Gloria y recuerdo eternos al primer explorador del territorio del Ussuri!

Justo en el puerto, cerca de la senda, se alza a la derecha un pequeño templo pagano hecho de tablas. En su interior habían alojado una xilografía que representaba a dioses chinos. Frente a ella habían puesto dos cajones de madera con cabos de vela hechos de papel. En el otro lado había varias hojas de tabaco y dos trozos de azúcar. Era una ofrenda al dios de los bosques. En el árbol contiguo habían colgado un trapito rojo con la inscripción: «Shan men chen vey Si-zhi Tsi-go vey da suay Tzin tszan datsun chen shan-lin»; es decir, «Al señor y verdadero espíritu de las montañas (el tigre). En la Antigüedad, en el Estado de Tsi, fue el comandante en jefe de la dinastía Da-Tsin y en la actualidad protege los bosques y las montañas».

Desde el puerto de Veniukov, la cordillera Sijoté-Alin tiene el aspecto de ser una cadena que se eleva lentamente hacia el norte. La subida es tan imperceptible para el ojo humano, que durante la marcha te olvidas por completo de que estás caminando por una cordillera. Tan solo las laderas te hacen recordar que te hallas en la divisoria de aguas. Estos lugares están cubiertos por un abedular que no tendrá más de cuarenta años. Probablemente surgió allí después de los incendios. El descenso de la cordillera resultó largo y suave. Al caminar por la hierba, una y otra vez tropiezas con árboles caídos, quemados. Justo en ese punto, pasado el puerto, comienza el pantano, cubierto de un enmohecido bosque de coníferas. A eso de las tres de la tarde llegamos al sitio donde el Li-Fudzin confluye con el Dun-bey-tsa y acampamos en un banco de arena lleno de guijarros.

El río Dun-bey-tsa[346] tiene unos 40 kilómetros de largo. Fluye todo el tiempo a lo largo de la cordillera Sijoté-Alín y en su curso alto está compuesto de tres arroyos alpinos. Las huellas de la erosión son visibles a cada paso. En algunos lugares, los montes están tan derrubiados, que desde detrás del bosque no se les puede ver de ningún modo. Da la impresión de que se camina por una depresión poco accidentada cubierta por bosques de coníferas, compuestos por píceas, abetos, cedros, abedules, tejos, arces, alerces y alisos. Este bosque ardió recientemente.

Ahora todo el valle es una mera quemada. En este punto discurre la senda que utiliza la población local china para tener comunicación con el río Noto. Por el camino, a una distancia entre sí de una jornada de marcha, se sitúan cuatro *fansás* de ganaderos cuyos habitantes se dedicaban a la caza y a las pieles de marta cebellina. Lo primero que hicimos fue hacer hogueras humeantes para ahuyentar a los mosquitos y luego ya nos pusimos a sacar leña del bosque. Los fusileros quisieron pernoctar en las mosquiteras, pero Dersú les aconsejó plantar una tienda a un agua.

El día comenzó a nublarse hacia el atardecer: la niebla se levantó y se transformó en nubarrones. Dersú ayudó a los soldados en todas las tareas, cosa que estos valoraron positivamente. Iba ya a plantar su tienda aparte, pero le convencí para pernoctar juntos. Entonces Dersú agarró un hacha y corrió a la taiga a por corteza de cedro. Primero dio un corte con el hacha a un árbol, arriba de la corteza, que serró por abajo con un serrucho. Luego la cortó a lo largo y se puso a despegarla con un palo afilado.

Quitó seis de estas capas. Dos de ellas las colocó en el suelo, otras dos como techo y las restantes las puso a los lados como protección contra el viento.

Al atardecer cayó una fuerte lluvia. Enseguida desaparecieron los mosquitos y las mosquitas. Después de cenar, los fusileros se echaron a dormir, mientras que Dersú y yo aún estuvimos sentados largo rato junto al fuego, conversando. Me contó cosas sobre la vida de los chinos en el Noto y cómo le habían agraviado en una ocasión, tras quitarle una piel y no pagarle nada a cambio.

Capítulo XVIII

Amba

El animismo de Dersú. Un tigre nos persigue. Dersú habla con la fiera. El Kvandagou. Caza en los salobrales. Dersú pide al tigre que no se enfade. El regreso. La preocupación del gold. Una noche.

Al día siguiente, una densa y pesada niebla envolvió todos los alrededores. El día resultó gris y desapacible; hacía frío y humedad.

Mientras la gente recogía las cosas y cargaba los caballos, Dersú y yo, tras tomar el té a toda prisa y meternos un picatoste en el bolsillo, nos adelantamos. Por las mañanas yo solía abandonar el vivac antes que el resto. Al tener que trazar los planos de ruta, avanzaba tan lentamente, que al cabo de un par de horas el destacamento ya me había adelantado y yo llegaba al alto principal cuando los hombres ya habían terminado de comer y se disponían a reanudar el camino. Y lo mismo sucedía después de mediodía: yo salía antes, pero llegaba al vivac poco antes del almuerzo.

Ya en la víspera Dersú me había dicho que por aquellos parajes deambulaban muchos tigres, por lo que me aconsejó no quedar rezagado del destacamento.

Nuestro camino discurría por la orilla derecha del Li-Fudzin. A veces el sendero se desviaba a un lado, adentrándose tanto en el bosque, que resultaba difícil orientarse e indicar por dónde fluía el Li-Fudzin. Pero, de

repente, de manera totalmente inesperada, salimos de nuevo al río y marchamos cerca de los taludes ribereños.

Quien no haya estado en la taiga del territorio del Ussuri, no puede imaginarse la espesura y maleza que hay allí. Literalmente, no se puede ver nada unos pasos más allá de donde estás. En más de una ocasión sucedió que a cuatro o seis metros se levantaba una fiera del lugar donde estaba tumbada y solo el ruido producido por el crujido de las ramas indicaba la dirección por la que el animal se marchaba. Llevábamos ya caminando más de dos jornadas justo por una taiga de estas características.

El tiempo no nos favoreció. Estuvo todo el rato lloviznando; había charcos en el camino, la hierba estaba mojada y, en ocasiones, de los árboles caían grandes gotas. Un asombroso silencio reinaba en el bosque, como si todo estuviera muerto. Hasta los pájaros carpinteros habían desaparecido.

—¡El demonio sabe qué pasa con este tiempo! —le dije a mi compañero de viaje—. O bien niebla, o bien lluvia. La verdad, no sabes a qué atenerte. ¿Tú qué crees, Dersú? ¿Se despejará el tiempo o irá a peor?

El gold miró al cielo, a su alrededor y, en silencio, siguió avanzando. Al cabo de un momento se detuvo y dijo:

—Nuestra así piensa: esta tierra, cerro, bosque… igualmente es gente. Ahora suda. ¡Escucha! —dijo, aguzando el oído—. Él respira, igualmente es gente.

Dersú se puso de nuevo en marcha y aún estuvo largo tiempo hablándome de sus criterios sobre la naturaleza, donde todo estaba vivo, como la gente.

Ya eran cerca de las once de la mañana. A juzgar por la hora, el convoy de carga debía de habernos adelantado ya. Sin embargo, por detrás, en la taiga, no se oía nada.

—¡Hay que esperar! —le dije a mi compañero de viaje.

Y este, sin hacer ruido, se detuvo, se descolgó del hombro la carabina Berdan, la apoyó contra un árbol, hincó el bípode en el suelo y se puso a buscar su pipa.

—¡Caramba! Mi pipa perdido —dijo con enfado.

Quiso regresar y buscarla, pero, con la esperanza de que los hombres que iban por detrás la encontraran y la trajeran, le aconsejé que aguardase. Permanecimos de pie unos veinte minutos. Por lo visto, el viejo tenía muchas ganas de fumar. Finalmente no se aguantó, cogió su escopeta y dijo:

—Mía piensa, la pipa aquí cerca está. Hay que volver.

Intranquilo porque el convoy tardaba mucho en llegar y temiendo que a los caballos les hubiera podido suceder algo, di media vuelta con Dersú. El gold marchaba delante y, como siempre, mecía la cabeza, reflexionando para sus adentros:

—¿Cómo mi pipa perdido? O hecho viejo, o mi cabeza va mal. ¿O cómo…?

No terminó de acabar la frase. Se quedó a media palabra, luego retrocedió e, inclinándose sobre el suelo, se puso a examinar algo a sus pies. Me acerqué a él. Dersú miró a todos lados. Estaba un tanto turbado y hablaba susurrando.

—Mira, capitán. Es *amba*. Él detrás nuestra va. Eso es muy malo. Huella muy fresca. Él ahora estado aquí…

En efecto, en el sendero embarrado se distinguían huellas frescas de una gran zarpa de felino de manera muy clara. No estaban cuando antes pasamos por allí. Lo recordaba perfectamente, aparte de que Dersú no podía haber pasado por ellas de largo. Y ahora, cuando dábamos media vuelta e íbamos al encuentro del destacamento, unas huellas habían surgido: se dirigían hacia nuestro lado. Era evidente que la fiera había estado todo el rato siguiéndonos «de cerca».

—Él cerca, aquí esconde —dijo Dersú, señalando a la derecha con la mano— Él mucho rato está aquí, cuando nuestra allí detiene y mía pipa busca. Nuestra vuelve, él entonces pronto saltará. Mira, capitán. Todavía no hay agua en huellas…

Efectivamente, pese a haber charcos por doquier, el agua aún no había tenido tiempo de rellenar las huellas dejadas por las patas del tigre. Era indudable que el terrible carnívoro acababa de estar allí y luego, al oír nuestros pasos, se había metido en la espesura, ocultándose en algún lugar entre los troncos caídos.

—Él lejos no va. Mía comprende bien. ¡Capitán, espera…!

Permanecimos varios minutos en el sitio con la esperanza de que algún susurro revelara la presencia del tigre, pero el silencio era sepulcral. Un silencio misterioso un tanto especial, extraño.

—Capitán —dijo Dersú, dirigiéndose a mí—. Ahora hay que mirar bien. Tu fusil, ¿hay cartuchos? Despacio hay que ir. Qué hoyo, qué árbol en el suelo, hay que mirar bien. Sin prisa. Es *amba*. Tuya comprende: *¡amba…!*

Al decir esto, inspeccionó cada arbusto y cada árbol. Así transcurrió cerca de media hora; con Dersú marchando todo el rato en cabeza y sin quitar ojo del sendero.

Finalmente, oímos unas voces: uno de los cosacos estaba riñendo a un caballo. Al cabo de varios minutos se acercaron los hombres con los caballos. Dos de ellos estaban llenos de barro. Sus sillas también estaban embarradas. Resultó que, al cruzar por un pequeño remolino, ambos caballos trastabillaron y quedaron atrapados en el pantano. Esta había sido la causa de su tardanza. Tal como me imaginé, los fusileros habían encontrado la pipa de Dersú en la senda y la traían consigo.

Para seguir avanzando era necesario arreglar los fardos, recolocar la carga y, por lo menos un poco, limpiar de barro a los caballos.

Iba ya a ordenar un alto y poner agua a hervir para el té, pero Dersú me aconsejó poner bien la silla y proseguir el camino. Decía que había una cabaña de caza en un lugar más alejado de dónde nos hallábamos. Era allí donde consideraba que había que parar y acampar. Tras sopesarlo un poco, me mostré conforme. Los hombres empezaron a retirar los fardos a los caballos, que estaban derrengados, mientras que Dersú y yo retomamos el camino. No hubimos dado ni 200 pasos y volvimos a toparnos con huellas de tigre. Otra vez nos seguía la terrible fiera. Y de nuevo, como en la primera ocasión, al olfatear nuestra proximidad, evitaba encontrarse con nosotros. Dersú se detuvo y, vuelto de cara hacia el lado donde se ocultaba el tigre, comenzó a gritar en voz alta, en la que percibí notas de indignación:

—¿Por qué vas detrás? ¿Qué necesitas, *amba*? ¿Qué quieres? Nuestra camino va, no molestamos. ¿Cómo tuya va detrás? ¿Es que en taiga hay poco sitio?

Blandió al aire su carabina. Nunca antes le había visto en tal estado de excitación. En los ojos de Dersú se detectaba la profunda fe de que el tigre, *amba*, le escuchara y comprendiese sus palabras. Él estaba seguro de que el tigre o bien aceptaba el desafío, o bien nos dejaba en paz, marchándose a otro lugar. Tras aguardar unos cinco minutos, el viejo respiró con alivio, después se puso a fumar su pipa y, echándose la carabina al hombro, continuó caminando por el sendero con paso firme. Volvía a mostrar una expresión impasible y concentrada: había avergonzado al tigre y le había obligado a alejarse.

Aún marchamos por el bosque por espacio de una hora. De repente, la espesura comenzó a ralear; ante nosotros se abría un gran claro, que la senda cortaba al través por su diagonal.

El largo viaje por la taiga nos había fatigado mucho. El ojo buscaba descanso y una vasta extensión. Por eso uno puede imaginarse con qué alegría salimos del bosque y nos pusimos a examinar aquel claro.

—Es el Kvandagou —dijo Dersú—. Pronto nuestra encuentra la cabaña.

El prado por el que íbamos caminando estaba cubierto de malezas de helechos águila de corta altura. Detrás del bosque, en la parte norte, a través de la niebla, a duras penas se divisaban unas montañas altas, cubiertas también de bosque. En algunos lugares de la depresión había árboles aislados, sobre todo arces y abedules negros. A la derecha del calvero había un pantano angosto con salobrales, adonde, según Dersú, los ciervos y las cabras salvajes siempre iban por la noche para paladear francesillas[347] y ronzar la salada tierra negra.

—Nuestra tiene hoy ir a caza —dijo Dersú, señalando el pantano con los bípodes.

En efecto, sobre las tres de la tarde encontramos una cabañita con un techo a dos aguas. Unos cazadores chinos la habían hecho de corteza de cedro para que el humo de la hoguera que entrase dentro pudiera salir por ambos lados y no permitir a los mosquitos penetrar en el interior. Un pequeño arroyo fluía cerca de la cabaña. Durante largo rato hubo de nuevo que ocuparse de pasar a los caballos a la otra orilla, pero este obstáculo fue también finalmente superado.

Mientras tanto, el tiempo seguía como siempre. En expresión de Dersú, «sudando». Desde por la mañana, el cielo encapotado parecía haber empezado a despejarse. La niebla se

había elevado aún más, en algún punto habían surgido claros y había parado de llover, pero la tierra estaba muy húmeda.

Decidí quedarme allí a pasar la noche. Tenía muchas ganas de cazar en los salobrales, más aún cuando llevábamos mucho tiempo sin carne y ya era el cuarto día que nos alimentábamos a base de picatostes.

Al cabo de unos momentos, en el vivac bullía el mismo alegre ajetreo que cualquiera que haya estado un buen tiempo en la taiga y llevado un tipo de vida de peregrino, puede reconocer. Una vez descargamos los fardos de los caballos, los soltamos. Apenas fueron desensillados, lo primero que hicieron fue tumbarse en el suelo. Luego, tras sacudirse, marcharon al claro a pastar.

Colocamos todos los fardos en el mismo sitio y los tapamos con una lona impermeable, no fuera que empezase a llover.

Mientras estábamos ocupados con los caballos, desensillándolos, alguien ya había tenido tiempo de prender una hoguera y poner una tetera al fuego.

En el vivac, Dersú siempre mostraba una energía sorprendente. Corría de un árbol para otro, les quitaba la corteza, pelaba varas y bípodes, plantaba la tienda, secaba su ropa y la de los demás y trataba de prender el fuego de manera tal que en el interior de la cabaña se pudiera estar sentado sin que los ojos sufrieran a causa del humo. Yo siempre me sorprendía de cómo aquel hombre, ya viejo, podía hacer varias cosas a la vez. Hacía rato que nosotros nos habíamos descalzado y estábamos ya descansando, pero Dersú aún seguía ocupado en quehaceres domésticos alrededor de la cabaña.

Al cabo de una hora, un observador externo habría visto el siguiente panorama: en el claro, cerca del arroyo, pastaban los caballos con el lomo húmedo a causa de la lluvia. El humo de

las hogueras no se elevaba, sino que se extendía a baja altura sobre la tierra, pareciendo inmóvil. Toda la expedición se había metido en la cabaña para resguardarse de mosquitos e insectos. Solo una persona proseguía corriendo con prisa por el bosque: Dersú, que estaba ajetreado haciendo acopio de leña para la noche.

En agosto, más aún en los días desapacibles, anochece bastante temprano. Justo como ese día. La niebla solo aguantaba en la cima de las montañas, vagando sus jirones por los arbustos como si fueran fantasmas.

Tras cenar a toda prisa, fui con Dersú a cazar. La senda tendía nuestro camino hacia el vivac y, de allí, iba del través hacia los salobrales, que estaban cerca del bosque. Por todo el prado podían observarse numerosas huellas de ciervos y cabras salvajes. La tierra negruzca de los salobrales estaba privada de vegetación casi por completo. Los pequeños árboles enanos que los rodeaban tenían un aspecto marchito y lastimoso. En algunos puntos, la tierra estaba bien pisoteada. Se veía que los ciervos iban siempre allí, tanto de manera aislada como en rebaños enteros.

Tras escoger un lugar cómodo, nos sentamos y nos pusimos a aguardar a que vinieran los animales. Me apoyé sobre un tocón y comencé a orientarme. La oscuridad se condensó rápidamente junto a los arbustos y en la parte baja de los árboles. Dersú estuvo un buen rato sin poder tranquilizarse. Había roto unas ramas para despejarse la zona de tiro y, por algún motivo, había doblado un abedul que crecía detrás.

Un silencio sepulcral reinaba por todas partes, en el bosque y en el campo. Tan solo lo rompía el monótono zumbido de los mosquitos. Un silencio así actúa sobre el alma de una manera especialmente angustiosa. Te metes en él sin querer,

quedas a él sometido y parece que no tienes fuerzas suficientes para romperlo mediante la palabra o algún movimiento descuidado.

En el aire y en la tierra cada vez estaba más oscuro. Los arbustos y los árboles habían empezado a adquirir contornos indefinidos: parecían seres vivos que estuvieran moviéndose de un sitio a otro. A veces creía tener la visión de que eran ciervos. La fantasía hacía el resto. Apreté el fusil entre mis manos. Ya estaba listo para disparar, pero cada vez que echaba una mirada al rostro de Dersú, volvía en sí, la ilusión desaparecía de inmediato y la oscura silueta del venado volvía a adquirir la forma de un arbusto o un árbol. Dersú permanecía sentado como si fuera una estatua de mármol. Miraba con ojos escudriñadores los matorrales que había cerca de los salobrales, esperando con tranquilidad a su presa. En un momento dado, de repente, se puso en guardia, alzó despacio su escopeta y comenzó a aguzar la vista. Mi corazón empezó a palpitar con más fuerza. Yo también me puse a mirar hacia el lado donde lo hacía el viejo, pero no vi nada.

Pronto advertí que Dersú se había tranquilizado, así que yo también me tranquilicé. Había oscurecido por completo. Estaba tan oscuro que, a solo unos pasos de distancia, ya no se podía distinguir la tierra negra de los salobrales o las oscuras siluetas de los árboles. Los mosquitos me estaban picando en el cuello y las manos de una manera intolerable. Me cubrí la cara con una redecilla de malla. Dersú estaba sentado sin malla alguna y no parecía notar las picaduras.

De pronto, a mis oídos llegó un susurro. No me confundía. El susurro partía de unos arbustos que se encontraban en la otra parte de los salobrales, justo enfrente del lugar donde nos hallábamos. Miré a Dersú. Había agachado la cabeza y, a fuerza de mirar, parecía querer penetrar en la oscuridad y

averiguar la causa de aquel ruido. A veces el susurro se incrementaba y se hacía muy claro, a veces quedaba mitigado y cesaba por completo. No había dudas: algo se acercaba con cautela hacia nosotros a través de la maleza. Era un ciervo que estaba ronzando y lamiendo la tierra salada. Mi imaginación ya perfilaba un esbelto ciervo con su bella cornamenta ramificada. Me quité la malla y me puse a escuchar y mirar, olvidándome completamente de los mosquitos. Busqué con la mirada al animal, que, según mis cálculos, debía estar a unos 70 u 80 pasos, no más.

De repente, un terrible gruñido, similar a un trueno lejano, resonó en el aire:

—¡Grrrrr…!

Dersú me agarró de la mano.

—¡*Amba*, capitán! —me dijo con voz asustada.

Una espantosa sensación estremeció de inmediato mi corazón. Quería transmitir lo que estaba sintiendo, pero era poco probable que supiera hacerlo. Sentía que una languidez y una cierta pesadez comenzaban a bajarme a las piernas. Las rodillas empezaron a dolerme, como si las hubieran llenado de plomo. Es una sensación que conoce todo el mundo que haya tenido la ocasión de llevarse un buen susto repentino por algún motivo. Pero al mismo tiempo, otro sentimiento colmaba mi alma: un sentimiento mezcla de curiosidad, veneración por la majestuosa fiera y pasión por la caza.

—¡Malo! Nuestra en vano viene aquí. ¡*Amba* se enfada! Es su sitio —dijo Dersú—. No supe si estaba hablando solo o si me lo decía a mí. Creo que se asustó.

—¡Grrrrr! —volvió a resonar en el calmoso ambiente de la noche.

De pronto, Dersú se incorporó rápidamente. Pensé que quería disparar. Pero cuán grande fue mi asombro al ver que

no portaba la carabina y cuando oí las palabras con las que se dirigió al tigre:

—¡Bien, está bien, *amba*! ¡No hay que enfadarse, no hay…! Es tu sitio. Nuestra no sabía. Nuestra ahora otro sitio va. En la taiga hay muchos sitios. ¡No hay que enfadarse…!

El gold permaneció de pie y extendió la mano hacia la fiera. Se puso súbitamente de rodillas, hizo un par de reverencias y comenzó a decir algo a media voz en su lengua. Por alguna razón, sentí pena por el viejo. Al final, Dersú se puso lentamente de pie, se acercó al tocón y agarró su carabina Berdan.

—¡Vamos, capitán! —dijo con decisión y, sin aguardar mi respuesta, marchó hacia el sendero atravesando la maleza.

Le seguí instintivamente.

El tranquilo semblante de Dersú, la seguridad con la que caminaba —sin temor y sin mirar hacia los lados—, me apaciguó. Sentí que el tigre no nos seguiría y que no se decidiría a atacarnos.

Recorridos unos doscientos pasos, me detuve y empecé a convencer al viejo para que esperase un poco más.

—No —dijo Dersú—. Mía no puedo. Mía enfrente te habla. ¡En compañía nunca voy a disparar a *amba*! Tuya escucha bien: si *amba* dispara, mía no es compañero…

Y, de nuevo en silencio, comenzó a caminar por el sendero. Quise quedarme solo, pero una espantosa sensación se apoderó de mí. Corrí y alcancé al gold.

La luna comenzaba a ascender. El cielo y la tierra se volvieron de súbito más luminosos. Lejos, en el otro extremo del claro, fulguraba el pequeño fuego de nuestro vivac. Unas veces se extinguía, otras parecía apagarse por un tiempo o

comenzaba de pronto a arder de nuevo como una estrellita brillante.

Anduvimos todo el camino en silencio. Cada uno andaba en sus cavilaciones, en sus recuerdos. Lamenté no haber visto al tigre, pensamiento que expresé en voz alta a mi compañero de viaje.

—¡Oh, no! —respondió Dersú—. Él mirará mal. Nuestra tiene que decir: este gente, que *amba* nunca mira, es feliz. Nuestra siempre vive bien.

Dersú respiró profundo, calló durante unos instantes y prosiguió:

—Mía mira muchos *amba*. Una vez en vano dispara. Ahora mía mucho tiene miedo. ¡Mía alguna vez estará mal!

En las palabras del viejo había tal agitación espiritual, que sentí de nuevo compasión por él. Intenté tranquilizarle y traté de llevar la conversación hacia otro tema.

Llegamos al vivac al cabo de una hora. Los caballos, asustados por nuestra proximidad, se echaron a un lado y comenzaron a resoplar.

Los hombres se movían con trajín alrededor del fuego. Dos cosacos salieron a nuestro encuentro.

—Hoy los caballos están inquietos —dijo uno de ellos—. No comen y no hacen más que mirar a los lados. ¿No hay ninguna fiera cerca?

Ordené a los cosacos que tomaran las riendas de los caballos, hicieran un fuego y pusieran un vigilante armado.

Dersú estuvo callado toda la noche. El encuentro con el tigre le había producido una impresión muy fuerte. Tras la cena, se acostó enseguida. Yo noté que estuvo mucho tiempo sin poder dormirse, dando vueltas, como si hablara consigo mismo.

Conté a los hombres lo que nos había ocurrido. Los cosacos se animaron y comenzaron a recordar su vida en el Ussuri, sus aventuras de caza, qué era lo que cada cual había visto y con quién lo habían vivido.

Nuestras conversaciones se alargaron hasta bien entrada la noche. Al final, el cansancio comenzó a hacer mella: unos bostezaron, otros empezaron a preparar la cama para pasar la noche. Al cabo de unos minutos, en la cabaña todos dormían.

El silencio reinaba por doquier. Tan solo se oía la rítmica respiración de los durmientes y el chisporroteo de las ramas que ardían en la hoguera. Del campo llegaban los resoplidos de los caballos y en el bosque ululaba un búho real. Y en algún lugar, muy lejos, cantaba un mochuelo alpino[348].

Capítulo XIX

El Li-Fudzin

Los bosques. El contenido del morral de Dersú. La adaptación a la vida de la taiga. Los calveros del Siaen-Laza. Tumbas carnales. Sepultados vivos. El río Pougou. Un tejón euroasiático. El ataque de los abejorros. Una planta medicinal.

Apenas empezó a clarear, los mosquitos atacaron de nuevo nuestro vivac. No pudimos siquiera pensar en seguir durmiendo. Justo a mi orden, todos se levantaron. Los cosacos albardaron rápidamente los caballos y se pusieron en camino sin tomarse el té. La niebla comenzó a disiparse con la salida del sol y el cielo azul se dejó ver por alguna zona.

A partir de la desembocadura del Kvandagou, el Li-Fudzin comienza a desviarse un poco hacia el noroeste. Más adelante su cauce se vuelve sinuoso. Sus escarpadas riberas y sus bancos de arena se sitúan, alternándose, en uno y otro margen.

En el valle del Li-Fudzin crecen formidables bosques mixtos. Aquí se pueden encontrar todos los representantes de la flora manchú. Aparte de cedros, alerces, píceas, abetos, olmos japoneses[349], fresnos, nogales y alcornoques, también crecen: el abedul coreano de fronda verde-amarillenta y corteza amarilla afelpada que no se puede arrancar y un tipo especial de arce frondoso de corteza gris oscura, ramas jóvenes amarillentas y hojas muy separadas. Luego hay: olmos

montanos[350], que es un árbol alto y armonioso que tiene una copa ancha y frondosa con afiladas hojas rugosas; carpes[351], que se distinguen de otros árboles por su oscura corteza y flores que cuelgan como racimos; cerezos coreanos[352] de ramas dobladas hacia el suelo que forman una espesura intransitable; y, finalmente, evónimos[353], que es un arbolito de tronco fino con la corteza cubierta de lentejas blanquecinas dispuestas en filas longitudinales y con hojas oblongas de anverso ovalado. Cerca del río y, en general, por los humedales con más luz crecen: el sauce cabruno[354], medio arbusto, medio árbol; un grosellero con hojas dentadas de tres lóbulos; una *Spiraea media*, que es un arbusto muy ramoso al que se puede reconocer fácilmente por sus estrechas hojas y que gusta de terrenos pedregosos; el jazmín, una planta que crece en la sombra, de bellas y afiladas hojas acorazonadas y con flores blancas; y un toronjil trepador de grandes hojas oscuras y bayas rojas que se enganchan a los arbustos y los árboles.

El bosque que crece cerca del agua más bien posibilita el derrumbe de las riberas antes que su consolidación. Un pequeño arbolito derrubiado por el agua, cuando cae, arrastra consigo un enorme terrón de tierra y, junto a este, también árboles que crecen en las inmediaciones. Este tronco caído va flotando por el río hasta que se atranca en algún punto del ramal. Enseguida, el agua empieza a cubrirlo de arena y guijarros. A menudo pueden verse cascadas, cuya base la forman gigantescos troncos de álamos o cedros. Si estos maderos flotantes tienen la fortuna de atravesar los bancos de arena, a la desembocadura solo llegarán los troncos, pelados y desprovistos de corteza o ramas.

Por término medio, la corriente del Li-Fudzin discurre al pie de las llamadas Rocas Negras. Allí, el río se subdivide en varios ramales, que tienen un fondo pantanoso y riberas

limosas. A consecuencia de la obstrucción del lecho principal, al agua no le da tiempo a atravesar los ramales e inunda todo el bosque. Entonces la comunicación por la senda queda interrumpida. A los viajeros por azar les sorprenda aquí el mal tiempo, escalan las rocas y en todo el día solo consiguen recorrer no más de 3 o 4 kilómetros.

Paramos un buen rato a mediodía y preparamos té.

Al abandonar Post Olgui, S. Z. Balk me dio una botella de ron, que yo guardaba como si fuera una medicina y daba a los fusileros en los días lluviosos para que lo tomaran junto con el té. Pero en la botella ya solo quedaban unas gotas. Para no llevar vajilla en balde, vertí lo que quedaba de ron en el té y la tiré a la hierba. Dersú se lanzó de inmediato por ella.

—¿Cómo puede tirarlo? ¡¿Dónde encuentra otra botella en taiga?! —exclamó, deshaciendo su morral.

En efecto, para mí, un habitante de ciudad, una botella vacía no valía nada. Pero para un montaraz que vive en el bosque, representaba un gran valor.

A medida que él iba sacando sus cosas del morral, yo quedaba más y más asombrado. No faltaba de nada: un saquito de harina vacío, dos camisas viejas, un haz de correas finas, un manojo de cuerdas, unos *untis* viejos, cartuchos para la escopeta, una polvorera, plomo, una cajita con pistones, un toldo de tienda, una piel de cabra, un trozo de pastilla de té junto con tabaco en hojas, una lata de conservas, lezna, un hacha pequeña, una cajita de hojalata, cerillas, pedernal, eslabón, yesca, resina, corteza de abedul, otra lata más, una jarra, un perol pequeño, una navaja curva indígena, hilo de cobre, dos agujas, un carrete sin hilo, unos hierbajos secos, hiel de jabalí, dientes y uñas de oso, pezuña de almizclero y garras de lince hilvanadas en un cordel, dos botones de cobre y un montón de cachivaches diversos. Entre todos estos

objetos reconocí unos que anteriormente yo había tirado por el camino. Era evidente que Dersú lo había recogido para llevarlos encima.

Tras examinar sus cosas, las separé en dos grupos y le aconsejé tirar por lo menos la mitad. Dersú me suplicó que no lo hiciera Y me rogó no tocar nada me demostró que luego todo aquello podía venir bien. No insistí y decidí no tirar nada en lo sucesivo sin su consentimiento.

Temía que le fueran a quitar algo, así que Dersú rehizo su morral a toda prisa y escondió la botella de manera especialmente concienzuda.

Cerca de las Rocas Negras, la senda se bifurcaba. Una, la de la derecha, iba a las montañas rodeando un sitio peligroso. La otra partía hacia algún lugar atravesando el río. Dersú, que conocía bien estos lugares, señaló la senda de la derecha. Según él, la de la izquierda solo conducía a la *fansá* de ganaderos Tsu-zhun-gou[355], donde acababa.

La ascensión comenzaba justo después de retomar la marcha, pero la senda no llegaba hasta la cima. A partir de un kilómetro transcurre en pendiente y luego desciende otra vez al valle.

Por la tarde, el cielo volvió a cubrirse de nubarrones. Temí que lloviera, pero Dersú dijo que aquello no eran nubes, sino niebla y que al día siguiente haría sol e incluso calor. Yo sabía que sus predicciones siempre se cumplían, por lo que le pregunté por los indicios.

—Mía mira así, piensa: aire ligero, no pesado —dijo el gold, suspirando y señalando su pecho. Estaba tan familiarizado con la naturaleza, que, de manera orgánica, podía presentir con todo su ser los cambios del tiempo atmosférico. Era como si tuviera un sexto sentido para ello.

Dersú estaba asombrosamente adaptado a la vida en la taiga. Elegía su lugar de pernocta en algún sitio bajo un árbol entre dos raíces, de modo que el hueco le protegiera del viento. Se ponía por debajo una corteza de alcornoque y colgaba sus *untis* en una rama para que no se prendieran fuego. También tenía cerca la carabina, pero no en el suelo, sino apoyada en dos pequeños bípodes. Su leña siempre ardía mejor que la nuestra. No chisporroteaba y el humo de la hoguera se quedaba a un lado. Si el viento empezaba a cambiar, ponía una barrera en la parte de sotavento. Tenía todo en su sitio y a mano.

La naturaleza es despiadada con el hombre. Tras unos pequeños mimos, de repente le ataca, como si tratara a propósito de subrayar su impotencia. El viajero tiene que vérselas todo el rato con los elementos: lluvia, viento, inundaciones, *gnus*, pantanos, frío, nieve, etc. Incluso el propio bosque es un elemento en sí mismo. Dersú no se encontraba bajo el influjo de la naturaleza; más bien, estaba en correspondencia con el medio que le rodeaba.

El día siguiente era 7 de agosto. En cuanto salió el sol, la niebla comenzó a disiparse y al cabo de una media hora en el cielo no quedó ni una sola nubecilla. El rocío de la mañana había mojado con abundancia la hierba, los arbustos y los árboles. Dersú no se hallaba en el vivac. Se había ido a cazar, pero no tuvo éxito y regresó justo cuando partíamos. Enseguida nos pusimos en marcha.

Dersú me contó por el camino que antaño, al oeste de la cordillera Sijoté-Alín vivían golds, mientras que por la parte oriental lo hacían udejéis, aunque luego los chinos empezaron a campar por sus respetos por todas partes. En efecto, se veían montones de chozas chinas de caza. Uno podía así medir el camino para poder pernoctar en cada ocasión en una cabaña.

Recorridos unos 10 kilómetros, tuvimos que volver a vadear el río, que se dividía en multitud de ramales, formando islotes bajos que el bosque cubría. Las capas de limo, los troncos derribados, las hondonadas y los matorrales doblados hacia el suelo indicaban que hacía poco tiempo había tenido lugar una inundación.

De repente, el bosque se acabó de golpe y salimos a unos claros que los chinos llaman Siaen-Laza. Son tres: el primero tiene una longitud de 2 kilómetros, el segundo unos 500 metros y el tercero es el más grande, pues ocupa una superficie de 6 kilómetros cuadrados. Estos calveros están separados uno del otro por unos pequeños boscajes. Allí tiene lugar la confluencia del Li-Fudzin con el Sinantsa, por el que fuimos la primera vez a Post Olgui atravesando la cordillera Sijoté-Alín. Al abandonar el bosque, el río se desvía al principio a la izquierda para luego, cerca de un gran claro, volver a cruzar el valle y aproximarse a las montañas por la derecha. No avanzamos más y acampamos en la ribera del río, en medio de un bosque ralo de robles.

Tras regresar de una labor de exploración, los cosacos informaron de que habían visto muchas huellas de animales y pidieron permiso para ir de caza.

Por el día, los habitantes cuadrúpedos de la taiga se agazapan en la espesura, pero antes del crepúsculo empiezan a salir de los lugares donde están tumbados. Al principio deambulan por el lindero del bosque, pero cuando la bruma de la noche cubre la tierra, salen a pacer a los claros. Los cosacos no aguardaron al atardecer y se fueron enseguida, en cuanto hubieron desenalbardado y desensillado los caballos. Dersú y yo nos quedamos solos en el vivac.

En ese momento noté que el gold había estado todo el día especialmente disperso. Se había sentado unas cuantas veces

aparte para pensar en algo con tensión, con los brazos bajados y mirando a lo lejos. A la pregunta de si estaba enfermo, el viejo meció la cabeza negativamente, agarró el hacha y, por lo que entendí, trató por todos los medios de ahuyentar ciertos pensamientos tristes.

Transcurrieron dos horas y media. Las sombras en el suelo, de dimensiones increíblemente largas, indicaban que el sol ya se había puesto sobre el horizonte. Había llegado la hora de ir de caza. Llamé con un grito a Dersú, que pareció asustarse.

—Capitán —me dijo con una voz en la que se percibía una nota de ruego— mía no puede hoy ir caza. Allí —y señaló al bosque con la mano— muere esposa mía y mis hijos.

Luego comenzó a contar que, según sus costumbres, no había que ir a las tumbas de los difuntos, no había que disparar cerca, ni cortar leña, coger bayas o estrujar la hierba. No se podía perturbar el descanso de los muertos.

Comprendí el motivo de su tristeza y sentí lástima por él. Le dije que por supuesto que no iría de caza y que me quedaba con él en el vivac.

Durante el crepúsculo escuché tres disparos y me alegré: los cazadores disparaban lejos del lugar donde se hallaban las tumbas.

Una vez hubo anochecido por completo, los cosacos regresaron con una corza. Después de cenar, nos acostamos temprano. Me desperté dos veces durante la noche y vi a Dersú, sentado solo junto al fuego.

Por la mañana me informaron de que Dersú había desaparecido. Sus cosas y su escopeta seguían en el sitio, lo cual significaba que volvería. Mientras le esperábamos, fui a deambular por el claro y, sin darme cuenta, me aproximé al río. Hallé al gold en la orilla, cerca de una gran piedra. Estaba sentado en el suelo, inmóvil, mirando al agua. Le llamé de una

voz y se giró hacia mí. Se veía que había pasado la noche en vela.

—¡Vamos, Dersú! —le dije, dirigiéndome hacia él.

—Mía antes vive aquí, antes aquí estaba la *yurta* y el granero. Hace tiempo ardieron. Padre y madre también antes vivieron aquí…

No terminó la frase. Se levantó, hizo un gesto con la mano y marchó en silencio hacia el vivac, donde ya estaba todo listo para la marcha. Los cosacos tan solo nos esperaban.

El río Fudzin empieza su curso a partir del lugar de la confluencia entre el Li-Fudzin y el Sinantsa. Las montañas de la parte izquierda están compuestas de toba erosionada y porfidita de cuarzo. La parte adyacente del valle está cubierta de un bosque pantanoso y obstruido por troncos. Por eso la senda discurre aquí en cuesta, a media altura del monte, para luego volver a descender al valle al cabo de un par de kilómetros.

Poco después de mediodía llegamos a la *fansá* de Iolayzá, que ya conocíamos. Cuando pasamos junto a las *fansás* de los tazás, Dersú fue a ver a los nativos. Al atardecer llegó asustado y nos comunicó una terrible noticia: dos días atrás, por dictamen de un tribunal chino, habían sido enterrados vivos un chino y un joven tazá. Les habían impuesto semejante castigo cruel por haber matado a su acreedor como venganza. El enterramiento había tenido lugar en el bosque, a 1 kilómetro de distancia respecto a las últimas *fansás*. Fuimos con Dersú corriendo a ese lugar, donde vimos dos pequeños montículos de tierra. Habían puesto sobre cada una de las tumbas una tablilla, en la que habían escrito con tinta china los apellidos de los sepultados. Los difuntos ya no necesitaban nuestra ayuda, aparte de que, ¿¡qué podíamos hacer solo cuatro ante la numerosa y bien armada población china!?

Tenía pensado pasar dos días en la *fansá* de Iolayzá, pero en ese momento aquel sitio me resultó repugnante. Decidimos seguir adelante y detenernos en algún lugar del bosque para efectuar una jornada de descanso.

Junto con Dersú, elaboré el siguiente plan: ir del Fudzin al Noto, subir hasta sus fuentes, cruzar la cordillera Sijoté-Alín y, siguiendo el Vangou, salir de nuevo al Tadushu. Dersú conocía aquellos lugares muy bien, por lo que no había necesidad de preguntar a los chinos por el camino.

El 8 de agosto por la mañana dejamos el Fudzin, el espantoso lugar donde enterraban viva a la gente. Tras dejar atrás la *fansá* de Iolayzá, primero regresamos a los montes del Siaen-Laza, desde donde nos dirigimos directamente al norte por un pequeño río, el Pougou, que traducido al ruso significa «valle de la Cabra». Un tazá entrado en años se ofreció para acompañarnos un poco. Marchó todo el rato con Dersú, contándole algo a media voz. Luego me enteré de que eran viejos conocidos y que el tazá se disponía a mudarse en secreto del Fudzin a algún lugar de la costa. Al despedirse, Dersú le regaló en señal de amistad la botella que yo había tirado en el Li-Fudzin. Había que ver la sonrisa de satisfacción con la que el tazá aceptó el regalo de su parte.

El valle del río Pougou presenta una quebrada bastante ancha. Numerosos arroyos alpinos van a dar a él por las dos vertientes. Las colinas de pendiente suave y los altos ríos que dan al valle por los dos costados, están cubiertas por un bosque de frondosas y una verdasca formada por arbustos, que son justamente los lugares predilectos de las cabras salvajes.

Pasado el mediodía, Dersú halló un pequeño sendero, que nos llevó al puerto. Estaba cubierto por un espeso bosque, donde había muchas tejoneras. Unas eran viejas y otras

estaban recién hechas. En algunas madrigueras se habían instalado zorros, cosa que se podía ver por las huellas en la arena.

Mientras Dersú y yo marchábamos delante charlando, nuestro destacamento se quedó un poco rezagado. De repente, a unos treinta pasos de dónde nos hallábamos, vi algo menearse entre la maleza. Resultó ser un tejón euroasiático, que prolifera por toda la región y está emparentado con el tejón japonés[356]. Su color es gris pardo y negro. Su morro es blanquecino, con rayas oscuras longitudinales cerca de los ojos. El tejón es un animal omnívoro que lleva una vida solitaria. Los chinos y los nativos no lo suelen cazar, pero le disparan si se les pone a tiro. Utilizan su piel, cubierta de un pelo duro, para hacer fundas de escopetas y ribetes a las bolsas.

El tejón que yo vi a menudo se erguía sobre sus patas traseras, tratando de agarrar alguna cosa, aunque no pude distinguir concretamente qué. Tan ocupado estaba en este menester, que no reparó en nuestra presencia. Estuvimos observándole durante un buen rato. Al final, tal ocupación me aburrió y seguí adelante.

Asustado por el ruido, el tejón se lanzó a un lado y rápidamente desapareció de nuestra vista. Al llegar al lugar donde había estado el animal, me detuve y comencé a examinarlo. De repente, oí a Dersú gritar. Agitaba las manos, dándome a entender que retrocediera deprisa. En ese momento sentí un fuerte dolor en el hombro. Tras cogerme con la mano la zona dolorida, atrapé un gran insecto, que enseguida me picó en la mano. Solo entonces advertí la presencia de un gran nido de abejorros en un saúco[357], muy cerca de mí. Me puse a correr y a maldecir. Varios insectos se lanzaron a perseguirme.

—¡Espera, capitán! —dijo Dersú, sacando el hacha de su morral.

Tras escoger un fino arbolito, lo cortó y limpió de ramas. Luego agarró las cortezas y las ató en el extremo de una vara. Cuando los abejorros se hubieron tranquilizado, prendió fuego a la corteza y la arrimó justo debajo del nido, que se inflamó como si fuera un papel. Mientras pegaba fuego a los insectos, Dersú añadió:

—¿Qué? ¿Vas a comer a nuestro capitán?

Tras acabar con los abejorros, Dersú echó de nuevo a correr al bosque, arrancó unas hierbas y, tras friccionarlas con el filo del hacha, me las colocó en la zona dolorida, poniendo encima unos trozos de corteza blanda. Luego me vendó con unos trapos. Al cabo de unos diez minutos, el dolor empezó a remitir. Le pedí que me mostrara aquellas hierbas. Fue otra vez al bosque y trajo una planta, que resultó ser una clemátide[358]. Dersú me informó de que aquella hierba también ayudaba contra las mordeduras de serpiente y que los perros también la comían. La hierba provoca secreción abundante de saliva. Esta, mezclada con el jugo de la hierba y aplicada en el lugar de la mordedura, resulta salvadora y paraliza la acción del veneno. Una vez puesto el vendaje, proseguimos el camino. Nuestra conversación osciló entonces entre abejorros y avispas. Dersú les consideraba la «gente más mala» y dijo:

—Todo el rato pica. Ahora mía siempre quema con corteza.

Alcanzamos la línea divisoria de aguas al cabo de un par de días. La ascensión a la cordillera y su descenso eran igualmente escarpados. Siguiendo por esa cara del puerto, fuimos a dar de golpe a un sendero que nos llevó a la *fansá* de un chino cazador de martas cebellinas. Tras examinarla,

Dersú dijo que su dueño había estado allí varios días seguidos antes de marcharse el anterior. Le expresé mis dudas. En la *fansá* podía haber estado no el dueño, sino un trabajador o un caminante imprevisto. En vez de contestarme, Dersú me indicó las cosas viejas que habían sido sacadas de la *fansá* y sustituidas por otras nuevas. Aquello solo lo había podido hacer el dueño. Y yo no pude sino mostrar mi acuerdo con tales deducciones.

Capítulo XX

Un lugar maldito

Un perro mapache[359]*. Caza de jabalíes. El bosque en las fuentes del Danantsa. Un fantasma. El puerto Zabyti. El monte Tudinzá. Aves. El río Vangou. Un disparo terrible. Dersú, herido. Salobrales. Una cerca abandonada. Encuentro con Granatman y Merzliakov. El río Dinzaje. Pájaros. El buscador de ginseng.*

Ese día, al atardecer, logramos llegar al Noto. Sus fuentes se hallan aproximadamente donde el paralelo 45º corta al meridiano 135º (respecto al de Greenwich). El Vaku y todos los afluentes superiores que recibe el Imán por su izquierda, toman su curso desde ese punto.

El río Noto (en udejey, el Nintú) tiene unos 120 kilómetros de largo. En su mitad superior se compone de dos ríos de iguales dimensiones: el Dabeytsí[360] y el Danantsa[361]. Estos nombres son chinos e indican la dirección de sus corrientes. El primero fluye desde el norte y el segundo lo hace desde el sur. El lugar de su confluencia determina la frontera donde acaban los bosques y comienzan los lugares abiertos con las *fansás* de agricultores. Si se va Dabeytsí arriba, se puede salir al curso alto del Vaku y, más adelante, al poblado de cazadores Sidatún, en el Imán.

En justicia consideran al curso superior del Noto el lugar más remoto del territorio del Ussuri. Las *fansás* chinas diseminadas por la taiga no caben ser calificadas de caza ni de

agricultores. Aquí confluye la inquieta personalidad del chino; muy propenso al lucro fácil, capaz de robar y asesinar.

El valle del bajo Noto parece la continuación del valle del Danantsa. Toma por la derecha al Sebuchar y, de acuerdo con su dirección, dobla hacia el sur. Cerca de su desembocadura en el Ulaje, vuelve a declinarse al sudoeste. De esta forma, la cuenca del Noto y sus afluentes componen un sistema de valles tectónicos que convergen casi en ángulo recto con los valles denudados del rompimiento. Los primeros presentan valles rectos, bajos en alturas y que, paulatinamente, se ensanchan en la parte inferior. Los segundos, valles quebrados y compuestos de toda una serie de hondonadas que las montañas cierran, de modo que más adelante resulta imposible decir hacia dónde tuerce el río. Las hondonadas están unidas entre sí por estrechos desfiladeros. Normalmente, en tales lugares un río efectúa un viraje. En consecuencia, muy a menudo se reciben afluentes por el valle principal. Uno cae en la cuenta solo cuando te acercas de lleno.

El río Noto contiene rápidos y navegar por él resulta peligroso. En su curso bajo tiene cerca de 60 metros de anchura, uno de profundidad y la velocidad de su corriente llega a los 86 kilómetros por hora en marea muerta. En la época de lluvias, el agua que baja de las montañas colma el río y causa más abajo una gran devastación.

Allí encontramos *yurtas* abandonadas por los nativos y viejas cabañas de verano, casi en ruinas. Dersú me comunicó que en el Noto anteriormente habían vivido udejéis (cuatro hombres y dos mujeres con tres niños), pero los chinos les desplazaron al río Vaku. En la actualidad, solo los chinos salen de caza y a capturar martas cebellinas por el valle del Noto.

Al día siguiente ascendimos por el Danantsa. Su longitud es de unos 50 kilómetros.

En estos bosques crecen muchos tejos. Algunos alcanzan 10 metros de altura y uno de circunferencia a la altura del pecho de una persona.

Cuando faltaban unos 10 kilómetros para llegar al puerto, la senda se bifurcó. Una iba al este y la otra torcía hacia el sur. Si se va por la primera, se puede llegar al Dinzaje. La segunda conduce al Vangou (afluente del Tadushu). Elegimos esta última, un sendero que da muchas vueltas y pasa a menudo de una orilla a otra.

Durante la marcha, Dersú miraba constante y atentamente sus pies. No buscaba nada; lo hacía por costumbre. En una ocasión se inclinó y recogió del suelo un palito, en el que había huellas de un cuchillo udejey. El lugar del corte llevaba ya mucho tiempo ennegrecido.

Las *yurtas* derrumbadas, las muescas en los árboles, los tocones en los que anteriormente se habían alzado los graneros y el palito alisado atestiguaban que los udejéis habían estado allí el año anterior.

Plantamos el vivac al atardecer sobre un guijarral con la esperanza de que, cerca del agua, los mosquitos no nos fastidiaran tanto.

La carne de corza se acababa y había que conseguir más. Lo hablé con Dersú y fuimos a cazar. Decidimos que, a partir del punto donde el río se dividía en dos mangas, yo marcharía río arriba y él lo haría por el torrente hacia las montañas.

La taiga del Ussuri cobra vida dos veces al día: por la mañana, antes de la salida del sol, y por la tarde, durante el ocaso.

Cuando salimos del vivac, el sol ya estaba posado sobre el horizonte. Los dorados rayos penetraban entre los troncos de

los árboles en los más recónditos rincones de la taiga. El bosque era asombrosamente bello en esos instantes. Los majestuosos cedros parecían querer tapar el bosque joven con su oscuro follaje. Los álamos, enormes y con cerca de trescientos años, parecían rivalizar en fuerza y poderío con los robles seculares, que estaban en cercana compañía de unos tilos gigantescos y unos olmos de tronco alto. Por detrás se divisaba el achaparrado tronco de un álamo mongol, luego un abedul negro y tras él un abeto, una pícea, un carpe, un alcornoque, un arce de monte, etc. Más lejos ya no se veía nada; todo quedaba oculto en la maleza que allí formaban aladiernos de Dahuria, saúcos rojos y cerezos alisos.

El tiempo pasaba y la jornada llegaba a su fin. En el bosque, el ambiente se había tornado lóbrego. Los rayos de sol ya solo iluminaban las cimas de las montañas y las nubes en el cielo. La luz que reflejaban aún iluminó durante un rato la tierra, pero poco a poco también comenzó a languidecer.

La vida de las aves empezaba a apagarse. En cambio, otra vida se despertaba: la de los grandes cuadrúpedos.

Un susurro llegó a mis oídos. Pronto vi al causante de tal ruido. Se trataba de un perro mapache, un animal que está entre el perro, la garduña y el mapache. Su cuerpo, de una longitud de unos 80 centímetros, lo sostienen unas patas cortas. Su cabeza es afilada, el rabo largo, su color general es gris con espacios oscuros y blanquecinos, y su pelo es lanoso, lo cual le hace parecer más grande de lo que en realidad es.

El perro mapache habita por casi todo el territorio del Ussuri, sobre todo en la parte occidental y meridional. Prefiere los valles, cerca de los ríos. Es un animal bastante cobarde. Lleva en gran medida un tipo de vida nocturno y es bastante voraz. Se le puede calificar de omnívoro; no rechaza el alimento vegetal, pero su golosina preferida la componen

peces y ratones. Si en verano dispone de bastante comida, en invierno se sume en un sueño letárgico.

Tras seguirlo con la vista, permanecí en el sitio un momento y luego continué la marcha.

Al cabo de media hora la luz celeste se desplazó aún más al oeste. Pasó de ser blanca a verde, luego se hizo amarilla, anaranjada y, finalmente, de color rojo oscuro. La Tierra giraba lentamente, dando la impresión de huir del sol para ir al encuentro de la noche.

En ese instante oí el crujido de unas ramas y, a continuación, un resuello. Me quedé petrificado en el sitio. De la espesura, envuelta en tinieblas, salieron dos masas oscuras. Reconocí en ellas a unos jabalíes. Se dirigían al río. A juzgar por el calmoso paso de los animales, entendí que no me habían visto. Uno de ellos era grande y el otro un poco más pequeño. Escogí al pequeño y le apunté. De repente, el grande emitió un chillido agudo, momento en que apreté el gatillo. El eco se apoderó del ruido del disparo y lo propagó lejos por el bosque. El jabalí grande se echó a correr por un lado. Pensé que había fallado y ya estaba a punto de seguir adelante, pero en ese instante vi a la fiera herida que se levantaba del suelo. Disparé por segunda vez. El animal apoyó el hocico en la hierba y volvió a incorporarse. Entonces disparé por tercera vez. El jabalí cayó y se quedó inmóvil. Me acerqué a él. Se trataba de un cerdo de tamaño medio, quizá de unos 130 kilogramos de peso.

Para que la carne no se estropease, destripé al jabalí. Iba ya a regresar al vivac por los hombres, pero de nuevo se escuchó un susurro en el bosque. Era Dersú, que venía al oír los disparos. Me sorprendí mucho cuando me preguntó a qué había dado muerte, porque podía haber fallado.

—No —dijo, riéndose—. Mía bien comprende: tú mata.

Le pedí que me explicara en qué fundamentaba tales suposiciones. El gold me dijo que había averiguado todo lo que había ocurrido no por los disparos, sino por los intervalos entre ellos. Rara vez se mata a una fiera de un solo disparo; normalmente hay que efectuar dos o tres. Si hubiera escuchado solo un disparo, significaría que yo había fallado. Tres disparos seguidos rápidamente uno tras otro, hablan de que el animal huye y que se dispara en su persecución. Pero los disparos con intervalos desiguales entre sí indican que la fiera está herida y que el cazador la está rematando.

Decidimos dejar al jabalí en el sitio hasta el amanecer y llevarnos solamente su hígado, corazón y riñones. Luego prendimos un fuego junto a él y regresamos.

Cuando llegamos al vivac, ya estaba totalmente oscuro. La luz de las hogueras se reflejaba en el río formando una franja brillante, que parecía moverse, romperse y surgir de nuevo en la orilla contraria. Desde el vivac me llegaban los hachazos, el murmullo de los hombres y las risas. Las mosquiteras dispuestas sobre el suelo parecían farolas enormes, al estar iluminadas por una luz en su interior. Los cosacos habían escuchado mis disparos y aguardaban la presa. Enseguida preparamos como cena las partes del jabalí que llevábamos. Después tomamos té y nos acostamos. Solo quedó una persona haciendo guardia para vigilar a los caballos, que soltamos.

El día 11 continuamos nuestro camino por el río Danantsa, donde crecen cedros en abundancia. A medida que uno se aproxima a la cordillera Sijoté-Alín, el bosque maderable va desapareciendo paulatinamente, quedando sustituido por bosques de leña. Finalmente, justo en las fuentes crecen de manera exclusiva abetos mohosos, alerces y píceas. Las raíces de estos árboles no profundizan en la tierra, sino que se

extienden por la superficie. El musgo apenas las cubre un poco por arriba. En consecuencia, estos árboles son efímeros y se alzan de manera poco sólida. Con el esfuerzo de una sola persona se puede abatir un bosque joven de veinte años de edad. La muerte sobreviene a los árboles por sus copas. En ocasiones, el árbol muerto aún se alza sobre sus raíces por largo tiempo, pero basta con tocarlo ligeramente para que se desmorone de inmediato, haciéndose polvo.

Cuando se asciende por montañas escarpadas, especialmente cuando se hace con un bulto a los hombros, cabe siempre ser cauteloso. Es necesario examinar con atención los árboles a los que hay que agarrarse, por no hablar de que si se desmenuzan cual marga, enseguida pierdes el equilibrio. Pero, además, los cascajos de árboles secos pueden también golpearte la cabeza. En los abedules, la madera siempre se destruye con más rapidez que la corteza. Esparcen carcoma, quedando sobre la tierra solo vainas de cortezas de abedul.

Estos bosques son siempre inhóspitos. Por ninguna parte se ven huellas de animales, no hay aves ni tampoco se escucha el zumbido de insectos. La masa que conforman los troncos de los árboles posee un monótono matiz gris pardo. Aquí no hay monte bajo, ni siquiera helechos o espargancios. Se mire por donde se mire, hay musgo por todas partes: bajo nuestros pies, en las piedras y en las ramas de los árboles. Este tipo de taiga arrastra consigo una sensación de melancolía, es un bosque en el que siempre reina un silencio sepulcral, roto únicamente por el monótono silbido del viento en las copas de los árboles secos. En ese ruido hay algo maligno que te pone en guardia. Los udejéis piensan que tales lugares son la morada de espíritus malignos.

Nos faltó poco para llegar al puerto al atardecer, por lo que nos detuvimos en la zona premontañosa de la cordillera Sijoté-Alín. Ese día envié a explorar a los cosacos, mientras que Dersú y yo nos quedamos en el vivac. Plantamos rápidamente una tienda a un agua, pusimos la tetera al fuego y nos pusimos a esperar a que los hombres regresaran. Dersú se fumó una pipa en silencio y yo hice unas anotaciones en mi diario.

Siempre hay algo enigmático en el paso del día a la noche. En esos instantes, en el bosque todo se torna sombrío y melancólico. Un silencio sobrecogedor reina por doquier. Luego surgen sonidos apenas perceptibles para el oído, como si se escucharan unos suspiros profundos. ¿De dónde salen? Es la propia taiga la que parece suspirar. Dejé mi trabajo y me dejé llevar por el ambiente que me rodeaba. La voz de Dersú me sacó de mi estado de ensueño.

—Malo aquí nuestra duerme —pareció decirse a sí mismo.

—¿Por qué? —le pregunté.

Sin decir palabra, señaló con la mano unos jirones de niebla que habían aparecido en las montañas y que, cuales fantasmas, vagaban por el bosque.

—Tú, capitán, comprende nada —siguió diciendo—. Él también igualmente es gente.

Más adelante, por sus palabras comprendí que antes habían sido personas, pero se perdieron en las montañas, murieron de hambre y, ahora, sus almas deambulaban en la taiga por los lugares adonde los vivos rara vez van. De repente, Dersú se puso en guardia.

—Escucha, capitán —dijo con calma.

Agucé el oído. Por la parte contraria a la de por donde habían marchado los cosacos, llegaban desde atrás unos extraños sonidos, como si alguien estuviese partiendo leña

allí. Después todo quedó en calma. Transcurrieron unos nueve minutos y un nuevo sonido volvió a circular en el aire, igual que si alguien estuviese haciendo rechinar hierros, solo que muy lejos. De repente, un fuerte ruido atravesó todo el bosque. Probablemente, había caído un árbol.

—¡Es él, es él! —farfulló un asustado Dersú. Entendí que hablaba de las almas de los extraviados y los muertos. Después, se puso de pie de un salto y comenzó a gritar algo a la taiga a su manera, con enojo. Le pregunté qué significaba aquello.

—Mía poquito regaña —contestó—. Mía le he dicho que nuestra solo una noche aquí duerme y mañana continúa.

En ese momento, los cosacos regresaban de explorar y venían muy animados. No se oyeron más sonidos nocturnos y la noche discurrió en calma.

Al día siguiente me desperté antes de que saliera el sol y enseguida me puse a despertar a los cosacos, a quienes se les estaban pegando las sábanas. El amanecer nos sorprendió ya en camino.

La subida desde la parte del río Danantsa era larga y suave. Y la bajada por la parte del mar, empinada. El propio puerto presentaba una ensillada bastante profunda, de 870 metros de altura y cubierta por un bosque de coníferas. Le puse el nombre de Zabyti[362].

En la cordillera Sijoté-Alín, las montañas altas casi siempre se sitúan junto a las profundas ensilladas. También aquí era así. A nuestra izquierda se alzaba un gran monte de cima plana, al que los lugareños chinos llaman Tudinzá.

Después de dejar a los cosacos en la ensillada esperándonos, escalé la montaña con Dersú. De acuerdo con las mediciones hipsométricas, su altura equivalía a 1160 metros. La ascensión, que al principio era suave, resultaba

cada vez más escarpada a medida que nos aproximábamos a la cumbre. Sin duda, el monte Tudinzá era el más alto de toda la zona. Su cima presentaba una pequeña superficie cubierta de hierba, orlada en sus bordes por alisos y abedules enanos.

Desde arriba de la montaña se contemplaba una vista formidable. Ante nosotros se desplegaba un bello panorama: abajo, la tierra parecía un mar y las montañas, enormes olas petrificadas. Las cumbres cercanas tenían formas caprichosas. Tras ellas se agolpaban otras, pero sus contornos estaban cubiertos por el velo de una niebla azulada. Más adelante ya no se podía distinguir si se trataba de montañas o de cúmulos sobre el horizonte. En ese lugar, la cordillera Sijoté-Alín efectúa un gran viraje hacia el mar, pero después nuevamente tuerce al nordeste. El monte Tudinzá se halla precisamente en el vértice del viraje.

Desde arriba pude distinguir con facilidad el emplazamiento de los pliegues alpinos y la dirección del caudal de los ríos. Al oeste fluían el Li-Fudzin y el Noto, hacia el nordeste el Tetiuje, hacia el este el Dinzaje y hacia el sudeste el Vangou.

Una vez terminamos de hervir agua, iniciamos el descenso de vuelta hacia la ensillada.

No sé qué era más difícil: la subida o la bajada. La verdad es que en la subida la respiración participa en la tarea. En cambio, la postura del cuerpo hace que el peso sea estable. En la bajada tienes que luchar contra la gravedad de tu cuerpo. Todos saben lo fácil que es ascender por los pedregales y lo difícil que es bajarlos. Hay que plantar el pie todo el tiempo en piedras, troncos, en la base de los arbustos, en mogotes cubiertos de hierba, etc. Cuando se sube una montaña no hay peligro, pero al descender siempre hay que ir con cautela. En

tales casos, resulta fácil caer por la pendiente y precipitarse cabeza abajo.

La escalada al monte Tudinzá nos llevó todo el día. Ya era tarde cuando descendimos a la ensillada.

Justo en el puerto había un templo pagano. Los cosacos hallaron en su interior azúcar cande, que tomaron con té mientras reposaban plácidamente.

Y en ese punto, al igual que en el río Vay-Fudzin, a un observador le sorprende lo diferente que es la vegetación cuando se atraviesa la cordillera Sijoté-Alín. Tras la divisoria de aguas, fuimos de golpe a dar a un bosque de frondosas. Las coníferas y el musgo habían quedado atrás.

En las fuentes del Vangou se hallaba la *fansá* china Tsotsogo-uza[363], de ganaderos. Pernoctamos en ella.

Antes de que anocheciera, agarré mi fusil y marché a explorar. Caminaba con lentitud, a menudo me detenía y aguzaba el oído. De repente, a mis oídos llegaron unos extraños sonidos, similares a unos graznidos armoniosos. Me escondí y al poco vi un cuervo. Es un pájaro mucho más grande que la corneja común. Sus graznidos son bastante variados e incluso agradables para el oído. Estaba posado sobre un árbol y parecía estar hablando consigo mismo. Conté hasta nueve tonos en su canto. Cuando advirtió mi presencia, el pájaro se asustó. Se retiró velozmente del lugar y se fue volando. En un punto, en una hendidura entre la corteza y la madera, noté que había un nido de pájaros treparriscos Después vi a uno de ellos. Este vivaz y alegre pajarito gris iba trepando por el árbol, tanteando la corteza con su largo y fino pico. A veces se movía de tal forma, que tenía que mantenerse boca abajo, agarrándose a las ramas con las patas. Junto a él trajinaban dos trepadores azules, que piaban con calma y examinaban con destreza cada pliegue del

árbol. Utilizaban sus picos cónicos cuales cinceles, dando golpecitos no directamente, sino de lado; ora por una parte, ora por la otra. En el camino de vuelta maté tres ortegas, con las que preparamos una buena cena.

Al amanecer (era 12 de agosto), Dersú me despertó. Los cosacos aún estaban durmiendo. Cogimos los aparatos hipsométricos y subimos de nuevo a la cordillera Sijoté-Alín. Tenía ganas de medir la altura desde el otro lado de la ensillada. Por cuanto pude comprender, la Sijoté-Alín se extiende aquí en dirección sudoeste. Tiene laderas de pendiente suave orientadas hacia el Danantsa y otras más escarpadas que miran al Tadushu. Por una parte solo había musgo y coníferas. Por la otra, bosques mixtos de frondosas, llenos de vida.

Cuando regresamos a la *fansá*, el destacamento ya estaba listo para partir. Los fusileros y los cosacos nos estaban esperando; ya habían desayunado y preparado té. Tras tomar un bocado, ordené que ensillaran los caballos, mientras que Dersú y yo emprendimos el camino por el sendero.

El río Vangou tiene el aspecto de un arroyo alpino de la taiga. Su longitud es de unos 20 kilómetros y fluye por un valle con pliegues interlongitudinales, cubierto por un excelente bosque maderable. Durante su recorrido, toma a cinco pequeños afluentes: tres por su izquierda (el Tuntsa[364], el Siaotsa[365] y el Siavangul[366]) y dos por la derecha (el Ta Si-tsa[367] y el Siao-Sitsa[368]).

Por desgracia, el Vangou no es navegable, pues su lecho está atascado de guijarros y obstruido por troncos.

Nos detuvimos cerca de la desembocadura del primer riachuelo para esperar al convoy de carga. Dersú se sentó en la orilla y se cambió de calzado. Yo continué.

El sendero describía en ese punto un arco de unos 120º. Tras alejarme un poco, miré hacia atrás y le vi sentado en la orilla, haciéndome gestos con la mano para que no le esperase.

Nada más entrar en el lindero, me topé de golpe con unos jabalíes, pero no tuve tiempo de disparar. Tras fijarme por dónde habían salido corriendo, me lancé tras ellos, atajando camino. Les volví a dar alcance al cabo de unos minutos. Vi que algo refulgía entre la espesura. Escogí el momento en que una mancha oscura se detenía, me apoyé y disparé. En ese mismo instante oí un grito humano y luego un gemido de dolor. Un miedo demencial se apoderó de mí. Comprendí que había disparado a una persona y eché a correr hacia el fatal lugar. Lo que vi me conmocionó igual que si hubiera recibido un martillazo en la cabeza. Dersú yacía en el suelo.

—¡Dersú, Dersú! —grité, desgañitándome y lanzándome sobre él.

Se apoyaba en el suelo con el brazo izquierdo e, incorporado un poco con el codo, se tapaba los ojos con la mano derecha. Le zarandeé apresuradamente y, asustado, le pregunté por dónde había entrado la bala.

—Espalda duele —contestó.

Empecé a quitarle a toda prisa la ropa de cintura para arriba. Su pelliza y su camisa estaban desgarradas. Finalmente, le desvestí. Un suspiro de alivio salió de mi pecho: no había ninguna herida de bala. Sólo un cardenal un poco más grande que una moneda de cinco *kopeks* alrededor de la zona contusionada. Entonces me di cuenta de que estaba temblando como si tuviera fiebre. Informé a Dersú del carácter de la herida y él también se tranquilizó. Advirtiendo mi preocupación, me calmó:

—¡No pasa nada, capitán! Tú no es culpable. Mía detrás estaba. ¿Cómo tú comprende que mía va delante?

Le incorporé, le acomodé y empecé a preguntarle cómo pudo suceder que se metiera entre los jabalíes y yo. Resultó que los había visto al mismo tiempo que yo. Su innata pasión cazadora se le manifestó de inmediato, levantándose de un salto y lanzándose tras los animales. Dado que yo me movía por una senda que describía un círculo y los cerdos salvajes corrían en línea recta, Dersú, en su persecución, pronto me adelantó. El color de su pelliza era muy parecido al del pelaje de un jabalí. En ese momento, Dersú, encorvado, se abría paso entre la espesura. Tomándole por la fiera, le disparé.

La bala desgarró su pelliza y le contusionó la espalda, a consecuencia de lo cual se le paralizaron las piernas.

Al cabo de unos diez minutos llegó el convoy de carga. Lo primero que hice fue untar una solución de yodo sobre el cardenal. Luego liberé a un caballo de sus fardos, que repartí entre los otros equinos. Colocamos a Dersú en la silla que quedó libre y nos alejamos de aquel maldito lugar.

Después del mediodía, allá donde el Vangou recibe de golpe tres afluentes, encontramos otra *fansá* de ganaderos. No podíamos avanzar; a Dersú le dolía la cabeza y también la espalda. Decidí detenernos allí para pasar la noche. Llevamos al herido en brazos a la *fansá* y lo colocamos sobre el *kan*. Me afané en dedicarle los mejores cuidados. En primer lugar, le puse una compresa caliente sobre la espalda, para lo cual desgarré en tiras una mosquitera.

Hacia el atardecer, Dersú mejoró un poco, pero, en cambio, yo no podía ubicarme. El pensamiento de haber disparado a un hombre al que debía la vida, me desasosegaba. Maldije aquel día, a los jabalíes y la caza. Porque si le hubiera dado un poco más a la izquierda, si mi mano hubiera temblado un

poco… ¡Habría matado a Dersú! No pude dormirme en toda la noche; no hicieron más que aparecérseme el bosque, los jabalíes, mi disparo, el grito de Dersú y el arbusto bajo el cual yacía. Asustado, salté del *kan* y salí varias veces al fresco. Traté de tranquilizarme pensando que Dersú estaba vivo y se hallaba conmigo, pero nada de esto me sirvió de ayuda. Entonces prendí un fuego y me puse a leer. Enseguida noté estar imaginando no lo escrito en el libro, sino otro panorama distinto… Finalmente, empezó a amanecer. Por suerte, el cambucero de turno se despertó y se puso a preparar el desayuno de madrugada. Me puse a ayudarle.

Por la mañana, Dersú ya se sentía mejor. El dolor en la espalda había desaparecido por completo. Empezó a caminar, pero seguía quejándose de jaqueca y debilidad. Ordené descargar de nuevo un caballo y ofrecérselo al enfermo. A eso de las nueve de la mañana, abandonamos el vivac.

El curso bajo del Vangou es un poco pantanoso. En algunas zonas hay pequeños claros con tierra fértil cubierta de avellanos, lespedezas, cañas y artemisas. A unos 5 kilómetros de la desembocadura, un pequeño manantial al que los chinos llaman Talazagou («Valle de la Gran Roca»), va a dar al Vangou por su izquierda. En efecto, allí hay una roca así. El mineral del que está compuesta, erosionado por la acción del sol, la lluvia y el viento, da como resultado una masa blanquecina y blanda, similar a la arcilla. Según los tazás, en verano, durante la temporada de caza de ciervos para coger su cornamenta, siempre hay muchos de estos animales, que roznan la tierra con especial avidez. Al examinar de cerca la roca, pudimos hallar en ella numerosas huellas dejadas por los dientes de los ciervos. Por un lado habían roído tanto mineral, que se había formado una cavidad de cerca de un *arshín*[369] de profundidad.

No muy lejos de la roca se hallaba una *ludeva*; es decir, una cerca que cortaba a los animales el acceso al abrevadero. La cerca estaba hecha, por una parte, de troncos caídos y, por otra, de árboles vivos. Con ayuda de unas estacas, la frasca queda tan fija que los animales no pueden retirarla con las patas. En algunos lugares se conservaban pasos en los que habían cavado profundos hoyos, hábilmente camuflados con hierba y hojarasca seca. Por la noche los ciervos se dirigen hacia el agua, chocan contra la cerca y, al intentar rodearla, caen a los fosos. Estas *ludevas* a veces tienen hasta 50 kilómetros y pico de extensión, y cuentan con cerca de 200 fosos activos.

La *ludeva* del Vangou estaba abandonada. Se veía que los chinos no la visitaban desde hacía tiempo. En uno de los fosos encontramos a una hembra de ciervo. El pobre animal había caído allí, al parecer unos tres días atrás. Nos detuvimos y nos pusimos a deliberar cómo salvarla. Uno de los fusileros iba ya a bajar al foso, pero Dersú le aconsejó no hacerlo; el ciervo podía no estar muerto y romper las piernas al cazador. Entonces decidimos sacarle echándole unos lazos. Y eso es lo que hicimos. Echamos dos lazos y le trabamos las patas. Le echamos un tercero a la cabeza y lo sacamos rápidamente. Parecía haber muerto asfixiado, pero apenas le quitamos los lazos, enseguida comenzó a mover los ojos. Cuando recobró un poco el aliento, el ciervo se incorporó y, sacudiéndose, marchó a un lado. Pero sin acabar de llegar al bosque, vio el arroyo y, sin prestarnos más atención, comenzó a beber agua con avidez.

Dersú maldijo de manera terrible a los chinos por no haberse ocupado de rellenar de tierra los hoyos, una vez abandonaron la *ludeva*. Al cabo de una hora, llegamos a la *fansá* Ludevaya, que ya conocíamos. Dersú estaba completamente repuesto y quiso ir él mismo a destruir la

cerca, pero le aconsejé quedarse y descansar hasta el día siguiente. Después del almuerzo, propuse a todos los chinos que se pusieran en faena y ordené a los cosacos que vigilaran rigurosamente que todos los hoyos quedaran liquidados.

Pasadas las cinco de la tarde, el tiempo comenzó a estropearse. Una niebla se extendía desde el mar y por algunos puntos del cielo habían surgido nubarrones. Entre dos luces, los cosacos regresaron e informaron de que, en tres hoyos, habían encontrado dos ciervos más, muertos, y una corza viva.

Permanecimos en aquel lugar durante todo el día siguiente. El tiempo era variable, pero sobre todo lluvioso y desapacible. Los hombres lavaron sus mudas, remendaron la ropa y limpiaron las armas. Dersú se había restablecido por completo, de lo que me alegré de manera indecible.

Pasado el mediodía, escuchamos unos disparos. Eran G. I. Granatman y A. I. Merzliakov, que daban a conocer su vuelta.

Nuestro encuentro resultó alegre. Nos contaron a quién habían visto y dónde, y qué era lo que habían conocido. Las conversaciones se alargaron hasta entrada la noche.

El 14 de agosto ya estábamos listos para proseguir nuestro viaje. Entonces consideré ascender por el Dinzaje y bajar a la cuenca del Tetiuje, mientras que G. I. Granatman y A. I. Merzliakov marcharon a explorar otro camino por el Vangou que va a dar al Tetiuje por su parte derecha, cerca de su desembocadura.

El 15 de agosto, a las nueve de la mañana, los dos destacamentos nos dividimos y cada uno siguió su camino.

La espesa niebla, que todavía seguía ocupando los valles, de repente empezó a elevarse. Primeramente quedaron al desnudo los pies de las montañas, luego se empezaron a ver sus laderas y los collados. Al llegar a las cimas, la niebla se

extendió en forma de mantel y quedó inmóvil. Parecía que de un momento a otro comenzaría a llover a cántaros, pero los elementos favorables estaban ascendiendo: el día resultó nublado, pero no lluvioso.

El río Dinzaje[370] tiene una longitud de cerca de 50 kilómetros. El curso general de su corriente va de norte a sur. Un poco antes de llegar al Tadushu, tuerce abruptamente al oeste y fluye cierto tiempo en paralelo. El elevado estribo de la cordillera que hace cuña entre estos dos ríos, está compuesto de toba traquítica, felsitas laminadas y cuarcita verde mineralizada por intrusión de metales. La repoblación forestal en los montes es infrecuente. Aquí crecen abedules comunes y negros, arces, robles y tilos. Los chinos que necesitan llegar al Dinzaje atraviesan el estribo en línea recta, con lo que recortan de manera significativa la distancia y ganan tiempo. En sus últimos 3 kilómetros, el río gira al sur y va a dar en ángulo recto al Tadushu.

Al principio, a lo largo de 10 kilómetros por el valle del Dinzaje se extienden claros, separados entre sí por pequeños boscajes. Después comienzan densos bosques, igual de exuberantes que en el Li-Fudzin. Allí me fijé por primera vez en los abedules blancos de hojas triangulares. Dicen que se dan mucho hacia el sur del Tadushu. Luego había evónimos, embellecidos por sus ramas de flecos y pálidas hojas, albaricoqueros de Manchuria[371] con sus pequeños frutos y el cerezo de Maxímovich, que siempre crece de manera aislada y da frutos negros insípidos. En otro lugar observé un sauce achaparrado de hojas levemente caídas y una mimbrera[372], que crecía a medias entre arbusto y árbol. Por algunas zonas se veían de manera aislada groselleros[373], que siempre se les puede reconocer por su bello follaje y sus pequeñas bayas. Rara vez se ven *Atragene ochotensis*, con sus afiladas hojas lobulares.

Algunos árboles sorprendían por su tamaño. La medición de sus troncos, abrazando su circunferencia a la altura del pecho, dio las siguientes cifras: cedros, 2,9 metros; píceas, 1,4 metros; abetos, 2,8 metros; abedules comunes, 2,3 metros; álamos, 3,5 metros y alcornoques, 1,4 metros.

El río Dinzaje serpentea mucho por el valle. En algunos puntos es muy poco profundo, fluye por guijarros y presenta muchos bancos, aunque a veces forma profundas fosas. El agua, a consecuencia de multitud de impurezas extrañas, posee un bello matiz opalescente. Cada día que pasaba, había menos *gnus*, circunstancia que aligeró nuestro trabajo. Los insectos se habían vuelto amarillos, fríos y dañinos.

El primer gran afluente del Dinzaje por su margen derecha es el Kanjezá, por el que se puede salir al Vangou. Ese día recorrimos relativamente poca distancia y nos detuvimos para pasar la noche en un espeso bosque cerca de una *fansá* de ganaderos que estaba abandonada.

Cuando oscureció, el viento trajo de nuevo la niebla del mar. La condensación de vapor era tan alta, que la humedad del aire se precipitaba a la tierra en forma de llovizna. La niebla era tan espesa, que no se podía distinguir a una persona a unos pasos de distancia. Las sombras de las personas se reflejaban en ella como si se tratara de una pantalla. Discurrían en forma radial, adquiriendo tamaños gigantescos y saltando de un sitio a otro. Con semejante humedad no apetece permanecer mucho rato junto al fuego. Después de cenar, como confabulados, todos se metieron en las mosquiteras y se echaron a dormir.

La niebla se disipó al salir el sol. Como de costumbre, Dersú y yo no esperamos a que los cosacos ensillaran los caballos y nos adelantamos.

Cuanto más avanzábamos, más espeso se volvía el bosque. En aquella taiga virgen había algo que llamaba a sus profundidades y, al mismo tiempo, asustaba por su incertidumbre. En medio de la calmosa manifestación de fuerzas de la naturaleza, allí crecían representantes de todas las especies foliáceas y coníferas de la flora manchú. Aquellos silenciosos gigantes podían relatar muchas cosas de las que habían sido testigos durante los doscientos o trescientos y pico años de su vida en la Tierra.

Solo unos pocos logran penetrar hasta lo más hondo de la taiga; es demasiado grande. El caminante se las tiene que ver todo el tiempo con el elemento vegetal. La taiga guarda en su seno muchos secretos, que cuida con celo frente al hombre. Parece lóbrega y silenciosa. Tal es la primera sensación. Pero quien haya podido conocerla de cerca, pronto se acostumbra y se pone melancólico si no ve bosques durante mucho tiempo. La taiga parece inerte solo desde fuera; en realidad, está llena de vida. Dersú y yo caminábamos sin prisa, observando los pájaros.

En la espesura del monte bajo, de manera aislada, aparecían y desaparecían animados glotones[374]. Por todas partes se podían ver en los árboles a pequeños pájaros carpinteros. De todos ellos, los verdes con cabecita dorada resultaban especialmente interesantes. Horadaban con celo los árboles y no temían la proximidad de las personas. Al lado, por las ramas, correteaban dos arrendajos. En un momento dado, espantamos a un esmerejón[375]. Echó a volar a baja altura y enseguida se ocultó tras los árboles.

Las libélulas jugueteaban sobre el agua. Una lavandera cascadeña[376] perseguía a una de ellas. Trataba de atrapar una al vuelo, pero la libélula la esquivaba con destreza.

De repente, en un lado, un cascanueces comenzó a piar inquieto. Dersú me hizo una señal para que nos detuviéramos.

—Espera, capitán —dijo—. Él aquí viene.

En efecto, su canto se aproximaba. No había duda de que aquel pájaro inquieto iba acompañando a alguien por el bosque. Al cabo de unos minutos, un hombre salió de la maleza. Al vernos, se quedó como clavado. Su rostro reflejaba alarma.

Enseguida reconocí en él a un buscador de ginseng. Iba ataviado con una camisa y unos pantalones de *daba* azul, unos *untis* de piel y adornaba su cabeza con un sombrero de corteza de abedul. Por delante llevaba un delantal engrasado para proteger la ropa del rocío y, por detrás, se había atado al cinturón la piel de un tejón, que le permitía sentarse sobre la frasca húmeda sin miedo a mojarse la ropa. De su cinto colgaba un cuchillo, un palo de hueso para desenterrar el ginseng y un saquito en el que guardaba pedernal y eslabón. En sus manos, el chino sostenía una larga vara para esparcir la hierba y las hojas que hubiera a sus pies.

Dersú le dijo que no tuviera miedo y se acercase. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, ya encanecido. Su cara y sus manos estaban tan bronceadas, que habían adquirido un color rojizo oliva. No llevaba ningún arma.

Cuando el chino se convenció de que no queríamos hacerle ningún mal, se sentó sobre un tronco, se sacó de la manga un trapo y comenzó a secarse el sudor de la cara. Toda la figura del viejo reflejaba una fatiga extrema.

¡Así que se trataba de un buscador de ginseng! Era una especie de anacoreta que se había marchado a las montañas y se había entregado a la protección de los espíritus del bosque.

Por las preguntas que le hicimos, averiguamos que poseía una *fansá* en el curso alto del Dinzaje. En su búsqueda de la raíz maravillosa, a veces marchaba tan lejos, que se tiraba semanas enteras sin regresar a casa.

Nos explicó cómo encontrar su morada y propuso que nos quedáramos en ella. Tras descansar un poco, el viejo se despidió de nosotros, cogió su palo y siguió adelante. Le seguí con la vista durante un buen rato. En un momento dado se inclinó sobre el suelo, agarró musgo y lo puso en un árbol. En otro sitio puso un lazo en la rama de un cerezo aliso. Se trataba de signos convencionales que indicaban que el lugar en cuestión ya había sido inspeccionado y que cualquier otro buscador de ginseng ya no tenía nada que hacer allí. La idea consistía en que los buscadores no fueran por los mismos parajes y gastaran su tiempo en vano. Al cabo de unos minutos, perdimos de vista al viejo y también nosotros marchamos por nuestro camino.

A mediodía ya estábamos a mitad de camino entre el Tadushu y el puerto. Al atardecer llegamos hasta el Udagou[377], que es el afluente superior del Dinzaje. Allí, efectivamente, hallamos una pequeña *fansá*, similar a una *yurta* indígena con tejado a dos aguas apoyado directamente en el suelo. Las dos ventanas, dispuestas a ambos lados de la puerta, estaban remachadas con trozos de papel. Ya no había allí utensilios de caza profesional. En cambio, había palas, raspadores, paletas, cajitas de corteza de abedul de diversos tamaños y palos para extraer el ginseng.

A unos cincuenta pasos de la *fansá* había una pequeña cripta con la siguiente inscripción: «Chzhen shan lin van si zhi Jan chao chzhi go sian Tzin tszo zhen tszian au lu men». Es decir: «Al príncipe que se encuentra en los bosques y las montañas (el tigre). En la Antigüedad, durante la dinastía Jan,

salvó al Estado. En nuestros días es el espíritu que da felicidad al ser humano».

En su curso alto, el Dinzaje se compone de dos ríos de idéntico tamaño: el Sitsa[378] y el Tuntsa (Duntsa). El primero lleva al Noto y el segundo al Tetiuje, hacia donde precisamente yo había trazado nuestra ruta. Desde la *fansá* del buscador de ginseng discurría un pequeño sendero, pero pronto desapareció, por lo que tuvimos que caminar el día entero por tierra virgen. Como todos los valles tectónicos, el valle del Dinzaje se estrechaba paulatinamente. En su parte superior, el fondo está atascado de cascajos, de lo cual puede deducirse que en la temporada de lluvia, se llena de agua. La cadena montañosa que sirve de divisoria de aguas entre este valle y el río Tetiuje es uno de los pequeños estribos de la cordillera Sijoté-Alín, con una altura media de 1110 metros. La cresta de la divisoria es uniforme y llana, sin cumbres prominentes o ensilladas profundas, y se compone de porfidita de cuarzo caolinizada que contiene cristales de feldespato.

Capítulo XXI

Regreso al mar

Perros mapache. El valle del Inzá-Lazagou. La desembocadura del Tetiuje. Tirando a los patos. La filosofía de Dersú. Un baño. La bahía del Tetiuje. Aves de la costa. Tormenta. El río Tsimuje y el Vandagou. Partida. Los tazás. El salmón keta. *Holladuras dejadas por jabalíes en los campos labrados. Una mina. Una ardilla voladora*[379].

Llegamos al río Inzá-Lazagou (Valle de la Roca Plateada) a eso de las tres y media, una vez pasado el puerto y siguiendo la corriente hacia el este. Este río es el afluente mayor del Tetiuje y el más próximo al mar.

En su curso alto, el Inzá-Lazagou se compone de dos riachuelos, a los que también llaman Sitsa y Tuntsa. Por su parte, cada uno de ellos consta de varios pequeños arroyos. Ese día llegamos hasta su confluencia y acampamos en un bosque frondoso.

En el río había muchas truchas alpinas. Las pescamos a mano, así de simple. Nos sirvieron cada día de desayuno y de cena por la noche. Es interesante resaltar que se trata de un pez muy extendido por el territorio del Transussuri. Los nativos dicen que hacia el oeste de la cordillera Sijoté-Alín predomina la trucha *lenok*[380], la cual en absoluto se da en la región del litoral.

Los fusileros se entretuvieron en pescar peces con una caña, mientras que yo agarré el fusil y me dirigí a explorar los montes. Tras caminar hasta el atardecer y no encontrar nada, marché por la ribera del río. De repente, en una hondonada, escuché un ruido semejante a un gorgojeo. Acercándome con cautela al despeñadero, miré abajo y vi a dos perros mapaches. Estaban tan ocupados en capturar peces, que no repararon en mi presencia. Tenían las patas delanteras dentro del agua y trataban de atrapar con los dientes a los pececitos, que iban y venían por su lado. Estuve un buen rato observando a aquellos animales. A veces, de repente, se daban la vuelta por completo y se lanzaban por las musarañas, poniéndose a hurgar en la tierra a toda prisa. Pero he aquí que una de las fierecillas levantó la cabeza, miró atentamente hacia mi dirección y emitió un sonido semejante a un ladrido. Después, ambos mapaches desaparecieron con rapidez entre la hierba y ya no volvieron a aparecer por las inmediaciones del río.

En el vivac, sorprendí a todos reunidos. Tras la cena, aún estuvo todo el mundo dedicado a sus trabajos. Luego tomamos té y nos echamos a dormir allá donde nos encontramos más cómodos.

Al día siguiente proseguimos la ruta por el Inzá-Lazagou. Su valle se estrecha en la parte media, pero luego vuelve a ensancharse. Los montes del margen derecho son escarpados y rocosos. En sus barrancos, los chinos hallaron vetas de mineral argento-plúmbeo, motivo por el que el valle había recibido su nombre actual. En su mayor parte está libre de bosques, pero dado que su terreno es pedregoso, no es apto para la agricultura. Esta es la razón por la que los chinos lo habían ignorado y se establecieron cerca de la desembocadura.

Durante todo su recorrido, el río toma por su derecha únicamente a dos pequeños arroyos alpinos: el Tamchasegou[381] y el Panchasegou[382]. Una senda, tendida por cazadores tazás y chinos de martas cebellinas, discurre desde el punto de su confluencia.

Por el camino advertí que en algunos lugares la tierra estaba pisoteada y removida. Pensé que se trataba de jabalíes, pero Dersú me señaló un arbolillo deformado, privado de sus hojas y corteza. Y me dijo:

—¡Él pronto empieza gritar!

Comprendí por sus explicaciones que, en cuanto se fortalecen los cuernos jóvenes de un ciervo siberiano, este trata de desollarlos, para lo cual se da golpetazos contra cualquier arbolillo. Otro macho, al llegar al lugar, comprende lo que significa. Comienza a irritarse, a hurgar en la tierra con las patas y a golpear el bosque joven con los cuernos.

El río Inzá-Lazagou va a dar al Tetiuje a 5 kilómetros del mar. La parte inferior del valle de este último presenta tres amplias hondonadas. Las *fansás* chinas están situadas en la parte izquierda.

A unos 2 kilómetros de la desembocadura de este río, comienzan los pantanos. Los terraplenes de arena y las charcas de agua estancada formadas entre ellos indicaban el lugar al que antes llegaba el mar. Tres factores habían intervenido en el aumento de la tierra firme: el movimiento negativo de la línea costera, los aluviones fluviales y la marejada.

Justo al lado del golfo, el río tuerce de repente a la izquierda y fluye a lo largo de la costa, diferenciándose de ella solo con una lengua de arena. Antes, la desembocadura del Tetiuje se hallaba junto al cabo Severny[383]. Durante las inundaciones de 1904, el río reventó esta presa y salió directamente a la bahía.

Apenas la corriente disminuyó en su anterior cauce, el mar cubrió la desembocadura de arena. Así se había formado una manga ciega, que se enarenaba a continuación. Pronto quedó convertida en un pantano. El alargado lago que se había conservado entre los terraplenes a 1 kilómetro del mar, era quizá el lugar más profundo del golfo. En la actualidad, el lago está prácticamente cubierto de hierba.

Allí había un montón de patos nadando. Me quedé con Dersú a cazar, mientras el destacamento siguió adelante. No tenía sentido disparar a los patos que nadaban en el lago. Sin una barca, no los podíamos coger. Entonces nos pusimos a acechar a las aves de paso. Les disparé con la escopeta de perdigones, mientras que Dersú lo hizo con su carabina, con la que rara vez fallaba. Contemplando su tiro, expresé sin querer un elogio en voz alta.

—Mía antes bien tira —contestó—. Nunca la bala cerca pasa. Ahora poquito mal.

En ese momento, un pato pasó volando por encima de nosotros a gran altura. Dersú alzó con rapidez su carabina y disparó. El ave, atravesada por la bala, dio un vuelco en el aire, cayó en picado y chocó pesadamente contra el suelo. Me detuve, mirando asombrado a Dersú y al pato. El gold se regocijó. Me propuso tirar al aire piedras del tamaño de un huevo de gallina. De las diez que lancé, las balas reventaron en el aire ocho. Dersú quedó satisfecho. No era vanidad lo que expresaba; sencillamente, se alegraba de que la caza aún pudiera procurarle un medio de vida.

Estuvimos largo rato deambulando cerca del lago, disparando a los pájaros. El tiempo voló de manera imperceptible. Cuando todo el valle quedó anegado por los dorados rayos de un sol que se ponía, comprendí que el día había acabado. Tras un día de trabajo se aproximaba la calma;

toda la naturaleza se preparaba para descansar. Apenas el sol se ocultó tras el horizonte, la noche oscura comenzó a avanzar por el otro lado, de allende del mar.

Las arenas se extendían ante nosotros formando una franja ancha a lo largo de unos 3 kilómetros. Mucho más adelante, como si se tratase de una caravana por el desierto, avanzaba nuestro destacamento. Recogiendo a toda prisa las aves, fuimos tras él.

La caravana se detuvo cerca del mar. Al cabo de unos instantes, un hilo de humo ascendía. Habían prendido un fuego en el vivac. Al cabo de media hora, ya estábamos entre los nuestros.

Los fusileros pasaron la noche junto a una pequeña *fansá* construida con maderos del bosque, cerca de unos acantilados. Allí vivían dos chinos que se dedicaban a la recolección de conchas comestibles durante la bajamar. Nunca vi mayor cordialidad y hospitalidad.

Todos estaban muy cansados por la marcha. Por desgracia, yo me había hecho una fuerte rozadura en el talón. Todo el mundo tenía que descansar, por lo que decidí hacer una jornada de alto y aguardar a que G. I. Granatman y A. I. Merzliakov regresaran.

El pie dolorido no me dejó pegar ojo en toda la noche, así que me alegré lo indecible cuando empezó a clarear. Sentado junto al fuego, observé cómo se avivaba la naturaleza.

Los cormoranes se despertaron los primeros. Despacio, sin premura, pasaron volando sobre el mar hacia una dirección, probablemente en busca de alimento. Sobre el lago, que estaba cubierto de hierba, se desplazaban bandadas de patos. Un hondo silencio reinaba en el mar, la tierra y el aire.

Dersú se levantó antes que los demás y comenzó a preparar té. En ese momento, empezó a salir el sol. Como si estuviera

vivo, asomó por el borde del agua, luego se destacó sobre el horizonte y comenzó a ascender por el cielo.

—¡Qué hermoso! —exclamé.

—Él gente más importante —me contestó Dersú, señalando al sol—. Él desaparece, alrededor todo desaparece.

Dersú esperó un momento y a continuación habló de nuevo.

—La tierra también es gente. Su cabeza, allí —dijo, indicando al nordeste—. Y los pies, allá —y señaló al sudoeste —. Fuego y agua también son dos gente importante. Fuego y agua desaparece, todo de golpe acaba.

Aquellas sencillas palabras tenían mucho de animista, pero también mucho de pensador. Al oír nuestra conversación, los fusileros y los cosacos empezaron a despertarse. Permanecí todo el día en ese lugar. Los fusileros también estuvieron descansando y solo a ratos iban a echar un vistazo a los caballos, no fueran a alejarse del vivac.

Ese día organizamos un baño de campaña. Para ello montamos una tienda con el techo a dos aguas. Luego, a un lado, caldeamos unas piedras en unas hogueras, mientras que en casa de los chinos, en un gran perol y en dos latas de keroseno, calentamos agua. Cuando todo estuvo listo, mojamos la tienda por fuera y metimos dentro las piedras candentes, que empezaron a soltar vapor. Nos salió un baño de vapor bastante bueno, si bien es cierto que en la tienda había poco sitio y hubo que bañarse por orden. Mientras unos se lavaban, otros calentaban piedras. Hubo muchas bromas y risas, pero todos pudieron asearse e incluso lavar la ropa.

Pasamos los tres días siguientes arreglando el calzado. Sobre todo, me ocupé de conseguir comestibles para N. A. Palchevski, que estaba recolectando plantas en las inmediaciones de la bahía de Terney. Para nuestra fortuna, en

la desembocadura del Tetiuje encontramos una gran lancha a vela que marchaba hacia el norte. Dersú convenció a su dueño, el manchú Hey Batsú[384], para que entrara en la bahía de Terney y entregara a N. A. Palchevski una carta y dos cajas con mercancías.

El tiempo de esos días resultó variable: soplaron fuertes vientos del oeste y las noches resultaron frescas. El otoño se acercaba.

Mi pie se recuperó pronto. Ya podía continuar el viaje.

Allá donde el Tetiuje da al mar, no hay ni golfo ni bahía. La insignificante profundización de la línea costera en la tierra firme no ofrece abrigo a las embarcaciones cuando hay mal tiempo. Por eso, si el viento empieza a enfriarse, estas se dan prisa en levar anclas y alejarse de la costa. La bahía del Tetiuje (la llamaremos así) está bordeada de norte a sur por montañas bajas carentes de vegetación lignaria. Solo por las quebradas y, en general, en los lugares protegidos de los vientos marinos, crecen por algún punto grupos de robles y tilos, de exclusivo carácter maderable. La colina del sur es un formidable ejemplo de montaña con su vertical denudada desde la cima hasta la base, que termina en el cabo de Briner. Se trata de una roca aislada, unida al continente mediante una lengua de aluvión formada por arena y guijarros. En mitad de la lengua hay una laguna de agua salada pequeña, aunque bastante profunda. Al sur del cabo de Briner, a unos 200 metros de la costa, otras dos rocas sobresalen del agua. Como siempre sucede, las llaman Brat y Sestrá[385]. Anteriormente, fueron las puertas del litoral. Su bóveda se había venido abajo y solo quedaban los pilares. Si se mira al cabo de Briner desde la orilla norte de la bahía del Tetiuje, parece que se alzan sobre un istmo de arena.

Un poco más al sur, en los acantilados, pueden observarse efluvios de toba volcánica con capas intermedias de azufre caliente. Las montañas de la parte septentrional de la bahía acaban en unos acantilados de 75 a 98 metros de altura y con una estrecha línea batiente de aluvión en la que el mar arroja montones de algas.

Estos montones de algas siempre sirven de hábitat para archibebes[386] de diversas especies. Sobre todo me fijé en los *Limicola falcinellus sibirica*, que corrían velozmente por la arena. Entraban en el agua, al parecer sin prestar en absoluto atención al oleaje. Junto a ellos había archibebes. Estos calmosos pajaritos de patas rojas iban en pequeñas bandadas por la hierba, en busca de alimento. Ante la proximidad del hombre, se retiraban piando con susto del lugar, volando primero hacia el mar para luego torcer de repente a un lado y, de golpe, como cumpliendo una orden, posarse de nuevo en la orilla. Allá donde las algas se turnaban con las franjas de arena, podían verse chorlitejos piquilargos[387]. Estos graciosos pajaritos ojeaban una y otra vez las astillas, las piedras y las conchas, a cada instante entraban en el agua y solo cuando una ola grande se adentraba en la orilla más de lo habitual, levantaban el vuelo, permaneciendo en el aire hasta que el agua retrocedía. No lejos de ellos, por la orilla, iban y venían ceremoniosamente dos ostreros de Kamchatka, picoteando algo. Cerca de los cabos nadaban somormujos de franja blanca y lomo gris, y patos arlequines[388]. Se zambullían una y otra vez en busca de alimento. Tras salir a la superficie del agua, miraban a los lados, sacudían sus cortos rabitos y de nuevo se ponían a bucear. Mar adentro había cormoranes del Pacífico. Buceaban bien hondo y emergían a la superficie a una distancia considerable del lugar donde se habían sumergido.

En el mar había un montón de gaviotas, entre las que destacaban las patiamarillas[389]. A veces bajaban al agua, momento en el que graznaban de modo frenético, recordando mucho a las risas humanas. Las gaviotas salían del agua por orden, volando unas entre otras para posarse otra vez al lado y, además, tratando de picotearse entre ellas o de arrebatarse la presa atrapada.

En la otra parte, justo sobre la desembocadura del Tetiuje, daban vueltas dos pigargos de cola blanca, que vigilaban atentamente a su presa. De repente, como confabulados, descendieron de golpe a la orilla. Las cornejas, las gaviotas y los archibebes cedieron el sitio sin discusión.

Los últimos dos días fueron tormentosos. La tormenta de la tarde del día 23 fue bastante fuerte. Ya desde por la mañana se vio que en la naturaleza se estaba gestando algo, pues hizo mucho bochorno durante toda la jornada. En el aire flotaba la calina, que aumentaba de forma paulatina. Pasado el mediodía se hizo tan densa, que incluso las montañas cercanas adoptaron un contorno confuso y difuso. El cielo se hizo blanquecino. Se podía mirar al sol a simple vista; un halo amarillo había surgido a su alrededor.

—Habrá *agdi* (truenos) —dijo Dersú—. Todo el rato así empieza.

A eso de las dos de la tarde llegó el sordo fragor de unos truenos. Todos los pájaros desaparecieron de inmediato. El ambiente se hizo sombrío, como si desde arriba hubiera caído sobre la tierra un oscuro manto, tras el que siguió una lluvia escasa, pero de grandes gotas. De repente, el poderoso estallido de un trueno sacudió el aire. Fuertes rayos fulguraron por aquí y por allá. Apenas quedaba ahogado en el cielo el fragor de un trueno, estallaba otro. El eco de las montañas redoblaba la tormenta y propagaba los truenos «de

uno a otro confín». Un torbellino se unió a la lluvia. Destrozó algunas ramas pequeñas y arrancó las hojas de los árboles, llevándoselas bien alto por el aire. Después se desató un fuerte aguacero. La tormenta duró hasta las ocho de la tarde.

Al día siguiente, 24 de agosto, hubo de golpe tres tormentas. Advertí que, según se aproximaban al mar, cesaban. Sobre el agua, los fogonazos de los relámpagos solo tenían lugar en las capas superiores de la atmósfera, entre las nubes.

Como era de esperar, el último aguacero se transformó en una lluvia menuda, que continuó durante toda la noche y los dos días siguientes sin interrupción.

El 26 de agosto la lluvia cesó y el cielo se despejó un poco. Por la mañana, el sol salió con toda su resplandeciente belleza, pero la tierra aún conservaba las huellas de la intemperie. El agua bajaba de todas partes; todos los arroyos pequeños se habían convertido en impetuosos y espumeantes torrentes.

Ese día, G. I. Granatman y A. I. Merzliakov llegaron al Tetiuje. Habían tendido su camino primero hasta la *fansá* Tadianzá[390] por el río Tadushu y, después, por su afluente izquierdo: el Tsimuje. Este último se compone de dos riachuelos, separados entre sí por una pequeña meseta cubierta por monte bajo y arbustos. El primero de estos pequeños ríos fluye por el norte y el otro por el este.

La senda costera había sido trazada por los chinos de manera muy hábil; se ajusta todo el rato por los valles que discurren a lo largo de la costa, escoge los puertos de menor altura y las cuestas son lo más suaves posible.

La altura del puerto entre los dos riachuelos citados anteriormente es de 200 metros. Todas las montañas de los alrededores están compuestas en su mayor parte de cuarcitas.

Más adelante, la senda lleva al Vandagou[391], el cual va a dar al Tetiuje cerca de su desembocadura. Tiene una longitud de unos 12 kilómetros. Su parte superior es boscosa y la inferior pantanosa. El bosque que crece allí es ralo y presenta las huellas de frecuentes incendios.

La senda se bifurca al paso de la última *fansá* de agricultores. Una va por debajo (por los pantanos, recta hacia el mar) y la otra vadea el Tetiuje a unos 5 kilómetros de su desembocadura.

El 26 de agosto descansamos. El 27 lo dedicamos a hacer preparativos y el 28 nos pusimos nuevamente en marcha. Dersú, cuatro cosacos y yo partimos Tetiuje arriba. G. I. Granatman se dirigió al Iodzyje y a A. I. Merzliakov se le encargó explorar la costa hasta el golfo de Dzhiguit.

Por su valle, el Tetiuje (el Nogule, en udejey) es tal vez el mayor de todos los ríos de la parte meridional de la zona litoral (cerca de 80 kilómetros). Su nombre es la alteración de la palabra china «Chiu-chi-he» (Río de cerdos salvajes). Lo recibió porque, en una ocasión, unos jabalíes salvajes despedazaron a unos cazadores. Los rusos fueron aún más allá en la alteración de esta palabra y «Tetiuje[392]» quedó transformada en «Tetija», lo cual, a fin de cuentas, no tiene ningún sentido.

Si se mira al valle desde el mar, parece como si el Tetiuje fluyera por el oeste. El error se explica rápidamente: la parte visible del valle es el río Inzá-Lazagou, que ya conocemos.

El valle del Tetiuje está denudado; se compone de toda una serie de hondonadas que las montañas cierran. Los pasos de una hondonada a otra son tan angostos, que resulta difícil distinguir por dónde corre exactamente el río. Muy a menudo tomábamos cualquiera de sus afluentes por el propio Tetiuje.

Caminamos largo rato por él y gracias a la dirección de la corriente pudimos darnos cuenta de nuestro error.

En el lugar de la confluencia del Tetiuje y el Inzá-Lazagou viven chinos y tazás. Conté 44 *fansás*, de las cuales seis eran de estos últimos, quienes se diferenciaban un poco de los que habíamos visto cerca del golfo de Olga. Su aspecto físico también era un tanto diferente. A consecuencia de la opresión de los chinos y del abuso del aguardiente, se hallaban en una miseria espantosa. Tras tomar prestada alguna cosa de la cultura china, aumentaron sus necesidades, pero no cambiaron de forma radical su modo de vida, por lo que su bienestar económico comenzó a decaer. Los viejos aún tenían vivo el recuerdo de los tiempos en que vivían solos y eran un pueblo poco numeroso. Entonces no había chinos y solo después de que estos llegaran surgieron las terribles enfermedades por las que buena parte de ellos perecían. Entre aquellos tazás no encontré ninguna familia que no tuviera enseres para fumar opio. Las mujeres estaban especialmente entregadas a esta nefasta pasión.

Encontré allí a una vieja que aún recordaba su lengua vernácula. La convencí para que compartiera conmigo sus conocimientos. Con gran trabajo, solo pudo recordar once palabras. Las anoté. Resultaron pertenecer a la lengua udejey. Cincuenta años atrás, la anciana (que entonces tenía veinte) no sabía ni una palabra de chino, pero ahora había perdido todo su acervo nacional y genuino, incluso su lengua.

Ese día llegamos hasta la *fansá* del tazá Lay-Serlá. El Tetiuje tomaba allí dos pequeños riachuelos por su izquierda: el Sysionkurl[393] y el Sibegou[394].

Fuimos a parar al Tetiuje cuando el salmón *keta* deja el mar y entra en el río para depositar sus huevas. Imagínense miles y miles de peces de 3,3 a 5 kilogramos de peso cada uno

colmando el río y tratando de subir hacia los rápidos. Una fuerza incontenible les hace ir a contracorriente y superar los obstáculos.

Durante ese tiempo, el *keta* no come nada y solo se nutre del aguante adquirido en el mar. Desde arriba, desde lo alto de las terrazas fluviales, se veía todo lo que estaba pasando en el agua. Había tantos peces, que en algunos puntos el fondo del río no se veía en absoluto. Resulta interesante observar cómo el *keta* atraviesa los rápidos. Se mueve en zigzag, se da la vuelta de un lado a otro, da volteretas y, aun así, avanza. Allá donde le estorba una cascada, salta afuera del agua y trata de agarrarse a las piedras. Deslomado y cubierto de heridas, el *keta* alcanza las fuentes del río, deja allí su descendencia y muere.

Al principio nos lanzamos por estos peces con avidez, pero pronto quedábamos empalagados, resultándonos indigesto.

Tras el prolongado descanso junto al mar, los hombres y los caballos marchaban de buena gana.

La azulada bruma vespertina cubría las montañas lejanas. Se aproximaba la tarde. El silencio enseguida tenía que reinar por doquier. Sin embargo, advertí que, a medida que se hacía más oscuro, el valle se colmaba de unos sonidos confusos. Se oían gritos humanos y el rechinar de hierros. Algunos sonidos parecían estar lejos, y otros muy cerca.

—Dersú, ¿qué es eso? —le pregunté al gold.

—*Manzí* lleva cerdito —contestó.

No le comprendí y pensé que los chinos estaban acorralando a sus cerdos para la noche. Dersú discrepó. Dijo que mientras el maíz y las verduras no estuviesen recogidas de los huertos, nadie soltaría a los cerdos de sus porqueras.

Seguimos adelante. Al cabo de unos veinte minutos, vi unas luces, pero no cerca de las *fansás*, sino a un lado.

—*Manzí* lleva cerdito —volvió a decir Dersú. Nuevamente, no le entendí.

Finalmente doblamos las peñas y salimos a un claro. Los sonidos se hicieron de golpe más claros. Un chino estaba gritando como si se dirigiera a voces a alguien, golpeando de cuando en cuando un perolito con un palo. Al escuchar el ruido del destacamento que se acercaba, comenzó a gritar aún más fuerte y se puso a prender fuego a la leña amontonada que había dispuesta cerca del sendero.

—¡Espera, capitán! —dijo Dersú—. Así malo va. Él puedo dispara. Él piensa, nuestra es un cerdito.

Empecé a comprender. El chino nos había tomado por cerdos salvajes y, en efecto, podía dispararnos con su carabina. Dersú le gritó algo. El chino respondió enseguida y corrió a nuestro encuentro. Vimos que estaba tan asustado como contento por nuestra llegada.

Decidí pasar la noche allí. Los cosacos empezaron a descargar los caballos y a plantar las tiendas, mientras que yo entré en la *fansá* y me puse a hacer preguntas a los chinos. Se quejaban de su suerte y dijeron que ya era la tercera noche seguida que los jabalíes rondaban por los sembrados y los huertos; en dos días habían destruido casi todas las verduras cultivadas. Solo quedaba el maíz. Cerca de él, por el día, los chinos ya habían visto a cerdos salvajes y no había duda de que volverían a aparecer por la noche. El chino me pidió disparar al aire y prometió pagarme en dinero por ello. Después salió corriendo de la *fansá* y comenzó otra vez a gritar y aporrear el perolito. Lejos, por detrás de las montañas, le secundó otro chino. Y aún más lejos, un tercero.

Aquellos sonidos discordantes se propagaron por el valle, diluyéndose en el calmoso aire de la noche. Tras la cena, decidimos ir a cazar.

Cuando el crepúsculo se extinguió sobre el horizonte, el chino corrió al maizal y prendió al lado una hoguera. Agarré el fusil y me fui a cazar con Dersú. El chino también vino con nosotros. No cesaba de gritar. Quise detenerle, pero Dersú dijo que a él no le molestaba y que, si no lo hacía, los jabalíes irían al sembrado. Al cabo de unos instantes, ya estábamos cerca del maizal. Me senté en el extremo de un tocón, Dersú sobre el otro extremo y nos pusimos a esperar. De la hoguera ascendía una columna de humo. La luz roja saltaba por el suelo en forma de manchas irregulares, iluminando el maíz, la hierba, las piedras y todo lo que estuviera cerca. No tuvimos que esperar mucho tiempo. Se escuchó un ruido por detrás del sembrado, justo enfrente del lugar donde nos hallábamos sentados. El ruido se intensificó notoriamente. Los jabalíes batían la hierba con las patas, expresando con bufidos su descontento por la presencia de personas. Pese a los gritos de los chinos y el fuego, los cerdos salvajes iban directos hacia el maizal. Los vimos al cabo de un par de minutos. Los primeros ya estaban empezando a hacer holladuras. Disparamos casi al mismo tiempo. Dersú abatió a uno y yo a otro. Los jabalíes retrocedieron, pero, un cuarto de hora después, volvieron a aparecer por el cultivo. Dos nuevos disparos y otro par de jabalíes al suelo. Un animal se lanzó contra nosotros con el hocico abierto, pero el disparo de Dersú le tumbó. El chino les arrojó tizones. Los disparos sonaron uno tras otro, pero no resultó de ayuda. Los jabalíes parecían arrebatados. Quise acercarme a los animales muertos, pero Dersú no me dejó; me dijo que era muy peligroso, pues entre ellos podía haber otros, heridos. Tras aguardar un poco más, regresamos a la *fansá* y, una vez hubimos tomado té, nos acostamos. No conseguimos dormirnos; el chino estuvo toda la noche gritando y aporreando un perol de cobre. Hacia el amanecer, parece que se cansó. Fue entonces cuando me sumí en un profundo

sueño. Me desperté a eso de las nueve y pregunté por los jabalíes. Dersú me comunicó que habíamos matado a cinco de ellos aquella noche. De todos modos, volvieron al sembrado una vez nos hubimos marchado, causando estragos en el resto del maizal. El chino quedó muy afligido. Nos llevamos solo uno y dejamos al resto en el sitio.

Según los chinos, antes había muchos menos jabalíes. Se habían propagado en los últimos diez años y si no fuera por que los tigres les eliminaban, habrían ocupado toda la taiga. Tras despedirnos del chino, continuamos nuestro camino. Cuanto más avanzábamos, más interesante se hacía el valle. A cada viraje se abrían vistas más y más bellas. Los pintores habrían encontrado aquí material inagotable para sus bosquejos. Algunas vistas eran tan bonitas, que incluso los cosacos, que casi siempre se mostraban indiferentes ante las hermosuras de la naturaleza, no podían quitarles ojo, contemplándolas fascinados.

Por todas partes se alzaban montañas con crestas caprichosas y peñas similares a figuras humanas, como si alguien les hubiera ordenado custodiar a los cerros. Otras rocas se asemejaban a animales, pájaros o, sencillamente, parecían alargadas columnatas. Las peñas que daban al valle, de las que colgaban plantas trepadoras que las cubrían como si fueran guirnaldas y cuyo follaje ya había adquirido un matiz otoñal, parecían pórticos de templos, ruinas de castillos, etcétera.

La mayoría de las montañas del valle del Tetiuje se componen de granito gris, porfiditas y calizas. La repoblación forestal es allí muy variada. Junto al mar crecen preferentemente robles y abedules negros, en el curso medio lo hacen fresnos, arces, olmos, tilos y alcornoques del Amur. Cerca de las montañas comienzan a verse píceas y, al lado del

río, crecen en abundancia mimbreras y alisos. A veces te paras perplejo ante los árboles que crecen literalmente sobre roca viva. Parece que no hay grietas, pero estos árboles se alzan bien firmes y sus raíces envuelven la roca por todas partes, arraigando en los pedregales.

En su curso medio, el río toma por su margen izquierda al Gorbusha[395] como afluente. Desde lejos se le toma por el Tetiuje, el cual, en realidad, fluye más a la izquierda a través de un angosto desfiladero.

A falta de un par de kilómetros para llegar al Gorbusha, la senda se bifurca. El camino de herradura vadea el río, mientras que el sendero sube por las rocas y discurre pegado a la cornisa. El lugar se considera peligroso, pues el terreno por el que se abre la senda te arrastra hacia abajo por la presión de las pisadas.

Aquel día llegamos hasta una mina de plomo y plata. En el lugar solo había una *fansá*, en la que vivía un guarda coreano. Él también se quejaba de los jabalíes. Se disponía a mudarse al mar. El lugar de la mena había sido descubierto por los chinos cuarenta años atrás. Habían probado a fundir allí plata, pero sin éxito. Posteriormente, el lugar fue jalonado por Y. I. Briner.

Cada vez había menos mosquitos y mosquitas. Ya solo aparecían antes del crepúsculo y al amanecer. Esto quizá se explica por el fuerte rocío y el descenso de la temperatura tras la puesta del sol.

Las noches se hicieron bastante más frías. Llegaba la mejor época del año. En cambio, en otro aspecto para los caballos resultaba peor. La hierba, su principal alimento durante el viaje, comenzaba a secarse. Muy de vez en cuando, ante la carencia de avena, allá donde había *fansás*, los cosacos

compraban un poco de forraje y los cebaban por la mañana, antes de partir. Y por la tarde, en el vivac.

En la *fansá* del coreano había tantas chinches, que su propio dueño se veía forzado a dormir fuera, cobijándose cuando llovía en un pequeño cobertizo hecho de tablas delgadas. Enterados de esto, nos alejamos de la *fansá* otro kilómetro más y acampamos en la ribera del río. Por la tarde, después de cenar, nos sentamos todos junto a la hoguera y conversamos. De repente, algo blanquecino y gris pasó volando al lado, sin hacer ruido y despacio. Los fusileros dijeron que se trataba de un pájaro, pero yo pensé que era un murciélago grande. Al cabo de unos minutos, el extraño ser surgió de nuevo. No agitaba las alas, sino que volaba horizontalmente y un tanto inclinado hacia abajo. El animal se posó sobre un álamo temblón y luego se puso a trepar por su tronco. El color de la fierecilla se asemejaba tanto al de la corteza del árbol, que si se hubiera quedado inmóvil, en absoluto se habría podido reparar en él. Tras ascender unos seis metros, se detuvo y pareció quedarse petrificada en el sitio. Agarré la escopeta. Iba ya a disparar, cuando Dersú me detuvo. Rápidamente cortó unas ramas pequeñas y las sujetó como si fueran un escobón de palo largo. Luego se aproximó al árbol y las alzó de modo que no taparan la luz de la hoguera. Cegado por el fuego, el animal seguía sentado en el mismo sitio. Cuando el escobón estuvo lo bastante alto, Dersú lo arrimó al árbol y después ordenó a un cosaco que sostuviera el palo, mientras él se encaramaba a la rama más cercana, sobre la que se sentó y, utilizando el escobón como si fuera un trapo, capturó la presa. La asustada fierecilla pió y empezó a luchar. Se trataba de una ardilla voladora[396]. Es un animal que pertenece al grupo de los roedores y a la familia de las ardillas. En los costados, entre las patas delanteras y traseras, tiene un pliegue elástico de piel que le permite

planear de un árbol a otro. Todo su cuerpo está cubierto por un suave pelo sedoso de color gris claro con una raya en la cola. La ardilla voladora prolifera por todo el territorio del Ussuri y habita en bosques mixtos, allá donde hay abedules y álamos temblones. El ejemplar que capturamos tenía 50 centímetros de longitud y una anchura (con la membrana estirada) de 16. Los cosacos y los fusileros se agolparon para contemplar a aquel roedor volador. Su cabeza era especialmente singular, con grandes orejas y enormes ojos negros adaptados para la percepción de la mayor cantidad posible de haces de luz en la noche. Cuando todos acabaron de examinar a la ardilla, Dersú la levantó sobre su cabeza, dijo algo en voz alta y la soltó. La ardilla voladora salió volando sobre el suelo y se ocultó en la oscuridad. Le pregunté al gold por qué la había dejado en libertad.

—Él no es pájaro, no es rata —respondió—. Él mata no puede.

Y comenzó a relatarme que se trataba del alma de un niño muerto. Durante cierto tiempo, yerra por la tierra en forma de ardilla voladora y solo después va a dar al mundo de ultratumba, el cual se encuentra allá donde se pone el sol.

Estuve hablando con Dersú largo rato de este tema. Me contó el caso de otros animales. Todos ellos eran humanoides y poseían alma. Dersú incluso los había clasificado. Así, había separado los grandes animales de los pequeños y los inteligentes de los tontos. Consideraba que las martas cebellinas eran los animales más astutos.

A la pregunta de cuál era, en su opinión, el más peligroso, Dersú se quedó pensativo y dijo:

—¡El topo!

A la pregunta de por qué precisamente el topo y no cualquier otro animal, respondió:

—Porque nadie quiero dispara él, nadie quiero come él.

Con aquellas palabras, Dersú quería decir que el topo es un animal inútil, que no vale para nada. Tras echar una mirada alrededor, vi que todos ya estaban durmiendo. Deseando a Dersú que pasara una buena noche, me envolví en mi *burká*, me acosté arrimado al fuego y me quedé dulcemente dormido.

Capítulo XXII

Mugidos de ciervos siberianos

Vegetación selvática. Ginseng. Parada para pescar. Las fuentes del Tetiuje. El puerto Skalisti. Las fuentes del Imán. Dersú ante un templo pagano chino. Un fuerte torbellino. Noche en calma. El río Górbusha. Cuevas. Un oso procurándose bellotas. El río Papigouzá. Ciervos siberianos. Un tigre cazando ciervos. Una antorcha. Regreso al vivac.

Al día siguiente, 30 de agosto, continuamos nuestro camino. A unos 3 kilómetros de la *fansá* coreana, tras los «cierres[397]», el valle doblaba al noroeste. Por su parte izquierda, río abajo, comenzaba una terraza poco elevada, pero extensa. En un tiempo hubo allí una tupida taiga. Tres incendios, que se sucedieron uno tras otro, la habían destruido por completo. Tan solo quedaban unos pocos troncos chamuscados. Cuales dedos gigantes, indicaban al cielo, de donde por la bárbara destrucción de los bosques debía surgir una represalia en forma de fuertes lluvias y las impetuosas inundaciones que acarrean. Aquel bosque quemado se extendía a lo lejos. Las quemadas tenían un aspecto muy triste e inanimado.

Hacia el mediodía entramos en un espeso bosque, donde hicimos un pequeño alto. Aprovechando el tiempo libre, me puse a examinar la vegetación leñosa y arbórea. En mi cuaderno de notas apunté: arces piel de serpiente[398] con su

lisa corteza verdosa y hojas levemente dentadas, afelpadas y blanquecinas en el anverso; cerezos de Manchuria[399], cuyos rasgos distintivos son la corteza (que recuerda a la de abedul) y unas hojas dentadas afiladas; abedules de Erman[400], de corteza amarillenta sucia, totalmente arrancada y que cuelga a jirones; un tipo especial de grosellero, que apenas se diferencia del grosellero rojo común y que, pese a ser agosto, todavía no tenía frutos; rosales silvestres sin espinas y de ramas rojizas, hojas pequeñas y grandes flores rosas; espireas de afiladas hojas cuneiformes levemente dentadas y flores blancas; y un saúco, que es un arbusto de corteza clara con hojas emparejadas, un poco dentadas, ovaladas y lanceoladas, y flores amarillentas.

Tras reponer fuerzas con la comida, Dersú y yo nos pusimos en marcha, mientras que los caballos se quedaron atrás. El camino comenzaba ahora a ascender por la montaña. Pensé que el Tetiuje fluía allí por un desfiladero y que, por esa razón, la senda daba un rodeo por este lugar peligroso. Sin embargo, noté que no se trataba de la misma senda por la que habíamos ido. En primer lugar, en ella no había huellas de caballos. Segundo, subía siguiendo un arroyo, de lo cual me convencí en cuanto vi el agua. Entonces decidimos dar media vuelta y marchar campo a través hacia el río, con la esperanza de cruzarnos en algún momento con nuestro camino. Resultó que aquella senda nos había desviado mucho. Cruzamos a la parte derecha del arroyo y nos dirigimos al pie de una colina.

Robles centenarios, formidables cedros, abedules negros, arces, aralias, abetos, álamos, carpes, píceas, alerces y tejos crecían allí de manera pintoresca y desordenada. Había algo especial en ese bosque. Debajo de los árboles reinaba la penumbra. Dersú caminaba con lentitud y, como de costumbre, miraba con atención bajo sus pies. De pronto se detuvo y, sin quitar el ojo a una cosa, se desprendió del

morral, colocó en el suelo la carabina y los bípodes, y soltó el hacha. Luego se echó boca abajo y se puso a pedir algo a alguien.

Pensé que se había vuelto loco.

—Dersú, ¿qué te pasa? —le pregunté.

Se levantó e, indicándome la hierba, dijo solo una palabra:

—¡*Pantsuy!* (ginseng).

Allí crecían muchas hierbas y yo no sabía cuál de ellas era el ginseng. Dersú me lo mostró. Vi una pequeña planta herbácea, de unos 40 centímetros de tamaño y cuatro hojas. Cada una de ellas se componía de otras cinco hojitas, de las cuales la mediana era la más larga, otras dos eran más cortas y las de los extremos, las más cortas de todas. Al ginseng ya le habían salido los frutos y no tenía flores. Los frutos eran unas cápsulas pequeñas, redonditas, dispuestas de igual modo que en las umbelíferas. Todavía no se habían abierto y no habían diseminado sus semillas. Dersú limpió la tierra que había alrededor de la planta, recogió a continuación todos sus frutos y los envolvió en un trapito. Después me pidió sujetar con la mano la planta por arriba, mientras él extraía la raíz. La sacó con mucho cuidado. Dirigía toda su atención a no romper las raicillas. Luego la puso en agua y limpió la tierra con cuidado.

Le ayudé como pude. Poco a poco la tierra empezó a desprenderse y al cabo de unos momentos se pudo ver la raíz. Tenía una longitud de 11 centímetros y dos puntas. Es decir, era macho. ¡Así que ese era el ginseng que curaba todos los achaques y restituía en un cuerpo decrépito el vigor juvenil de la vida! Dersú cortó la planta, la puso junto con la raíz sobre un poco de musgo y lo envolvió todo en una corteza de abedul. Después se puso a rezar, luego se echó al hombro el morral, agarró la carabina, los bípodes, y dijo:

—¡Tú, capitán con suerte!

Por el camino pregunté al gold qué pensaba hacer con el ginseng. Dersú dijo que quería venderlo y comprar cartuchos con el dinero que le dieran. Entonces decidí comprárselo yo y darle más dinero de lo que harían los chinos. Le expresé mi idea, pero el resultado fue totalmente inesperado. Dersú enseguida echó mano del as que tenía guardado y, entregándome la raíz, me dijo que me la daba gratis. Me negué, pero insistió. Mi negativa le sorprendió y ofendió al mismo tiempo. Solo después comprendí que es costumbre de los nativos hacer regalos y que esta exige agradecer al que efectúa el regalo con un objeto de igual valor.

Hablando de estas cosas, pronto llegamos al Tetiuje, donde encontramos el sendero que habíamos perdido. Dersú comprendió al instante que nuestro destacamento de carga había pasado por allí.

Había que apresurarse. Pasados un par de kilómetros, el valle comenzó a estrecharse de repente. Empezaron a verse esquistos arcillosos, claro indicio de que la cordillera Sijoté-Alín estaba cerca. El río fluía allí por un lecho angosto. El ruido al pie de los riscos ribereños indicaba que su fondo estaba atascado de piedras. Había cascadas por doquier haciendo espuma. Se alternaban con profundas pozas, llenas de un agua cristalina que, en conjunto, tenía un bello color esmeralda.

En el río había muchas y grandes truchas alpinas. Dersú iba ya a disparar a una con su carabina, pero le convencí de que reservara cartuchos. Tenía ganas de unirme al destacamento cuanto antes, más aún cuando los fusileros creían que Dersú y yo íbamos adelantados y, claro está, se estaban dando prisa en alcanzarnos. De modo que podían adelantarnos y marchar bien lejos.

A eso de las cinco llegamos a una *fansá* de ganaderos, junto a la que vi a mis hombres. Ya habían desensillado y soltado los caballos. En la *fansá*, aparte de los fusileros, también había un chino. Al ver que Dersú y yo aún no habíamos pasado por allí, comprendieron que nos habíamos quedado rezagados y, juiciosamente, decidieron detenerse a esperarnos. El chino tenía mucha carne de almizclero y pescado, conseguida mediante «capturas».

La «captura» al modo chino se prepara del siguiente modo:

Con ayuda de unas piedras, se obstruye el río de una orilla a la otra, dejando en medio un pequeño paso. El agua penetra por las piedras, pero los peces nadan por el cauce hacia la abertura y van a dar a un tamiz hecho a base de varillas de mimbre. El chino lo revisa dos o tres veces al día y recoge el rico botín.

Por el dueño de la *fansá* nos enteramos de que nos hallábamos al pie de la cordillera Sijoté-Alín, que efectuaba allí un fuerte viraje, mientras que el Tetiuje fluía a lo largo de ella. Luego nos comunicó que, más adelante, pasada su *fansá*, discurrían dos sendas: una hacia el norte, directa a la cresta de la divisoria de aguas, y otra hacia el oeste, a lo largo del Tetiuje. Aún quedaban unos 12 kilómetros para llegar a las fuentes de este último.

Por la tarde, una vez hubimos cenado, celebramos una reunión, en la que decidimos que al día siguiente Dersú, el cazador chino y yo marcharíamos Tetiuje arriba, atravesaríamos la cordillera Sijoté-Alín y regresaríamos por el río Lianchijezá. Para este viaje necesitábamos tres jornadas. Los fusileros y los cosacos, con los caballos, se quedarían en la *fansá* y esperarían nuestra vuelta. Al día siguiente, por la mañana temprano, preparamos juntos los morrales, cogimos las escopetas y nos pusimos en camino.

Cuanto más avanzábamos, más y más empeoraba la senda. El valle se estrechó mucho y comenzó a asemejarse a un desfiladero. Tuvimos que trepar a unas peñas y agarrarnos con las manos a las raíces de los árboles. Las plantas de los pies nos empezaron a doler debido a la dureza del suelo.

Tratamos de rodear los terrenos pedregosos y pisar musgo o marga pútrida, reblandecida, pero no sirvió de gran ayuda.

Las fuentes del Tetiuje eran dos arroyos. Por el menor, que fluye desde el sur, se puede salir al río Noto, mientras que por el más grande, que lo hace por el noroeste, se sale al Imán. En el lugar de su confluencia, su altura a nivel del mar equivale a 651 metros. Escogimos este último camino, por ser el menos conocido.

Desde ese lado, la cordillera Sijoté-Alín parecía amenazante e inaccesible. A consecuencia de las denudaciones y, tal vez, por otras causas, allí se habían formado angostas y profundas quebradas, similares a cañones. Parecía como si las montañas se hubieran agrietado y estas grietas se hubieran dispersado. Por el fondo de los barrancos corrían arroyos, pero no se veían. Abajo, entre la bruma, solo se oía el ruido de una cascada. Más abajo, el correr del agua se tornaba más sereno. Era cuando, entre el fragor, se podían captar vivas notas.

¡Qué perdido parece el hombre entre estas montañas rocosas privadas de vegetación! Poco antes del crepúsculo escalamos al puerto, que medía 1215 metros de altura. Le puse el nombre de Skalisti[401]. Desde su parte superior todo se presentaba a pequeña escala: el bosque centenario que crecía en el valle parecía una barba incipiente y las coníferas, finas agujas.

Pasamos la noche en la parte en que la Sijoté-Alín linda con las repoblaciones forestales. La noche resultó húmeda y fría, apenas dormimos. Estuve todo el tiempo arrebujándome en la

manta y de ningún modo pude entrar en calor. Hacia la mañana, el cielo quedó cubierto de nubarrones y empezó a gotear.

Era el primer día del otoño: desapacible y ventoso. Deprisa y sin demoras, recogimos nuestros bártulos e iniciamos el descenso a la cuenca del Imán. La bajada por la parte del Tetiuje era tan escarpada, como suave resultaba si se efectuaba por la parte del Imán. Al principio incluso pensé que nos hallábamos en una meseta; solo cuando vi el agua, comprendí que ya habíamos descendido de la cresta.

El bosque que crece en las laderas occidentales de la cordillera Sijoté-Alín es viejo, enmohecido, enano y se compone principalmente de alerces. También hay píceas y una pequeña mezcla de alisos y abedules.

En sus fuentes, el Imán se compone de dos ríos, que fluyen desde el sur. Fuimos a dar al de la derecha, al que los chinos llaman Janijezá. Hay menos de 30 kilómetros desde la Sijoté-Alín hasta su confluencia.

Unas viejas muescas en los árboles nos condujeron a una *fansá* de ganaderos. A juzgar por las reservas de comestibles que había dentro, se veía que los cazadores de fieras del Imán ya se estaban preparando para la temporada de caza de martas cebellinas.

El chino nos adentró por el Imán y torció al este, hacia el río Lianchijezá, donde nuestro guía se perdió un poco y estuvo largo rato buscando la senda.

Hacia el mediodía, el tiempo se estropeó por completo. Los nubarrones se desplazaban con rapidez desde el sudeste y encapotaron las cimas de las montañas. Yo miraba a menudo la brújula y me asombraba de que cómo nuestro guía, sin instrumento alguno, mantenía la dirección correcta.

Cerca de un arroyo encontramos muchos alisos secos. Aunque todavía era temprano, yo sabía por experiencia lo que significaba la leña seca cuando hace mal tiempo, por lo que aconsejé detenernos para acampar. Mis temores resultaron baladíes. Por la noche no llovió y por la mañana surgió una densa niebla.

El chino nos metía prisa. Quería llegar cuanto antes a otra *fansá*, que, según él, se hallaba a unos 12 kilómetros. Y, en efecto, hacia el mediodía llegamos a aquella pequeña cabaña. Estaba vacía. Pregunté a nuestro cicerone quién era su dueño. Dijo que, en el curso superior del Imán, los chinos que viven en la costa se dedicaban a la caza de martas cebellinas. Más adelante, río abajo, se hallaban las *fansás* de los cazadores de martas del río Iodzyje. Y aún más lejos, ocupando una importante extensión, seguía una zona desértica, que de nuevo revive un poco cerca del río Kulumbe.

Una vez hubimos descansado allí un poco, marchamos nuevamente a la cordillera Sijoté-Alín. A medida que nos acercábamos a su cresta, la ascensión se volvía más suave. Anduvimos cerca de una hora por una especie de altiplanicie. De pronto, vi un templo pagano junto a la senda, lo cual indicaba que habíamos alcanzado el puerto. Su altura equivalía a 1190 metros. Le puse de nombre Rudni[402]. Desde allí comenzaba un empinado y escalonado descenso al Tetiuje.

Tras un pequeño descanso, comenzamos a descender desde la línea divisoria de aguas. La bajada al valle del Tetiuje, como ya he dicho, es escalonada. Por nuestro lado también había un bosque de coníferas formidable, muchísimo mejor que el del Imán.

Desde el puerto, la senda nos condujo directamente a la *fansá* donde permanecían los hombres y los caballos. Los

cosacos estaban aburridos y se alegraron mucho de nuestro regreso. Durante ese tiempo habían matado a un ciervo siberiano y pescado un montón de peces.

Antes del atardecer, el cielo empezó de repente a despejarse un poco. Los nubarrones, que hasta ese momento habían permanecido inmóviles, se dispersaron como si de un velo se tratara. Las nubes tenían un aspecto deshilachado, se movían en desorden, al encuentro la una de la otra. Acto seguido comenzó a soplar un viento tan fuerte, que los árboles centenarios comenzaron a balancearse cuales frágiles cañas. El viento se cargó de hierba seca, hojas arrancadas de los árboles y pequeñas ramas. Un pájaro intentó luchar contra los elementos desencadenados, pero enseguida quedó agotado. El viento le hizo descender y más bien cayó antes que bajar a tierra. De repente, un cedro que crecía cerca de la *fansá*, se combó y empezó a caer lentamente contra el suelo, cosa que hizo en medio de un terrible estruendo, arrastrando consigo a unos árboles jóvenes que había al lado. El torbellino estuvo casi una hora causando estragos y luego desapareció de la misma forma inesperada con la que había surgido, volviendo el bosque a la calma.

Me vestí, agarré el fusil, di un silbido al perro y marché río abajo. Una vez me hube alejado un poco de la *fansá*, me senté sobre una piedra y me puse a escuchar. El monótono ruido del arroyo, que normalmente no notas de día, por la tarde parecía más fuerte. Los peces chapoteaban abajo del despeñadero. En esa parte del río, en el bosque, ululaba un búho. En los montes mugían los ciervos siberianos. Y en algún lugar a corta distancia lo hacía lánguidamente un ciervo almizclero. Quedé tan atraído por la contemplación de la naturaleza, que no me di cuenta de cómo pasaba el tiempo. Mi ropa comenzaba a mojarse por el rocío. Regresé a la *fansá*,

me eché sobre el cálido *kan* y me quedé dormido como un tronco.

Empleamos los siguientes dos días (3 y 4 de septiembre) en pasar de la cordillera Sijoté-Alín a la desembocadura del Górbusha. Tenía la intención de marchar primero por la cordillera hasta el puerto, para después bajar al mar por el río Aojobe.

El río Górbusha (en chino el Dunmatsa) tiene una longitud de 8 kilómetros. La dirección de su curso la marca una curva de este a sur. No lejos de su desembocadura, toma por su derecha a un afluente anónimo, a lo largo del cual hay grutas bastante amplias. Están situadas en dos pisos y discurren hacia abajo en forma de espiral. Las profundas pozas, los pasadizos y las estalactitas en forma de columnas hacen que estas cuevas sean muy interesantes. En su interior, las concreciones bajan por sus paredes en forma de bajorrelieves. Al lado brillaban drusas[403] de cristal de roca y unos cristales de piedra de cal bastante grandes. La otra cueva, de menor tamaño, se halla en el margen izquierdo del Górbusha, justo enfrente de la desembocadura del afluente Anónimo. En esa cueva, sobre un terreno blando de aluvión, había tirados muchos huesos y se veían huellas de tigre recientes.

Tras examinar ambas grutas, seguimos avanzando.

En el valle del Górbusha se desarrollan terrazas fluviales. Se extienden constantemente, alternándose unas veces a la derecha, otras a la izquierda. Hubo antes allí hermosos bosques mixtos, que posteriormente destruyeron los incendios.

Pronto me quedó claro que el Górbusha discurre a lo largo de la cordillera Sijoté-Alín y que en sus fuentes va muy pegado a ella.

Pasado el mediodía, Dersú y yo de nuevo emprendimos el camino. Tras el río, el sendero comenzaba a empinarse un poco. En ese punto nos sentamos a descansar. Me puse a cambiarme de calzado, mientras Dersú se disponía a fumar una pipa. Iba ya a llevársela a la boca, cuando, de pronto, se detuvo y empezó a mirar fijamente al bosque. Al cabo de un momento se echó a reír y dijo:

—¡Qué astuto! ¡Algo comprende!

—¿Quién? —le pregunté.

Y, en silencio, me lo indicó con la mano. Miré hacia ese lado, pero no vi nada. Dersu me aconsejó mirar no al suelo, sino a los árboles. Entonces advertí que un árbol se agitó. Luego lo hizo una y otra vez. Nos pusimos de pie y avanzamos a hurtadillas. Pronto todo se aclaró: en el árbol había un oso negro asiático[404] que se estaba dando un festín de bellotas.

En cuanto a tamaño, este animal es más pequeño que el oso pardo común. Tiene un máximo de 1,8 metros de largo, una altura hasta el lomo de 0,7 metros cuando no está erguido y un peso máximo de 160 kilogramos. El color de su pelaje es negro brillante y en el pecho tiene una mancha blanca que abarca la parte inferior del cuello. En ocasiones se dan osos cuya panza e incluso pezuñas son también blancas, si bien es cierto que no es frecuente. La cabeza de esta fiera es cónica, con ojos pequeños y grandes orejas. A su alrededor crece un largo vello que tiene el aspecto de un cuello vaporoso.

Los osos negros asiáticos hacen sus guaridas en los huecos de los álamos viejos. En consecuencia, el área de su distribución está estrechamente relacionado con la flora manchú. La frontera septentrional de esta zona discurre aproximadamente desde el Aniui hacia las fuentes del Imán y, desde allí y a lo largo de la costa, hacia el cabo de Olimpiada.

Su principal alimento consta de: en primavera, las raíces de drosera y las hojas de sombrerera; en verano, las bayas de *Actinidia kolomikta*, cerezos alisos y bellotas; en otoño, avellanos, nueces manchurianas, piñones y los frutos del manzano silvestre[405]. Es un oso que hiberna pronto. Con los dientes hace en la parte superior del tronco un pequeño respiradero, en torno al cual se forma escarcha. Los cazadores detectan por esta señal la presencia del animal dentro del tronco.

Tras aproximarnos al oso unos cien pasos, nos paramos y nos pusimos a observarle. El plantígrado se había encaramado a la copa del árbol, donde se había hecho algo parecido a un andamio[406]. Quedaban muchas bellotas en las ramas que ya no podía alcanzar. Entonces el oso empezó a sacudir el árbol y a mirar al suelo. Su cálculo resultó correcto. Las bellotas estaban maduras, pero no tanto como para caer por sí solas. Al cabo de unos momentos, bajó del árbol y se puso a buscarlas en la hierba.

—¿Ti qué gente eres? —le gritó Dersú.

El oso se giró con rapidez, aguzó las orejas y comenzó a olisquear reiteradamente el aire. Ni nos meneamos. El animal se tranquilizó y se disponía ya a tomar su comida, pero entonces le silbó Dersú. El oso se levantó sobre sus patas traseras y luego se ocultó tras el árbol, desde el que comenzó a ojear. En esos momentos, el viento soplaba de espaldas. El animal rugió, se amusgó y, sin mirar atrás, puso pies en polvorosa. Al cabo de unos instantes se acercaron los cosacos con los caballos.

La ascensión al puerto, cuya altura mide 770 metros tanto desde el lado del Górbusha como desde el Sinantsa, es igual de suave. Las montañas próximas están compuestas de

porfidita de cuarzo. Desde allí, la cordillera Sijoté-Alín se aleja gradualmente hacia el nordeste.

Del puerto bajamos al Papigouzá, que debe su nombre a dos palabras chinas: «papi» (corteza de abedul) y «gouzá» (vallecito[407]). Este río toma a derecha e izquierda a dos arroyos alpinos. En el punto de su confluencia comienza el Sinantsa, que significa «afluente sudoccidental». Más adelante, el valle se ensancha notoriamente y discurre en ángulo de 10º en relación a la cordillera Sijoté-Alín. Tras recorrer por él unos 4 kilómetros, acampamos en la orilla.

Los finales de agosto y comienzos de septiembre son la época más interesante en la taiga. Es cuando empiezan los mugidos de los ciervos siberianos y las peleas de los machos por poseer a las hembras. Para llamar a los ciervos, normalmente se hace un cuerno de corteza de abedul, para lo cual se arranca un trozo de unos 10 centímetros de anchura. Se enrolla a modo de espiral y, de esta forma, se obtiene una trompa de unos 60 o 70 centímetros de longitud. Emite sonido al soplar.

Es muy fácil matar a un ciervo mientras está mugiendo. Los machos, cegados por la pasión, no detectan el peligro en absoluto y se acercan casi todos juntos al cazador cuando este les llama con el cuerno.

Teníamos carne de sobra, por lo que no dejé a los cosacos que fueran de caza. No obstante, decidí entrar en la taiga para realizar unas observaciones.

Provistos de esos cuernos, Dersú y yo nos dirigimos al bosque y, tras alejarnos del vivac 1 kilómetro, nos separamos. Una vez escogido un lugar donde la maleza no era tan tupida, me senté sobre un tocón y me puse a esperar.

A medida que el día tocaba a su fin, en el bosque cada vez había más calma.

En la taiga siempre hay algo solemne durante el paso del día a la noche. A su término provoca en el alma una sensación de tremenda angustia. Una soledad para la reflexión y los recuerdos. Quedé tan abstraído, que me olvidé por completo de dónde me encontraba y para qué había ido allí a esas horas del atardecer.

De repente, en un punto al sur empezó a mugir un ciervo siberiano. La berrea de llamada se difundió por todo el bosque y enseguida otro ciervo le respondió, muy cerca de donde estaba yo. Probablemente, se trataba de un macho viejo. Empezó con notas graves, que fue agudizando de manera paulatina hasta cerrar una octava. Le respondí con el cuerno de corteza de abedul.

No pasó ni un minuto y oí el crujido de unas ramas, tras lo cual vi a un ciervo esbelto. Andaba con paso firme y grácil, meciendo la cabeza y desasiendo la cornamenta, que se le enganchaba con las ramas de los árboles. Me quedé pasmado en el sitio. El ciervo se detuvo, echó la cabeza atrás e hizo una mueca con el hocico, tratando de averiguar por el olor dónde se encontraba su rival. Sus ojos brillaban, sus fosas nasales estaban infladas y había aguzado el oído. Estuve un par de minutos embelesado con este maravilloso animal; no tenía ninguna intención de quitarle la vida. Percibiendo la presencia de un enemigo, el ciervo se agitó. Empezó a hurgar en el suelo con los cuernos, después alzó la cabeza y emitió un potente mugido. Un ligero vaho salió de su boca. Apenas le contestó el eco, por la parte del Sinantsá se escuchó otro mugido. El ciervo se estremeció y empezó como a dar aullidos, que a continuación se convirtieron en mugidos breves y enfurecidos. En esos momentos el ciervo era asombrosamente bello.

De pronto, se escuchó a mi izquierda un débil ruido. Me giré y vi a una hembra. Cuando volví a torcer la cabeza hacia los machos, estos ya estaban peleando. Se lanzaban uno contra el otro con sorprendente furia. Oí los golpes de sus cuernos y las pesadas exhalaciones que salían del tórax junto con los gemidos. Los animales tenían sus patas traseras estiradas y las delanteras recogidas bajo la panza. Hubo un momento en que sus cuernos quedaron tan fuertemente trabados, que estuvieron un rato sin poder separarse. Uno de ellos sacudió con vigor la cabeza y rompió al otro la ramificación superior de un cuerno. Solo así él y su enemigo pudieron desenredarse. Los ciervos prosiguieron luchando unos diez minutos. Finalmente quedó claro que uno de ellos tenía que ceder. Respiraba con dificultad y reculó poco a poco. Advirtiendo que su rival se retiraba, el otro ciervo se puso a atacarle aún con mayor furia. Pronto ambos animales desaparecieron de mi vista.

Me acordé de la hembra y me puse a buscarla con la mirada. Estaba en el mismo sitio y miraba con indiferencia a sus dos admiradores, enganchados en una lucha a muerte. El ruido de la pelea se alejó poco a poco. Era evidente que un ciervo estaba echando al otro. La hembra los seguía desde atrás, a cierta distancia.

De repente, el sonido lejano de un disparo atravesó el bosque. Comprendí que el que había disparado había sido Dersú. Solo entonces advertí que no solo se estaban peleando esos ciervos. Los mugidos provenían de todas partes; en el bosque había un auténtico alboroto.

Comenzaba a oscurecer con rapidez. Los últimos destellos del crepúsculo luchaban en el cielo con las tinieblas de la noche, que llegaban con velocidad desde el este.

Al cabo de media hora llegué al vivac. Dersú ya estaba allí, sentado junto al fuego y limpiando su carabina. Podía haber matado a varios ciervos siberianos, pero se limitó a cazar un grévol.

Permanecimos largo rato sentados frente a la hoguera escuchando el mugido de los ciervos, que no nos dejaron dormir en toda la noche. Oía sus gritos en medio del sopor, despertándome una y otra vez. Los cosacos, sentados junto al fuego, maldecían. Las chispas ascendían como si fueran fuegos artificiales, dando vueltas y apagándose una tras otra en la oscuridad. Finalmente empezó a clarear. El mugido de los ciervos se había mitigado un poco. Solo unos machos solitarios, enfurecidos, llevaban largo rato sin poder tranquilizarse. Deambulaban por las sombrías laderas de las montañas y mugían, pero ya nadie les respondía. Y he aquí que salió el sol y la taiga quedó sumida de nuevo en el silencio.

Tras dejar al destacamento en el vivac, Dersú y yo fuimos a la cordillera Sijoté-Alín. Para tal fin utilizamos uno de los manantiales que corren desde la línea divisoria de aguas hacia el Sinantsá. Al principio la subida era larga y suave, pero luego se empinó. Tuvimos que marchar sin senda, por una espesa maleza de arbustos que abarrotaban un bosque quemado.

El otoño se acercaba. Las hojas de los árboles ya empezaban a caer al suelo. Por el día crujen bajo los pies, pero por la tarde, debido al rocío, se vuelven más blandas, cosa que permite al cazador aproximarse mucho a la fiera.

A mediodía ya estábamos en la cima de la Sijoté-Alín. El panorama que vi desde allí me resultó familiar: quemadas al este y enmohecidos bosques de coníferas al oeste. La ladera oriental de la cordillera Sijoté-Alín es abrupta, mientras que la

occidental es suave. Dersú halló huellas de un alce y me informó de que, en aquellos lugares, este animal se da solo hasta el río Noto y no desciende más abajo de esta frontera.

Regresamos al vivac hacia las seis de la tarde. Aún había bastante luz cuando los machos más furiosos comenzaron a mugir. Al principio lo hicieron en las altas montañas y luego también en los valles.

Las peleas de ciervos de la tarde anterior me habían producido una fuerte impresión; decidí ir a la taiga e invité a Dersú a acompañarme.

Vadeamos el río y entramos en el bosque, sumido por completo en una misteriosa oscuridad. Cuando ya nos habíamos alejado un kilómetro y medio del vivac, nos detuvimos cerca de un tranquilo arroyo y nos pusimos a escuchar. Una vez el sol se hubo puesto tras el horizonte, las tinieblas descendieron a la tierra. Cuanto más oscura se tornaba la taiga, más mugían los ciervos siberianos. Aquella mágica música colmó a todo el bosque. Probamos a acercarnos a los ciervos, pero sin éxito. Los vimos en un par de ocasiones, pero no muy bien; o bien veíamos una cabeza con cuernos, o bien la parte trasera del cuerpo y las patas. En un sitio vimos a un hermoso macho, en torno al cual ya se están adocenando tres hembras. Los animales no estaban quietos; marchaban despacio. Les seguimos de cerca.

De no ser por Dersú, yo les habría perdido de vista mucho antes. El macho iba delante. Sentía que era más fuerte que los demás, por lo que contestaba a cada desafío que le lanzaban.

De repente, Dersú se detuvo y comenzó a aguzar el oído. Dio media vuelta y se quedó inmóvil, petrificado. Desde allí se podía oír el mugido de un ejemplar viejo, pero no daba las notas en el orden en que normalmente lo hacen los ciervos.

—Mmm… ¿Tú comprende cuál es esta gente? —me preguntó Dersú.

Le respondí que yo creía que era un ciervo, solo que viejo.

—Es *amba* —me contestó, susurrando—. Es mucho astuto. Todo el rato engaña así a ciervo. El ciervo ahora comprende nada, qué gente grita. *Amba* pronto atrapa a la hembra y come.

Como confirmación a sus palabras, el ciervo emitió un sonoro mugido en respuesta al rugido del tigre, al que este contestó enseguida, imitando con bastante facilidad al ciervo. Pero, hacia el final, su rugido acabó en un breve ronroneo.

El tigre se aproximaba y, probablemente, debió pasar cerca de nosotros. Dersú parecía agitado. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Noté que una sensación de miedo comenzaba a apoderarse de mí. De repente, Dersú se puso a gritar:

—¡A-ta-ta, ta-ta-ta, ta-ta-ta!…

A continuación efectuó un disparo al aire, se lanzó hacia un abedul, le arrancó a toda prisa su corteza y le prendió fuego con un fósforo. La corteza seca se inflamó produciendo llamas brillantes, mientras que, al mismo tiempo, de golpe, todo alrededor se hizo el doble de oscuro.

Espantados por el disparo, los ciervos se alejaron. Luego todo quedó en calma.

Dersú agarró un palo y enrolló en él un trozo de corteza ardiente. Al cabo de unos instantes ya estábamos de regreso, iluminando el camino con la antorcha.

Tras cruzar el río, salimos a un sendero, por el que volvimos al vivac.

Capítulo XXIII

La caza del oso

El río Aojobe. Una ludeva[408]*. Una senda costera. Una fiera temible. Tres disparos. Huida. El oso pardo. Un botín escondido bajo tierra. Dersú reconstruye la escena de una lucha contra un oso valiéndose de las huellas. Regreso al vivac. Del río Mutuje al Seojobe. El río Mutuje. Aves migratorias rezagadas. Una colonia de leones marinos*[409]*. Abuso de armas de fuego. Un incendio. Buscando el vivac. El humo y las frías heladas matinales. Los lagos del río Seojobe. El pillaje de los chinos.*

Al día siguiente, 7 de septiembre, proseguimos nuestro viaje. Desde el barracón chino de caza partían dos sendas: una, río Sinantsá abajo y la otra por la derecha, por el río Aojobe (en udejey el Ejé, que significa «diablo»). Si hubiéramos ido por el Sinantsa, habríamos salido directamente al golfo de Dzhiguit, pero la costa entre los ríos Tetiuje y Iodzyje habría quedado sin observación. Por eso decidí bajar al mar por el Aojobe y examinar después el Sinantsa.

Al principio, nuestro camino discurría por un pequeño sendero hacia el sur, tendido por dos afluentes del Sinantsa: el superior y el más escorado a la derecha, de 2 y 3 kilómetros de longitud, respectivamente.

Las montañas de estos lugares se componen de porfiditas, calizas y felsitas mineralizadas. En muchos sitios vi vetas de mineral de plomo y plata, blenda de zinc y calcopirita.

Empecé a orientarme tras ascender al puerto, que tenía 270 metros de altura. Al noroeste de la alta cadena se extendía la pelada cordillera Sijoté-Alín. Al sur se divisaba el río Tetiuje, al este el Mutuje y justo por el oeste corría el Duntsa, que es un afluente del Aojobe. Teníamos que marchar por él. En las montañas, los incendios habían destruido el bosque por doquier. En los valles solo se conservaba por algún punto, como si fueran islotes aislados.

Tras un breve descanso en el puerto, iniciamos el descenso hacia el Duntsa, que fluye por un valle pequeño y sinuoso cubierto de abedules, felodendros y álamos. Poco después nos topamos con una especie de empalizada. Se trataba de una *ludeva*. Cruzaba el valle del Aojobe del través y continuaba durante 14 kilómetros por su afluente derecho.

Al lado de la *ludeva* se hallaba una *fansá* cuyo corral rodeaba una alta valla. Allí normalmente se realizaban operaciones para extraer las cornamentas a ciervos vivos. Detrás de la *fansá*, junto a la cerca, habían construido unas jaulas similares a establos, donde los chinos mantenían a los animales hasta que sus cuernos alcanzaban el precio más alto.

A la derecha de la valla había un granero montado sobre unos pilotes, en el que guardaban pieles de ciervos, cuernos desecados y más de 160 kilogramos de tendones extraídos de las patas traseras de los animales. Una cornamenta cocida y rabos de ciervo desecados pendían del techo, bajo el caballete.

En la *fansá* encontramos a cuatro chinos. Al principio se asustaron, pero luego, cuando vieron que no queríamos causarles ningún mal, se tranquilizaron y su servilismo quedó sustituido por la cortesía.

Por la tarde, otros tres chinos llegaron a la *fansá*. Les dijeron algo y riñeron de manera horrible, pero Dersú se rió. Estuve un rato sin poder comprender qué pasaba. Resultó que un oso había caído en un hoyo. Naturalmente, había salido de inmediato de allí y se había puesto a romper la valla y a desparramar las tapaderas con las que habían camuflado los hoyos. Los chinos tenían ahora un gran trabajo para arreglarlo.

La *fansá* de la cerca era pequeña y los chinos habían metido muchas cosas allí, por lo que resolví recorrer unos kilómetros más y pasar la noche al raso.

Más adelante, la senda discurría por el valle del Aojobe, manteniéndose por su izquierda. Las terrazas fluviales de base sólida de cristales, de hasta cuatro metros de altura, se presentaban allí especialmente denudadas. La parte media del valle del Aojobe está desprovista de bosque, pero, no obstante, no es apta para el cultivo en absoluto. Una fina capa de tierra, que el agua se lleva con facilidad, apenas cubre el duro terreno pedregoso. Por las laderas sombreadas de los montes crece un bosque mixto ralo, compuesto de cedros, felodendros, tilos, robles, álamos, abedules, avellanos, etc. En las solanas hay matas de avellanos, lespedezas, sauquillos y filipéndulas. Cerca del río, en los lugares donde hay mayor humedad, hay una maleza de mimbreras de tallo fino, alisos y álamos temblones.

En la parte baja viven muchos chinos. Llegaron al Aojobe no más de veinte años atrás. Antes vivían allí udejéis, pero posteriormente una parte de ellos murió y la otra se mudó a otro lugar.

Si se mira al valle desde el mar, parece muy corto. Hace mucho tiempo, fue un profundo golfo marino y la desembocadura del Aojobe se hallaba allá donde ahora se

estrecha el valle. El mar había retrocedido paso a paso, cediendo el sitio a la tierra firme. Pero lo más interesante era el propio río, que se seca a falta de unos 5 kilómetros para llegar al mar y fluye por debajo de las piedras. Solo durante la época de lluvias sale el agua a la superficie diurna, fluyendo entonces de manera muy impetuosa.

Desde el Tetiuje también se puede ir al Aojobe por otro camino. La distancia entre ellos es de solo 7 kilómetros. La senda comienza desde la laguna donde Dersú y yo disparamos a los patos. Discurre por un manantial que va al puerto, cuya altura es de 310 metros. El bosque ralo de las laderas de las montañas, los robles viejos aislados en los valles y las espesas malezas de arbustos por las lomas, son características de toda la costa. El descenso al Aojobe es dos veces más largo que ascender a él por la parte del Tetiuje. La senda sigue avanzando a lo largo de la costa.

Entre el Sinantsá, del que he hablado más arriba, y el Aojobe, se extiende una cordillera de baja altura compuesta por porfiditas de cuarzo. Desde ella parten en dirección al mar varios estribos, entre los cuales fluyen pequeños riachuelos alpinos que tienen los habituales nombres numerales chinos: Turldagou, Erldagou, Sandagou y Sydagou. La senda los atraviesa justo en sus fuentes.

Pasado el mediodía, nos desviamos un poco del camino y fuimos a dar a un sendero de animales, que nos alejó de nuestra ruta. Al atravesar el límite alpino, que estaba cubierto de pedregales y se hallaba prácticamente privado de vegetación, salimos por casualidad a un riachuelo. Resultó ser un afluente del Mutuje. Su cauce estaba obstruido por troncos en muchos puntos. Uno puede determinar la envergadura de las inundaciones a juzgar por estos atascos. Se veía que en el Mutuje habían sido breves, pero de extraordinario ímpetu,

cosa que se explica por la cercanía de las montañas y el declive de sus pendientes.

Mientras la tierra está cubierta de césped, aún puede resistir al agua, pero en cuanto la consistencia de la capa de césped se quiebra, comienza la denudación. El agua que corre con rapidez arrastra consigo las partículas de tierra ligeras, dejando en el lugar solo la cresta. Debido al limo, que los ríos también arrastran junto con el agua de lluvia, el mar cerca de las costas pasa de ser verde oscuro a amarillo sucio a lo largo de una franja de varios kilómetros. Tales son los resultados de la destrucción de los bosques a causa de los incendios.

El valle del Mutuje puede considerarse como el lugar que tiene más fieras de toda la costa. De entre la maleza de lespedezas y avellanos hay abundantes ciervos, corzas y jabalíes. Los cosacos lanzaron suspiros y se alteraron; me costó bastante trabajo contenerles para que no dispararan y mataran inútilmente a estos animales. A eso de las tres de la tarde, hice una señal para detenernos.

Tenía muchas ganas de cazar un oso. «Otros les disparan frente a frente, pensé. ¿Por qué no hacer lo mismo?» El ardor cazador había prendido en mí un sentimiento de vanidad, por lo que decidí tentar a la suerte.

Muchos cazadores cuentan haber dado muerte a osos sin ningún tipo de miedo y, además, solo sacan a relucir los aspectos cómicos de la caza. Según el relato de unos, el oso sale corriendo tras el disparo. Otros cuentan que se alza sobre sus patas traseras y va al encuentro del cazador, momento en el que se le pueden pegar varios balazos. Dersú no estaba de acuerdo con esto. Al oír tales relatos, se enfadó y escupió, pero no quiso discutir.

Tras conocer que yo quería ir solo a por un oso, me aconsejó ser más cauteloso y me propuso sus servicios. Su

poder de persuasión me aguijoneó aún más y decidí con mayor firmeza ir a cazar solo el plantígrado, pasara lo que pasase.

Me había alejado no más de medio kilómetro, pero en ese espacio espanté ya a dos corzas y un jabalí. Allí había tantos animales, que daba la impresión de ser una casa de fieras, donde están en libertad, pero todas recogidas en un mismo lugar.

Al cruzar el arroyo, me detuve en medio de un bosque ralo y me puse a esperar. Al cabo de unos momentos vi a un ciervo pasar por el lindero del bosque. Cerca de un avellano, unos jabalíes hacían ruido y sus jabatos chillaban.

De repente, delante de mí se escuchó un crujido de ramas y después los pasos de alguien. Algo caminaba con paso pesado y rítmico. Me asusté. Iba ya a dar media vuelta, pero dominé la sensación de miedo y permanecí en el sitio. Después vi entre los arbustos una masa oscura. Se trataba de un gran oso. Avanzaba oblicuamente por la cresta y era un poco más grande que yo. A menudo se detenía, hurgaba en el suelo y daba la vuelta a las ramas caídas, examinando algo con atención bajo ellas. Tras aguardar a que la fiera estuviese unos cuarenta pasos de mí, apunté lentamente y apreté el gatillo. A través del humo del disparo vi que el oso se dio raudo la vuelta, lanzó un rugido y agarró con los dientes el lugar por donde había entrado la bala. No recuerdo bien lo que sucedió a continuación. Todo ocurrió con tal rapidez, que ya no pude comprender qué precedió a qué. Justo después del disparo, el oso se lanzó con todas sus fuerzas contra mí. Sentí un fuerte empujón y, al mismo tiempo, sonó un segundo disparo. Cuándo y cómo tuve tiempo de cargar el fusil, sigue siendo un misterio para mí. Creo que caí de lado, a la izquierda. El oso giró en redondo y rodó por la pendiente, hacia la derecha.

No recuerdo cómo volví a caer de pie y cómo no solté el fusil. Corrí a lo largo de la cresta, momento en el que sentí que me perseguían. El oso me pisaba los talones, pero ya no iba tan deprisa como antes; acompañaba cada salto de pesados suspiros y gruñidos. Al acordarme de que el arma no estaba cargada, me detuve y monté el gatillo rápidamente.

«¡Hay que disparar! Mi vida depende de un buen disparo», era la idea que fulguraba en mi cabeza.

Me llevé la culata al hombro, pero no veía el punto de mira; solo la cabeza peluda del oso, su boca abierta y sus ojos rabiosos. Si alguien me hubiera visto en ese momento desde el exterior, con seguridad habría notado cómo mi rostro se descomponía por el miedo.

No me creo nada de los cazadores que aseguran que a la fiera que corre a su encuentro la disparan con la misma calma que a una botella vacía. ¡No es cierto! No es cierto porque el instinto de conservación es inherente a cada persona. El aspecto de una fiera encolerizada no puede no preocupar al cazador, cosa que se refleja sin falta en la precisión de su puntería.

Cuando el oso estuvo ya cerca del todo, disparé casi a bocajarro. Se dio la vuelta y salió corriendo. Cuando me quise dar cuenta, el animal estaba rodando por el suelo. En ese instante, oí otro ruido proveniente del lado derecho. Me giré por instinto y quedé petrificado en el sitio. De los arbustos salió la cabeza de otro oso, pero se escondió de inmediato entre la maleza. Despacio, tratando de no hacer ruido, corrí hacia la izquierda y salí al río.

Estuve veinte minutos vagando sin rumbo por el mismo sitio hasta que me tranquilicé. Me daba apuro volver al vivac con las manos vacías. Si había matado a un oso, era una lástima dejarlo abandonado. Pero allí había otro oso y no

estaba herido. ¿Qué hacer? Así que anduve hasta que el sol se puso por el horizonte. Sus rayos habían dejado la tierra y ya iluminaban algunas zonas del cielo. Entonces decidí ir a un lado y echar un vistazo a los osos desde lejos. Cuanto más me aproximaba al peligroso lugar, más horrorosa era la situación. Tenía los nervios de punta. Cada susurro hacía que me volviera con susto. Los osos se me aparecían por doquier, por todas partes parecían ir tras mis talones. A menudo me detenía y aguzaba el oído. Al final, vi el árbol junto al cual había caído el oso. Me pareció muy raro. Decidí sortearlo por la pendiente y mirar desde la cresta. A tal efecto, lancé unas piedras.

De repente advertí que algo se movía entre los arbustos. «¡El oso!», pensé, retrocediendo unos pasos. Pero en ese instante oí una voz humana. Era Dersú. Sentí una extraña alegría y corrí hacia él. Al verme, el gold se sentó sobre el árbol que yacía sobre el suelo y se puso a fumar una pipa. Me acerqué a él y le pregunté cómo había ido a parar allí. Dersú me contó que oyó mis disparos desde el vivac y que salió en mi ayuda. Por las huellas determinó dónde había disparado al oso y cómo este se lanzó sobre mí. Luego me indicó el lugar donde caí. Más adelante, otras huellas le mostraron que el oso había ido en mi persecución, etc. En una palabra, me contó todo lo que me había pasado.

—Probablemente, el animal herido ha huido —le dije a mi compañero.

—Él queda aquí —respondió Dersú, indicándome un gran montón de tierra.

Lo comprendí todo. Recordé los relatos de los cazadores sobre que el oso, al encontrar cualquier animal muerto, siempre lo entierra. Cuando la carne comienza a pudrirse, da

buena cuenta de ella. Pero yo no sabía que un oso enterrase a otro. Aquello también era una novedad para Dersú.

Lo desenterramos al cabo de unos minutos. Aparte de tierra, el otro animal le había depositado encima muchas piedras y ramas.

Encendí un fuego y Dersú se puso a destripar a la fiera. El oso al que había dado muerte era de los grandes, de pelaje pardo oscuro. Su aspecto se asemejaba al *grizzly* americano[410]. La longitud de su cuerpo equivalía a 2,4 metros, su altura a 1,2 y su peso alcanzaba 330 kilogramos. Tenía el hocico chato, las orejas no muy grandes y los ojos pequeños. A su gigantesca fuerza hay que añadir unos fuertes colmillos y unas zarpas de ocho centímetros de largo. Es un animal que prolifera por todo el territorio del Ussuri, pero se da con mayor frecuencia en su mitad septentrional y en la costa, entre el cabo de Guiliak y la desembocadura del Amur. Curiosamente, su color en el sur es negro, pero cuanto más al norte, más se aproxima al color pardo claro. El carácter de este oso es bastante bondadoso mientras no le molesten. Pero cuando está herido, se vuelve peligroso. Durante el celo, las hembras son peligrosas; deambulan por la taiga, atacan a otros animales e incluso persiguen a grévoles. Su alimento es en su mayor parte vegetal, pero, llegado el caso, no están en contra de saborear la carne y el pescado. El oso pardo monta su cubil bajo las raíces de los árboles, en las hendiduras de las piedras. O, directamente, sobre el suelo. Al igual que sus parientes cuaternarios, gusta mucho de esconderse en cuevas y vivir en ellas no solo durante el invierno, sino incluso durante la época calurosa del año. El oso pardo cae tarde en el letargo invernal. En ocasiones, algunos de ellos vagan por la taiga hasta diciembre. No les gusta trepar a los árboles; es posible que su gran peso sea un obstáculo.

En el oso que maté dieron tres balas: una en el costado, otra en el pecho y la tercera en la cabeza.

Cuando Dersú acabó su trabajo, ya había oscurecido. Tras echar a la hoguera leña húmeda para que ardiese hasta la madrugada, marchamos despacio hacia el vivac.

La noche resultó tranquila y fresca. La luna llena se deslizaba por el claro cielo y, a medida que la luz lunar se hacía más brillante, nuestras sombras se tornaban más cortas y negras. Por el camino volvimos a ahuyentar a unos jabalíes, que se dispersaron ruidosamente por distintas direcciones. Al final, una luz apareció entre los árboles. Era nuestro vivac.

Después de cenar, los cosacos se acostaron pronto. Había estado tan inquieto durante el día, que no me pude dormir. Me levanté, me senté junto al fuego y me puse a pensar sobre lo vivido. La noche era clara y silenciosa. Los reflejos rojos del fuego, las negras sombras de los árboles y la luz azulada de la luna se entremezclaban. Algunos animales salvajes deambulaban por los linderos del pinar. Otros se acercaron de lleno al vivac. Las corzas se distinguieron por su especial curiosidad. Finalmente sentí somnolencia, me tumbé al lado de los cosacos y caí en un profundo sueño.

Dersú se levantó antes que nadie, al amanecer. A continuación lo hice yo y luego los demás. El sol acababa de salir y apenas iluminaba con sus rayos las cumbres de las montañas. Justo enfrente de nuestro vivac, a unos doscientos pasos, deambulaba otro oso. Estuvo todo el tiempo por allí. Es probable que hubiera seguido allí un rato más de no ser porque lo espantó Murzin. El cosaco agarró el fusil y disparó. El animal se giró de golpe, miró hacia dónde nos hallábamos y desapareció rápidamente por el bosque.

Tras tomar un bocado, recogimos los morrales y nos pusimos en camino. Cerca del mar encontré el lugar de

acampada de N. A. Palchevski. Por la carta que me dejó dentro de una botella atada a un palo, supe que había estado trabajando allí varios días atrás y que luego, marcándose como punto final la bahía de Terney, había marchado hacia el norte.

El río Mutuje (en udejey, el Tsa-ugi) va a dar a la bahía de Oprichnik[411] (44º 27' de latitud norte y 36º 40' de longitud este respecto al meridiano de Greenwich) de manera totalmente abierta por la parte del mar, por lo que no es apto para la escala de naves. La profunda ensenada del río, el valle que se amplía de golpe y pantanos cercanos al mar cuya superficie aún no se ha secado, indican que antes también hubo allí un golfo que entraba en tierra firme de manera bastante profunda. Junto a la propia bahía, por la línea de playa, crecían enebros rastreros[412] y, por los pantanos, abedules-arbusto[413] de semillas alargadas.

El nombre de «Mutujé» es el nombre chino alterado «Muchu-he» («mugu» es hembra, «chu» cerdo salvaje y «he» río, lo que significa «río de cerdos salvajes»). Corre a lo largo de la costa por un valle tectónico y, sin contar los pequeños arroyos alpinos, toma por su margen derecha a tres afluentes. Dado que los chinos no tenían nombres para estos pequeños ríos, les puse uno ruso. Al primero le llamé Oleniya[414], al segundo Medvezhia[415] y al tercero Zverovaya[416].

Al final de la cresta, allá donde el valle del Oleniya converge con el del río Medvezhia, se alberga una pequeña *fansá*. Estaba vacía. Extendiendo la vista, Dersú dijo que allí vivían coreanos; cuatro personas que se dedicaban a la caza de martas cebellinas y que hacía poco tiempo habían marchado a cazar para todo el invierno.

En los riachuelos, en el pantano y la costa, en la arena, reparamos en algunas aves migratorias. A juzgar por el escaso

número tanto de ejemplares como de especies, no hay grandes migraciones por la costa. Había allí algunos zarapitos que iban y venían graciosamente por la hierba. Cuando nos acercábamos, se detenían, nos miraban con atención y luego, con un graznido ronco, se retiraban del lugar. Una vez alejados un poco, volvían a descender a tierra, pero ya con más precaución. Por el otro lado, cerca del agua, se movía un ánsar careto. Al principio lo tomé por un ganso. Me pareció de mayor tamaño del que en realidad tenía. Murzin lo rodeó por los arbustos y le mató de un balazo. Entre los patos, allí había muchas cercetas pequeñas. Estaban en los arroyos, cubiertos de alisos y matorrales. Cuando me aproximaba mucho a ellas, no salían volando, sino que solo se apartaban un poco hacia un lado, por lo visto sin temer en absoluto al hombre.

Desde la *fansá* coreana parte una senda que discurre río Mutuje arriba. Se mantiene durante un buen rato por la orilla derecha del río y solo en su curso alto pasa al otro lado. Las montañas que orlan el valle del Mutuje se componen en su mayor parte de porfidita de cuarzo y acaban formando amplias terrazas de 20 metros de altura entre los ríos Oleniya, Medvezhia y Zverobaya, según salen al valle. A la izquierda (siguiendo la corriente) crecen bosques de coníferas y mixtos. Y a la derecha, de frondosas. El río Mutuje es el lugar más cercano al mar donde crecen cedros maderables. Alcanzan allí los 22 metros de altura y entre 3 y 3,5 metros en circunferencia.

En el curso superior de este río, en pequeños bosquecillos, se da incluso el tejo. Este representante de la flora relicta no crece en ninguna de las repoblaciones forestales del territorio; pese a contar con una edad de 300 a 400 años, el tejo no alcanza gran tamaño y muy pronto se ahueca.

El camino por el Mutuje hasta el puerto es extraordinariamente pedregoso y resulta complicado moverse por él. Las grietas de las piedras y los listones entre las raíces formaban verdaderas trampas. El temor a que los caballos se rompiesen las patas hacía que este camino fuera poco transitable. Cabe sorprenderse de cómo los caballos chinos del lugar, no herrados, se las ingenian para avanzar por ahí y, además, cargando fardos bastante pesados.

Recorridos por el río unos 5 kilómetros, doblamos al este, hacia el mar.

Ya desde por la mañana noté que en la atmósfera se estaba gestando algo anormal. Había bruma; el cielo pasó de ser azul a blanquecino y las montañas lejanas no se veían en absoluto. Le señalé a Dersú este fenómeno y comencé a contarle muchas de las cosas que yo sabía de meteorología sobre la bruma seca.

—Mía piensa es humo —contestó—. No hay viento en lados de montaña, comprende no puedo.

En cuanto ascendimos, enseguida vimos de qué se trataba. Por detrás de las montañas, por el margen derecho del Mutuje, se elevaba un humo blanco a grandes bocanadas. Más adelante, al norte, también humeaban las colinas. Era evidente que se trataba de un incendio y que ya abarcaba un gran espacio. Tras contemplarlo embelesados unos minutos, marchamos hacia el mar y cuando alcanzamos la costa acantilada, doblamos a la izquierda, rodeando los acantilados y los altos cabos.

Me fijé en cómo influían los obstáculos que nos encontrábamos por el camino en la propagación de las ondas sonoras. Apenas llegábamos a alguna cumbre, el ruido del mar se extinguía. Pero cuando nos acercábamos a alguna hendidura, de nuevo se hacía claramente audible.

De pronto, el viento que soplaba desde abajo llevó hasta nosotros unos extraños ruidos, similares a ladridos roncos y prolongados. Me acerqué despacio al borde del acantilado y lo que vi me resultó muy interesante. Montones de leones marinos, grandes y pequeños, yacían en la orilla.

El león marino de Steller pertenece al grupo de los pinnípedos y a la familia de las focas orejudas. Es un animal bastante grande; alcanza 4 metros de longitud, 3 de circunferencia cerca de los hombros y pesa entre 680 y 800 kilogramos. Sus pabellones auditivos son pequeños, tiene unos bonitos ojos negros, mandíbulas grandes con colmillos fuertes, un cuello más bien largo cuyo pelo es un poco más largo que en el resto del cuerpo y patas grandes (aletas) con plantas desnudas. Normalmente las hembras son el doble de grandes que los machos.

En la región de Primorie, los leones marinos se dan por toda la costa del mar del Japón. Los lugareños les dan caza principalmente por su gruesa piel, que es apta para fabricar calzado y para el curtido de correas para arneses.

Por lo visto, tumbarse sobre las piedras dejándose bañar por la espuma del oleaje, reporta un gran placer a estos leones marinos. Se estiraban, echando la cabeza atrás y levantando las patas traseras todo cuanto podían, se daban la vuelta y se ponían panza arriba para, de manera totalmente repentina, deslizarse luego por las piedras y entrar en el agua. Las piedras no quedaban libres; enseguida aparecía junto a ellas otra cabeza y otro animal se apresuraba a ocupar el sitio vacante. Las hembras estaban en la orilla y al lado, su camada. En otro punto, cerca de unas cuevas excavadas por el oleaje, dormitaban unas hembras grandes. Las viejas eran de color pardo claro y las jóvenes, más oscuro. Estas últimas se conducían de manera muy orgullosa. Con la cabeza

levantada, la torcían despacio de lado a lado. Pese a su cuerpo torpón, no se les podía negar la gracia. Por la manera en que se comportaban, por la imponencia y rapidez de sus movimientos, merecerían llamarse lobos marinos, como sus parientes en las costas de California.

Debido a la costumbre inherente a los cazadores cosacos, Murzin alzó su fusil y comenzó a apuntar al que teníamos más próximo, pero Dersú le detuvo y, lentamente, apartó el fusil.

—No dispara —dijo—. Arrastra no puedo. En vano dispara; malo, pecado.

Solo entonces nos dimos cuenta de que no podíamos aproximarnos a esa colonia de leones marinos por ningún lado. A derecha e izquierda la cerraban las terrazas que sobresalían al mar y por el lado de la tierra firme había paredes verticales de unos 50 metros de altura. Solo era posible acercarse a los leones marinos en barca. No podíamos llevarnos uno muerto; es decir, lo tendríamos que matar en balde y dejarlo allí tirado.

Al mismo tiempo, las palabras de Dersú me impresionaron: «En vano dispara. ¡Pecado!» ¡Qué pensamiento tan correcto y simple! ¿Por qué los europeos a menudo abusan de las armas y una y otra vez matan a animales solo por disparar y por diversión?

Estuvimos unos veinte minutos observando a aquellos leones marinos. No les podía quitar ojo. De repente, sentí que alguien me tocaba el hombro.

—¡Capitán! Hay que ir —dijo Dersú.

De todos los animales que había visto durante esos días, los que más me gustaron fueron los pinnípedos.

Caminar por una cima siempre es más fácil que por una pendiente, pues las cumbres pronunciadas pueden rodearse

por sus líneas horizontales. Ya era de noche cuando salimos de nuevo a la senda. Solo nos quedaba subir a una montaña alta y, desde allí, bajar al collado. El puerto resultó tener 740 metros de altura.

El panorama que vi desde la cumbre me sorprendió tanto, que lancé una exclamación de asombro. Había un incendio y la línea del fuego se ceñía a los montes como si de una iluminación se tratase. ¡Majestuoso panorama! ¡Pero espantoso! Las llamas fulguraban y languidecían para, enseguida, volver a desatarse con mayor fuerza. Habían franqueado ya el collado y estaban descendiendo al valle. Las cumbres más altas todavía se hallaban fuera del alcance del fuego. El incendio ascendía formando un perfecto anillo, como si fuera un asalto. Había dos resplandores en el cielo: uno al oeste y otro al este. Uno tremolaba, el otro estaba sereno. La luna empezó a salir, apareciendo su borde por el horizonte. Lenta e indecisamente surgió del agua, cada vez más alta, grande, pálida y purpúrea.

—¡Capitán! Hay que ir —me susurró de nuevo Dersú.

Bajamos al valle y en cuanto encontramos agua, nos detuvimos de inmediato en medio de un bosque ralo de robles. Dersú nos ordenó recoger hierba para el vivac y luego prendió un fuego de frente. La hierba seca y las hojas caídas se inflamaron como la pólvora. Las llamas se extendieron rápidamente por la dirección del viento y por los lados. El bosque adquirió entonces un aspecto de cuento, mágico. Observé el incendio. El fuego se desplazaba por la hojarasca de forma bastante lenta, pero cuando llegó a la hierba, saltó hacia delante de inmediato. El calor hacía ascender la pelusilla, que volaba y ardía en el aire. De esta manera, el fuego se extendía cada vez más lejos. Finalmente, se aproximó a unos arbustos. Una enorme llama ascendió con gran

estrépito. Allí crecía un abedul coreano de corteza deshilachada. En un instante se convirtió en una verdadera antorcha, pero solo por un momento; cuando la corteza se consumió, se apagó. Los árboles viejos de duramen seco ardían tiesos, de raíz. Por detrás del incendio, se alzaban chorros de humo blanco por todas partes: eran los tizones, que ardían débilmente en la tierra. Los animales y los pájaros, espantados, se salvaban dándose a la fuga. Una liebre pasó corriendo por mi lado, una ardilla siberiana saltó de un tronco que empezaba a arder y un pico iba de un árbol a otro dando agudos graznidos.

Seguí al fuego, alejándome cada vez más y sin temer extraviarme, hasta que el estómago me recordó que había que regresar. Supuse que la hoguera me indicaría el lugar del vivac. Me di la vuelta y vi muchas luces; era la frasca, que estaba terminando de arder. No pude determinar cuál de ellas era nuestra hoguera. Una luz parecía más grande que el resto. Me dirigí a ella, pero resultó ser un tocón seco que ardía. Fui hacia otra y lo mismo. Así que crucé de fuego en fuego, pero seguía sin poder encontrar nuestro vivac. Entonces me puse a gritar. El eco me llegó justo desde la parte contraria. Di media vuelta y pronto llegué hasta mis hombres. Mis compañeros de expedición se rieron un poco de mí y yo mismo lo hice de buena gana.

Los temores de Dersú se hicieron realidad. El incendio comenzó muy entrada la noche a avanzar directamente hacia nosotros, pero al no hallar pasto, pasó de lado. Al contrario de nuestras expectativas y pese al cielo raso, la noche resultó templada. Las veces que veía algo incomprensible, me dirigía a Dersú, del que siempre recibía explicaciones precisas.

—La helada ir no puedo —dijo—. Mira alrededor: mucho humo.

Entonces recordé cómo los horticultores suelen salvar sus huertos de las heladas matinales con ayuda de fogatas humeantes.

Por el día habíamos visto un ciervo pastando cerca de una frasca que ardía. El animal pasó tranquilo por encima y se puso a pelar unos arbustos. Por lo visto, los frecuentes incendios habían acostumbrado a los ciervos al fuego y estos habían dejado de tenerle miedo.

El amanecer nos sorprendió por el camino. Tras descender del puerto, la senda discurrió un tiempo por un terraplén costero compuesto de guijarros redondeados. A la derecha quedaba el mar y a la izquierda el pantano. El terraplén y el pantano atestiguaban que antes había habido una laguna. En la otra ladera del terraplén había enormes cantos rodados de gneis. Ninguna marejada podía haberlos arrojado tan alto. Su presencia en la franja de aluvión del oleaje cabe atribuirlo a la acción de los hielos, que en invierno se agolpan aquí a causa de los vientos y «aran» la costa. Aparte de cantos rodados, allí también había huesos de ballena: omóplatos, costillas, vértebras y trozos de cráneo. Probablemente, las olas habían llevado a la orilla el cadáver entero del animal. Fieras y aves se habían preocupado de limpiar todo lo que se podía limpiar; tan solo quedaban los huesos.

Una vez hubimos descansado un poco, proseguimos el viaje. Al cabo de una hora de camino, la senda nos condujo a unos lagos. Eran tres: el Maloe[417], el Sredenee[418] y el Dolgoe[419]. Este último tenía unos 3 kilómetros de largo.

El Seojobe (río de las primeras nieves) va a dar a él por la parte occidental. Por algún motivo aparece citado en los mapas marítimos como el Yadija. El terreno entre los lagos presenta un aspecto bastante cenagoso. Únicamente un terraplén formado por arena y guijarros les separa del mar.

Aquí se vuelve a ver a la bahía desaparecida. Tiempo atrás, este golfo había sido mucho más largo y doblaba al norte.

Cerca de los pantanos, la senda se bifurcaba. Una iba a la izquierda, a las montañas, y la otra discurría por la franja de aluvión del oleaje. Esta nos condujo hacia un pequeño, pero profundo ramal con el que el lago Dolgoe se comunica con el mar.

Sin nada que hacer y dado que en el lugar no faltaba la leña, nos detuvimos allí. El mar había arrojado a la orilla un montón de troncos, que el sol y el viento se habían ocupado de secar. Solo había una cosa negativa: en la laguna, el agua tenía un sabor un poco salado y un olor desagradable. Por el camino advertí que en la costa había unos ostreros comunes. Junto a ellos volaba un gran archibebe[420]. Tenía la panza blanca, el lomo grisáceo-pardo con pintas y el pico oscuro.

Mientras los cosacos plantaban la tienda y recogían leña, me dio tiempo a ir corriendo a cazar. Por primera vez, los pájaros dejaron que me acercase. Maté a cuatro de ellos y regresé.

El lugar de nuestro vivac no era acertado; un fuerte y frío viento estuvo soplando toda la noche desde el oeste del valle, como si fuera una trompeta. Tuvimos que guarecernos tras el terraplén que daba al mar. En la tienda había humo y fuera hacía frío.

Después de cenar, todos se acostaron enseguida, pero yo no me pude dormir; no hacía más que atender al ruido del oleaje y pensar sobre el destino que nos había arrojado a las costas del Gran Océano.

El 20 de septiembre hizo un tiempo caluroso y seco durante todo el día. Decidí ocuparme de inspeccionar el Seojobe. Primero tuvimos que atravesar el lago. Dado que no disponíamos de barcas con las que hacerlo, resultaba difícil.

Teníamos que o bien armar unas balsas, o bien vadearlo. La experiencia fue positiva. El lago resultó tener poca profundidad: los puntos más profundos apenas alcanzaban los 6 metros. Los bancos de arena eran sinuosos. Marchamos todo el rato a tientas, con el agua por la cintura. A medida que nos acercábamos al río, el agua se tornaba notoriamente más fría.

Nada más llegar a la orilla, dimos de golpe con la senda.

El río Seojobe tiene 22 kilómetros de longitud. Sus fuentes se hallan frente al curso medio del Sinantsa, del que he hablado más arriba. Propiamente dicho, se compone de dos riachuelos de igual tamaño, que confluyen a 5 kilómetros de la desembocadura. Un poco más abajo, el Seojobe toma por su derecha otro pequeño afluente. En el lugar había rebaños enteros de ciervos siberianos. La berrea ya había terminado y las hembras se habían adocenado en torno a los machos. En breve, los animales debían dispersarse de uno en uno.

Era notorio que, cada día que pasaba, había menos y menos pájaros. Durante esos días solo vi: un cárabo uralense[421], que es un ave valiente de noche y cobarde de día (en los días claros y soleados, se oculta en bosques tupidos de coníferas no tanto por el alimento, como por la oscuridad, que allí siempre reina); un pico de lomo blanco (este pájaro habita en los bosques mixtos viejos, donde hay mucha marga y matorrales secos); un alcaudón chino[422] (un depredador ansioso y provocador, que ataca incluso a pájaros de mayor tamaño); una bisbita verde, que habita en los linderos de los bosques; y escribanos cabecinegros[423], unos bellos pajaritos de panza amarilla con gorrito negro en las cabezas que prefieren los lugares abiertos a los sombreados y se reúnen en pequeñas bandadas.

La senda por la que caminábamos nos condujo hacia una cerca de 24 kilómetros con 74 hoyos en uso. Nunca antes vi mayor depredación que en ese lugar. Junto a la *fansá* había un cobertizo sobre unos pilotes, repleto de tendones de ciervo liados en fajos. A juzgar por el peso de cada uno, es probable que allí hubiera cerca de 700 kilogramos de tendones. Los chinos contaron que dos veces al año enviaban tendones de ciervo a Vladivostok, y de allí a Chifú. En las paredes de la *fansá* había cerca de un centenar de pieles de leones marinos secándose. Todas pertenecían a ejemplares jóvenes.

Era indudable que los chinos conocían la colonia de pinnípedos cerca del Mutuje y campaban allí por sus respetos de modo tan depredador como en el Seojobe.

—*Manzá* pronto acaba con todos —dijo Dersú—. Mía piensa, otros diez años y ciervo, marta y ardilla desaparece.

Uno no podía sino estar de acuerdo con sus palabras. En su patria, los chinos habían eliminado todo lo que se movía. En su país solo quedaban cuervos, perros y ratas. Incluso en el mar, cerca de las costas, habían acabado con todos los trepangs[424], cangrejos, moluscos y todas las laminarias[425]. A la región del Priamur, rica en animales y bosques, le espera la misma suerte si no se toman a tiempo medidas para luchar contra esta depredación.

Cerca del mar, a un kilómetro del lago, había otra pequeña cerca. Tenía 3 kilómetros de largo y contaba con siete hoyos.

Al norte del lago Dolgoe va a dar un pequeño riachuelo sin nombre, que fluye por un valle pantanoso. Aquí la senda se vuelve muy húmeda y cenagosa. En algunos puntos, al caminar se percibe la fluctuación del terreno. Probablemente, en la temporada de lluvias el camino es apenas practicable.

Pasado el puerto (con una altura de 150 metros), la senda se mantiene en la orilla izquierda de un pequeño riachuelo

que va a dar al Tjetibe. Este último tiene una longitud de 5 kilómetros y no es menos cenagoso que el Anónimo. La situación de estos dos valles, paralelos a la costa, determina la dirección de una sierra litoral poco elevada, que se denuda a lo largo del eje de su extensión y que se compone de cuarcitas y algún mineral silíceo más.

Capítulo XXIV

Encuentro con los *honghuzis*

Huellas. Honghuzis. *Dersú de exploración. Tiroteo. Chan Bao. El río Dungou. El monte Juntami. El río Mulumbe. El lago Blagodati. El río Kaumbe. Una* fansá *de recolectores de hongos. Una piel de piedra. El camino al río Sanjobe. La partida de N. A. Palchevski y A. I. Merzliakov*.

Por el día Dersú encontró huellas humanas en la senda y las examinó con atención. Recogió la colilla de un emboquillado y un trozo de *daba* azul. En su opinión, por allí habían pasado dos personas. No eran trabajadores chinos, sino personas ociosas, pues un trabajador no tira *daba* nueva solo porque se ha ensuciado; un trabajador lleva un trapo viejo hasta que se desgasta del todo.

Además, los trabajadores fuman en pipa; los emboquillados son demasiado caros para ellos. Siguiendo con sus observaciones, Dersú halló el lugar donde aquellas dos personas habían estado descansando. Es más, uno de ellos se había cambiado de calzado. Un casquillo indicaba que aquellos chinos iban armados con fusiles.

Cuanto más avanzábamos, más variados eran los hallazgos. De repente, Dersú se detuvo.

—Otras dos gente iban —dijo—. Ahora son cuatro. Mía piensa son gente mala.

Lo consultamos y decidimos abandonar la senda e ir por tierra virgen. Encaramados en el primer cerro que vimos, nos pusimos a examinar los alrededores. Delante, a unos 4 kilómetros de nosotros, se divisaba el golfo de Plastún y, a la izquierda, una alta sierra tras la cual era probable que se hallara el Sinantsa. Detrás estaba el lago Dolgoe y, a la derecha, una cadena montañosa de colinas denudadas. Tras ellas, el mar.

Al no notar nada sospechoso, me dispuse a volver de nuevo sobre la senda, pero el gold me aconsejó bajar al manantial que fluía hacia el norte y marchar por él hasta el Tjetibe. Al cabo de una hora de camino, llegamos al lindero del bosque. Allí Dersú nos ordenó esperar a su regreso y yo marché a explorar.

El Tjetibe es un pequeño río alpino que fluye por un vallecito ancho y pantanoso cubierto de sauces, alisos y abedules blancos.

El crepúsculo se acercaba. El pantano había adquirido un matiz general amarillo-pardo y tenía un aspecto inanimado e inhóspito. Las montañas, sombrías, parecían descender hacia la bruma azul de la niebla vespertina. A medida que se hacía más oscuro, más brillaba en el cielo el resplandor del incendio forestal. Pasó una hora y otra más, pero Dersú no regresaba. Comencé a intranquilizarme.

De repente, se oyó un grito a lo lejos, luego sonaron cuatro disparos, de nuevo un grito y otro disparo más. Quise salir corriendo para allá, pero comprendí que de esta forma nos perderíamos el uno al otro.

El gold estuvo de vuelta al cabo de unos veinte minutos. Su aspecto era de alarma extrema. Contó lo que le había ocurrido todo lo deprisa que pudo. Siguiendo las huellas de cuatro personas, había llegado al golfo de Plastún, donde vio una

tienda. En ella había una veintena de chinos armados. Convencido de que se trataba de *honghuzis*, empezó a reptar de vuelta por los arbustos, pero en ese instante un perro le olfateó y se puso a ladrar. Tres chinos agarraron sus fusiles y se lanzaron en su persecución. En su huida, Dersú fue a dar a una ciénaga de arenas movedizas. Los *honghuzis* se pusieron a gritarle que se detuviera y luego comenzaron a dispararle. Una vez que salió a un lugar seco, Dersú echó la rodilla al suelo, apuntó a uno de los bandidos y disparó. Vio bien cómo el chino caía. Un par más se quedaron junto al herido. Mientras, él continuó corriendo. Para confundir a los *honghuzis*, Dersú, ante sus ojos, se dirigió a propósito al lado contrario de dónde nos escondíamos, para después regresar dando un rodeo.

—Mi camisa los *honghuzis* hace un agujero —dijo Dersú, señalando a su pelliza, agujereada por una bala—. Nuestra hay que ir pronto —indicó, concluyendo su relato y echándose al hombro el morral.

Avanzamos despacio, procurando no hacer ruido. El gold nos llevó por unos pedregales del lecho seco del río, evitando los senderos.

Llegamos al río Iodzyje a eso de las nueve de la noche, pero no fuimos a las *fansás*, sino que nos quedamos a pasar la noche al raso. Pasé mucho frío esa noche. Me arrebujé en la tienda, pero la humedad penetraba por todas partes. Nadie pegó ojo. Esperamos el amanecer con impaciencia, pero, como adrede, el tiempo se alargó infinitamente.

En cuanto empezó a clarear, nos pusimos en camino enseguida. Teníamos que unirnos cuanto antes a G. I. Granatman y A. I. Merzliakov. Dersú suponía que era mejor dejar la senda y marchar por las montañas. Y así lo hicimos. Tras vadear el río, salimos a un sendero y justo cuando nos

disponíamos a meternos por la hierba, de entre los arbustos salió a nuestro encuentro un tazá con una escopeta en las manos. Al principio se asustó bastante y, a su vez, nos asustó a nosotros. Pero al ver a los fusileros y a los cosacos, se llevó la mano al pecho y nos entregó un paquete postal. Era una carta de N. A. Palchevski, quien me informaba de que un destacamento de cazadores al mando del *starshiná*[426] chino Jan Bao había partido en busca de los *honghuzis* desde el río Sanjobe. Mientras yo leía la carta, Dersú estuvo haciendo preguntas al tazá, quien, a su vez, le preguntaba a él. Resultó que Jan Bao y sus 30 cazadores habían pasado la noche cerca de nosotros y ya se estaban aproximando al río Iodzyje.

Efectivamente, le encontramos al cabo de unos veinte minutos.

Jan Bao era un hombre alto, de unos cuarenta y cinco años. Iba ataviado con el habitual ropaje azul chino, solo que iba un poco más aseado que los trabajadores chinos de a pie. En su vivo rostro llevaba impresas las privaciones sufridas. Tenía bigotes negros vueltos al estilo chino, hacia arriba, en los que ya se dejaba ver alguna cana. Los ojos negros de aquel hombre traslucían inteligencia, sus labios esbozaban una sonrisa constante y, al mismo tiempo, su cara nunca perdía la seriedad. Antes de decir nada, siempre meditaba su respuesta y hablaba despacio, sin prisa. Nunca vi a un hombre en el que se conjugaran así la seriedad, la bondad, la energía, la sensatez, la tenacidad y las dotes de la diplomacia. En la personalidad de Jan Bao, en sus gestos, en toda su figura y en la manera de comportarse había algo de intelectual. Su inteligencia, amor propio y el saber subordinar a una masa indicaban que no se trataba de un chino corriente. Con toda probabilidad, era uno de los perseguidos políticos que habían huido de China.

La milicia que comandaba Jan Bao estaba compuesta de chinos y tazás. Todos eran jóvenes, robustos, vigorosos e iban bien armados. Enseguida advertí que en su destacamento había una gran disciplina. Todas sus órdenes se cumplían con rapidez; no había ocasión en que tuviera que repetirlas dos veces.

En toda la región, desde el Kusún hasta el golfo de Olga, Jan Bao era considerado como la persona de mayor prestigio. Los chinos y los tazás le solicitaban consejo y si en alguna parte hacía falta poner de acuerdo a dos enemigos irreconciliables, los chinos volvían a dirigirse a él. A menudo intercedía por los ofendidos, razón por la cual tenía muchos enemigos encubiertos. Alimentaba especial odio por los *honghuzis* y les había infundido tal miedo con sus persecuciones, que estos no se atrevían a aparecer más allá del río Iodzyje.

La banda con la que nosotros habíamos topado, había llegado al golfo de Plastún en barcas con la intención de dedicarse a saquear las gabarras que entraban allí cuando hacía mal tiempo.

Jan Bao me saludó con cortesía y dignidad. Al enterarse de que Dersú se había expuesto al ataque de los *honghuzis* la tarde anterior, comenzó a preguntarle en detalle dónde había ocurrido aquello y, además, trazó un plan con un palito en la arena.

Tras recabar la información, Jan Bao dijo tener que darse prisa y regresar al Sanjobe al cabo de dos o tres días. Después se despidió de mí y siguió avanzando con sus cazadores. Ya no nos teníamos que esconder de los chinos, por lo que nos dirigimos a la primera *fansá* que vimos para dormir allí.

Nos levantamos a mediodía, tomamos té y luego subimos por el valle del río Dongou, que en chino significa «barranco

oriental».

Las montañas de su margen izquierdo son escarpadas y las del derecho de suave pendiente y compuestas de porfidita de feldespato. Cerca de la desembocadura, junto al pie de las terrazas fluviales, pueden observarse relieves de granito microgranulado que, denudado, se transforma en arena gorda. Al principio, la senda discurre por la parte derecha del río. Luego, cerca de la roca Iantunlazá, cruza a la orilla izquierda, desde donde asciende hacia el puerto, que tiene una altura de 160 metros.

La vegetación en el valle del Dongou es bastante pobre. No se puede llamar bosque a un claro con robles, abedules negros, alerces y tilos con los que se hace leña y madera. No hay bosque joven por ninguna parte, los incendios lo destruyen de forma sistemática dos veces al año. Las laderas de las montañas que miran hacia el sur están cubiertas de arbustos, principalmente filipéndulas, sauquillos y lespedezas. El resto del terreno es pratense y pantanoso. El río tiene de cuatro a cinco metros de anchura, poco caudal y muchos rápidos. Algunos de ellos son muy bonitos; tienen aspecto de pequeñas cascadas.

Conseguimos llegar hasta el puerto solo en la segunda parte del día. Tras advertir que el agua del riachuelo comenzaba a secarse, nos desviamos un poco por un lado y acampamos cerca de la divisoria de aguas.

La leña seca crepitaba vivamente en la hoguera. Nos calentamos junto al fuego y compartimos las impresiones de la noche anterior.

Noté que Dersú se disponía a preguntarme algo, pero, por lo visto, se azoraba. Le ayudé a expresarse.

—Mía escuchó también hay *honghuzis* rusos. ¿Es verdad o no? —me preguntó, confundido.

—Es verdad —respondí—, solo que los *honghuzis* rusos van de uno en uno o de dos en dos, nunca se reúnen en bandas tan grandes como los chinos. El gobierno ruso no lo tolera.

Pensé que mis explicaciones habían satisfecho al gold, pero advertí que sus pensamientos estaban puestos en otra parte.

—¿Cómo es esto? —dijo, razonando en voz alta—. Hay zar, hay muchos capitanes, pero hay *honghuzis*. Los chinos también así: hay zar y hay *honghuzis*. ¿Cómo nuestra vive? No hay zar, no hay capitanes, no hay *honghuzis*.

Al principio la comparación me pareció extraña: zar y *honghuzis*. Pero al examinar el sentido de sus palabras, comprendí por donde iban sus pensamientos. Toda vez que tiene lugar la separación de la sociedad por estamentos, tiene que haber ricos y pobres, ociosos y trabajadores. Toda vez que los separan entre honestos y deshonestos, el elemento criminal queda separado, se asocia y forma una especie de casta especial, lo que en chino se llama *honghuzi*.

Nuestra conversación duró poco tiempo. El descanso matinal en la *fansá* había sido breve y el organismo exigía más horas de sueño. Tras echar al fuego leña húmeda para que ardiera durante más tiempo, nos tumbamos sobre la hierba y quedamos profundamente dormidos.

Cuando al día siguiente me levanté, el sol ya estaba en lo alto. Después de tomar té, agarramos los morrales y marchamos hacia el puerto. Allí la senda discurría un buen trecho por la cordillera, contorneando sus cumbres ora por una parte, ora por la otra. Por eso parece ascender y descender, como si atravesara varios estribos alpinos.

Ya desde el puerto (240 metros), vi un panorama bastante interesante. A nuestra izquierda se alzaba una gran montaña, el Juntami[427], con forma de cono apocopado. El Juntami

forma parte de la cordillera que separa la cuenca del Sanjobe de la del Iodzyje. Desde el mar parece tener dos jorobas. Probablemente, por esta razón en los mapas marítimos aparece como el Verbliudo[428].

Al este de donde nos hallábamos, se alzaban unos montes cubiertos de bosque ralo. Delante se extendía una gran depresión pantanosa cubierta de hierba de color pardo tirando a amarillo.

La senda descendía del puerto por un pequeño manantial y al poco atravesaba un riachuelo alpino, el Mulumbe (el Muli, en lengua oroch[429]), que va a dar al lago Juntami. Los chinos pronuncian este nombre a su manera y lo convierten en la palabra «mu-lu», que significa «ciervo hembra». Sin duda alguna, ahí también nos las estábamos viendo con una vieja laguna, cuyo proceso de desecación no había ni mucho menos finalizado. La turbera tenía toda la culpa; la había cubierto por arriba y había formado el pantano. Cerca del mar, todavía había agua en superficie. Se trataba del lago Blagodati (a 44º 47’ de latitud norte y 136º 24’ 20” de longitud este respecto al meridiano de Greenwich). Es probable que ahí se hallara el punto más profundo de la bahía.

Los pequeños arroyos que corren por las montañas, fluyen por estrechos barrancos y nutren de agua al pantano. Entre ellos se habían formado pequeños médanos cubiertos de alisos, abedules y tilos. Allá donde estaba un poco más seco, los cubría un bosque ralo de robles. La senda discurría por estos barrancos, pero luego torcía de manera muy pronunciada hacia el pantano. La distancia del Mulumbe al Kaimbe no es mayor de 6 kilómetros, aunque nosotros empleamos un día entero en hacer el trayecto; el pantano resultó ser de arenas movedizas. Probamos a ir de lado, junto a la senda, pero resultó aún peor. Al final, atravesamos el

pantano antes de que atardeciera. Delante, cerca del Kaimbe, divisamos una *fansá*, hacia la que encaminamos nuestros pasos.

El río Kaimbe (en lengua oroch el Kaia) viene indicado en los mapas como el Kaembe. Tiene el mismo tamaño que el Mulumbe, solo que va a dar inmediatamente al mar. Por su izquierda se extiende una terraza elevada y alargada, que el paso del tiempo ya ha deteriorado. Esta terraza es la antigua orilla de una laguna. Su pendiente mira al lago y sus bordes escarpados lo hacen al mar.

En la *fansá* vivían dos chinos. A su alrededor no se veían ni huertos, ni campos labrados. Sin embargo, el ojo de lince de Dersú vio un tronzador, hachas de mango largo, cestitas de líber y largos *kan*, que no se correspondían con el número de moradores de la *fansá*. Resultó que aquellos chinos se dedicaban a recolectar yesqueros y líquenes de las piedras. Los primeros pertenecen a la familia de los oreja de Judas[430] y se recogen exclusivamente de los robles. Son muy aromáticos y contienen mucha agua (98 por 100). Para su cultivo, los chinos derriban bastantes robles. Cuando el pesado árbol comienza a pudrirse, los hongos surgen en él. Por su aspecto, parecen corales blancos. Los chinos los llaman «mu-er». Los recolectan y los secan. Al principio al sol y luego en la *fansá*, sobre los *kan*, muy calientes.

Los líquenes de color verde oliva oscuro (llamados por los chinos «shihoi-pi»; es decir, piel de piedra) ennegrecen al secarse. Los recogen en rocas calizas y pizarrosas, y los envían a Vladivostok en cestas de mimbre como golosina.

Uno no puede dejar de sorprenderse por el carácter emprendedor de los chinos. Unos cazan ciervos, otros buscan ginseng, unos terceros cazan martas cebellinas, hay quien se dedica a extraer almizcle a las corzas… Aquí los ves

recolectando coles, allá pescando cangrejos o trepangs; en otra parte siembran amapola y sacan opio, etc. Si no es una *fansá*, es una nueva industria: pescando perlas, extrayendo algún aceite vegetal, *hanshin*[431], raíces de garbancillo y toda una lista imposible de acabar. Por todas partes saben hallar fuentes de enriquecimiento. La cuestión del trabajo pasa a un segundo plano; lo importante para ellos es que esa fuente sea inagotable. Nos fatigamos tanto ese día, que ya no avanzamos más y nos quedamos allí a pasar la noche.

En el interior de la *fansá* todo estaba limpio y aseado. Los hospitalarios chinos nos cedieron su sitio en el *kan* y, en general, procuraron por todos los medios servirnos. Afuera estaba oscuro y hacía frío. Desde el mar llegaba el ruido del oleaje, pero en la *fansá* se estaba cómodo y calentito…

Por la tarde, los chinos nos agasajaron con «piel de piedra». Aquellos mucosos líquenes de color pardo oscuro eran insípidos. Crujían al morderlos como si fueran visigas[432] y, si acaso, solo podían satisfacer el gusto gastronómico de los chinos.

Según ellos, solo quedaba una jornada de marcha para llegar al Sanjobe. Como deseábamos llegar allí antes de que cayera la noche, al día siguiente nos pusimos en camino muy temprano.

Desde aquella *fansá* de recolectores de hongos, la senda discurría por las montañas a lo largo de la costa, cortando por el camino cinco estribos alpinos compuestos de porfidita de cuarzo y cubiertos por un bosque ralo de robles, tilos y abedules negros.

Esta senda se considera dura tanto para los caballos como para los hombres que marchan a pie. Por la quinta y última quebrada, la senda tuerce al oeste y sube hasta el puerto, cuya

altura equivale a 350 metros. La ascensión desde la parte costera es abrupta, pero el descenso al Sanjobe es suave.

El panorama cambia una vez se deja atrás el puerto. En lugar de porfiditas, surgen granitos y en sustitución del bosque ralo de alerces aparece uno mixto de coníferas de excelente calidad. El pequeño riachuelo por el que la senda discurría nos condujo al Sianengou[433], que va a dar al Sanjobe cerca del mar.

La concesión forestal de Gliasser y Jromanski estuvo antes aquí. Esta empresa, como todas las empresas rusas apresuradas, estaba condenada a desaparecer. Se talaron muchos árboles, pero se exportaron pocos. La mayoría quedaron abandonados en la taiga. En cambio, ¡qué material tan inflamable quedó en el sitio para los incendios forestales!

Los chinos de la *fansá* de pescadores habían dicho la verdad; solo hacia la tarde llegamos al Sanjobe. La senda nos llevó directamente a una aldea china, en una de cuyas *fansás* ardía una lumbre. Oí la voz de N. A. Palchevski a través del fino papel de la ventana y vi su silueta. No me esperaba a una hora tan tardía. G. I. Granatman y A. I. Merzliakov se encontraban en la *fansá* vecina. Al enterarse de nuestra llegada, se acercaron corriendo. Comenzaron las preguntas recíprocas. Les conté lo que nos había pasado por el camino y ellos me hablaron de cómo habían estado trabajando en el Sanjobe. Aunque nuestra conversación era muy interesante, el cansancio se cobraba su cuota. N. A. Palchevski percibió tal circunstancia y empezó a prepararme la cama. Me tumbé sobre el *kan* y enseguida caí dormido.

Pasamos conversando la totalidad del día siguiente. El río Sanjobe era el punto extremo de nuestro viaje por la costa. Desde allí teníamos que marchar hacia la cordillera Sijoté-Alín y seguir hasta el Imán.

Reunidos en consejo, decidimos quedarnos en el Sanjobe todo el tiempo que fuera necesario para reponer fuerzas y pertrecharnos para la expedición invernal.

En vista de que se acercaba el invierno, el avituallamiento de los caballos se estaba haciendo muy complicado, por lo que ordené enviar a todos los animales de vuelta, hacia el golfo de Olga, junto con A. I. Merzliakov y parte del equipo. A consecuencia del total marchitamiento de la vegetación, N. A. Palchevski también expresó el deseo de volver a Vladivostok. Para ello decidió utilizar la goleta de Gliasser, que debía partir al cabo de dos días.

De esta forma, para la expedición de invierno a través de la cordillera Sijoté-Alín quedaron únicamente G. I. Granatman, Dersú, dos cosacos (Murzin y Kozhevnikov), el fusilero Bochkariov y yo.

El 25 de septiembre nos despedimos de N. A. Palchevski y al día siguiente fue A. I. Merzliakov el que partió.

Capítulo XXV

Incendio en el bosque

La bahía de Terney. Aves de la costa. La población del río Sanjobe. El río Sitsa. La taiga. La cordillera Sijoté-Alín. El Da-Lazagou. Estudio de unas huellas. Una espina. Absceso en la planta del pie. Un incendio forestal. Operación. Regreso. Dramas en la costa.

El día 27 lo dedicamos a examinar la bahía de Terney (el cabo Strashni[434], a 45º de latitud norte y 136º 44' 30" de longitud este respecto al meridiano de Greenwich), que fue descubierto por el célebre La Pérouse el 23 de junio en 1767 y bautizado entonces con ese nombre. Ahí también se veía con claridad que la bahía de Terney antes había penetrado de manera mucho más honda en el continente. La gran profundidad del río junto a la desembocadura, el vasto golfo que se replegaba a un lado y, finalmente, dos lagos entre los pantanos, indicaban donde antes se hallaron los puntos profundos de la bahía. El propio mar había colaborado lo suyo para separarse de la tierra firme. La lengua de tierra que se había acumulado debido al oleaje y que se extendía de un cabo a otro, había convertido el golfo en una laguna. Las dunas aquí se formaron después, aumentando de tamaño y sepultando los peñones costeros.

Siempre hay muchos pájaros cerca de estas lagunas. Unos estaban en la costa, otros preferían mantenerse en las ensenadas del río. Entre los primeros vi unos playeros

comunes[435]. A juzgar por la hora, se trataba probablemente de pájaros rezagados. Por el mismo sitio volaban también unas gaviotas, posándose a menudo sobre el agua y volviendo a remontar el vuelo.

En las ensenadas hondas se podían distinguir grandes cormoranes, que una y otra vez se zambullían en el agua y no había manera de que pudieran llenar su voraz panza.

La vegetación en la parte inferior del valle del Sanjobe está marchita y es enana. A la derecha, por los pantanos, crecen alerces en pequeños grupos. Al parecer, el Sanjobe es la frontera natural de la *Maackia amurensis*. O, al menos, aquí se da ya como una rareza.

La población en el Sanjobe es mixta y está compuesta de chinos y tazás. Los primeros viven cerca del mar y los segundos más lejos, en las montañas. Hay 38 *fansás* chinas y en ellas se cuentan 233 personas. Los chinos del lugar están tan convencidos de que esta tierra les pertenece, que miran a los rusos como si fueran forasteros. Hay 14 *fansás* tazás, en las que viven 72 hombres, 54 mujeres y 89 niños de ambos sexos.

La situación de los tazás locales es muy difícil. Tienen aspecto de estar totalmente atemorizados y oprimidos. Me dispuse a preguntarles, pero se asustaron por algo, susurraron entre sí y, mediante un pretexto, se alejaron. Era evidente que tenían miedo a los chinos.

Los tazás del Sanjobe casi no se diferencian en nada de aquellos que viven en el río Tadushu. Visten igual, hablan en chino y se dedican al cultivo de cereales. Pero cerca de cada *fansá* hay un granero sobre unos pilotes, donde guardan distintos bártulos. Este granero es la típica construcción tazá. Además, observé que los viejos llevaban unos cuchillos curvados, que manejan con gran maestría e intercambian por lezna, barrenas, cinceles y lijas. Según cuentan ellos, la viruela

había causado estragos en el Sanjobe treinta años atrás. No hubo ni una sola *fansá* que esta terrible enfermedad no visitara. Los chinos temían enterrar a los muertos y les prendían fuego en hogueras, tras sacar los cadáveres de las *fansás* con ganchos. Hubo casos en que, junto con los difuntos, quemaron también a enfermos que habían perdido el conocimiento.

Ese día, por la tarde, regresó Jan Bao. Nos comunicó que había sorprendido a los *honghuzis* en el golfo de Plastún. Tras el tiroteo con Dersú, se habían ido mar adentro en una chalana, por lo visto con dirección al sur.

Los siguientes tres días, del 28 al 30 de septiembre, permanecí sin salir, trazando rutas y haciendo anotaciones en los diarios de viaje. También escribí una carta. Los cosacos mataron un ciervo siberiano y secaron la carne, mientras Bochkariov preparaba el calzado de invierno. No quise distraerles de sus quehaceres, por lo que no me los llevé de excursión para examinar los alrededores.

El río Sanjobe (en los mapas el Sachenbeia, en udejey el Sanke) se compone de dos ríos de igual tamaño: el Sitsa (en chino el «afluente occidental») y el Duntsa («afluente oriental»). Basándome en los datos obtenidos mediante preguntas, mi camino al Imán lo tracé por el Duntsa. Por eso, mientras hubiera tiempo, decidí entonces examinar el Sitsa. Empleé exactamente siete jornadas para esa tarea.

El 1 de octubre Dersú y yo, con el morral echado al hombro, partimos desde nuestro «cuartel general».

La confluencia del Sitsa y el Duntsa tiene lugar a 10 kilómetros del mar. Allí el valle del Sanjobe se bifurca; una parte va al norte (el Duntsa) y la otra al oeste (el Sitsa). La vista al valle del Sitsa desde el mar es muy hermosa. Las altas montañas, con cumbres afiladas y formas caprichosas,

parecen majestuosas. Posteriormente las vi en varias ocasiones más y siempre me producían una impresión de especial y salvaje belleza.

La roca Da-lazá se halla a mitad de camino desde el mar, en el lugar de la confluencia del Sitsa y el Duntsa, a la izquierda. Cuentan que, en una ocasión, un viejo chino encontró junto a ella ginseng de grandes dimensiones. Cuando llevaron las raíces a la *fansá*, tuvo lugar un terremoto y toda la gente escuchó como la roca Da-lazá gemía por la noche.

Según los chinos, el Sanjobe, en la costa, es el límite septentrional hasta donde crece el ginseng. Más al norte, nadie lo ha visto.

El río Sitsa fluye en dirección sudoccidental. Toma su curso en la cordillera Sijoté-Alín (en un puerto sobre el Imán) y solo recibe dos afluentes. Uno de ellos, el Nantsa[436], tiene una longitud de 20 kilómetros y se halla a la derecha, junto con el puerto sobre el Iodzyje. Desde sus fuentes, el Nantsa primero fluye hacia el norte, luego hacia el noreste y después al noroeste. En general, si se mira al valle por arriba, la verdad es que parece desplazarse hacia el sur.

Un formidable bosque de coníferas cubre el valle del Sitsa. La peculiaridad de este valle consiste en sus enormes terrazas. En las denudaciones se ve que estas terrazas formadas por aluvión se componen de arcilla, limo y piedras angulosas del tamaño de una cabeza de caballo. Hubo un tiempo en el que unas fuerzas crearon estas terrazas. Luego, de sopetón, llegó la calma y las terrazas comenzaron a cubrirse de bosque, que ahora tiene más de doscientos años.

La parte inferior del valle del Sitsa se presenta en forma de grandes hondonadas orladas por altas montañas. Allí crecen bosques excepcionales, entre los que se cuentan muchos cedros. Cerca del río, el bosque fue talado por la empresa

concesionaria de Jromanski, aunque solo una cuarta parte ha sido sacada de allí. El resto se abandonó en el mismo sitio. En su caída, estos gigantes forestales rompieron otros muchos árboles que no estaba previsto talar. En definitiva, aquí hay más bosque seco deteriorado que vivo. Resulta muy difícil caminar por un bosque así. Una vez probamos a desviarnos a un lado de la senda y, tras avanzar unos pasos, fuimos a dar a un lugar tan lleno de troncos derribados, que apenas pudimos salir de allí y dar media vuelta. La superficie de este bosque talado ocupa cerca de 15 kilómetros cuadrados. La senda discurre casi por en medio. Para tenderla, probablemente hubo que dedicar muchos esfuerzos y estropear muchas sierras y hachas. Al día siguiente fuimos río Sitsa arriba. Cuanto más avanzábamos, más tupida era la taiga. La mano destructora de los madereros aún no había tocado aquel bosque virgen. Aparte de cedros, álamos, abetos, alcornoques, píceas y avellanos, allí crecían: fresnos chinos[437] (un hermoso árbol de corteza gris y hojas ovaladas y picudas), celindas de espigas[438] (un pequeño arbusto de frutitos negros) y mimbreras blancas (muy extendidas por todo el territorio del Ussuri y que normalmente crecen por los bancos de arena y guijarrales junto a los ríos). La asociación de plantas por las orillas de los ramales se componía de alisos verdes, con marcadas hebras en sus hojas grandes; espino chino, que tiene la corteza gris, hojas cuneiformes y escasas espinas; serbal siberiano[439], con hojas de matiz verde oscuro y grandes frutos de color rojo brillante; madreselva azul, fácilmente reconocible por su corteza parda, hojas pequeñas y frutos alargados de color azul oscuro de tono mate; y, finalmente, la *Menispermum danurieum*, que trepa cerca de otros arbustos.

A medida que desaparecían los rastros humanos, nos encontrábamos más y más huellas de animales. Tigres, linces,

osos, glotones[440], ciervos, ciervos siberianos, corzas y jabalíes son permanentes moradores de la taiga local.

El río Sitsa es correntoso y está llenos de rápidos, unos rápidos que no se parecen a los de otros ríos del territorio del Ussuri. Se trata más bien de cascadas ruidosas y espumosas. El caudal del río tiene de media cerca de diez metros y la velocidad de su corriente alcanza los 8 kilómetros por hora en aguas tranquilas. Sus fuentes tienen el aspecto de un arroyo grande al que van a dar muchos otros pequeños, que bajan de las montañas por cortas quebradas.

Una vez ascendimos a la cordillera Sijoté-Alín, vi, como era de esperar, una suave pendiente que daba al oeste y otra más escarpada que miraba hacia el este. En la vegetación también se observaba una diferencia muy marcada. En la parte occidental crecía un bosque de coníferas, mientras que en la oriental lo hacía uno mixto, el cual, río abajo, muy pronto quedaba sustituido por un bosque de frondosas.

Pasada la línea divisoria de aguas, hallamos un arroyo que nos llevó al Danantsa, que va a dar al Kulumbe (afluente superior del Imán). Tras recorrer por él unos 10 kilómetros, doblamos al este y de nuevo escalamos la cordillera Sijoté-Alín, para luego descender al Da-lazagou (afluente del Sitsa). Es un nombre chino cuya traducción significa «barranco de grandes rocas».

En el aspecto geológico, el valle del Da-lazagou es un valle denudado. Si se va desde las fuentes hacia la desembocadura, los minerales se disponen con el siguiente orden: esquistos arcillosos recubiertos de limonita, luego granitos grises y porfidita de cuarzo. En el curso medio de la corriente se dan afanitas de diabasa con desagregación irregular de gleba y pedregales de porfidita de cuarzo y toba.

Los rápidos del Sitsa están compuestos así: el superior, de esquistos arenosos; y el inferior, de micropegmatita (granofiro) con metamorfosis de colores amarillo y herrumbroso.

Dersú caminaba en silencio, mirando todo con indiferencia. Yo estaba arrobado con los paisajes. Mientras, él examinó una rama rota a la altura de la muñeca. Averiguó la dirección por la que marchaba un hombre, atendiendo al punto por donde la ramita había sido doblada. Determinó el tiempo de lo ocurrido por la frescura de la rotura. También averiguó el tipo de calzado y otras cosas. Cada vez que yo no comprendía alguna cosa o le expresaba una duda, me decía:

—¿Cómo tú, tantos años por cerros va, comprende nada?

Lo que para mí era incomprensible, a él le parecía sencillo y claro. A veces detectaba huellas allá donde, aun con todas mis ganas de notar algo, yo no veía nada. Y él vio que por allí habían pasado una vieja hembra de ciervo siberiano y su cervatillo añojo… Estaban deshojando una filipéndula. Luego, asustados por algo, habían salido corriendo a toda mecha.

Nada de esto lo hacía por ostentación, pues nos conocíamos demasiado bien. Sencillamente, lo hacía por su arraigada costumbre, de muchos años, de no omitir ninguna minucia y de tratar todo con atención. Si no se hubiera dedicado al estudio de las huellas desde la infancia, habría muerto de hambre. Cuando yo omitía algún rastro claro, Dersú se burlaba de mí, meciendo la cabeza y diciendo:

—¡Mmm! Igualmente un niño. Así va, mece cabeza. Hay ojos, no puedo mirar, comprende nada. Seguro, la gente vive en ciudad. Al ciervo no hay que buscar. Quiero comer, compra. Solo en cerro no puedo vivir, pronto muere.

Sí, tenía razón. Mil peligros esperan al viajero solitario en la taiga. Solo aquel que entienda de huellas, puede confiar en que su trayecto llegue a buen fin.

Por el camino pisé un arbusto espinoso. Una afilada afilada atravesó mi calzado y se me clavó en el pie. Me descalcé rápidamente y extraje el rancajo, pero puede que no del todo. Es probable que la punta quedara en la herida, pues al día siguiente el pie me empezó a doler. Le pedí a Dersú que me volviera a examinar la herida, pero esta ya se había hinchado por los bordes. Aquel día caminé, pero por la noche el pie me dolió mucho. No pude pegar ojo hasta el amanecer. A la mañana siguiente, quedó claro que se me había formado un gran absceso en el pie.

La escasez de comestibles obligaba a seguir adelante.

Ya no teníamos pan y nos alimentábamos solo de lo que cazábamos. En el vivac teníamos materiales de vendaje y medicamentos. En la taiga puede sorprenderte un temporal y no sabíamos cuánto tiempo permanecería tumbado e inmóvil. Por eso, por muy doloroso que fuera, decidí continuar. Solo pisaba con firmeza con el pie derecho; el izquierdo lo arrastraba. Dersú cogió mi morral y mi fusil. Me sostuvo en las cuestas cerca de los barrancos y trató por todos los medios de aliviar mi sufrimiento.

Con gran trabajo, aquel día recorrimos solo 8 kilómetros. Para llegar al vivac aún faltaban 24.

Por la noche, el pie me dolió horrores. La hinchazón se había extendido por toda la planta. ¿Lograría arrastrarme al menos hasta la primera *fansá* tazá? Por lo visto, este pensamiento también intranquilizaba a Dersú, que a menudo miraba al cielo. Pensé que estaba mirando si habría lluvia, pero sus temores eran de otra índole. Por el cielo se extendía una especie de bruma, que se espesaba más y más. La luna

apenas acababa de salir, pero su disco no era tan luminoso como es habitual, sino que parecía rojizo y pálido. Había momentos en que no se la veía en absoluto. Finalmente, llegó un resplandor de detrás de las montañas.

—Mucho gran humo —dijo mi compañero de viaje.

Al poco de clarear, ya estábamos en pie, pues, de todos modos, no podía dormir. Y mientras hubiera la menor posibilidad, había que marchar. Nunca olvidaré aquel día. Caminaba y, cada cien pasos, me sentaba en el suelo. Descosí el calzado para que no me hiciera presión en el pie. Pronto llegamos al punto donde el Da-lazagou va a dar al Sitsa. Entonces entramos en un bosque abarrotado de troncos caídos. El humo envolvía todo por doquier; no se podían ver los árboles a cincuenta pasos de distancia.

—¡Capitán! Hay que darse prisa —dijo Dersú—. Mía tiene un poquito miedo. ¡La hierba no arde, el bosque arde!

Hice acopio de las últimas fuerzas y seguí arrastrándome. Allá donde había una pequeña subida, me arrastraba de rodillas. Cada raíz, piña de abeto, piedrecita o ramita que cayera bajo mi dolorido pie, me obligaba a lanzar un grito y a tumbarme sobre la tierra.

Cada vez era más difícil caminar por el humo. La garganta nos empezaba a picar. Estaba claro que no nos daría tiempo a atravesar el bosque atascado de troncos que, tras secarse al sol y al viento, eran ahora una enorme hoguera.

Se sabe que cuando una gran llama prende, se forma un torbellino.

El acostumbrado oído del gold captó el ruido de aquel torbellino. Había que cruzar a la otra parte del río, era nuestra única salvación. Pero para ello debíamos antes cruzar el Da-lazagou, teníamos que mantenernos de pie, bien firmes, algo que para mí en ese momento resultaba inconcebible. ¿Qué

hacer? De pronto, Dersú, sin decir palabra, me agarró del brazo y me ayudó a pasar el río con rapidez. Los guijarros ocupaban allí una ancha franja. Me dejó caer a tierra en cuanto salimos del agua y enseguida corrió de vuelta por los fusiles. El lugar se llenó entonces de humo. No se veía nada. Cuando volví en sí, Dersú yacía a mi lado, sobre unas piedras. Ambos estábamos cubiertos por el toldo mojado de la tienda. Las chispas caían, chisporroteando. El espeso humo de los abetos en llamas no permitía respirar.

Era la primera vez en mi vida que veía un incendio forestal tan espantoso.

Los enormes cedros, envueltos en llamas, ardían como antorchas. Abajo, junto al suelo, había un mar de fuego. Allí todo ardía: la hierba seca, las hojas caídas y la frasca. Se oía cómo reventaban y gemían los árboles vivos por el calor. Un humo amarillo ascendía con velocidad a grandes fumaradas. Por la tierra corrían olas ígneas; lenguas de fuego que batían los tocones por sus bordes y lamían las piedras incandescentes.

De repente, el viento cambió y el humo marchó a otra parte. Dersú se incorporó y me dio con el codo. Yo ya iba a probar a caminar por el guijarral, pero enseguida me di cuenta de que aquello era superior a mis fuerzas. Solo podía yacer y gemir.

Dado que al caminar me apoyaba más en el talón, este también se me cargó. La otra pierna estaba fatigada y también me dolía la rodilla. Tras convencernos de que no podía seguir avanzando, Dersú plantó la tienda, amontonó leña y me comunicó que iba a ver a los chinos, a pedirles un caballo. Era la única forma de salir de la taiga. Dersú se marchó y yo me quedé solo.

Las llamas seguían desenfrenadas al otro lado del río. Por el cielo, junto con el humo, volaban nubes de chispas. El fuego no hacía más que avanzar. Algunos árboles ardían con rapidez, otros lo hacían más lentamente. Vi cómo un jabalí cruzaba el río, luego pasó a nado una gran serpiente ratonera. De un árbol a otro, como loco, iba un pico negro. Con mis gemidos, hice coro con un cascanueces moteado que graznaba sin cesar. Finalmente, empezó a anochecer.

Comprendí que Dersú no llegaría esa tarde. Mi pie dolorido se había hinchado mucho. Me descalcé y palpé el absceso. Estaba lleno de pus, pero la piel de la planta del pie, por estar encallecida a causa de la larga caminata, no se había desgarrado. Me acordé de que llevaba un cortaplumas y comencé a sacarle filo contra una piedra. Después de añadir un poco más de leña al fuego, aguardé a que prendiera como es debido y sajé el absceso. Se me nublaron los ojos del dolor. De la herida manó sangre negra y una espesa masa purulenta. Con terrible esfuerzo me acerqué a rastras hasta el río, me arranqué una manga de la camisa y empecé a lavar la herida. Después me vendé el pie y regresé a la hoguera. Al cabo de una hora, me sentí aliviado; el pie aún me dolía, pero ya no tanto como antes.

En la parte adonde se dirigía el fuego, se divisaba un resplandor rojizo. En muchos puntos del bosque fulguraban luces. Era la frasca, que se extinguía. Permanecí un buen rato en la tienda, pasando la mano de vez en cuando por el pie herido. Las llamas de la hoguera me hicieron entrar en calor y quedé amodorrado. Cuando me desperté, vi junto a mí a Dersú y a un chino. Me habían tapado con una manta. Había té preparándose en la hoguera y, en el otro lado, un caballo ensillado. El dolor en el pie había remitido y la hinchazón comenzaba a bajar. Calenté agua y lavé de nuevo la herida. Luego tomé té, comí un poco de pan ázimo chino y me vestí.

Dersú y el chino me ayudaron a montarme en el caballo y nos pusimos en camino.

Durante la noche el incendio forestal se había alejado mucho, pero en el aire todavía quedaba humo.

Llegamos al Sanjobe pasado el mediodía. G. I. Granatman no estaba allí. Se había marchado a explorar y solo estuvo de vuelta dos días después.

Tuve que permanecer quieto hasta que la herida cicatrizó como es debido. Al cabo de tres días ya podía caminar y una semana después ya estaba completamente restablecido. Jan Bao me visitó en varias ocasiones. Por él me enteré de muchas cosas interesantes. Me contó cómo unos años atrás, cerca de la bahía de Terney, había naufragado el vapor *Viking*; me enteré de cómo en 1905 los japoneses habían matado a su ayudante Liu Pul y cómo él se había vengado; también me relató cosas sobre un grupo de convictos que en 1906 había desembarcado en el continente cerca del cabo de Olimpiada. Su camino por la costa se vio acompañado de robos y asesinatos. Jan Bao y sus cazadores les dieron alcance cerca del lago Blagodati y mataron a todos… Y fueron muchas más las cosas de las que me enteré por él. Todo eran dramas espantosos y sangrientos.

Observando a los chinos, me convencí del grado de popularidad del que disfrutaba Jan Bao entre ellos. Sus palabras se transmitían de boca en boca. Todo lo que ordenaba, se cumplía de buena gana y sin dilación. Muchos iban a verle para pedir consejo y, al parecer, no había ningún asunto, por embrollado que fuese, que él no pudiera solucionar y hallar a los culpables. También los había descontentos. A menudo se trataba de personas con pasado delictivo. Pero Jan Bao sabía frenar sus pasiones.

Enviaba siempre exploradores bien al río Iodzyje, bien a la costa o hacia el norte, siguiendo la senda. Por la tarde efectuaba informes con los datos de esas exploraciones y me los comunicaba a diario. Jan Bao llevaba una gran correspondencia. Casi todos los días acudía a verle un correo especial y le entregaba cartas.

Durante todos esos días, Dersú estuvo desaparecido en algún sitio con los tazás. Encontró entre ellos a un viejo que había vivido en el río Ulaje y a quien ya conoció en sus años jóvenes. Le dio tiempo a entablar conocimiento con todos y ser un huésped esperado en todas partes.

A falta de dos días para mi partida, Jan Bao vino a despedirse. Asuntos inaplazables requerían su presencia personal en el río Takema. Dispuso asignarme dos chinos, quienes debían conducirnos hasta la cordillera Sijoté-Alín, regresar por otra ruta e informarle de lo que vieran por el camino.

El 15 de octubre fue el último día de nuestros preparativos. Horneamos unas tortas de harina y secamos carne. Previmos todo y tampoco nos olvidamos de coger hierba seca para el calzado.

Capítulo XXVI

Travesía de invierno

La partida. Envenenamiento. Un antídoto. El río Duntsa. Pájaros y fieras limpian de peces las fuentes del río. Un lugar maldito. Indicios de mal tiempo. Ventisca. El puerto del Terpenie[441].

El día 16 no pudimos ponernos en marcha; los guías chinos se demoraron y se presentaron al día siguiente, a media mañana. Los tazás nos acompañaban de una *fansá* a otra, pidiéndonos que pasáramos aunque fuera un momento. A Dersú le llovían los saludos; mujeres y niños se despedían agitando las manos. Él les respondía de la misma forma. Y así, de *fansá* en *fansá* y con retrasos permanentes, llegamos por fin hasta la última morada tazá, lo cual, francamente, me alegró bastante. Más adelante, la senda cruzaba el río y se alejaba por la orilla izquierda otros 2,5 kilómetros, para luego empezar a ascender al puerto.

En su curso bajo, el Duntsa[442] fluye en dirección meridional hasta su encuentro con el Sitsa, donde efectúa un bucle y dobla un pequeño estribo alpino, cuyas pendientes hacia el Sanjobe son suaves y las que dan al Duntsa, empinadas. Teníamos que atravesar justo ese estribo.

El crepúsculo se acercaba, por lo que acampamos enseguida, nada más bajar al agua.

Por el día me sentí indispuesto; me dolía mucho el vientre. El guía chino me propuso tomar una medicina compuesta de

una mezcla de ginseng, opio, cornamentas de ciervo y espuma de grasa de huesos de oso. Suponiendo que el opio mitigaría el dolor, convení en tomar unas gotas de aquel brebaje, pero el chino empezó a convencerme de que tomara una cucharada entera. Dijo que en la mezcla había poco opio, que los componentes de la tisana eran muchos más. Al estar acostumbrado al opio, puede que él calculara la dosis para sí mismo. Pero para mí una pequeña dosis ya era muy grande.

Efectivamente, al poco de tomar la medicina, el dolor de vientre comenzó a remitir, pero, al mismo tiempo, una especie de debilidad se extendió por todo mi cuerpo. Me tumbé junto al fuego y me sumí en un sueño profundo, similar a un desfallecimiento. Volví en sí al cabo de media hora y quise ponerme de pie, pero no pude. Me encontraba en un estado extraño; había perdido todos los sentidos y no veía nada, no oía nada y no palpaba nada. Hice un esfuerzo sobrehumano y levanté la mano. Me la llevé al rostro y me asusté. Me pareció que aquellas no eran mis manos, sino las de otro; era como si no estuviera tocando mi cara, sino una máscara. El terror se apoderó de mí. Tras una terrible lucha interior, me eché a un lado, me puse de pie y caí enseguida al suelo. Empecé a vomitar con fuerza. Por suerte, Dersú aún no se había dormido y me trajo agua. Di unos cuantos sorbos y comencé a recobrar el conocimiento. La cabeza me daba tantas vueltas, que no podía fijar la vista en ningún objeto. Comprendí que me había envenenado. Bebí agua varias veces en gran cantidad y varias veces me provoqué el vómito, lo cual me salvó. Aguanté de esta manera hasta la mañana. Cuando amaneció, Dersú corrió al bosque y trajo unas hierbas. Me ordenó masticarlas y tragar su jugo.

La planta resultó ser un polígono anfibio[443], que los nativos también toman para curar la disentería.

Por fin comencé a volver un poco en sí. El mareo y el dolor de cabeza habían desaparecido, en cambio habían surgido la debilidad y mucha sed.

El Sanjobe fluye por un típico valle de ruptura; en algunos sitios se ensancha y en otros se estrecha lo justo para dejar pasar solo al río. Sus puntos más anchos se hallan donde los afluentes desembocan. De todos ellos, el más grande es el Fatú, que fluye desde el norte a lo largo de la costa.

Por el Duntsa crece el mismo buen bosque que por el Sitsa. Por la parte izquierda, en las montañas predominan las especies foliáceas y por la derecha las coníferas.

La senda discurría por la margen izquierda del río, unas veces aproximándose a él, otras alejándose unos doscientos metros. En un punto, el río se pega de lleno a las montañas, cubiertas de pedregales que lentamente se deslizan hacia abajo, provocando la caída desde arriba de pequeñas piedras. Allí le han puesto un templo pagano al dios Shan-Sinié, que custodia las montañas. Nuestros acompañantes chinos no se olvidaron de rezar, sin turbarse en absoluto por nuestra presencia.

Más adelante, la senda se adentra por una quemada, que se extiende hasta el Fatú. Después vuelve a haber pedregales y, frente a ellos, terrazas fluviales que ocupan a la derecha del río un espacio bastante grande.

Un pequeño río, sin nombre, va a dar al Sanjobe unos 7 kilómetros más abajo. Siguiéndolo se puede llegar hasta las fuentes del Bilimbé, que desemboca en el mar más al norte de la bahía de Terney. Un poco más arriba de la desembocadura de este riachuelo anónimo, el Duntsa toma otro afluente más, al que los chinos llaman Siaotsa. Allí las sendas divergían: una ascendía por el Duntsa y la otra torcía a la izquierda.

A causa de mi afección, no podía caminar deprisa. Me paraba a menudo, me sentaba en el suelo y descansaba.

Dersú y dos fusileros fueron a examinar el Sitsá. Sus fuentes se juntan con las de un arroyo alpino que va a dar al Sitsa en su curso medio. Un tupido bosque de coníferas cubre el puerto, cuya pendiente media es igual tanto en la subida como en la bajada. Encontraron una *fansá* de ganaderos a unos 3 kilómetros del Duntsa. Sus dueños estaban ausentes.

Al atardecer estaba casi restablecido, pero no podía comer; las náuseas seguían impidiéndomelo. Así que decidí acostarme un poco antes con la esperanza de que el día siguiente me trajera la curación completa.

Me desperté a medianoche. Uno de los guías chinos estaba sentado junto al fuego, montando guardia. La noche era tranquila, de luna. Miré al cielo y me pareció un tanto extraño; estaba achatado, como si hubiera descendido a la tierra. La luna tenía alrededor una mancha mate y un gran halo irisado. Las estrellas también presentaban esas manchas. «Seguramente helará bastante al amanecer» —pensé. Luego me envolví en mi manta, me estreché contra un cosaco que dormía al lado y volví a sumirme en un profundo sueño.

Por la mañana me despertó una lluvia menuda y copiosa. Mi malestar había terminado y me sentía totalmente restablecido. Sin demorarnos ni un instante, preparamos los morrales y abandonamos el lugar del vivac.

A partir de la desembocadura del Siaotsa, el valle del Duntsa empezaba a estrecharse de manera notoria. A ambos lados se alzaban montañas cubiertas de pedregales, desde los cuales muchas rocas sobresalen cara al valle. El sendero se pega en este punto a la elevada cornisa, mientras que el camino de herradura vadea el río en varias ocasiones. Evitando la garganta, los caminos vuelven a juntarse. Un poco

más adelante, el Duntsa se bifurca: el valle de uno de los ríos discurre en línea recta y el propio Duntsa tuerce a la izquierda. Nuestra senda se bifurcaba de nuevo en ese lugar. Una iba al Duntsa y la otra, según nuestros acompañantes chinos, lo hacía al Armú (afluente del Imán).

La lluvia se intensificó después del mediodía y tuvimos que acampar temprano.

Aún quedaba mucho tiempo para el atardecer, por lo que Dersú y yo cogimos nuestras carabinas y nos fuimos a explorar. En otoño, durante el mal tiempo, el bosque tiene un aspecto especialmente triste. Los troncos pelados de los árboles envueltos por la niebla fría, la hierba que amarillea, las hojas caídas en el suelo y los helechos marchitos, ya oscurecidos, indicaban que había llegado el crepúsculo del año. El invierno se acercaba.

De repente, se oyó un extraño ruido a un lado. Dejamos la senda y fuimos a la orilla del río. Ante nuestros ojos se presentó un interesante panorama; el río estaba literalmente obstruido de peces. Eran salmones *keta*. En algunos puntos, debido a los peces muertos, se habían formado auténticos atascos. Miles de ellos se agolpaban en las ensenadas y los ramales. En aquel momento tenían un aspecto repulsivo. Sus aletas estaban deshechas y tenían todo el cuerpo lleno de heridas. En su mayor parte, los peces estaban muertos, pero algunos de ellos aún no habían agotado la capacidad de moverse y seguían afanándose por ir hacia arriba, a contracorriente, como si confiaran poder librarse allí de sus sufrimientos.

Para retirar los peces, la naturaleza se preocupó de enviar a sanitarios en la figura de osos, jabalíes, zorros, tejones, perros mapaches, cuervos, carracas[444], arrendajos, etc. Los pájaros se alimentaban en primer lugar de salmones *keta* muertos,

mientras que los cuadrúpedos procuraban atrapar peces vivos. Habían formado como sendas enteras a largo del río. En un sitio vimos a un oso. Estaba sentado sobre un banco de guijarros y trataba de capturar peces con sus zarpas.

El oso pardo y su pariente el oso de Kamchatka[445] se comen la cabeza del pez, aunque tiran su carne. Pero los osos de pecho blanco hacen lo contrario; comen la carne y dejan la cabeza.

En otro lugar, dos jabalíes se estaban dando un festín de pescado. Solo se comían la cola. Tras avanzar unos pasos, vi a un zorro. Surgió de entre la maleza y atrapó una pieza, pero, por precaución, no se la comió en el sitio, sino que se la llevó a unos arbustos, arrastrándola.

Allí, sobre todo, había aves. Las águilas estaban posadas cerca del agua y, sin prisa, como siendo conscientes de su superioridad, picoteaban perezosas los restos de la comilona de los osos. Ante todo había muchos cuervos. Destacaban poderosamente sobre el banco claro de piedras por su plumaje negro. Se movían a saltitos y daban especial preferencia a aquellos peces que ya estaban comenzando a descomponerse. Los arrendajos iban y venían por los arbustos, riñendo con todos los pájaros y piando de manera penetrante.

El agua de los ramales ya estaba empezando a congelarse en algunos puntos. Los peces que hubieran quedado aprisionados en el hielo, deberían permanecer allí todo el invierno. En primavera, tan pronto como el sol caliente la tierra, serán arrojados junto con el hielo al mar, donde los animales marinos ya se ocuparán de su eliminación.

¡Qué vorágine! ¡Qué razonable es todo esto, nada se desperdicia! Incluso en las profundidades de la taiga hay quien se ocupa de limpiar la carroña.

—Un gente come otra gente —dijo Dersú, pronunciando en voz alta sus pensamientos—. El pez come algo, luego el jabalí come el pez, ahora nuestra hay que comer el jabalí.

Diciendo estas palabras, apuntó y disparó a uno de los cerdos. El animal, herido de muerte, pegó un salto dando un rugido. Iba ya a salir corriendo al bosque, pero en ese instante hincó el hocico en el suelo y comenzó a revolcarse. Los pájaros, asustados por el disparo, levantaron el vuelo entre graznidos y, a su vez, asustaron a un pez que, como loco, había empezado a moverse de un lado a otro del ramal.

Regresamos al vivac hacia el atardecer. Había dejado de llover y el cielo estaba despejado. Apareció la luna. En ella se veían con claridad sus manchas oscuras y blancas. Es decir, el aire estaba limpio y diáfano.

Nos echamos a dormir pronto y al día siguiente nos levantamos temprano. Cuando los rayos del sol comenzaban a dorar las cumbres de las montañas, nosotros ya habíamos tenido tiempo de alejarnos del vivac unos 3 o 4 kilómetros. El Duntsa viró entonces abruptamente al oeste, pero luego comenzó de nuevo a declinar hacia el norte. Justo en el recodo, a la izquierda, una elevada roca, coronada por una afilada cresta de formas caprichosas, se metía en el valle. Unas peñas se asemejaban a personas, otras a pájaros, unas terceras a animales, etcétera.

Los guías chinos dijeron que allí siempre ocurrían desgracias a la gente: alguien se rompía una pierna, otro moría, etc. Como confirmación a sus palabras, nos indicaron las tumbas de dos desdichados a quienes la fatalidad les persiguió en aquel lugar. Sin embargo, a nosotros no nos ocurrió nada y pasamos felizmente junto a las rocas Prokliatie[446].

Más adelante entramos en una zona de espeso bosque de coníferas mixto. En invierno, las espinas de las aralias se vuelven frágiles; si agarras una con la mano, de inmediato acumulas un montón de rancajos. Mal asunto que se te claven en la piel verticalmente y que se desmenucen al extraerlos.

Hacia el mediodía llegamos a una pequeña *fansá* de ganaderos situada junto a la confluencia de tres arroyos alpinos. Nuestro camino discurría por el de en medio.

Por la tarde medí la altitud del lugar. El barómetro indicaba 620 metros sobre el nivel del mar.

Durante todos aquellos días había hecho buen tiempo, apacible. Hizo tanto calor, que íbamos en mangas de camisa y solo nos abrigábamos un poco cuando caía la tarde. Yo estaba entusiasmado con el tiempo, pero Dersú no estaba de acuerdo conmigo.

—Capitán —dijo—, mira cómo los pájaros comen con prisa. Él sabe bien que será malo.

El barómetro señalaba cifras elevadas. Me burlé del gold, pero él no hizo sino discrepar:

—El pájaro comprende ahora, mía comprende después.

Desde la citada *fansá* hasta el puerto a través de la cordillera Sijoté-Alín habría unos 8 kilómetros. Pese a que los morrales ya se estaban dejando sentir, marchábamos con buen ánimo y rara vez hacíamos un alto. A eso de las cuatro de la tarde llegamos a la Sijoté-Alín. Solo quedaba subir a su cresta. Quise seguir, pero Dersú me contuvo, agarrándome del brazo.

—Espera, capitán —dijo—. Mía piensa, aquí hay que dormir.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Por la mañana los pájaros comieron con prisa. Ahora mira tú mismo, no hay ninguno.

En efecto, antes de la puesta de sol los pájaros siempre manifiestan especial viveza, pero, en ese momento, en el bosque reinaba un silencio sepulcral. Como si les hubieran dado una orden, se habían escondido todos de golpe en algún sitio.

Dersú me aconsejó plantar la tienda con mayor firmeza y, lo principal, preparar cuanto antes más leña. No solo para la noche, sino también para todo el día siguiente. No discutí con él más y fui al bosque por leña. Al cabo de un par de horas empezó a oscurecer. Los fusileros amontonaron una gran cantidad de leña, me pareció que más de la necesaria, pero el gold no se quedó tranquilo y escuché cómo dijo a los chinos:

—*Lotsá*[447] comprende nada, nuestra mismos tiene que trabajar.

Se pusieron otra vez en faena. Entonces les envié a los dos cosacos para que les ayudaran. Y solo cuando en el cielo se apagaron los últimos destellos del crepúsculo vespertino, cesamos de trabajar.

Salió la luna. La noche clara miraba desde el cielo a la tierra. La luz lunar penetró en la profundidad del oscuro bosque y cayó sobre la hierba seca formando haces alargados. En la tierra, en el cielo, todo estaba en calma por doquier y nada presagiaba mal tiempo. Sentados junto al fuego, tomamos té caliente y gastamos alguna broma más al gold.

—Esta vez nos has mentido —le dijeron los cosacos.

Dersú no contestó y, en silencio, siguió reforzando su tienda. Se acurrucó bajo una roca, de un lado llevó a rastras un gran tocón, lo rodeó con piedras y taponó con musgo los huecos formados entre ellas. Extendió aún más el toldo por arriba y delante prendió una hoguera. Me pareció que le había

quedado tan cómodo, que agarré mis cosas y me fui con él de inmediato.

El tiempo pasaba y alrededor todo seguía estando en calma. Yo también empezaba a pensar que Dersú se había equivocado, cuando, de repente, junto a la luna surgió una mancha mate de color satinado por los bordes. Poco a poco el disco lunar comenzó a palidecer y su perfil se hizo difuso y turbio. La mancha mate se ensanchó y absorbió el anillo exterior. Una bruma tapó con rapidez el cielo, pero no se podía decir de dónde había salido y adónde se movía. Supuse que el asunto terminaría en una pequeña lluvia y, arrullado con este pensamiento, me dormí. No recuerdo cuánto estuve durmiendo. Me desperté porque alguien me despertó. Abrí los ojos. Era Murzin quien estaba ante mí.

—Está nevando —dijo, informándome.

Me quité la manta de encima. Alrededor era de noche cerrada y la luna había desaparecido por completo. Del cielo caía una nieve menuda. El fuego ardía vivamente e iluminaba las tiendas, los durmientes y la leña amontonada en un lado. Desperté a Dersú. Se asustó y, medio dormido, miró a ambos lados, al cielo y empezó a fumarse una pipa.

Alrededor todo estaba en calma, pero se percibía algo amenazante en aquel silencio. Al cabo de unos minutos estaba nevando aún con mayor fuerza y los copos caían al suelo emitiendo un peculiar frufrú. El resto de los hombres se despertó y se puso a recoger sus cosas.

De pronto, la nieve comenzó a dar vueltas.

—Empieza, sí —dijo Dersú.

Y como en respuesta a sus palabras, en las montañas se oyó un ruido. Luego irrumpió una fuerte ráfaga de viento proveniente de donde menos nos lo esperábamos y la leña empezó a arder a grandes llamaradas. Después de la primera

ráfaga vino una segunda, luego una tercera, una quinta, una décima… Cada nueva ráfaga de viento era más prolongada que la anterior. Menos mal que nuestras tiendas estaban bien atadas, de otro modo habrían volado con la ventolera.

Miré a Dersú. Fumaba tranquilo su pipa y contemplaba con indiferencia el fuego. No le asustaba la ventisca que había comenzado. Había visto tantas en su vida, que aquella no era una novedad para él. Dersú pareció comprender mis pensamientos y dijo:

—Mucha leña hay, tienda bien plantamos. ¡No pasa nada!

Al cabo de una hora empezó a clarear.

Una ventisca es un huracán de nieve durante el cual la temperatura desciende hasta −15 °C y el viento es tan fuerte que arranca los tejados de las casas y las raíces de los árboles. No hay que caminar durante una ventisca, la única salvación es quedarse en el sitio. Normalmente, cualquier tormenta de nieve se acompaña de víctimas humanas.

A nuestro alrededor se gestó algo increíble. Se desencadenó un viento furioso que rompió las ramas de los árboles y se las llevó por el aire cual pelusilla. Los enormes cedros centenarios se balanceaban de un lado a otro como si fueran arbolillos jóvenes de tronco fino. En ese momento ya no se veían ni las montañas, ni el cielo, ni la tierra: no se veía nada. Todo daba vueltas dentro de un torbellino de nieve. A veces, las siluetas de los árboles más próximos se distinguían un poco a través de la cortina de nieve, pero solo por un instante. Nueva ráfaga de viento y el brumoso panorama desapareció.

Asustados, nos metimos en las tiendas y nos calmamos. Dersú miraba de cuando en cuando al cielo, diciendo algo para sus adentros. Le recordé la ventisca que en 1902 nos sorprendió cerca del lago Janka.

—Mía entonces mucho miedo tuve —me contestó—. No hay leña, pronto acaba.

Después de mediodía, la ventisca se desató con toda su fuerza. A pesar de que estábamos protegidos por las peñas y la tienda, aquella no era una protección fiable. En unos momentos hacía calor y humo como cuando en un incendio el viento te da en la cara; en otros hacía frío, como cuando las llamas se desvían en dirección contraria.

Ya no íbamos por agua, sino que llenábamos las teteras con nieve, que por suerte no faltaba. Hacia el crepúsculo, la ventisca alcanzó su mayor fuerza y, a medida que oscurecía, más terrible parecía la tormenta.

Pocos pudieron dormir aquella noche. Nuestra única preocupación era entrar en calor.

El día 21 aún estábamos guareciéndonos de la ventisca. El viento ya había cambiado y soplaba desde el nordeste. En cambio, sus ráfagas eran más fuertes. No se podía distinguir nada, ni siquiera cerca del vivac.

—¿De qué él enfada? —dijo Dersú con enojo y miedo—. ¿Es posible que nuestra algo hecho mal?

—¿Quién? —preguntaron los cosacos.

—Mía no sé cómo dice en ruso —respondió el gold—. Él un poquito dios, un poquito gente, vive todo el rato en cerro, viento puedo sopla, rompe árbol. Nuestra dice *Kangú*.

«El espíritu del bosque o de la montaña», pensé.

Nos costó mucho trabajo mantener la hoguera encendida. Mal asunto que cada ráfaga de viento se llevara las brasas y las cubriera con nieve. Junto a la tienda se habían acumulado grandes montones de nieve y, pasado el mediodía, surgieron torbellinos de inusual potencia. Levantaron del suelo nubes de nieve, esparciendo de golpe el polvo blanco. Volvieron a

engendrarse después y se propagaron por el bosque entre aullidos. Cada uno de aquellos torbellinos dejaba tras de sí un rastro de numerosos árboles derribados. A veces, por un instante, sobrevenía una breve pausa para, acto seguido, volver a iniciarse aquella danza de espectros de nieve.

Pasado el mediodía, el cielo comenzó a despejarse un poco, pero al mismo tiempo la temperatura empezó a subir. El sol asomó un poco en forma de mancha turbia entre la espesa cortina de nubarrones.

Había que ocuparse de la leña. Corrimos a recoger los troncos caídos que se hallaban más cerca. Estuvimos largo rato ocupados en este quehacer, hasta que Dersú dijo «basta». No hubo que convencer a nadie. Todos corrieron al unísono a las tiendas y se pusieron a calentarse las manos al fuego. Aguantamos así otra noche más.

Por la mañana, el tiempo había mejorado. El viento era penetrante y entrecortado. Reunidos en consejo, decidimos atravesar la cordillera Sijoté-Alín con la esperanza de que en la vertiente occidental hiciera mejor temperatura. La voz de Dersú tuvo una importancia decisiva.

—Mía piensa, él pronto acaba —dijo y comenzó a prepararse para el camino.

Nuestros preparativos ocuparon poco tiempo. Al cabo de unos veinte minutos, morral al hombro, ya estábamos escalando la montaña.

Desde el vivac comenzaba de golpe una ascensión empinada. Había caído mucha nieve durante aquellos dos días. En algunos puntos, alcanzaba hasta un metro de profundidad. Paramos en la cresta a tomar aliento. Según las mediciones barométricas, la altura del puerto equivalía a 910 metros. Pusimos al puerto el nombre de Terpenie.

En la cordillera Sijoté-Alín se nos presentó un panorama sobrecogedor. El viento había tumbado allí franjas enteras de bosque. Tuvimos que dar un largo rodeo. Ya he dicho que las raíces de los árboles que crecen en las montañas proliferan por la superficie de la tierra: por arriba estaban cubiertas casi únicamente de musgo. Algunos árboles estaban arrancados. Tras bambolearse, habían levantado todo su sistema de raíces. Las negras hendiduras, cuales bocas gigantescas, unas veces se abrían, otras se cerraban entre el manto de nieve. Kozhevnikov tuvo la ocurrencia de columpiarse en una de las raíces. Pero en ese preciso instante sopló una fuerte racha de viento, el árbol se inclinó y, apenas el cosaco saltó a un lado, cayó a tierra produciendo un ruido horroroso y esparciendo por todas partes terrones de tierra congelada.

Capítulo XXVII

Hacia el Imán

Dersú descifra unas huellas. Pájaros. Suministro de comestibles en las fuentes del Imán a cargo de cazadores de martas cebellinas. Coreanos. Una ludeva *para almizcleros. Los udejéis. Pernoctación en una* yurta. *El río Kulumbe. El río Imán. La barca de los udejéis. El poblado de cazadores de Sidatún y sus habitantes. Esclavitud.*

El descenso desde la cordillera Sijoté-Alín hacia el oeste era suave. Presentaba bloques de piedras y aparecía cubierto por un espeso bosque. El pequeño arroyo por el que bajamos nos condujo hacia el río Nantsa, que fluye desde el nordeste a lo largo de la cresta y, gradualmente, dobla hacia el noroeste. El valle del Nantsa es ancho, pantanoso y está cubierto de un tupido bosque mixto de coníferas. La senda de los cazadores chinos discurre en parte por el extremo del valle, en parte por las montañas, las cuales tienen aquí el aspecto de ser colinas denudadas.

Por el camino nos topamos con una *yurta* hecha de corteza de abedul, con tejado a dos aguas y acondicionada como una *fansá*. Fatigados por las dos noches anteriores, acampamos junto a ella y apenas acabamos de cenar, nos echamos enseguida a dormir.

El 23 de octubre proseguimos nuestro camino río Nantsa abajo. Cualquier huella se veía con claridad sobre la nieve

recién caída. Allí había huellas de patas de caballo, almizcleros, martas, hurones, etc. Dersú marchaba en cabeza y las examinaba atentamente. De repente, se detuvo, miró a todos lados y soltó:

—¿Cuándo tuvo miedo?

—¿Quién? —le pregunté.

—El almizclero —contestó.

Miré las huellas y no vi nada de particular en ellas. Eran simples huellas, pequeñas y numerosas.

Dersú comprendía los indicios de manera asombrosa. Adivinaba incluso el estado de ánimo de los animales. Bastaba una pequeña desigualdad en las huellas para que él percibiese que el animal estaba alarmado.

Le pedí que me indicara los datos por los que había deducido que el almizclero tenía miedo. Lo que me contó volvió a ser simple y claro. El almizclero avanzaba con paso regular, luego se detuvo y empezó a ir con más cautela. Después efectuó un extraño yéndose a un lado y echó a correr a saltos. Sobre la nieve recién caída, aquello se veía como en la palma de la mano. Iba ya a seguir, pero Dersú me detuvo.

—Espera, capitán —me dijo—. Nuestra hay que mirar qué gente asusta al almizclero.

Al cabo de un momento, me gritó que el almizclero había tenido miedo de una marta. Me acerqué a él. En efecto, se distinguían sus huellas sobre un gran árbol caído y cubierto de nieve. Se veía que el pequeño depredador se había colado a hurtadillas, ocultado tras el ramaje y luego lanzado contra él. Después Dersú halló un lugar donde el almizclero había estado revolcándose en el suelo. Unas gotas de sangre indicaban que la marta le había mordido en la piel cerca del cogote. Más adelante, las huellas mostraban que el almizclero había podido desprenderse de la marta, que salió corriendo y

que la marta estuvo a punto de darle alcance, pero se rezagó. Después esta se echó a un lado y trepó a un árbol.

Siento que si hubiera caminado un poco más con Dersú y este hubiera sido un poco más comunicativo, probablemente yo habría aprendido a descifrar huellas, si bien no tan bien como él, al menos mejor que otros cazadores. Aquello era muy interesante.

Dersú veía y se callaba muchas cosas. Se las callaba porque no se quería detener, le parecía a él, por cualquier menudencia. Solo en los casos excepcionales en que sus ojos dieran con algo de veras interesante, reflexionaba consigo mismo en voz alta.

A unos 25 kilómetros de la cordillera Sijoté-Alín, el Nantsa confluye con el Beytsa, que corre desde el norte. Desde allí, propiamente dicho, comienza el Kulumbe, que nos debía conducir al Imán. El agua del río comenzaba ya a congelarse y habían surgido anchas franjas de hielo en la orilla. Cruzamos al otro lado sin dificultad y continuamos nuestro camino.

El río Kulumbe fluye por un vasto valle pantanoso desde el este con dirección al oeste. La senda se mantiene todo el tiempo en la vertiente derecha del valle. El bosque que crece en las montañas es solo de coníferas, aunque con un alto porcentaje de cedros. En las depresiones pantanosas hay muchos árboles y matorrales secos, ya enmohecidos.

El viento se calmó definitivamente después del mediodía. En el cielo no quedó ni una sola nubecilla, la nieve reflejaba los brillantes rayos del sol y, por esta razón, el día pareció aún más luminoso. Las coníferas se engalanaron de invierno y sus ramas, con más peso a causa de la nieve, se doblaban hacia el suelo. Alrededor todo estaba tranquilo y en calma. Parecía como si la naturaleza se hallara en ese estado somnoliento

que, como reacción, siempre llega tras los sobresaltos sufridos.

Del reino de las aves, allí vi cuervos picudos[448], picamaderos negros (que tienen la cabeza roja), picos picapinos y trepadores azules. En un par de ocasiones espantamos serretas medianas (que tienen la cabeza oscura y el pico rojo). Estas aves se quedan a invernar en el territorio del Ussuri y adquieren un matiz blanco como protección. Muy a menudo, solo reparábamos en su presencia cuando ya nos habíamos acercado a ellas de lleno.

También cabe citar un bonito pajarito que por su temperamento juguetón mereció que los cosacos lo llamaran «veselushka[449]». Se trataba de un mirlo acuático castaño[450]. Tiene el tamaño de un zorzal y siempre se mantiene cerca del agua. Uno de ellos me dejó aproximarme mucho. Me detuve y me puse a observarle. El mirlo estaba alerta, se giraba con frecuencia, piaba y movía el rabito al ritmo de la cabeza. Luego, de repente, se lanzó al agua y se zambulló. Los lugareños dicen que se mueve libremente por el fondo del río, sin importarle la velocidad de la corriente. Tras emerger a la superficie y ver a gente, el mirlo salió volando entre píos hacia otro claro en el hielo y luego a un tercero. Le seguí hasta que el río se desvió a un lado.

En otro lugar espantamos a una agachadiza colirrara[451]. Estaba cerca del agua, donde aún había nieve. Pensé que era un pájaro que se había quedado rezagado, pero su aspecto era alegre y animado. Después, los encontré a menudo por las orillas de los ramales aún no congelados, de lo cual deduzco que las agachadizas colirraras aguantan en el territorio del Ussuri hasta la mitad del invierno y solo después de diciembre migran al sur. Ese día recorrimos 12 kilómetros y nos detuvimos en la pequeña *fansá* de Siu-Fu. El lugar se

hallaba a 500 metros de altitud sobre el nivel del mar. Los moradores de esa *fansá*, chinos, se dedicaban a la caza de alces con fosos.

Por la mañana, los chinos se despertaron temprano y comenzaron a prepararse para ir de caza. Y nosotros para continuar nuestro camino. Las provisiones que llevábamos se acercaban a su fin. Había que reponerlas. Compré a los chinos un poco de alimento y pagué por ello ocho rublos. Según ellos, en esos lugares un *pud*[452] de harina cuesta 16 rublos y 12 otro de almorejo. No se valora tanto el producto en sí, como su suministro.

Durante la noche, el Kulumbe se congeló tanto, que resultó posible caminar sobre el hielo, cosa que alivió bastante nuestro viaje. Un fuerte viento batía la nieve del río. El hielo aumentaba de grosor a cada día que pasaba. No obstante, en el río todavía había muchos puntos sin helarse, de los que emanaba una espesa niebla.

Pasados unos 5 kilómetros, nos aproximamos a dos *fansás* coreanas. Sus dueños —dos coreanos viejos y otros dos jóvenes— se dedicaban a la caza, también profesional, con trampas. Sus pequeñas *fansás* estaban nuevas y limpias. Me gustaron tanto que decidí efectuar allí una jornada de descanso.

Después de mediodía, los dos coreanos comenzaron a prepararse para ir a inspeccionar en la taiga las *ludevas* para almizcleros. Me fui con ellos.

La *ludeva* estaba próxima a la *fansá*. Era una cerca de 1,2 metros de altura hecha con troncos. Para que nadie pudiera llevárselos, los coreanos los habían fijado con anillas. Estos cercados se ponen siempre en las montañas, por los senderos donde se mueven los almizcleros. En varios puntos de la cerca se dejan unos pasos y, en ellos, echan unos lazos. Cuando el

animal mete la cabeza en el lazo, se asusta y empieza a correr, pero cuanto más se empeña, más se estrecha el nudo.

En la *ludeva* que estábamos inspeccionando había 22 lazos. En cuatro de ellos, los coreanos hallaron animales muertos: tres hembras y un macho. Arrastraron a las hembras a un lado y las dejaron para que se las comiesen los cuervos. A la pregunta de por qué abandonaban los animales capturados, los coreanos contestaron que solo los machos dan el preciado almizcle, que los mercaderes chinos les compran a un rublo la pieza. Por lo que respecta a la carne, con la de un macho era suficiente, aparte de que al día siguiente conseguirían la misma cantidad. Según ellos, en la temporada de invierno llegan a matar hasta 125 almizcleros, de los cuales el 75 por 100 son hembras.

Me llevé una triste impresión de aquella excursión. Por donde quiera que mires, te topas con la rapacidad. En un futuro no muy lejano, el territorio del Ussuri, rico en animales y bosques, puede convertirse en un desierto.

Al día siguiente partimos un poco antes a propósito, para recuperar lo que habíamos perdido en la jornada de descanso. Nos llevamos uno de los almizcleros que los coreanos habían dejado abandonado.

Desde las *fansás* coreanas, el Kulumbe fluye en dirección latitudinal, desviándose un poco hacia el sur. Justo pasadas las *fansás*, comienza la quemada, que se extiende bien lejos por el valle y las montañas. Era notorio que los montes eran ya más altos y las pendientes más escarpadas.

Las densas zonas de repoblación forestal quedaban ya atrás y en su sustitución llegaban álamos, olmos, abedules, álamos temblones, robles, álamos mongoles, arces, etc. En las montañas, majestuosos bosques de cedros sustituían a los abetos enmohecidos y a las píceas.

Ese día logramos recorrer cerca de 15 kilómetros. Al atardecer, los fusileros se fijaron en una *yurta* solitaria a un lado del ramal. El humo que salía del orificio del techo indicaba que había gente en su interior. Cerca, sobre unos postes, había un montón de pescado puesto a secar. La *yurta* estaba hecha de cortezas de cedro y cubierta de hierba seca. Tenía 3 metros de longitud y 1,5 de altura. En su entrada habían colgado una cortina de corteza de abedul. En la orilla había dos barcas volteadas quilla arriba. Una era de gran tamaño, con una proa un tanto extraña, parecida a un cucharón. La otra era más ligera, con extremos puntiagudos delante y detrás. Los rusos llaman a este tipo de barca *omorochka*.

Cuando nos aproximamos, dos perros comenzaron a ladrar. De la *yurta* salió un ser antropoide al que al principio tomé por un niño, pero un pendiente en la nariz revelaba que se trataba de una mujer. Era de muy corta estatura, como una niña de doce años, e iba vestida con un camisón de piel hasta las rodillas de largo, pantalones hechos con piel de ciervo siberiano, rodilleras adornadas con coloridos bordados, unos *untis* igualmente bordados y unos bonitos manguitos de vivos colores. Iba tocada con un velo blanco.

Un acusado pliegue mongol de los párpados ocultaba unos ojos castaños, dispuestos horizontalmente. El ancho entrecejo, la nariz aplastada y los labios apretados conferían a su rostro una expresión extraña para un europeo; la cara parecía plana, pentagonal y, en realidad, era más ancha que el cráneo.

La mujer nos miró con sorpresa y, de repente, en su cara se reflejó la alarma. ¿Qué clase de rusos podían ir allí? Las personas honorables no lo hacen. «Son *chaldoni*[453]», pensó y se metió de nuevo en la *yurta*. Para despejar sus sospechas,

Dersú habló con ella en lengua udejey y me presentó como el jefe de una expedición. Entonces se calmó. La etiqueta exigía que la mujer no mostrara su curiosidad de manera notoria. Se contenía y nos examinaba a escondidas, a hurtadillas.

La *yurta*, pequeña por fuera, por dentro lo era aun más. En ella solo se podía estar sentado o tumbado. Ordené que los cosacos plantaran las tiendas.

El paso de los tazás achinados de la costa a los tazás que aún conservaban muchas cosas primitivas, era muy abrupto.

La mujer se puso a preparar la cena en silencio. Colgó un perol sobre el fuego, lo llenó de agua y puso dos pescados grandes. Después cogió su pipa, la llenó de tabaco y se puso a fumar, haciendo preguntas a Dersú de cuando en cuando. Cuando la cena estuvo preparada, llegó el dueño de la *yurta*. Era un hombre de unos treinta años, enjuto y de estatura media. También iba ataviado con una camisa larga atada con un cinturón de manera tal que le hacía un doblez a la altura del talle. Por toda la orilla derecha de la camisa, en torno al cuello y por el dobladillo, se extendía una banda ancha cubierta de bordados con dibujos. Por abajo vestía pantalones, rodilleras y *untis* de piel de pescado. Iba tocado con un velo blanco y, por encima, llevaba una pequeña caperuza de piel de cabra con una cola de ardilla que sobresalía por arriba. Su rostro enrojecido y bronceado, la mezcolanza de colores de su vestimenta, la colita de ardilla del tocado, los anillos y las pulseras en sus manos, hacían de aquel montaraz alguien similar a un piel roja, una impresión aún más fuerte cuando, casi obviando nuestra presencia, se sentó junto al fuego y, en silencio, se puso a fumar una pipa.

La etiqueta exigía que fuesen los invitados los primeros en romper el silencio. Dersú lo sabía y, por esta razón, le preguntó por el camino y por la profundidad de la nieve

caída. Se entabló una conversación. Al enterarse de quiénes éramos y adónde íbamos, el udejey dijo saber que teníamos que bajar por el Imán (era algo que había oído decir a unos parientes que vivían río abajo), donde hacía tiempo que nos estaban esperando. Aquella información me sorprendió.

Por la tarde su mujer revisó nuestra ropa, arreglándola donde hiciera falta y nos dio unos *untis* nuevos a cambio de los gastados. El dueño me dio una piel de oso para mi lecho, me tapé por arriba con una manta y pronto caí dormido.

Me desperté por la noche a causa de un frío terrible. Me retiré la manta de la cabeza y vi que no había fuego en la *yurta*. Solo unas cuantas brasas ardían débilmente en el hogar. Por el orificio del techo se divisaba un cielo oscuro, sembrado de estrellas. Al otro lado de la *yurta* resonaron unos ronquidos. Era evidente que, al acostarse, los udejéis habían apagado el fuego a propósito, para evitar un incendio. Probé a envolverme en la manta de modo más compacto, pero no me sirvió de ayuda; el frío penetraba por cada doblez. Me incorporé, prendí un fósforo y miré al termómetro: indicaba −17 °C. Entonces arranqué parte de mi lecho de corteza de abedul, lo eché al fuego y comencé a avivar las brasas. Al cabo de un momento, prendió una llama. Tras reunir los tizones que había esparcidos, me vestí y salí de la *yurta*. A un lado, al resguardo de la tienda, dormían mis fusileros y, junto a ellos, ardía una hoguera. Entré en calor junto al fuego y me dispuse a volver a la *yurta*, pero en ese momento vi en un punto, cerca del río, el destello de otra hoguera. Allí abajo, en la quebrada, encontré a Dersú. El agua había derrubiado la orilla y por arriba pendía una gran franja de césped, bajo la cual se había formado una especie de nicho. Dersú se había fabricado en esa cavidad un lecho de hierba y había prendido un fuego delante. Tenía su pipa en la boca y la escopeta al lado. Le desperté. El gold se incorporó de un salto y, pensando que

había dormido de más, comenzó a preparar su morral a toda prisa.

Al enterarse de qué se trataba exactamente, enseguida me cedió su lugar, ubicándose por su parte al lado. Pasados unos minutos, me encontré allí, al abrigo de la quebrada, bien calentito y durmiendo mucho mejor que en la *yurta* sobre la piel de oso.

Me desperté cuando ya todos estaban en pie. Bochkariov había cocido carne de almizclero. Cuando empezamos a vestirnos, el udejey también lo hizo y declaró su deseo de ir con nosotros hasta el Sidatún.

Tras tomar el té de la mañana, G. I. Granatman entró en discusión con Kozhevnikov por la cuestión de por qué dirección había estado soplando el viento durante la noche. Kozhevnikov señalaba al este y G. I. Granatman al sur, pero a mí me pareció que el viento había soplado del norte. No pudimos ponernos de acuerdo, por lo que nos dirigimos a Dersú. El gold dijo que la dirección del viento durante la noche había sido la del oeste. Además, nos señaló unas hojas de caña. Por la mañana, con la salida del sol el viento se calmó, pero las hojas siguieron igualmente dobladas en la dirección a la que las dirigía el viento.

Desde la *yurta*, la senda comenzaba a desviarse hacia el extremo derecho del valle, discurriendo en zigzag hacia el norte, para luego torcer al sudoeste. Al cabo de unos 10 kilómetros, volvimos a aproximarnos al Kulumbe, que en ese punto se dividía en ramales y alcanzaba una anchura de 2,4 metros y una profundidad en canal de 1,8.

Ese día recorrimos poco camino. A medida que disminuían las provisiones que llevábamos, los morrales se hacían más ligeros, pero resultaban más difícil de portar: las correas

herían los hombros. Me di cuenta de que no era el único; a todos les estaba pasando lo mismo.

A causa del frío viento, la nieve se había vuelto más seca y suelta, cosa que dificultaba mucho nuestros movimientos. Subir la montaña resultaba especialmente duro: la gente resbalaba y se caía a menudo, deslizándose hacia abajo. Las fuerzas ya no eran las mismas, el cansancio hacía su aparición y se percibía la necesidad de un descanso más prolongado que el habitual día de alto.

Cerca del río hallamos otra *yurta*, vacía. Bochkariov y los cosacos se acomodaron en ella, mientras que los chinos tuvieron que dormir fuera, junto al fuego. Al principio Dersú quiso instalarse con ellos, pero al ver que estaban preparando leña sin distinguir lo que agarraban, decidió dormir aparte.

—Comprende nada —dijo—. Mía no quiero que la camisa arde. Hay que buscar buena leña.

Por lo visto, la *yurta* vacía servía a los cazadores de estacionamiento nocturno. Todo el bosque seco de sus alrededores hacía tiempo que ya había sido talado y quemado, cosa que no turbó a Dersú. Se adentró en la taiga y trajo arrastrando de lejos un fresno seco. Estuvo hasta el atardecer sacando leña. Le ayudé cuanto pude. A cambio, dormimos bien toda la noche, sin temer por la tienda y la ropa.

El purpúreo crepúsculo vespertino y la bruma sobre el horizonte antes del amanecer eran indicios fidedignos de que helaría por la mañana, cosa que sucedió. El sol salió nebuloso, deformado. Daba luz, pero no calor. De su disco partían brillantes rayos arriba y abajo, por los lados había manchas luminiscentes irisadas que, en la lengua de los pueblos del polo, se llaman «los bigotes del sol».

El udejey que nos acompañaba conocía bien aquellos lugares. Encontró sendas allá donde hacía falta acortar el

camino. A falta de 2 kilómetros para llegar a la desembocadura del Kulumbe, la senda torció hacia un bosque, por el que anduvimos cerca de otra hora más. De repente, el bosque se acabó y la senda se interrumpió. Ante nosotros estaba el río Imán.

Ahora volvamos un momento la vista atrás, al Kulumbe. Tiene una longitud de unos 60 kilómetros. La dirección de su curso es rigurosamente latitudinal. En su parte superior se compone de tres ríos: el Beytsa, el Nantsa y el Santsaza[454]. Por el Beytsa se puede alcanzar en dos días el puerto sobre el Armú y por el Santsaza, llegar en tres días al Sanjobe. Por su derecha, el Kulumbe toma al Ianjú[455]. Y por la izquierda, al Danantsa con sus seis *fansás* de ganaderos. Siguiendo este último, los chinos llegan en tres días a las fuentes del Sanjobe. Más abajo, a la izquierda, se encuentra el Da-bey-tsa (gran afluente meridional) con su puerto sobre el Neikulia (afluente del río Armú).

Los últimos afluentes del Kulumbe en su curso bajo son los ríos Siaobeytsa[456] y el Siaonantsa[457].

Por todo el valle del Kulumbe hay esquistos arcillosos denudados que continúan también a lo largo del Imán. Todas las terrazas fluviales antiguas están compuestas precisamente de este mineral. Es muy posible que estos esquistos sean arcaicos.

Los bosques por el río Kulumbe son los mismos que los que hay en las fuentes del Imán. En los montes crecen cedros, con gran mezcolanza de abetos. Y por el valle lo hacen alerces, abedules blancos, álamos temblones, sauces, alisos, arces, píceas, tilos, fresnos, álamos, olmos y cerezos alisos. También se dan tejos, pero de manera aislada.

En los mapas antiguos, confeccionados en 1854, este río viene indicado con el nombre de Nimán. Es una palabra

manchú que significa «cabra montés». De ahí que fácilmente salga otra palabra: Imán. Los udejéis la reducen a Imá, mientras que los chinos añaden al nombre otra palabra más: «he» (río), con lo que obtienen «Ima-he».

El Kulumbe se cruza con el Imán ya convertido en un gran río de 100 metros de anchura y tres de profundidad, con una corriente que alcanza una velocidad de 8 kilómetros a la hora en marea muerta. La longitud del Imán se compone de terrenos tectónicos y denudados que se alternan entre sí. La dirección de los primeros es latitudinal y la de los segundos, meridional. La continuación de los valles denudados del Imán son los valles de los afluentes Tjetibe, Armú y Kulumbe.

El Imán todavía no se había congelado, solo en el borde de sus orillas había franjas de hielo. En la otra ribera, justo enfrente de donde nos hallábamos nosotros, pululaban personas pequeñas. Resultaron ser niños udejéis. Un poco más adelante, en unos mimbrerales, se divisaba una *yurta* y, junto a ella, un granero alzado sobre unos pilotes. Dersú gritó a los chavales que nos dejaran una barca. Los muchachos miraron asustados adonde estábamos y salieron corriendo. A continuación salió de la *yurta* un hombre con una escopeta en las manos. Intercambió unas palabras con Dersú y luego cruzó en barca a nuestro lado.

La barca del udejey era una canoa larga de fondo chato tan ligera, que una sola persona podía sacarla a la orilla sin dificultad. La parte delantera era roma, pero el fondo era protuberante. Estaba ensanchado y combado hacia arriba, de manera que se asemejaba a una especie de cucharón o pala, a consecuencia de lo cual la barca parecía estar desvencijada. Gracias a esta construcción, no corta el agua, sino que, por así decirlo, se encarama sobre ella. Al tener el centro de gravedad muy elevado, parece muy inestable. Cuando nos montamos

en ella, osciló tanto que, sin querer, me agarré con las manos a la borda. Pero en cuanto nos tranquilizamos y la desamarramos de la orilla, me convencí de cuán estable era. Erguido, el udejey manejaba la barca con ayuda de una larga garrocha y la movía contracorriente mediante fuertes impulsos. La corriente la llevaba a un lado, desplazándola paulatinamente hacia la orilla contraria.

Finalmente atracamos en el lugar donde estaba la *yurta* y desembarcamos sobre el hielo. A nuestro encuentro salieron una mujer y tres niños, que se escondían temerosos detrás de su madre. Tras dejarnos pasar, la mujer también entró en la *yurta*, se puso en cuclillas junto al fuego y comenzó a fumarse una pipa. Mientras, los niños se quedaron fuera y se pusieron a colocar el pescado en el granero. La *yurta* tenía un montón de grietas, por las que soplaba el viento. En mitad de la estancia ardía el hogar. De cuando en cuando, los chavales entraban corriendo en la *yurta* y calentaban al fuego sus manitas heladas. Me sorprendió lo ligero de sus vestimentas: con el pecho abierto, sin manoplas y sin gorro. Ocupados en su faena, parecían no tener el menor frío. Si alguno de ellos se quedaba junto al fuego más tiempo que los otros, su padre levantaba la voz y le echaba fuera.

—Está helado —le dije a Dersú y le pedí que tradujese al udejey mis palabras.

—Que se acostumbre —contestó este último—. De otra forma morirá de hambre.

No podía dejar de estar de acuerdo. El que tiene que vérselas con la naturaleza y servirse de sus frutos en bruto, tiene que tratar con ella incluso cuando es inmisericorde. Pregunté al udejey por el Imán y me enteré de que, en su curso superior, el río fluía en dirección paralela a la cordillera Sijoté-Alín, aparte de que sus fuentes se hallaban a la altura de

las del Tetiuje. ¡Extraño fenómeno! El agua bajaba desde la línea divisoria a unos 60 kilómetros del mar, corría hacia el oeste y efectuaba un largo rodeo para, finalmente, desembocar en el mar.

Las fuentes del Imán están cubiertas de espesos bosques mixtos. Cuesta imaginar un terreno más inhóspito y salvaje; solo al principio del invierno cobra un poco de vida. Aquí se mudan los chinos del litoral para cazar martas cebellinas, pero no se quedan mucho tiempo: temen ser sorprendidos por las profundas nieves, por lo que pronto parten de vuelta.

Tras preguntar a los udejéis por el camino, seguimos avanzando y muy pronto llegamos al lugar donde el Imán dobla al noroeste. Allí, en un recodo, un gran claro se juntaba al río por su izquierda. Tenía una longitud de 5 kilómetros y una anchura de cerca de dos. En su confín se encuentran cuatro *fansás*. Se trata del poblado chino de cazadores Sitadún[458]. En la otra margen del Imán viven udejéis (cinco familias) en tres yurtas. Nos detuvimos allí.

Permanecimos en Sitadún del 27 al 30 de octubre. Durante ese espacio de tiempo pude examinar el poblado y familiarizarme con todos sus habitantes. En su mayor parte eran diversos malhechores, fugitivos de la justicia y buscadores de aventuras cuyas pasiones impetuosas no habían conocido límite. No hacían nada, fumaban opio, bebían vodka, jugaban a las tabas y se peleaban y reñían entre sí. Los moradores de cada *fansá* se dividían en tres grupos: los dueños, los trabajadores y los holgazanes que vivían del dinero conseguido mediante atracos y asesinatos. Me acordé de Jan Bao, que me había advertido que no confiara en los chinos de Sitadún.

Como en todas partes, la población nativa local se hallaba en un estado de subyugación total. Al no tener ningún

conocimiento de la escritura, los udejéis desconocían por completo quién de ellos debía cuánto a los chinos. Estos últimos les superaban en número unas veinte veces, si no más. Allí podía verse la esclavitud en el sentido literal de la palabra. Así, por ejemplo, el udejey Siba-yon, por no entregar un número concreto de martas en el plazo indicado, había sido tan salvajemente apaleado, que quedó inválido para toda la vida. Le arrebataron a su esposa e hija, y a él mismo lo vendieron por 400 rublos a otro chino en calidad de trabajador gratuito.

Observando todo aquello, ardí de indignación. Pero, ¡qué podíamos hacer nosotros seis, en medio de aquella gente, numerosa y bien armada! Prometí ayudar a los udejéis en cuanto regresara a Jabárovsk.

El día 31, las heladas se intensificaron notablemente, por el río flotaban trozos de hielo. A pesar de esta circunstancia, los udejéis decidieron llevarnos en barca tan lejos como fuera posible.

Capítulo XXVIII

Situación difícil

Navegando por el Imán. Rápidos. Movimientos de hielos. El naufragio de la barca. El río Armú. El río Sinantsa. Hambre. Restos del ágape de unos osos. Tiras de piel. Fatiga. Li Tan-kui. Aventura nocturna en Sian-shi-heza. La preocupación de los udejéis. El campamento nómada Vagumbé. La revuelta de los nativos. El canto del chamán.

El 1 de noviembre abandonamos Sidatún temprano por la mañana y navegamos río abajo por el Imán.

Los udejéis se acostumbran desde pequeños a navegar por los arroyos alpinos. Hay que mirar a lo lejos y saber dónde hay que detener la barca, dónde poner la proa contracorriente o, por el contrario, dónde acelerar la navegación cuanto sea posible y pasar deprisa por un sitio peligroso. Hay que tener todo esto en cuenta y adoptar las medidas correspondientes. Un mínimo fallo y la barca, arrastrada por la rápida corriente, se estrellará contra las piedras. En los rápidos el agua es turbulenta y la embarcación se balancea, por lo que resulta aún más difícil mantener el equilibrio en ella. Para nosotros, la dificultad de la navegación aumentaba también por el hecho de que había trozos de hielo flotando por el río y por que las franjas congeladas en las orillas estrechaban el paso. Los hielos nos obligaban a ir no adónde queríamos, sino adónde fuera posible, cosa bastante notoria en los casos en

que los rápidos se hallaban en el punto de un viraje. Cuanto más aumentaban de tamaño las franjas de hielo de las orillas, más rápida se tornaba la corriente por en medio del río.

A partir de Sidatún, el valle del Imán adquiría un marcado carácter de denudación. Entre los pequeños afluentes, aquí destacaban: por la derecha el Dandagou[459] (con su puerto sobre el Armú), luego el Juanzegou[460] y el Iupigou[461]. Más adelante figuran el Mogueudzgou[462] y el Tufangou[463].

Un poco más abajo de Sidatún pueden observarse altas terrazas fluviales antiguas compuestas de esquistos arcillosos rotos, entre los cuales hay capas de areniscas rojizas y pardas con vetas de cuarzo. Tras las terrazas, a unos 10 kilómetros del río, se alza el monte Ianmudintzi[464].

Según cuentan los udejéis, los chinos lavan allí oro.

Por el camino, cerca de las desembocaduras de los ríos Matsangou[465], Si-fan-gou[466] y Gadalá, se divisaban cabañas de verano udejéis, vacías. En algunos lugares, el pescado todavía no había sido recogido. Los nativos habían dejado unos perros para que lo guardaran de las cornejas. Estos animales cumplían su labor de vigilancia con mucho celo; cada vez que aparecían las ladronas aladas, se lanzaban enseguida contra ellas ladrando y las echaban fuera del lugar.

Los bosques que crecen por el Imán son de una calidad formidable. En las montañas predominan cedros y píceas, mientras que en el valle lo hacen especies de frondosas.

En el Imán, como en todos los arroyos alpinos, hay muchos rápidos. Se considera que el más peligroso de ellos es el que se halla a mitad de camino entre Sidatún y el río Armú. Allí puede escucharse el ruido del agua desde lejos, el declive del fondo puede verse a simple vista. En la orilla contraria colgaba una gran roca, contra la que golpeaba el agua

formando espuma y que estaba congelada a causa de las salpicaduras.

Los udejéis detuvieron la barca y estuvieron debatiendo un rato. Luego la colocaron del través y comenzaron a descender lentamente, siguiendo la corriente. En el momento en que el potente chorro de agua dirigía la barca hacia la roca, la pusieron en una nueva dirección mediante un hábil impulso. Por los ojos de los udejéis comprendí que habíamos estado expuestos a un gran peligro. El que mostró mayor tranquilidad fue Dersú, con quien compartí mis impresiones.

—Nada, capitán —me dijo—. Los udejéis igual que peces. Muy bien comprende la barca como va. Nuestra no puede.

Cuanto más avanzábamos, más difícil era la navegación. Cada vez había más hielos y las franjas congeladas de las orillas eran más amplias.

Toda esta parte del Imán está cubierta por bosques de coníferas mixtos. En los islotes predominan las especies de frondosas en mezcolanza con cedros maderables, mientras que por las orillas del río y los bancos de guijarros lo hacen malezas compuestas por mimbreras, que dan a los nativos un inagotable material para hacer esquís, *yurtas*, estribos, trineos, etcétera.

Recorrimos poca distancia en barca. El cielo, que comenzó por la mañana a encapotarse, devino de nuevo en ventisca. Los udejéis maniobraban con mucha maestría entre los hielos, apartándolos a un lado con las garrochas. Pasado el Galadá, el Imán efectuaba un viraje abrupto. En el lugar se habían acumulado muchos hielos flotantes, que dejaban un paso por el medio. Nuestros guías desconocían si era continuo o si se iba a cerrar. Los udejéis detuvieron la barca y me preguntaron si podían arriesgar. Estábamos tan hartos de viajar con el morral al hombro, que decidí tentar a la suerte.

Dersú quiso disuadirme, pero yo no acepté, pensando que, en caso de mala suerte, igualmente podríamos salir a la orilla. No podíamos permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Nos pusimos en marcha, pero apenas habíamos avanzado 40 metros, vimos que el paso estaba cerrado. Más adelante solo había un banco de hielo y resultaba peligroso acercarnos a él de lleno. Si la corriente nos aprisionara contra el hielo, la barca, sobrecargada, se llenaría de golpe de agua. Teníamos que volver atrás a toda prisa, pero no era tan sencillo. Tampoco se podía girar la barca en aquel angosto paso. Tuvimos que movernos con la popa contracorriente. Como a propósito, nos hallábamos en medio del paso y las garrochas apenas alcanzaban el fondo. Con grandes esfuerzos, recorrimos la mitad de la distancia. De pronto, uno de los udejéis gritó algo. Por el alarmado tono de su voz, comprendí que nos amenazaba un peligro y miré atrás. Un enorme bloque de hielo marchaba a nuestro encuentro e iba a taponar el paso antes de que nosotros lográramos salir de él. Los udejéis emplearon todas sus fuerzas, pero el témpano no esperó. Chocó con estruendo contra un extremo del paso y luego contra el otro. En ese momento ocurrió lo peor, algo que no esperábamos en absoluto: a causa de los fuertes empellones, los hielos se pusieron en movimiento y el paso comenzó a estrecharse.

—¡El hielo pronto la barca rompe! —gritó Dersú, desgañitándose—. ¡Rápido! ¡Hay que ir!

El gold saltó de la barca y, arrastrando una cuerda, corrió por un hielo flotante hacia la orilla. Se cayó un par de veces, pero pronto volvió a encaramarse en el hielo. Por fortuna, no había mucha distancia hasta la orilla. Siguiendo su ejemplo, los cosacos también saltaron. Kozhevnikov y Bochkariov ganaron la orilla felizmente, pero Murzin se cayó. Empezó a gatear sobre el bloque de hielo, pero este volcó. Cuanto más

gateaba, más se hundía en el agua. Un minuto más y se habría ido al fondo. En ese instante, Dersú se lanzó en su ayuda.

Hubo un momento en que él mismo pudo haber perecido. Mientras tanto, yo, junto con los oroches[467], iba de un témpano a otro. Íbamos arrastrando la barca, agarrándonos a ella al mismo tiempo. Por fortuna, la proa pronto quedó cerca de Dersú y Murzin, lo cual salvó a ambos. La barca se volvió a sobrecargar. Quedó del través, atrapada entre los hielos en medio de la corriente. Entonces lanzamos a la orilla los morrales y acto seguido salimos nosotros arrastras. Instantes después, la barca se pegó al bloque. Igual que un ser vivo, aún estuvo un tiempo resistiéndose a los hielos, estremeciéndose. Luego, de repente, se agrietó y se rompió en dos mitades. Sonó un crujido más y del agua surgió un cascajo. Después desapareció todo.

Tras ganar la orilla, lo primero que hicimos fue prender una hoguera. Teníamos que secarnos. Alguien sugirió que había que preparar té y comer. Empezamos a buscar el saco de los comestibles, pero no estaba. También echamos a faltar un fusil. No podíamos hacer nada; cada uno dio un bocado a lo que tenía en el bolsillo y seguimos adelante. Los udejéis dijeron que llegaríamos a la *fansá* de Sejozegouzá hacia la tarde. Allí, en el granero, confiábamos en encontrar pescado congelado.

Efectivamente, llegamos a la *fansá* con el crepúsculo. Estaba vacía. Los cosacos encontraron en el granero dos pescados grandes secos. Nos tuvimos que contentar con aquella frugal cena.

Desde el manantial alpino de Taujomiorú[468], el Imán tuerce al noroeste y hace un gran bucle. Allí toma por su derecha uno de sus afluentes más grandes: el Armú. Este río, que tiene una longitud de más de 160 kilómetros, posee sus

fuentes en las montañas de la cordillera Sijoté-Alín, en la misma latitud que el cabo de Ark. En su origen se compone de tres riachuelos, cada uno de unos 30 kilómetros de largo. Desde el lugar de su confluencia, el Armú fluye al oeste, luego tuerce abruptamente hacia el norte, después declina hacia el suroeste y, finalmente, en su curso bajo vuelve a tomar una dirección latitudinal. Partiendo ya de este esquema, se ve que el valle del Armú está compuesto de una serie de valles longitudinales y transversales, siendo estos últimos los más sinuosos. Algunos meandros describen una circunferencia casi completa. Conociendo el terreno, en invierno se puede sacar provecho de los istmos y acortar camino de manera significativa.

La anchura del Armú en su curso bajo es de unos 80 metros, la profundidad tiene entre dos y tres, y la velocidad de la corriente es de 10 kilómetros a la hora. En el valle del Armú, muchas de las terrazas fluviales del curso medio del río están fuertemente denudadas, sobretodo las de la margen izquierda. Estas terrazas llegan a tener hasta diez metros de altura, su fundamento es masivo y se compone de esquistos arcillosos macizos. Por encima se halla una gruesa capa de material detrítico y de aluvión.

A 2 kilómetros de su desembocadura, a la derecha, vivían unos udejéis desde hacía mucho tiempo. Cuatro *fansás* formaban su campamento, donde en 1906 solo había 15 personas de ambos sexos. A un día de camino del Armú, yendo abajo por el Imán, hay otro campamento nómada udejey: el Laoliu. Lo pueblan ocho personas y está en un claro de 4 kilómetros de longitud y uno de anchura en el margen derecho del río.

Una vez toma al Armú, el Imán se estrecha de golpe y fluye con un único cauce de entre 80 y 100 metros de anchura, sin

formar ramales, por lo que la velocidad de su corriente se incrementa considerablemente. En ese punto, las montañas se arriman de lleno al río y lo angostan tanto por un lado como por el otro. Durante todo este recorrido, las rocas predominantes son los esquistos arcillosos.

Según nuestros guías, desde el lugar donde habíamos hecho un alto hasta el Armú, había tres días de camino. Pero podíamos acortar la distancia si atravesábamos en línea recta por las montañas el bucle que efectuaba el Imán. Entonces podríamos salir directamente a los terrenos del Sian-shi-heza, situados unos 50 kilómetros corriente abajo del Armú. Considerando la escasez de comestibles, acortar camino era ya de especial importancia. Los udejéis habían prometido conducirnos hasta el lugar donde había que desviarse del Imán. Más adelante tendríamos que ir nosotros solos, sin acompañantes. Al día siguiente, 2 de noviembre, llegamos a media mañana al Jutadó, que fluye en línea curva de oeste a sur. Siguiéndolo, debíamos de ascender hasta el puerto atravesando la sierra, que es el motivo del bucle del Imán. Este riachuelo tenía 3,5 kilómetros de longitud. La ascensión y descenso de la sierra presentan igual declive, aproximadamente de 30º, mientras que la altura del puerto respecto al Imán equivale a 350 metros.

Ante sí teníamos entonces dos manantiales: uno iba al norte y el otro al oeste. Es probable que tuviéramos que ir por el derecho, pero, por error, tomé la dirección del norte. Acampamos nada más pasado el puerto, en cuanto encontramos leña y un sitio más o menos llano.

El 3 de noviembre, por la mañana, nos comimos el último pescado seco que nos quedaba y emprendimos el camino con los morrales aligerados. En ese momento nuestra única esperanza estaba depositada en la caza. Por esta razón

decidimos que Dersú fuera en cabeza, mientras que nosotros, para no espantar a los animales, le seguiríamos a unos 200 o 300 pasos por detrás. Nuestro camino se hallaba tendido a lo largo de un riachuelo que no conocíamos y que, por lo que habíamos podido ver desde el puerto, fluía hacia el oeste.

Seguíamos confiando en que Dersú matara algún animal, pero fue en vano; no escuchamos ningún disparo. Tras el mediodía, el valle se ensanchó. Entonces encontramos un pequeño sendero, apenas perceptible, que discurría hacia la izquierda y al norte, a través de un pantano aterronado.

El hambre se estaba dejando sentir. Todos caminaban en silencio, nadie quería conversar. De pronto, vi a Dersú: iba a hurtadillas de lado a lado, agachándose y recogiendo cosas del suelo. Le llamé y me hizo un gesto con la mano.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó G. I. Granatman.

—Un oso come pez —contestó—, tira la cabeza, mía recoge.

Efectivamente, por la nieve había esparcidas un montón de cabezas de peces. Se veía que los osos habían llegado al lugar después de que nevara.

«A falta de pan, buenas son tortas.» Cuando hay hambre, también puedes comerte las sobras de los osos. Todos se metieron alegremente en faena y al cabo de un cuarto de hora todo el mundo tenía los bolsillos llenos de cabezas de peces.

Distraídos con este quehacer, no nos dimos cuenta de que el pequeño valle nos estaba llevando a un río bastante grande. Se trataba del Sinantsa y sus afluentes Daiagou[469], Maiagou[470] y Piligou[471]. Si los udejéis estaban en lo cierto, debíamos llegar al Imán al día siguiente, mediada la mañana.

Cruzamos a la otra orilla del río y acampamos en un espeso bosque mixto. ¡Qué sabrosas nos parecieron aquellas cabezas de pez! Junto a algunas cabezas todavía quedaba mucha

carne; eran felices hallazgos. Las repartimos a partes iguales y pudimos cenar de manera sabrosa, pero frugal. La temperatura descendió bastante durante la noche y, aunque estábamos faltos de leña, dormimos bien.

Muchos de nosotros soñamos aquella noche con empanadas y entremeses diversos.

El 4 de noviembre nos levantamos en ayunas.

El camino discurría río Sinantsa abajo, que fluye por un ancho valle con pliegues en dirección meridional y cierta declinación hacia el este. El río es muy sinuoso, a menudo queda dividido en ramales y forma numerosos islotes, cubiertos de mimbreras. Su anchura es de 40 a 50 metros y su profundidad de 36 a 45. Los bosques que crecen en las dos orillas son mixtos, con fuerte predominio de las coníferas.

Me fijé en que en aquellos lugares había mucha más nieve que en el Kulumbe. En algunos puntos su profundidad llegaba casi hasta las rodillas. Resultaba difícil caminar con tanta nieve. En una hora solo pudimos recorrer un par de kilómetros, no más.

Nuestros cálculos de caza no se cumplieron, ni tampoco la esperanza de volver a encontrar cabezas de pez. El cosaco Kozhevnikov vio en una ocasión a un almizclero y le disparó, pero falló.

A juzgar por la hora, ya teníamos que haber llegado al Imán. A cada viraje, confiaba en ver la desembocadura del Sinantsa, pero seguía habiendo bosque. Más adelante, tras otro viraje más, de nuevo volvía a haber bosque. Y así sucesivamente una y otra vez.

Al atardecer alcanzamos una pequeña cabaña hecha a base de cortezas. Me alegré de nuestro hallazgo, pero Dersú no quedó satisfecho. Dirigió mi atención a que la total falta de objetos de uso doméstico atestiguaba que la cabaña aquella

solo servía a los viajeros como lugar para pernoctar y, en consecuencia, hasta el Imán aún quedaba no menos de una jornada de camino.

El hambre estaba atormentando bastante a los hombres. Los cosacos se hallaban sentados junto al fuego, angustiados, suspirando y hablando poco entre sí. Pregunté varias veces a Dersú si no nos habíamos extraviado, si marchábamos en la dirección correcta. Pero también era la primera vez que el gold estaba por aquellos parajes; todas sus consideraciones se basaban únicamente en suposiciones. Los cosacos se acostaron temprano para mitigar el hambre de alguna manera. Yo hice lo mismo, pero no pude dormirme: la inquietud y las dudas me estuvieron martirizando durante toda la noche. Si al día siguiente no cazábamos nada y no llegábamos al Imán, la cosa se pondría fea. En verano puedes aguantar varios días sin comida, pero, en invierno, un hambriento se congela fácilmente.

Por la mañana Dersú se levantó antes que nadie y me despertó. De nuevo surgieron recelos en torno al inminente trayecto. Debíamos caminar mientras fuese posible, mientras respondieran las piernas. Pero apenas nos pusimos en camino, sentí que las fuerzas ya no eran las mismas: el morral me parecía el doble de pesado que el día anterior. Cada kilómetro y medio parábamos a descansar. Teníamos ganas de tumbarnos y no hacer nada. Mala señal. Así anduvimos hasta el mediodía, recorrimos muy poca distancia. No había duda de que, en tales condiciones, tampoco lograríamos ese día llegar al Imán. Por el camino disparamos en un par de ocasiones a pequeños pájaros y matamos a tres trepadores azules y un pájaro carpintero. ¡Pero que significaban aquellos pájaros para cinco personas!

Mientras tanto, el tiempo había empezado empeorar y los nubarrones volvían a cerrar el cielo. Fuertes ráfagas de viento levantaban la nieve del suelo. El aire estaba lleno de polvo de nieve y se arremolinaba por el río. En algunos lugares, el viento había retirado la nieve del hielo por completo. En otros, al contrario, había formado grandes montones. En el transcurso del día habíamos quedado ateridos de frío. Nuestra ropa estaba desgastada y ya no nos protegía de él.

A la izquierda se alzaba un cerro peñascoso, cuyos barrancos verticales daban al río. Allí encontramos una pequeña cavidad, como una especie de cueva, y prendimos dentro una hoguera. Dersú puso al fuego el perol e hirvió agua. Luego sacó de su morral unos trozos de piel de ciervo, la curtió sobre la lumbre y la empezó a desmenuzar con un cuchillo, como si fueran fideos. Cuando la piel estuvo cortada, la vertió en el perol y la coció durante un buen rato. Después se dirigió a todos con las siguientes palabras:

—Cada gente hay que comer, engaña barriga. Un poquito aumenta fuerzas. Luego hay que ir pronto. No puede descansar. Cuando hoy sol acaba, nuestra encuentra el Imán.

No tuvo que convencer a nadie; todo el mundo estaba listo para tragarse lo que fuera. Aunque la piel había estado mucho tiempo cociéndose, de todos modos estaba tan dura, que no había modo de hincarla el diente. Dersú aconsejó no comer mucha y detuvo a los ansiosos, diciéndoles:

—No hay que comer mucho. ¡Malo!

Al cabo de media hora nos pusimos nuevamente en marcha. En efecto, la piel que habíamos comido, aun no habiendo mitigado nuestra hambre, daba trabajo mecánico al estómago. Cada vez que alguien quedaba rezagado, Dersú le reñía.

El día ya había acabado, pero nosotros seguíamos caminando. El Sinantsa parecía inacabable. A cada recodo, no hacían más que abrirse nuevos cursos. Apenas arrastrábamos los pies, marchábamos como borrachos. De no ser por que Dersú nos había persuadido de que no teníamos que acampar, lo habríamos hecho hace tiempo. A eso de las seis de la tarde surgieron los primeros indicios de la cercanía de una morada: huellas de esquís y trineos, talas recientes, leña cortada, etcétera.

—El Imán no es lejos —dijo Dersú con voz satisfecha.

Todos percibieron una afluencia de energía y comenzaron a andar con más ánimo. Como en respuesta a sus palabras, delante se escucharon los lejanos ladridos de un perro. Un recodo más y vimos unas luces. Era el poblado chino de Sian-shi-heza[472].

Un cuarto de hora después ya nos estábamos aproximando a la aldea. Nunca me había cansado tanto como aquel día. Al llegar a la primera *fansá*, entramos y, sin desvestirnos, nos tumbamos sobre el *kan*. No queríamos ni comer, ni beber, ni hablar. Solo tumbarnos.

Naturalmente, nuestra presencia suscitó la alarma entre los chinos. El dueño de las *fansá* fue el que más se alteró y, de tapadillo, ordenó a los trabajadores que se alejaran. Momentos después, otro chino entró en la *fansá*. Aparentaba unos treinta años, era de estatura media, achaparrado, y con rasgos faciales típicamente mongoles. Nuestro nuevo conocido vestía mucho mejor que los otros. Se comportaba con mucha soltura y tenía la voz chillona. Se dirigió a nosotros en ruso y comenzó a preguntarnos quiénes éramos y adónde íbamos. Su habla era limpia, correcta y clara. A menudo aderezaba sus palabras con proverbios rusos. Después se puso a convencernos para que fuéramos a su

fansá. Se presentó como Li Tan-kui, hijo de Li Chin-fu. Decía que su casa era la mejor de la aldea y que la *fansá* en la que nos habíamos metido pertenecía a un pobre, etc., etc. Luego salió afuera y, mediante susurros, estuvo un buen rato hablando de algo con el dueño. Este último se acercó a mí y también me pidió que fuéramos a la vivienda de Li Tan-kui. No había nada que hacer, tuvimos que ceder. De algún sitio salieron unos trabajadores, a los que les dio tiempo a trasladar nuestras cosas. Cuando caminábamos por la senda, Dersú me agarró calladamente de la manga y dijo:

—Él es gente muy astuta. Mía piensa, él quiere engaña. Hoy mía no voy a dormir.

También a mí me resultó sospechoso aquel chino; no me gustaron sus halagos y familiaridades.

El poblado de Sian-shi-heza estaba situado en la orilla derecha del Imán. Contaba con 22 *fansás* chinas y una población de 196 personas. Al otro extremo del claro, junto al bosque, se hallaba un campamento nómada udejey abandonado. Lo componían ocho *yurtas*. Todos los udejéis (65 personas distribuidas en 21 hombres, 12 mujeres y 32 niños) habían dejado sus moradas y marchado al Vagumbé.

Al cabo de unos cinco minutos llegamos a la casa de Li Tan-kui, que tenía a su alrededor varias *fansás* para trabajadores y cazadores. Tras ellas se veían graneros, una herrería, un cobertizo, un establo, etc. Entramos. El dueño quiso alojarnos a G. I. Granatman y a mí en su habitación, pero yo insistí en que los cosacos y Dersú durmieran con nosotros. Después Li Tan-kui se puso a agasajarnos. ¡Qué rico nos pareció el té con tortas horneadas con aceite de semillas! Por un momento incluso olvidamos nuestras sospechas. Una vez mitigué los primeros síntomas del hambre, los recelos volvieron a surgir. Li Tan-kui nos agasajó, sí, pero en sus

agasajos no había hospitalidad: cada uno de sus movimientos traslucía segundas intenciones. Dersú estuvo todo el tiempo vigilándole. Yo también decidí no dormir, pero no estaba en condiciones de superar el cansancio. Tras la cena, sentí que los párpados se me cerraban solos; sin darme cuenta, quedé sumido en un profundo sueño.

Por la noche me desperté porque alguien me tiró del hombro. Me puse de pie rápidamente. Dersú estaba sentado al lado. Me hizo una señal para que no hiciera ruido y luego me contó que Li Tan-kui le había dado dinero y rogado que me convenciera de que no fuéramos a ver a los udejéis del Vagumbé, sino que pasara sus *yurtas* de largo, particular para el que prometió darnos guías y porteadores. Dersú le contestó que esto no dependía de él. Dersú se sentó luego sobre el *kan* y se hizo el dormido. Li Tan-kui aguardó a que, creyó él, Dersú estuviese dormido, para salir a hurtadillas de la *fansá* y marcharse a caballo a algún lugar.

—Nuestra va mañana al Vagumbé. Mía piensa, allí hay algo malo —dijo, concluyendo su relato.

En ese instante se oyó un ruido de cascos. Nos metimos en nuestros cubículos y fingimos estar durmiendo. Li Tan-kui entró en la vivienda. Se quedó en la puerta, pegó el oído y, convencido de que todos dormían, se desvistió sin hacer ruido y se acostó en su sitio. Enseguida caí otra vez dormido y me desperté cuando el sol ya estaba bien alto.

Un ruido me despertó y pregunté qué pasaba. Los cosacos me informaron de que varios udejéis se habían acercado a la *fansá*. Me vestí y salí afuera a verles. Me sorprendió la hostilidad con la que me miraron.

Una vez hubimos tomado el té, anuncié que continuábamos nuestro camino. Li Tan-kui se puso a convencerme de que nos quedáramos un día más, prometió

matar un lechoncito, etc. Dersú me guiñó el ojo en ese momento para que yo mostrara mi disconformidad. Entonces Li Tan-kui empezó a tratar de imponernos a su guía, pero yo renuncié a tales servicios. Por mucho que Li Tan-kui obró con astucias, no logró engañarnos.

Desde Sian-shi-heza la senda discurría por la orilla derecha del río, al pie de unas altas montañas. Pasados un par de kilómetros, salía de nuevo a un claro, al que los chinos del lugar llaman Hozengou[473]. Este calvero tiene una longitud de 5 kilómetros y una anchura entre uno y tres. En Hozengou conté 19 *fansás*, en las que vivían cerca de 200 chinos.

Todos los chinos del Imán van bien armados y viven de modo muy desahogado. Nos trataron de forma muy hostil. A mis preguntas sobre el camino y la cantidad de población, contestaban con rudeza: «Bu chi dao» (no sé). Algunos incluso decían directamente: «Lo sé, pero no te lo voy a decir».

Un poco más adelante, a un lado, se hallaba el campamento nómada udejey del Vagumbé, compuesto de cuatro *fansás* y otras tantas *yurtas*. Según nuestros datos, allí habitaban 85 udejéis (29 hombres, 19 mujeres y 37 niños). Cuando nos acercamos a sus viviendas, todos corrieron a nuestro encuentro. Nos recibieron de una forma muy poco amigable y ni siquiera nos invitaron a pasar a sus *yurtas*.

La primera pregunta que me hicieron fue: ¿por qué había pasado la noche en casa de Li Tan-kui? Les contesté y, a su vez, les pregunté por qué me estaban tratando de forma tan hostil. Los udejéis respondieron estar esperándome desde hacía tiempo y que, de súbito, se enteraron de nuestra llegada y de que nos habíamos alojado en Sian-shi-hezá, en casa de los chinos.

Pronto todo se aclaró. Resultó que allí había tenido lugar una tragedia total. El chino Li Tan-kui era el amo del valle del Imán y explotaba a los nativos, a quienes castigaba cruelmente si no le suministraban una cifra determinada de pieles en el plazo fijado. Había saqueado por completo muchas familias, violado a sus mujeres y arrebatado a sus niños, a quienes vendía para cobrarse las deudas. Finalmente, a dos udejéis, Masenda y Somo, de la tribu Kialondig, se les agotó la paciencia y marcharon a Jabárovsk a quejarse ante el gobernador general. Este último prometió ayudarles y, entre otras cosas, les dijo que yo debía llegar al Imán proveniente del litoral. Les ordenó dirigirse a mí, suponiendo que yo resolvería mejor la cuestión *in situ*. Los udejéis regresaron, comunicaron a sus parientes los resultados de su viaje y se pusieron a aguardar pacientemente mi llegada. Li Tan-kui se enteró del viaje de Somo y Masenda. Entonces, para dar ejemplo a los demás, ordenó apalear a los querellantes. Uno de ellos murió durante el castigo y el otro, aunque sobrevivió, quedó inválido para toda su vida. Entonces el hermano del que habían matado, Gulung, marchó a Jabárovsk. Li Tan-kui ordenó atraparle y estirarle al río para que muriera congelado. Cuando se enteraron de esto, los udejéis decidieron defender a su compañero con las armas en la mano. Se creó una situación de asedio. Los nativos permanecieron dos semanas en el mismo sitio, sin ir a cazar, sufriendo calamidades por la falta de alimentos. De pronto les llegó la noticia de que habíamos llegado a Sian-shi-heza y que estábamos alojados en casa de Li Tan-kui. Les expliqué que no sabía nada de lo que ocurría en el Imán y que, cuando arribamos a Sian-shi-heza, estábamos tan fatigados y hambrientos, que entramos en la primera *fansá* que vimos, sin comprender dónde nos metíamos.

Por la tarde, todos los ancianos se reunieron en una *yurta*. Decidieron en consejo que informara de todo a mi jefatura cuando llegara a Jabárovsk y que solicitara ayuda para los nativos.

Cuando los ancianos se dispersaron, me abrigué y salí de la *yurta*. Alrededor estaba todo tan oscuro, que no se podía distinguir a una persona a dos pasos de distancia. Uno solo podía saber dónde se hallaban las viviendas de los udejéis por las chispas y bocanadas de humo que salían por los orificios de los tejados. De repente, unos extraños sonidos se propagaron por el sereno aire vespertino. Eran golpes de pandero, tras los cuales se escuchaban unos cantos, parecidos a gemidos y lloros. Había algo sobrecogedor y melancólico en aquellos sonidos. Como olas, se difundían por los lados y se extinguían en el frío aire de la noche. Llamé a Dersú alzando la voz. Salió y me dijo que en la *yurta* de más al fondo un chamán estaba sanando a un niño enfermo. Fui para allá, pero justo en la puerta me topé con una vieja que me cortó el paso. Comprendí que mi presencia durante el *kamlanie*[474] no era deseable y di media vuelta por la senda.

En la parte donde estaban situadas las *fansás* chinas, se divisaban unas luces. Estaba pelándome de frío, por lo que volví a la *yurta* y me puse a entrar en calor junto a la hoguera.

Capítulo XXIX

Del Vagumbé a Parovozi

Despedida. El río Taytziberi. Kartún. Ánimos hostiles de los chinos. Negativa a dejarnos pernoctar. Orientación con ayuda del olfato. Lofanza. Miaolín. Un dueño escandaloso. Parovozi. El río Neytsuje. La alquería de Kotelnoe. Un camino de carruajes. Agasajos en la aldea de Gogolevka. El curso bajo del Imán. El favor de un compañero de viaje. Despedida de Dersú. La estación de Imán. Regreso a Jabárovsk.

A la mañana del día siguiente, 8 de noviembre, proseguimos nuestro camino.

Todos los udejéis salieron a acompañarnos. Aquella muchedumbre de gente vestida de manera colorida, con el rostro bronceado y colas de ardilla en sus tocados producía una extraña impresión. Había algo absurdo e ingenuo en todos sus movimientos.

Nosotros marchábamos en medio, junto con los ancianos, mientras que los jóvenes correteaban por los lados, distrayéndose con el rastro de nutrias, zorros y liebres. Al final del calvero, los nativos se detuvieron y dejaron que yo avanzase. De entre la multitud salió un viejo canoso. Me hizo entrega de una garra de lince y me ordenó guardarla en el bolsillo para que no me olvidase de su petición relativa a Li Tan-kui. Después nos separamos; los udejéis dieron media vuelta y nosotros continuamos nuestro camino.

A partir de la desembocadura del Sinantsa, el Imán cambia su dirección y fluye al norte hasta alcanzar al Tjetibe. Este afluente posee tres nombres; los golds lo llaman Tekibira, los udejéis Teguibiaza y los rusos Taytziberi. Desde allí el Imán vuelve a doblar al oeste, dirección que mantiene ya hasta su confluencia con el Ussuri. Esta parte del valle del Imán también está compuesta de una serie de terrenos tectónicos y de denudación, que se alternan entre sí. Valles de este tipo se dan con especial frecuencia en el territorio del Priamur.

Entre el Sinantsa y el Tjetibe, el Imán toma por su izquierda en orden correlativo a los siguientes afluentes: el Tashidoje (de 50 kilómetros de longitud) y el Jeysingou[475] (que tiene 10). El monte Lomazá-Tzun[476] se halla entre sus desembocaduras. Más adelante figuran el riachuelo Mydagouza[477] (de 6 kilómetros), un monte del mismo nombre y, finalmente, el río Siao-Shiba-he[478] (de 25). Por la derecha, en el mismo orden correlativo, están: el Vagumbé (40 kilómetros) con su afluente Taygou[479] y el Tsutsuvayza (15).

El río Taytziberi tiene una longitud de 100 kilómetros, contiene muchos rápidos y está atascado de troncos derribados por el viento. En su parte superior fluye de este a oeste y solo cerca de su desembocadura tiende al sur. Espesos bosques de coníferas cubren todo el valle. En su curso bajo, el Taytziberi cuenta con los siguientes afluentes: por la derecha, el Tsologouzú[480] (12 kilómetros), el Chantzuyzú[481], con un monte del mismo nombre, y el Sibicha[482]. Luego siguen el Janijeza[483], el Beylaza[484] y el Dinantsa. El Sibicha se forma a partir de la confluencia del Siao-Sibicha[485] y el Sanchaza[486]. Tiene una corriente que fluye con una media de 9 kilómetros a la hora, una profundidad de cerca de 1,5 metros y una anchura cerca de su desembocadura de otros 50. Si se sube por el riachuelo de la derecha, en dos días se puede llegar al

Beytsuje[487]. Si lo haces por el segundo, en cuatro sales al Shitoje[488] (afluente superior del Bikin). El Taytziberi toma por su izquierda al Nantsa (25 kilómetros), el Tiapogou[489] (20), el Tsamtsagouzá[490] (30), el Poumazygou[491] (12) y el Talingouza[492] (40). Entre las desembocaduras del tercer y cuarto ríos se halla una alta montaña, a la que los chinos del lugar llaman Logozuyza.

Tras tomar al Taytziberi, el Imán tuerce al oeste. En ese punto posee una anchura cercana a los 140 metros, y una profundidad entre tres y cuatro. Más adelante, siempre por la izquierda, dos pequeños ríos van a dar a él: el Shandapouza[493] (8 kilómetros) y el Kaulantún[494] (15). Los chinos llaman a este último Dinzaje (río de oro). En verano, cuando se va por el bosque, hay que poner atención para no perder la senda. En invierno, cuando esta queda cubierta de nieve, se distingue bien entre los arbustos, algo que facilitó en buena medida mis levantamientos de planos.

La senda se mantenía todo el tiempo junto al río y se encaramaba a los montes solo en aquellos puntos donde no se podía evitar los despeñaderos ribereños. El valle del Imán no tiene la misma anchura en todas partes: unas veces se ensancha hasta los 3,5 kilómetros, otras se estrecha tanto, que solo deja un desfiladero para el río.

Hay pocos sitios donde el Imán fluya con el mismo cauce, a menudo se divide en ramales. Algunos de ellos tienen una longitud importante y se desvían bastante. Los que merecen mención son el Tagouza[495], el Nalliu y el Kartunskaya.

Nos fatigamos mucho durante aquellos días. Teníamos ganas de parar y descansar. Según contaban los udejéis, más adelante se hallaba un pueblo chino grande: Kartún. Pensamos pasar la noche allí, reponer fuerzas y, si era posible,

arrendar unos caballos. Pero estaba escrito que nuestros sueños no habrían de cumplirse.

En el intervalo que hay entre los ríos Dinzaje y Kartún, el Imán recibe un montón de pequeños y grandes afluentes, que tienen los siguientes nombres: por la derecha, el Iaumugá (25 kilómetros); el Logozuyza[496] (dos) y el Vambalaza, es decir, la Roca de la Tortuga (25). Las montañas rocosas próximas a Kartún tienen el mismo nombre. Si se las mira de perfil desde el lado del Imán, su contorno realmente recuerda a una tortuga. Según los udejéis, en los montes entre el Logozuyza y el Vambalaza hay oro. Por la izquierda, al Imán van a dar el Kaulentún (10 kilómetros), el Siadopouza (15), el Chulagou (40), el Tundagou (50), el Tazygou[497] (15) y el Joamijeza[498] (12).

Kartún, propiamente dicho, está situado en una gran hondonada de 6 kilómetros de largo y tres de ancho. Allí se cuentan 42 *fansás* chinas, con una población compuesta por 575 hombres, tres mujeres y nueve niños.

Los terrenos de Kartún pueden considerarse la frontera donde acaban los bosques mixtos y comienzan los de follaje espeso. Las montañas en la parte del río están cubiertas por un bosque de cedros que en invierno destaca por su oscuro ramaje.

El día tocaba a su fin cuando llegamos a Kartún. El sol acababa de ocultarse tras el horizonte. Sus rayos aún jugueteaban en las nubes, iluminando la tierra con el reflejo de esa aureola. A un lado, junto al río, se divisaban las *fansás* chinas. Estaban detrás de unos abetos, como si quisieran ocultarse de las miradas de los eventuales caminantes. Nos dirigimos hacia ellas.

La palabra «kartún» (probablemente gao-li-tun) significa «pueblo coreano». Cuentan que allí, en los ramales, antes se

extraían muchas perlas. Según otras habladurías, «kartún» significaba «puerta». Efectivamente, al oeste de Kartún el valle volvía a estrecharse. A la izquierda, los montes de Jin-jutó[499] quedaban cerca del río. Y a la derecha, el alargado estribo del Vambalaza.

Nunca había visto unas *fansás* de tanta categoría como las de Kartún. Estaban situadas en la orilla derecha del río y se asemejaban más bien a fábricas antes que a construcciones de viviendas.

Entré en una de ellas. Los chinos me recibieron de forma hostil: les había llegado la noticia de quiénes éramos y por qué nos acompañaban los udejéis. No es agradable estar en una casa donde el dueño es poco amable. Pasamos a otra *fansá* y nos recibieron aún peor. En la tercera no pudimos ni llamar a la puerta. En la cuarta, quinta y hasta décima nos dispensaron igual recibimiento. Era como chocar contra un muro. Maldije, maldijeron los cosacos y maldijo Dersú, pero no se podía hacer nada. Solo restaba resignarse. No quisimos pasar la noche allí al lado, por lo que decidí continuar hasta encontrar un lugar apto para el vivac.

Cayó la tarde. El bello resplandor del cielo comenzó a languidecer. Las estrellas comenzaron a brillar por algunos puntos.

Las *fansás* chinas quedaron atrás, pero nosotros seguíamos nuestro camino. De repente, Dersú se detuvo y, echando la cabeza atrás, comenzó a olfatear el aire.

—Espera, capitán —dijo—. Mía encuentra olor de humo. Son udejéis —dijo al cabo de un momento.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Kozhevnikov—. ¿Tal vez sea una *fansá* china?

—No —contestó Dersú—. Son udejéis. *Fansá* china tiene chimenea grande, humo va alto. De la *yurta* humo va bajo.

Udejéis asan pez.

Y tras decir estas palabras, siguió avanzando con paso firme. A veces se detenía y olisqueaba el aire reiteradamente. Así recorrimos unos cincuenta pasos, luego cien, doscientos, pero seguíamos sin ver la prometida *yurta*. Los hombres, cansados, empezaron a reírse del viejo. Dersú se ofendió.

—Vuestra quiere aquí duerme, pero mía quiere ir a *yurta* y comer el pez —les contestó calmosamente.

Le seguí y detrás de mí también lo hicieron los cosacos. En efecto, un par de minutos después, llegamos a un campamento nómada udejey, donde había dos *yurtas*. En ellas vivían nueve hombres, tres mujeres y cuatro niños. Al entrar en una, vi a una mujer asando pescado al fuego. Era evidente que Dersú tenía el olfato mucho más desarrollado que nosotros. Había percibido el olor de humo y pescado asado a un mínimo de unos 250 pasos de distancia, si no más.

Al cabo de unos momentos estábamos sentados junto al fuego, comiendo pescado y tomando té. Me había fatigado tanto aquel día que apenas pude hacer las anotaciones necesarias en mi diario. Rogué a los udejéis que no apagaran el fuego por la noche. Me prometieron dormir por turnos y se pusieron inmediatamente a cortar leña.

Por la noche cayó una helada brumosa. Francamente, me habría alegrado mucho si hubiera hecho mal tiempo desde por la mañana. Al menos habríamos descansado bien y dormido como es debido, pero apenas salió el sol, la niebla enseguida se disipó. Los arbustos ribereños y los árboles junto a los ramales habían quedado cubiertos de escarcha, asemejándose a corales. La escarcha había formado rosetones sobre el hielo liso y los rayos del sol jugaban con ellos. De modo que parecía haber brillantes esparcidos por el río.

Vi que los cosacos tenían prisa por regresar a casa, por lo que accedí a sus deseos. Uno de los udejéis se ofreció para conducirnos hasta Miaolín, que así es como se llamaba una gran fábrica de *hanshín*[500], situada en el margen derecho del Imán, a unos 7 kilómetros de Kartún, corriente abajo.

Aquel día el camino me pareció aún más pesado.

El valle volvía a ensancharse pasadas las puertas de Kartún. Subí a uno de los cerros. Un interesante espectáculo se abrió ante mis ojos: al este discurría el valle del Imán, perdiéndose entre las montañas. Pero al oeste, norte y sur, por cuanto alcanzaba la vista, ante mí se desplegaba una enorme depresión levemente accidentada, cubierta por ralos bosquetes de frondosas. Tras ellos, los campos níveos se extendían por un vasto espacio, cubiertos de hierba y arbustos. Los chinos llaman a esta enorme depresión Lofanza[501]. Tiene una longitud de 80 kilómetros y un mínimo de 50 de anchura. Aquellos parajes parecían propicios para el cultivo. Sin embargo, no se veían *fansás* por ningún lugar. Los chinos evitaban estos lugares y, probablemente, no sin fundamento: o bien la tierra aquí es mala, o bien se inunda de agua durante las crecidas del Imán. Según se rumoreaba, en los terrenos de Chinguyza había otra *yurta* en la que vivían dos solitarios udejéis.

Arribamos a Miaolín a eso de las dos de la tarde. Era una de las *fansás* más viejas de la región del Imán. Allí vivían 16 chinos y una mujer gold. Su dueño se había mudado a aquel lugar cincuenta años atrás, cuando todavía era joven. Ahora tenía ya setenta y pico años. Al contrario de sus deseos y pese a recibirnos de manera no muy amable, igualmente se dispuso a darnos de comer y permitió que pernoctáramos en su *fansá*. Por la noche bebió hasta ponerse como una cuba.

Empezó a pedirme algo, pero luego endureció el tono y se puso a armar ruido.

—Miaolín no es de hoy ni de ayer —dijo—. Miaolín es tan viejo como yo y vosotros habéis venido para echarme. No os voy a entregar Miaolín. Si tengo que marcharme de aquí, le prenderé fuego.

Después explicó que iba a quemar la *fansá*, salió al patio y trajo arrastrando una gran brazada de paja.

Todo aquello acabó con Dersú dándole de beber hasta que perdió la consciencia y poniéndolo a dormir sobre aquel mismo montón de paja.

Nos marchamos por la mañana temprano, tras dejar al viejo durmiendo en su *fansá*, que no quería cedernos ni nosotros quitársela.

Cosa extraña: cuanto más nos acercábamos al Ussuri, más indispuestos nos sentíamos. Nuestros morrales estaban casi vacíos, pero resultaban más pesados de llevar que al principio del viaje, cuando iban llenos. Las correas nos habían hecho tantas rozaduras en los hombros, que dolían solo con tocarlos. Debido a esta tensión, nos dolía la cabeza y nos sentíamos débiles.

Cuanto más nos aproximábamos a la vía del tren, peor nos miraba la población. Nuestra ropa estaba hecha jirones, el calzado esta desgastado y los campesinos nos miraban como si fuéramos vagabundos.

Desde Miaolín, la senda discurría por un prado aterronado, rodeando pantanos y ramales. Un par de horas después nos llevó a unos cerros de poca altura que estaban cubiertos por un bosque ralo de robles. Aquellos cerros presentaban un macizo aislado en medio de Lofanza, llamado Kou-tzi-shan[502]. Son restos de grandes montañas, en parte

denudadas, en parte hundidas en el espesor de formaciones terciarias. Al pie fluye un pequeño riachuelo: el Juanijezá.

Los fusileros caminaban perezosamente, a menudo descansando. Poco antes del crepúsculo, llegamos a una parcela de nombre un tanto extraño: Parovozi[503]. No pude averiguar de dónde procedía ese nombre. Allí vivía con su familia un jefe udejey, Sarl Kimunká. Eran siete hombres y cuatro mujeres. En 1901, junto con un empleado de la Dirección de Migraciones, Mijailov, había marchado por el Imán hasta llegar a la cordillera Sijoté-Alín. Como premio, se le asignó una parcela de granja. Sarl Kimunká sabía por experiencia propia qué dificultades experimentan los exploradores de la región montañosa de la Sijoté-Alín, por lo que en su *fansá* encontramos la más cordial de las acogidas y una opípara cena a base de gachas de almorejo y pescado seco.

Por la noche me enteré por él de que unos 4 kilómetros más abajo, otro pequeño río, el Neytsuje[504], va a dar también al Imán. Prácticamente la mitad de su recorrido discurre por la depresión de Lofanza en medio de pantanos aterronados, cubiertos de maleza y verdasca arbórea marchita. Según Sarl Kimunká, el Neytsuje era muy sinuoso. Unos tupidos bosques mixtos comenzaban a 40 kilómetros del Imán. Luego seguían quemadas y cenagales de bosque. Entre los afluentes del Neytsuje, el Jaynetó[505] tenía fama de ser un terreno rico en ginseng.

Al día siguiente nos levantamos tarde, dimos un bocado al pescado y seguimos adelante. Sarl Kimunká nos condujo hasta unos coreanos que hacía poco tiempo se habían mudado cerca de Parovozi. El curso bajo del Imán aún no se había congelado, por lo que fuimos en barca. Recorrimos todas las *fansás* y por ninguna parte encontramos a ningún

hombre. Las mujeres nos miraron con susto, en silencio y escondiendo a sus hijos. Viendo que no podíamos conseguir nada, hice una seña con la mano y ordené a los fusileros que fueran hacia el río. El udejey encontró una batea escondida entre unos arbustos. Atravesamos el río en ella de uno en uno y luego él regresó.

En la margen izquierda del Imán, al pie de un cerro solitario, se hallaban cuatro casetas. Se trataba del poblado ruso de Kotelnoe. Sus emigrados acababan de llegar de Rusia y aún no habían tenido tiempo de acondicionarlas como es debido. Entramos en una de aquellas chozas y pedimos permiso para pasar la noche. Los dueños de la pequeña isba se mostraron muy cordiales. Nos preguntaron quiénes éramos y adónde íbamos, y luego se pusieron a quejarse de su suerte.

¡Con qué gusto comí el pan campesino! Por la noche, todos ellos se reunieron en la isba y nos relataron cosas sobre su vida cotidiana en el nuevo lugar, a menudo suspirando. Probablemente, su emigración había resultado penosa. De no ser por el salmón *keta*, todos habrían perecido de inanición. Este pescado fue su único sostén.

Desde la alquería de Kotelnoe comenzaba un camino marcado con mojones. Cerca de la aldea, en uno estaba inscrita la cifra «74». No teníamos dinero para comprar caballos. Yo tenía que levantar sin falta los últimos planos, cosa únicamente posible si íbamos a pie. Además, nuestra indumentaria, muy desgastada, nos obligaba a entrar en calor moviéndonos.

Partimos por la mañana temprano, casi al amanecer.

Enseguida, pasado el Neytsuje, el camino ascendía al puerto y durante 9 kilómetros discurría en zigzag. A la izquierda quedaba la depresión pantanosa del Imán y a la derecha unas colinas cubiertas por un bosque viejo de robles

poco frondoso de carácter lignario. Al principio el camino iba al norte, pero luego, cerca del mojón con la cifra «57», de nuevo torcía al oeste.

La siguiente aldea era Goncharovka. Era más grande que Kotelnoe, pero su estado tampoco era envidiable. La pobreza asomaba en cada ventana, podía leerse en los rostros de los campesinos, en los ojos de las mujeres y en la ropa de los chiquillos.

Llegamos pasado mediodía al pueblecito coreano de Lukianovka, compuesto de 52 *fansás*, desperdigadas a bastante distancia la una de la otra. Descansamos allí un poco y proseguimos la marcha. El crepúsculo nos sorprendió por el camino. Todos estábamos bastante fatigados, ateridos de frío y con ganas de comer. Pronto dejé de distinguir las cifras en mis instrumentos, pero el camino seguía viéndose. Entonces me puse a trabajar con ayuda de una luz. A mi señal, uno de los cosacos acercó un fósforo prendido hacia mis instrumentos. Con esa momentánea iluminación, distinguí la cifra que marcaba el nonio, la anoté en el portaplanos y seguimos avanzando. Finalmente, delante refulgió una lucecita.

—¡Una aldea! —exclamaron todos al unísono.

—Por la noche luz engaña todo el rato —dijo Dersú al respecto.

Efectivamente, en la oscuridad una luz se ve desde lejos. A veces parece estar más lejos que lo que realmente está, otras se halla muy cerca, casi al lado. Íbamos caminando y parecía que la luz también se alejaba de nosotros. Iba ya a hacer un alto, pero la luz de repente surgió muy cerca. Distinguimos en la oscuridad una isba, una segunda y una tercera. Ocho casas en total. Era la aldea de Verbovka. Muchos de los campesinos no estaban en casa; se habían marchado a la ciudad en busca de

un trabajo temporal. Las mujeres, asustadas, nos tomaron por *honghuzis* y no quisieron abrir la puerta. Tuvimos que recurrir a la ayuda del alcalde pedáneo, quien nos dio cobijo en su casa a mí, a Dersú y a Bochkariov, mientras que G. I. Granatman, Murzin y Kozhevnikov se alojaron con los vecinos.

Ese día recorrimos 35 kilómetros y nos cansamos muchísimo. Debido a la extenuación, estuve largo tiempo sin poderme dormir, dando vueltas todo el rato de lado a lado. Cada nueva postura me proporcionaba una dulce languidez, pero después sobrevenía un dolor sordo en las articulaciones.

Aún quedaban 43 kilómetros hasta la vía férrea. Tras consultarlo con mis compañeros de viaje, decidimos intentar recorrer esta distancia de una tacada. Con tal de ejecutar este plan, partimos muy temprano. Estuve cerca de una hora trabajando con una luz. Cuando salió el sol, ya estábamos próximos a Gogolevka.

La mañana era helada. Toda la aldea humeaba; un humo blanco salía por las chimeneas, extendiéndose por el aire y adquiriendo un matiz dorado y rosáceo.

No quise detenerme allí, pero uno de los lugareños se enteró de quiénes éramos y nos rogó pasar a su casa a tomar té. No podíamos rechazar su hospitalidad. El dueño resultó ser una persona muy amable. Nos agasajó con leche, pan blanco, miel y mantequilla. No recuerdo su apellido, pero le agradezco en el alma su cordialidad y hospitalidad. Además nos aprovisionó de comestibles para el camino y dio a los fusileros tabaco y *prianiki*[506]. En su casa y tomando té, miré a través de la ventana y le pregunté por los alrededores.

La aldea de Gogolevka estaba situada en el margen izquierdo del Imán, a medio kilómetro del río. La orilla contraria es montañosa. Estos montes tienen los siguientes

nombres: Shanguachín[507], Joushí[508], Vambabozá y Siaoshantsunzí[509]. Cerca del primer monte (el Shanguachín), el río Beytsuje[510] va a dar al Imán. Fluye en paralelo a él y únicamente en su curso bajo se desvía un poco al sur. Tiene unos 150 kilómetros de longitud, una anchura de 40 metros, una profundidad de dos y una corriente de 3 kilómetros a la hora de velocidad. En sus fuentes presenta un puerto sobre el Situje (afluente del Bikin). El Beytsuje es extraordinariamente sinuoso, especialmente en su curso bajo. En los últimos años se han producido grandes talas de bosque en este lugar. De los afluentes del Beytsuje, merecen atención: por la izquierda (desde las fuentes hacia abajo), el Dunantsa, el Jayje[511], el Satoje[512] y el Siksinda; por la derecha, el Siaujeza[513], el Janijezá, el Ushanka y el Malaia Beytsuje. Entre la desembocadura y el Imán se alberga la pequeña aldea coreana de Sarovka. Y un poco más abajo, donde empiezan las montañas, dos pueblos coreanos: Ombor y Sambor.

El té con pan restableció nuestras fuerzas. Tras dar las gracias al hospitalario dueño, continuamos nuestro camino y pronto llegamos a la aldea de Zvenigorodsk. Ya solo quedaban 23 kilómetros hasta la vía férrea. Pero, ¡¿qué significaba esa distancia tras un desayuno suculento y cuando sabes que ese día puedes terminar el viaje por completo?!

El día era claro y soleado, pero frío. Estaba totalmente harto de levantar planos y sólo el deseo obstinado de concluir tal tarea, me impedía abandonarla. Cada vez que cogía el acimut, dibujaba a toda prisa el relieve más próximo y luego me calentaba las manos con el aliento. Al cabo de una hora de camino alcanzamos a un hombre que transportaba pescado a la estación.

—¿Y cómo es que trabaja así? —me preguntó—. ¿Será posible que no tenga frío?

Le contesté que mis guantes se habían desgastado durante el viaje.

—Pues coja los míos —dijo el caminante—. Tengo otro par de repuesto.

Y tras decir estas palabras, sacó de la carreta unos guantes cálidos de punto y me los entregó. Me los puse y proseguí trabajando. Anduvimos un par de kilómetros juntos. Mientras yo trazaba planos, el campesino me relataba cosas de su vida cotidiana, poniendo como un trapo a todo el mundo. Maldijo a sus paisanos, a la mujer de su vecino y también dio una pasada al maestro y al sacerdote. Me molestaron todos aquellos improperios. Su jamelgo avanzaba lentamente y vi que a esa velocidad no lograríamos llegar al Imán hacia el atardecer. Me quité los guantes, se los devolví al carretero, le di las gracias y, deseándole éxitos, apreté el paso.

—¡Cómo! —gritó mientras me alejaba—. ¿No me va a pagar nada?

—¿Por qué? —pregunté.

—¡Pues por los guantes!

—Ya te los he devuelto —respondí.

—¡Atiza! —dijo disgustado mi benefactor, alargando la respuesta—. Me he apiadado de usted, ¿y no quiere pagarme?

—¡Menudo piadoso estás tú hecho! —dijeron los cosacos, inmiscuyéndose.

El que más se enfadó de todos, fue Dersú. Fue todo el rato maldiciendo y riñendo al carretero con diferentes palabras.

—Gente mala —dijo—. Mía no quiero ver uno así. No tiene cara.

En las expresiones del gold, «perder la cara» significaba perder la conciencia. Uno no podía no estar de acuerdo con que aquel hombre, en efecto, no tenía conciencia.

Aquella historia me puso de mal humor el día entero.

—¡Cómo hay este gente! —decía Dersú, sin calmarse—. Mía piensa, él no puedo vivir, él mismo pronto desaparece.

Llegamos al río Baku pasado el mediodía e hicimos un alto en el camino.

En línea recta hasta la vía del tren quedaban no más de 2 kilómetros, pero un mojón indicaba la cifra «6». Esto era así porque el camino daba allí un rodeo por un gran pantano. El viento traía consigo los silbidos de las locomotoras y ya se podían distinguir las construcciones de la estación.

En secreto, acaricié la idea de que Dersú viniera conmigo a Jabárovsk en esta ocasión. Me daba mucha pena separarme de él. Había notado que durante los últimos días se había mostrado especialmente atento conmigo. Quería decirme algo o preguntarme alguna cosa, pero, por lo visto, no se decidía a hacerlo. Al final, tras superar su turbación, me pidió unos cartuchos, por lo que interpreté que había decidido marcharse.

—Dersú, no te vayas —le dije.

Él suspiró y empezó a decir que tenía miedo de la ciudad y que allí no tenía nada que hacer.

Entonces le propuse ir conmigo hasta la estación del tren, donde yo le podría aprovisionar para el camino de dinero y comestibles.

—No hace falta, capitán —respondió el gold—. Mía encuentra martas, es igualmente dinero.

En vano traté de convencerle, pues se mantuvo en sus trece. Dersú dijo que marcharía por el Baku y que en sus fuentes atraparía las martas. Luego, cuando las nieves comenzaran a derretirse, pasaría al río Daubije. Allí, cerca de la frontera natural del Anuchino, vivía un viejo gold conocido suyo con

quien había decidido pasar dos meses en la primavera. Convenimos en que al principio del verano, cuando yo llegara con una nueva expedición, o bien enviaría a los cosacos a buscarle, o bien yo mismo lo haría. Dersú se mostró de acuerdo y prometió esperarme. Tras estas palabras, le di todos los cartuchos que tenía. Nos sentamos y hablamos todo el rato de lo mismo. Tres veces convine con él dónde encontrarnos de nuevo, tratando por todos los medios de alargar el tiempo. Me resultaba duro separarme de él.

—Bueno, hay que ir —dijo Dersú y empezó a ponerse el morral.

—Adiós, Dersú —dije, estrechándole fuertemente la mano —. Gracias por ayudarme. ¡Adiós! ¡Nunca olvidaré lo mucho que has hecho por mí…!

Un gran sol rojizo acababa de ponerse, dejando tras de sí un débil brillo en el horizonte. Como siempre, Venus fue el primero en lucir. Después lo hizo Júpiter y otros grandes cuerpos celestes. Dersú quería decir algo más, pero se turbó y se puso a frotar la culata de su carabina con la manga. Permanecimos en silencio cerca de un minuto, luego volvimos a estrecharnos la mano y nos separamos. Él torció a la izquierda, hacia el ramal, y nosotros continuamos recto por el camino. Cuando nos hubimos alejado un poco, me giré y vi al gold. Había entrado en un banco de guijarros y estaba examinando unas huellas sobre la nieve… Le llamé de un grito y le dije adiós agitando la gorra. Dersú me respondió con la mano.

«Adiós, Dersú», pensé para mis adentros y continué avanzando. Los cosacos me siguieron.

Ante nosotros se extendía una llanura cubierta de hierba amarillenta y oscura que había traído la nieve. El viento soplaba sobre ella, azotando los tallos resecos. El crepúsculo

vespertino se extinguía tras las montañas del oeste, cubiertas de niebla. Y por el este ya se movía la oscura y fría noche. En la estación brillaban luces blancas, rojas y verdes.

Aquel día nos cansamos como no lo habíamos hecho en todo el viaje. Los hombres caminaban muy espaciados y en desorden. Faltaban 2 kilómetros para llegar a la vía férrea, pero aquella pequeña distancia se nos hizo más dura que 20 kilómetros al principio del viaje. Tras reunir fuerzas de flaqueza, nos dirigimos despacio hacia la estación, pero a falta de 200 o 300 pasos nos sentamos a descansar sobre una traviesa. Los obreros que pasaban cerca de nosotros se asombraron de que estuviéramos descansando tan cerca de la parada de tren. Un peón artesano incluso bromeó.

—Debe ser que la estación está lejos —dijo a un compañero, riéndose.

No estábamos para bromas. Los gendarmes también nos miraron con desconfianza; es probable que nos tomaran por vagabundos. Finalmente llegamos al pueblo y nos detuvimos en el primer hotel que vimos. Un habitante de ciudad posiblemente se habría indignado con su estado, carestías y suciedad, pero a mí me pareció el paraíso. Ocupamos dos habitaciones y nos instalamos con gran comodidad.

Todas las dificultades y todas las privaciones habían quedado atrás. Enseguida mostramos interés por los periódicos. Me acordaba todo el rato de Dersú. «¿Dónde estará ahora?, pensaba. Seguro que ha acampado en algún sitio cerca de la orilla, reunido leña, prendido una hoguera y está dormitando con una pipa entre los labios.» Y sumido en estos pensamientos, me quedé dormido.

Por la mañana me levanté temprano. Lo primero que pensé y me produjo placer fue comprender que ya no tenía que llevar más el morral. Estuve un buen rato remoloneando en la

cama. Luego me vestí y fui a ver a G. A. Febraliov, jefe de las tropas cosacas del Ussuri en el distrito del Imán. Me recibió con gran amabilidad y me entregó dinero. Por la tarde fuimos a una casa de baños. Durante el viaje me había familiarizado tanto con los cosacos, que no quería separarme de ellos. Tras el baño, tomamos juntos el té. Fue la última vez que lo hicimos. El tren llegó al poco y nos dispersamos por los vagones.

El 17 de noviembre, por la tarde, llegamos a Jabárovsk.

Desde la estación, los cosacos se dirigieron directamente a sus cuarteles. G. I. Granatman se alojó en casa de A. I. Merzliakov, mientras que yo lo hice en la de mis camaradas. En adelante, tenía que procesar los materiales reunidos antes del inicio del verano siguiente, cuando de nuevo decidiera continuar mis investigaciones en la región montañosa de la Sijoté-Alín.



VLADÍMIR KLÁVDIEVICH ARSÉNIEV (ruso: Владимир Клавдиевич Арсеньев; San Petersburgo, 29 de agosto[jul]./ 10 de septiembre de 1872[greg]. - Vladivostok, 4 de septiembre de 1930) fue un explorador, naturalista, cartógrafo y escritor ruso cuyos principales trabajos se desarrollaron en el lejano oriente siberiano. En 1892, Vladímir se matriculó en la Escuela de Cadetes de Infantería de San Petersburgo, se le despertó el interés por la investigación geográfica y por el Lejano Oriente. Tras su graduación, en 1895, fue destinado a Polonia y, en 1900, fue trasladado, a petición propia, a Vladivostok. Estando al servicio del Imperio ruso como teniente del ejército, exploró la región del río. Entre 1902 y 1908 realizó tres expediciones principalmente a pie acompañado por cosacos y guías nativos de Siberia. Durante estos viajes Arséniev cuando conoció a Dersu Uzala, cuya relación retrató en Por el territorio del Ussuri y Dersu Uzala. Fue nombrado Comisario de Minorías Étnicas de la República del Lejano Oriente (República de Chita). Murió murió a la edad de 57 años en 1930. Su viuda, Margarita

Nikoláievna Arsénieva fue arrestada en 1934 por la policía secreta soviética y condenada a muerte y su hija sentenciada al Gulag

Notas

[1] Край, en ruso. *[N. del T.]* <<

[2] En la actualidad, con la integración de Crimea, son ya 84. <<

[3] *Populus tremula. [N. del T.]* <<

[4] Casa campesina china. *[N. del T.]* <<

[5] *Cervus elaphus xanthopygus. [N. del T.]* <<

[6] Je: sufijo que significa «riachuelo». Se añade a todos los nombres de ríos pequeños que discurren por zonas habitadas por pequeños grupos étnicos: golds, oroches, etc. Tsi (¿Tzi?)-mu-je: río navegable. *[N. del A.]* <<

[7] Da-Dian-Shan: grandes montañas picudas. *[N. del A.]* <<

[8] Dao-bin-he: río donde ha habido muchos combates. *[N. del A.]* <<

[9] Loma Rica (del ruso). *[N. del T.]* <<

[10] Su-chan: terreno sembrado de la planta *su-tzi*, de la cual los chinos extraen el llamado aceite de hierbas. *[N. del A.]* <<

[11] San: lago que se ha desbordado. *[N. del A.]* <<

[12] Er-tzo-tzi: segunda ensenada. *[N. del A.]* <<

[13] Mayhe: río donde siembran mucho trigo. *[N. del A.]* <<

[14] D. N. Mushketov, *Descripción geológica de la vía férrea por la región de Suchan*, 1919. *[N. del A.]* <<

[15] Barbas Rojas (del chino). Bandas de ladrones, bandidos en las áreas fronterizas entre Rusia y China, sudeste de

Siberia, Lejano Oriente ruso y nordeste de China. *[N. del T.]* <<

[16] N. M. Przhevalski, *Viaje por el territorio del Ussuri*, 1869, pp. 135-136. *[N. del A.]* <<

[17] En 1902 en el pueblo había ya 88 familias. *[N. del A.]* <<

[18] Planta de la familia de las gramíneas perteneciente al género *Setaria. [N. del RC.]* <<

[19] Las ventanas enrejadas de las fansás chinas se despegan como si fueran de papel fino. *[N. del A.]* <<

[20] Gan-gou-tzi: precipicio seco (valle). *[N. del A.]* <<

[21] Del francés «Tout est pour le mieux dans le meilleur des mondes posibles», frase de la novela *Cándido o el optimismo* (Voltaire, 1759), con la que el doctor Pangloss intenta demostrar que todo lo existente en este mundo tiene un fin y que todo lo que pase será para mejor. Se utiliza como consejo para no preocuparse. *[N. del T.]* <<

[22] He obtenido los nombres científicos de los animales del conservador del museo en Vladivostok, A. I. Cherski. *[N. del A.] Phantera pardus orientalis. [N. del T.]* El leopardo del Amur es el felino más amenazado del planeta. Se estima que en la actualidad solo viven en libertad entre dos y tres decenas de ejemplares en la reserva de la Sijoté-Alín *[N. del RC.]*. <<

[23] *Cervus nippon hortulorum. [N. del T.]* <<

[24] U-la-he: río donde crece mucha hierba «u-la» (un tipo especial de espargancio), que se mete en el calzado chino de caza. *[N. del A.]* <<

[25] Planta de la familia de las leguminosas, alguna de cuyas especies se utiliza como forraje para el ganado. *[N. del T.]* <<

[26] *Trichodroma muraria. [N. del T.]* <<

[27] Capote de fieltro del Cáucaso. *[N. del T.]* <<

[28] Calzado del tipo de los *olochi* (de piel de vaca), hechos con piel de alce, reno o ciervo curtida como ante. *[N. del A.]* <<

[29] Tienda de campaña de los nómadas del Asia Central y de Siberia. *[N. del T.]* <<

[30] Nombre local para nombrar un valle angosto. *[N. del A.]* <<

[31] Tejido muy sólido de color azul con el que los chinos se cosen ropa. *[N. del A.]* <<

[32] James Fenimore Cooper (1789-1851): escritor estadounidense de novelas de aventuras. *[N. del T.]* <<

[33] Thomas Mayne-Reid (1818-1883): escritor irlandés de novelas de aventuras. *[N. del T.]* <<

[34] Le-fu-he: río de la caza feliz. *[N. del T.]* <<

[35] En las casas rústicas de los chinos y los coreanos, saledizo de piedra o barro dispuesto a lo largo de la pared que se utiliza a modo de poyo y por debajo del cual se sitúa la chimenea. *[N. del T.]* <<

[36] Tu-din-tzy: cumbre de tierra. *[N. del A.]* <<

[37] Utilizada por los chinos como medicina para el tracoma. *[N. del A.]* <<

[38] Los abortos también se utilizan para preparar medicinas que combaten el cansancio. *[N. del A.]* <<

[39] El agradable (del ruso). *[N. del T.]* <<

[40] Asunción (del ruso). *[N. del T.]* <<

[41] *Garrulus glandarius brandtii. [N. del T.]* <<

[42] *Nucifraga caryocatactes macrorhynchos. [N. del T.]* <<

[43] *Sitta europaea amurensis. [N. del T.]* <<

[44] La fundación de esta población data de 1883. *[N. del A.]* <<

[45] Despensero, almacenero, encargado de la intendencia. *[N. del T.]* <<

[46] Pimpollo, vástago de una planta. *[N. del RC.]* <<

[47] La aldea de Kazakevichevo fue fundada en 1872. *[N. del A.]* <<

[48] Fundada en 1885. *[N. del A.]* <<

[49] Viviendas rurales de madera propias de algunos países septentrionales del antiguo continente y en especial de Rusia. <<

[50] San-Dao-Gan: colina inclinada de cumbre ondulada y pendiente suave por la que discurre un tercer camino o se divisa una tercera colina. *[N. del A.]* <<

[51] Hu-ni-he-tzi: riachuelo sucio. *[N. del A.]* <<

[52] Montículo. <<

[53] *Calamagrostis langsdorffii. [N. del T.]* <<

[54] *Artemisia vulgaris. [N. del T.]* <<

[55] *Anser albifrons. [N. del T.]* <<

[56] *Querquedula querquedula. [N. del T.]* <<

[57] *Buteo buteo burmanicus* (águila ratonera). *[N. del T.]* <<

[58] *Cerchneis tinnunculus doerriesi. [N. del T.]* <<

[59] *Sternula sinensis. [N. del T.]* <<

[60] *Numenius cyanopus. [N. del T.]* <<

[61] *Mergus serrator. [N. del T.]* <<

[62] *Charadrius asiaticus. [N. del T.]* <<

[63] Antigua medida rusa de superficie equivalente a 1,09 hectáreas. *[N. del T.]* <<

[64] Chay-din-tzy: cumbre donde hay leña. *[N. del A.]* <<

[65] Siao-he-tzy: pequeño riachuelo. *[N. del A.]* <<

[66] Siao-tzy-gou: valle de la familia Siao. *[N. del A.]* <<

[67] *Egretta alba modesta. [N. del T.]* <<

[68] *Botaurus stellaris orientalis. [N. del T.]* <<

[69] *Haematopus ostralegus osculans. [N. del T.]* <<

[70] *Alcedo atthis bengalensis. [N. del T.]* <<

[71] *Fulica atra. [N. del T.]* <<

[72] *Podiceps. [N. del T.]* <<

[73] *Asio flammeus. [N. del T.]* <<

[74] *Acrocephalus* spp. *[N. del T.]* <<

[75] *Troglodytes troglodytes. [N. del T.]* <<

[76] *Emberiza schoeniclus pyrrhulina. [N. del T.]* <<

[77] *Nyctereutes procyonoides. [N. del T.]* <<

[78] *Arvicola terrestris. [N. del T.]* <<

[79] *Haliaeetus albicilla. [N. del T.]* <<

[80] *Caltha palustris. [N. del T.]* <<

[81] *Trapa natans. [N. del T.]* <<

[82] De los cisnes. *[N. del T.]* <<

[83] Pequeño Janka (del ruso). *[N. del T.]* <<

[84] El río de los cien nombres, es decir, río en el que viven muchos, un río chino (bo-min, ban-min: chinos, todo el pueblo). *[N. del A.]* <<

[85] Suncha-Achan: probablemente, un nombre manchú que significa «Cinco estrellas». Cinco rayos divergentes, cinco estribos, etc. Palladi, «Novedades de la Sociedad Telegráfica Rusa», tomo VII, p. 91. *[N. del A.]* <<

[86] A. Michi, *Viaje por Siberia oriental*, 1868, p. 339. El autor llama Sungachán al río Sungacha. *[N. del A.]* <<

[87] Sunfun: palabra manchú que significa «lezna». Nombre de uno de los pueblos manchúes que migró a este río. *[N. del A.]* <<

[88] *Manis* spp. *[N. del T.]* <<

[89] Así llaman los golds a la cordillera Sijoté-Alín. *[N. del A.]* <<

[90] Antigua medida rusa equivalente a 1060 metros. *[N. del T.]* <<

[91] Así llaman los siberianos a los mosquitos y las moscas. *[N. del A.]* <<

[92] La sección topográfico-militar nos dejó la mayor parte y solo algunos de ellos eran propiedad del jefe de la expedición. *[N. del A.]* <<

[93] Gorro alto caucasiano de piel. *[N. del T.]* <<

[94] Tipo de suelo negro rico en humus que se da en regiones de Rusia y Ucrania. *[N. del T.]* <<

[95] Almizclero (del ruso). *[N. del T.]* <<

[96] Del oso (del ruso). *[N. del T.]* <<

[97] Han-de-din-tzi-si: cumbre con la cripta de Han-De (la virtud china). *[N. del A.]* <<

[98] Di-er-din-tzi: segunda cumbre. *[N. del A.]* <<

[99] Nombre local para un lugar elevado en medio de llanuras inundadas. *[N. del A.]* <<

[100] *Betula dahurica. [N. del T.]* <<

[101] *Betula alba. [N. del T.]* <<

[102] *Trifolium repens. [N. del T.]* <<

[103] *Iris uniflora. [N. del T.]* <<

[104] *Convallaria majalis. [N. del T.]* <<

[105] *Ancistrodon blomhoffii ussuriensis. [N. del T.]* <<

[106] *Evotomys rutilus. [N. del T.]* <<

[107] *Sorex tsherskii. [N. del T]* <<

[108] *Spodiopsar cineraceus. [N. del T.]* <<

[109] *Emberiza fucata fucata. [N. del T.]* <<

[110] *Otus japonicus stictonotus. [N. del T.]* <<

[111] *Erytrhropus vespertinus amurensis. [N. del T.]* <<

[112] Hou-diaiz: segunda fonda (trasera). *[N. del A.]* <<

[113] Shi-tou-he: río de piedras. *[N. del A.]* <<

[114] Tou-da-gou: primer gran valle. *[N. del A.]* <<

[115] Erl-da-gou: segundo gran valle. *[N. del A.]* <<

[116] San-da-gou: tercer gran valle. *[N. del A.]* <<

[117] Sy-da-gou: cuarto gran valle. *[N. del A.]* <<

[118] Han-ni-he-tzi: río de barro seco. *[N. del A.]* <<

[119] Ian-tzi-gou: valle con claros. *[N. del A.]* <<

[120] Chao-tan-gou-tzi: barranco o valle que da al sol. *[N. del A.]* <<

[121] Ha-ma-he-tzi: río de sapos. *[N. del A.]* <<

[122] Dao-bio-tzi: pequeño Dao-bin-he. *[N. del A.]* <<

[123] Ugue-din-tzi: quinta cumbre. *[N. del A.]* <<

[124] Al pie de la montaña (del ruso). *[N. del T.]* <<

[125] Practicantes del antiguo rito ortodoxo. *[N. del T.]* <<

[126] *Lepus mantschuricus. [N. del T.]* <<

[127] *Elaphe schrenckii. [N. del T.]* <<

[128] Vallecito corto y ancho con un pequeño arroyo. *[N. del A.]* <<

[129] *Lepus timidus mordeni. [N. del T.]* <<

[130] *Abies nephrolepis. [N. del T.]* <<

[131] Chzhun-day-tzy: arroyo alpino en chino. *[N. del A.]* <<

[132] Diao-pi-gou: valle de martas cebellinas. *[N. del A.]* <<

[133] Noto-he: río de mapaches. *[N. del A.]* <<

[134] Vam-ba-he-tzi: río de tortugas. *[N. del A.]* <<

[135] Fu-tzin: es la palabra manchú «fukezhin»; principio, fundamento. *[N. del A.]* <<

[136] Huan-ni-he-tzi: río de barro amarillo. *[N. del A.]* <<

[137] Tifón es la palabra china «taifin», alterada: huracán, tormenta. *[N. del A.]* <<

[138] *Alauda arvensis nigrescens. [N. del T.]* <<

[139] El representante más grande de las serpientes venenosas en Lejano Oriente. Alcanza 2 metros de longitud. *[N. del A.]* <<

[140] Aquellos que pertenecen a una comunidad de creyentes del antiguo rito ortodoxo (del ruso). En Rusia, un cismático. *[N. del T.]* <<

[141] El término, explicado por el autor al principio del capítulo (p. 107), puede también traducirse como quebrada. *[N. del T.]* <<

[142] Antiguo tocado de la mujer rusa. *[N. del T.]* <<

[143] *Picea koraiensis. [N. del T.]* <<

[144] *Tilia manshurica. [N. del T.]* <<

[145] *Larix dahurica. [N. del T.]* <<

[146] *Quercus mongolica. [N. del T.]* <<

[147] *Juglans manshurica. [N. del T.]* <<

[148] *Eleutherococcus senticosus. [N. del T.]* <<

[149] *Ribes manshuricum. [N. del T.]* <<

[150] *Viburnum burejanum. [N. del T.]* <<

[151] *Lonicera chrysantha. [N. del T.]* <<

[152] *Spiraea shamaecirifolia. [N. del T.]* <<

[153] *Solanum dulcamara. [N. del T.]* <<

[154] *Eutamias sibiricus orientalis. [N. del T.]* <<

[155] *Oriolus chinensis diffusus. [N. del T.]* <<

[156] *Upupa epops saturatus. [N. del T.]* <<

[157] Antiguo abrigo campesino de sayal. *[N. del T.]* <<

[158] *Veratrum lobclianum. [N. del T.]* <<

[159] *Lychnis fulgens. [N. del T.]* <<

[160] *Trollius ledepourii. [N. del T.]* <<

[161] *Simulia philippi? [N. del T.]* <<

[162] Se-bu-cha-er: pendiente donde hay que poner el pie del través. *[N. del A.]* <<

[163] Ta-ba-he-za: corriente triple. *[N. del A.]* <<

[164] Yan-mu-gou-tzi: valle de álamos. *[N. del A.]* <<

[165] Nombre manchú de la cordillera alpina divisoria de aguas. *[N. del A.]* <<

[166] *Cyanopica cyana pallescens. [N. del T.]* <<

[167] *Populus suaveolens. [N. del T.]* <<

[168] En coreano, el vodka se llama *suli. [N. del A.]* <<

[169] Tipo de calzado hecho con piel de ciervo, generalmente con la punta doblada hacia arriba. *[N. del T.]* <<

[170] Cestas tejidas con mimbres y ribeteadas con una tela parecida al papel, pero tan sólida, que ni siquiera deja pasar el alcohol. Los *tuluzis* se asemejan a botellas pequeñas de cuello ancho. *[N. del A.]* <<

[171] Expresión local que designa un tiempo seco con cielo nublado. *[N. del A.]* <<

[172] El equivalente en alfabeto cirílico a la letra «P». *[N. del T.]* <<

[173] *Scolpax rusticola. [N. del T.]* <<

[174] *Lanius excubitor. [N. del T.]* <<

[175] *Luscinia sibilans. [N. del T.]* <<

[176] *Rhamnus dahuricus. [N. del T.]* <<

[177] *Rosa pimpineilitolia. [N. del T.]* <<

[178] *Caragana fruticosa. [N. del T.]* <<

[179] *Paris hexaphylla. [N. del T.]* <<

[180] *Pteridium aquilinum [N. del RC.]* <<

[181] *Streptopelia orientalis orientalis. [N. del T.]* <<

[182] *Picus canus jessoensis. [N. del T.]* <<

[183] *Ochotona hyperborea*. Género de mamíferos lagomorfos de la familia Ochotonidae. *[N. del T.]* <<

[184] Asunción (del ruso). *[N. del T.]* <<

[185] Las dos últimas letras se pronuncian de manera casi inaudible. *[N. del A.]* <<

[186] Durante el zarismo, habitante no ruso perteneciente a una minoría nacional. *[N. del T.]* <<

[187] Tsai-dun: dueño de capital. *[N. del A.]* <<

[188] Li-fu-tzin: Fu-tzin interior. *[N. del A.]* <<

[189] Chao-su: pino negro. *[N. del A.]* <<

[190] *Meles meles amurensis. [N. del T.]* <<

[191] Mosquita nocturna pequeña. *[N. del A.] Culicoides* spp. *[N. del T.]* <<

[192] *Garrulus glandarius. [N. del T.]* <<

[193] *Dryocopus martius martius. [N. del T.]* <<

[194] *Corvus corone orientalis. [N. del T.]* <<

[195] *Tetrastes bonasia ussuriensis. [N. del T.]* <<

[196] *Bubo bubo ussuriensis. [N. del T.]* <<

[197] I-da-fou-tzi: valle en el primer camino. *[N. del A.]* <<

[198] Chu-tzia-ma-gou: el valle de la familia Chu, donde crece el cáñamo. *[N. del T.]* <<

[199] Alexandr Fiodorovich Budíschev (1830-1868). Teniente coronel del cuerpo de inspectores forestales de Rusia, fue el

primero en explorar los bosques del Lejano Oriente y en adentrarse en la región de la Sijoté-Alín. *[N. del T.]* <<

[200] *Taxus cuspidata. [N. del T.]* <<

[201] El *kishmish* al que alude el autor es en realidad una clase de uva pequeña sin pepitas y también sus pasas. *[N. del T.]* <<

[202] *Lonicera maackii. [N. del T.]* <<

[203] *Berberis amurensis. [N. del T.]* <<

[204] *Paeonia albiflora. [N. del T.]* <<

[205] *Atragene ochotensis. [N. del T.]* <<

[206] *Clintonia udensis. [N. del T.]* <<

[207] *Nemorhaedus goral raddeanus*. Especie de cabra montesa. *[N. del T.]* <<

[208] *Apodemus agrarius manthuricus. [N. del T.]* <<

[209] Vay-fu-tzin: Fu-tzin exterior, que transcurre de cara al mar. *[N. del A.]* <<

[210] Sin-guan-da-gou: gran valle pelado y polvoriento. *[N. del A.]* <<

[211] *Acer ukurunduense. [N. del T.]* <<

[212] *Salix cinerascens. [N. del T.]* <<

[213] *Spiraea salicifolia. [N. del T.]* <<

[214] *Thymus serpyllum. [N. del T.]* <<

[215] *Caltha palustres. [N. del T.]* <<

[216] *Campanula glomerata*. [*N. del T.]* <<

[217] *Dianthus barbatus. [N. del T.]* <<

[218] *Lilium dahuricum. [N. del T.]* <<

[219] *Vanessa urticae. [N. del T.]* <<

[220] *¿Parnassius eversmanni* o *Parnassius appollo?* (el nombre en ruso es «apollon»). *[N. del T.]* <<

[221] *Carabus canaliculars. [N. del T.]* <<

[222] *Prunella collaris. [N. del T.]* <<

[223] *Matocilla alba lugens. [N. del T.]* <<

[224] Jilgueros *[N. del T.]* <<

[225] *Poecile atricapillus. [N. del T.]* <<

[226] En referencia al profeta Habacuc, uno de los 12 profetas menores. *[N. del T.]* <<

[227] Tan-niu-gou-tzi: valle donde una vaca quedó atascada en un fangal. *[N. del A.]* <<

[228] Jey-mu-da-gou: gran valle con árboles negros. *[N. del A.]* <<

[229] Kuan-din-nzi: valle ancho. *[N. del A.]* <<

[230] Sian-yan-la-tzi: roca que mira al sol. *[N. del A.]* <<

[231] De la cruz (del ruso). *[N. del T.]* <<

[232] *Dryobates japonicus. [N. del T.]* <<

[233] *Phylloscopus tenellipes. [N. del T.]* <<

[234] *Passer montanus. [N. del T.]* <<

[235] *Coturnix japonica ussuriensis. [N. del T.]* <<

[236] *Phasianus mongolicus. [N. del T.]* <<

[237] En Rusia, carro de cuatro ruedas usado para transportar mercancías. *[N. del T.]* <<

[238] Cha-mi-gou-tzi: valle en el que es fácil extraviarse. *[N. del A.]* <<

[239] De pera, del ruso. [*N. del T.]* <<

[240] Li-sia-gou: valle bajo de pera. *[N. del T.]* <<

[241] Nekrásov, Nikolái Alekséyevich (1821-1877). Poeta y dramaturgo ruso. *[N. del T.]* <<

[242] *Alnus japonica. [N. del T.]* <<

[243] *Larix olgensis. [N. del T.]* <<

[244] Fuerte de Olga (del ruso). *[N. del T.]* <<

[245] Peña del Diablo (del ruso). *[N. del T.]* <<

[246] Jean-François Galaup, conde de La Pérouse (1741-1788). Navegante francés. *[N. del T.]* <<

[247] Puerto Tranquilo (del ruso). *[N. del T.]* <<

[248] Shi-Myn: puertas de piedra. *[N. del A.]* <<

[249] Gato (del ruso). *[N. del T.]* <<

[250] En la Rusia de los siglos XVIII y XIX, intelectuales que no pertenecían a la nobleza. *[N. del T.]* <<

[251] El autor escribe literalmente «*a pan y kvas*». El *kvas* es una bebida rusa a base de cereales fermentados. *[N. del T.]* <<

[252] Silencioso (del ruso). *[N. del T.]* <<

[253] Marmóreo (del ruso). *[N. del T.]* <<

[254] *Alnus fruticosa. [N. del T.]* <<

[255] *Spiraea betulifolia. [N. del T.]* <<

[256] *Phellodendron amurense. [N. del T.]* <<

[257] *Viburnum sargentii. [N. del T.]* <<

[258] *Vicia cracca. [N. del T.]* <<

[259] *Aralia manshurica. [N. del T.]* <<

[260] *Picus viridis viridis. [N. del T.]* <<

[261] *Tringa totanus ussuriensis* (archibebe común centroasiático). *[N. del T.]* <<

[262] *Capella stenura. [N. del T.]* <<

[263] *Capella solitaria japonica. [N. del T.]* <<

[264] *Anthus hodgsoni inopinatus. [N. del T.]* <<

[265] *Accipiter virgatus gularis. [N. del T.]* <<

[266] *Juglans mandshurica. [N. del T.]* <<

[267] *Acer mono. [N. del T.]* <<

[268] Los oroches son un pueblo poco numeroso que habita en el territorio de Jabárovsk. *[N. del T.]* <<

[269] *Crataegus pinnatifida. [N. del T.]* <<

[270] *Padus racemosa. [N. del T.]* <<

[271] También conocido como ginseng siberiano. *[N. del T.]* <<

[272] *Osmunda cinnamomea. [N. del T.]* <<

[273] *Petasites palmata. [N. del T.]* <<

[274] *Cervus elaphus xanthopigus. [N. del T.]* <<

[275] *Moschus moschiferus parvipes. [N. del T.]* <<

[276] Árboles, matorrales y arbustos secos que quedan tras un incendio. *[N. del T.]* <<

[277] *Sorbus discolor. [N. del T.]* <<

[278] *Betula costata. [N. del T.]* <<

[279] *Dictamnus dasycarpus. [N. del T.]* <<

[280] Pu-sun: gran bosque de cedros. *[N. del A.]* <<

[281] Expresión local que designa un objeto húmedo y sudoso al tacto, pero no mojado. *[N. del A.]* <<

[282] Hojarasca y ramas pequeñas y delgadas de los árboles. <<

[283] *Salvelinus alpinus malma. [N. del T.]* <<

[284] Pequeño Sandagou. *[N. del T.]* <<

[285] Gran Sandagou. *[N. del T.]* <<

[286] De jabalí (del ruso). *[N. del T.]* <<

[287] Da-dun-gou: gran valle oriental. *[N. del A.]* <<

[288] Ancho (del ruso). *[N. del T.]* <<

[289] *Myotis ikonnikovi. [N. del T.]* <<

[290] Angular (del ruso). *[N. del T.]* <<

[291] Alerzal, de alerces (del ruso). *[N. del T.]* <<

[292] *Salix viminalix. [N. del T.]* <<

[293] *Phragmites communis. [N. del T.]* <<

[294] Calva de Borís (del ruso). *[N. del T.]* <<

[295] *Monticola solitarius. [N. del T.]* <<

[296] Frondoso (del ruso). *[N. del T.]* <<

[297] Barrancos (del ruso). *[N. del T.]* <<

[298] *Acer pseudosieboldianum. [N. del T.]* <<

[299] *Malus manshurica. [N. del T.]* <<

[300] *Cerasus glandulifolia. [N. del T.]* <<

[301] *Syringa amurensis. [N. del T.]* <<

[302] *Dioscorea giraldii. [N. del T.]* <<

[303] Esmeralda (del ruso). *[N. del T.]* <<

[304] Roca basáltica, piedra arenisca impura que contiene fragmentos de roca y minerales cubierta de barro o limo. *[N. del T.]* <<

[305] *Lagenaria siceraria. [N. del T.]* <<

[306] Montículo de caparazones y conchas, del danés. Término utilizado en arqueología y paleoantropología. *[N. del T.]* <<

[307] *Pagurus anachoretus. [N. del T.]* <<

[308] Manantial Tranquilo (del ruso). *[N. del T.]* <<

[309] *Betula mandshurica. [N. del T.]* <<

[310] Cresta del Gallo (del ruso). *[N. del T.]* <<

[311] Hacina (del ruso). *[N. del T.]* <<

[312] Pechstein, piedra de alquitrán. *[N. del T.]* <<

[313] Chen-tzi-gou: valle con bolo (terraplén). *[N. del A.]* <<

[314] Siao-pao-tzi: pequeña ensenada. *[N. del A.]* <<

[315] La caza de ciervos a principios del verano para obtener las cornamentas. *[N. del A.]* <<

[316] *Leontopodium alpinum*. Flor de las nieves (del alemán) o Perpetua de las nieves. Transcripción al cirílico en el original de la voz alemana. *[N. del T.]* <<

[317] *Leuciscus brandi. [N. del T.]* <<

[318] *Hucho taimen. [N. del T.]* <<

[319] *Salvelinus leucomaenis. [N. del T.]* <<

[320] *Oncorhynchus gorbuscha. [N. del T.]* <<

[321] *Oncorhynchus keta. [N. del T.]* <<

[322] *Carassius carassius rinchos. [N. del T.]* <<

[323] *Esox reicherii. [N. del T.]* <<

[324] Dun-gou: valle oriental. *[N. del A.]* <<

[325] Gan-he-tzi: riachuelo seco. *[N. del A.]* <<

[326] Li-ba-gou-tzi: valle con setos para cazar fieras. *[N. del A.]* <<

[327] Di-ta-gou-tzi: valle con el terreno hundido. *[N. del A.]* <<

[328] Guan-da-gou: gran valle pelado. *[N. del A.]* <<

[329] Siao-li-sia-gou: pequeño valle inferior de perales. *[N. del A.]* <<

[330] Yu-shan-gou: valle superior derecho. *[N. del A.]* <<

[331] Si-be-gou: valle noroccidental. *[N. del A.]* <<

[332] Jai-sia-tzi-gou: valle de los osos. *[N. del A.]* <<

[333] Tsi-min-so-gou: valle de los siete ríos dispersos. *[N. del A.]* <<

[334] Di-ta-shan: pequeño monte en forma de torre. *[N. del A.]* <<

[335] Tsin-gou-tzi: valle limpio. *[N. del A.]* <<

[336] Siao-in-tzi: pequeño campamento. *[N. del A.]* <<

[337] Van-Gou: valle sinuoso. *[N. del A.]* <<

[338] Ian-tun-la-tzi: roca con forma de tiro de horno. *[N. del A.]* <<

[339] Tsin-gou-tzi: valle limpio. *[N. del A.]* <<

[340] De la cerca (del ruso). *[N. del T.]* <<

[341] Cha-er-gou-tzi: valle ramificado. *[N. del A.]* <<

[342] Liui-dian-tzi-ian-gou: pasto verde de cabras. *[N. del A.]* <<

[343] Sha-tian-gou: valle con arenales. *[N. del A.]* <<

[344] Anónimo. *[N. del T.]* <<

[345] Sa-lin-gou: valle que discurre desde una cordillera dispersa. *[N. del A.]* <<

[346] Dun-bey-tsa: quebrada nororiental. *[N. del A.]* <<

[347] *Batrachium trichophyllum. [N. del T.]* <<

[348] *Glaucidium passerinum orientale. [N. del T.]* <<

[349] *Ulmus japonica. [N. del T.]* <<

[350] *Ulmus montana. [N. del T.]* <<

[351] *Carpinus cordata. [N. del T.]* <<

[352] *Cerasus maximoviczii. [N. del T.]* <<

[353] *Euonymus pauciflora. [N. del T.]* <<

[354] *Salix caprea. [N. del T.]* <<

[355] Tsun-zhun-gou: claro en el bosque cerca del río. *[N. del A.]* <<

[356] *Meles anakuma. [N. del T.]* <<

[357] *Sambucus racemosa. [N. del T.]* <<

[358] *Clematis manshurica. [N. del T.]* <<

[359] *Nyctereutes procyonoidos. [N. del T.]* <<

[360] Da-bey-cha: gran quebrada septentrional. *[N. del A.]* <<

[361] Dan-nan-cha: gran quebrada meridional. *[N. del A.]* <<

[362] Olvidado (del ruso). *[N. del T.]* <<

[363] Tsao-tsao-gou-tzi: valle del Tsao-Tsao. *[N. del A.]* <<

[364] Dun-cha: ramificación oriental. *[N. del A.]* <<

[365] Siao-cha: pequeña ramificación. *[N. del A.]* <<

[366] Siao-van-gou-er: pequeño valle sinuoso. *[N. del A.]* <<

[367] Da-si-cha: gran ramificación occidental. *[N. del A.]* <<

[368] Siao-si-cha: pequeña ramificación occidental. *[N. del A.]* <<

[369] Antigua medida rusa de longitud equivalente a 0,71 metros. *[N. del T.]* <<

[370] Tzin-tzi-he: río dorado. *[N. del A.]* <<

[371] *Armeniaca manshurica. [N. del T.]* <<

[372] *Salix cinarascens. [N. del T.]* <<

[373] *Ribes maximoviczianum. [N. del T.]* <<

[374] Gulo gulo. *[N. del T.]* <<

[375] *Aesalom columbarius pacificus. [N. del T.]* <<

[376] *Motacilla cinerea melanope. [N. del T.]* <<

[377] U-da-gou: quinto gran valle. *[N. del A.]* <<

[378] Si-Cha: bifurcación occidental. *[N. del A.]* <<

[379] *Pteromys volans. [N. del T.]* <<

[380] *Brachymystax lenok. [N. del T.]* <<

[381] Da-ma-cha-tzi-gou: valle que se bifurca donde crece el cáñamo alto. *[N. del A.]* <<

[382] Pan-chan-gou: valle sinuoso, como una tripa. *[N. del A.]* <<

[383] Del norte, norteño (del ruso). *[N. del T.]* <<

[384] Hey-ba-tou: barquero negro. *[N. del A.]* <<

[385] Hermano y Hermana (del ruso). *[N. del T.]* <<

[386] *Tringa totanus ussuriensis. [N. del T.]* <<

[387] *Charadrius placidus. [N. del T.]* <<

[388] *Histrionicus histrionicus. [N. del T.]* <<

[389] *Larus cachinnans. [N. del T.]* <<

[390] Da-dian-tzi: vasto pastizal. *[N. del A.]* <<

[391] Van-da-gou: gran valle sinuoso. *[N. del A.]* <<

[392] Tziu-tzi-he: noveno rápido. *[N. del A.]* <<

[393] Si-sian-dun-er: cueva de los cuatro espíritus. *[N. del A.]* <<

[394] Si-bey-gou: valle noroccidental. *[N. del A.]* <<

[395] Salmón jorobado (del ruso). *[N. del T.]* <<

[396] *Pteromys volans arsenjevi. [N. del T.]* <<

[397] Puntos estrechos del valle con despeñaderos rocosos por ambos lados. *[N. del A.]* <<

[398] *Acer tegmentosum. [N. del T.]* <<

[399] *Padus maackii. [N. del T.]* <<

[400] *Betula ermanii. [N. del T.]* <<

[401] Rocoso (del ruso). *[N. del T.]* <<

[402] De mineral (del ruso). *[N. del T.]* <<

[403] Conjunto redondeado de cristales de oxalato de calcio. *[N. del T.]* <<

[404] *Ursus tibetanus ussuricus. [N. del T.]* <<

[405] *Malus sylvestris. [N. del T.]* <<

[406] Un tablado sobre las ramas del árbol desde el que los cazadores acechan a la fiera. *[N. del A.]* <<

[407] O río a lo largo del cual hay mucho bosque. *[N. del A.]* <<

[408] Especie de cerca. *[N. del T.]* <<

[409] *Eumetopias jubatus. [N. del T.]* <<

[410] *Ursus arctos horribilis. [N. del T.]* <<

[411] Oprichnik: miembro de la tropa y cuerpo administrativo de elite creados bajo el reino del zar Iván el Terrible. *[N. del T.]* <<

[412] *Juniperus dahurica. [N. del T.]* <<

[413] *Betula ovalifolia. [N. del T.]* <<

[414] De ciervo (del ruso). *[N. del T.]* <<

[415] De oso (del ruso). *[N. del T.]* <<

[416] De fieras (del ruso). *[N. del T.]* <<

[417] Pequeño (del ruso). *[N. del T.]* <<

[418] Mediano (del ruso). *[N. del T.]* <<

[419] Largo (del ruso). *[N. del T.]* <<

[420] *Tringa nebularia. [N. del T.]* <<

[421] *Strix uralensis. [N. del T.]* <<

[422] *Lanius sphenocercus. [N. del T.]* <<

[423] *Emberiza melanocephala. [N. del T.]* <<

[424] Pepino de mar (del malayo). Holothuroidea. *[N. del T.]* <<

[425] Género de algas pardas. *[N. del T.]* <<

[426] Grado de sargento. En Rusia, hasta 1917, el *starshiná* era una persona elegida que dirige los asuntos de cualquier organización gremial o unión profesional. *[N. del T.]* <<

[427] Hun-ta-mi: montaña con forma de pequeña pagoda budista. *[N. del A.]* <<

[428] Camello (del ruso). *[N. del T.]* <<

[429] Lengua perteneciente al grupo sureño de lenguas manchu-tunguses. Casi muerta en la actualidad, proliferó en algunas zonas del territorio de Jabárovsk. *[N. del T.]* <<

[430] *Auricularia auricula-judae. [N. del T.]* <<

[431] Aguardiente de cereal chino. *[N. del T.]* <<

[432] Producto preparado a base de cartílagos de los esturiónidos. *[N. del T.]* <<

[433] Sian-ian-gou: valle que mira al sol. *[N. del T.]* <<

[434] Pavoroso (del ruso). *[N. del T.]* <<

[435] *Erolia alpina sakhalina. [N. del T.]* <<

[436] Nan-cha: ramificación meridional. *[N. del A.]* <<

[437] *Fraxinus rhynchophylla. [N. del T.]* <<

[438] *Deutzia parviflora. [N. del T.]* <<

[439] *Sorbus sambucifolia. [N. del T.]* <<

[440] *Emleriza rustica latifascia. [N. del T.]* <<

[441] Paciencia (del ruso). *[N. del T.]* <<

[442] Afluente izquierdo del río Sanjobe. *[N. del A.]* <<

[443] *Polygonum amphibium. [N. del T.]*. Planta acuática de la familia Poligonáceas. Su rizoma se usa como astringente, diurético y purificador de la sangre *[N. del RC.]* <<

[444] *Eurystomus orientalis calonix. [N. del T.]* <<

[445] *Ursus arctos beringianus. [N. del T.]* <<

[446] Malditas (del ruso). *[N. del T.]* <<

[447] Así es como llaman a los rusos todos los pueblos manchúes. *[N. del T.]* <<

[448] *Corvus levaillantii. [N. del T.]* <<

[449] Jaranero (del ruso). *[N. del T.]* <<

[450] *Cinclus pallasii pallasii. [N. del T.]* <<

[451] *Gallinago stenura. [N. del T.]* <<

[452] Antigua medida rusa de peso equivalente a 16,3 kg. *[N. del T.]* <<

[453] Así llaman los udejéis a los salteadores. *[N. del A.]* <<

[454] San-ga-tzi: quebrada triple. *[N. del A.]* <<

[455] Ian-hu: lago colmado. *[N. del A.]* <<

[456] Siao-bey-cha: pequeña bifurcación meridional. *[N. del A.]* <<

[457] Siao-nan-cha: pequeña bifurcación septentrional. *[N. del A.]* <<

[458] Si-tzia-tun: colonia militar Si-tzia. *[N. del A.]* <<

[459] Dun-da-gou: gran valle oriental. *[N. del A.]* <<

[460] Hua-dian-gou: valle en el que hay muchas flores. *[N. del A.]* <<

[461] Iu-pa-gou: valle de piel de pez. *[N. del A.]* <<

[462] Mo-chu-tzi-gou: valle donde crecen muchas setas. *[N. del A.]* <<

[463] Tu-fan-gou: valle con casas de tierra. *[N. del A.]* <<

[464] Ian-mu-din-tzi: cumbre cubierta de álamos. *[N. del A.]* <<

[465] Ma-chan-gou: valle con pastos para los caballos. *[N. del A.]* <<

[466] Si-fan-gour: valle cuadrado. *[N. del A.]* <<

[467] Se refiere a los udejéis. Los oroches son otro pequeño pueblo del territorio de Jabárovsk, del que los udejéis conforman una tribu. *[N. del T.]* <<

[468] Da-u-he-mi-gou: valle cubierto de espesa maleza en el quinto gran río. *[N. del A.]* <<

[469] Da-ia-gou: gran valle de patos. *[N. del T.]* <<

[470] Ma-i-gou: valle de hormigas. *[N. del T.]* <<

[471] Pi-li-gou: valle de peras. *[N. del T.]* <<

[472] Sian-shi-he-tzi: riachuelo aromático. *[N. del T.]* <<

[473] Lo-tzi-gou: valle que tiene forma de reja de arado. *[N. del T.]* <<

[474] Ritual chamánico durante la invocación de un espíritu. *[N. del A.]* <<

[475] Hei-shan-gou: valle de montes negros. *[N. del A.]* <<

[476] Lao-ma-tzi-gou: huella de tigre. *[N. del A.]* <<

[477] Mai-da-gou-tzi: gran valle hullero. *[N. del A.]* <<

[478] Siao-si-bei-he: pequeño río noroccidental. *[N. del A.]* <<

[479] Da-ian-gou: gran valle cubierto de amapolas para la recolección de opio. *[N. del A.]* <<

[480] Tzo-lo-gou-tzi: valle con hierba marchita. *[N. del A.]* <<

[481] Chan-tzun-tzi: pico largo. *[N. del A.]* <<

[482] Si-bei-cha: cascajo noroccidental. *[N. del A.]* <<

[483] Han-he-tzi: río seco. *[N. del A.]* <<

[484] Bey-la-tzi: roca del norte. *[N. del A.]* <<

[485] Siao-sia-bey-cha: pequeña bifurcación noroccidental. *[N. del A.]* <<

[486] San-cha-tzi: pequeña quebrada triple. *[N. del A.]* <<

[487] Bey-chu-he: río que fluye desde el norte. *[N. del A.]* <<

[488] Shi-tou-he: riachuelo de piedras. *[N. del A.]* <<

[489] Diao-pi-gou: valle de martas. *[N. del A.]* <<

[490] Cha-mu-cha-gou-tzi: valle y riachuelo en el que hay un puente sobre caballetes. *[N. del A.]* <<

[491] Bao-ma-tzi-gou: valle de panteras. *[N. del A.]* <<

[492] Da-min-go-tzi: valle de la gran sierra. *[N. del A.]* <<

[493] San-da-pao-tzi: tercera gran ensenada. *[N. del A.]* <<

[494] Kao-lian-tun: poblado nevado. *[N. del A.]* <<

[495] Da-gou-tzi: gran valle. *[N. del A.]* <<

[496] Lao-gua-tzui-tzi: pico de cuervo. *[N. del A.]* <<

[497] Da-tzi-gou: valle donde vive el pueblo «da-tzi». *[N. del A.]* <<

[498] Huan-mi-he-tzi: riachuelo por el que crece mijo pegajoso. *[N. del A.]* <<

[499] Hen-hu-dao: camino habitual de tigres. *[N. del A.]* <<

[500] Vodka chino de cereal. *[N. del A.]* <<

[501] Lao-fan-tzi: casa vieja. *[N. del A.]* <<

[502] Gao-tzi-shan: monte con foso. *[N. del A.]* <<

[503] La palabra es incomprensible. Pese a guardar similitud con «parovoz» (locomotora, del ruso «паровоз»), no se trata de su plural. *[N. del T.]* <<

[504] Ney-chu-he: río que surge del interior. *[N. del A.]* <<

[505] Hei-ni-dao: camino de barro negro. *[N. del A.]* <<

[506] Dulce ruso de galleta de miel, una especie de alfajor. *[N. del T.]* <<

[507] Shan-gao-chen: terraplén montañoso elevado. *[N. del A.]* <<

[508] Hou-shi: pedrusco. *[N. del A.]* <<

[509] Siao-shan-tsun-tzi: pequeño monte picudo, similar a un cincel. *[N. del A.]* <<

[510] Bey-chun-he: riachuelo que fluye del norte. *[N. del A.]* <<

[511] Hei-he: riachuelo negro. *[N. del A.]* <<

[512] Sha-to-he: río arenoso. *[N. del A.]* <<

[513] Siao-he-tzi: pequeño riachuelo. *[N. del A.]* <<

ÍNDICE